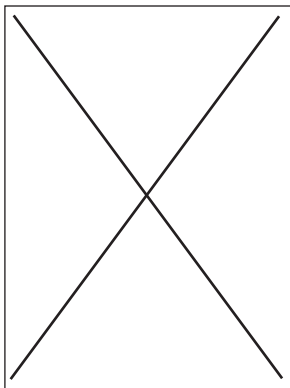


La producción del trabajo asociativo

Condiciones, experiencias y prácticas en la economía social



Cecilia Cross y Matías Berger - Compiladores
La producción del trabajo asociativo -
1a ed. - Buenos Aires : Fundación Centro
Integral Comunicación, Cultura y Sociedad
- CICCUS, 2010.

ioi ioioioioioioioioio ioioio ioioioi ioioi

ISBN ioi ioioi ioioi ioioi ioi

Fecha de catalogación: oi ioio oiioi ioio oii

© Ediciones CICCUS 2010
Bartolomé Mitre 4257 PB 3
Buenos Aires- Argentina

Primera edición: io ioi ioioi ioi i

Diseño de tapa e interior: Mariela Euredjian
(marielaeu22@gmail.com)

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

La producción del trabajo asociativo

Condiciones, experiencias y prácticas en la economía social

Compiladores
Cecilia Cross y Matías Berger

Autores

Matías Berger, Raúl Bisio, Gabriel Bober, Cristian Busto, Sebastián Carenzo, Cecilia Cross, Nicolás Diana Menéndez, Luis Donatello, Nicolás Dzembrowski, Francisco Fabio, Lucía Famín, María Inés Fernández Álvarez, Floreal Forni, Ada Cora Freytes Frey, Nora Goren, Erwin Luchtenberg, Johanna Maldovan Bonelli, Elena Mingo, Guillermo Neiman, Melina Neiman, Florencia Partenio, Inés Quilici, Ana Lourdes Suárez, María Ullivarri, Ariel Wilkis.

C E I L
P I E T T E

CONICET

EDICIONES
ciccus

Introducción

A partir de nuestra preocupación compartida por el trabajo y los/as trabajadores/as, y como parte de diversos equipos de investigación vinculados al Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-PIETTE) hemos tenido oportunidad e inquietud de acercarnos a comprender e interpretar diferentes emprendimientos asociativos: cooperativas y agrupamientos informales de productores/as; emprendimientos gestionados por trabajadores/as calificados/as y no calificados/as, por militantes o por dirigentes sindicales; iniciativas constituidas tanto en contextos urbanos como rurales; proyectos impulsados como una alternativa política transformadora y aquellos construidos como un refugio y resistencia frente a la crisis del empleo asalariado. Muchas veces, en el marco de las instancias más o menos formales con las que contamos a esos fines, algunos/as de nosotros/as conversamos sobre ciertos aspectos de nuestro trabajo. Sin embargo, hasta este momento, nos debíamos un espacio de discusión y puesta en común de nuestros hallazgos e interrogantes, de nuestras reflexiones críticas, de nuestras decepciones y también de nuestras expectativas. Este libro pretende constituir un paso en ese sentido.

Para poder dar este paso hemos contado con el apoyo de diversas instituciones, principalmente el CEIL-PIETTE. Buena parte de los/as autores convocados/as hemos transitado una parte clave de nuestra formación en el centro, la mayoría seguimos teniendo un vínculo cotidiano con esta institución como tal o como parte de los equipos de investigación que aquí se referencian. Todos/as sentimos mucha gratitud por el apoyo recibido para concretar este proyecto en el marco de la convocatoria interna “Textos del Bicentenario”, por la lectura crítica de los borradores de los textos que han efectuado algunos/as de nuestros/as colegas, por el trabajo de corrección ortográfica y de estilo que han efectuado otros/as, por el aliento y el acompañamiento de todos/as.

También ha resultado clave el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT) a través de sus Proyectos de

Investigación Científica y Tecnológica (PICT). A este apoyo se sumó el de cada uno/a de los/as autores/as, nuestros/as maestros/as, amigos/as y colegas que han aportado su reflexión a esta obra. Queremos agradecerles no sólo su generosidad sino también su vocación de contribuir a multiplicar los puntos de observación y también las perspectivas de análisis respecto a procesos complejos y desafiantes, que se resisten a ser pensados como variaciones de una misma serie, pero también como experiencias atomizadas.

En efecto, los emprendimientos gestionados por productores/as comprenden experiencias muy heterogéneas. En la Argentina, a partir de 2003, la figura cooperativa cobijó a fábricas y empresas recuperadas y fue empleada para dar impulso a emprendimientos orientados a la generación de puestos de trabajo para poblaciones “vulnerables” o para mejorar el desarrollo de actividades productivas.

En todos los casos, esa figura comprende procesos de circulación e intercambio de bienes materiales y simbólicos: bienes, dinero, saberes, información, etc. A esos procesos se han incorporado personas con variadas trayectorias ocupacionales y, tan importantes como éstas, vitales. Involucran además a grupos atravesados por vínculos familiares, laborales y políticos configurando así una conjunción de trayectorias vitales personales y colectivas.

El impulso que recibieron estos emprendimientos tanto del Estado como de diversas organizaciones y sectores sociales obedeció a un doble propósito de enfrentar al desempleo a la vez que de reconstituir el ‘lazo social’ en su acepción más holística. Por eso, observar la gestión cotidiana de los emprendimientos permite analizar la constitución de vínculos entre personas, grupos e instituciones a la vez que comprender los modos en que se han estructurado esas relaciones dando lugar a diversas formas de participación con sus correspondientes aprendizajes y saberes.

Si bien el interés que han despertado estos procesos en las ciencias sociales y humanas ha dado lugar a una proliferación de publicaciones que abordan cuestiones como las que aquí planteamos, hemos observado que en la literatura especializada existe una tendencia a construir líneas de abordaje específicas de los distintos tipos de experiencias, distinguiendo procesos de recuperación de fábricas y cooperativas de recuperadores/as urbanos, emprendimientos de redes religiosas y aquellos impulsados desde estructuras partidarias, iniciativas sustentadas por la política social y aquellas que buscan sostener su autonomía, etcétera.

En tal sentido, lo que confiere singularidad a nuestra propuesta es el intento de trabajar en la producción de una obra colectiva en la que se indagan tanto aquellos atributos y relaciones que asemejan estas experiencias, como los que le confieren su singularidad. Esto implica desnaturalizar aquellos

procesos que hicieron posible su presencia y consolidación como modelo de gestión de la producción y el trabajo en contextos productivos, políticos y sociales específicos. Pero a la vez requiere incorporar la pregunta acerca de las imbricaciones de estos procesos con experiencias organizativas contemporáneas o antecedentes del movimiento obrero en su conjunto.

De acuerdo con esta propuesta, el índice de esta compilación se ha estructurado en función de cuatro secciones haciendo posible esta mirada, sin disolver la heterogeneidad de enfoques, puntos de partida y estrategias de producción y análisis de los datos que coexisten en este volumen.

En la primera sección se aborda la configuración de vínculos sociales en emprendimientos cooperativos, considerando las tensiones entre las expectativas que establecen el *deber ser* de las cooperativas –formuladas en los discursos políticos, los requisitos de los programas sociales o las experiencias de las personas involucradas– y los desafíos que impone la gestión cotidiana de los emprendimientos. Este cuestión es abordada desde diferentes enfoques haciendo énfasis en aspectos complementarios en los primeros seis capítulos.

En el primero, Fernández Álvarez sitúa la conformación de cooperativas en empresas recuperadas como parte de un lenguaje de protesta, que les permite a los/as trabajadores/as formalizar la ocupación, mostrarse como sujetos productivos y con voluntad de trabajo y, a su vez, exigir la expropiación de los bienes de capital necesarios para sostener la producción. De este modo resulta posible situar los dilemas, contradicciones y desafíos que atraviesan a estas experiencias en términos de producción social de vínculos, a partir de las huellas de la intervención estatal y la creatividad que se pone en juego en la protesta.

Por su parte, Cross propone reflexionar acerca del modo en que se abordan los procesos de implementación de políticas sociales focalizadas. Poniendo de relieve que los enfoques que parten de la distinción entre sociedad civil y estado no permiten comprender tales procesos, propone recuperar el concepto de ‘comunidad de valor’ para aprehender la trama social que se configura en el diseño y puesta en marcha de una planta social de reciclado.

En el tercer artículo de esta compilación Berger y Neiman reflexionan sobre los procesos de constitución grupal en emprendimientos asociativos en el sector agrario y en áreas rurales a partir de las perspectivas de los diferentes agentes involucrados, considerando las políticas públicas impulsadas en las últimas dos décadas, las características históricas del cooperativismo y del asociativismo en el agro y los cambios en el contexto sociopolítico. En particular, se preguntan por la politicidad de los vínculos y las tensiones y disputas que se desarrollan en el encuentro de perspectivas e intereses múltiples y contradictorios.

En el cuarto capítulo, Partenio analiza los desafíos que plantea la gestión colectiva en una empresa textil recuperada, considerando las marcas de género y clase en la acreditación de saberes y conocimientos y en las estrategias de justificación movilizadas para la asignación de competencias y la distribución de tareas a lo largo del tiempo.

Por su parte, en el capítulo siguiente, Diana Menéndez analiza los esfuerzos que se efectúan desde una cooperativa de recicladores para construir una dinámica horizontal de gestión del trabajo. Estos esfuerzos se topan con dos obstáculos: la necesidad de garantizar la viabilidad económica del emprendimiento y las desigualdades en el colectivo –en el compromiso, en la vocación política, en la capacidad para utilizar el lenguaje, en el capital social. La productividad política de esta experiencia reside en la lucha cotidiana contra estos obstáculos, que da lugar a la construcción de los liderazgos y a la configuración de un nuevo hábitus que permite atenuar las diferencias de partida.

Cerrando esta sección, Dzembrowski y Maldovan Bonelli reflexionan sobre las interacciones que ocurren en el marco de procesos de asociatividad para el trabajo en empresas recuperadas y cooperativas de recolección y clasificación de residuos sólidos urbanos. Se preguntan cómo se articulan las experiencias en el tránsito desde una lógica productiva sostenida desde el interés a otra orientada por los valores del cooperativismo.

La sección siguiente está integrada por artículos que analizan la significación que adquieren las formas asociativas, a la luz de sus contextos de emergencia y de las (im)posibilidades de recuperar/transformar pautas culturales e históricas y relaciones sociales de producción previamente establecidas.

A partir de analizar la experiencia de búsqueda de empleo en una comunidad chané de Campo Durán, provincia de Salta, Carenzo reflexiona sobre las diferentes configuraciones que asume dicha búsqueda en relación a la organización política y la organización de las actividades propia de las unidades domésticas, que pueden incluir la configuración de cooperativas de trabajo constituidas *ad hoc*.

En el texto de Berger, Bober, Fabio, Mingo y Neiman se analiza la presencia de *pseudocooperativas* de trabajo en el sector agrícola atendiendo a la configuración de las relaciones laborales que tiene lugar en torno a ellas. El trabajo pone de manifiesto la instrumentalización de esta figura jurídica por parte de empresas e intermediarios y el escaso significado que tiene esta figura legal para los/as trabajadores/as. En tal sentido, resaltan que tanto para empleadores/as como para empleados/as la constitución de

las cooperativas, lejos de expresar una voluntad asociativa, supone una forma de resolver problemas de movilización de mano obra y un medio de formalizar –aunque en modo parcial, precario y cuasi fraudulento– los contratos de trabajo estacionales que caracterizan al sector .

Por su parte, Bisio, Famín y Quilici analizan un proceso de desarticulación social producto de la quiebra y estatización del ingenio Las Palmas, en la provincia del Chaco, con particular énfasis en el análisis de la propiedad comunitaria de la tierra. Este análisis se lleva a cabo partiendo de la pregunta por el entrelazamiento de los significados y prácticas históricas y culturales para los diferentes grupos poblacionales que se asentaron en la zona, las políticas públicas que regularon la tenencia de la tierra a lo largo del tiempo y los modelos de explotación agrícola vigentes en cada etapa.

En la tercera serie de artículos se aborda la pregunta por los significados y las posibilidades que se construyen en el marco de los proyectos asociativos, haciendo énfasis en su incidencia y relación con proyectos de los hogares y la constitución de identidades sociales. En tal sentido, se indaga sobre la construcción de categorías sociales y morales que adquieren sentido tanto en el proceso de investigación como en la articulación de estas experiencias por parte de protagonistas y observadores/as.

Freytes Frey inaugura este bloque analizando la influencia que ha tenido la participación en un emprendimiento asociativo en la construcción de los sentidos atribuidos al trabajo, por parte de jóvenes residentes en asentamientos del Área Reconquista, en la provincia de Buenos Aires. Reflexiona entonces sobre las continuidades y diferencias observables en un contexto de precariedad laboral, que no logra ser revertido desde la experiencia asociativa, poniendo el énfasis en la confluencia de las experiencias previas y actuales de los participantes.

Con inquietudes similares pero desde otro enfoque, el texto de Goren y Suárez recupera el debate acerca de las potencialidades de la economía social como alternativa frente al desempleo. Analizando las trayectorias de los/as principales perceptores/as de ingresos en hogares del Gran Buenos Aires, observan la multiplicidad de fuentes y estrategias que se articulan para garantizar la reproducción. Destacan que estos recursos no son alternativos en el sentido de equivalentes y que el bienestar, entendido como posibilidad de proyectar a futuro sosteniendo proyectos de largo alcance, está asociado a que al menos un integrante del hogar tenga un empleo formal y permanente.

A continuación, Busto recupera esta cuestión, aunque focalizando en aquellos emprendimientos asociativos impulsados por políticas públicas,

interrogándose hasta qué punto pueden constituir una alternativa a los modelos asistencialistas de intervención y generar un proceso de inclusión laboral y social.

En el siguiente capítulo Luchtenberg analiza las construcciones identitarias, en la producción de categorías sociológicas. El texto aborda las condiciones de producción del discurso científico y su “efecto de verdad” sobre el mundo social, mostrando cómo las categorías sociológicas se imponen a los sujetos. Este trabajo es una invitación a pensar el modo en que encaramos la articulación entre los postulados teóricos de la economía social y las condiciones y experiencias concretas en las que se desarrolla cotidianamente el trabajo asociativo.

Cerrando esta sección, Wilkis propone objetivar analíticamente la relación entre moral y circulaciones monetarias a partir del concepto de ‘capital moral’. Desde esta perspectiva el dinero se constituye como “escala del obligaciones morales” y no como un objeto extraño o disruptivo frente a las relaciones basadas en principios de solidaridad, reciprocidad o sujeción. Este enfoque invita a repensar los supuestos de los que partimos al analizar la vida colectiva de los sectores populares, pero también a abordar la contradicción entre solidaridad y eficiencia como construcción social.

La cuarta sección está compuesta por textos que se interrogan acerca de las corrientes ideológicas que configuran prácticas y concepciones de la organización económica y social que se sitúan como opuestas o alternativas a las corrientes hegemónicas a lo largo de la historia.

Abriendo esta sección, Floreal Forni y Nicolás Dzembrowski realizan una revisión histórica de los conceptos que permiten articular la noción de Economía Social. En ese recorrido relatan el contexto histórico en que emergen dichos conceptos y aquello que los diferencia de los conceptos de la economía clásica y el neoliberalismo. Este recorrido se efectúa haciendo énfasis en las tensiones y desarrollos que han permitido la confluencia de esas vertientes en un cuerpo de ideas común.

En el trabajo de Luis Donatello se analizan experiencias asociativas vinculadas con organizaciones católicas. El propósito de tales emprendimientos, gestionados según principios de la economía social, se orienta a la constitución de un “nuevo sujeto solidario” e imbuido de los valores del comunitarismo, antes que a generar empleos permanentes. Frente a esta situación, el autor se pregunta acerca del poder reconstitutivo del lazo social que tienen estos emprendimientos. Este texto, por demás provocativo, tiene el valor de obligarnos a analizar cuidadosamente las tradiciones políticas e ideológicas desde las cuales se impulsa el asociativismo, para no caer en trasposiciones de sentido.

Para finalizar, la historiadora María Ullivarri analiza cómo las asociaciones sindicales tucumanas enfrentaron en los años '30 la disyuntiva

entre construir asociaciones obreras orientadas a la asistencia o dar forma a espacios de reivindicación y lucha. Efectuando un análisis de las estrategias sindicales muestra cómo, en el intento de sortear este dilema, se conformó una trama de vínculos sociales que modificó en forma permanente la vida cotidiana de los/as trabajadores/as.

La compilación de los artículos que integran este volumen ha estado orientada por el propósito de reflexionar sobre experiencias concretas de construcción de lazos asociativos, indagando sobre las condiciones en que se han desarrollado y las prácticas previas, las actuales y las que se constituyen como horizonte normativo y/o político.

Los artículos compilados muestran la persistencia de los dilemas que plantea la asociatividad a quienes la transitan, a pesar de lo disímil de los contextos. De este modo, se pone de manifiesto que la tensión entre asistencia y reivindicación, interés y solidaridad, disciplina y camaradería, antes que un aspecto a resolver, es un atributo constitutivo de la organización colectiva de los sectores populares. No obstante, también se muestra que la distancia entre las expectativas de transformación social y la práctica cotidiana estimula la creatividad social y sociológica.

Como ha sido relevado en muchos de los trabajos compilados, el campo de la economía social está atravesado por numerosas reflexiones y propuestas que le dan su carácter específico y que operan como referencias en la práctica. En tal sentido, estos aportes pueden ser tomados como marco a partir del cual evaluar las cooperativas y emprendimientos estudiados y el modo de (inter)actuar de sus integrantes, lo que daría lugar a enfoques normativos.

En cambio, nuestra propuesta es analizar las condiciones de producción del trabajo asociativo, conocer las experiencias concretas –pasadas y vigentes– con el fin de desnaturalizar, historizar y fortalecer el andamiaje teórico disponible. Desde esta perspectiva, la asociatividad es un trabajo de producción condicionado socialmente y situado históricamente, que entrelaza biografías personales y colectivas en una serie de experiencias diversas atravesadas por contradicciones y tensiones. Entendemos que en la contradicción y en la tensión se expresan el secreto y la promesa de la práctica; incluso de la propia práctica de observar y comprender.

Cecilia Cross
Matías Berger

Sección I

La producción de vínculos en la gestión cotidiana de la asociatividad

Capítulo 1

La productividad en cuestión.

La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires

María Inés Fernández Álvarez

Introducción

Conocidas con el nombre de empresas recuperadas¹, desde mediados de los noventa y con más intensidad a partir del año 2000 se vienen desarrollando en la Argentina experiencias de gestión colectiva del trabajo a partir de la ocupación de espacios productivos por parte de sus trabajadoras/es². Con una fuerte concentración en el área metropolitana de Buenos Aires, estas experiencias fueron llevadas adelante, en una amplia mayoría, por trabajadoras/es con varios años de trayectoria laboral en el mismo sector y tuvieron lugar en empresas que se encontraban en situación de alto endeudamiento o en quiebra. Casi en la totalidad de los casos las recuperadas dieron lugar a la conformación de cooperativas de trabajo y, en particular en la Ciudad de Buenos Aires, a la sanción de una ley de expropiación.

¹ Para hacer referencia a estas experiencias se utilizaron denominaciones variadas que expresaron diferentes concepciones políticas y estrategias de acción como “fábricas tomadas”, “fábricas ocupadas”, “empresas autogestionadas”, “empresas reconvertidas”. Utilizo la categoría “empresa recuperada” pues fue la que alcanzó mayor difusión.

² Según diferentes estudios, aunque la cifra exacta resulta difícil de precisar, se desarrollaron aproximadamente unas 200 recuperaciones de fábricas que alcanzan 10000 trabajadoras/es en todo el país, el 60 % de los cuales tuvo lugar en la región de Buenos Aires (Rebón, 2007; Ruggieri, 2009). En particular en la Ciudad de Buenos Aires, en el año 2004 se habían llevado adelante 27 procesos de recuperación, de los cuales un importante número de casos se inició en 2002 (68%) mientras que en 2009 el número total de recuperadas alcanzó 41 casos y 2066 trabajadoras/es. De estos últimos, el 25% comenzó el proceso de recuperación entre 2007-2009. Informe del Observatorio Social sobre Empresas Recuperadas Autogestionadas (OSERA). Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/empresasrecuperadas/PDF/Datos/DATOS.pdf>, fecha:

Las empresas recuperadas han despertado el interés de intelectuales y académicos tanto locales como extranjeros quienes se preguntaron por el carácter innovador de estos procesos, ya sea en términos de acción colectiva como de organización productiva. En particular, la gestión colectiva bajo la forma cooperativa generó una serie de reflexiones sobre las potencialidades y límites de esta práctica (Fajn y Rebón, 2005; Hudson, 2007; Deux Marzi, y Vázquez, 2009; Rebón y Salgado, 2009; Quijoux, 2009). En este artículo, sostengo que, en el caso de las empresas recuperadas, la formación de cooperativas debe ser comprendida como parte de un lenguaje de la protesta (Roseberry, 1994) configurado por modalidades de intervención estatal. Este lenguaje les exigió mostrar(se) como sujetos productivos, con voluntad y capacidad de trabajo. Como parte de este proceso las/os trabajadoras/es debieron adaptarse a una serie de normativas, regulaciones y controles que pusieron en evidencia el desarrollo de un particular modo de gobierno (Foucault, 2006) cuyo sentido se hace comprensible a la luz de las políticas de “economía social” implementadas desde el año 2003.

Con este objetivo, retomo los resultados de un estudio etnográfico sobre el proceso de recuperación de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires, cuyo trabajo de campo realicé entre abril de 2002 y marzo de 2005. Este trabajo articuló un análisis en profundidad, en el que reconstruí un caso en particular, con uno de un nivel intermedio en el que seguí diferentes casos a fin de seguir el proceso de demanda y las modalidades de relación con el Estado en la Ciudad de Buenos Aires. Esta investigación evidenció que, si bien las ocupaciones de espacios productivos formaban parte del repertorio de acción de las/os trabajadoras/es en este país desde finales de los años 50 (Lobato y Suriano, 2003)³, desde mediados de la década del noventa y comienzos del 2000 la ocupación con gestión de la producción en manos de los/as trabajadores/as se convirtió en una modalidad regular que cobró características singulares y definió una forma específica de demanda por “la fuente de trabajo”. Aunque los datos en los que se basa este artículo se concentran en el trabajo de campo comprendido entre el año 2002 y 2005, las reflexiones que aquí presento forman parte de una investigación más amplia sobre procesos de autogestión del trabajo de sectores populares en el Área Metropolitana de Buenos Aires que vengo desarrollando desde el año 2007⁴. Este proyecto busca salir de de una definición

³ En algunos casos estas acciones incluyeron experiencias o demandas de control obrero o co-gestión de la producción por parte de las/os trabajadoras/es (Partenio, García Allegrone y Fernández Álvarez, 2004).

⁴ Esta investigación se enmarca en el Proyecto UBACyT F603, bajo mi dirección, que lleva por título “*Formas cooperativas, “autogestión” y trabajo. Un estudio etnográfico sobre las prácticas organizativas, sociales y políticas de sectores populares en el Área metropolitana de Buenos Aires*”. Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

a priori que conceptualiza el trabajo cooperativo o la autogestión a partir de determinados valores como la solidaridad, la horizontalidad, la autonomía, para preguntarse por las formas concretas de gestión colectiva del trabajo.

El artículo está organizado en dos partes. En la primera reconstruyo el modo en que recuperar una empresa se constituyó en una modalidad privilegiada de demanda por “la fuente de trabajo”. Esta modalidad es el resultado de la confluencia (en tensión) de una serie de tradiciones y trayectorias sociales y políticas. En la segunda parte, a partir del caso en que focalizo mi estudio, describo una serie de prácticas destinadas a lograr esta demanda que incluyeron acciones de protesta y la conformación de la cooperativa de trabajo. Sobre la base de esta descripción analizo el desarrollo de un particular lenguaje de la protesta que consistió en mostrar(se) como sujetos productivos, configurado por formas de intervención estatal.

Tradiciones en disputa

En diálogo con la literatura sobre las formas de movilización social desarrolladas en la Argentina, en trabajos previos he propuesto un desplazamiento que consistió en salir de una mirada en la acción para abordar las recuperaciones como procesos (Fernández Álvarez, 2007). De forma muy esquemática y a riesgo de ser reduccionista, puede decirse que siguiendo el marco de las teorías de la acción colectiva, estos estudios analizaron las movilizaciones o protestas como emergentes o respuestas (en ocasiones espontáneas) frente a transformaciones sociales o situaciones de crisis económico-políticas. Desde este punto de vista la crisis de 2001 constituía una “oportunidad política” que abrió un “ciclo de protestas” dando lugar a la emergencia de nuevos actores políticos con nuevas identidades. Aunque el ejemplo paradigmático fueron los movimientos “piqueteros”, los primeros estudios sobre empresas recuperadas retomaron esta fórmula explicativa, presentándolas como movimientos alternativos al desempleo o el neoliberalismo⁵.

Ahora bien ¿por qué las recuperaciones tomaron esta forma específica? Responder a este interrogante exige, a mi entender, abordar las empresas recuperadas como procesos, reconstruyendo su formación. Con este objetivo, recuperé aportes de estudios antropológicos que retoman la obra

⁵ Para el caso de las empresas recuperadas cf. Fajn, 2003; Favaro y Aizicson, 2003; Palomino, 2003 y Magnani, 2003.

de A. Gramsci y E. P. Thompson para abordar los procesos de demanda y movilización en articulación con los modos de dominación y gobierno⁶. Esta línea incorpora una mirada histórica que permite mostrar el modo en que se actualizan tradiciones sociales y políticas. Pero además, contemplar la manera en que las acciones estatales configuran y definen los límites posibles desde los que las personas se movilizan y demandan. En sentido inverso, resulta fértil para iluminar el modo en que, siempre en el marco de relaciones de hegemonía, los procesos de demanda y movilización social pueden abrir espacios de disputa desde los que se redefinen o reorientan políticas y acciones estatales.

En relación a este punto, me interesa marcar que mis primeros trabajos tenían una fuerte preocupación por mostrar el modo en que el trabajo (o más bien la “identidad obrera”) operaba con fuerza en el desarrollo de estas formas de acción colectiva. Esta inquietud se enmarcaba en las discusiones que tenían lugar en este campo, sumamente prolífico en aquel entonces, en el que de manera muy sintética el debate se planteaba en términos de ruptura o continuidad respecto de las experiencias tradicionales como el movimiento obrero. Finalmente, mi trabajo mostró que las recuperaciones eran producto de la confluencia (en tensión) de una serie de experiencias de militancia (personales y organizativas) con tradiciones y trayectorias sociales y políticas diferentes que se remontaban, al menos, a mediados de la década del 80.

En ese momento, en la zona sud del Gran Buenos Aires, más exactamente en Quilmes y Berazategui, se produjeron una serie de ocupaciones de espacios productivos con modalidades retomadas más tarde en las empresas recuperadas. Estas ocupaciones se desencadenaron a partir del cierre de las fábricas o bien de despidos masivos y dieron lugar a la conformación de cooperativas de trabajo (la mayoría de las cuales dejó de existir poco tiempo después). Las ocupaciones fueron promovidas por la Unión de Obreros Metalúrgicos (UOM) correspondiente a la región de Quilmes, bajo la conducción de la corriente Felipe Vallese. Esta seccional opositora a la dirección del sindicato tenía una tradición activa de confrontación y resistencia cuya estrategia política iba más allá del trabajo, en sentido estricto, para tomar en cuenta asuntos relativos a los derechos del hombre o

⁶ Como parte de un trabajo de investigación colectivo sobre las formas de movilización social en la Argentina hemos venido trabajando en una línea de estudios que retoma aportes de la antropología para desarrollar un abordaje que desplace la mirada del acontecimiento o la protesta para estudiar las tramas de relaciones y la experiencia de vida de las personas. Cf. (Grimberg, 2009; Manzano, Fernández Álvarez, Triguboff y Gregoric, 2010). Esta línea retoma aportes de autores como W. Roseberry (1994); J. Nash (1979); J. Gledhill (2000); R. Keesing (1994); K. Crehan (2000) y M. Lagos (1997).

el problema de la tierra y la vivienda (Martucelli y Svampa 1997)⁷. Resulta interesante notar que para la regional Quilmes, las ocupaciones y la posterior conformación de cooperativas, tenían como objetivo dar continuidad a la producción para “salvar los medios de producción” lo cual definía una estrategia sindical orientada a evitar la pérdida de puestos de trabajo (Perelman y Davalos, 2003). Esta organización tuvo un rol clave en el desarrollo del proceso de recuperación constituyendo lo que algunos autores han denominado “promotores” (Rebón, 2004; 2007).

Sin embargo, en los años 80, la difusión de esta estrategia alcanzó un desarrollo acotado. A partir de las entrevistas realizadas con los dirigentes esto se explica por dos razones. Por un lado, la posibilidad de lograr el pago de indemnizaciones, que en aquel contexto aún se podía lograr pero que no tendrá lugar en el caso de los procesos iniciados más de diez años después⁸. Por otro lado, debido a la falta de un “instrumento legal” para intervenir en las ocupaciones. Diez años después las empresas recuperadas se instalan como modalidad regular y legítima de demanda frente a la crisis de una empresa para exigir la intervención del Estado.

Hacia finales de los años 90, en la región metropolitana de Buenos Aires, se produjeron una serie de experiencias consideradas luego como las primeras empresas recuperadas (aún cuando no recibían todavía esta denominación). En 1996, en el Partido de La Matanza, el frigorífico Yaguané entra en quiebra y los propietarios comienzan un proceso de vaciamiento. En respuesta a este último los trabajadores realizan manifestaciones frente a la planta que finalmente ocupan. Con el objetivo de evitar el remate de las máquinas conforman una cooperativa de trabajo y meses después retoman la producción. En el mismo año en Avellaneda, la metalúrgica SIAM (una empresa emblemática de la industria nacional) entra en crisis financiera y sus obrera/os, con el apoyo del sindicato, conforman una cooperativa de trabajo. En 1998, con el apoyo de la corriente opositora a la UOM que había promovido las ocupaciones de los años 80, la metalúrgica IMPA es ocupada por sus empleadas/os para evitar el cierre y mantener la fuente de trabajo⁹.

⁷ Durante este período se desarrollan en el GBA procesos de ocupación y toma de tierras que dan lugar a la conformación de asentamientos (Merklen, 1991; Cravino, 1998; Cross, 2008) Me interesa destacar aquí que estas ocupaciones dieron lugar a la sanción de leyes de expropiación de las tierras, una fórmula que más tarde fue retomada en el caso de las empresas recuperadas.

⁸ Este cambio se vincula con las modificaciones a la ley de quiebras del año 1995, sobre la que volveremos más adelante.

⁹ A diferencia de los demás casos, IMPA era en términos formales una cooperativa de trabajo, constituida como tal en la década del sesenta a partir de una empresa que había sido estatizada durante el gobierno de J.D. Perón.

Poco tiempo después se desarrollan procesos similares en las ciudades de La Plata y Rosario. En el año 2000 la Papelera Platense entra en quiebra, los trabajadores ocupan la planta y forman una cooperativa de trabajo. Realizan negociaciones con el juez a cargo de la quiebra y, finalmente, un acuerdo de alquiler con la patronal (Deledicque, Feliz, y Moser, 2005). En este caso, se vinculan con la Federación de Cooperativas de Trabajo (FECOOTRA), una organización conformada en 1988 a partir de experiencias cooperativas constituidas como resultado del proceso hiperinflacionario (Roggi, 2001). En el mismo año, en la ciudad de Rosario, se forma la cooperativa de trabajo Herramientas Unión como producto del cierre de la empresa y poco tiempo después se ocupa el supermercado Tigre, en este caso apoyados por el Sindicato de Comercio de la región.

Una característica destacada de estos primeros casos es la heterogeneidad en su desarrollo y formas de resolución –que incluyeron negociaciones con la patronal, los jueces a cargo de las quiebras o funcionarios estatales a diferentes niveles– y su prolongada temporalidad que podía alcanzar varios meses de ocupación o acampes frente a las plantas. En cambio, en los casos iniciados después del año 2002, se observa el desarrollo de una forma regular y estandarizada que he denominado “forma recuperación”¹⁰. En este transcurso, el espacio de negociación dejó de ser la conciliación obligatoria y los interlocutores privilegiados pasaron a ser los jueces y legisladores. Hay aquí un cambio en la naturaleza de la definición del conflicto: de un conflicto salarial se pasó a un conflicto por la fuente de trabajo. Esto exigió plantear el problema en términos de una “solución legal” que permitiera garantizar, aún cuando fuera de manera precaria, la continuidad de las unidades productivas.

En el año 2000 se elaboró la primera ley de expropiación en la provincia de Buenos Aires para el caso de una metalúrgica ubicada en Avellaneda (en la zona sur del GBA). En poco tiempo esta fórmula se convirtió en el mecanismo privilegiado de resolución de los procesos en esta región. La elaboración de esta ley, inspirada en las aplicadas frente a las ocupaciones de tierra de los años 80, se fundó en la utilidad social de los bienes a ser expropiados y estipuló que estos fueran otorgados a la cooperativa de trabajo

¹⁰ Esta categoría retoma los análisis de L. Sigaud (2000) sobre las ocupaciones de tierra en Brasil y de V. Manzano (2009) sobre los cortes de ruta o piquetes en la Argentina. En términos muy generales, designa el desarrollo de un lenguaje social para anunciar un conflicto y establecer vínculos con el Estado. Siguiendo esta conceptualización la idea “forma recuperación” busca iluminar las relaciones entre el Estado los trabajadores y las organizaciones sociales en torno a la demanda de fuentes de trabajo (Fernández Álvarez y Wilkis, 2007).

constituida por los asalariados de la empresa¹¹. Participó de este proceso un abogado con experiencia de militancia vinculada al peronismo y a la pastoral social en Avellaneda.

A finales de 2001 se desarrolló un encuentro con sede en la fábrica recuperada IMPA que reunió a militantes y dirigentes de organizaciones y cooperativas de trabajo entre las que se encontraban aquellas constituidas a partir de estas empresas recuperadas –en muchos casos aún en vías de resolución por ese entonces-. Como se observa en los casos sintetizados previamente, muchas de las cooperativas habían sido impulsadas por dirigentes o militantes de organizaciones gremiales, entre las que se destacaba la corriente Felipe Vallese de la UOM. Del encuentro participaron también dirigentes de cooperativas vinculadas a la FECOOTRA y la Federación de Trabajadores de la Industria y Afines (FETIA de la CTA). El acta del encuentro mencionaba como propósito “dar respuesta de manera organizada al cierre de fuentes de trabajo mediante la reapertura de empresas a partir de la autogestión”.

Como resultado de ese encuentro se conformó en ese año el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER)¹² del que se desprendería el Movimiento de Fábricas Recuperadas por sus Trabajadores (MNFRT), poco más de un año después. En ese mismo año se forma la Federación Nacional de Cooperativas de Trabajo y Empresas Reconvertidas (FENCOOTER)¹³. Otras tentativas de organización fueron promovidas entre 2002 y 2003 por partidos y organizaciones políticas de izquierda, en algunos casos con militancia vinculada al cuestionamiento a las burocracias sindicales, que promovían formas de democracia obrera y el control obrero de la producción. Estas organizaciones impulsaron la realización de “Encuentros de empresas y fábricas tomadas” y la demanda se definió

¹¹ En el caso de la Ciudad de Buenos Aires las primeras leyes declararon de utilidad pública y sujetos a ocupación temporaria los bienes inmuebles que fueron cedidos en comodato a la cooperativa de trabajo por un lapso de dos años y sujetos a expropiación los bienes muebles existentes en el inmueble y los bienes intangibles. En noviembre de 2004 se sancionó la Ley 1529 que declaró de utilidad pública y sujetos a expropiación los inmuebles –y todas sus instalaciones– de las cooperativas constituidas en la Ciudad de Buenos Aires a partir de procesos de recuperación que habían sido sujetas a ocupación temporaria durante el 2002 y 2003.

¹² Un antecedente de esta organización es el Movimiento Popular de Economía Social (MOPES) que reunía asociaciones barriales, cooperativas y mutuales de la Ciudad de Buenos Aires. Según algunos estudios (Rebón, 2004) esta organización fue impulsada por el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES).

¹³ Esta organización tuvo origen en el frigorífico Yaguané y agrupó a un reducido número de recuperadas de La Matanza donde este se ubicaba y estaba vinculada al INAES donde funcionó hasta el año 2003 la Unidad Ejecutora de Recuperación de Empresas en Crisis (UEREC).

bajo la consigna de “estatización con control obrero”, como es el caso de la empresa, que analicé en profundidad en mi investigación, sobre la que nos detendremos en el segundo apartado¹⁴.

En febrero de 2002 el gobierno interino de Duhalde declaró la emergencia productiva y crediticia, introduciendo modificaciones a la ley de Quiebra vigente desde el año 1995¹⁵. Como parte de estas modificaciones se otorgó a las/os jueces la posibilidad de atribuir –de forma temporaria– la continuidad de la unidad productiva de una empresa en quiebra hasta el momento de la adjudicación de los bienes a las/os trabajadoras/es agrupados en una cooperativa de trabajo. A tal fin las/los trabajadoras/es debían presentar una propuesta al juzgado en la que expresaran la voluntad de dar continuidad a la producción. La ley determinaba que la cooperativa debía estar compuesta por trabajadoras/es en relación de dependencia de la empresa fallida¹⁶. Recurriendo a este mecanismo las/os trabajadores/as lograban “ganar tiempo” para evitar el remate de los bienes y conseguir la sanción de las leyes de expropiación.

Teniendo en cuenta esta reconstrucción, me interesa aquí destacar que en los casos desarrollados en los primeros años, la formación de las cooperativas resultaba una iniciativa de las/os trabajadoras/es, impulsada en muchos casos, por dirigentes de las organizaciones gremiales o federaciones y de los movimientos de empresas recuperadas. Pero desde el año 2002, esta se constituye en una acción configurada por la intervención del Estado a partir de las modificaciones a la ley de quiebras de ese año y del formato de las leyes de expropiación que se sancionan posteriormente.

A comienzos del año 2002 las empresas recuperadas se multiplicaron, constituyendo una noticia corriente. La “crisis” del 2001 y los años de políticas neoliberales, con sus efectos en términos de desigualdad, pobreza

¹⁴ A partir del año 2005 se conformaron otras organizaciones como desprendimientos o en articulación con las mencionadas como la Asociación Nacional de Trabajadores Autogestionados (ANTA) impulsada por la FETIA y constituida como una organización sindical del sector dentro de la CTA o la Federación Argentina de Cooperativas de Trabajadores Autogestionados (FACTA) conformada en el año 2006 por empresas recuperadas que anteriormente estaba agrupadas en el MNER. En el mismo año se constituye formalmente la Red Grafica que integra empresas recuperadas de esta rama de actividad y está vinculada al Sindicato Federación Gráfica Bonaerense. Más recientemente, en el año 2009, se conformó la Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo (CNCT) de la que participan estas organizaciones.

¹⁵ Sancionada en 1995 durante el gobierno de Menem, la Ley de Concursos y Quiebras (Ley 24.522) tendía a la liquidación inmediata de los bienes, favoreciendo mecanismos de vaciamiento y reduciendo la posibilidad del pago de indemnizaciones.

¹⁶ En este marco, se traspasaba la potestad del síndico para administrar los bienes a los trabajadores hasta el momento del remate.

y desempleo, resultaron sin duda elementos centrales en el desarrollo y sobre todo la amplitud de estos procesos. Sin embargo, no alcanzan a explicar porqué las empresas recuperadas lograron instalarse como una forma legítima de demanda por la fuente de trabajo. Como me propuse mostrarlo en este apartado, esta forma consistió en la ocupación y la gestión colectiva de una empresa/fábrica en quiebra exigiendo al Estado una “solución legal” que garantice la continuidad de la fuente de trabajo. En lo que sigue me propongo analizar cómo fue posible lograr, al menos de manera coyuntural, este compromiso. Para eso, me detendré en el caso sobre el que focalizó mi estudio. Considerado un caso emblemático dentro del universo de empresas recuperadas, este proceso ilumina el modo en que la formación de una cooperativa constituyó un paso obligado para lograr la sanción de una ley de expropiación y garantizar la continuidad de la fuente de trabajo.

De la ocupación a la cooperativa

En abril de 2003 las obreras y obreros de La Celeste¹⁷ fueron desalojados de la fábrica que mantenían ocupada y bajo su gestión desde finales de diciembre de 2001¹⁸. Era el tercer intento de desalojo al que hacían frente desde el inicio de la ocupación. En los dos primeros, en marzo y noviembre de 2002, las trabajadoras y trabajadores habían conseguido reingresar a la fábrica. A diferencia, el desalojo de abril de 2003 contó con un operativo policial de mayor envergadura y finalizó con el vallado de la planta. En los días siguientes se desarrollaron negociaciones con diferentes ámbitos estatales mientras las obreras y obreros permanecían en la planta. Fracasadas las negociaciones, el lunes 21 de abril fue convocada una movilización cuyo objetivo era “derribar las vallas” y reingresar a la planta. A media tarde, mientras las organizaciones convocadas se acercaban al punto de encuentro y se disponían a encolumnarse detrás de las obreras/obrerros se difundían por un alto parlante las siguientes palabras impresas en un

¹⁷ El nombre de la fábrica así como el de las/os trabajadoras/es han sido modificados.

¹⁸ Las narraciones sobre el inicio de la ocupación explican que esta comenzó como resultado del incumplimiento del pago de salario y el posterior abandono de la empresa por parte de la patronal. Según este relato a partir del año 1998 los dueños habían suspendido los aportes a la seguridad social y desde el 2000 habían interrumpido el pago del sueldo quincenal, y este fue reemplazado por un *vale* semanal que constituía un retiro en adelante de la quincena, cuyo monto fue decayendo durante el 2001 para alcanzar, en la última semana, la suma de 5 pesos. El relato de este escenario se completaba con la descripción del temor al vaciamiento y el cierre de la planta.

volante titulado “carta a los trabajadores ocupados y desocupados” que repartían entre los presentes:

Los trabajadores y trabajadoras de La Celeste hemos defendido un año y tres meses, con uñas y dientes, nuestra fuente de trabajo, el pan de nuestros pibes. Hace 96 horas hemos perdido nuestro trabajo, que es nuestra dignidad, por culpa de la patronal que nos exprimió durante muchos años, quedándose con nuestros sueldos (...) Hoy estamos igual que muchos de ustedes, sintiendo el sabor amargo de la desocupación. Nos quieren derrotar, pero se equivocan. El trabajo genuino lo vamos a defender con nuestras vidas si es preciso.

Policía: somos trabajadores y trabajadoras ¿Vas a mancharte las manos de sangre? Somos mujeres, como tu madre, tu hermana, tu esposa, tus hijas. ¿Vas a apalearnos? Tu madre te educó para tener un puesto de trabajo. Hoy somos madres como la tuya que estamos luchando por el pan de nuestros hijos. Sólo somos trabajadoras que defendemos nuestro trabajo. Eso es lo único que sabemos hacer.

Cargados de una fuerte emotividad puesta en palabras como “el sabor amargo de la desocupación” o la defensa del trabajo con sus propias vidas, “con uñas y dientes”, los fragmentos transcriptos condensan los principales argumentos sobre la base de los cuales se legitimaron las demandas. Como lo desarrollamos en trabajos previos (Fernández Alvarez 2007), estos hicieron eje en la *dignidad del trabajo* frente a la indignidad del desempleo; en la necesidad de garantizar la continuidad de la fuente de trabajo como único medio para lograrlo; en la capacidad y voluntad de los trabajadores, en tanto sujetos dignos, para llevar adelante la producción. Esta cuestión se resalta en la frase “sólo somos trabajadoras que defendemos la fuente de trabajo, eso es lo único que sabemos hacer”.

Pasadas las 17 horas, acompañadas por una importante columna de organizaciones políticas y sociales encabezadas por Madres de Plaza de Mayo, las/los obreras/os avanzaron sobre las vallas. El intento de reingresar a la fábrica fue repelido con una fuerte represión transmitida en directo por los medios masivos y ocupó la tapa de los principales diarios de país del día siguiente¹⁹. Se abrió entonces una nueva etapa en la que se desarrolló una serie de protestas “desde la calle”. Estas comenzaron con el *acampe*, un acto sumamente ritualizado que tuvo lugar al día siguiente a la represión. Una movilización encabezada por las obreras (principalmente las mujeres) y dirigentes sociales y políticos se dirigió hacia la fábrica vallada por la policía. Frente a las vallas, que se habían instalado en ese momento a

¹⁹ La represión dejó como saldo numerosas/os heridas/os que, en muchos casos, debieron ser hospitalizadas/os.

dos cuadras de la fábrica, un grupo de obreras/os tomó en sus manos cada uno de los extremos de la lona que levantaron al mismo tiempo frente a las cámaras de la televisión. La carpa quedó instalada en el medio de la avenida, cortando el tránsito. Dispuestas/os frente a la carpa y acompañados/as en algunos casos de sus hijos/as, los/as obreros/as dieron a continuación una conferencia de prensa, inaugurando el *acampe* que se prolongó durante nueve meses.

Desde el 18 de diciembre y hasta el momento del desalojo en abril de 2003, la recuperación había implicado un proceso por el que el “lugar de trabajo” se convertía, al mismo tiempo, en un “espacio de lucha”. En el *acampe* esta relación fue invertida haciendo del “espacio de lucha” un “lugar de trabajo”. Transcribo a continuación un fragmento de mis registros de campo durante el *acampe* que reconstruye una mañana en la carpa:

Minutos antes de las 10 de la mañana fueron llegando las/os últimas/os. Cumpliendo con el horario de llegada pautado, una/o a una/o firmaron el cuaderno de presentes de la misma forma que lo hacían cuando estaban adentro de la fábrica. Quienes pasaron la noche en la carpa “cubriendo su guardia”, hace ya algunas horas que estaban despiertos. Mientras esperan el comienzo de la asamblea, los recién llegados acomodan sus cosas en un pequeño estante donado por un vecino del barrio. Como habitualmente lo hacían en la fábrica, dejaron en él la ropa con la que llegaron a la carpa y se pusieron el guardapolvo celeste, convertido ya en una marca de “su lucha”. Luisa, una obrera de 32 años, reparte a cada una/o un papel con el turno y la dirección del Banco Ciudad al que deben ir a cobrar el subsidio que consiguieron a partir de las negociaciones en la carpa con funcionarios de “acción social”. Esa mañana la agenda del día incluye la visita de un legislador y una reunión con un representante de la defensoría del pueblo. La pava esta lista y el mate preparándose. Beatriz, Inés y Rosana, las encargadas de hacer la comida para ese mediodía, salieron a conseguir huevos y verduras que faltaban para hacer torrijas con el arroz que todavía queda de las bolsas de alimentos recibidos. Al fondo Irma y Margarita, tejen batitas de bebé y medias de lana, mientras comentan con algunas de sus compañeras cuándo les toca la próxima guardia. Me siento cerca de ellas. Irma me cuenta que está tejiendo para vender en el barrio y que con eso saca algo de plata. Al rato Diana se aproxima para comentarnos que un cliente se acercó para ofrecerles “un trabajito”. Explica de qué se trata y les dice que están pensando en repartirlo para que cada uno haga una parte y “pueda quedarse con algo” (notas de campo, mayo de 2003).

Desde el inicio de la recuperación la jornada de trabajo se había modificado, tanto en términos de los tiempos de trabajo que se extendieron más allá del “horario productivo” como de las actividades comprendidas que pasaron a incluir, entre otras tareas, la realización de guardias, reuniones con funcionarios públicos, encuentros con organizaciones sociales, participación en acciones de protestas, etc. En sentido inverso, como lo muestra

este fragmento de campo, durante el acampe se recrearon los horarios de llegada y salida, las guardias, los controles internos, la distribución de tareas y los modos de llevarlos adelante. Desde un punto de vista analítico, me interesa destacar el modo en que, en ambos momentos, las actividades productivas se articularon en acciones de protesta o, más precisamente, el modo en que la recuperación tomó la forma de una acción política anclada en la producción, el trabajo productivo.

Para ilustrar este último punto, me detendré en una práctica desarrollada particularmente durante este período bajo el nombre de *maquinazo*. Estas acciones estuvieron dirigidas expresamente a lograr la sanción de la ley de expropiación, que había sido presentada en mayo en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires²⁰. Durante los meses siguientes el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires propuso conformar un taller en otro emplazamiento. Las obreras se referían a la propuesta del Gobierno de la Ciudad bajo la denominación de “microemprendimiento”, contraponiendo a esta propuesta el derecho a “recuperar su fábrica”, demandando la continuidad de la fuente de trabajo bajo su gestión. Sosteniendo esta demanda, entre mayo y octubre (momento en que fue aprobada la ley) se desarrollaron los *maquinazos*. Estas acciones consistían en ocupar la vía pública instalando máquinas de coser de uso familiar que habían sido donadas por vecinos del barrio, militantes de asambleas y de organizaciones sociales. Durante los *maquinazos* las/os trabajadoras/es, principalmente las mujeres, se disponían a coser durante el lapso de algunas horas, vestidas con sus guardapolvos celestes. Aunque en la mayoría de los casos los *maquinazos* tuvieron lugar frente a la fábrica vallada, en algunos ocasiones se realizaron ante organismos públicos como la Casa de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires o la Legislatura local. El énfasis de esta acción de protesta estaba puesto en mostrarse trabajando, dando pruebas tanto de su capacidad para realizar este oficio y del manejo de las herramientas, como de su voluntad de trabajo, de seguir siendo trabajadoras/es. En este sentido,

²⁰ A mediados de mayo el diputado Rodríguez (Bloque Justicialista) elaboró un proyecto de ley con características similares a las leyes sancionadas durante 2002 frente a las empresas recuperadas. Este era el segundo proyecto de ley que se presentaba en la legislatura en nombre de esta recuperada. El primero, rechazado en octubre de 2002, planteaba la expropiación de la empresa y la transferencia de la propiedad al Estado de la Ciudad de Buenos Aires que sería el encargado de mantener el funcionamiento de la misma bajo el control y la administración de los trabajadores. Se estipulaba que la fábrica debía estar destinada a producir indumentaria y artículos afines para abastecer reparticiones y organismos públicos. El establecimiento se pondría en funcionamiento con el total del personal que, al momento de la presentación de la ley, formaba parte de la empresa. El gobierno de la Ciudad debía garantizar un sueldo mínimo y el pago de las obligaciones sociales y de seguridad social.

es posible pensar al *maquinazo* como un corte de calle, una modalidad de acción compartida con otros -principalmente “los desocupados”- que, en el marco de este proceso de demanda adquirió características singulares, estableciendo diferencias frente a ellos. En este caso, el corte de la calle se realizaba trabajando. Más aún, se cortaba la calle para poder trabajar. Esta cuestión se enfatizaba además en el uso de ropa de trabajo que las/los identificaba como trabajadoras/es de un determinado oficio. La distinción del guardapolvo celeste expresaba una diferenciación de este colectivo como trabajadoras/es de esa fábrica, marcando así la capacidad de desarrollar una actividad particular: la confección. Aunque la realización de los *maquinazos* fue una práctica singular de este proceso, las/os trabajadoras/es de otras recuperadas llevaron adelante acciones con características similares, como la exposición de sus productos en la vía pública o la distribución de insumos ante la discusión de una ley, portando en todos los casos su vestimenta de trabajo.

Comprender la significación de estas prácticas requiere, a mi entender, prestar atención a las principales características de las políticas públicas en materia de empleo, de carácter asistencial y focalizado, desarrolladas en los años previos en Argentina (Lo Vuolo y Barbeito, 1998; Lindemboin y Danani, 2003; Grassi, 2003). Me refiero específicamente a las políticas de asistencia al empleo implementadas durante los años '90, financiadas por organismos de crédito internacional y orientadas a paliar “los efectos colaterales” del ajuste neoliberal (Cross y Freytes Frey, 2009). Conocidas como Programas de Empleo Transitorio (PET), estas políticas siguieron la lógica del modelo de *workfare* promovido por el Banco Mundial que orientó las intervenciones hacia la asignación de una ayuda financiera cuyo monto no debía ser más bajo que el salario mínimo, exigiendo a los beneficiarios una contrapartida en trabajo (Gautié, 2002). A partir del año 1993 se puso en marcha una variedad de programas bajo esta lógica dentro de los cuales el más importante fue el “Trabajar” implementado dos años después (Manzano, 2009)²¹. Con muy pocas modificaciones, en los años siguientes,

²¹ Siguiendo la caracterización de V. Manzano (2009), el eje de intervención de este último se basaba en el desarrollo de “proyectos” para la realización de trabajos públicos (desde construcciones de establecimientos como escuelas, salas comunitarias o centros de salud a la instalaciones de redes eléctricas o de agua potables) y, en menor medida, productivos (micro emprendimientos, huertas, etc.). Las personas eran empleadas por un período mayor a tres meses (el tiempo límite del período de prueba para las empresas privadas a partir de la ley de empleo de 1991) y menos de doce y recibían una contrapartida económica, definida como “ayuda no remunerativa”, que iba entre 150 y 300 pesos (en aquel momento equivalente a 300 dólares). El proyecto debía ser elaborado por organismos gubernamentales locales o bien por ongs y sometido a evaluación por parte del Ministerio de Trabajo.

se elaboran programas semejantes bajo el nombre de Trabajar II y III y en enero de 2002 los PET se unificaron en el Programa Jefas y Jefes de Hogar para Desocupados implementado en el marco de la declaración de la emergencia social, económica y administrativa²². En este contexto, *los planes* se constituyeron en la referencia a un modo de trabajo que no se considera genuino –incluso para las organizaciones que demandaban *cupos*. Es frente a estas formas de intervención que las empresas recuperadas sostuvieron sus reivindicaciones, exigiendo al Estado otro modo de intervención que garantizara un “trabajo digno y genuino”, es decir manteniendo la fuente de trabajo. La formación de la cooperativa de trabajo, resultó un elemento clave para lograr este objetivo, como lo evidencia la continuidad del proceso sobre el que me detengo.

Durante el *acampe* se desarrollaron numerosas instancias de negociación destinadas a discutir las posibilidades de alcanzar la sanción de la ley de expropiación y el contenido que esta finalmente tendría, en las que intervinieron abogadas/os de los trabajadores, representantes del Gobierno Nacional –a través de la Subsecretaría de Derechos Humanos– y de la Ciudad de Buenos Aires, legisladores y asesores de la Ciudad de Buenos Aires. En el marco de estas negociaciones, las/os obreras/os conformaron en junio de 2003 una cooperativa de trabajo, presentada ante el INAES para su formalización. En el acta de constitución de la cooperativa se menciona como objetivo la demanda de expropiación:

[A]nte el debate abierto en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires acerca de la expropiación de nuestra fábrica, las obreras y los obreros de [La Celeste] constituimos la presente cooperativa y expresamos que ante el abandono de la patronal nosotros permanecemos en la fábrica en defensa de nuestras fuentes de trabajo y la pusimos a producir bajo nuestra gestión, tomando cada decisión en asamblea. Así defendimos nuestros puestos de trabajo, garantizamos nuestro sueldo y sumamos más trabajadores (...). Para nosotros volver a recuperar la fábrica es un paso necesario para seguir avanzando en nuestra solución de fondo (...) en este marco histórico es que se constituye la presente cooperativa de trabajo a los fines de recibir los bienes muebles, inmuebles, maquinaria, marcas y patentes de la firma cuya expropiación se encuentra en trámite. (Acta Constitutiva de la Cooperativa de trabajo, junio de 2003).

²² Dirigido a Jefes y Jefas de hogar desocupados con hijos menores a cargo, quienes reciben una suma mensual de 150 pesos a cambio de participar en actividades de capacitación, comunitarias o productivas. Con un desarrollo más importante en términos de población objetivo, este último alcanzaba en el primer año los 2.000.000 de beneficiarios.

En octubre de ese año la ley fue aprobada, reabriendo la posibilidad de reingresar a la planta. Como en las demás recuperaciones la elaboración y sanción de la ley se realizó en nombre de la cooperativa conformada, para ese grupo específico de trabajadoras/es. Es decir, las expropiaciones no se plantearon de manera universal, una ley aplicada sobre todas las fábricas tal como lo reivindicaban los movimientos²³, sino que se definieron a partir de una ley específica, elaborada y aplicada caso por caso. En consecuencia, para lograr su sanción las/os trabajadoras/es debieron probar una serie de condiciones relativas a la empresa y a la cooperativa, a través de la presentación de documentos como verificaciones técnicas, proyectos productivos, actas de la cooperativas, documentación de la quiebra, etc. Pero al mismo tiempo, lo que a mi entender es aun más relevante, lograr la sanción de la ley exigió la expresión pública de aquello que he analizado, siguiendo a D. Fassin (2001) como “pruebas de verdad”, una serie de muestras que consistieron en la expresión de sí mismas/os como seres productivos, con voluntad y capacidad de trabajo. A diferencia de la documentación técnica de carácter impersonal estas pruebas apelaron a categorías morales, como la idea de dignidad del trabajo, que movilizaron el compromiso personal de los legisladores en la sanción de las leyes. Pruebas de productividad me atrevo a denominarlas ahora, o más precisamente, de auto-productividad, que se expresaron tanto en las argumentaciones que sostuvieron las demandas como en las formas de protesta desarrolladas.

Aunque paradigmático, el recorrido de esta recuperación pone en evidencia el modo en que la conformación de una cooperativa de trabajo se fue definiendo como un paso obligado en el desarrollo de las recuperaciones, dando performatividad a las mismas.

A modo de conclusión

¿Cuáles han sido las implicancias de este proceso? Esta pregunta puede sin duda ser respondida desde una infinidad de puntos de vista que constituyen en sí posibles ejes de análisis sobre la actualidad de las empresas

²³ En el año 2003 el MNER proponía la sanción de una “Ley Especial de Expropiaciones de Unidades Productivas”. Desde ese mismo año, el MNFRT demanda una “Reforma de la Ley de Concursos y Quiebras que se plasmó en un proyecto de ley elaborado en colaboración con la Defensoría del Pueblo de la Nación. La reforma puede consultarse en www.fabricasrecuperadas.org.ar. Desde entonces, las organizaciones de empresas recuperadas, incluyendo aquellas conformadas posteriormente han elaborado diferentes demandas tendientes a introducir modificaciones jurídicas que permitan garantizar la continuidad de empresas en quiebra por parte de sus trabajadores. A comienzos de 2010 la presidencia de la Nación propuso una Reforma de la Ley de Quiebras que retoma estas propuestas.

recuperadas. Por un lado, las/os trabajadoras/es han conseguido mantener, aunque de manera precaria, la fuente de trabajo desarrollando formas de gestión colectiva de la producción. A partir de experiencias muy variadas, han logrado garantizar un ingreso sobre la forma de retiros distribuidos colectivamente (aún cuando en algunos casos esta afirmación requiera ser relativizada)²⁴ desarrollando experiencias de innovación productiva (un punto sobre el que las lecturas son contrapuestas). Por otro lado, se han convertido en trabajadores autogestivos. En términos de su relación con el Estado, los/las trabajadoras/es dejaron su condición de asalariados para ser autónomos desvinculándose de ciertos derechos y obligaciones como la seguridad social o la jubilación que pasaron a estar bajo su responsabilidad²⁵.

Al mismo tiempo como trabajadores autogestivos y cooperativas de trabajo devinieron “beneficiarios” de programas implementados por organismos públicos²⁶. Estas políticas se inscriben en el marco de una serie de serie de programas implementados desde el año 2003 bajo la lógica de la economía social y el desarrollo local que promovieron la generación de autoempleo y trabajo asociativo. Más que una política o programa específico del Estado este conjunto de programas, normativas y regulaciones evidencia un determinado modo de gobierno de las poblaciones (Foucault, 2006) cuya finalidad es (al menos potencialmente) crear sujetos “emprendedores” y colectivos “autosustentables”, tal como lo hemos observado en otros casos (Carenzo y Fernández Alvarez, 2009).

²⁴ Aunque en líneas generales esta ha sido la tendencia sobre todo en los primeros casos, en algunas experiencias se han introducido pagos diferenciales basados en la antigüedad en la fábrica (sobre todo en base a una distinción entre “viejos” y “nuevos” asociados) o las responsabilidades asumidas, desarrollando lo que algunos autores han caracterizado como formas de “desigualación emergente” (Salgado y Rebón, 2007).

²⁵ Este punto ha dado lugar a innumerables discusiones al interior de los colectivos y formas variadas de resolverlo según los casos, que incluyeron desde cooperativas de trabajadoras/es cuyos sindicatos mantuvieron la afiliación a la obra social –como las metalúrgicas o gráficas–, cooperativas que descuentan de sus ingresos el pago de los asociados que se garantiza de manera colectiva o cooperativas donde este pago se resuelve de manera individual. Las organizaciones que nuclea empresas recuperadas han incorporado, como parte de sus reivindicaciones, demandas en este sentido.

²⁶ Entre ellos, en el nivel nacional cabe destacar el “Programa de Trabajo Autogestionado” y el “Programa de Competitividad para Empresas Autogestionadas y Sistematización de Modelos de Gestión”, implementados por el Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social –de la Nación– y el “Programa para la asistencia a Cooperativas y Empresas recuperadas”, desde el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), mientras que en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires se implementó el “Programa de Apoyo a Empresas Recuperadas”.

En este camino, estas experiencias se ven enfrentadas a una serie de desafíos que constituyen interesantes ejes de indagación. En primer eje refiere a la necesidad de obtener recursos –ya sea estatales como gestionados por ongs– destinados a mejorar e, incluso en algunos casos, a sostener las cooperativas. El acceso de líneas de créditos o subsidios exige, entre otros requisitos, la presentación de proyectos sobre la base de los que se define la entrega de los mismos en los cuales la exigencia de pruebas de productividad, como lo he llamado aquí, aparece como requisito. Esto requiere por parte de quienes integran las cooperativas adquirir conocimientos específicos y desarrollar una serie de actividades que se suman a aquellas definidas como estrictamente productivas. Cómo definir, contabilizar, asumir y distribuir este trabajo de sostener el trabajo constituye, un primer desafío. Un segundo eje se vincula con la tensión entre lo que podemos sintetizar como “competitividad” vs “solidaridad”. Esta tensión se expresa bajo dos formas cuyo análisis tiende a plantearse desde miradas dicotómicas. Por un lado, el riesgo de que estas experiencias queden atrapadas en la lógica del mercado o bien que no logren trascender el techo del voluntarismo. Por el otro, el logro de experiencias socialmente transformadoras se contraponen a prácticas que tienden a reproducir relaciones asimétricas propias del trabajo bajo patrón. En este punto el principal desafío radica a mi entender en cómo pensar y generar prácticas que asuman estas tensiones como punto de partida.

Estos desafíos pueden conducirnos a una reflexión más amplia sobre la manera en que abordamos, interpelamos y trabajamos con las experiencias de gestión colectiva desarrolladas en los últimos años. Situar históricamente su formación y comprender el modo en que operan las modalidades de intervención estatal son elementos que pueden ayudarnos a salir de una mirada que los defina desde categorías *a priori* (exigiendo el cumplimiento de determinados formatos o prácticas) para comprender aquello que está en juego en las experiencias concretas, rescatando la potencialidad de su capacidad creativa para aprender de las contradicciones y ambigüedades.

Bibliografía citada

CARENZO, Sebastián y FERNÁNDEZ ALVAREZ, María Inés (2009), “(Re) pensando la frontera entre ‘Estado’ y ‘Sociedad Civil’: Reflexiones a partir de la conformación de la cooperativa ‘Reciclando Sueños’ de la Matanza III Encuentro Internacional Economía Política y Derechos Humanos, Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires.

CRAVINO, María Cristina (1998), "Los asentamientos del Gran Buenos Aires. Reivindicaciones y contradicciones". En: María Rosa Neufeld, Mabel Grimberg, Sofía Tiscornia y Santiago Wallace (comps.) *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*, EUDEBA, Buenos Aires, pp. 261 a 284.

CREHAN, Kate (2004), *Gramsci, Cultura y Antropología*, Ed. Bellaterra, Barcelona.

CROSS, Cecilia (2008), "Las huellas de las tomas: La articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense", *Margen*, N° 51, <http://www.margen.org/suscri/margen51/cross.html>, 03/06/2010.

CROSS, Cecilia y FREYTES FREY, Ada (2009), "Políticas sociales como límite y como herramienta: Reflexiones a partir de experiencias de gestión de dirigentes y referentes piqueteros/as en el período 2001-2007", *El Príncipe*, N° 1, pp. 75-98.

DELEDICQUE, Luciana; FELIZ, Mariano y MOSER, Juliana (2005), "Recuperación de empresas por sus trabajadores y autogestión obrera. Un estudio de caso de una empresa en Argentina", *Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, N° 51, pp. 51-76.

DEUX MARZI, María Victoria y VÁZQUEZ Gonzalo (2009), "Emprendimientos Asociativos, Empresas Recuperadas y economía social en Argentina.", *Iconos*, N° 33, pp. 91-102.

FAJN, Gabriel y REBÓN Julián (2005), "El taller ¿sin cronómetro? Apuntes acerca de las empresas recuperadas", *Herramienta*, N° 28, marzo, pp. 47-66.

FAJN, Gabriel (2003), *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.

FASSIN, Didier (2001), "Charité bien ordonnée. Principes de justice et pratiques de jugement dans les aides d'urgence" *Revue française de sociologie*, Vol. 42, N° 3, pp. 437-475.

FAVARO, Oriana y AIZICSON, Fernando (2003), "La resistencia obrera en Zanón, Neuquén", *Realidad Económica*, N° 197, julio-agosto, pp. 24-39.

FERNÁNDEZ ALVAREZ, María Inés (2007). "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas", *Cuadernos de Antropología Social*, N° 25, pp. 89-110.

FERNÁNDEZ ALVAREZ, María Inés (2009), "Expropiar la fábrica, apropiarse del trabajo. Procesos de construcción de demandas y formas de

intervención del Estado en torno a las *recuperaciones* de fábricas en la Ciudad de Buenos Aires”, en Mabel Grimberg, María Inés Fernández Álvarez y Marcelo Rosa (editores) *Estado y movilización social: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Coedición FFyL-Antropofagia, Buenos Aires, pp. 131-156.

FERNÁNDEZ ALVAREZ, María Inés y WILKIS, Ariel (2007), “La gestion du chômage défiée: les processus de “récupération” d’usines par les travailleurs en Argentine”, *Autrepart*, Vol. 43, N°3, pp. 11-24.

FOUCAULT, Michel (2006), *Seguridad, territorio, población*, FCE, Buenos Aires.

GAUTIÉ, Jérôme (2002), “De la invention du chômage á sa deconstruction”, *Geneses*, N° 46, pp. 60-76.

GLEDHILL, John (2000), *El Poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*, Bellaterra, Barcelona.

GRASSI, Estela (2003), *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*, Espacio Editorial, Buenos Aires.

GRIMBERG, Mabel (2009), “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropolitana de Buenos Aires”, *Sociología e Política*, N°32, pp. 83-94.

HUDSON, Juan Pablo (2007), “Empresas autogestionadas y producción de subjetividad”, *VII Jornadas de Sociología de la UBA*, Buenos Aires.

KEESING, Roger (1994), “Colonial and Counter-Colonial Discourse in Melanesia”, *Critique of Anthropology*, Vol. 14, N° 1, pp.41-58.

LAGOS, María (1997), *Autonomía y poder. Dinámica de clase y cultura en Cochabamba*, Plural Editores, La Paz.

LINDENBOIM, Javier y DANANI, Claudia (2003), *Entre el trabajo y la política. Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada*, Biblos, Buenos Aires.

LOBATO, Mirta y SURIANO, Juan (2003), *La protesta social en Argentina*, FCE, Buenos Aires.

LO VUOLO, Rubén y BARBEITO, Alberto (1998), *La nueva oscuridad de la política social. Del estado populista al neoconservador*, Ciepp-Miño y Dávila, Buenos Aires.

MAGNANI, Esteban (2003), *El cambio silencioso. Empresas y fábricas recuperadas por los trabajadores en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires.

MANZANO, Virginia (2008), "Los planes como objeto de demanda y de intercambio social: Políticas, cotidianeidad y tramas colectivas", *V Jornadas de Investigación en Antropología Social*, Buenos Aires

MANZANO, Virginia (2009), "Piquetes" y acción estatal en Argentina: Un análisis etnográfico de la configuración de procesos políticos" en Mabel Grimberg, María Inés Fernández Álvarez y Marcelo Rosa (comp.) *Estado y movilización social: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Coedición FFyL-Antropofagia, Buenos Aires, pp. 15-36.

MANZANO, Virginia, María Inés Fernández Álvarez Matías Triguboffy Juan José Gregoric, (2008), "Apuntes para la construcción de un enfoque antropológico sobre la protesta y los procesos de resistencia social", en Mabel Grimberg, María Josefina Fernández, y María Inés Fernández Álvarez (comp.) *Investigaciones en Antropología Social*, coedición FFyL-Antropofagia, Buenos Aires, pp. 41-62

MARTUCCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.

MERKLEN, Denis (1991), *Asentamientos de La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Catálogos Editora, Buenos Aires.

NASH, June (1979), *We eat the mines and the mines eat us. Dependency and explotation in Bolivian tin mines*, Columbia University Press, New York,

QUIJOIX, Maxime (2009), "Réflexions sur le politique dans deux usines récupérées dans l'Argentine des années 2000", en Natacha Borgeaud-Garciandia, Bruno Lautier, Ricardo Penafiel y Ania Tizziani (eds.) *Penser le politique en Amérique latine. La recreation des espaces et de formes du politique*, Karthala, París, pp. 291-304

PALOMINO, Héctor (2003), "Las experiencias actuales de autogestión en Argentina". *Nueva Sociedad* N° 184, pp. 115-128.

PARTENIO, Florencia; GARCÍA ALLEGRONE, Verónica y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2004), "Las recuperaciones de fábricas: apuntes para una reflexión a la luz de las experiencias de ocupación en la historia Argentina", *Estudios del Trabajo*, N° 28, pp. 29-50.

PERELMAN, Laura y DÁVOLOS, Patricia (2003), "Empresas recuperadas y trayectoria sindical: la experiencia de la UOM Quilmes", en Gabriel Fajn (comp.) *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad* Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, pp. 185-222.

REBÓN, Julián (2004), *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*. Ediciones Picasso / La Rosa Blindada, Buenos Aires.

REBÓN, Julián (2007), *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*, Ediciones Picasso/ Colectivo Ediciones, Buenos Aires.

REBÓN; Julián y SALGADO, Rodrigo (2009), "Desafíos emergentes de las empresas recuperadas: de la imposibilidad teórica a la práctica de la posibilidad", Julio Neffa, Enrique De la Garza Toledo y Leticia Muñiz Terra (comp.) *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales Vol. II* CLACSO/CEIL-PIETTE/Trabajo y Sociedad, Buenos Aires, pp. 29-58.

ROFMAN, Alejandro; GARCÍA, Inés y di LORETO, María (2004), "Auto-gestión de los Trabajadores, una Experiencia en Expansión para Enfrentar el Desempleo Urbano: el Caso Argentino" *Cadernos PROLAM/USP*, Vol. 3, Nº 1, pp. 67-95.

ROGGI, María Cecilia (2001), "Desarrollo cooperativo y entorno institucional. El caso del cooperativismo de trabajo en la provincia de Buenos Aires" *Documentos. Publicaciones del Centro de Estudios de sociología del trabajo*. Nº 31, <http://www.econ.uba.ar/cesot/documentos.htm>, 07/07/2010.

ROSEBERRY, William (1994), "Hegemony and the Language of Contention", en Joseph Gilbert y Daniel Nugent (eds.) *Everyday Forms of State Formation. Revolution and ther Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Duke University Press, Dirham and London, pp. 355-366.

RUGGERI, Andrés (comp.) 2009, *Las empresas recuperadas. Autogestión obrera en Argentina y América Latina*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

SIGAUD, Lygia (2000), "A forma acampamento: Notas a partir da versão Pernambucana", *Novos Estudos*, Nº 58, PP. 73-92.

Capítulo 2

Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista

Cecilia Cross

Introducción

En este artículo analizo las prácticas de implementación de programas sociales destinados a una organización barrial a la que llamaré “21 de septiembre”¹. Los resultados que aquí presento son producto de una investigación cualitativa (Vasilachis de Gialdino, 2006) comenzada en 2003, que tiene continuidad a la fecha a través de un proyecto PICT y un proyecto PIP². Para su realización he combinado herramientas tradicionales de este enfoque con otras vinculadas a la investigación acción (Gustavsen, 2003), por lo que en este texto se trabajan tanto fuentes secundarias y entrevistas, observación y análisis documental como registros de talleres participativos y reuniones con agencias vinculadas a la implementación de programas sociales, a las cuales fui convocada en calidad de “especialista amiga” de la organización³.

¹ El nombre de la organización, de la ONG PRIMA y de mis interlocutores/as en el trabajo de campo son de fantasía, a fin de preservar el compromiso de confidencialidad asumido. El artículo de Freytes Frey en este volumen se refiere a la misma organización, y si bien nuestras investigaciones han sido paralelas, también se han articulado en varios puntos como puede verse leyendo ambos textos.

² Me refiero al proyecto PICT “Desempleo y política social. Un estudio de casos múltiple sobre el desarrollo de capacidades colectivas a partir de la gestión local de programas sociales y emprendimientos productivos en el municipio de General San Martín” bajo mi dirección y el proyecto PIP “Lidiando con la solidaridad y el mercado. Un estudio etnográfico de emprendimientos y encadenamientos productivos de la ‘economía solidaria’ en Argentina” dirigido por el Dr. Sebastián Carengo, del cual soy codirectora.

³ Más adelante explico la definición de este vínculo, por el momento puede decirse que este fue el modo en que fui presentada en estas instancias.

En cuanto a la organización 21 de septiembre, ésta fue conformada en 1998 por residentes de un asentamiento fundado el mismo año en terrenos que circundan el Complejo Ambiental Zona Norte III de la Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), situado en el partido bonaerense de General San Martín. Casi desde su formación ha sido destinataria de programas vinculados a la contención del conflicto, en el contexto de focalización de las políticas sociales iniciado en los años 90 (Grassi, 2003). En relación con esta cuestión, se distinguen claramente dos etapas, delimitadas por el año 2004 en el que se registraron importantes cambios en la política social y se lanzó un programa consistente en la construcción y puesta en marcha de una planta de clasificación de residuos.

En este proceso, la organización se profesionalizó en tres sentidos: (1) muchas personas hicieron de su vínculo una profesión, entendida como aquella actividad que organiza su cotidianeidad, (2) los “equipos técnicos” conformados por especialistas en diversas áreas fueron asumiendo un rol cada vez más preponderante en las actividades de la organización, (3) tuvo lugar una fuerte especialización en la gestión de las actividades. Este proceso pone en cuestión el modo en que solemos abordar la implementación de programas sociales caracterizados por su focalización.

La focalización de las políticas sociales ha sido interpretada como un factor clave para comprender la territorialización de la vida cotidiana de los sectores populares. Esta segregación territorial expresaría la heterogeneización en las condiciones de vida y trabajo de estos sectores a partir de la desestructuración de la sociedad salarial iniciada a mediados de los 70 y profundizada en los 90 (cfr. Merklen, 2005; Svampa, 2005). En esta perspectiva, la focalización habría dejado a vastos sectores de la población a merced del “clientelismo político”, erosionado la “autonomía moral” de los sujetos para ejercer sus derechos ciudadanos (Nun, 2002). Si bien el rol del estado se considera central en este enfoque, la configuración de los programas sociales, los objetivos que definen y la población a la que se dirigen es apenas tenida en cuenta en el análisis. En cambio se examina cuidadosamente la apropiación y administración de los recursos por parte de actores locales, institucionales y no institucionales.

Por otra parte, la focalización de las políticas sociales ha sido abordada como emergente de un cambio en el modo de intervención estatal desde la lógica del *welfare* a la del *workfare* (Gautié, 2002), dando lugar al “asistencialismo” (Grassi, 2003), caracterizado por distribuir paliativos para mitigar el descontento social allí donde se expresa (Vilas, 1997). De este modo a partir de los años '90, el estado habría dejado de ser un agente de integración para asumir un papel reactivo frente al conflicto y residual

frente al mercado (Hintze, 2007). Desde esta perspectiva, el análisis de la implementación de los programas sociales se circunscribe a la relación agencia financiadora/población beneficiaria, considerándose ambos términos como unidades homogéneas y divergidas.

Si bien ambas perspectivas parten de una caracterización común del estado y el mercado de trabajo y abordan cuestiones relacionadas con la misma población suelen ser mutuamente prescindentes. Considero que esto es posible en tanto su economía argumentativa se sostiene sobre un supuesto común: la distinción tajante entre la esfera estatal y la de la sociedad civil, idealmente escindidas, cuya interpenetración es considerada fuente de lazos sociales espurios. Sin embargo, *la investigación realizada me ha permitido observar que la focalización ha dado lugar a un proceso de complejización de los procesos de implementación de programas sociales frente a la cual se han incorporado mediaciones a la relación agencia financiadora/población beneficiaria, que no representan un aspecto a superar sino un atributo que le es inherente.*

A partir de estos resultados, entonces, propongo la hipótesis según la cual en la *implementación de programas sociales se constituyen comunidades de valor* (Ricœur, 2006) *que involucran a todas las personas concernidas por el proceso, independientemente de su afiliación institucional.* Dichas comunidades constituyen un campo en el que se expresan los conflictos en torno a los parámetros que justifican la distribución y uso de los recursos. Lo que permite la conformación de estas comunidades es la producción de capacidades colectivas (Ibidem), entendidas como aquellas posibilidades de hacer que pueden ser reivindicadas (atestadas) por parte de un grupo, en clave de nosotros podemos, siempre que sean reconocidas socialmente. *En un contexto de focalización de la política social, la producción de capacidades colectivas involucra tanto la expresión de un conflicto localmente situado como la posibilidad de gestionar recursos dirigidos a personas que, por definición, se encuentran por fuera de los marcos institucionales clásicos como, por ejemplo, el contrato de trabajo o la afiliación sindical.*

Conforme a esta conceptualización, comenzaré dando cuenta de la vida cotidiana en el territorio estudiado para analizar los ejes de conflicto planteados localmente y su relación con los programas sociales implementados en la zona. Luego analizaré el proceso de creación de capacidades colectivas en 21 de septiembre en el período 1999-2004. Posteriormente focalizo el análisis en los desafíos que se plantean a partir de 2004 frente a los cambios en la política social. Finalmente, reflexionaré en torno al modo de abordar los procesos de implementación de programas sociales en el presente marco de focalización.

Vida cotidiana en el Área Reconquista

El sistema de disposición de los residuos en la zona metropolitana de Buenos Aires vigente desde 1977 está basado en el sistema de rellenos sanitarios, centralizado por CEAMSE. Esta sociedad estatal interjurisdiccional, que comprende a la Ciudad y a la Provincia de Buenos Aires, ha concesionado los servicios a favor de una Unión Transitoria de Empresas (UTE) conformada por Benito Roggio e Hijos y ORMAS S.A.I.C.I.C.

Desde 2009 el único relleno que funciona en plenitud es el ubicado en el Complejo Ambiental Zona Norte III, el cual está bordeado por el río Reconquista. Este río le da nombre al área que conforman un conjunto de barrios precarios.

La mayor parte de los vecindarios que conforman el área Reconquista fueron constituidos a fines de los '90 en procesos de "toma de tierras". Desde todos ellos se puede ver "la montaña" de basura que se erige al otro lado de la autopista del Buen Ayre. En esta zona los niveles de pobreza e indigencia están por encima de la media del conurbano bonaerense y es posible observar la existencia de diversas organizaciones barriales, algunas como expresión local de partidos políticos, que gestionan programas gubernamentales y no gubernamentales.

Las personas que allí viven señalan que su "vida está marcada por la basura". Edificaron sus hogares en predios en los que durante años funcionaron basurales clandestinos a cielo abierto. El agua que consumen habitualmente está contaminada, porque lo están los suelos y las perforaciones no son suficientemente profundas. El aire también presenta altos niveles de contaminación por las emanaciones tóxicas de los basurales clandestinos, del sumamente contaminado Río Reconquista, del propio relleno sanitario, y de la Autopista del Buen Ayre que atraviesa la zona (Shammah, 2007). La exposición a estos focos es señalada como causa de las altas tasas de dermatitis severas, abortos espontáneos y malformaciones congénitas, así como de enfermedades degenerativas e infecciosas que se registran en esta población (Fuente: Secretaría de Salud, Municipio de General San Martín).

En esta área, muchos/as vecinos/as son "quemeros/as". Ingresan regularmente al relleno sanitario, al que llaman "la quema"⁴, a procurarse "mercadería" o "materiales" que consumen o venden. Quienes no ingresan tampoco

⁴ El sistema de tratamiento de residuos previo a la constitución del CEAMSE consistía en la incineración de los residuos. Al predio donde éstos se transportaban a tal fin se le conocía popularmente como "La quema". A pesar de que el sistema ha cambiado hace más de 30 años este nombre se sigue aplicando al relleno sanitario.

son ajenos/as a esta práctica: “Saben donde conseguir rescates”, es decir insumos o productos a bajo costo por haber sido recogidos en el relleno sanitario.

Esta práctica es fuente de conflictos con el CEAMSE, siendo uno de los principales focos de tensión en este territorio. Y es que, a pesar de ser una práctica habitual, el ingreso al relleno sanitario está prohibido. Esta contradicción entre práctica y regulación redundó en una alta exposición de los/as quemeros/as a la violencia, tanto entre sí como frente quienes custodian el predio. El máximo nivel de conflicto en este punto se produjo frente a la desaparición de Diego Duarte⁵, joven residente del área Reconquista. La movilización en demanda de justicia protagonizada por Alicia, hermana de Diego, y por varias organizaciones de la zona, dirigentes de partidos de izquierda y representantes de organismos de derechos humanos no sólo logró instalar públicamente la convicción de que existió responsabilidad empresarial en su desaparición, sino también la necesidad de sincerar la dependencia de los/as vecinos/as respecto al relleno sanitario.

Este sinceramiento tuvo lugar en un contexto marcado por otros dos conflictos que excedieron la zona estudiada. Primero, la resistencia de grupos vecinales de diferentes localidades del conurbano bonaerense a la apertura de nuevos rellenos sanitarios que permitieran reemplazar los que fueron cerrados por estar saturados o por conflictos planteados por organizaciones ambientalistas y/o vecinales (Carenzo y Míguez, 2009).

Segundo, la denuncia a la excesiva centralización del modelo de gestión actual y su escasa “sustentabilidad ecológica y social”. El CEAMSE fue creado con el propósito de centralizar el tratamiento de la basura, prohibiéndose las actividades de reciclado de materiales. En este marco, la basura fue declarada propiedad del estado y se penalizaron las actividades de clasificación y venta de materiales por particulares. Así se estableció una distinción entre el circuito formal-legal y el informal-ilegal que incrementó la precariedad en las condiciones de vida y trabajo de los/as recicladores/as, pero no logró erradicar su actividad como pretendía (Ibidem).

A partir de 2002, en un contexto de fuerte movilización social, el reconocimiento a las actividades de reciclado fue impulsado desde dos vertientes. Por un lado, activistas ambientalistas que buscaron crear conciencia acerca de la necesidad de incorporar el reciclado a la gestión de los residuos, como única alternativa sustentable desde el punto de vista ecológico.

⁵ Diego Duarte desapareció la noche del 15 de marzo de 2004. Había ingresado al relleno sanitario a buscar metales con su hermano para que éste pudiera comprarse zapatillas nuevas con las que asistir al colegio. Según denunció este último, fue enterrado bajo una montaña de basura por una retroexcavadora. El cuerpo de Diego aún no fue encontrado y las circunstancias de su desaparición no han sido esclarecidas judicialmente.

Por otro, grupos de recicladores/as que con el apoyo de expresiones partidarias, estudiantiles y sindicales, lograron defender tanto la relevancia social de sus actividades como su derecho a “ganarse la vida” mediante la recuperación, clasificación y venta de materiales descartados. El eco político alcanzado por ambas vertientes se plasmó en la legislación a través de la Ley Nacional 25916, la Ley 13592 de la Provincia de Buenos Aires, y las Leyes 992 y 1854 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que impulsan un “modelo social de gestión de los residuos” que incorpora como agentes activos a los/as “recuperadores/as urbanos/as” (Álvarez, 2008).

En este marco, el CEAMSE acordó con el estado provincial una serie de medidas destinadas tanto a atender los conflictos locales como a adecuarse al nuevo contexto institucional y político (Cross y Freytes Frey, 2009a). Una de ellas fue la promoción de plantas de clasificación de residuos, emplazadas en el predio que rodea el relleno de Zona Norte III. Algunas de estas plantas serían construidas con el apoyo provincial y adjudicadas a líderes locales para que “incluyeran” a “las familias humildes que residían en la zona” en el “circuito formal” de la basura. Se les llamó “plantas sociales” para distinguirlas de las “privadas” concesionadas a empresas. Como requisito se exigió la formalización de cooperativas de trabajo, conforme a los principios de “economía social”. Así fue presentado este proyecto en un documento web de CEAMSE:

En las inmediaciones del Complejo Ambiental Norte III surgieron organizaciones de base, que representan a la gran cantidad de familias humildes que viven de la separación y venta de residuos. La consecuencia fue el ingreso ilegal de personas indigentes al frente de operaciones del relleno que, además de generar diversas dificultades en la disposición final de los residuos, se exponen a contraer infecciones o sufrir cortes o heridas. Y, lo que es más grave, ponen en riesgo sus vidas al desplazarse entre maquinarias de gran porte. Los equipos interdisciplinarios formados por CEAMSE están trabajando para orientar y dar un marco de contención social a estas personas que se encontraban en el mayor desamparo, para que dieran los pasos a fin de constituirse en asociaciones civiles. Y que así sus integrantes encontraran en las plantas sociales su acceso al sistema formal de trabajo. (Extracto del “Informe Especial”, titulado: “Ceamse: De la Disposición final al Tratamiento y Reciclaje”. Año 2005. Disponible en:

http://www.ceamse.gov.ar/revista/revista21/N_21_notas1.pdf, 02/03/2010.

Este fragmento muestra la caracterización que se efectúa desde CEAMSE del conflicto con los/as habitantes del Área Reconquista, particularmente en relación a las tensiones con las organizaciones barriales constituidas en la zona. La población es caracterizada en términos de “familias humildes que viven de la separación y venta de residuos” que se “encuentran en el mayor desamparo”. Las “organizaciones de base” son responsabilizadas

por el ingreso de estas personas al relleno, con los consabidos riesgos que esto importa a su integridad física, sobre todo frente a las “máquinas de gran porte” que operan en ese sitio. Esta caracterización recuerda las denuncias acerca de las circunstancias que rodearon la desaparición de Diego Duarte. Que se efectúe en este contexto da una pauta de la importancia de este conflicto en la puesta en marcha del programa y de la posición de la empresa frente a situaciones como esta.

En este marco se pone de relieve la cuestión de la formalidad. Se contraponen las “organizaciones de base” con las “asociaciones civiles” que promueve CEAMSE. El “desamparo” en que viven las familias se asocia con su incapacidad de “acceder al sistema formal de trabajo”. Así, se instala la contraposición formal-legal-seguro vs informal-ilegal-peligroso, presentando a la empresa como agente que promueve el mejoramiento de las condiciones de vida en el barrio a través del programa de plantas sociales. Esto se lograría no sólo facilitando el acceso al “sistema formal de trabajo” de los/as “indigentes” que acceden al relleno sino asistiendo a las organizaciones de base a través de sus “equipos interdisciplinarios”. Sin embargo, la cuestión de la formalidad de las organizaciones es un punto de conflicto mucho más complejo de lo que parece, a partir de esta caracterización, como puede ver en este registro:

Estamos en una reunión con presidentes de plantas sociales, funcionarios/as estatales y autoridades del CEAMSE celebrada en el Complejo Zona Norte III. Estoy presente en calidad de “especialista amiga” de 21 de septiembre. La primera cuestión que se plantea por parte de un funcionario del CEAMSE es la necesidad de avanzar en la formalización de las cooperativas. Insiste en que “hay que comprometerse”, hacer “las cosas en serio” y ser “más prolijos con los papeles”. Frente a esta interpelación se pone de pie uno de los presidentes y dice:

“Ustedes saben que para nosotros la cosa no es sencilla, hay compañeros que no tienen ni documento. Nosotros no nos manejamos con libros y asamblea de socios, tenemos otro modo y esto nos obliga a cambiar todo. Nos tenemos que ayudar entre todos, ustedes nos tienen que aguantar un poquito, porque nosotros siempre ayudamos. El único relleno sanitario que hoy no está con fecha de cierre por los ecologistas es este y ustedes saben por qué: acá los ecologistas no tallan porque nosotros defendemos el relleno”

Frente a esto, un funcionario respondió: “Nos consta y nos importa” ¿Me oyó? Nos consta y nos importa”. Desde ese momento el tono de la reunión fue más ameno. -Reunión en Complejo Sanitario Zona Norte III, 10 de enero de 2008-.

Este fragmento permite poner de manifiesto que la cuestión de la formalidad constituye, en última instancia, un conflicto en torno al control de las plantas sociales. La informalidad es constitutiva de la cotidianeidad de los/as habitantes del Área Reconquista en más de un sentido. Muchos/as no

tienen documentos de identidad no han celebrado jamás un contrato de trabajo, ni tienen constancias escritas de las transacciones de compra-venta de bienes muebles o inmuebles que realizan. Todo se hace “de palabra”, incluso los vínculos que se establecen con las organizaciones barriales. Usualmente, además, éstos se constituyen y expresan en términos de amistad o afecto, de gratitud o de ayuda⁶. Por eso, someter la organización a cánones formales modificaría de hecho el modo de “manejarse” establecida e impondría modos de gestionar los asuntos que resultan incompatibles con las prácticas habituales: ¿Se puede “dejar afuera” a un “compañero”, que necesita ayuda o merece gratitud, porque carece de documento de identidad?

Esta situación no es desconocida por los/as funcionarios/s del CEAMSE, quienes saben que la cuestión no es la “prolijidad”. Del mismo modo los/as líderes barriales están perfectamente al tanto de las preocupaciones empresariales, en particular, el carácter estratégico del relleno sanitario.

Esta disputa pone de manifiesto una pugna en torno a la atestación/reconocimiento de las capacidades colectivas de las organizaciones barriales para gestionar las plantas sociales. Dichas capacidades dependen en buena medida del reconocimiento de los/as funcionarios/as del CEAMSE y de las agencias financiadoras –estatales en este caso, quienes imponen sus condiciones para ello: por ejemplo, formalizar cooperativas. Sin embargo, la posibilidad de imponer tales condiciones también está sujeta a procesos de negociación que no se limitan al programa sino que se inscriben en un proceso mucho más amplio: los históricos enfrentamientos entre vecinos/as y empresa, pero también sus circunstanciales alianzas frente a *adversarios/as* comunes, los/as “ecologistas”. Frente a éstos/as se defiende el relleno sanitario, estratégico tanto para la empresa como para los/as habitantes del Área Reconquista.

En reconocimiento de esa “ayuda mutua”, este dirigente pidió que se los/as “aguantase un poquito”, que se les diese tiempo para formalizar las cooperativas. La respuesta por parte del vocero de CEAMSE fue: “Nos consta y nos importa”, aceptando y valorando esta “ayuda”. La eficacia del argumento se trasuntó no sólo en esta respuesta sino en la inflexión que señaló este comentario en el clima de la reunión. De este modo se puso de manifiesto una complejidad en los vínculos locales en torno a la gestión de los residuos, incompatible con la distinción entre circuitos formales e informales, la cual supone una prescindencia entre vecinos/as y empresa que está lejos de observarse en este ámbito.

⁶ Este atributo no es exclusivo de esta organización, otros autores han observado situaciones similares en contextos parecidos (Ver Auyero, 2001; Quirós, 2006; Wilkis, 2009).

Consolidación de las capacidades colectivas de 21 de septiembre (1999-2004)

La organización 21 de septiembre fue conformada en 1998 por un grupo de “tomadores/as de tierra” que constituyeron un asentamiento sobre un predio fiscal, situado en el área Reconquista, el cual era utilizado hasta entonces como basural y “desarmadero” de vehículos. El “sostenimiento de la toma” implicó evitar el desalojo, pero también llevar a cabo “actividades comunitarias” tales como limpiar y delimitar lotes, demandar chapas y cartones para armar casillas y conseguir y distribuir “mercadería”, es decir alimentos, y también medicamentos, ropa y útiles escolares. La consecución de estos recursos dependía de “donaciones” de afluencia irregular, a pesar de lo cual se instaló un comedor que funcionaba cuando “había qué echar a la olla” (Cross, 2008). Esta situación cambió en 1999 cuando la organización se sumó a la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV). Así nos fue contado:

Es muy loco, pero nosotros nos hacemos piqueteros por la FTV y llegamos a la FTV por medio de Barrios de Pie. Ellos, que laburaban más que nada del otro lado del asfalto, nos vinieron a invitar a una reunión para explicarnos que había que sumarse para dar masividad a los cortes y exigir planes y mercadería. Nos vinieron a buscar después de un corte que le hicimos nosotros al CEAMSE por un caso de represión que tuvimos, y que fue todo el barrio y los organismos de derechos humanos y todos decían: Estos, ¿De dónde salieron? Nosotros veníamos muy aceitados por la toma... Ahí nos ofrecieron sumarnos a la FTV, después los de Barrios se pelearon y se fueron y nosotros ya nos quedamos [...] Estuvimos hasta el año pasado [2003] y después empezaron los problemas, por lo del PTA y ya nos abrimos. Pero esos primeros años fueron muy lindos y no sólo aprendimos como manejarnos con Provincia, Nación que fueron aflojando varios puntos, sino que se fueron acercando otros de universidad, los tanos y nosotros fuimos entendiendo como es la cosa, que nos necesitamos mutuamente. Ellos necesitan pobres y tienen plata, nosotros somos pobres y necesitamos plata, necesitamos tener un comedor, planes y así hicimos el armado este que usted ve... -Registro de campo de un relato que hizo Mauricio frente a un profesor suizo de visita en el barrio el 7 de octubre de 2004-

En este breve relato se resaltan varios hitos en la consolidación de 21 de septiembre. Entre ellos se destacan “haberse hecho piqueteros” a partir del vínculo con la FTV, que les permitió obtener recursos con los que sostener las “actividades comunitarias” y “planes” –subsidios al desempleo-, que permitieron “acercar compañeros/as” pero también que las personas vinculadas a la organización “pudieran llevarse algo a la casa” y, de este modo, “pasar más tiempo en el Comedor”, como relataba otro entrevistado. La gestión de estos recursos consolidó capacidades colectivas específicas,

como “aprender” a relacionarse con los gobiernos nacional y provincial para obtener respuestas favorables a sus demandas.

El desarrollo de estas capacidades se comprende en el marco de focalización de la política social vigente. La implementación de los programas en este contexto requería que los/as demandantes contaran antes que nada con el reconocimiento público de su “capacidad de movilización”. Parafraseando a Vilas (1997), la función bomberil asumida por el estado requería la creación de focos de incendio. Este objetivo se lograba en la medida en que se manifestara públicamente un conflicto que además de ser notorio, consiguiera el aval de grupos o personas prestigiosas. En tal sentido, contar con la presencia de los “organismos de derechos humanos” en una movilización constituía un recurso estratégico. Cuando esto ocurría, era altamente probable que se alcanzara la instancia de negociación, lo cual constituía un primer logro necesario aunque insuficiente (Fernández Álvarez y Manzano, 2007).

Una vez alcanzada esta instancia, se negociaba la disponibilidad de recursos. Para ello no resultaba suficiente que los/as demandantes acreditaran los atributos que definían a la “población beneficiaria” de los diferentes programas. Los/as líderes, quienes encaraban las negociaciones en nombre de los/as manifestantes, debían acordar un “cupó” –es decir una cantidad de personas en función de las cuales se calcularían los “planes” o la “mercadería” a entregar a la organización - para lo cual era necesario que acreditaran ser “representativos/as”. Esto implica, no sólo que garantizaban que la asistencia llegase a quienes estaba destinada sino también, y fundamentalmente, que eran capaces de desactivar el conflicto. Esto daba lugar a lo que, siguiendo a Ricœur (2006), puede caracterizarse como una *situación de disputa por las pruebas de calificación* que hacían *legítima* la pretensión, en este caso de demandar en nombre de los/as “desocupados/as”.

En tal sentido, resultaba importante la cantidad de personas movilizadas –para poder “pelear el cupó”– pero también los avales políticos que pudieran presentarse a favor de la organización de parte de agrupamientos o personalidades que gozaran de prestigio político. Así, estos avales resultan centrales en tanto acreditaban la representatividad y daban notoriedad al conflicto, como ya hemos señalado. De este modo, la capacidad de movilización resultaba una capacidad colectiva en tanto era atestada por las organizaciones y sus agrupamientos como tales y requería el reconocimiento social.

En este marco, los/as dirigentes de FTV comenzaron a construir alianzas en aquellos territorios en los que “no tuvieran trabajo de base propio”. Esperaban incorporar agrupamientos que ya tuvieran capacidad de movilización en los términos antes mencionados. Para favorecer su vinculación se les ofrecía a estos grupos participar del circuito de distribución de

recursos de la federación (planes, mercadería, chapas, etc.), se les garantizaba autonomía local para administrarlos y favorecía la incorporación de sus líderes a las “mesas” provincial o nacional, a cambio de lo cual se solicitaba “acompañar la estrategia política” que se definiera en esas “mesas” (Cross, 2006).

En este proceso se enmarca la invitación de un dirigente de Barrios de Pie, movimiento vinculado por entonces a la FTV, a los/as líderes de 21 de septiembre. Se consideraba que este agrupamiento reunía las condiciones para “ampliar la cobertura” de la federación en tanto no estaba vinculada a “ningún partido” y tenía “capacidad de movilización”.

Mauricio recuerda que dicha capacidad fue puesta de manifiesto en una marcha realizada a fines de 1999, la cual había sido convocada en repudio a la represión sufrida por un grupo de jóvenes “quemeros”. La movilización consistió en la interrupción del ingreso de camiones transportadores de residuos. Como parte de la estrategia de “visibilización” convocaron a “los medios” –fundamentalmente noticieros televisivos– y a “derechos humanos”, en virtud de algunos contactos personales previos de los/as líderes con Madres de Plaza de Mayo -Línea fundadora y Familiares de Detenidos-Desaparecidos por Razones Políticas. La cobertura mediática de la propuesta fue sumamente acotada, aunque tuvo amplia repercusión local por el caos vehicular que provocó sobre la Autopista del Buen Ayre.

La vinculación de 21 de septiembre con la FTV hizo posible sostener ciertas actividades comunitarias y, a la vez, favoreció la consecución de nuevos apoyos, entre los cuales se destacó el de “los tanos”. Mauricio se refiere en estos términos a PRIMA, una ONG italiana, que se constituyó a lo largo de varios años en uno de los principales apoyos de 21 de septiembre. El acercamiento de esta ONG fue motivado por referencias de líderes de Abuelas de Plaza de Mayo quienes en 2003 propusieron el comedor de 21 de setiembre como destinatario de un programa de apoyo a este tipo de experiencias financiado por la cooperación. Esta relación se fue profundizando en el marco de un programa de “fortalecimiento del liderazgo comunitario” al que fueron convocados/as los/as principales líderes de la organización: Elenora, Carlos y Mauricio. Fueron elegidos/as en tanto respondían “perfectamente al programa”, por acreditar “valores democráticos”, “independencia de cualquier partido político” y por “vivir en la zona en la que trabajan socialmente”.

El crecimiento de la FTV en los años 2001 y 2002 tensionó las relaciones con 21 de septiembre, en tanto los/as dirigentes se sentían “ninguneados/as”, es decir no tenidos/as en cuenta en la medida de sus expectativas. Estas tensiones terminaron en una ruptura en 2004; cuando se negaron a participar del Partido de los Trabajadores Argentinos (PTA), un partido político creado por la mesa nacional de la FTV para dar “apoyo electoral”

al gobierno “por fuera del PJ” (Cross, 2006). Esta actitud permitió afianzar las alianzas tejidas con otras expresiones, como PRIMA, al reafirmarse la “autonomía” de la organización respecto a los partidos políticos y al gobierno.

La organización se fue consolidando tanto frente a las definiciones de los programas de promoción social (gubernamentales y no gubernamentales) como a los conflictos específicos del territorio. Así, en la implementación local de estos programas se afianzó una trama significativa, en términos de comunidad de valores, que permitió la atestación y reconocimiento de las capacidades colectivas de esta asociación. En tal sentido interpreto la provocativa expresión de Mauricio que alude a la “necesidad mutua”.

En 2003, el gobierno nacional anunció un “giro productivista” en la política social, como alternativa al “asistencialismo” de etapas anteriores, consistente en la promoción de la “economía social” como modo de integrar al trabajo a las “poblaciones vulnerables”. En la práctica este “giro productivista” no sólo involucró la promoción de emprendimientos productivos gestionados como cooperativas sino también la discontinuación de programas sociales, tales como el Jefe y Jefa de Hogar Desocupados, que habían resultado clave en el sostenimiento de las “actividades comunitarias” de las asociaciones barriales (Cross y Freytes Frey, 2009b). En este marco, las personas vinculadas a 21 de septiembre se enfrentaron al principal desafío de su historia, la puesta en marcha de la planta social, en un contexto en el que además se complejizó el sostenimiento de las actividades del “Comedor”.

Las capacidades colectivas requeridas desde el giro productivista (2004-2009)

Debido a su constante presencia en los conflictos entre CEAMSE y los/as “quemeros/as”, 21 de septiembre fue de las primeras asociaciones convocadas para participar en los proyectos de construcción y puesta en marcha de plantas sociales. Esta convocatoria fue recibida en modo ambivalente por parte de los/as líderes. Por un lado, un fuerte entusiasmo en tanto se pensaba que era la oportunidad para dos objetivos muy deseados. Uno de ellos, “dar trabajo promoviendo otros valores” como “la solidaridad y el respeto”, garantizando ingresos “dignos” y “buenas condiciones de trabajo”. El otro, conseguir una fuente de recursos “propia” con la que sostener las “actividades comunitarias” sin depender “ni del Estado, ni de nadie”.

Por otro lado, les resultaba inquietante la complejidad involucrada en diseñar y poner en marcha una planta a la medida de las expectativas que depositaban en ella: que se permitiera generar fuentes de trabajo

compatibles con cierta calidad de vida para los/as trabajadores/as dentro y fuera de su tarea y que además generara un excedente para financiar “actividades comunitarias”. De partida esto implicaba buscar financiamiento adicional al ofrecido por el gobierno de la provincia de Buenos Aires para la construcción de plantas sociales. En tal sentido, se solicitó apoyo al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDS) en el marco de las políticas de promoción de la economía social con un subsidio cercano al millón de pesos.

Este apoyo fue acordado previo a la formulación de un proyecto que incluyera un presupuesto detallado, un plan de negocios, el aval de una ONG con dos años de experiencia en administración de proyectos financiados con fondos públicos, un programa de capacitación a los/as futuros/as trabajadores/as, y el compromiso de conformar una cooperativa de trabajo con éstos/as. La erogación, que fue efectuada en diversas etapas y en un período de varios años, resultaba elevada para los montos que solía otorgar el MDS, considerando además, que la organización no acreditaba experiencia en proyectos de esa magnitud.

Consultado respecto a esta situación un alto funcionario gubernamental comentaba que “este proyecto nos interesa mucho, porque 21 de septiembre es una organización de base en serio”, “lo que llamamos genuina”. Respecto a cuáles eran los aspectos que le conferían tal atributo señaló “su independencia respecto a cualquier partido” y su “firme vocación de no ser cooptada por el estado”.

Resulta llamativo que un funcionario del estado destaque como virtud, como atributo de genuinidad, estos aspectos. Interpreto que responde a que el campo de la gestión de programas sociales se rige por una ética del desinterés no trasladable a otros ámbitos de la gestión pública. Situaciones como estas ponen de manifiesto que el estado como entidad unificada constituye una metáfora o una ilusión ideológica tan improbable empíricamente como la unificación de la sociedad civil (Abrams, 1988).

En tanto, para 21 de septiembre haber obtenido el respaldo del MDS fue sólo el primer paso. A partir de entonces se hizo necesario cumplimentar una serie de trámites que permitieran no sólo el desembolso del dinero, sino la concreción de un proyecto sumamente ambicioso. Para afrontar este desafío se convocó a diferentes “organizaciones amigas”⁷. Entre éstas

⁷ En particular la cuestión la elaboración de acuerdos de trabajo y la reflexión en torno a los modos de organizar y gestionar las actividades fueron sostenidas por un equipo de investigación - acción del que formé parte junto a Ada Freytes Frey, Verónica García Allegre, Florencia Partenio y Alexandre Roig. El análisis pormenorizado de estas experiencias está en proceso, aunque existen algunos resultados ya publicados (Freytes Frey y otros, 2007; Cross y Freytes Frey, 2009a))

se destacó PRIMA, cuyos/as integrantes pusieron a disposición de este proyecto todos los medios técnicos y políticos a su alcance. A esto debe sumarse el aporte de otras ONG y organismos de ciencia y técnica y el llamado “grupo técnico” o “mesa chica”. Este espacio, de conformación variable, aglutinó a profesionales, militantes y dirigentes políticos/as que prestaron apoyo en diferentes áreas y en distintos momentos. La diversidad de estas “organizaciones amigas” y lo inestable de la delimitación de áreas de competencia exigieron una tarea de coordinación y articulación que muchas veces desbordó a los/as dirigentes de 21 de septiembre (Cross y Freytes Frey, 2009a).

Por otra parte, y como fue dicho, esta convocatoria fue efectuada en el marco de la discontinuación de los programas que permitían sostener las “actividades comunitarias” en el Comedor. Esto llevó a buscar nuevas fuentes de financiamiento que permitieran “seguir laburando”, lo cual incrementó la cantidad de instituciones interlocutoras, complejizó la gestión de programas y requirió la movilización de competencias técnicas más sofisticadas para poder compatibilizar actividades y requerimientos.

En este marco tuvo lugar una híper especialización que dividió a la organización en dos grandes sectores: el “proyecto de la planta”, motorizado por Eleonora y las “actividades del comedor” coordinados por Carlos y Mauricio.

Dados los requerimientos del proyecto, Eleonora comenzó a pasar largas jornadas de trabajo en la sede de PRIMA, en Palermo. Ocuparse del proyecto de la planta le exigía celebrar reuniones con funcionarios/as, integrantes del equipo técnico, funcionarios/as de ONGs a las que se solicitaba algún tipo de apoyo, las cuales se celebraban muchas veces en Ciudad de Buenos Aires y muchas otras en La Plata, en ocasiones el mismo día. El acompañamiento de PRIMA en estas instancias y los recursos que ponía a disposición era una condición indispensable para que Eleonora pudiera desempeñar las tareas que tenía encomendadas. En cambio, esto le impedía estar presente como acostumbraba en “el día a día del Comedor”.

En tanto, Mauricio y Carlos fueron asumiendo cada vez mayor responsabilidad en las actividades “del Comedor”. Esto involucraba gestión de programas sociales de origen gubernamental y no gubernamental y hasta de fundaciones privadas –como Fundación Telefónica– que promovían actividades tan diversas como campañas de vacunación, programas de educación sexual, la puesta en marcha de un centro de atención primaria de salud, organización de actividades recreativas y educativas para niños/as y jóvenes, gestión de documentación de identidad para vecinos/as, promoción de talleres para detectar y combatir la violencia de género, distribución de alimentos secos y frescos, entre otras.

Si bien en este ámbito se contaba con el trabajo de muchos/as “compañeros/as”, también se incorporaron profesionales “amigos/as de la organización” que contribuyeron a atender los diversos “frentes”⁸. A su vez, la proliferación de fuentes de financiamiento y de actividades para coordinar llevó a la incorporación de otros/as “amigos/as” convocados/as para facilitar gestiones legales y administrativas como la “rendición de fondos”, la “confección de libros” de la asociación civil y las cooperativas creadas ad hoc, la celebración de los contratos, la búsqueda de financiamiento para continuar las actividades cuando se agotaba el vigente, entre otras.

Después de un tiempo de estar a cargo del proyecto de la planta y justo cuando se avizoraba su inauguración, Eleonora planteó que se sentía “afuera de todo” y quiso “volver al comedor”. Mauricio y Carlos, entonces, se hicieron cargo de la planta en la fase final de implementación del proyecto. Luego de cinco años, en marzo de 2009, la planta comenzó a operar en un galpón capaz de albergar más de 100 trabajadores/as en tres turnos y con equipamiento para procesar varias toneladas de basura domiciliaria por día. En ese contexto, el proceso de desarticulación que había comenzado a plantearse en 2004 se profundizó. Algunas de las personas que hacían “trabajo comunitario” se “fueron a la planta”, mientras que otras fueron asignadas a dar continuidad a las “tareas del Comedor”. Estos cambios trajeron aparejados conflictos, algunos de los cuales se expresan en este fragmento:

El comedor cambió mucho, ya no es como era antes. Desde que se fueron los muchachos [Mauricio y Carlos], los compañeros estamos medio perdidos... A veces aparecen, porque ahora se la pasan en Capital, y te traen a uno y te dicen: “Acá el muchacho va a trabajar con vos, mostrale y fijate si las reuniones las pueden hacer en otro horario que él pueda venir”... Es amigo de la organización, te dicen, pero yo no debo ser de la organización porque amigo mío no es... Después, que te decían que la planta era de todos y a mí no me dejan ni ir a ver. Ahora viene cualquier pibe de la universidad y puede ir ¿por qué no puedo saber? ¿No era de todos? ¿Y ahora qué pasa? Yo a veces no digo nada por no pelear, pero ¿a vos te parece? (Celeste, referente abocada al trabajo en el Comedor, mayo 2009).

⁸ En este ámbito también formé parte de un equipo de “amigos/as” de la organización que bajo la dirección de Ada Freytes Frey llevó adelante diversas actividades tendientes a favorecer la terminalidad educativa de adolescentes y jóvenes. Para ello se concursaron fondos en fuentes académicas y en el MDS. Los resultados de estos procesos de investigación - acción están siendo elaborados.

Celeste es una mujer que se vinculó a 21 de septiembre en 2004, cuando se estaba diseñando el proyecto de la planta social. Eso hace que se sienta más cómoda con los “muchachos”, dado que por entonces Eleonora pasaba largas jornadas en la sede de PRIMA. Cuando la planta comenzó a operar quiso irse a trabajar ahí, pero le pidieron que “se quedara en el Comedor” y así lo hizo. A poco de ponerse en funcionamiento la planta comentaba lo incómoda que se sentía por no “saber que estaba pasando” en la planta. No la “dejaban ir”, no le “querían contar” lo que pasaba y en tal sentido se sentía despojada respecto a ese proyecto y también segregada respecto al grupo con quien primero se había vinculado.

En este fragmento se subraya la distinción entre “compañeros/as” y “amigos/as”. Los/as primeros/as son quienes, como ella, viven en el barrio y están vinculados a la organización de pleno derecho. En cambio, se denomina “amigo/a” a quien ocasionalmente brinda(mos) algún tipo de apoyo a la organización. La denominación de “amigo/a de la organización”, si bien constituye una apelación afectiva, también señala un límite, una exterioridad respecto al vínculo pleno que entablan los/as “compañeros/as”.

Interpreto que no es la presencia de los/as amigos/as lo que molesta a nuestra interlocutora, dado que ambas figuras han coexistido casi desde el inicio de la organización, sino lo que ella percibía como un notorio cambio en el modo de gestionar los vínculos: los/as compañeros/as, quienes llevaban cotidianamente adelante las tareas, debían adaptarse a las posibilidades de los/as amigos/as y no a la inversa. Este cambio era vivido por ella no sólo como una desvalorización del trabajo de los/as “compañeros/as” sino como reafirmación de la distancia respecto a los/as dirigentes. Al decir “que se la pasan en Capital”, señala una distancia que está mucho más allá de lo geográfico.

Los problemas de articulación y coordinación son característicos de espacios en los que hay un alto grado de informalidad, indispensable por otra parte para poder gestionar con los escasos recursos disponibles la multiplicidad de cuestiones con las que deben lidiar a diario. Pero, considerando la importancia que el vínculo cara a cara con los líderes, tiene en este tipo de organizaciones, así como las relaciones de cercanía, en términos afectivos (Cross, 2006) este tipo de distanciamiento supone una amenaza importante para la integración de la organización.

Para quienes estaban trabajando en la planta, tampoco las cosas resultaban sencillas como puede verse en lo que sigue:

Acá cambiaron mucho las cosas, hay muchos roces entre nosotros y yo pienso que si... yo tengo que perder la amistad por el laburo, prefiero perder el laburo y no la amistad. [...] Me encanta hacer el laburo que hago porque...disfruto muchísimo organizar un laburo [...] Me encanta decir: “Che, hay que hacer esto, hay que hacer esto” Es el laburo que me gustó toda la vida. Será que me cansé de que me manden. [...] A mí... yo lo que más bronca me da es que a

mí los muchachos me enseñaron muchas cosas, pero a la vez... me quitaron muchas cosas. Porque yo... si yo hubiera sido siempre la persona rígida que era [...] Acá iba a ser...cumplimiento de trabajo, y cumplimiento de trabajo... Como sea, pero cumplir (Ximena, referente abocada a la planta social, junio 2009).

Para Ximena las actividades que llevaba a cabo cotidianamente en la planta tenían un sabor agri dulce. Por un lado se sentía sumamente feliz de realizar un trabajo que le “gustó toda la vida”. Por otro lado, la proliferación de conflictos con sus antiguos/as “compañeros/as” la hacía dudar acerca de su continuidad.

En tal sentido ella establece claramente que “prefiere perder el laburo que la amistad”. Aquí la idea de amistad adquiere otra connotación que permite comprender la valoración afectiva del vínculo establecido entre quienes integran 21 de septiembre. Estos amigos a los que hace referencia no son “amigos/as de la organización” sino “sus amigos”.

A Ximena le “encantaba mandar”, organizar el trabajo, su propia experiencia como persona que recibe órdenes le hacía valorar su situación como un mejoramiento en su posición: le “gusta mandar”, se “cansó de que la manden”. Pero el modo en que se espera que lo haga la desorientaba. Antes de vincularse a la organización, para ella las cosas eran claras: había que cumplir con el trabajo “como sea”. La autoridad de quienes mandaban era indiscutible. En cambio, lo que se le había transmitido era que ese modo de ejercer la autoridad no podía ser sostenido en la planta social. En relación con esta cuestión, sentía que al “cambiarla” le habían enseñado mucho, pero también le habían “quitado muchas cosas”, principalmente su “rigidez”. La habían privado de un parámetro desde el cual ejercer su autoridad. También puede observarse que Ximena se siente dolorida y desorientada, pero entiende que hay un modo de hacer las cosas que ella no logra comprender, pero que debe incorporar.

En el lanzamiento del programa de plantas sociales, tanto los organismos promotores, –CEAMSE, MDS, ONGs– como los/as dirigentes de la organización coincidían en que la planta debía gestionarse “cooperativamente”, conforme a valores de “solidaridad” y “horizontalidad”. Esta prescripción sin embargo, resulta ser más clara en términos negativos que positivos. Había un cierto acuerdo respecto a qué prácticas resultan contradictorias con estos principios, como el ejercicio arbitrario de la autoridad por ejemplo, esto de que las órdenes se cumplen porque hay que cumplirlas. En cambio, la tarea de instrumentar un modo alternativo a la antigua disciplina constituirá un gran desafío, no siempre al alcance de quienes deben sortearlo. Por eso Ximena sentía que le habían “quitado mucho”: le prohibieron hacer las cosas como había aprendido, pero nadie le había explicado cómo hacerlas de otra manera.

Así, es posible observar una vez más que lo que comenzó siendo un requisito formal adquirió contenido en la práctica y se fue convirtiendo en un parámetro en virtud del cual se evalúa la propia acción y la de otros/as a pesar de que el contenido preciso de ese parámetro sigue siendo fuente de debate. En tal sentido la configuración de una comunidad valorativa no implica la ausencia de conflictos y desacuerdos en torno al orden de justificación, sino que precisamente permite la existencia de tales conflictos a partir de la configuración de un sustrato común que hace inteligible el debate para quienes están involucrados/as.

Reflexiones finales

En estas páginas analicé la implementación de programas sociales dirigidos a 21 de septiembre, una organización conformada en un proceso de toma de tierras en el área Reconquista. El período analizado (1999-2009) atraviesa diferentes configuraciones de los programas sociales, en función de las cuales se pueden delimitar dos etapas tomando como divisoria el “giro productivista” de la política social que comenzó a expresarse localmente en 2004.

Así pude observar que entre 1999 y 2004, 21 de septiembre se afianzó como gestora de programas sociales consolidando capacidades colectivas en este proceso. A partir de 2004, a medida que las políticas “asistencia-listas” fueron discontinuadas a favor de las vinculadas con la “economía social” estas capacidades se fueron reconfigurando y se exigió el fortalecimiento de otras nuevas.

Este proceso de creación y recreación de capacidades colectivas sólo puede aprehenderse si podemos desnaturalizar las fronteras entre sociedad civil y estado como entidades homogéneas y regidas por lógicas autónomas. De este modo las complejas tramas de vínculos que se ponen en juego en los procesos de implementación de programas sociales pueden ser vistas, ya no como fuente de lazos espurios, sino como un atributo propio y constitutivo de la focalización de la política.

Como ha sido puesto de relieve, estas políticas destinadas a contener el conflicto, requieren para su implementación tanto la manifestación del descontento social como la existencia de instancias representativas que garanticen la desactivación de sus expresiones. En tal sentido se requieren organizaciones capaces de representar a la población movilizadada en dos sentidos.

En primer lugar, las políticas dirigidas a una población definida por su carencia de soportes institucionales requieren mediaciones que permitan acceder a ella. Este acceso no se limita a una contrastación entre atributos objetivos y situaciones particulares, sino que depende de un proceso

políticamente mediado en el que las normas que regulan la asistencia adquieren contenido a partir del establecimiento de criterios prácticos de asignación de recursos a personas concretas. Así las organizaciones desempeñan un rol que en el esquema del welfare era potestad de las empresas mediante el contrato de trabajo o del sindicato a través de la afiliación, por ejemplo.

El segundo lugar, dichas organizaciones, caracterizadas por su informalidad, deben ser *representativas* de esta población en términos de acreditar la capacidad de gestionar los programas. Para ello se requiere la presentación de avales políticos de otras entidades prestigiosas que acrediten su carácter “genuino”, dentro de la ética del “desinterés” (electoral o lucrativo) que rige este campo, garantizando que los recursos administrados sirvan a los propósitos del programa, aún en casos en que dichos programas no otorgan todos los recursos indispensables a estos fines. Cuando esto ocurre, la articulación con otros agrupamientos habilita el acceso a competencias y recursos que complementan los que la organización posee y los que los programas otorgan. De hecho cuanto más ambiciosos los objetivos de los programas, mayor movilización de competencias técnicas se requiere, competencias que –por definición– no son parte del bagaje de una población definida por su vulnerabilidad. La colaboración entre 21 de septiembre, PRIMA y nuestro equipo de investigación en la implementación del proyecto de planta social constituye un buen ejemplo en este sentido.

Así, en este contexto de focalización de la política social, la relación agencia financiadora/beneficiarios/as está mediada por variadas lógicas de intervención más o menos institucionalizadas que no constituyen una desviación sino la condición de posibilidad de implementación de los programas.

Bibliografía citada

- AUYERO, Javier (2001), *La política de los pobres*, Manantial, Buenos Aires.
- ABRAMS, Philip ([1977] 1988), “Notes on the Difficulty of Studying the State”, *Journal of Historical Sociology*, Vol 1, N° 1, marzo, pp. 58-89.
- ÁLVAREZ, Raúl (2008), “Quemeros en el CEAMSE. De la micropolítica del cirujeo a la macropolítica de la basura”, *2da Jornada Nacional de Ciencia Política*, <http://poderyderecho.blogspot.com/2008/10/quemeros-en-el-ceamse.html>, 27/05/2010.
- CARENZO, Sebastián y MÍGUEZ, Pablo (2009), “De la atomización al asociativismo: reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en

experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros/as", *Maguaré*, N° 24, (en prensa).

CROSS, Cecilia (2006), "Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales. El caso de una organización piquetera." Tesis de Maestría, *Maestría en Ciencias Sociales del Trabajo*, Facultad de Ciencias. Sociales, UBA, Buenos Aires.

CROSS, Cecilia (2008), "Las huellas de las tomas: La articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense", *Margen*, N° 51, <http://www.margen.org/suscri/margen51/cross.html>, 03/06/2010.

CROSS, Cecilia y FREYTES FREY, Ada (2009a), "The Social and Ecological Dimensions of a Decentralisation Process: Participation by Social Movements in the Sustainable Management of Urban Solid Waste in Buenos Aires" en Urs Geiser y Stephan Rist, *Decentralisation Meets Local Complexity: Local Struggles, State Decentralisation and Access to Natural Resources in South Asia and Latin America*, Geographia Bernesia, Berna, pp. 93-125.

CROSS, Cecilia y FREYTES FREY, Ada (2009b), "Políticas sociales como límite y como herramienta: Reflexiones a partir de experiencias de gestión de dirigentes y referentes piqueteros/as en el período 2001-2007", *El Príncipe*, N° 1, mayo, pp. 75-98.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés y MANZANO, Virginia (2007), "Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina", *Política y Cultura*, N° 27, pp. 143-166.

FREYTES FREY, Ada; DIANA MENÉNDEZ, Nicolás; GARCÍA ALLEGRO-NE Verónica y CROSS, Cecilia (2007), "Tendiendo Puentes: Reflexiones sobre la colaboración de un equipo universitario en un proyecto de construcción de una planta de selección de residuos" en Manuel Barrientos y Cecilia Huarte (comp.) *Políticas Sociales de desarrollo y ciudadanía: Reflexiones desde el sur latinoamericano*, UNDP, MDS, Buenos Aires, pp. 103 -120.

GRASSI, Estela (2003), "El asistencialismo en el estado neoliberal. La experiencia argentina de la década del '90", *e-latina*, N°4, pp. 27-48, <http://iigg.fsoc.uba.ar/artic02>, 27-05-2010.

GUSTAVSEN, Bjørn. (2008), "Action research, practical challenges and the formation of theory", *Action Research*, Vol. 6, N° 4, pp. 421-437.

HINTZE, Susana (2007), *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas sobre lo posible*, Espacio Editorial, Buenos Aires.

MERKLEN, Denis (2005), *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires.

NUN, José (2002), *Democracia: ¿Gobierno del pueblo o de los políticos?*, FCE, Buenos Aires.

QUIRÓS, Julieta (2006), *Cruzando la Sarmiento. Los piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Antropofagia, Buenos Aires.

RICCEUR, Paul ([2004] 2006), *Caminos del Reconocimiento*. Tres estudios, FCE, México.

SHAMMAH, Cinthia (2007), "Territorio basura", Primer Foro y Congreso Internacional de Políticas de Reciclado en Grandes Urbes, Buenos Aires, http://www.ides.org.ar/shared/practicadeoficio/2007_nro1/07_DCSDossier.Palabras.Clave_Cinthia.Shammah.pdf, 27-05-2010.

SVAMPA, Maristella (2005), *La sociedad excluyente*, Taurus, Buenos Aires.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2006), "La investigación cualitativa". En Irene V. de Gialdino (ed.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa, PP. 23-64.

VILAS, Carlos (1997), "De ambulancias, bomberos y policías", *Desarrollo Económico*, Vol 36, Nº 144, enero-marzo, pp. 931-952.

WILKIS, Ariel (2009): "Sobre el concepto de capital moral y las prácticas económicas", *Seminario en Sociología Económica*, IIGG-UBA, Buenos Aires.

Capítulo 3

Políticas de asociación: perspectivas y tensiones en instancias de articulación social de pequeños productores agropecuarios

Matías Berger
Guillermo Neiman

Introducción

El asociativismo ha sido considerado una práctica y una forma de organización fundamental para generar procesos de transformación dirigidos a resolver problemas de inequidad económica y social o a mejorar la participación de grupos sociales específicos.

Estos procesos de transformación han sido interpretados de maneras diversas: como una forma de cambiar la articulación entre agentes económicos mejorando las condiciones de aquellos desfavorecidos por su posición en una cadena o sector, como una forma de presentar una lógica alternativa de articulación y/o enmarcados dentro de formas de resistencia y disputa que contradicen un orden social y económico excluyente.

Dichas interpretaciones han sido elaboradas por los diferentes agentes involucrados (productores, profesionales, funcionarios y activistas políticos entre otros) en calidad de promotores, participantes o estudiosos de dichas prácticas con el objetivo de darles fundamento y reflexionar sobre las características de las experiencias concretas.

En la Argentina, para la época del primer centenario de la revolución de mayo, el medio rural en general y la actividad agraria en particular ya habían dado signos inequívocos de una implantación progresiva del asociativismo. El número creciente de organizaciones, su dispersión geográfica a través de las distintas provincias centrales del país y su inserción en diferentes rubros productivos y/o servicios son indicadores de ese dinamismo que constituyó entidades basadas en los principios básicos del

cooperativismo. La inmigración extranjera, la puesta en valor del territorio y las demandas de inclusión completan la matriz original del cooperativismo agrario.

A lo largo de más de un siglo de experiencias asociativas, es posible observar tanto modificaciones como continuidades en las características generales de las formas asociativas como en los escenarios sociopolíticos nacional y local que las contienen y que se van a constituir en condición de las mismas pero también en verdaderos “climas de época” que van a incidir sobre sus posibilidades reales de consolidación o de cambio.

Otro aspecto se relaciona con la lógica que los diferentes agentes atribuyen a los vínculos asociativos y las expectativas, representaciones y prácticas que contiene la noción de asociativismo para cada uno de ellos, vinculada a su posición social y sus relaciones con otros agentes. Este aspecto comprende los procesos de constitución como colectivo (sin importar las intenciones y objetivos ni tampoco las cualidades auto-atribuidas o atribuidas por terceros), las relaciones y el tipo de participación que configuran esa ‘trama grupal’ en sí misma y su relación con la ‘trama social’ más amplia.

El objetivo de este capítulo es reflexionar sobre los procesos de articulación y de constitución como colectivo en proyectos asociativos, a partir de la diversidad de perspectivas de los diferentes agentes involucrados, en el contexto de las cambiantes condiciones sociopolíticas en las que se desarrolló el asociativismo cooperativo, particularmente desde la última década del siglo pasado. Con este objetivo, en un primer momento describiremos las modificaciones y continuidades mencionadas tanto a nivel de las prácticas cooperativas como de las conceptualizaciones del “proyecto cooperativo” en el agro argentino.

En este sentido, asumimos que los agentes no imputan a las ‘prácticas asociativas’ un sentido unívoco y que por ello esas prácticas constituyen espacios de articulación en los que entendemos se producen instancias de disputa y de cooperación. La pregunta que orienta nuestra reflexión es ¿cuáles son los elementos y representaciones que ponen en tensión a esas instancias de articulación? Tomando como referencia lo sucedido con el cooperativismo agrario y, particularmente, con la pequeña producción durante los últimos años del siglo XX y principios del siglo XXI, esta perspectiva resulta propicia para reflexionar desde esa perspectiva sobre el pasado y el futuro del asociativismo de base agraria y rural en la Argentina.

Los procesos de articulación social fueron definidos como “mecanismos conectivos entre ciertas unidades estudiadas... y la sociedad global, a través de los cuales se transmite la acción social y circulan los bienes y servicios.” (Hermitte, 1977: p.139). Hablar de articulación permite evitar el supuesto de homogenización social y/o cultural ya que, desde esta

perspectiva, los segmentos sociales no pierden sus características distintivas pues la unión expresada en el concepto de articulación no afecta los atributos y especificidades de las partes.

A través de este concepto se planteaba el interés por analizar las unidades articuladoras, la movilización de recursos según las situaciones de articulación, los actores y los cursos de acción, señalando la importancia del impacto del sistema social sobre sectores diversos, a la vez que la necesidad de considerar que cada proceso de articulación se caracteriza por una estructura y una dinámica propia. Así, la propuesta se orientaba a analizar las formas y procesos conectivos para no tratar a las unidades societales como sistemas cerrados.

Entre los temas que se proponía desarrollar para el estudio de los procesos de articulación social se contaban la diferenciación social entre sectores residentes en áreas rurales, las formas de transición, el campesinado en relación al poder político (teniendo en cuenta su organización política local, la relación con el Estado y otros modelos de asociación), la ideología campesina en tanto sistema de representación, la conciencia de clase, la etnicidad y la relación con el sistema educativo (Hermitte, 1977).

Lo expuesto aquí forma parte de las investigaciones desarrolladas por el área de Empleo y Desarrollo Rural en el marco de los proyectos UBACyT S041 "Crisis y cambios en las formas de representación política y nuevas identidades en el campo Argentino" y del PICT 257/07 "Participación política campesina. Prácticas y representaciones de la política en el Movimiento Campesino de Formosa".

1. Breve recorrido histórico del cooperativismo agrario en la Argentina

La historia argentina registra tanto experiencias de cooperativismo como otras formas de asociación con menor grado de formalidad y de constitución de organizaciones de representación de intereses.

Históricamente, en el medio rural se ha registrado la presencia de numerosas organizaciones de pequeños productores abocadas a la lucha contra las desigualdades por falta de acceso a medios de producción, conflictos emergentes del dominio de esos medios de producción, por el acceso desigual a bienes y servicios y por las disparidades originadas en los procesos de circulación e intercambio de la producción. La matriz de base de estos conflictos la constituye el avance del capitalismo y las transformaciones impulsadas a través de los procesos de valorización de los medios de producción.

El cooperativismo agrario cuenta en la Argentina con una extensa historia que se remonta a los últimos años del siglo XIX, cuando se gestan las experiencias iniciales organizadas en base a los principios generales del asociativismo difundidos para ese entonces desde los países centrales¹. Las primeras cooperativas asentadas en el medio rural en la Argentina estuvieron dedicadas a la provisión de bienes de consumo y a la cobertura de riesgos climáticos aunque pronto surgieron otras, abocadas al acopio de cereales y oleaginosas y a la intervención en su comercialización.

Ya hacia mediados del siglo XX el movimiento cooperativo pampeano habría atravesado tres etapas bien definidas: la del aprovisionamiento (venta de insumos a sus asociados), la de la comercialización y la de la industrialización de la producción. Especialmente se reconoce que el Segundo Plan Quinquenal (1953-57) constituyó un fuerte impulso del cooperativismo como parte de su política agraria a través de distintos instrumentos tales como créditos bancarios, exención de impuestos y simplificación administrativa, entre otros (Girbal-Blacha, 2003).

Para esa misma época, el desarrollo de las producciones regionales en el contexto de las políticas de sustitución de importaciones y de expansión de los mercados internos alentó la expansión del cooperativismo en las regiones extrapampeanas. Este desplazamiento no sólo significó la incorporación de nuevos rubros productivos con sus problemáticas específicas sino también de productores de orígenes y condiciones diversas; además, si bien el modelo de organización cooperativa fue similar al de las entidades ya difundidas en las provincias pampeanas, las nuevas cooperativas ingresaron más rápidamente que estas últimas en las actividades de industrialización de la producción (por ejemplo, en rubros tales como algodón, azúcar, yerba mate, vid y tabaco).

La conformación de organizaciones cooperativas de segundo y tercer grado también tuvo en general un objetivo centralmente económico, abocándose a tratar de generar economías de escala mientras que no se orientaron a desarrollar específicamente actividades de representación gremial. Un hito en este sentido lo constituye, luego del derrocamiento del gobierno de Perón en 1955 y que concluyó con la experiencia del Consejo Intercooperativo Agrario de Coordinación y Arbitraje, la creación en 1956 de la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO). Esta organización confederada, integrada por entidades de segundo grado que para

¹ Para una revisión histórica de las principales ideas y de los pensadores más relevantes del asociativismo en general y del cooperativismo en particular, ver Benevides Pinho, D. (1997) *Evolución del pensamiento cooperativista*, Buenos Aires, Intercoop Editora Cooperativa Limitada.

esa fecha ya habían registrado un importante desarrollo, pasó a oficiar de representante de los intereses de los sectores más capitalizados de las cooperativas agropecuarias (Neiman, 2009). Entre las distintas entidades que correspondían a este nivel de organización del sistema cooperativo, había consenso en señalar que “la principal función que cumplía el desarrollo de las actividades cooperativas era fortalecer y aumentar el poder de negociación de los productores frente a los intermediarios y otros agentes monopólicos del agro” (Mateo y Olivera, 2006).²

A partir de la dictadura militar del 76, cuando se inicia la gestación de una nueva matriz económica y social que se profundiza en los 90, se refuerza en el país el modelo de producción de cereales y oleaginosas para exportación y procesamiento agroindustrial, que incluso avanzó hacia zonas extrapampeanas. Además de efectos económicos, estas medidas han tenido efectos en la reconfiguración de los territorios desplazando población y generando conflictos entre el avance del capitalismo (las más de las veces con la connivencia de sectores de poder locales) y la resistencia de las poblaciones también locales.

Las políticas macroeconómicas de desregulación, apertura comercial y tipo de cambio fijo de los años 90, profundizaron los rasgos históricamente críticos que caracterizaban a los pequeños productores de todas las regiones del país dificultando aún más su posibilidad de producir en forma rentable para un mercado interno cuya demanda, a su vez, no era impulsada por las políticas macroeconómicas mencionadas.

Los principales problemas que afrontan las cooperativas agrarias a principios del siglo XXI incluyen la descapitalización, el endeudamiento, la falta de integración y participación de los asociados, la escala reducida de sus actividades y la creciente complejidad del escenario económico (Neiman, 2009). Además de la caída en el número de asociados y de cooperativas también se registró un descenso relativo de la participación de las cooperativas en el almacenaje de granos, en la faena de ganado vacuno y en el volumen de exportaciones.

Según el último Censo de Información Económica de Cooperativas y Mutuales (INAES, 2007), hacia el año 2006 existían 6020 cooperativas de las cuales 798 declararon la “actividad agropecuaria” como objeto social

² Esta argumentación de Mateo y Olivera (2006) está desarrollada en un estudio que realizaron sobre dos de las principales organizaciones de segundo grado del cooperativismo agrario en el país: la Asociación de Cooperativas Argentinas (ACA) fundada en 1922 y la Federación Argentina de Cooperativas Agropecuarias (FACA), cuya creación en 1947 fuera promovida desde la Federación Agraria Argentina como parte de la ampliación de su estrategia político-gremial y que quiebra económicamente en los años '90.

ya sea único o compartido con otras actividades³. Estas entidades participaban con algo menos de un 20% del total de activos de todas las cooperativas relevadas y más de la mitad registraban adhesión a entidades de segundo y/o tercer grado.

Así como la expansión y vitalidad del cooperativismo en general y del cooperativismo agrario en particular constituyeron una regla general que se extiende prácticamente hasta el inicio del último cuarto del siglo pasado, es la idea de “crisis” la que se instala posteriormente como expresión dominante para dar cuenta de la declinación cuantitativa y la transformación cualitativa del movimiento. El cambio operado pone en tensión las funciones clásicas del cooperativismo en lo que se refiere a sus objetivos económicos y sociales aceptados, modifica procedimientos y modalidades de organización interna de las entidades, y a la vez las coloca en un marco distinto de relacionamiento con su base social, incluyendo a los asociados y a la población en general. De modo que los procesos de articulación de las entidades también se van a modificar.

Para algunos, la crisis que caracterizó la relación de los asociados con organizaciones cooperativas “multifuncionales” como las que se habían desarrollado desde las experiencias pioneras, muestra la declinación, no sólo de un tipo de organización, sino la ruptura de la trama social y de la vida cotidiana construida en torno a esas formas asociativas. El gerenciamiento, vinculado a la gestión y el control de la mismas por vías burocratizadas, reemplazó la participación que, aunque en ocasiones resultaba limitada, se mantenía hasta entonces como una herramienta fundamental de los principios asociativos y del discurso de las propias entidades (Carriart y Albaladejo, 2005).

En una línea similar, la crisis es identificada con la mayor complejidad institucional alcanzada por las cooperativas y con el desequilibrio generado entre objetivos empresariales y solidarios, dando lugar a procesos de erosión del capital social basado en la confianza, en las relaciones de reciprocidad y la cooperación. En cualquier caso, la crisis es vista como un proceso de transformación interna que va a modificar de manera irreversible la vinculación de las cooperativas con su entorno (Lombardo y Tort, 2007).

Lattuada y Renold (2006) distinguen tres formas institucionales en la organización cooperativa: organización institucional consecuente, organización institucional paradójica y organización institucional en mutación. Si bien los autores consideran que no deben ser visualizadas necesariamente

³ Si bien se trata de distintos tipos de fuentes, puede consignarse que el Censo Nacional Económico de 1984 había registrado un total de 1278 entidades cooperativas para ese año.

como parte de una evolución secuencial del cooperativismo, reconocen que “cada uno de esos tipos predomina, respectivamente, en las etapas de génesis, consolidación y actual mutación del movimiento cooperativo agropecuario”.

A manera de trasfondo, la crisis de la pequeña producción que se profundizará con las políticas neoliberales de los años '90 agrava la situación de las cooperativas apurando en algunos sus procesos de desaparición y, en otros, su transformación para adaptarse a un contexto más restrictivo tanto desde el punto de vista económico como social. Esta tendencia afectó a las propias organizaciones, a la base social que hasta entonces contenían y a los territorios en los cuales a lo largo de casi un siglo habían desarrollado un intenso proceso de enraizamiento (Lattuada y Neiman, 2005).

2. Estado, organizaciones y gremialismo en las entidades cooperativas durante el cambio de siglo

Si bien en sus orígenes y en las primeras décadas de su desarrollo, la expansión económica y las necesidades de inclusión fueron las principales razones para explicar el crecimiento del cooperativismo, desde el último cuarto de siglo, ha sido más bien la resistencia y la respuesta a situaciones particularmente críticas –en algunos casos, inéditas– que debían enfrentar los pequeños productores de distintas regiones del país lo que dinamizó el asociativismo rural.

La tendencia histórica de la política agraria argentina a concentrarse en la región pampeana y en sus agentes económicos más relevantes ha llevado a no considerar los problemas propios de los pequeños productores y mucho menos las problemáticas de este tipo de productores en las regiones extrapampeanas (aunque las juntas sectoriales, los controles de precios, y diversos organismos han mostrado períodos de intervención e intentos de regulación). Tampoco ha habido medidas políticas que apunten a resolver problemas estructurales que afectan fundamentalmente a los pequeños productores de las regiones no pampeanas de larga data, en particular el referido a la ocupación y tenencia precaria de la tierra y el avasallamiento de los derechos de posesión adquiridos al valorizarse ese medio de producción con el avance del capitalismo en territorios tenidos antes por marginales (de Dios, 1998).

Para comprender la situación de los emprendimientos asociativos en las últimas décadas, más aún a partir de 2003, es preciso tener en cuenta el contexto general en el que se han desarrollado con sus cambios coyunturales, sus marchas y contramarchas y ciertas continuidades estructurales.

Las iniciativas de carácter asociativo han surgido de sectores u organizaciones de la sociedad civil, tanto se trate de organizaciones de representación de intereses gremiales o políticos (Unión de Cooperativas Algodoneras Limitadas, Ferias Francas, Ligas Agrarias), de organizaciones político-partidarias (Partido Socialista), de las llamadas organizaciones no gubernamentales (Instituto de Desarrollo Social y Promoción Humana) y de organizaciones de orientación religiosa como institutos, fundaciones o movimientos (FUNDAPAZ, Instituto de Cultura Popular, Movimientos Rural de Jóvenes Católicos) (Ferrara, 1973 y 2007; Bartolomé, 1975 y 1982; Archetti, 1978 y 1988; Rozé, 1992; Giarracca, 1994; Benencia y Flood, 2005).

La crisis económica del 2001 profundizó estas situaciones y muchas organizaciones, impulsadas también por las políticas públicas, fueron fortaleciendo las alternativas vinculadas al asociativismo tratando en muchos casos de fortalecer la inclusión social de estos sectores. A partir del año 2003, la organización en cooperativas recibió un fuerte impulso por parte del Estado.

En un contexto de estímulo y apoyo a lo que se llamó 'economía social', se crearon muchas nuevas cooperativas con una importante proporción de cooperativas rurales y agrícolas fuera de la región pampeana, que en general agrupan a pequeños productores en situación de 'vulnerabilidad'. Se trata de organizaciones de alcance local, de carácter político, gremial o ambos, que han ido cambiando sus estrategias de acción de acuerdo a cambios en el contexto general, fundamentalmente en lo referido a las políticas públicas. No tienen un exclusivo fin económico ya que también actúan como estructuras de contención social, acceso a bienes materiales y simbólicos elementales, búsqueda de transformación social y de constitución de lazos asociativos (Neiman y otros, 2006; Neiman y Berger, 2009).

La emergencia de estas organizaciones se vincula a transformaciones de la actividad productiva y de la demanda y a las dificultades de reproducción de las unidades de producción por falta de recursos, escala o rentabilidad. Además se da en contextos de desempleo y empleo precario, y en particular, y de forma más persistente, en las áreas rurales y pequeñas localidades.

Sin embargo, este no ha sido el único impulso a las formas asociativas plasmado en una política pública que se registra en las últimas décadas, aunque tal vez se trate de un impulso más formalizado en el marco de una política que no era exclusiva para áreas rurales ni para el sector agropecuario. Durante la década del 90, se implementan varios programas de asistencia estatal, entre ellos el Programa Social Agropecuario (PSA) que fuera diseñado específicamente para brindar asistencia técnica y económica a pequeños productores.

El PSA inició sus acciones en el año 1993; Se trata de un programa cofinanciado con fondos del Estado nacional y de agencias multilaterales de

crédito como el Banco Mundial y el BID. Dependió en sus orígenes de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (devenida en Ministerio desde el año 2009), la cual ha sido responsable de su dirección, administración y seguimiento. Dispone a su vez de unidades de ejecución en cada provincia.⁴

El objetivo del Programa ha sido brindar asistencia a pequeños productores minifundistas de todo el país a través de una estrategia de organización grupal que permitiera a este sector superar restricciones productivas, financieras y sociales. Sus objetivos generales eran contribuir al mejoramiento de las actividades productivas y de los ingresos de los productores mediante asistencia técnica, financiera y capacitaciones. Además, se orientaba a generar espacios de participación cuya finalidad era que los participantes, en el transcurso del programa, constituyeran organizaciones, asumieran su propia representación y promovieran la participación en las decisiones políticas, programas y proyectos a nivel local, provincial y nacional.

Durante la década del 90, tanto el PSA como otros programas de ese tipo constituyeron un complemento de los programas de ajuste estructural cuyo objetivo era moderar o compensar los efectos de esas políticas. Si bien en un principio se los planteó como medidas coyunturales terminaron perdurando aún en el marco de cambios de gobierno, de esquemas institucionales e inclusive de orientación y objetivos. Las principales características de estos programas han sido el financiamiento parcial o totalmente externo, la construcción de esquemas descentralizados y altamente focalizados y el fomento de los proyectos asociativos (Rodríguez Bilella, 2005).

En efecto, como parte de sus objetivos fundamentales, el Programa proponía promover la participación e impulsar el asociativismo de sus beneficiarios. Ambos aspectos, a los que se suma la noción de “empoderamiento” de las poblaciones alcanzadas por el Programa y para el cual el asociativismo se presentaba como una herramienta fundamental, han sido constitutivos del Marco General de los Fondos de Inversión Social.

Las nociones de participación, asociación y empoderamiento han formado parte del discurso de diversos programas sociales y expresan la incorporación de conceptos de las ciencias sociales como el de agencia. En este sentido, expresan una noción de participación desligada de sus connotaciones más radicalizadas que constituye un intento de neutralización mediante el uso de esas concepciones devenidas en ‘aparatos ideológicos’.

⁴ A partir de la reciente creación de la Subsecretaría de Agricultura Familiar y Desarrollo Rural de fines de 2008, las unidades ejecutoras del PSA han pasado a ser ‘delegaciones provinciales’ de esa Subsecretaría dependientes del Estado nacional.

En la práctica, se observan en la adopción de técnicas de diagnóstico participativo y de impulso a la resolución local de los problemas mediante formulación de proyectos 'grupales' de carácter asociativo (Rodríguez Bilella, 2005).

Estas acciones se llevaban adelante en un marco de persistencia de dificultades para el acceso y regularización de la tenencia de la tierra, subempleo, desempleo, descapitalización, ausencia en algunos casos de un cultivo de renta que permita la monetarización de las unidades, de destrucción de las economías de subsistencia, falta de acceso al agua para consumo y para producción y dificultades para comercializar lo producido. Más allá de las reflexiones sobre la intervención de éste y otros programas y del trabajo en terreno, se estima que estas acciones se han neutralizado ya que las posibilidades de integración que podrían impulsar este y otros programas se veía contrarrestada por la dinámica expulsora de la política económica general, la persistencia de políticas sectoriales desfavorables y la falta de políticas que apuntaran a la solución de los problemas estructurales antes señalados (de Dios, 1998).

En un mismo sentido, se ha señalado la importancia de los vínculos que ligan las organizaciones agrarias al Estado en el contexto de debilitamiento y pérdida del carácter representativo de estas organizaciones y de repliegue del Estado en los 90. Estos vínculos asumen formas de organización inducidas a partir de estrategias de desarrollo rural alternativas que constituyen procesos deliberados de formación de actores agrarios que tienen como correlato la parición de nuevas identidades como feriantes, productores y campesinos. Estas políticas generalmente no ponen en discusión los problemas estructurales del agro lo que implica necesariamente una negociación o conflicto en la participación de las organizaciones. Si bien en muchos casos estas acciones afirman retomar prácticas ya establecidas entre los agricultores, ocurre en muchos casos que esas acciones son producto de la aplicación de los propios programas que, en todo caso, han podido recuperar experiencias y propuestas previas (Schiavoni y otros, 2006). Los autores también señalan la limitación de los programas estatales para poner en discusión problemas estructurales producto de la débil autonomía estatal y de la pérdida del carácter reivindicativo de las organizaciones de pequeños agricultores (Schiavoni, 2006).

Ello convierte en fundamental la indagación sobre la vinculación con el Estado entendido como una institución diversa, de diferentes niveles y con una variedad de áreas. Tanto la interpretación del observador-investigador como la de las organizaciones sociales están surcadas por dicha relación. Para los participantes de organizaciones puede representar un saber importante para orientar y captar políticas a través de la relación con diferentes dependencias y dominios y para elaborar sus propios objetivos en la búsqueda de constituirse en mediadores eficaces. La eficacia

de la mediación parece estar condicionada por un delicado balance entre, por un lado, proponerse objetivos realistas y políticamente atractivos que amplíen el repertorio convencional y, por el otro, cuidarse de los peligros de la cooptación (Zander Navarro, 1996; Fox, 1996).

3. Experiencias asociativas: prácticas, conocimientos y agentes

Las experiencias asociativas constituyen procesos de articulación de sectores sociales que intentan conformarse colectivamente para relacionarse con otras unidades sociales; sin embargo, no sólo los últimos años han sido prolíficos en iniciativas de este tipo sino que hay una larga historia en este sentido.

El asociativismo representa una experiencia y un caudal de prácticas y conocimientos que han mejorado las posibilidades de los sectores económicos más postergados pero que también han marcado la necesidad de reflexionar sobre esas prácticas, las nociones de los agentes involucrados y los conceptos empleados en su análisis. Además, el asociativismo ha señalado la permanencia de restricciones que requieren al mismo tiempo de decisión política, para lo cual se hace necesario influir sobre las relaciones de fuerzas entre los sujetos sociales y disponer de herramientas refinadas constantemente.

3.1 El asociativismo como sustrato de prácticas, transmisión de saberes y disputas acerca de las buenas prácticas

Los emprendimientos asociativos han sido entendidos de formas diversas. En algunos casos se los ve como un paliativo a la espera de un cambio en el contexto político o económico, también como una manera de obtener recursos magros pero útiles o como un primer paso en el proceso de organización de los grupos para luego avanzar hacia otras metas políticas, económicas o ambas a la vez. También han sido interpretados como una forma de inserción económica que permite mejorar el bienestar de quienes participan en ella, una forma de cambiar o contradecir la lógica de un régimen social excluyente, de resignificar las políticas públicas (Barbetta, 2004) o una forma de transformar las condiciones de un orden visto como natural o dado previamente (Giarracca, 1994). Asimismo, se ha enfatizado la capacidad de adaptación de las organizaciones ante contextos cambiantes –ya sean nacionales o mundiales– lo que permite acompañar las transformaciones de los sujetos económicos que conforman su masa societaria (Lattuada y Renold, 2006).

Todos ellos son posibles significados atribuibles a estos procesos, significados que no son excluyentes, que no siempre ni necesariamente son compartidos por todos los participantes y que, además, varían en el tiempo de acuerdo a los sucesos cotidianos y a los de orden general.

Las experiencias asociativas más recientes requieren del desarrollo de esquemas de análisis y de comprensión que contemplen sus condiciones. Generalmente, en el medio rural, el surgimiento de muchas de esas organizaciones tiene como telón de fondo antiguos conflictos irresueltos que el avance de las formas capitalistas hace recrudecer, mucho más en las regiones periféricas/complementarias (Rozé, 1992). De este modo, las 'organizaciones' o grupos se originan en una multiplicidad de situaciones y/o conflictos como la lucha por la tierra, las pujas por la distribución de ganancias al interior de un complejo agroindustrial, la disputa por condiciones de producción y/o comercialización y la búsqueda de 'reinserción' social y económica con el objetivo de integrar a sujetos sociales diversos para lograr su acceso a oportunidades, bienes y servicios, ya sea a través de iniciativas autogestionadas, promovidas por políticas públicas o por otro tipo de instituciones (Neiman y Berger, 2009).

También en muchos casos, los 'agentes externos' desempeñan un importante rol en los momentos iniciales de constitución de grupos u organizaciones, ya sea por su dominio de saberes técnicos o por su carácter de impulsores de estas propuestas. Estos agentes suelen ser profesionales, militantes políticos o miembros de grupos religiosos. Operan como promotores de estas iniciativas pero también como articuladores con otros grupos sociales, ya sea con organizaciones similares, con el Estado a través de sus programas o con instancias de gobierno generalmente de jurisdicción municipal o, a lo sumo, provincial.

El saber acerca de cuestiones diversas –productivas, de comercialización, administración, gestión y vínculos personales e institucionales– hace a la diferencia de posición inicial entre técnicos y asociados y a la particularidad de cada una de esas 'figuras'. Los técnicos son, por un lado, 'promotores' (en ocasiones en calidad de fundadores/iniciadores) y, por otro, 'expertos'. Estas cualidades dan legitimidad a su accionar y, a la vez, los coloca en un plano de 'desigualdad' con los asociados; también los pone en un plano de obligación con estas organizaciones en tanto sostenedores de los proyectos y con respecto a la institución de la cual provienen. En las organizaciones que tienen un carácter autogestivo y no están tan vinculadas a técnicos, esta figura encuentra su equivalente en los dirigentes aunque su ascendencia puede estar construida sobre otras condiciones.

Esta posición no es neutral y no siempre coincide con la orientación pretendida por los asociados. Son relaciones que encarnan conflictos justamente alrededor de uno de los objetivos fundamentales de estas intervenciones,

es decir la ‘difusión’ de conocimiento y generación de proyectos de ‘desarrollo’ que se sostengan autónomamente en el tiempo.

Aún así, en muchos casos, los técnicos o los dirigentes conservan cierto monopolio de esferas de acción, más allá incluso de la intención declamada. Esto se asocia a su posición de mediadores en el espacio social constituido por estas organizaciones que se expresa en dos planos: “hacia afuera”, generando contacto con instituciones y, “hacia adentro”, como administradores, asesores frente a problemas y mediadores frente a conflictos. En particular, la figura del técnico está asociada y respaldada por su doble carácter ‘técnico’ y ‘político’, rasgos ambos que los ponen en situación diferencial en tanto portadores de un conocimiento particular que incluye contenidos profesionales y políticos, confiriéndole por lo tanto reconocimiento, legitimidad y prestigio.

3.2 Agentes del asociativismo: *Técnicos, promotores, políticos, dirigentes y socios*

Muchos de los programas e instituciones cuyo objetivo es el “desarrollo rural” entienden que las experiencias asociativas generando son un impulso para el posterior desarrollo de organizaciones que impulsen cambios sociales. Sin embargo, en reiteradas ocasiones estos programas han desconocido las relaciones de poder sobre las que se fundan esas mismas experiencias y la influencia que las prácticas de constitución de los grupos tienen en la formulación de proyectos. Esto ha llevado a soslayar esas relaciones de poder involucradas en las relaciones entre técnicos-promotores y los demás participantes y las relaciones, prácticas e historicidad previa de estas ‘comunidades’. En tal sentido, Rodríguez Bilella (2005) sostiene que el problema es que los espacios generados por estos emprendimientos, y podemos extender esta afirmación a todos los emprendimientos, constituyen lugares de encuentro, lucha y negociación de saberes. Quienes participan en ellos lo hacen desde posiciones ‘comprometidas’, interesadas y atravesadas por prácticas y representaciones. Lejos de ser un espacio de armoniosa confluencia, cargan con la historicidad del espacio y de los sujetos, sus conflictos, sus representaciones, prejuicios y conocimientos previos acerca de las personas particulares y de las ‘instituciones’.

En un mismo sentido, al analizar las lógicas de articulación entre agentes de promoción social y familias campesinas, Cowan Ros (2008) se centra en la relación entre mediadores y mediados y sostiene que esa lógica varía según los intereses y expectativas volcadas en el vínculo, las asimetrías de poder entre ambas categorías y las diferentes posiciones sociales ocupadas en el espacio social. Esas relaciones dependen a su vez del tipo de bienes materiales o simbólicos vinculados en el intercambio. Estas relaciones de

mediación son conflictivas y contradictorias: conflictivas porque expresan una disputa entre las lógicas de articulación y socialización tanto entre los agentes externos y los campesinos como entre los campesinos entre sí en tanto pares. Son contradictorias porque los técnicos intentan impulsar un proceso de superación de situaciones de subordinación mediante el establecimiento de otra relación de dependencia, la que se construye entre ellos y los campesinos, que implica una alianza entre mediadores y mediados basada en una distribución desigual de recursos. Cuando esa intención se concreta, los mediados se vuelven capaces de disputar frente a los propios mediadores.

La distinción entre técnicos, promotores, políticos, dirigentes y socios o bases es uno de los aspectos de mayor importancia en todas las experiencias asociativas sean estas de tipo 'autogestivo' o promovidas por el Estado o por una ONG, sin importar si el horizonte de su acción es transformar la sociedad en forma radical, cambiar las relaciones de poder a 'nivel local' o simplemente generar nuevas posibilidades. Ello se vincula a la importancia del capital que representan el acceso y el control de adhesiones y recursos con los consiguientes saberes técnicos, políticos, administrativos y organizativos que constituyen la legitimidad y autoridad.

Por ello, la organización no es 'algo dado' sino una cuestión a resolver, una tarea a emprender, en el transcurso de la cual los grupos se modifican durante el proceso de interacción entre agentes e instituciones (Gras, 1994). En este caso, se señalaba una modificación en el patrón de liderazgos pasando a un perfil gerencial con un discurso centrado en la eficiencia productiva al producirse una ruptura con los gremios que marca un momento de mayor independencia y autonomía de ellos incluyendo la captación de recursos: "A partir de la expansión de la cooperativa, se 'quiebra' lo que aparecía como la estrategia productiva de un sector social organizado (la creación de la cooperativa) para posicionarse mejor en el complejo." (Gras, 1994: 86) Ello otorga un lugar al técnico como agente mediador del vínculo. De este modo, el buen productor, eficiente y responsable, es el que puede intervenir en la gestación de política y hacer llegar sus pedidos, pasando a tener más importancia esa figura que la imagen de 'subordinación' que los había convocado inicialmente.

Las denominaciones de los sujetos y de sus prácticas constituyen modos de presentación y representación que forman parte del trabajo político de constitución de los grupos. Son formas que expresan y contienen, discursiva y prácticamente, el proceso de construcción simbólica de los grupos (Schiavoni, 2002); en eso consiste el trabajo de estructuración simbólica que realizan las organizaciones en la búsqueda de legitimidad para intervenir con eficacia en las luchas simbólicas y en un campo específico. Por ejemplo, ese trabajo de estructuración en el caso de las ONGs que trabajan con ocupantes en la provincia de Misiones, implica realizar una

ruptura con las prácticas de los ocupantes que consiste en pasar de emplear los intersticios de la organización social a poner en discusión las relaciones de dominación (Schiavoni, 2005). Tanto las lógicas de articulación y socialización referidas por Cowan Ros (2008) como el trabajo político de estructuración de grupos analizado por Schiavoni (2002 y 2005) implican una disputa entre visiones del mundo que conforman sistemas de valores y modos de actuar.

La búsqueda de apropiación por parte de los asociados es un objetivo de estas ‘intervenciones’ dado que forma parte del imaginario que motiva su accionar. La ‘apropiación’ o transferencia requiere de un proceso que tampoco está exento de conflictos y tensiones. Además de no ser inmediato ni de representar siempre un interés directo de los asociados, tampoco es un traspaso que prescinda de los ‘asesores-impulsores’ ni que éstos lleven a cabo ‘saliendo de escena’ intencionadamente.

Aquello que otorgó legitimidad para impulsar cambios productivos y comerciales, necesarios para consolidar estos emprendimientos mediante compromisos con los asociados, paradójicamente, provoca conflictos en el momento de concreción del objetivo de autonomización o transferencia. Dicha ‘legitimidad’ ha sido importante para motivar la participación y el compromiso en proyectos de resultado incierto y desplazar a figuras tradicionales en tanto “opositores” explícitos o implícitos al proyecto (Neiman y Berger, 2009).

Estas acciones o emprendimientos tienen por objetivo generar un cambio que permita mejorar ciertas condiciones de desventaja y que requiere de algún tipo de adhesión; en muchos casos ello fracasa porque no se da un mínimo de apropiación por parte de los participantes. Hall (1994) se pregunta por qué no hubo una apropiación colectiva del proyecto por parte de la comunidad que es objeto de su análisis; indaga para ello en ‘la particular lógica integradora desde el sistema político’ preguntándose por el papel del Estado (y su imagen de planificador de la acción social) y la historia de la comunidad. Entiende que el intento de reorganización social implementado por el Estado como ‘gran planificador’ no logró generar otras formas de relación que logran articularse con ese proyecto generando una reapropiación colectiva; por ello, permanecieron las demandas pero no cambiaron las relaciones de poder locales continuando con la lógica de procesos generados ‘desde afuera’ que resultaban extraños y ajenos.

Precisamente, un problema sobre el que se pone a prueba la fortaleza interna y externa de las organizaciones se refiere a su capacidad para intervenir sobre las condiciones de comercialización de las producciones locales, orientada generalmente a desplazar a antiguas figuras que oficiaban de intermediarios (como los llamados ‘mercachifles’ y ‘barraqueros’) modificando por un lado la lógica de las transacciones e intercambios pero también incidiendo sobre las relaciones sociales a nivel local.

Estos “intermediarios” representan un nexo económico, una vía de acceso a bienes, servicios y favores y un vínculo entre las áreas rurales y la ciudad. Su desplazamiento es dificultoso; en muchos casos porque expresa un cambio en los tiempos de pago y también en las formas de producción que pasan a estar orientadas por un compromiso o acuerdo colectivo sobre volúmenes y por criterios de calidad. Esto es resuelto por distintas vías, como por ejemplo la obligación de venta exclusiva de un producto a la cooperativa o el establecimiento de compromisos de cantidad y calidad; en cualquier caso, ello demanda esfuerzos de organización colectiva no exentos de conflictos. Esto implica cambiar los sujetos con quienes se relacionaban los productores y el tipo y ritmo de esas relaciones. Por ejemplo, desplazar al barraquero implicaba desplazar la figura que pagaba en el momento y en efectivo, que actuaba como proveedor de bienes y servicios y como nexo con las localidades (Neiman y otros, 2006).

Desde la perspectiva que hemos propuesto, la organización y la participación son procesos de interacción atravesados por el conflicto y la cooperación, por instancias de lucha y de negociación. Encontramos entonces que no sólo es fundamental des-naturalizar la relaciones sociales y la organización social para des-cubrir los fenómenos/procesos de dominación sino que también es indispensable des-naturalizar el concepto de participación, para comprenderlo como un fenómeno diverso y polisémico, y también la noción de organización como un sistema de relaciones cuya ‘unidad’ aparente debe ser problematizada y comprendida más allá de los objetivos colectivos compartidos. Así, estas acciones pueden ser comprendidas como una amplia “trama social” cuyas fronteras no son las delimitaciones de las organizaciones o instituciones involucradas (Quirós, 2008) y cuya condición de posibilidad se expresa en relaciones personales cotidianas, en un tejido de relaciones o trama sin sentido unívoco y que expresa una interdependencia (Quirós, 2006). Para comprender estos y otros procesos que a priori denominamos ‘asociativos’ consideramos apropiado partir de un concepto de actividad política amplio que va más allá de la actuación del Estado (Rosato y Balbi, 2004; Palmeira, 1992; Heredia, 1996; Palmeira y Heredia, 1997) y que incorpora no sólo la disputa por los lugares de toma de decisión sino la búsqueda de influencia (Bailey, 1971), el rol de los mediadores (Kuschnir, 2005) y las características de los liderazgos, sus formas de actualización y reconocimiento, así como las capacidades y habilidades que constituyen atributos de un líder (Rosato y Quirós, 2004).

La participación es un ‘concepto’ entendido de manera diversa por los agentes que se expresa en prácticas y representaciones que pueden entrar en conflicto. Asimismo, es un objetivo de las acciones que impulsan tanto el Estado como las organizaciones. Sin embargo, la manera de comprender la participación es diferente y por ello es posible identificar diferentes nociones de participación. En el caso de los técnicos, para muchos de ellos

la participación es un elemento primordial para definir la legitimidad y representatividad de las organizaciones y para construir demandas 'genuinas'. La forma de participación auténtica y eficaz (en un plano fundamentalmente ético aunque, a largo plazo, práctico) se logra con el 'trabajo de base'. Se contrapone al 'clientelismo' como forma de participación espuria, caracterizada por comprender principalmente al Estado, aunque también a otras instituciones, como una ventanilla de la que se extraen recursos, estableciendo un compromiso, deuda u obligación que conserva a los sectores empobrecidos en una relación de dependencia desigual. Por otro lado, se contrapone también a la organización en torno a una persona (personalismo). En este caso, la contraposición se presenta entre una forma de organización gestada colectivamente en comparación con otra forma de organización en la que resalta una figura. Por un lado, lo 'colectivo' es valorado como más 'genuino' y representativo y, por otro, se lo entiende como un verdadero proceso de organización ya que puede perdurar y consolidarse puesto que no depende exclusivamente de las habilidades, conocimientos y opiniones de una sola persona (Berger, 2009).

Trabajo de base, clientelismo y personalismo no son sólo nociones para comprender la participación sino expresiones que indican posturas por parte de los agentes del Estado en la forma de hacer su trabajo. Posturas que a su vez emergen de interpretaciones del espacio en el que se desempeñan, del propio lugar que se ocupa, del que ocupan otros y de cómo son, cómo deberían ser y de cómo se debe decir que son las relaciones entre los técnicos, los productores y las organizaciones.

Reflexiones finales.

Una perspectiva política acerca de los procesos de articulación en el asociativismo

Uno de los aspectos cruciales de estas experiencias es la definición de intereses comunes de clase y sectoriales que hace a la conformación como colectivo. Ello implica considerar los elementos de conflicto histórico y estructural y también su conformación local en la forma de desigualdades expresadas en relaciones de poder local presentes en figuras políticas, sociales y económicas.

Las prácticas asociativas en las áreas rurales y el sector agrario argentino exhibieron inicialmente un desarrollo orientado al fortalecimiento del poder de negociación frente a los demás agentes. Este entramado exhibe un recorrido prolífico con un predominio de organizaciones localizadas en la región pampeana. A partir de los cambios en la orientación económica de la economía nacional que se inician en los 70 y culminan en la década del 90, las organizaciones quedaron inmersas en procesos críticos que se fueron agravando.

La crisis económica producto de las políticas macroeconómicas neoliberales de los 90 y la consolidación y emergencia de nuevos procesos de organización, en muchos casos en áreas extrapampeanas y recuperando experiencias de organización históricas, sumadas a la promoción de emprendimientos cooperativos diversos por parte de agencias estatales, generó un nuevo impulso 'asociativo'. Si bien hay notorias diferencias con experiencias anteriores, es importante también recuperar, como hemos señalado, una serie de problemáticas afines vinculadas fundamentalmente a la constitución de grupos y a los procesos de articulación.

Muchos de estos casos expresan la confluencia de agentes con diferente posición de clase, en ocasiones profesionales, ya sean trabajadores del Estado o de otras instituciones. Esta confluencia expresa una articulación de agentes con lógicas e intereses diferentes, contrapuestos y conflictivos. Es un encuentro de proyectos con tiempos, límites, lenguaje y lógicas diferentes. De hecho, muchos de los agentes externos que intervienen no disponen de un enfoque que incorpore las nociones de intereses contrapuestos y perspectivas de los agentes ya que los propios programas, enmarcados muchas veces en nociones del desarrollo rural "consensualistas" o "integradoras" de todos los sectores de la comunidad, carecen de enfoques en términos de sectores sociales, clases y conflicto.

Esta ausencia es muchas veces una omisión que refuerza la noción de subordinación estructural, sujeto marginal e inviabilidad económica ya que a la vez no hace mención a los problemas estructurales y las políticas necesarias para resolverlos, reforzando una aspiración de resolución local ingenua ('empoderamiento') precisamente frente a la potencia de las relaciones de poder local.

Ello nos lleva a reflexionar sobre la politicidad de los vínculos asociativos en un sentido de análisis de relaciones de poder y de elementos que estructuran esas relaciones de poder que configuran situaciones de dominación y subordinación. Los vínculos con agentes externos o mediadores que son promotores de algunas acciones, asesores con mayor o menor grado de involucramiento o interlocutores a veces en disputa y a veces en sintonía, adversarios o amigos en el terreno, expresan, en algunos casos, una diferencia al interior de las organizaciones y, en otros, remiten a vínculos con otros agentes que representan a instituciones. Las relaciones que se establecen en ese sentido no son neutras en términos políticos y en estos procesos los agentes se vinculan realizando interpretaciones de las posibilidades, alcances, restricciones, conflictividad y límites de sus interacciones.

Bibliografía

ARCHETTI, Eduardo (1978), "Una visión general de los estudios sobre el campesinado", en *Estudios Rurales latinoamericanos*, Vol.1, N°2, Bogotá, pp.7-25.

ARCHETTI, Eduardo (1988), "Ideología y organización sindical: Las ligas agrarias del norte de Santa Fe", *Desarrollo Económico*, vol.28, N°111, Buenos Aires, pp.447-461.

BAILEY, Frederick (1971), *Gifts and Poison*, Blackwell, Oxford.

BARBETTA, Pablo (2004), "Nuevos emprendimientos socioprodutivos ante la crisis. Una mirada desde el agro", *Argumentos* N°4, Buenos Aires, Acceso al texto completo: <http://www.argumentos.fsoc.uba.ar/n04/articulos/barbetta.pdf>, 25/06/2010.

BARTOLOMÉ, Leopoldo (1975), "Colonos, plantadores y agroindustria. La explotación agrícola familiar en el sudeste de Misiones", en *Desarrollo Económico*, Vol.15, N° 58, Buenos Aires, pp.239-264.

BARTOLOMÉ, Leopoldo (1982), "Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975. Emergencia de un populismo agrario", en *Desarrollo Económico*, Vol.22, N° 85, Buenos Aires, pp. 25-56.

BENENCIA, Roberto y FLOOD, Carlos (comp.) (2005), *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina de los noventa*, CEDERU-La Colmena, Buenos Aires.

BENEVIDES PINHO, Diva (1997), *Evolución del pensamiento cooperativista*, Intercoop Editora Limitada, Buenos Aires.

BERGER, Matías (2009), "Formas de interacción y participación política en el proceso de organización del Movimiento Campesino de Formosa (MO-CAFOR)", *Tesis de Doctorado, FFyL, UBA*, Junio de 2009, Buenos Aires.

CARRICART, Pedro y ALBALADEJO, Christophe (2005), Reflexiones críticas sobre los espacios emergentes: las cooperativas agropecuarias y los espacios rurales en la región pampera argentina. Un estudio de caso en Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires, en Roberto Benencia y Carlos Flood (coord.) *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina de los noventa*, CEDERU-Editorial La Colmena, Buenos Aires, pp. 1-25.

COWAN ROS, Carlos (2008), "Mediação e conflito: lógicas de articulação entre agentes de promoção social e famílias camponesas, no norte da Província de Jujuy, Argentina", en Delma Pessanha Neves (org.), *Desenvolvimento social e mediadores políticos*, UFGRS, Porto Alegre, pp.99-128.

DE DIOS, Rubén (1998), "Políticas para la pequeña producción agropecuaria o el derecho a permanecer", en *Realidad Económica*, N°158, Buenos Aires, pp.120-133.

FERRARA, Francisco (1973), *¿Que son las ligas agrarias? Historia y documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires.

FERRARA, Francisco 2007, *Los de la Tierra: de las ligas agrarias a los movimientos campesinos*, Tinta Limón ediciones, Buenos Aires.

FOX, Jonathan (1996), "A política e as novas formas de organização camponesa na América Latina", en Zander Navarro (comp.), *Política, protesto e cidadania no campo*, UFRGS, Porto Alegre.

GALAFASSI, Guido (2006), "Producción y conflicto por la tierra en Formosa. Una primera aproximación a la crisis de los años setenta" en *Perfiles Latinoamericanos* n° 26, FLACSO, México, pp. 159-184.

GIARRACA, Norma (Comp.) (1994), *Acciones colectivas y organización cooperativa. Reflexiones y estudios de caso*, CEAL, Buenos Aires.

GIRBAL-BLACHA, Noemí (2003), *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1945-1955). Una interpretación histórica de sus decisiones político-económicas*, UNQ Buenos Aires.

GRAS, Carla (1994), "La cooperativa de tabacaleros de Tucumán", en Norma Giarraca (Comp.), *Acciones colectivas y organización cooperativa. Reflexiones y estudios de caso*, CEAL, Buenos Aires, pp.77-90.

HALL, Valeria (1994), "El caso 'Finca Palermo' en Salta: ¿el fracaso de una intervención estatal?", en Norma Giarraca (Comp.), *Acciones colectivas y organización cooperativa. Reflexiones y estudios de caso*, CEAL, Buenos Aires pp.124-140.

HEREDIA, Beatriz (1996), "Comunidade, Família, Política", en Márcio Palmeira y Moacir Goldman (comp.) *Antropologia, Voto e Representação Política*, Contracapa, Rio de Janeiro, pp.57-72.

HERMITTE, Esther (1977), "Grupo de trabajo sobre procesos de articulación social", en *Latin American Research Review*, Vol.12, N°2, pp.138-148.

Instituto Nacional de Economías Social (2007): *Censo de Información Económica de Cooperativas y Mutuales*, INAES, Buenos Aires

KUSCHNIR, Karina (2005), "Antropología da política: uma perspectiva brasileira", *Working paper Number CBS-64-05*, Centre for Brazilian Studies

of Oxford, Oxford. Acceso al texto completo: www.brazil.ox.ac.uk/__data/assets/.../Karina20Kuschnir2064.pdf, 15/07/2010

LATTUADA, Mario y RENOLD, Juan (2006), Modelos de cooperativas agrarias y capital social en el desarrollo rural, en Gabriela Olivera (comp.) *Cooperativismo agrario: instituciones, políticas públicas y procesos históricos*, Ferreyra Editor, Córdoba, pp.

LOMBARDO, Patricia y TORT, María Isabel (2007), "Cooperativas en conflicto: el capital social hace la diferencia? Estudios de caso", *Revista Facultad de Agronomía*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires pp.

MATEO, Graciela y OLIVERA, Gabriela (2006), Corporaciones agrarias y cooperativismo en la Argentina peronista (1946-1955), en Gabriela Olivera (comp.), *Cooperativismo agrario: instituciones, políticas públicas y procesos históricos*, Ferreyra Editor, Córdoba, pp.

NAVARRO, Zander (1996), "Democracia, ciudadanía e representacao: os movimentos sociais rurais no estado de Río Grande do Sul, Brasil, 1978-1990", en Zander Navarro (comp.), *Política, protesto e cidadania no campo*, UFRGS, Porto Alegre, pp.62-105.

NEIMAN, Guillermo (2009), *Desarrollo rural y cooperativismo: desafíos, oportunidades y estrategias*, FAO, Buenos Aires.

NEIMAN, Guillermo y BERGER, Matías (2009), "La "vía asociativa" en la constitución de nuevas organizaciones rurales en la Argentina. Características y límites", en Jacione Almeida y Joao Armando Dessimon Machado (org.), *Desarrollo rural en el cono sur*, Associcao Holos Meio Ambiente e Desenvolvimento, Porto Alegre, pp.188-216.

NEIMAN, Guillermo; BERGER, Matías, ARROÑADE, Sofía; FABIO, Francisco; KAROL, Ana; MINGO, Elena y Melina Neiman, (2006), "Diversidad en las formas de representación de intereses entre organizaciones de pequeños productores del agro argentino: base social, reivindicaciones y articulaciones", en Mabel Manzanal, Guillermo Neiman y Mario Lattuada (comp.), *El desarrollo rural en su perspectiva institucional y territorial*, Editorial CICCUS, Buenos Aires, pp.177-210.

PALMEIRA, Moacir (1992), "Voto: racionalidade ou significado?", en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, N° 20, pp.26-30.

PALMEIRA, Moacir y HEREDIA, Beatriz (1997), "Política Ambigua", en Patricia Birman, Regina Novaes y Samira Crespo (org.) *O Mal à Brasileira*, UERJ, Rio de Janeiro, pp. 159-184.

QUIRÓS, Julieta (2006), *Cruzando la Sarmiento: Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*, Antropofagia, Buenos Aires.

QUIRÓS, Julieta (2008), Piqueteros y peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular, en *Cuadernos de Antropología Social*, N°27, FFyL-UBA, Buenos Aires, pp.113-131.

RODRÍGUEZ BILELLA, Pablo (2005), "Trayectorias asociativas en el marco de los programas de desarrollo rural: un análisis desde los actores", en Roberto Benencia y Juan Flood (comp.), *Trayectorias y contextos. Organizaciones Rurales en la Argentina de los noventa*, CEDERU-La Colmena, Buenos Aires, pp.243-270.

ROSATO, Ana y BALBI, Fernando (eds) (2003), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Editorial Antropofagia, Buenos Aires.

ROSATO, Ana. y QUIRÓS, Julieta (2004), "De militantes y militancia: el trabajo de dos partidos políticos en las elecciones legislativas de 2001 en Argentina", en Carla Teixeira e Christine Chaves (comp), *Coletânea Espaços e Tempos da Política*, Relume & Dumará, Brasília, pp. 47-66.

ROZÉ, Jorge (1992), *Conflictos agrarios en la Argentina, el proceso liguista (1 y 2)*, CEAL, Buenos Aires.

SCHIAVONI et al (2006), "Desarrollo rural alternativo: las relaciones entre el estado, las ONG's y los productores en la provincia de Misiones (Argentina)", en Mabel Manzanal, Guillermo Neiman y Mario Lattuada (comp.), *El desarrollo rural en su perspectiva institucional y territorial*, Editorial CIC-CUS, Buenos Aires, pp.251-268.

SCHIAVONI, Gabriela (2002), "Organizaciones agrarias y constitución de categorías sociales. Plantadores y campesinos en el nordeste de Misiones." en *Estudios Regionales*, N°20, Posadas, pp.7-21.

Capítulo 4

Las manos, los saberes, las máquinas. Un análisis sobre la organización del trabajo en los elencos productivos de fábricas recuperadas

Florencia Partenio

Introducción

Las condiciones de posibilidad para el sostenimiento, continuidad y expansión de las fábricas recuperadas se presentan como uno de los interrogantes claves a la hora de analizar el potencial de estos espacios productivos que funcionan –en su mayoría– como cooperativas de trabajo. Más allá de las condiciones formales que impone esta figura, interesa analizar la forma que asume la gestión colectiva de estas fábricas y la participación de los trabajadores y trabajadoras en la misma, la cual presenta una serie heterogénea de desafíos, tales como las funciones de dirección/conducción, las tareas de planificación, la asignación de “responsabilidades”, la distribución de excedentes, la construcción de vínculos con otros actores sociales, la regulación de los conflictos, la selección de personal y/o de nuevos/as asociados/as a la cooperativa.

En este marco, la jornada laboral se vio modificada en diferentes aspectos que incluyeron: los tipos de tareas y actividades desarrolladas; los ritmos y tiempos de trabajo; la forma de habitar la fábrica y el tránsito entre ésta y los hogares de las/os trabajadoras/es (Partenio y Fernández Álvarez, 2007). En referencia a ello, los/as trabajadores/as debieron asumir tareas “tradicionales” del proceso de trabajo industrial y actividades nuevas o “desconocidas”, es decir, aquellas que permiten poner en marcha la línea de producción y aquellas que constituyen la condición de posibilidad del sostenimiento de la unidad productiva (por ejemplo, obtener la

ley de expropiación, realizar trámites ante organismos estatales, negociar con clientes y proveedores, etc.)¹. Esta situación plantea una serie de interrogantes en referencia a la distribución de estas tareas, atribuciones y funciones que posibilitan la gestión cotidiana del trabajo.

En cuanto a la reflexión sobre la asignación de tareas en el proceso de trabajo y funciones dentro de las cooperativas se ha planteado una serie de preguntas en torno a las cuestiones que puedan dificultar la construcción de “nuevas” relaciones de cooperación –interna y externa– y a la posible expansión de estos procesos “en una escala ampliada” (Rebón, 2007: 146). También se ha destacado que, si bien se registran procesos de “recalificación” y ascenso a puestos de trabajo con “calificaciones operativas”, la división del trabajo no ha sido problematizada como “forma de producción y reproducción de desigualdades”, salvo en las escasas excepciones en las cuales se ha implementado la rotación de tareas (Ibídem). En sintonía con esta mirada, también se ha abordado la cuestión del “pasaje de una subjetividad asalariada” a “una subjetividad autogestionaria”, dificultada por la tendencial separación entre el grupo de trabajadores del sector de producción y el Consejo de Administración de la cooperativa –principalmente centrado en la figura del “presidente”– (Hudson, 2008). Estos últimos son quienes despliegan e incorporan “nuevos saberes y responsabilidades”. En este sentido, la “principal limitación” no proviene de la “jerarquización” en sí misma, sino de la “coagulación de la jerarquía” en el sector que asume “la gestión global” de la empresa (Hudson, 2007). Asimismo, se ha formulado el interrogante acerca de la potencialidad de estas experiencias para “proveer un ámbito de reconfiguración de vínculos sociales y de integración laboral” (Wyczykier, 2009: 246).

Aunque destacamos el interés que suscitan muchas de estas preguntas, observamos la permanencia de un análisis en términos de lenguaje de clase neutro, y/o impermeable a la composición genérica y sexuada de los elencos productivos y de la estructura organizativa. Frente a esto recuperamos los aportes de Smith (1987) quien señala las deficiencias de los enfoques centrados en la sociología organizativa para responder a los interrogantes sobre las prácticas laborales cotidianas. Y más específicamente, en lo que se refiere al requerimiento de calificaciones y la circulación de saberes en la organización del trabajo industrial (Cockburn, 1983; Roldán, 1993; Barrancos, 1996).

¹ Para comprender el alcance de estos desafíos, cabe tener en cuenta que, en la mayoría de los casos, quienes llevaron adelante la recuperación se encontraban empleados/as como operarios/as y en menor medida como empleados/as administrativos/as, de ventas y técnicos/as (Fernández Álvarez, 2007; Rebón, 2007; Hudson, 2007).

Es por ello que en este artículo nos preguntamos cuáles son las formas que asume la organización del trabajo a partir de la recuperación, centrando el análisis en los criterios movilizados en torno al nombramiento y asignación de tareas en el proceso de trabajo y funciones dentro de las cooperativas, considerando las formas en que son acreditados los saberes y conocimientos “necesarios” para la gestión cotidiana.

De este modo, nuestras preguntas nos reenvían al análisis de las dinámicas organizativas, las prácticas, la construcción de relaciones sociales y la redefinición de las formas de poder, entre ellas, las basadas en la diferencia sexual (Scott, 1988), considerando la temporalidad de los procesos de recuperación y la historia de estas fábricas. Para analizar las prácticas cotidianas de gestión de la producción consideraremos la *generización* de estos espacios de trabajo, como un proceso activo tanto en los puestos de trabajo como de quienes los realizan (Cockburn, 1983; 1988). En sintonía con estos análisis, el título de nuestro artículo reedita los términos que utiliza la antropóloga italiana Paola Tabet en su ensayo “Las manos, los instrumentos, las armas”² y vuelve sobre esta idea que plantea la autora con respecto a la desigual división del trabajo por género, cuyo fundamento se encuentra en un “acceso diferenciado” al equipamiento técnico y a los conocimientos, los cuales se traducen en condiciones que sostienen la dominación y subalternización.

En referencia a las prácticas de gestión del trabajo, se analizan los soportes sobre los cuales se recrean nuevas divisiones del trabajo por género, o bien, se construyen y asignan lugares basados en la *generización* y *sexualización* de los/as integrantes de una cooperativa (Oerton, 1996). En este sentido, consideramos importante explorar estas prácticas en vinculación con las narraciones que las autorizan. De acuerdo con Polkinghorne (1988), en estas narraciones predominan distintos marcadores que señalan la posición de cada uno/a de los/as trabajadores/as y de los actores intervinientes en un espacio social organizado a partir de juicios de valor y clasificaciones que organizan las interacciones entre ellos/as mismos/as. En este punto recuperamos el concepto de *economías de la grandeza* propuesto por Luc Boltanski y Laurent Thévenot (1991), como herramienta que nos permite interpretar los modos en que se *justifican* las normas que regulan

² Es importante señalar que su trabajo se refiere a la organización y cambios en las sociedades agrícolas. Su estudio demuestra que -contrariamente a lo que pretende cierta literatura proveniente de la antropología a partir del trabajo de Engels (1884)- la división sexual del trabajo en las sociedades de caza y recolección “frecuentemente” definida bajo “relación de complementariedad” con “reciprocidad de deberes”, no eran más igualitarias respecto al sexo que las sociedades agrícolas (Tabet, 1979).

las prácticas en un espacio social dado³. De acuerdo con estos autores, dentro de cada orden dado se suscitan una serie de pugnas⁴ surgidas por las *estrategias de justificación* a las que cada persona recurre para acreditar su lugar en un orden de la escala de grandezas presente en cada situación. En cuanto a las disputas, es importante remarcar que responden al orden de la argumentación, por ello el acuerdo no se realiza sin discusión, y el *bien legítimo común* se busca bajo una pluralidad de principios. Por ello, como veremos a continuación, la estrategia metodológica utilizada privilegia tanto la observación como el análisis de las narraciones en el marco de las cuales se expresan tales pugnas.

Este trabajo se basa en los resultados de la investigación cualitativa iniciada a fines del 2002 tanto en el ámbito de la ciudad como en la provincia de Buenos Aires. Las técnicas de recolección de información utilizadas fueron la entrevista en profundidad y la observación participante en el proceso de trabajo, en desayunos y almuerzos en el lugar de trabajo, en “encuentros de fábricas recuperadas”, movilizaciones, ferias y exposición de sus productos. Las reflexiones del presente artículo se sitúan en uno de los casos de estudio, perteneciente a la rama textil.

1. La organización del trabajo en perspectiva: jerarquías, tareas y saberes

Tejedurías del Sur⁵ inicia sus actividades dedicadas al tejido de punto a fines de la década del 60. La fábrica consiguió la licencia en marcas “líderes” del mercado internacional y esto le permitió expandirse y volverse “una referencia”. Al igual que otras empresas del rubro, durante la década del 90 se vio expuesta al dilema entre integrar las diversas fases de su

³ En referencia a ello, nos ha resultado muy sugerente el estudio de Cecilia Cross (2008) sobre los procesos de vinculación política en organizaciones territoriales del AMBA (Área Metropolitana de Buenos Aires), en el cual la autora retoma la categoría de *economías de la grandeza* e indaga en las biografías de sus participantes para mostrar cómo han construido sus referencias valorativas en relación con las diversas escalas que regulaban los espacios en los que desempeñaban sus diferentes roles, tanto como participantes de una expresión política, como padres/madres, hijos/as, trabajadores/as, etcétera.

⁴ Las “pugnas”, entendidas en términos de disputas, se dan entre pruebas de calificación en el cual “la prueba es siempre de fuerza, es decir, el acontecimiento en el transcurso del cual los seres, midiéndose muestran de lo que son capaces e incluso, a un nivel más profundo, de qué están hechos” (Boltanski y Chiapello, 2002: 41).

⁵ Tanto el nombre de la empresa como el de los/as entrevistados/as han sido modificados.

producción o tercerizarlas. En este contexto, tuvieron lugar diversas reestructuraciones orientadas a mejorar la competitividad, por ejemplo la incorporación del diseño asistido por computadora (CAD), frente a la brusca apertura de importaciones (Barbero y Felder, 2009).

A pesar de que esta estrategia fue eficaz hasta mediados de los 90, cuando “eran los únicos que habían quedado en pie” en la zona, a fines de esa década ya se manifestaban diferentes síntomas de crisis, como el “levantamiento de las horas extras”, las suspensiones de personal, el atraso en el pago de salarios, el “achicamiento” de secciones, la venta de algunas máquinas y el prendamiento de otras consideradas “importantes”. A fines de 2001 la empresa, que había entrado en concurso de acreedores, despidió en tandas a su plantel y cerró sus puertas.

El proceso de recuperación comenzó unos meses después cuando un grupo de ex trabajadoras/es comienza a reunirse para “buscar una forma” de volver a la fábrica. Luego de realizar un acuerdo con el juez a cargo, ingresaron en la planta y comenzaron a trabajar como cooperativa de trabajo⁶.

Mientras la fábrica funcionó bajo la administración de la patronal, la organización socio-técnica del trabajo se organizaba sobre la base de estas reglas: dentro de cada piso había marcadas divisiones que correspondían a las etapas del proceso de trabajo, configurándose sectores mayoritariamente masculinos o predominantemente femeninos según la concentración de operarios/as. Cada trabajador/a tenía asignado un puesto fijo y la circulación entre sectores era muy reducida. Según una trabajadora: “a otro sector no podías cruzar porque no tenías nada que hacer...”

El proceso de trabajo se iniciaba en el depósito de “tortas” de avíos e hilados. Aquí se seleccionaba el hilado que sería preparado en el “sector de devanado y enconado”, en el cual las “tortas” se pasaban a “conos”. Desde las enconadoras se realizaban tareas encaminadas a eliminar puntos finos y gruesos del hilado; permitiendo que el cono fuera devanado con más facilidad. Históricamente, las tareas de este sector fueron asignadas a operarias mujeres, aunque en la última etapa se “intentara” incorporar operarios jóvenes en el “turno noche”, cosa que “no funcionó”.

El proceso continuaba en la “sección de tejeduría”, donde los conos se dividían de acuerdo al tipo de tejido requerido. Desde los inicios, esta sección requirió altas calificaciones y permitió el acceso a salarios elevados, siendo ocupada mayoritariamente por maquinistas varones. A las trabajadoras mujeres sólo se les asignaban tareas de “revisado” de los paños.

⁶ Tanto la historia de la empresa y su inscripción territorial como la descripción detallada del proceso de recuperación pueden consultarse en: Partenio, 2010.

Estos paños eran luego llevados a la “mesa de corte”, “área” en la que se trabajaba con los diseños y la moldería provistas por las empresas compradoras siendo las principales funciones asegurar la “progresión” de talles y efectuar el “tizado” para obtener el mejor “rinde” de la tela. En este sector trabajaban varones y algunas operarias.

En el “sector de confección” se encontraban únicamente trabajadoras mujeres. Los puestos de trabajo se diferenciaban según fueran tareas de “costura”, “remallado” para “pegar cuellos” y “trabajos a mano”. En las tareas de costura, los puestos con mayor calificación eran aquellos que suponían el manejo de máquinas para el “overlockeado”, a diferencia de las “máquinas rectas” y “tapa costura”.

En el sector “terminación a mano”, se realizaban tareas encomendadas a operarias tales como la revisión de las prendas para detectar fallas, y el zurcido a mano de las marcas. Posteriormente se pasaba por la “sección de lavadero” para lavar y secar la prenda, midiendo el encogimiento de la misma, continuando el proceso en el “sector planchado”, en donde se operaban planchas con vaporizador.

Aquellas prendas que llevaban inscripciones, pasaban al “sector de bordado” y las otras iban directamente a la sección de “terminación de prenda”. En esta “mesa de revisado” las tareas eran desempeñadas por trabajadoras que “medían” y terminaban con la colocación de etiquetas, talles y botones en las prendas. Finalmente embolsaban y destinaban al “depósito de prendas”.

Bajo esta forma de organización dentro del espacio fabril, la división socio-técnica se fue entrelazando con la división genérica del trabajo, en la cual “cada instancia de organización del trabajo experimenta de este modo un proceso de ‘generización’, es decir de masculinización o feminización asimétrica” (Roldán, 2000: 63).

A partir de la recuperación de la fábrica, la organización del trabajo estuvo sujeta a dos condicionantes: por un lado, restablecer el funcionamiento de las máquinas que estaban fuera de actividad, habían sido “desguazadas”, o estaban “prendadas” por entidades bancarias; por otro, reconectar la totalidad de servicios que garanticen el funcionamiento por sectores (calderas, energía eléctrica, etc.). En este contexto, es importante señalar que quienes llevaron adelante la recuperación se encontraban empleadas/os en su totalidad como operarias/os, pero no se sumaron sectores de mantenimiento y técnicos. En referencia a la gestión, se observa que la “desaparición” de puestos jerárquicos, cargos administrativos y comerciales junto con la reducción del número de trabajadoras/es, implicaron reiniciar la producción “cubriendo” otras actividades como las de administración y “planeamiento” lo cual se tradujo en la multiplicación de tareas realizadas por algunos/as de ellos/as.

Bajo estas condiciones, el proceso de trabajo se puso en marcha considerando que la posibilidad de rotación en algunos sectores presentaba una complejidad diferente. Esta fue la situación que nos comentaba una trabajadora para la sección de tejeduría o “bordado”: “porque somos los justos y hay ciertos sectores, o ciertos trabajos que vos tenés que tener la experiencia... qué sé yo: poner una máquina en funcionamiento y si no la conoces puede ser muy grave... Ya sea rotura de máquinas, rotura de repuestos, o... que tejas mal”.

Como hemos analizado en otros casos, la forma que adquiere la organización del trabajo incide en la composición de la jornada laboral. Esta situación requiere ser pensada atendiendo a dos cuestiones. Por un lado, el carácter que asume el proceso de trabajo implica analizar la relación entre producción y gestión de la fábrica. En este sentido, la “jornada” pasó de ser un ejercicio de tareas realizadas en horarios fijos y acotados, para incluir nuevas actividades desempeñadas dentro y fuera de la fábrica, que -en muchas oportunidades- se extienden una vez finalizado el horario destinado a la producción (Partenio y Fernández Álvarez, 2007). Por otro lado, al momento de asignar la distribución de estas tareas, atribuciones y funciones en la producción y administración de la cooperativa, se puso en juego una serie de criterios que, a su vez, fueron variando a lo largo de las etapas que atravesó la gestión de la fábrica. Veremos entonces cuáles fueron esos criterios y pruebas que acreditaron lugares y funciones.

2. ¿Unos administran y otros producen? El trabajo luego de la recuperación

Para comprender la estructuración del proceso de trabajo luego de la recuperación, indagaré los criterios y pruebas que se pusieron en juego en la asignación y distribución de tareas, atribuciones y funciones entre los/as trabajadores/as. En referencia a ello, este análisis se efectúa incorporando una mirada retrospectiva sobre la organización del trabajo en esta fábrica y la composición de su elenco productivo para comprender la asignación de puestos dotados de un valor diferencial per se, como por su relación con el control, acceso y disposición de saberes y artefactos⁷. En tal sentido, se reconstruyen las prácticas consideradas adecuadas por parte de las/os trabajadoras/es para asignar funciones en las instancias de “producción”

⁷ Utilizamos el término “artefacto”, en el sentido propuesto por Judy Wajcman (1991) cuando se refiere a las máquinas como aquellas que están conformadas por relaciones, significados e identidades de género.

y “administración”, teniendo en cuenta que esta última incluye tareas que implican “tratar” con proveedores y clientes, asistir a “encuentros” de fábricas, reunirse con funcionarios públicos, gestionar subsidios, etcétera.

Desde este enfoque, resulta posible identificar dos etapas en la gestión de la fábrica. La primera comprende los tres años iniciales en los que adquirieron preponderancia las acciones orientadas a “lograr la recuperación”. La segunda etapa se inicia con la elección de un nuevo Consejo de Administración (CA), que ha sido renovado en la última votación, a partir del cual se repuso la especialización de las áreas de producción y administración.

En la primera etapa las tareas administrativas eran sumamente valoradas por quienes permanecían trabajando en tareas de “producción”. Este reconocimiento se evidenciaba en expresiones que resaltaban las actividades del primer CA en que: “había que moverse de un lado al otro”, “esperar horas y horas” a un funcionario, “salían a golpear puertas”, “ir a todos lados”, “asesorarse”.

Dado que, en un primer momento, cada quién conservó su “puesto antiguo” y considerando que quienes participaron en la recuperación eran predominantemente operarios/as, el desempeño de actividades de “administración”, sometidas a los vaivenes propios de la inestabilidad inicial (legal, financiera, productiva), exigían polivalencia de parte de quienes las ejercieron. A medida que fue posible “reincorporar compañeros/as”, entre los/as cuales se convocó a trabajadores varones que habían cumplido funciones de “mantenimiento” y de “planeamiento” de producción, este modelo de organización se fue modificando⁸. Asimismo, se fue efectuando un proceso de rotación y capacitación en distintas tareas, como en el caso de algunos trabajadores varones que realizaban “tareas generales” quienes se insertaron en la “sección de tejeduría”, aprendiendo a manejar maquinarias computarizadas.

También algunas trabajadoras comenzaron a asumir nuevos roles, lo que posteriormente se tradujo en una serie de logros. Este fue el caso de Clara y Silvana que asumieron tareas como la “organización” de la confección y el “planeamiento”.

Bajo la “administración” del nuevo CA se inició la segunda etapa. Un grupo de trabajadoras fue elegido para ocupar los cargos de la presidencia, secretaría y tesorería. Esta segunda etapa se caracteriza por articular

⁸ Durante la primera etapa también se incorporan familiares de los trabajadores/as que desempeñan “tareas generales” y algunos “dan una mano” con conocimientos en computación.

el *trabajo hacia afuera*, programando el *trabajo hacia adentro*, esto es, darle un lugar propio a las funciones de “administración”, “comercialización” y “planeamiento” de producción. Así lo explicaba Silvana, nueva presidenta de la cooperativa y responsable del “planeamiento”:

[H]asta que se entendió la importancia que tiene la administración... Porque *no era muy entendible, como que están sentadas ahí adentro* [se refiere a las oficinas] *y eso no es productivo*⁹. Pero bueno, hubo un momento que tuvimos que entender que eso es necesario. Es necesario tener archivos, tener carpetas, llevar libros [contables]... todo como corresponde

Desde ese nuevo cargo, Silvana reconoce que “una se crea más responsabilidades”, porque coordina “órdenes de producción”, tareas que forman parte del “planeamiento”, “atiende” a los clientes, así como actividades propias del cargo de presidenta como “tareas de lo que es el INAES”, “bancos”, “inversiones” en maquinarias o en infraestructura.

A pesar de la reelección de las integrantes del CA, luego de la última elección se recrearon disputas en torno a la ocupación de esos cargos, que proporcionaron un corpus de argumentos configurado a partir del tipo de justificaciones que cada uno/a empleaba. En este escenario, la reelección de “una mujer” en la función de presidencia no era un condimento menor, aunque su visibilidad fuera borrosa.

La votación es una de las escenas –pero no la única– donde se vuelven a poner en juego los criterios de *grandeza* atribuidos, ya que las “asambleas” se presentan como un escenario cotidiano para la acreditación de los mismos. En este caso, las pruebas consideradas adecuadas para la atribución de una función se movieron principalmente en dos ejes de argumentación. Por un lado, la valoración por la participación en los tiempos iniciales de la cooperativa. Por otro, la acreditación validada a partir de un saber-hacer fundado en una práctica de “administración” basada en la prolijidad, la planificación y en el “saber anticiparse”; práctica demostrada en una consecución de logros conseguidos para el “progreso” de la cooperativa¹⁰, aunque no reconocidos por todo el elenco. Así lo expresaba una de las integrantes del CA: “Las cosas se demuestran con hechos, todos los días, de hecho se fue demostrando como se organizó, como se emprolijó todo.”

⁹ El resaltado en las entrevistas es mío.

¹⁰ La alusión constante al “progreso” de la cooperativa se concreta en una serie de logros. Entre estos, la “producción propia” se vuelve –en lo inmediato– una necesidad y –en el proyecto futuro– un “sueño” de muchos/as de los/as integrantes de la cooperativa.

En cuanto a la función de “planeamiento”, es una “responsabilidad” validada no sólo en la organización cotidiana del proceso de producción sino en la programación y administración de recursos para saldar los tiempos de baja producción signados por las variaciones estacionales propias del sector. Este objetivo que se propone desde el CA, se completa cuando se logra combinar las obligaciones del “trabajo a *façon*” con la proyección de “la producción propia”, sin interrumpir el retiro de ingresos de todos/as los/as socios/as de la cooperativa. Bajo estas condiciones se fue construyendo una división operativa que excede lo que se conoce como una mera administración de los recursos y que se vincula más con la valoración de una práctica de gestión.

3. “Te das cuenta cuando una persona conoce ¿no?”: narraciones en tensión

Una de las principales dificultades surgidas en la etapa inicial se vinculaba con la posibilidad de “cubrir” los puestos de la línea de producción sin perder la “calidad” en los productos. El hecho de “responder” a los mismos clientes con la “calidad que ya conocían” constituía una condición primordial y un objetivo central para la cooperativa. En ese contexto, no se trataba solamente de trabajar con “rapidez” porque se “empezaban a hacer trabajos y con el apuro... salían mal, los entregábamos y nos venían de nuevo... los devolvían” (Clara, 39 años, trabajadora del sector de confección).

Enmarcados en un contexto de precariedad económica, los distintos relatos de la primera etapa manifestaban la necesidad de “organizar” los horarios destinados a la producción, tratando –como nos explicaba una trabajadora- de “no cortar” porque “somos un eslabón de una cadena”. Trabajaban entre 14 y 15 horas por día, venían “hasta los domingos” y era “muy poco” lo que se llevaban a sus hogares. Durante ese primer tiempo, algunos/as por “desesperación”, buscaron otra opción laboral, entre ellos quienes habían sido convocados para funciones “clave” como el “planeamiento”.

A partir de la segunda etapa, se redefine la distribución de algunas tareas dentro del elenco productivo, al tiempo que se requiere la incorporación de nuevos/as integrantes con ciertas calificaciones. Bajo estas condiciones podríamos identificar al menos dos situaciones presentadas, donde se ponen en juego las pruebas consideradas adecuadas para la atribución de una función.

La primera de ellas se vincula con la incorporación de la figura de “cabezas de sector”, a cargo de tareas organizativas en coordinación con la función de “planeamiento” general de la producción. Esta figura funciona implícitamente porque “no son nombrados formalmente” sino que “sólo

se pronuncia" su obligación dentro de la sección y en acuerdo con el resto de los/as socios/as. En la práctica, la adjudicación de esta tarea se efectuó desde *estrategias de justificación* asentadas sobre la valoración del "oficio" considerando -principalmente- la capacidad organizativa, más allá de la "antigüedad" en la fábrica.

Para Silvana -presidenta y responsable del "planeamiento"- la capacidad organizativa de estas "cabezas de sector" está asociada fundamentalmente con "la habilidad para que pueda ir resolviendo los problemas" e "ir viendo los canales más rápidos" para las cuestiones que se presentan.

Veamos entonces como Pablo y Clara, desde dos puestos diferentes, "organizan el trabajo" dentro de su sección. Pablo, tiene 36 años y aunque no terminó el secundario "industrial", se "formó" desde los 20 años en fábricas del rubro textil. Comentaba que "aprendió el oficio" entrando como "aprendiz", "y al poco tiempo le fui agarrando la mano [...] llegué a la categoría máxima. *Me resultó fácil porque me gustaba principalmente, ¿no?* [...] Hoy en día... esto se va transmitiendo... porque no hay dónde ir a estudiar esto".

En Tejedurías del Sur ingresó en el puesto de tejedor y luego de pasar distintas pruebas comprobaron sus destrezas porque, "te das cuenta cuando una persona conoce, ¿no?". Aunque sabía "programación" de máquinas, no lo llegó a aplicar en la empresa que cerró sus puertas cuando llevaba cerca de 5 años trabajando ahí. Sin embargo, considera que el conocimiento se demuestra acompañando la ejecución de la tarea con la supervisión porque es un trabajo que "tenés que estar full time con la cabeza, porque un error que cometés... que puede ser tonto quizás... pero puede ocasionar pérdidas terribles"; pero también reconoce que "volvió a los libros", a "refrescar" conocimientos de programación y "ahora hay cosas que, conozco tanto a la máquina, que las hago con los ojos cerrados...". Durante un período en el cual se incrementó la producción, cumplió su función en el turno noche de tejeduría.

En el caso de Clara, su relato incorpora una singularidad en lo que se refiere al trabajo de confección del tejido de punto. Esto la lleva a marcar una diferencia entre "saber el oficio" y "coser en máquina". Clara tiene 39 años, tenía 11 años de antigüedad en Tejedurías del Sur, pero dice que "hace como 20 años" - que está "frente a la máquina", desde que tuvo la oportunidad de emplearse en un taller. Reconoce que "*si pudiera estar en lo que yo estudié más de lleno... me gustaría más, pero bueno... es lo que se fue dando*", entre la crianza de sus hijos/as y los "problemas de trabajo". Entre sus proyectos está presente que "en algún momento" pueda finalizar la licenciatura en economía.

La confección de las prendas de punto es "muy diferente" al trabajo al cual estaba acostumbrada con máquinas overlock "en telas rígidas... o

sea, de remeritas, de pantalones..." que realizaba en talleres. En cambio, "el tejido de punto es más bien artesanal" no es cuestión de "poner la máquina y pisarla... ¡Acá no se puede hacer eso!", aunque "sepas manejar la overlock". Dentro del "sector de confección", Clara ocupa el mismo puesto que antes, pero, como nos explicaba:

[E]s más cargado ahora porque tengo... el tema del trabajo, si hay un problema, ¿viste? tengo que ir para allá, distribuir el trabajo. Tengo que ver que la gente... que las chicas, que todas las chicas tengan el trabajo... Claro, de este sector o cuando hay que pasar para el otro lado también... [al "sector de lavado"] ver que las prendas tienen que estar en fecha... y todo eso... Vos tenés que ir organizando toda esa cadena...

En ambos casos, la valoración cobra una especial relevancia en un contexto que es caracterizado por la extinción de "oficios". Sin embargo, aunque Pablo y Clara resalten sus conocimientos sobre un saber "especializado" "que se perdió", no expresan la misma satisfacción por la realización de su trabajo. Volveremos sobre este punto al final del apartado.

Otra expresión de las formas de *justificación* se encuentra en los criterios puestos en juego por las/os trabajadoras/es que validaron su lugar a partir de remarcar la "responsabilidad" y el "trabajo a conciencia", como reglas que transmiten cotidianamente a los/as "compañeros".

El primer caso es el de Luisa que tiene 63 años, está jubilada y se desempeña en el "sector de devanado y enconado". Terminó la primaria y desde ahí empezó a trabajar. En la década del 60 encontró empleo en distintas fábricas textiles y a principios de los 80 ingresó en Tejedurías del Sur en ese mismo sector: "era responsable de todo, como soy acá, como soy en todos lados [...] Y eso es lo que yo inculco a todos, la responsabilidad". Su puesto era –y es– un nexo entre las "órdenes de producción" que provienen del depósito de materias primas y la tejeduría. En su relato se evidencian ciertas continuidades con la forma de asumir las tareas asignadas durante la época en que trabajaba en la empresa: "los encargados eran muy atropellados [...] no se organizaban y de repente vos tenías todo el trabajo atrasado [...] te volvían loca [...] Yo empecé a trabajar tranquila y bien desde que Silvana vino al depósito [se refiere a la "coordinación" del depósito de hilados y avíos] cambió todo... el día y la noche. Y bueno así, como ser ahora... [...] Ahí organicé yo. Y ahí se terminó la historia".

Esta "responsabilidad" que Luisa "inculca" a sus compañeros/as es recreada a partir de expresiones que forman parte de la dinámica cotidiana de su labor: "ahora uno hace de todo, de todo, ¿viste? Organizar todo, limpio, ponerle, yo ando atrás siempre de todo. Porque sino no va, tenés que estar encima de mucha gente. Uno quisiera cambiar un poco la mentalidad de... pero cuesta... [...] Aunque después me digan ¡esta vieja hincha! [se

ría]". Sin embargo, es importante señalar que esta forma de trabajo que Luisa "inculca" se construye en los tiempos de la administración patronal, y se reedita en la organización de la cooperativa que intentan con Silvana, la actual presidenta y responsable del "planeamiento" de la producción.

El segundo caso es el de Rafael, de 47 años y tejedor desde hace más de 20. Cuando termina la escuela primaria, ingresa a los 15 años en una fábrica de calzados, y desde ahí "siempre" estuvo "en el rubro". En la cooperativa ocupa el mismo puesto y "con las mismas máquinas...", aunque reconoce que trabaja "con menos presión... y con mayor responsabilidad". Su validación se manifiesta a partir de su capacidad de trabajo y su compromiso: "no necesito que alguien me diga: 'tenés que hacer esto', 'arreglá esto...' Lo tengo que saber yo conscientemente... y lo hablamos entre nosotros...". En cuanto a las complicaciones que suelen surgir en tejeduría sucede "que las prendas tienen cada talle por medida... y eso es un tema que todos los días hay que sacar medida de los talles... y que a veces se van de medida. A veces discutimos por esos temas... porque salen muchas prendas fuera de medida...". Pero, al mismo tiempo, considera que es cuestión de "encontrar las formas de decir las cosas", hay que "aprender a compartir y a no querer priorizar la idea de uno". En ocasiones, estas fallas implican quedarse más allá del horario habitual "para terminar los paños" y "postergar otras cosas", y esto es lo que trata de transmitirles a sus "compañeros" de su sección, aunque a veces no reaccionen como él lo espera.

Los criterios puestos en juego para la distribución de estas funciones valorizaron tanto la trayectoria en el sector como la capacidad organizativa y la "responsabilidad". Aunque estos criterios fueron "pronunciados" en "asamblea" y acordados como parte de las "necesidades" del proceso de trabajo, se fueron evidenciando una serie de tensiones en esta forma de organización del trabajo, expresada en una compleja relación entre diversas escalas valorativas. La valorización del "oficio" y el "reconocimiento" de las funciones, tensaron –en términos de Boltanski y Chiapello (2002)– las pruebas que justificaban los lugares asignados entre trabajadores –con una larga trayectoria en ciertas secciones– y las trabajadoras con responsabilidades organizativas. Una expresión de estas tensiones se puso en evidencia en las "asambleas" y en las "reuniones de producción" como un escenario que se vuelve propicio para la acreditación de saberes y la aprobación de propuestas. En referencia a ello una de las trabajadoras nos comentaba:

Porque muchas veces si es una decisión que la dice una de las compañeras... porque depende de los temas, ¿no? Y por más que digan que es una decisión o un pensamiento de una mujer, pero si vos ves que es bueno y que te va a servir por más que lo diga una mujer... vos... ¡pensalo vos igual!, si te sirve, no te importa quien lo diga... es tuyo esto [se refiere a la cooperativa]. Porque si lo

estamos diciendo y se está queriendo hacer... es para bien, no es para mal. Los hombres son muy machistas y dicen: '¡ah, no, estas son cosas de mujeres!'... y a veces algunos no acompañan.

En cuanto a esta escena, resulta interesante volver sobre este núcleo de conflicto-acuerdo entre el lugar acreditado a partir de "saber el oficio" y "organizar el trabajo", como cierta investidura que habilita la instalación de propuestas que definan el rumbo de la cooperativa y quien/es *autorizan* dicha propuesta. En este punto, las propuestas codificadas como femeninas pueden ser desatendidas o des/conocidas en el juego de posibilidades planteadas.

La segunda situación es evidenciada a partir de la distribución de lugares considerados masculinos o femeninos, donde intentaremos advertir las representaciones de género que operan para reproducir o modificar la asignación de los mismos.

Como analizamos en el primer tramo del artículo, Tejedurías del Sur no fue la excepción de otras empresas de la rama, repitiendo un esquema de asignación de tareas y de segregación de espacios organizado de acuerdo a la diferencia sexual de sus trabajadores/as. Efectivamente, los patrones empleaban exclusivamente trabajadores para las tareas de "tejeduría", "depósitos de hilados" y "de prendas", "mantenimiento" y mantenían sectores "mixtos" como el "área de corte" y el "lavadero". En el caso del "sector de confección" siempre se empleaba a mujeres, aunque algunas trabajadoras reconozcan que "en otras fábricas" había varones que cosían. En cuanto a la totalidad del plantel, las trabajadoras mujeres eran la mayoría. Según Pablo "normalmente en estas empresas es así" y, refiriéndose a la cooperativa, nos comenta: "acá sigue siendo así".

Siguiendo esta expresión, nos interesa reconstruir aquellas escenas en las cuales estos lugares son avalados o puestos en cuestión, considerando sus continuidades. Una de esas escenas es la que se recrea en el paisaje cotidiano de la cooperativa, cuando los/as trabajadores/es describen las tareas que realizan sus propios/as compañeros/as.

Así nos detallaba Rafael la distribución de las "distintas" tareas que componen el proceso: "son más mujeres que hombres... porque hay mucho trabajo de mujer. Viste todo lo que es... costura, remallado, corte... el zurcido... todo eso. El revisado para ver si están falladas las prendas... todo eso lo hacen mujeres... [...] Ah... en el lavadero, y la plancha, van varones también pero... más bien son... es todo trabajo de mujer...". Su relato va y viene en el tiempo cuando puntualiza las tareas de las trabajadoras: "Y cuando se largaban las muestras¹¹, siempre estaban las mujeres ahí", eran las que

¹¹ Se refiere -en tiempo pasado- a la primera tanda de modelos de "prueba" que salían para una colección, según la variación estacional (ropa de invierno o verano) y la molería de la marca. Esta tarea también se realiza en la cooperativa.

“miraban todos los detalles”, “los distintos colores”, el “revisado” de talles y medidas. Su descripción se completa cuando nos explica las tareas que realiza en su sector en comparación con las que efectúan los/as otros/as. Su “trabajo” es “muy distinto” al “que hace otra compañera”:

Entonces, uno se tiene que organizar de otra manera... Eso sí, pero no es diferencia de personas... así de: ‘¡Ay!, yo soy... hago un trabajo mejor que vos...’ [...] Y en realidad es un tema que acá somos todos muy parejos en todo sentido. Hasta en... creo que en estudios, no hay nadie que tenga muchos estudios [...] Y yo eso lo veía por las distintas cooperativas... Por ejemplo, hay una que es un diario... y hay mucha diferencia de sectores y de profesiones ahí... Y yo digo: ¿cómo se llevarán bien para decir que tenemos que cobrar todos iguales? O en un hospital... [...] hay cirujanos... qué sé yo... y tienen que cobrar igual al que limpia... no sé. Y acá no hay esa diferencia... no hay un profesional que diga: ‘si no lo hago yo... no lo hace nadie...’

En este mismo relato podemos reconstruir una doble entrada. Por un lado se reconoce una continuidad en la división genérica del trabajo, “hay trabajo de hombre” y “hay trabajo de mujer”, “siempre” fue así. Por otro lado, Rafael señala una valoración positiva en cuanto a todo tipo de tarea que se realiza dentro de la cooperativa, y considera que esto no debe ser motivo para marcar “diferencias entre las personas” porque todos son “muy parejos”, situación que -según él- se puede observar también en sus similares niveles educativos formales. A su vez considera que, a diferencia de lo que observa en otras cooperativas de trabajo, no hay profesionales que vengan a priorizar su saber como imprescindible para el funcionamiento, situación que también justificaría el retiro de ingresos en partes “iguales”.

En referencia a los cambios en la distribución de tareas, Clara considera que la asignación no debería “pasar” por tareas que estén realizadas “por varones” o “por mujeres”, sino por el hecho de que “si ves que es responsable, bueno, pasa por eso...”. Y en función de la búsqueda que iniciaron para incorporar trabajadores/as, nos comentaba: “pusimos avisos, contactamos distintos lugares”, para contratar “chicos, chicas jóvenes”, pero “no hay gente especializada... Es muy difícil encontrar gente para este tipo de trabajo...” y con ello justifica -en parte- su decisión de permanecer en ese sector: “la necesidad era más acá... entonces, me quedé acá”.

Esa “necesidad” -y la escasez- se vincula con la especialidad del “overlokeado” en el tejido de punto. Esta situación nos es comentada por Estela cuando hay que “sacar el trabajo”, “yo me quedo” después del horario a “acompañar a las chicas”, “yo me quedo de corazón”. Para ella, “en esas cosas” se demuestra la “actitud” para el trabajo. Estela tiene 60 años, aprendió desde “muy jovencita”, “cosía en mi casa, hacía trabajos, tenía dos máquinas”. Cuando tuvo a sus hijos, vendió las máquinas y no “volvió” a la

costura. Como les sucedió a otras tantas mujeres, a fines de la década del ochenta sale a buscar el empleo que había perdido su marido: “Y volví a trabajar a los 43, entré acá ¡a los 43 años! Mira lo que te digo, yo nunca había trabajado en fábricas y acá entré por una prima que ya estaba. Entré en el sector de confección, en la máquina overlock, y sigo acá” y más adelante me aclara “mirá que estoy jubilada... ¿eh?”.

De estos relatos se desprende otra de las escenas recreada en torno a la incorporación de nuevos trabajadores/as. En referencia a ello, se ha suscitado una serie de diferencias en cuanto a quienes podrían o deberían ocupar los puestos de trabajo requeridos.

En el medio de una charla que manteníamos con un grupo de trabajadoras, ellas nos comentaban que al abrir una convocatoria se preguntaban “¿y si traemos tejedoras?”. En referencia a esa situación algunas nos comentan que hay una tendencia a asociar “al maquinista”, “al tejedor” como un lugar exclusivamente masculino. Mientras que “los hombres no se van a sentar en una máquina de coser” por considerarlo un trabajo femenino.

La mirada de Silvana reconoce estas continuidades que permanecen en las formas de organización, pero su propuesta incorpora un giro en esa aparente inmovilidad: “[...] Como que bueno, ya es medio que está estipulado: esto es de mujer y esto es de hombre... ¿entendés? Bueno, lo vamos a revertir [risas] De a poquito... se tiene que revertir”. Un giro que ella misma fue encontrando, y que la retrotrae hasta sus primeros trabajos cuando ingresa en un taller que quedaba enfrente de su casa, donde “sacaba hilitos”, “cosía” y “planchaba”. A los 15 años ingresa en una fábrica de hilados y llega a ser maquinista. Al compas de sus estudios secundarios en “la escuela nocturna” ocupa distintos cargos vinculados a la organización de la producción en una reconocida hilandería que cierra sus puertas en los 90. Finalmente ingresa a Tejedurías del Sur como “coordinadora” del depósito de materias primas.

Para cerrar, volveremos sobre el testimonio de Clara, Estela y Silvana, como relatos que nos reenvían al de otras tantas trabajadoras de la rama entrevistadas en nuestro estudio, donde muchas de ellas nos manifiestan que venían realizando estas tareas desde muy jóvenes -en sus hogares- y luego comenzaron a trabajar en talleres y fábricas textiles. Sin embargo, aunque algunas trabajadoras valoran positivamente este oficio, en muchos casos mencionan que no fue un trabajo elegido -en palabras de Zylberberg-Hocquard (1997)- por vocación.

A su vez, estos testimonios se relacionan con los presentados anteriormente. A través de ellos, se evidencia cómo el trabajo de *costura* en el rubro textil ha sido una fuente de empleo, oficio y calificaciones para las mujeres, sin embargo, en esas cualidades consideradas “innatas” también se puede rastrear el meollo de la subcalificación, y la máquina de coser -que usaban

en sus casas desde muy niñas- como la “propedéutica de la fábrica para mujeres” (Perrot, 2008). Siguiendo los estudios históricos sobre el trabajo femenino en la Argentina, se observa que las mujeres se han integrado en segmentos definidos del mercado de trabajo, concentrándose en “un restringido número de ocupaciones que se asociaban con habilidades consideradas ‘naturales’ (Lobato, 2007: 325).

Volviendo a nuestro caso, *conocer* o *desconocer* el saber, la habilidad o la destreza de trabajadores y/o trabajadoras, se vuelve un condimento que viaja entre los criterios puestos en juego a la hora de organizar el trabajo en la cooperativa.

4. Pensar en lugares y desplazamientos

La forma que asumió la organización del trabajo en la cooperativa nos permite pensar en las diferencias que guarda con la estructura ocupacional de la fábrica administrada por la patronal y en las modificaciones generadas a partir del rumbo que tomó luego de la recuperación, identificando las singularidades de cada etapa. En este apartado reconstruimos brevemente cómo esta reestructuración se tradujo en al menos tres formas de cuestionar las jerarquías construidas durante la gestión “patronal”.

Una primera forma se expresó no sólo en la valorización del conocimiento del “oficio” sino también en aquellos atributos “necesarios” para cumplir tareas y funciones (como la capacidad organizativa, la “responsabilidad”). En algunos casos, esta valorización se plasmó en la elección para ciertas funciones y cargos en el CA. En otros casos, la valorización de estos atributos en el desempeño de funciones cuestionó la subordinación que padecían algunos/as trabajadores/as en la época de Tejedurías del Sur.

Según la organización dispuesta por la administración patronal, un encargado/a supervisaba la calidad y los ritmos productivos por sección. En la última etapa de la empresa, una parte del personal jerárquico fue despedido y dejó de ocupar estas funciones. Aunque estas responsabilidades fueron asumidas por nuevos/as empleados/as u operarios que ya se desempeñaban en la sección, esta figura de “encargado” no fue reemplazada en “los papeles” formales o en el reconocimiento salarial. Esta situación puede ser recreada a partir de las trayectorias de Silvana y de Luisa, en las cuales se ilumina esta disparidad.

Desde el puesto de trabajo que ocupaba, Silvana realizaba tareas de “coordinación” en el depósito de materias primas y tenía personal a su cargo. Su puesto asumía el rol de “encargada” pero “de palabra”, situación que no se traducía en el reconocimiento de una categoría.

En el caso de “enconado y devanado”, la encargada deja de trabajar en la empresa y Luisa queda a cargo de la sección aunque ello no se reflejara en su salario. Así lo recordaba en una charla: “yo era... como la encargada. [...] Yo repasaba, destejía, miraba con lo mismo de acá, yo sola. Yo estuve del año ‘94, hasta que me echaron, sola ahí. Y yo daba abasto para todo”.

Una segunda forma se expresó en el aprendizaje de nuevas tareas dentro de la sección y en la diversificación de conocimientos sobre distintas etapas del proceso de trabajo.

En un primer caso, esta organización favoreció a aquellos/as trabajadores/as –principalmente a mujeres– que no tenían calificación o que desarrollaban las tareas que anteriormente eran las más desvalorizadas durante la época de Tejedurías del Sur. La desvalorización de las tareas manuales de baja remuneración ubicaba a las trabajadoras en una posición desigual en términos salariales pero, a su vez, dificultaba la posibilidad de una movilidad ocupacional ascendente. En el arco de modificaciones que se fueron realizando con la cooperativa ubicamos las trayectorias de Martín y de Gabriela.

Martín tiene 28 años, no terminó la escuela secundaria y había ingresado en Tejedurías como empleado del depósito. Formó parte del grupo que impulsa las acciones de recuperación, y con el reinicio de la producción es formado por los “compañeros” de su sección para trabajar en tejeduría.

A Gabriela le cuesta dimensionar lo que está viviendo, como dice ella “estando acá adentro uno no se da cuenta de lo que se hizo”. Ella tiene 26 años, terminó el secundario y trabajó en empleos inestables y de baja remuneración. Ingresó en Tejedurías del Sur en la sección de “terminación de prenda”, realizando distintas tareas manuales como revisar prendas y etiquetar. A partir de la segunda etapa, es elegida y reelegida para el cargo de secretaria.

En un segundo caso, algunos/as trabajadores/as que ya tenían una calificación intermedia cambian de sector, o bien, aprenden nuevas tareas. Para algunas trabajadoras, el aprendizaje de nuevas tareas se tradujo en un cambio en el puesto de trabajo, como el caso de Edith –la hermana de Clara–, que antes realizaba tareas en máquinas de confección y, a partir de la segunda etapa, se encarga del manejo de las finanzas. Este crecimiento adquiere mayor relevancia si consideramos que una de las normas de la empresa era no contratar parientes, impedimento que ellas sortearon al figurar con apellidos distintos.

Para otros, la organización del trabajo en su sección se convirtió en una oportunidad para perfeccionarse y “probar” sus conocimientos. Esta fue la posibilidad que tuvo Pablo al comenzar la “programación” de maquinarias.

Una tercera forma se expresó a partir de la desaparición de los puestos de trabajo como categorías salariales, dado que, a partir de la formación

de la cooperativa, acuerdan recibir todas/os los mismos “retiros”. Esta forma cobra mayor relevancia si consideramos los mecanismos a los cuales apelaba la patronal para “arreglar” individualmente aumentos salariales o pagos “por producción” con aquellos/as que ocupaban puestos de mayor calificación.

La sección de tejeduría se muestra como un ejemplo resonante para pensar varias cuestiones. Por un lado, la igualdad de retiros vuelve borrosas las diferencias que ubicaban a aquellos trabajadores en los lugares de mayor remuneración. Por otro, esta sección ha demostrado una mayor fijeza y resistencia para incorporar trabajadoras.

De este modo, los lugares que ordenaban las manos, los saberes y las máquinas se vieron cuestionados. Sin embargo, algunos espacios se mostraron más permeables a las modificaciones. La pluralidad de criterios puesta en juego tensó las pruebas e hizo posibles algunas redefiniciones. De esta manera, a través de las formas de expresión de las pruebas se abrió la posibilidad de generar desplazamientos en las escalas que ubicaban a las/os trabajadoras/os en lugares dotados de un valor desigual dentro de la estructura ocupacional de la fábrica bajo administración patronal.

Conclusiones

En este trabajo buscamos analizar cómo jugaron el requerimiento de saberes, la organización del trabajo y las relaciones intra e intergenéricas en las prácticas cotidianas de gestión de la producción. Al mismo tiempo vinculamos la división de tareas y funciones con la acreditación de esos saberes, la demostración de “destrezas” en el manejo de maquinarias y la validación de las técnicas instrumentadas asociadas a los oficios.

Los criterios y pruebas en juego habilitaron algunas redefiniciones que cuestionaron las jerarquías de la estructura ocupacional de la fábrica gestionada por sus patrones. Pero, a su vez, suscitaron una serie de pugnas en torno a la división de funciones y distribución de “responsabilidades” que llevaron a redefinir los acuerdos, –en términos de Ricoeur (2006)– representados más bien por el *compromiso* que por la figura del *consenso*. En ese proceso donde el *bien legítimo común* es buscado bajo una forma plural –el “progreso” de la cooperativa– revistió manifestaciones diferentes –pero no ilimitadas– según la temporalidad y las “necesidades” que atravesaron en cada etapa. Pensando en estas cuestiones y, mas allá del caso, no se trataría entonces de analizar cómo una nueva jerarquía se “coagula” sino de reconstruir cómo esas escalas valorativas en pugna sostienen *justificaciones* y *compromisos* en la organización del trabajo y, por tanto, posibilitan la sostenibilidad en el tiempo de la gestión cotidiana de la unidad productiva.

Con respecto a los desplazamientos producidos, se podrían marcar dos cuestiones. La primera implica reconstruir las *estrategias de justificación* a las que cada trabajador/a recurrió y recurre para acreditar su lugar. En referencia a ello, la distribución de lugares considerados “masculinos” o “femeninos” puso en evidencia representaciones de género que operan tanto para reproducir como para modificar la asignación de los mismos. En estas *justificaciones* se jugaron tensiones, expresiones e imágenes de las propias trabajadoras y trabajadores, adquiriendo significaciones diferenciadas según la condición de género. La segunda se detiene en los sentidos atribuidos a las instancias de “producción” y “administración”, los cuales se vuelven sustanciales a la hora de validar la tarea y función realizada. Como pudimos ver, estos sentidos se mueven dentro de las disputas y revisten expresiones diferentes. En este punto, es importante señalar que en el corpus de argumentos que guiaron las justificaciones que cada uno/a empleaba, los criterios codificados como femeninos o masculinos podían funcionar de manera habilitante o limitar la atribución de una función o la validación de una propuesta. Nuestro trabajo no concluye aquí, dado que nuevas preguntas surgen a partir de estas reflexiones. Pero trataremos de mencionar al menos dos cuestiones que consideramos relevantes. La primera se desprende de lo dicho anteriormente, y vuelve sobre una tarea que nos involucra. Con esto me refiero a la importancia de considerar estos aspectos al momento de diseñar, impartir y evaluar los espacios de “capacitación” y “formación” en cooperativas de trabajo y emprendimientos productivos asociativos. La segunda cuestión se detiene en una tarea necesaria y es precisamente el hecho de involucrar en nuestros análisis la articulación entre tecnología, saberes y género.

Bibliografía

BARBERO, María Inés y FELDER, Susana (2009), “Tejedurías Naiberger SAICIF”, en Vicente Donato y María Inés Barbero (comps.) *Contra viento y marea. Historias de pequeñas y medianas empresas argentinas*, Prometeo/Bononiae Libris, Buenos Aires, pp. 141-181.

BARRANCOS, Dora (1996), “Una asignatura pendiente: la calificación técnica y tecnológica de las mujeres”, *Revista de Trabajo y Seguridad Social*, N° 10, Abril-Junio, Buenos Aires, pp. 73-86.

BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Eve (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.

BOLTANSKI, Luc y THÉVENOT, Laurent (1991), *De la Justification. Les économies de la grandeur*, Gallimard, París.

COCKBURN, Cynthia (1983), *Brothers: male dominance and technological change*, Pluto Press, London.

COCKBURN, Cynthia (1988) [1986], "Maquinaria de dominación: mujeres, hombres y know-how técnico", *Sociología del Trabajo*, N° 3, primavera, pp. 91-103.

CROSS, Cecilia (2008), *Luchas, prácticas asociativas y procesos de vinculación política en la zona metropolitana de Buenos Aires. Estudio de casos en cinco organizaciones territoriales vinculadas a la FTV*, Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, (mimeo).

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2007), "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas", *Cuadernos de Antropología Social*, N° 25, pp. 89-110.

HUDSON, Juan Pablo (2007), "Empresas autogestionadas y producción de subjetividad", en Lucas Rubinich (et. al.) *VII Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, noviembre.

HUDSON, Juan Pablo (2008), "Presidentes de empresas recuperadas: los impulsores-conectores en la precariedad", en *I Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, Septiembre.

LOBATO, Mirta (2007), *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación (2008), "Informe del Programa de Trabajo Autogestionado", Febrero, Buenos Aires.

OERTON, Sarah (1996), *Beyond hierarchy: gender, sexuality, and the social economy*, Taylor & Francis, London.

PARTENIO, Florencia (2010), *La producción de géneros: experiencias de mujeres trabajadoras en la gestión de fábricas recuperadas*, Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales-UBA. (mimeo).

PARTENIO, Florencia y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2007), "El trabajo, la casa, la política. Una difícil convivencia", *Encrucijadas UBA*, N° 40, mayo, pp. 40-45.

PERROT, Michelle (2008) [2006], *Mi historia de las mujeres*, FCE, Buenos Aires.

POLKINGHORNE, Donald E. (1988), *Narrative knowing and the human sciences*, State University of New York Press, New York.

REBÓN, Julián (2007), *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*, Picaso, Buenos Aires.

RICOEUR, Paul (2006), *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*, FCE, México.

ROLDÁN, Martha (2000), *¿Globalización o mundialización? Teoría y práctica de procesos productivos y asimetrías de género*, Eudeba, Buenos Aires.

ROLDÁN, Martha (1993), "Nuevos desafíos a la teoría y práctica de la investigación sociológica feminista en la década de los noventa", en Nea Filgueira (comp.), *Mujeres y trabajo en América Latina*, IEPALA, Madrid, pp. 27-72.

SMITH, Dorothy (1987), *The Everyday World as Problematic: A Feminist Methodology*, Northeastern University Press, Boston.

SCOTT, Joan (1988), *Gender and the politics of History*, Columbia University Press, Nueva York.

TABET, Paola (2005) [1979], "Las manos, los instrumentos, las armas" en Ochy Curiel y Jules Falquet (comps.) *El Patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin-Paola Tabet-Nicole Claude Mathieu*, Brecha Lésbica, Buenos Aires, pp. 57-129.

WAJCMAN, Judy (1991), *Feminism confronts technology*, Polity Press, Cambridge.

WYCZYKIER, Gabriela (2009), *De la Dependencia a la Autogestión Laboral: Sobre la reconstrucción de experiencias colectivas de trabajo en la Argentina contemporánea*, Prometeo/UNGS, Buenos Aires.

ZYLBERBERG-HOCQUARD, Marie-Helène (1997), "La obrera", en Helena Hirata y Danièle Kergoat *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Asociación Trabajo y Sociedad/CEM/Piette del CONICET, Buenos Aires, pp. 207-224.

Capítulo 5

Entre la participación y la delegación: la construcción de horizontalidad en un colectivo de recolectores y recicladores de residuos sólidos urbanos¹

Nicolás Diana Menéndez

Introducción

En el presente trabajo² realizaremos un análisis en torno al proceso de construcción de dinámicas horizontales en una cooperativa de recolectores y recicladores de residuos sólidos urbanos, ubicada en la localidad bonaerense de La Matanza.

Las prácticas cooperativas “reales”, que aspiran a una relativa horizontalidad, conllevan complejidades y tensiones que parten de la cuestión básica del aprendizaje colectivo de todo un conjunto de disposiciones que no se corresponden con prácticas hegemónicas de espacios de trabajo tradicionales.

Múltiples y variados aspectos se ponen en juego en tales procesos: la constitución de lógicas distributivas de los recursos, de la información, de las decisiones y de la palabra; la presencia de “voces” más y menos autorizadas o legitimadas; la tensión entre tomar decisiones y asumir sus consecuencias; las diferencias en la intensidad del compromiso y la responsabilidad; la cesión relativa (y su tensión) de instancias resolutorias en

¹ Agradezco las observaciones y sugerencias de Cecilia Cross y Matías Berger.

² Algunas de las cuestiones tratadas aquí fueron discutidas junto con Sebastián Careño y María Inés Fernández Álvarez, en el marco del segundo Premio Nacional Arturo Jauretche a la Investigación-Acción participante, del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

aras del proceso colectivo, por parte de los referentes; las distancias sociales entre los miembros, etc.

A partir de una serie de proyectos colectivos de investigación- acción, que venimos llevando adelante junto a la cooperativa, hemos tenido oportunidad de conocer en profundidad esta experiencia. Nuestra participación, que data del año 2004, consistió en un acompañamiento general del proceso además de la realización de talleres de formación que alternativamente devienen en la instancia asamblearia de la organización, donde se expresan y visibilizan muchos de los aspectos mencionados.

En el cooperativismo, la participación de los integrantes y la gestión democrática aparecen como dos de sus principios fundamentales (ACI, 1995). Asimismo, en buena parte de la literatura, inscrita en las perspectivas de la economía social, se establece como característica distintiva del funcionamiento cooperativo la ausencia de fines de lucro, priorizando los “objetivos sociales” por sobre los “económicos” (Desroche, 1983; Quarter, 1992; Coraggio, 2003; Fairbairn, 2006; Etchegorry y otros, 2008). Por otra parte, la lógica de los programas sociales implementados en los últimos años, también enmarcados en la perspectiva de la economía social fue modificando el sesgo asistencialista que primó durante la década del 90, promoviendo la creación de formas asociativas que integrasen lo laboral, lo económico y lo social (Merlinsky y Rofman, 2004). De este modo, la realidad de muchas organizaciones sociales productivas se encuentra atravesada por la doble “exigencia” de horizontalidad y sustentabilidad económica, elementos que no siempre son fácilmente asociables. Las mencionadas pretensiones y aspiraciones que circundan el mundo de las cooperativas, devienen en una serie de expectativas de todos los participantes (y observadores externos) del proceso, que muchas veces oculta las complejidades y tensiones que subyacen en la construcción de un grupo en una organización cooperativa.

En este marco, las preguntas que intentaremos responder son las siguientes ¿qué dimensiones se ponen en juego en un proceso de construcción de una cooperativa que tiene como expectativas la participación y la horizontalidad? ¿Qué dificultades se presentan y qué elementos se tensionan en dicho proceso? Nuestro abordaje consistirá en el análisis de cuatro escenas correspondientes a distintas instancias plenarias de la organización.

Para comprender estos procesos, nos serán de utilidad algunos de los aportes conceptuales de Bourdieu, como las nociones de capital, de *hábitus*, que describiremos brevemente. El concepto de *hábitus* se complementa con el de campo (espacio social estructurado de posiciones e interacciones objetivas), y constituye la forma en que los sujetos aprehenden las reglas del juego de ese campo, e incorporan válidamente el sentido de su juego.

El *hábitus* se define como disposiciones adquiridas, generadoras de prácticas, apreciaciones y percepciones. Principios generadores de prácticas distintas y distintivas. En palabras de Bourdieu “un cuerpo socializado, un cuerpo estructurado, un cuerpo que se ha incorporado a las estructuras inmanentes de un mundo o de un sector particular de este mundo, de un campo, y que estructura la percepción de este mundo y también la acción de este mundo” (Bourdieu, 1997:146).

Los *capitales* (económicos, sociales, simbólicos, culturales) constituyen los bienes que se encuentran en disputa dentro de los campos. Así, el *capital social* se define como el conjunto de relaciones sociales duraderas (que incluye conocimiento y reconocimiento mutuo) de que disponen los agentes o grupos. El *capital económico* se conforma con el conjunto de bienes y factores de producción. El *capital cultural* refiere a las calificaciones intelectuales ya sean heredadas por la familia o adquiridas en el sistema educativo. Este capital (cultural) puede existir bajo tres formas: estado incorporado, estado objetivado y estado institucionalizado. Finalmente, el *capital simbólico* está vinculado al reconocimiento, es “cualquier propiedad cuando es percibida por agentes sociales cuyas categorías de percepción son de tal naturaleza que les periten conocerla (distinguirla) y reconocerla, conferirle al algún valor” (Bourdieu, 1997:108).

En lo que sigue realizaremos una breve reseña de los inicios de la cooperativa, para, posteriormente, analizar las dinámicas internas de la organización.

Los inicios de la cooperativa TPV³

La actividad del cartoneo tuvo su eclosión como respuesta al creciente desempleo producido por las políticas neoliberales de la década del noventa. En particular, a partir de la crisis de 2001, los cartoneros conformaron un conjunto social de una dimensión y presencia insoslayables⁴ (Gorban, 2004; Dimarco, 2005). Así, se calcula que en la región metropolitana de Buenos Aires existen alrededor de 30.000 personas realizando estas actividades, de las cuales sólo el 15% se encuentra actualmente organizada en asociaciones o cooperativas.

³ Tanto el nombre de la cooperativa como los de sus integrantes fueron modificados.

⁴ A fines de 2001, producto de la devaluación del peso, se produjo un aumento del precio de los materiales reciclables (aluminio, plástico, papel, cartón, etc) volviendo más atractivo el negocio de la basura (Gorbán, 2004).

Los inicios de la organización TPV, lejos aún de una idea de cooperativa⁵, se remontan a finales del año 2003 cuando un pequeño grupo de cartoneros, deciden juntarse para poder alcanzar una mayor escala, es decir la concreción/producción de un mayor volumen de material que los posicionara más ventajosamente al momento de la negociación con las empresas a las cuales les proveían. La composición primigenia era de seis personas que se desempeñaban de modo más permanente y otro pequeño grupo que circulaba más inestablemente.

En la conformación heterogénea de la organización, podemos encontrar diferentes necesidades/objetivos entre sus integrantes. De parte de los promotores se observa la constitución de un emprendimiento que en su desarrollo permitiera la creación de fuentes de trabajo, y en consecuencia, la incorporación de “compañeros”, en una lógica cooperativa, fuertemente asociada a un proyecto sociopolítico. Posteriormente, a medida que se adentraban en el conocimiento del rubro, fueron incorporando entre sus mayores aspiraciones la de convertirse en un *servicio público reconocido*. Por otra parte, se observa la llegada de personas que se encontraban en situación de desempleo hallaron en TPV una oportunidad de empleo, entre otras opciones⁶ (Finalmente, se constata la incorporación de personas altamente vulnerables en términos de acceso al mercado de trabajo, producto de la falta de documentos, problemas vinculados a la salud, etc.

En el origen, entonces, la cooperativa se limitaba a “juntar y vender”, sin interponer ningún proceso de transformación. A poco de andar, fueron aprendiendo el proceso de separación de los materiales y su acondicionamiento, hecho que les permitiría incrementar el valor de los productos recolectados y generar mayores ingresos.

Inmediatamente, la relación con los productos comercializables, fundamentalmente los plásticos, se fue presentando en su complejidad y abriendo posibilidades de incrementar el valor agregado de los mismos. Además del aprendizaje de la separación de materiales, con los escasos recursos a

⁵ En el origen de la organización, eran permanentemente convocados a inscribirse como una cooperativa legal, hecho que resistieron durante dos o tres años, hasta bien no lograron establecerse de un modo relativamente consolidado. En ese sentido, una de las ideas fuerza comúnmente esgrimida por los dirigentes de la cooperativa, es su planteo originario y sostenido, de conformar una cooperativa legítima antes que una legal. Este hecho tiene fuertes consecuencias materiales y simbólicas. Materiales porque la inscripción legal genera –entre otras- obligaciones dinerarias que muchas veces se tornan demasiado onerosas para organizaciones de las características de TPV; y simbólicas porque marca –entre otras- una fuerte diferenciación con las organizaciones inscriptas como cooperativas pero que no funcionan como tales.

⁶ Ésta constituye una de las razones de la alta rotatividad de los miembros de la organización, quienes a medida que encuentran mejores posibilidades laborales, abandonan la cooperativa, aunque en muchos casos vuelven).

mano, fueron construyendo una serie de maquinarias (prensas, molinos, etc) –al principio más pequeñas y precarias– que les permitieron ir avanzando en el proceso de agregación de valor de los materiales.

A partir del año 2006, con la participación protagónica de la cooperativa, se llevó a cabo un proyecto piloto de separación domiciliaria y recolección diferenciada de residuos sólidos urbanos⁷ (RSU), en la localidad de Aldo Bonzi (partido de La Matanza, Provincia de Buenos Aires), promovida desde el Programa sin Desperdicio (desarrollado por el Estado Provincial en articulación con Municipios y Organizaciones Sociales Productivas dedicadas al reciclado de residuos). Esta experiencia abarca, en las dos fases de su implementación, unas 120 manzanas del Barrio de Aldo Bonzi. Posteriormente, durante el año 2009, la experiencia fue replicada en las localidades de San Justo y Tapiales (también pertenecientes a La Matanza) como parte de un programa municipal, que constituyó un paso significativo en la búsqueda del objetivo de la cooperativa de instalar la recolección diferenciada como un servicio público reconocido por la sociedad y financiado por el Estado.

Nuestro acompañamiento con la cooperativa data del año 2004, cuando nos acercamos a instancias de una serie de proyectos colectivos de participación- acción. El trabajo conjunto con la organización mantiene continuidad hasta la actualidad y consiste fundamentalmente en el “fortalecimiento interno” de la organización. A partir de sus demandas nuestro trabajo se fue centrando en la realización de talleres de formación y acompañamiento en calidad de técnicos hacia afuera, en la vinculación con instituciones públicas y privadas, cuando nos fue requerido.

Dos trayectorias particulares

La cooperativa TPV cuenta hoy con alrededor de 25 miembros (varones y mujeres), cuyos orígenes y trayectorias laborales y vitales son disímiles. Algunos de ellos formaron parte una organización piquetera, y otros participaron de algunos cortes realizados por ellas. Algunos, fundamentalmente los mayores, tuvieron vinculaciones laborales clásicas, trabajo

⁷ La propuesta consiste en proveer a los vecinos de un servicio de recolección de residuos diferenciados en tres rubros (papel y cartón, plásticos y hojalata). El material recolectado es procesado en la planta que posee la organización con el fin de agregarle valor a través de diferentes procesos (clasificación, lavado, molido, prensado, etc) y finalmente comercializado. De este modo se minimizan los residuos derivados al sistema de enterramientos, aprovechando el potencial económico que éstos tienen para apoyar iniciativas de empresas sociales conformadas por desocupados.

en relación de dependencia, en algún momento de sus vidas; otros sólo conocen relaciones precarias y sumamente inestables con el empleo, del tipo changa; o trabajos informales como el cartoneo por cuenta propia, la venta ambulante, etc.

Pese a pertenecer todos a lo que podríamos definir como sectores populares, también se diferencian claros rasgos sociales entre los integrantes de la cooperativa. Dos de ellos conforman el núcleo directivo de la organización: Adrián y Martín. La posesión de diversos capitales (Bourdieu, 1979, 1997, 2000, 2007) los coloca en el centro gravitacional de la cooperativa: (a) capital cultural derivado de que provienen de sectores obreros alfabetizados, y acreditan trayectorias laborales que incluyen, por ejemplo, el trabajo en fábricas; b) capital técnico⁸, en el sentido de pericia y conocimiento mecánico general y específico del rubro en que se desempeñan que constituye un elemento fundamental desde el origen de la cooperativa (construcción de herramientas y máquinas de trabajo) y en el día a día (reparación y mantenimiento de la tecnología utilizada). Este capital les permite afirmarse en una suerte de lugar del saber, y constituye además un recurso permanente. c) Capital económico (relativo), que revistió mayor importancia en el origen de la organización. A modo de ejemplo, Adrián manejaba un galpón que puso a disposición de la cooperativa, mientras que Martín, hizo lo propio con su viejo automóvil, y otras posesiones; d) capital social y militante (Wilks, 2010) que se despliega en dos sentidos o que posee dos dimensiones: una vinculada a las relaciones construidas a lo largo de sus ricas vidas militantes, que los relaciona con dirigentes territoriales importantes, así como con funcionarios públicos medios y altos de todos los niveles de gobierno, así como un saber hacer político (Wilks, 2010). La segunda dimensión en que se despliega su acumulación militante, se vincula con la sucesión de un proyecto de carácter sociopolítico que conforma una parte fundamental de las apuestas e inversiones de esfuerzo volcadas en la cooperativa. Este es uno de los elementos centrales que nos interesa analizar y que forma parte sustantiva de las lógicas dominantes que imperan en la organización.

Entre los dos referentes, se destaca Martín en la dirección de la cooperativa, y de hecho lleva el cargo de presidente. La trayectoria de Martín es muy rica en términos sociales y políticos: proviene de una familia de tradición peronista, donde sobresale la figura de su abuelo, que ocupó cargos institucionales en el SMATA (emblemático y poderoso sindicato durante los años sesenta y setenta) reconociéndolo como quien le inculcó el ideario

⁸ Una subespecie del capital cultural.

peronista. En su militancia, Martín, recorrió diferentes expresiones políticas, desde el Movimiento Todos por la Patria durante la década del 80 hasta aterrizar una década después en una de las organizaciones piqueteras más importantes del territorio de la Matanza y del país. Fue allí donde conoció a Adrián.

A su salida de la organización territorial, por diferencias políticas, Martín y Adrián armaron una asociación de trabajadores ambulantes para protegerse fundamentalmente de las persecuciones y encierros de la policía. Por entonces, toda la actividad del cartoneo estaba prohibida por un decreto-ley de la dictadura (33691), de modo que los cartoneros eran permanente perseguidos y detenidos en general “por vagancia y averiguación de antecedentes”. La asociación se fue disolviendo a medida que mermaba el trabajo, producto de la crisis económica creciente. Poco tiempo después de esta experiencia, armaron la Cooperativa TPV.

En la actualidad, en la cooperativa, Adrián se encarga fundamentalmente de la organización del trabajo en el galpón⁹ y de la relación con los proveedores y como con los clientes. Martín desarrolla un tipo de actividad que suele quedar invisibilizada a los ojos de muchos de los integrantes de la cooperativa. Él se ocupa, prioritariamente, de todo tipo de vinculaciones y negociaciones comerciales y extra-comerciales con las organizaciones públicas y privadas (municipio, gobernación, ONGs, técnicos, presentaciones externas, presentación de proyectos, charlas, entrevistas, etc.).

La invisibilidad que mencionamos opera de varias maneras en la realidad cotidiana de la organización. En primer lugar, a Martín no se lo ve en una tarea específica, y no se encuentra permanentemente en el lugar de trabajo, de modo que cuando aparece, lo hace a los ojos de muchos como “el jefe”. Él es quien muchas veces viene acompañando los “vínculos” externos (hecho en que se actualiza y valida su capital social) que van a visitar o trabajan con la cooperativa, así como quien trae los anuncios de posibilidades abiertas, de presentación de proyectos y de logros obtenidos. En este hecho se manifiesta una de las diferenciales de capitales más amplias entre el común de los miembros y los referentes, Martín en particular. A la vez que resulta una brecha difícil de allanar (se requiere de una serie de atributos/capitales para circular eficazmente por circuitos sociales diferentes), en la especialización de la función se reproduce la diferencia.

⁹ Dos grandes actividades se desarrollan en la cooperativa: la recolección diferenciada y barrido en los territorios, y el procesamiento de los materiales reciclables para su posterior venta. La cooperativa posee, además de la recolección propia, otras vías de ingreso de mercaderías como compras a carreros, y gestiona algunos convenios con empresas de la zona para que separen “material” con el que ellos puedan trabajar.

Se impone destacar que uno de los problemas centrales que sufren los emprendimientos productivos de organizaciones sociales es la autosostenibilidad, que requiere de un proceso sumamente complejo de adquisición de fortalezas organizativas, productivas, financieras y comerciales, que suele darse de bruces con la realidad de alta vulnerabilidad y precariedad en que deben llevar adelante su actividad. En consecuencia, el desarrollo de estrategias de posicionamiento y de demanda extra-comerciales es una necesidad que se impone desde el inicio mismo del emprendimiento (incluso antes), y que debe sostenerse y fortalecerse a lo largo del proceso. Buena parte de la supervivencia de estas experiencias depende de la posibilidad permanente de conseguir apoyos externos, hecho estrechamente ligado a la existencia de un contexto político favorable (Lucena, 2008). En ese sentido, la cooperativa TPV también realiza un proceso de acumulación de capital simbólico hacia fuera que le permite fortalecer sus posicionamientos externos¹⁰.

Para la actividad específica que esta cooperativa lleva a cabo, además de los componentes de debilidad social y económica que señalamos, debe destacarse una desigualdad estructural sobre la que TPV está trabajando fuertemente en la generación de conciencia social. Nos referimos al reconocimiento de la actividad como un servicio público; al menos por dos razones principales: en primer lugar porque cumplen un rol central en el tratamiento de los RSU, al reducir sensiblemente los volúmenes destinados a enterramientos, y constituyen el primer eslabón de la cadena de reciclado. En segundo término, porque así como se paga, millonariamente¹¹, por el servicio de recolección de residuos –para su enterramiento y sin ningún tipo de selección– es esperable que se reconozca el mismo estatuto a esta actividad más específica. Como suele repetir Martín “a ellos les pagan con dinero y a nosotros con basura”.

La mención de las trayectorias y roles jugados en la organización conforma un insumo básico para el análisis que desarrollaremos en las próximas páginas sobre las dinámicas de horizontalidad en la cooperativa TPV.

Los talleres, las asambleas

Con una periodicidad que ha variado a lo largo de todo este proceso que ya cuenta con cinco años de vida, hemos llevado adelante decenas

¹⁰ Para un análisis de las estrategias de posicionamientos externos de la cooperativa ver Carenzo y Fernández Álvarez (2009)

¹¹ En los presupuestos municipales, la recolección de residuos suele figurar entre sus mayores erogaciones.

de talleres con la cooperativa¹². Estos encuentros han variado (y varían) también en su dinámica, en su composición y en sus contenidos. Muchas veces consistieron en planificaciones elaboradas para abordar algún aspecto demandado por las necesidades que iban surgiendo entre los integrantes de la cooperativa. Así, han versado sobre conceptos formales de cooperativismo, formas asociativas, tomas de decisión, redacción del reglamento interno, etc¹³. Pero gran parte de las veces, los talleres se han conformado (o han devenido) como la instancia asamblearia/plenaria. Allí se toman buena parte de las decisiones (aunque muchas veces también se legitiman o autorizan decisiones ya tomadas por quienes dirigen), se resuelven (o al menos se tratan) gran parte de los conflictos y tensiones (fundamentalmente cuando trascienden lo individual y comienzan a afectar lo grupal), o bien circula información cotidiana y extra-cotidiana, se tratan inquietudes, se otorgan permisos, se determinan sanciones, se resuelven ingresos o reingresos, etc.

Las dinámicas horizontales entre los grupos humanos, sean del carácter que sean, conllevan una serie de dificultades y tensiones que las vuelven sumamente complejas y que exigen de parte de todos los participantes un conjunto de aprendizajes complejos, colectivos (y también individuales), que se adquieren a través de la práctica y en forma procesual.

La horizontalidad perfecta, la simetría relacional, no existe. Los grupos están atravesados por desequilibrios, por relaciones de poder, por diferenciales de capitales en juego, etc. Ese es el núcleo que queremos analizar, las dinámicas grupales con anhelos de horizontalidad (una militancia de lo colectivo) en que intervienen sin embargo un conjunto de contradicciones que son immanentes a las lógicas colectivas, incluyendo las que aspiran a la mayor participación e igualdad. La simetría relacional es un “no lugar” que en cambio, sí puede funcionar como horizonte, y como “fundamento legitimante”.

El esquema general de la cooperativa se plantea del siguiente modo: Adrián y Martín aparecen como los referentes indiscutidos de la organización, en virtud de los capitales que ostentan, además de ser fundadores. El resto de los miembros de la cooperativa se encuentran en diferentes planos relativos de injerencia y poder. Un elemento de fuerte gravitación en la forma en que se despliega la dinámica interna de distribución de los atributos de poder, es la elevada circulación y renovación de integrantes

¹² A lo largo de estos años varios compañeros y compañeras han participado de estos talleres: Sebastián Carenzo, María Inés Fernández Álvarez, Cecilia Cross, Ariel Wilkis, Débora Gorbán, Santiago Sorroche y Pablo Míguez.

¹³ Una sistematización de algunas de las temáticas desarrolladas en los talleres puede verse en Battistini (dir) (2006).

a lo largo de estos años. Si bien hoy se cuenta con un núcleo “estable” de unos 15 miembros, un elemento saliente de todo el proceso ha sido la elevada rotación, que incluye tanto pasos fugaces, como “retornadores cíclicos” que salen y entran de la cooperativa de modo reiterado. Esto dificulta mucho los procesos relativos de adquisición y redistribución de capitales y recursos, así como el surgimiento y consolidación de otras personas con mayor peso relativo en la circulación interna del poder. Por otra parte, la elevada rotación obstaculiza la consolidación de los vínculos de confianza entre los integrantes, circunstancia que repercute en la redistribución y acumulación de ciertos atributos.

Varias veces, desde que acompañamos a la cooperativa, hemos observado el surgimiento de liderazgos intermedios, o referentes que emergen en los ámbitos asamblearios vehiculizando y articulando las voces de quienes no se sienten cómodos frente a los plenarios. Es la precariedad de las condiciones de existencia vitales y laborales, la que vuelve central el imperio de la no permanencia. En este tipo de experiencias, la construcción y fortalecimiento de los colectivos requieren de una doble eficiencia, de la consolidación interna del grupo y de una solvencia económica que permita depender de la cooperativa como fuente de ingresos y no requerir de búsquedas alternativas permanentes.

Debemos señalar que una de las características destacables de las dinámicas de la asamblea, y que constituyó también un eje clave de los talleres es la búsqueda de la participación e involucramiento de los integrantes en las discusiones, en la toma de decisiones, en las definiciones de regulaciones del trabajo, etc.

Trabajar cooperativamente, es decir, procurando tender a la mayor participación y horizontalidad posible entre los integrantes de un emprendimiento productivo, es un esfuerzo de orden colectivo que supone inexorablemente una serie de aprendizajes y disposiciones que no se corresponden con las disposiciones dominantes en los espacios de trabajo (y de vida) tradicionales. Esta falta de correspondencia se agudiza en el universo de las experiencias –sublternizadas– de los sectores más bajos de la escala social.

Escenas del taller

En lo que sigue analizaremos algunas escenas pertenecientes a talleres/asambleas que expresan y dan cuenta de algunas de las dinámicas, tensiones y complejidades que venimos señalando. Nos detendremos en cuatro escenas diferentes de talleres realizados en la cooperativa donde podremos observar algunas lógicas de carácter más permanentes que se

encuentran presentes a lo largo de todas las reuniones y otras que surgen específicamente en alguna de ellas. En las escenas interviene también un integrante del equipo técnico¹⁴ (Jorge), cumpliendo la función de coordinador de los talleres/asambleas.

Primera escena

En primer lugar transcribimos dos momentos de un mismo taller y sobre el mismo eje temático. La primera parte es un registro de campo tomado por nosotros cuando arribamos al galpón de la cooperativa y hablamos con Martín un rato antes de comenzar el taller.

-Martín nos cuenta que hubo quilombos nuevos, pero la actitud de los compañeros frente a estos temas había cambiado, "si antes ninguno se animaba a pararle la mano a alguno que no laboraba, o que afanaba etc... porque decían que ellos no querían ser buchones ahora "los que no eran buchones son los más buchones". Para Martín esto refleja "un avance en la toma de conciencia de lo que es trabajar en la cooperativa"."Sienten la cooperativa como de ellos". "Hubo que zarandear el carro para que se acomoden los melones".

(...) Ahhh esto es fundamental!...un compañero (Darío) se encontró 100\$ y los devolvió...los demás se querían morir. Había algunos como Patricio que lo miraban con odio y como diciendo "por qué no los habré encontrado yo" Pero el pibe este es distinto, está haciendo un proceso bárbaro. Cuando los encontré vino corriendo a dármeles y me dijo: "Los encontré, es para todos...no quiero que me echen..." El tema es qué vamos a hacer con esos 100\$! (Nota de campo)

Como mencionamos, este extracto forma parte de una nota de campo de un momento previo a un taller en donde Martín nos cuenta las novedades de la semana y nos adelanta algunas cosas que luego emergerán en el espacio del taller. La idea central que nos interesa analizar en esta parte es la de "aprendizaje". Trabajar de modo cooperativo, ya dijimos, requiere de un proceso sumamente complejo y contradictorio que supone aprendizajes individuales y colectivos, tanto de quienes nunca tuvieron una experiencia cooperativa como de quienes asumen que manejan las coordenadas básicas. Aquí se nos presenta, en primer lugar, la inquietud y reflexión de Martín quien cumple un destacado rol militante en la búsqueda de ese aprendizaje colectivo. Martín nos cuenta su visión "dirigencial" de un hecho que ve como un logro, como un aprendizaje, y nos relata su

¹⁴ El rol del equipo técnico presenta una serie de dimensiones importantes que merecen ser analizadas en otros trabajos, dado que exceden las pretensiones y posibilidades de este artículo.

impresión de la reacción del resto como *“los demás se querían morir”*; dando cuenta de lo procesual y colectivo que recién marcábamos respecto del aprendizaje.

En su relato Martín nos cuenta también que cuando Darío “devolvió” los \$100 lo hizo diciendo *“los encontré, es para todos... no quiero que me echen...”* esto remite a otro hecho anterior en que un integrante de la cooperativa se quedó “ilegítimamente” con un objeto de la recolección y fue severamente sancionado (luego analizaremos ese caso). El “aprendizaje” aparece aquí asociado en alguna medida al rol “didáctico” de la sanción. Veamos cómo se manifestó y desarrolló el tratamiento de este hecho en una escena del taller poco rato después:

-Mónica: Aparte, esta semana está lo que pasó con el compañero Darío que encontró 100\$ adentro de los bolsones.. y los devolvió...

-Jorge: Al dueño?

-Mónica: No, a Martín, a Adrián....

-Jorge: ¿Para quién queda esa plata?

-Esteban: Para la cooperativa...

-Humberto: Ellos (se refiere a Martín y Adrián) van a saber que hacer...

- Martín: No, bueno... a ver el sábado dijimos que este era el lugar para pensar eso, porque por ahí uno se equivoca, digo ... quizá si yo soy el que tiene que decidir qué hacer con esa plata puedo pensar en que lo mejor es comprar caramelos y quizá estoy equivocado. Por ejemplo Mónica, que es la más solidaria, quizá a ella le gustaría hacer otra cosa.

-Interrumpe Humberto: ...Darío se tendría que llevar un premio.

-Mónica: Lo que hizo el pibe nos llenó de satisfacción.

-Humberto: El otro día repartimos la mercadería y el pibe nos dijo que necesita aceite y se llevó el aceite... El pibe necesitaba el aceite y se podría haber quedado con la plata, pero no....

- Martín: No, pasó que entonces decidimos premiarlo con mercadería que nos habían regalado....y Darío nos sorprendió a todos, porque él fue y solo agarró el aceite porque dijo: “a mí lo único que me hace falta es el aceite”... y es loco eso porque sabés todas las botellas de aceite que se podría haber comprado con los \$100?... y yo lo felicité 20 veces... aunque ahora viste lo pensás y decís.... esto tendría que ser normal... (Desgrabación de taller/asamblea)

En esta escena aparece una segunda dimensión del “aprendizaje cooperativo”. En primer lugar, como señalamos arriba, la puesta en valor del hecho de la devolución, esta vez a manos de otro compañero. Pero inmediatamente surge otra cuestión interesante de analizar. Cuando se le pregunta al que relata, a quién se le devolvió el dinero mencionan a Adrián y Martín “los jefes”, y acto seguido se sostiene *“ellos van a saber qué hacer”*. Aquí se presenta una de las tensiones y disposiciones más comunes: la delegación de la responsabilidad en “quienes saben”, en los que dirigen. La transformación de estas disposiciones exigen al menos un doble

aprendizaje, una doble renuncia, o cesión: de parte de quienes delegan, la asunción de la responsabilidad no sólo de tomar decisiones sino también de munirse de la información necesaria para llegar a la mejor decisión posible. De parte de quienes detentan el lugar del saber y la responsabilidad, ceder espacios de poder que implican desposeerse de cierto margen de decisión e información, y asumir los “riegos de decisiones diferente de su criterio” y de un óptimo definido por ellos.

Se ve el lugar de la autoridad no sólo basado en quienes organizan y en definitiva son lo que fundaron la cooperativa poniendo sus capitales, también se legitima la autoridad en “el buen criterio” y en el “conocimiento” de la conducción. Pero a partir de ello, Martín realiza una reflexión problematizando el lugar de la autoridad de “los que saben” y apelando a la necesidad de la discusión y decisión colectiva, que permite poner en juego no sólo diferentes puntos de vista en términos de “saber” sino también en torno a prioridades normativas.

En este punto se pone en evidencia un juego contradictorio en el carácter de los poseedores de mayores capitales relativos. Una tensión que remite a los aprendizajes en torno a las relaciones de poder y con el poder. El doble carácter de militante/dirigente de Martín y el proceso concomitante de prácticas de desposesión de recursos de poder y el efecto (y las prácticas) reposicionantes en instancias de poder. Claro, llevado al extremo, una renuncia a ciertas reposiciones constituiría una renuncia de sí.

A esta altura vale la pena retomar otros elementos esgrimidos por Bourdieu, respecto a lo que denomina “efecto de metonimia” y “efecto buró”, relacionando los vínculos entre dirigente o representante y grupo representado, que es lo que en definitiva constituye un grupo. Bourdieu (1993), argumenta que hay una suerte de antinomia inherente a lo político que obedece al hecho de que los individuos –y tanto más cuando más desposeídos son– no pueden constituirse (o ser constituidos) en tanto grupo, es decir en tanto fuerza capaz de hacerse oír y de hablar y de ser escuchada, si no desposeyéndose en provecho de un portavoz. De este modo, se produce un acto de usurpación por parte del mandatario. Sin embargo, esta usurpación, propia de todo acto de representación política, no se devela a sí misma, opera como un fetiche.

La pregunta que el mismo autor se hace es ¿cómo es posible que este doble juego del mandatario no se denuncie a sí mismo?: “La impostura legítima no se logra sino porque el usurpador no es un calculador cínico, que engaña conscientemente al pueblo, sino alguien que se toma con toda buena fe por otra cosa de lo que es. Uno de los mecanismos que hacen que la usurpación y el doble juego funcione, es que en muchos casos, los intereses del mandatario y los intereses de los mandantes coinciden en gran medida, de modo que el mandatario puede creer que él no tiene intereses

fuera de aquellos de sus mandantes” (Bourdieu, 1993: 167). Esto ocurre debido a una correspondencia estructural entre los intereses específicos de los mandatarios y de los intereses de los mandantes, que tiene que ver con la correspondencia entre el campo social y el campo político. Las personas que sirven bien a los intereses de sus mandantes son personas que se sirven sirviendo.

El “efecto de metonimia” permite la universalización de los intereses particulares de las personas influyentes de las organizaciones, la atribución de los intereses del mandatario a los mandantes que presuntamente representa.

El efecto buró es el que se constituye cuando el cuerpo mandatario afirma sus tendencias propias, y “los intereses del aparato aventajan a los intereses de los mandatarios particulares” (Bourdieu, 1993), es decir cuando pasa por un firme proceso de burocratización.

Los dos efectos descriptos se observan aquí de dos modos diferentes, desde nuestro punto de vista, por un lado, como afirmación y como contradicción aparece algo similar al efecto de metonimia en la relación de Martín y de Adrián con respecto al resto de los integrantes de la organización. Como señalamos, la distancia que se reproduce en los actos de diferenciación, funciona en un plano que no es el del cinismo, sino que corre por carriles infraconscientes o infralingüísticos (Bourdieu, 1997) y que tiene que ver con lógicas de lo social, contra las que se puede luchar pero difícilmente doblegar por completo. El “efecto buró” surge en cambio como negación, si algo hay en la búsqueda del proyecto militante de construcción económica/social/política que es la cooperativa, es una lucha contra la burocratización. Los aprendizajes colectivos a los que venimos haciendo referencia y sobre los que volveremos, tienen que ver justamente con construcción de un *hábitus* coherente con el campo “cooperativo” de relaciones.

Segunda escena

La siguiente escena también pertenece a un taller. En ella se plantean algunas cuestiones que tienen que ver con la idea de “aprendizaje” que venimos analizando y que posee varias aristas. En este pasaje veremos el tratamiento y reflexión final de una situación de reconocimiento por la solidaridad brindada a uno de los miembros de la cooperativa frente a un drama personal, hecho bastante común entre quienes viven en condiciones de extrema precariedad social.

Humberto: Yo quiero destacar la atención que todos tuvieron para mí. Todo lo que había de mercadería [se refiere a los alimentos] me lo dieron para mí....

Juan: Hablamos en dársela a él..

Humberto: Porque se incendió la casa de mi sobrina

Chelo: Le pedimos permiso a Martín

Martín: En algún momento se planteó, creo que Mario, trajo una estufita que se la podíamos donar a la familia esta porque [como si hablara Mario] “Martín y Adrián no se van a oponer, porque no se puede ser tan hijo de puta”.... Yo estoy de acuerdo en ser solidario, pero de ahí también tienen que salir los recursos.... si donamos todos no tenemos un mango. Muchos dijeron: “Yo compro una bolsa y les voy a donar” Es loable pero tenemos que laburar y ganar nuestro sueldo...

Humberto [un poco avergonzado]: Sí, yo me di cuenta de eso también...

Rubén: Está bien lo que dice Martín...

Jorge: ¿Pero a ver pensemos un poco...no lo podemos ver como un caso especial?

Esteban: La de Humberto, sí...

Jorge: Entonces, la Solución pasa por otro lado, qué hicieron?

Martín: Fuimos a la Municipalidad, pusimos maquinaria [para remover escombros, llevar agua], arreglamos para que le den mercadería y le dimos una mano a la gente igual

Jorge: Todos sienten que colaboraron?

Humberto L: La empresa [se refiere a la cooperativa] puso su conocimiento a favor mío (Desgrabación de taller/asamblea)

En la escena transcrita podemos observar primero una apropiación (aprendizaje) de la prédica (y el acto) solidario, que constituye una de los principios de construcción colectiva/cooperativa, una construcción fuertemente afincada en lo moral. Frente a una tragedia personal (como decíamos, bastante frecuente para su realidad), los compañeros de trabajo realizan una donación a Humberto, una donación hecha además desde la escasez. En segundo lugar, la puesta en valor de ese acto por parte de Humberto, al destacarlo públicamente, lo que se inscribe también en este aprendizaje que mencionamos. La centralidad del hecho no radica en la existencia de un acto de solidaridad, sino en haberlo puesto a la consideración colectiva, y haber sido tomado colectivamente, como parte de la construcción cotidiana del hecho colectivo-moral. Lo testimonial, ocupa en las circunstancias de la cooperativa un rol destacado, en la medida en que buena parte de los posibles “bienes” a distribuir son de carácter simbólico. El reconocimiento opera –entre los mecanismos simbólicos posibles– como el más gratificante y eficaz.

Pero nos interesa destacar otra dimensión de esta realidad que se manifiesta en esta escena. Dijimos, que uno de los aspectos centrales de las posibilidades de existencia de una organización cooperativa es la construcción de la horizontalidad, de cierta tendencia a la participación, a la asunción de responsabilidades, y a un relativo equilibrio de los capitales circulantes. Pero esta circunstancia, no puede soslayar otro aspecto

central de la posibilidad de existencia, que muchas veces aparece como olvido en el discurso sociológico y político en torno a las organizaciones sociales productivas: la solvencia económica.

En ese sentido, podríamos afirmar, que en este tipo de experiencias aparecen estrechamente vinculadas las dimensiones morales y económicas. Ambas exigen el cuidado de las dinámicas cotidianas del funcionamiento cooperativo, además de un sabio equilibrio colectivo, y la consecución de una productividad de la tensión. En esa línea se manifiesta Martín cuando interviene en la escena. El señala que en algún momento se planteó donar una estufa con el argumento de que *“Martín y Adrián no podían oponerse porque no pueden ser tan hijos de puta”*. De alguna manera, en ese planteo de algunos compañeros que Martín remarca, se pone en duda la real solidaridad de Martín y Adrián, quienes son vistos como anteponiendo una lógica económica sobre una moral. Y partir de allí, como una derivación, el planteo de Martín destaca la tensión que señalábamos: *“yo estoy de acuerdo en ser solidarios pero de ahí también tienen que salir los recursos...si donamos todos no tenemos un mango”*.

Aquí se observa elocuentemente, cómo las dimensiones moral y económica, tan caras a la construcción cooperativa, que muchas veces aparecen juntas, pueden presentarse también como tensión, y exigir un cuidadoso equilibrio para resolverlo. Ello conduce inmediatamente al tema de la definición de reglas, respecto de las formas de proceder en casos como éste y de ir definiendo criterios, morales/económicos.

Veamos un momento posterior del mismo taller:

-Martín: Bueno, hoy vino Patricio y me dijo “Me dieron 4 mochilas y las necesito para los pibes para el colegio”. Yo le dije, “esperá porque el taller de hoy es para eso”, para que no haya rumores, para que no pase como una vez que Adrián se equivocó y le dio una botella de Terma a Daniel. Se equivocó, se equivocó, nosotros nos equivocamos también.” (desgrabación de taller/asamblea)

En esta escena, que sigue girando en torno a la distribución de los objetos donados o recolectados, Martín retoma la palabra, pero poniendo de manifiesto otros “aprendizajes”. Lo que podemos observar aquí es, si se quiere, la otra cara del aprendizaje que mencionamos en torno a la construcción colectiva de horizontalidad. Martín, el mayor referente de la cooperativa, da cuenta de un error cometido por Adrián con quien se identifica en tanto referente y “decisor”. Ellos tomaron una decisión respecto de un “objeto especial”, y se lo dieron, sin consultarlo con el resto, a uno de los integrantes de la cooperativa. En virtud de su lugar de autoridad de hecho, en la organización, Adrián tomó una decisión individual que concitó discusiones y problemas posteriores. Y lo que se manifiesta en las palabras de

Martín en la escena, es justamente ese aprendizaje: la necesaria “cesión” de atribuciones propias de una autoridad (también legítima y legitimada) en pos de la construcción colectiva de cooperatividad, la posibilidad de poner en cuestión elementos de esa autoridad y el esfuerzo de quienes la poseen de abrir el juego, aún asumiendo riesgos, al resto¹⁵.

El juego que se presenta es, sin embargo, doble porque el lugar de autoridad sigue subyaciendo incluso en la renuncia, que se presenta como gesto de autoridad. Así, las recriminaciones, la desautorización son efectuadas desde la propia autoridad, dando lugar al “efecto de metonimia” descrito por Bourdieu. La cesión o desinterés lleva inscripta, aunque más no sea porque es inherente a las relaciones sociales, la mantención de un piso de autoridad que es imposible ceder, salvo frente a un desafío abierto que de lugar a la toma del poder por parte de “otro autorizado”.

Tercera escena

Veamos una tercera escena, transcurrida en otro taller donde se trata la toma de decisiones conjuntas y la definición de un reglamento interno para los miembros de la cooperativa.

Jorge: Si incorporamos nuevas personas, un amigo, un primo, un sobrino... debe ser parte del reglamento cómo se va a hacer para ingresar o quién decide?

Rubén: Para mi Adrián y Martín son los que tienen que decidir.

Jorge: Hasta ahora siempre fue así...

Lorena: Para mí hay que verlo...Adrián y Martín no saben cómo labura (el aspirante a nuevo integrante). Si hasta ahora el reglamento lo definimos entre todos, este tema porque no..."

Martín responde: No queremos más que sea así. No queremos más que caiga la responsabilidad en algunos. Nos gustaría que salga del análisis de todos.

Mónica: Perdoná Jorge, me gustaría escuchar la voz de los demás porque al final se escuchan sólo cuatro voces. Este es el momento que te sacás el otro yo, como dice Martín..

Martín: Ese sería otro tema a trabajar. El tema de la participación.

(...)

Mónica: Nos pusimos de acuerdo en tomar mate 10 ó 15 minutos. Le dijimos a Adrián y dijo que sí. Así es como se llegó a un acuerdo. Hablando la gente se entiende". (Desgrabación de taller/asamblea)

¹⁵ La apertura del juego incluye la función del equipo técnico (nosotros) a quienes se nos demandaba trabajar en torno a la mayor participación e involucramiento de todos los miembros.

En esta escena se observa un pequeño intercambio de opiniones entre dos miembros de la cooperativa a partir de una interpelación en torno a cómo debe decidirse el ingreso de nuevos integrantes. La práctica en los hechos, es que esas decisiones recaen sobre Martín y/o Adrián, circunstancia que se está poniendo en cuestión en este diálogo. Una primera actitud es la de la delegación, “deben decidirlo Adrián y Martín”. Subyacen dos aspectos en la delegación, por un lado, la desconfianza sobre los propios criterios, estrechamente asociada a una excesiva confianza en criterios ajenos (específicamente algunos). Por otro lado, un cierto reparo en asumir responsabilidades, y en ese sentido, cierta “ajenidad” respecto de la cooperativa. Sin embargo aparecen otras voces en el mismo diálogo, que no corresponden a Martín ni Adrián y que marcan una suerte de punto de inflexión de la narración colectiva en torno a lo cooperativo. Lorena problematiza el lugar del saber exclusivo adjudicado por Rubén a los referentes, y desplaza la decisión hacia un criterio colectivo.

Martín se coloca en la misma posición y argumenta sobre la necesidad de la participación de todos los involucrados. El binomio participación-responsabilidad es el eje en cuestión. Porque participar conlleva necesariamente la asunción de una mayor responsabilidad. Esta es una de las mayores tensiones que podemos encontrar en la construcción de las dinámicas horizontales. Si entre los aprendizajes que señalamos se incluye por parte de los poseedores de mayores recursos cierta desposesión, también se incluye en ellos, la apropiación por parte de los más “desposeídos” de algunos de esos recursos. La redistribución exige en ese sentido la apropiación de cierta magnitud de los atributos en circulación. Este ejercicio complejo, reconoce apropiaciones diferenciales, como bien se expresan en la escena citada.

Ahora bien, la complejidad y contradicciones se vuelven a manifestar en el transcurso de la misma escena, en el momento final cuando Mónica pone el ejemplo del acuerdo de tomar mate 10 ó 15 minutos. Allí aparece una propuesta, una apropiación de atributos en una decisión concertada colectivamente, pero el mismo acto conlleva también una reapropiación “otorgada y asumida” de atributos de poder y autoridad, en la necesidad de pasar por el “trámite” de rubricarlo con el permiso de Adrián

Cuarta escena

Veamos una última escena de nuestros registros de campo, en donde se ponen en juego otros aspectos de los que queremos dar cuenta en este trabajo.

Darío cuenta que Martín echó a Manuel.

-Martín dice: “pero como fueron las cosas, yo quisiera que cuenten más bien como fueron las cosas porque sino parece que...”

A partir del caso de Manuel surge un planteo de Martín sobre los objetos especiales: cómo hubo que modificar los comportamientos porque “nos estábamos robando entre nosotros”. Y cuenta cómo fue el proceso de Manuel, que escondió un par de zapatillas y luego se las llevó sin decir nada.

Chelo: cuestiona la decisión y pregunta por qué no se echó a Esteban antes, frente a un caso similar.

Martín: compara los casos de Esteban y Manuel. Esteban se arrepintió: “todos podemos aprender”, en cambio Manuel dijo “me lo dieron a mi, y es basura” “nos trato de boludos”. (Nota de campo)

Esta escena también corresponde a un taller de una serie dedicada a la problematización y búsqueda de consensos en torno al tratamiento de los objetos que eran donados a la cooperativa o que eran encontrados durante el proceso de recolección. El disparador en este caso fue la apropiación “ilegítima” de un objeto por parte de Manuel¹⁶.

La singularidad está dada por la presencia y discusión en torno a la aplicación de una sanción a un miembro por la apropiación “ilegítima” de un “objeto especial”. En cualquier grupo de personas la expulsión constituye una de las máximas sanciones posibles, tanto material como simbólicamente y genera un malestar expandido. La situación se agrava si semejante decisión no se toma por un consenso que al menos evite la superposición de versiones sobre hechos y razones. Aquí se manifiesta justamente ese tipo de malestar.

Sin embargo, lo que algunos miembros de la cooperativa ponen en cuestión, más quizá que la propia sanción, es una cierta asimetría planteada en relación a otros casos similares, en donde las sanciones aplicadas fueron menos severas. Se cuestiona en ese sentido, la discrecionalidad de las decisiones. De alguna manera, el propio cuestionamiento forma parte de un aprendizaje hacia lo horizontal.

De parte de Martín, la autoridad constituida, opera una doble dimensión, por un lado, la permanente vuelta al lugar de la autoridad, en este juego de “desposesión-reposición de atributos de poder”, la autoridad se actualiza y acumula en cada acto de decisión, en particular, cuando se toman las decisiones más comprometidas, y se cuenta con los atributos

¹⁶ El tratamiento del tema de los “objetos especiales” fue un proceso largo y sumamente rico, dado que conllevó un prolongado debate colectivo que derivó en acuerdos consensuados en torno a la distribución de tales objetos, pasándose de una lógica de apropiación individual (el criterio “espontáneo” de distribución era que cada cual se quedaba con lo que le daban) a un criterio colectivo (se separa lo que es útil a la organización y se distribuye con la estipulación de un “precio social” a los integrantes de la cooperativa interesados en cada objeto).

necesarios como para fundarla. Por otro lado, la reaparición, en otro sentido, de la argumentación en torno a un código moral implícito, que es evidenciado por Martín en su discurso, código que prevé una lógica resarcitoria y no solamente punitiva. Tal es el modo en que se fundamenta la diferencia de sanciones en los dos casos expuestos: en el primero, donde la comisión de una falta grave, es resarcida por el arrepentimiento, por el aprendizaje; en el segundo caso, donde la falta no es aceptada como tal, violando doblemente el código moral, en la comisión del hecho y en la parte –imperdonable– de la falta, de no aceptar la equivocación: “nos trató de boludos”.

La lógica de la sanción, no obstante, tiene en estos casos una estructura y en consecuencia, un fundamento diferente. La ruptura de una norma colectiva es la ruptura con el colectivo y en ese sentido es sancionada (Rebón, 2005). Es decir, la ruptura de la norma es sancionada en la medida en que lesiona la reciprocidad a la que se aspira (en tanto norma colectiva). Por ello, en la dimensión moral, la gravedad reside en la falta de arrepentimiento, en, no dar muestras de un avance hacia la lógica colectiva. .

A modo de conclusión

El proceso de construcción de la cooperativa TPV forma parte de un proyecto de dimensiones económicas, sociales y políticas, que trasciende cada una de ellas y se arraiga en su integralidad. Si nos limitamos a alguna de sus dimensiones, no podremos comprender las lógicas que se intersectan y superponen en la mecánica interna de la organización. En términos económicos el proyecto consiste en la generación de un “emprendimiento” sustentable y rentable; en términos políticos, en el apuntalamiento de cierta “conciencia de clase para sí” de los miembros; en términos sociales una respuesta a las necesidades de los sectores populares, como la creación de fuentes de trabajo (objetivo siempre explicitado).

Reparando en su multidimensionalidad, podemos observar que la postura “militante” aparece permanentemente en la construcción del valor de la horizontalidad y el “empoderamiento” por un lado; y en la “bajada de línea” y la cesión modulada (no siempre consciente) de los atributos de poder, por el otro. Esta tensión atraviesa todos los aspectos analizados, y se expresa permanentemente en las dinámicas assemblearias.

El mecanismo por parte de los referentes de *posesión-desposesión-reposesión* de atributos de poder asociado al carácter militante antes descripto, conforma una lógica más o menos eficiente en términos de redistribución sobre la que operan otras variables –tanto estructurales como subjetivas– que escapan a la lógica intrínseca del mecanismo –pre consciente– señalado. Entre ellas, los elevados niveles de rotación de los integrantes de la

cooperativa; el desfase entre las disposiciones asociadas a los espacios de socialización subalternizados, y las exigidas por imperio de la horizontalidad cooperativa, conformando una suerte de *habitus discordante*; los diferentes niveles de compromiso; las distancias sociales entre los miembros y los diferenciales de los capitales ostentados, etc, componen buena parte de las dificultades y desafíos a que se ve enfrentado el horizonte de la construcción cooperativa.

Una de las propiedades de los campos, en la definición de Bourdieu, es que las personas implicadas poseen en común un conjunto de intereses fundamentales: “todo lo que va unido a la existencia misma del campo”, aquello que subyace a él, el juego, los objetos en juego –enjeux–, etc. “Los nuevos ingresados deben pagar una cuota de ingreso que consiste en el reconocimiento del valor del juego [...] y el conocimiento práctico de los principios de funcionamiento del juego” (Bourdieu, 2000:115). De lo que se trata en este espacio que analizamos es justamente de la constitución o reconstitución de un campo que exige, para el buen funcionamiento al que se aspira como proyecto, la modificación y adquisición de ciertos hábitos por parte de todos los participantes, que se van aprendiendo y aprehendiendo a lo largo del juego. En ese sentido, y por las características de este campo, siempre se encuentra en proceso el “reconocimiento del valor del juego”, al menos de algunos de los *enjeux*. Por otra parte, el mismo decurso, que en virtud de la constitución del nuevo campo, pone a disposición una serie de atributos para su redistribución, reactualiza –y resignifica en una nueva medida– la autoridad y la legitimidad de los mandatarios dentro del colectivo. En otras palabras, se produce una lógica doble e interrelacionada de producción y reproducción: de producción porque existe una resignificación del campo en virtud de la distribución; y de reproducción –y valoración– del mandato incorporado al proceso de resignificación.

Una forma de expresión de las tensiones del campo en reconstitución es la que se da entre la toma de decisiones y las responsabilidades implicadas en ella. Un hecho común que se manifiesta en los talleres es un ir y venir entre el reclamo por decisiones tomadas por los referentes y una tendencia a delegarles la responsabilidad cuando se presenta una cuestión importante, es decir, cuando deben asumirse los costos del involucramiento, circunstancia ésta, asociada a la capacidad y voluntad de “apropiación” de los integrantes. En efecto, si como dijimos antes, la reconstitución del campo cooperativo, proyectado por quienes detentan la autoridad legítima, exige de parte de ellos, cierto nivel de desposesión de atributos de autoridad, cierta renuncia de su mandato, exige también la apropiación, en alguna medida, de tales atributos en circulación por parte de los más desposeídos.

No obstante, evidentemente, tales expectativas, funcionan fundamentalmente en ese plano: el de lo esperado. En definitiva, siguiendo los

mismos términos, la composición heterogénea característica de la cooperativa TPV, se encuentra aún frente a la consolidación de esa propiedad del campo que señala Bourdieu, donde los participantes comparten una serie de creencias en el juego. Se encuentra en proceso (siempre vigente en alguna medida) de aunar y consolidar esas creencias, de generar un nuevo *hábitus* que reestructure ese campo de relaciones.

Por otra parte, los reglamentos y acuerdos internos, muchas veces se tornan difíciles de implementar, y el régimen de sanciones funciona de un modo relativo y -salvo en las situaciones extremas como la que vimos de expulsión- también se maneja en una dinámica acotada por el carácter de proyecto político/social que es intrínseca a la cooperativa. En ese sentido, como habíamos señalado, se destaca una valorización moral de las faltas, sustentada fundamentalmente en el peso de lo testimonial, y en cierta economía de bienes simbólicos, que ocupan un lugar determinante en el contexto de evaluación social constituido en el espacio de asamblea (Manzano, 2006).

Finalmente, la viabilidad del emprendimiento económico se presenta como un elemento inexorable y de una centralidad radical. Sin sustentabilidad no hay construcción de colectivo. Las lógicas de la eficiencia y las económicas en general se imponen como insoslayables, incluso si se contraponen -eventualmente- con las dimensiones morales, que de modo permanente circulan en la construcción de lo colectivo.

Bibliografía citada

Alianza Cooperativa Internacional (1995), "Declaración sobre Identidad y Principios Cooperativos", Manchester.

BATTISTINI, Osvaldo (dir.) (2006), *¿Por qué y para qué es importante pensar sobre lo que hacemos?: Materiales para la reflexión sobre prácticas colectivas en organizaciones sociales productivas*, Los Impresionistas, Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre (1979), "Los tres estados del capital cultural", en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, num. 30, pp. 2-6.

----- (1997/1994), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.

----- (1993), "La delegación y el fetichismo político", en *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.

----- (2000), "Algunas propiedades de los campos", en *Cuestiones de sociología*, Akal, Madrid.

----- (2007), "El sentido práctico", Siglo XXI, Buenos Aires.

CARENZO, Sebastián y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2009), "¿Dónde están los límites del emprendimiento?", en *II Encuentro Internacional: La economía de los trabajadores. Autogestión y distribución de la riqueza*, Programa Facultad Abierta, FFyL-UBA, Buenos Aires.

CORAGGIO, José (2003), "Una alternativa socio económica necesaria: la economía social", en Claudia Danani (comp.) *Política Social y Economía Social. Debates fundamentales*, UNGS-Altamira-Fundación OSDE, pp.169-202.

ETCHEGORRY, Cristina y otros (2008), "Las cooperativas ¿funcionan cooperativamente?, ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata.

DIMARCO, Sabina (2005), "Experiencias de autoorganización en cartoneiros: un acercamiento a la configuración de vínculos laborales, sociales y políticos en contextos de exclusión social", *Informe final del concurso: Partidos, movimientos y alternativas políticas en América Latina y el Caribe*. Programa regional CLACSO. Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2005/partijov/dimarco.pdf>, 2005

FAIRBAIRN, Brett (2006), "¿Cuán sociales son las cooperativas? Tensiones, transiciones y economía social de las cooperativas en Canadá". Documento 52, Publicación del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo, FCE, UBA, Buenos Aires.

GORBÁN, Débora (2004), "Reflexiones alrededor del proceso de cambio social en Argentina. El caso de los cartoneros", *Revista electrónica de estudios latinoamericanos e-l@tina* vol.2 N° 8, www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm, 25/06/2010

LUCENA, Héctor; HERNÁNDEZ ARIAS, Aymara y ZAPATA, Gerardo (2008), "Organización y relaciones de trabajo en cooperativas", *Revista venezolana de economía social*, año 8 n° 15., pp. 61-91.

MANZANO, Virginia (2006), "Formación de dirigentes, jerarquías y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: un enfoque antropológico de los movimientos sociales", *AVÁ*, N° 9, pp. 77-92.

MERLINSKY, Gabriela y ROFMAN, Adriana (2004), "Los programas de promoción de la economía social: ¿una nueva agenda para las políticas sociales?", en Floreal Forni (Comp.) *Caminos solidarios de la economía argentina*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, pp 161-190.

QUARTER, Jack (1992), *Canada's Social Economy: Co-operatives, Non-Profits, and Other, Community Enterprises*, James Lorimer & Co, Toronto.

REBÓN, Julián (2005), "Trabajo sin patrón. Las empresas recuperadas y la producción". Documentos de trabajo nº 44, IIGG, <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/DT/dt44.pdf>, 28/06/2010.

WILKIS, Ariel (2010), "Capital moral y prácticas económicas en la vida social de las clases populares. Un estudio socio-antropológico en el partido de la Matanza", *Tesis de doctorado* (EHESS-UBA), Facultad de Ciencias Sociales, UBA, junio, Buenos Aires.

Capítulo 6

La asociatividad para el trabajo como productora de lazos sociales: un análisis de sus dimensiones a partir de dos tipos asociativos en la Argentina actual

Nicolás Dzembrowski
Johanna Maldovan Bonelli

Introducción

El presente artículo propone una reflexión en torno a las principales dimensiones del hecho asociativo, tal como se ha manifestado a partir de la última crisis de empleo en nuestro país. Nos abocaremos a un tipo específico de asociatividad que hemos denominado *“asociatividad para el trabajo”* y que se caracteriza por haber surgido como respuesta a la necesidad de generación de empleo y/u obtención de ingresos de una parte de la población afectada por estas problemáticas en la última década. Para ello partiremos de un enfoque que dé cuenta del modo en el cual las interacciones se desarrollan, de cómo se produce el lazo social en las organizaciones, sobre qué bases y bajo qué condiciones.

Para el análisis, se tendrán en cuenta dos tipos asociativos: las cooperativas de trabajo provenientes de procesos de recuperación de empresas (CTPPRE) y las cooperativas de recolección y clasificación de residuos sólidos urbanos (CRyCRSU). Ambos tipos, provenientes de distintos contextos socioeconómicos así como de distintas trayectorias sociolaborales, han trazado estrategias vinculadas a la asociatividad que les permitieron obtener mejoras en sus condiciones de vida, a través del sostenimiento de una fuente de empleo y de ingresos generalmente estables. La particularidad de estas experiencias reside en que carecían de un proyecto político

previo de construcción cooperativa en casi todos los casos, y que cuando existía, estaba desligado de los valores tradicionales del cooperativismo. En las organizaciones analizadas la cooperativización surgió como un medio para dar respuesta a una situación de carencias y fue a partir de ello que éstas comenzaron a moldear un proyecto colectivo de trabajo referido a un cúmulo de valores que suelen asociarse a la llamada economía social y solidaria.

El artículo se encuentra organizado en dos partes. En primer lugar, desarrollaremos el concepto de asociatividad para el trabajo y los orígenes y trayectorias de los grupos mencionados. En segundo lugar, analizaremos las distintas estrategias desplegadas por los colectivos de trabajo a partir de las tres dimensiones que hemos definido como constitutivas del hecho asociativo: la solidaridad recíproca, la autogestión y la cooperación asociada. Con ello, se pretende realizar un aporte a los debates en torno a las formas de construcción de asociatividad en nuestro país y a la incidencia que estas organizaciones tienen en la reconfiguración de las prácticas y saberes de los actores involucrados en estos procesos.

La asociatividad para el trabajo

La asociatividad, desde una concepción ampliada, remite a una multiplicidad de tipos de organizaciones sociales conformados por sujetos que, fundados en diferentes tipos de acuerdo, deciden unirse de manera permanente y voluntaria para compartir sus esfuerzos y conocimientos en la consecución de un objetivo común. Estos acuerdos son el resultado de la interacción social que los sujetos ponen en práctica en el día a día, estando mediados por una diversidad de códigos compartidos en un determinado espacio-tiempo común, generando la identificación de un «nosotros» colectivo que es por ellos recreado.

El concepto de asociatividad para el trabajo refiere específicamente a una capacidad que utilizan los actores sociales para ensayar la resolución de problemas de insatisfacción de necesidades individuales y colectivas por medio del trabajo con un principio distinto al de la economía de mercado, proponiendo la autonomía del colectivo de la relación capital/trabajo (Haeringer, Laville y Sainsaulieu, 1997; Albuquerque, 2004a). De este modo, este concepto aparece como respuesta a situaciones sufridas directamente como insoportables y que a través de la estructura formal y económica predominante no se logran satisfacer (Forni, 2004; Coraggio, 2004). De esta manera, adquiere gran importancia el componente de solidaridad que presenta la asociatividad para entender el funcionamiento y la sustentabilidad de las experiencias que de ella surgen (Razeto, 1987).

La solidaridad aparece en estas organizaciones como un elemento fundamental a tener en cuenta como principio de acción colectiva independiente que, diferenciado de la acción instrumental y estratégica, permitiría comprender la originalidad de lo expresado en las prácticas asociativas (Chanial y Laville, 2002).

La asociatividad es por ende, tanto una forma de acceder a los bienes necesarios para la reproducción ampliada de los sujetos (Coraggio, 1998), como una forma de hacer sociedad. En la construcción asociativa, los sujetos se encuentran en pos de una finalidad común y se ven “obligados” a reinventar las formas de organización y comunicación con los otros, a regenerar lazos y normas que permitan arribar a los objetivos que se han propuesto.

Para la consecución de sus objetivos, estas organizaciones adoptan arreglos colectivos en la posesión de los medios de producción, en el proceso de trabajo y en la gestión del emprendimiento, minimizando la presencia de relaciones asalariadas. Una de las características más relevantes en estas modalidades asociativas es la indivisión que presentan entre el capital y el trabajo. Su racionalidad se asienta en la comunidad de trabajo, fundada en vínculos de reciprocidad que inciden en los comportamientos y sus representaciones, a la vez que tienden a diluir las fronteras entre los intereses individuales y los colectivos (Gaiger, 2004).

El factor trabajo ocupa un lugar central en este tipo de asociatividad dado que, por una parte los sujetos que la construyen se proponen sostener su fuente de trabajo y, por otro, es el trabajo – bajo una relación asociada – lo que sostiene a estas iniciativas. De este modo, el trabajo se constituye tanto en un fin como un medio.

Es por esto que para Laville y Sainsaulieu (1997) la legitimidad asociativa, a diferencia de las organizaciones productivas capitalistas, no se basa en la producción de bienes y servicios sino que ésta es indisociable del lazo social que supone la construcción de reglas que rigen las relaciones entre sus miembros. La diferenciación organizacional entre la asociación y la empresa remite justamente a la producción de bienes y servicios: mientras que en la empresa el bien o el servicio es el que genera el lazo social, en la asociación es el lazo social el que genera el bien o el servicio.

Dos tipos asociativos en respuesta a la crisis: órigenes y trayectorias grupales

Frente al pasado escenario argentino, de profunda crisis económica y alto nivel de desempleo, las cooperativas surgidas tanto del proceso de recuperación de fábricas como de la creación de cooperativas de recolección y

clasificación de RSU resultaron una respuesta generada por los propios trabajadores que encontraron en la asociatividad una vía alternativa para resolver sus problemáticas de empleo e ingresos.

Los orígenes y trayectorias de los colectivos que conforman las experiencias asociativas plantean interrogantes acerca de la incidencia que éstos podrían tener en el desarrollo de un emprendimiento sustentable. Siguiendo a Stryjan (1999) el proceso de formación cooperativa supone la existencia de un agente colectivo que forma un núcleo o la base de reclutamiento para la futura organización, “un emprendimiento colectivo también presupone cierto grado de confianza entre los futuros participantes (...) Al nivel individual, la confianza también contribuye a compensar la incertidumbre presente en el muy impredecible proceso de formación” (Stryjan, 1999: 6). En este sentido se vuelve necesario recurrir a la “prehistoria” compartida del grupo fundador de la organización para entender el proceso de formación y el posible desarrollo de la experiencia. Esta historia previa a su vez puede estar vinculada a diferentes orígenes, preocupaciones y necesidades compartidas que el autor identifica esquemáticamente en cuatro tipos posibles: a) orígenes basados en redes sociales/comunidad; b) orígenes basados en necesidades/situación de vida; c) orígenes basados en ideas; d) orígenes basados en empresas o actividades.

Variables como el nivel educativo, la edad, la experiencia acumulada en torno a situaciones de trabajo, las cuales imprimen una trayectoria personal particular que indefectiblemente terminan permeando al grupo del cual forman parte, son condicionantes a tener en cuenta para la comprensión de las diferentes prácticas desarrolladas en cada tipo asociativo y en cada experiencia. A su vez, la trayectoria del colectivo tanto en su faceta asociada como en la existencia de una socialización anterior a la formación de la cooperativa, también implica un reconocimiento de la existencia de saberes previos que condicionan, favoreciendo o limitando dependiendo del caso, la realidad asociativa.

A partir de ello es que desarrollaremos brevemente una caracterización de los dos tipos asociativos mencionados así como de los orígenes y trayectorias de los grupos que los conforman, para luego, adentrarnos en el análisis de las dimensiones que distinguen a la asociatividad para el trabajo como fenómeno específico.

Cooperativas de trabajo provenientes de procesos de recuperación de empresas (CTPPRE)

La recuperación de empresas por sus trabajadores y posterior conformación de cooperativas de trabajo¹ surgió en Argentina hacia mediados de la década del 90 (Allegrone, Partenio, Fernández Álvarez, 2003)², como resultado del masivo cierre de fábricas y empresas producto del proceso de desindustrialización del aparato productivo nacional generado a través de la implantación de políticas económicas de corte neoliberal.

Sin embargo, es con la crisis del año 2001-2002 que la modalidad de recuperación de empresas toma mayor envergadura en cantidad de casos y trabajadores participantes, empezando a ser objeto de estudio académico y tomando visibilidad pública a través de su aparición en los principales medios de comunicación nacional.

Desde sus inicios y hasta la actualidad las CTPPRE han evidenciado un sostenido crecimiento, acompañado de la aparición de nuevos casos durante todo el período, a la vez que han conseguido ser parte de la agenda pública forzando la promulgación de numerosas leyes de expropiación por parte del Estado así como la implementación de diversos programas de apoyo y subsidios a las experiencias cooperativas³.

De esta manera los procesos de recuperación de fábricas se extienden en todo el país, manteniendo su epicentro en el área metropolitana de Buenos Aires, y se constituyen en una alternativa posible para los colectivos de trabajadores que se encuentran en situaciones de cierres y vaciamientos empresariales de los establecimientos (Angélico et al, 2008a).

Por otra parte se dio un proceso de articulación entre los distintos colectivos de trabajadores que conformaron las cooperativas a través de la creación de instancias de representación conjunta que nuclean a diferentes

¹ Se entiende por estas, a aquellas empresas que abandonadas por las patronales, o en proceso de vaciamiento, quiebra o cierre, han sido ocupadas por sus trabajadores y puestas a producir por los mismos (Fajn, 2003; Rebón, 2007).

² El proceso de recuperación frente al cierre o quiebra de empresas reconoce en la Argentina antecedentes lejanos en el tiempo, a través de la vida sindical se transformaron en cooperativas distintas empresas en la década del 70 (Lozadur, Cita, Cat, entre otras), en la que también se dieron experiencias de cogestión como fue el caso del Sindicato de Luz y Fuerza y Segba. Las experiencias de autogestión siguieron desarrollándose a mediados de los 80 como respuesta a la desindustrialización que se venía dando en ese período.

³ El pasado 17 de marzo de 2010 la presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner anunció el envío al Parlamento de un proyecto de modificación de la ley de quiebras "que garantice la continuidad de las empresas abandonadas por sus patrones en manos de sus trabajadores".

<http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-142251-2010-03-18.html>.

experiencias en forma de movimientos y federaciones (Wyczykier; 2007)⁴, llegándose a contabilizar aproximadamente 180 cooperativas de trabajo provenientes de esta modalidad, que se desenvuelven con predominancia en el sector industrial pero que también actúan en el de servicios.

En estas cooperativas es la defensa de la fuente de trabajo lo que interpela a los sujetos para el desarrollo de las experiencias que en la mayoría de los casos significaron largos períodos de inestabilidad laboral y económica para poder empezar a producir de manera regular (Angélico et al, 2008b).

Los sujetos y colectivos que integran las CTPPRE presentan características similares. Son ex trabajadores asalariados, mayormente provenientes del sector industrial, con una extensa experiencia laboral desarrollada generalmente en la misma fábrica. Esta situación se tradujo en una identificación con la rama de la actividad a la que pertenecen y con las labores propias de su puesto, las cuales provienen de un aprendizaje realizado en el contexto de una forma de organización del trabajo de tipo taylorista. A su vez, son trabajadores que por su elevada edad y especialización se encontraban imposibilitados de reinsertarse en el mercado de trabajo de manera estable.

Esta descripción típica del trabajador que protagoniza la recuperación de la fábrica nos remite a las características del colectivo que conforma la cooperativa luego del proceso de extinción de la empresa anterior. Son grupos que convivían en un mismo espacio laboral, signado por la lógica y disciplina impuesta por la lógica capital-trabajo, que regulaba sus prácticas cotidianas.

En tal sentido, la novedad de la cooperativa remite más a la forma de organización autogestiva de la producción, a la inclusión de aspectos administrativos, logísticos y decisionales para la gestión de la empresa cooperativa y sobre todo a la necesidad del involucramiento y compromiso de sus miembros en el proyecto que a cuestiones vinculadas a la realización del trabajo.

Sin embargo, el trabajo se modifica y es modificado en función de las nuevas necesidades de la cooperativa, los puestos y funciones se reparten de acuerdo a los saberes y condiciones de los trabajadores pero también en función de necesidades productivas específicas existiendo una intercambiabilidad de tareas que puede ser tanto entre diferentes puestos de una misma sección, entre diferentes secciones e incluso entre la parte gerencial/administrativa y la de producción. La conformación de los grupos que protagonizan las experiencias de CTPPRE se inscribe entonces en la pertenencia de los colectivos a una experiencia de trabajo compartida.

⁴ Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas, Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas por los Trabajadores, Federación de Cooperativas de Trabajo, entre otros.

Cooperativas de Recolección y Clasificación de Residuos Sólidos Urbanos (CRyCRSU)

La organización de cooperativas de clasificación de RSU surgió principalmente por la necesidad de sortear intermediarios con la que se encontraron los distintos sujetos abocados a la recolección informal desde fines de la pasada década⁵. La multiplicidad de intermediaciones existentes entre los recuperadores de residuos en tanto primer eslabón de la cadena y las industrias colocó a éstos en una situación de fuerte desventaja respecto a los ingresos obtenidos por los materiales vendidos. La conformación asociativa permitió mejorar esta situación, dado que a través de la venta conjunta se alcanzó comercializar con galpones de mayor tamaño (y en ocasiones con industrias directamente) y, a partir de ello, incrementar los precios de venta de los materiales.

Si bien en un primer momento el objetivo central de estas organizaciones ha sido la reducción de intermediarios para la mejora de los precios, durante su desarrollo han realizado acciones orientadas a la generación de empleo, la promoción ambiental y el apoyo de instituciones comunitarias y barriales. A partir de ello, las cooperativas se han instituido como un actor diferenciado en el circuito del reciclaje que combina la inserción en el mercado con modalidades autogestivas de organización y una distribución equitativa de los ingresos (Angélico y Maldovan, 2008).

En este artículo nos centraremos en los casos de organizaciones cooperativas que se encuentran gestionando los centros verdes de clasificación y comercialización de RSU de la ciudad creados en el marco de la Ley 1854⁶. Los centros verdes reciben materiales que las empresas recolectoras

⁵ Si bien la recolección informal reconoce orígenes que datan de más de un siglo en nuestro país (Schamber, 2008), el crecimiento de la actividad se vio fuertemente impulsado tras la crisis de empleo de la década pasada y la subsiguiente mejora de los precios relativos de las materias primas luego de la devaluación de la moneda en el año 2002.

⁶ En la Ciudad de Buenos Aires la sanción de la ley 992 en diciembre del 2002, habilitó la recuperación de materiales reciclables en la vía pública, considerada hasta ese entonces como una actividad ilegal. La ley prevé a su vez, la incorporación de los recolectores informales dentro del sistema de Higiene Pública de la Ciudad. A partir de ello, se creó en la Ciudad un registro de recuperadores urbanos con vistas a formalizar la actividad.

La Ley 1854 (Basura Cero) sancionada en Noviembre del 2005, apunta a la reducción de las toneladas de basura que se entierran en los rellenos sanitarios, en pos de la promoción de políticas de gestión integral de RSU. En el marco de esta ley se prevé a su vez el incentivo a las organizaciones cooperativas que se encuentren inscriptas en el REPYME (Registro Permanente de Cooperativas y de Pequeñas y Medianas Empresas) mediante el otorgamiento de créditos y subsidios destinados a la adquisición de bienes de capital dirigidos al objeto principal de su actividad.

de residuos de la ciudad deben otorgarles, así como también de otras cooperativas que actualmente se encuentran articuladas al GCABA mediante convenio y que se encargan de recuperar materiales de los grandes generadores. Algunas de estas organizaciones han desarrollado asimismo un sistema de recuperación de residuos en origen y ofrecen el servicio de recolección puerta a puerta a aquellos vecinos y/o empresas que se adhieran a participar en el mismo.

Los grupos que conformaron las CRyCRSU reconocen trayectorias en común ligadas a la participación comunitaria y en distintas redes sociales así como a acciones derivadas de compartir una situación de vida similar. En el primero de los casos, la pertenencia a una misma comunidad local presenta un “potencial cooperativo latente [que] podrá ser activado una vez que la comunidad se involucre en un proyecto común, para resolver un problema comunitario o se sienta atraída por una idea compartida” (Stryjan, 1999). Por otra parte, el hecho de compartir una situación de vida similar también puede ser un factor potencial de formación de un grupo cooperativo. En estos casos, la definición de “necesidades compartidas facilita contactos y de una manera indirecta, también puede definir potenciales lugares de reunión” (Ibid.)

Estas cooperativas fueron conformadas por dos tipos de sujetos sociales que, ante una misma situación, optaron por la cooperativización para enfrentar sus problemáticas más apremiantes. Por un lado, un grupo reconoce su origen en lo que la literatura denominó “nuevos pobres” (Minujin y Kessler, 1995) producto de las reformas de los '90 y de la posterior crisis del 2001. Este grupo integra a quienes ingresaron en la actividad como un “rebusque transitorio” y encontraron en la clasificación y venta de materiales reciclables una opción económica para generar una fuente de autoempleo. En estos casos, los grupos promotores sostenían lazos previos de amistad siendo una situación de necesidad económica lo que los llevó a conformar los emprendimientos.

El otro grupo de cooperativas fue conformado por sujetos con una larga trayectoria en la pobreza que tradicionalmente se dedicaban al cirujeo, intercalando la recolección de residuos con otro tipo de “changas” como medios de reproducción de su unidad doméstica. Son habitantes de las villas y barrios pobres de las periferias urbanas, generalmente ligados por la convivencia en un mismo espacio territorial. Entre estos grupos encontramos experiencias previas en común ligadas a la participación en espacios y acciones políticas conjuntas (movimientos sociales, luchas por el acceso a la vivienda, acciones orientadas a la sensibilización en salud sexual y reproductiva, etc.) así como la pertenencia a un mismo espacio geográfico y a las instituciones allí desarrolladas.

Si bien estos dos orígenes pueden diferenciarse a grandes rasgos, cabe destacar que el desarrollo de los emprendimientos implicó una articulación

entre los dos sujetos mencionados. En este sentido, las cooperativas impulsadas por el primer grupo tendieron a incorporar recolectores informales en las organizaciones, ampliando el número de socios y por ende la cantidad de empleo generado. Del mismo modo, las cooperativas conformadas por recolectores de larga permanencia en la actividad tendieron a incorporar entre sus socios a trabajadores, cuyas trayectorias laborales no estaban relacionadas con la recolección informal.

La particularidad de las trayectorias de los grupos que han conformado este tipo de cooperativas presenta ciertos desafíos a enfrentar para lograr el desarrollo sustentable a largo plazo de los emprendimientos. Entre los más relevantes, para el caso de las cooperativas de reciclaje, por el propio origen socioeconómico de los sujetos ligado a su vez a sus trayectorias socio-laborales, se presenta la necesidad de reconstrucción de hábitos laborales tales como la permanencia en un mismo espacio físico y el establecimiento de horarios y días laborables fijos. En tal sentido, la construcción de cooperativas de recuperadores urbanos supuso la resocialización laboral de sujetos que anteriormente se situaban en condiciones de suma exclusión.

Las dimensiones del hecho asociativo y sus formas de expresión en el proceso de construcción de asociatividad

El análisis de las formas de producción asociativa nos remite a diferenciar al menos tres dimensiones que refieren a las modalidades de funcionamiento de la asociatividad y en ese sentido, a las formas en base a las cuales los sujetos asociados interactúan en el funcionamiento grupal. Estas dimensiones las hemos definido como: la autogestión, la cooperación y la solidaridad recíproca (Maldovan y Dzembrowski, 2009). Consideramos que éstas constituyen la base conceptual sobre la cual es posible comprender las formas en las que se expresa la asociatividad para el trabajo. Y ello es, principalmente, porque permiten un acercamiento analítico al tipo de relaciones sociales que priman en estos emprendimientos. Ello no implica, sin embargo, la inexistencia de contradicciones en cada organización, propias en este caso de los procesos y contextos de cada grupo así como de la posición ocupada en el medio social y económico en el que se desenvuelven. Principalmente porque el accionar de las cooperativas se despliega en un ámbito socioeconómico diferenciado respecto del ámbito lucrativo privado y del ámbito estatal. Dicha diferenciación conlleva el desarrollo de un proyecto empresario con eje en las personas y no en los capitales, a la vez que procura que su origen y evolución se sustente en la capacidad de iniciativa colectiva de los propios actores, convertidos de ese modo en protagonistas centrales de las realizaciones de las entidades en las que se nuclean (Castreje Suárez, 2006).

Por un lado, las cooperativas se constituyen como empresas que actúan en el mercado y por otro como asociaciones de miembros civiles (Bager, 1992). En su dimensión económica, las cooperativas son privadas, en tanto que trabajan sobre el mercado aunque no son empresas con fines de lucro en el sentido habitual. En su dimensión organizacional, las cooperativas se basan en la pertenencia voluntaria de los miembros (Michelsen, 1997). Este carácter dual de los emprendimientos estudiados es uno de los rasgos fundamentales que permite definir a cualquier hecho asociativo cuyo fin sea económico, aunque el fin de lucro no sea el último de los mismos.

De este modo, partiendo de considerar a las cooperativas estudiadas como organizaciones duales en las cuales los objetivos sociales y económicos se encuentran en permanente tensión, el análisis de los procesos de construcción de asociatividad debe tener en cuenta las fricciones y disputas así como las relaciones establecidas entre las definiciones normativas del hecho asociativo y las formas en las cuales éste se expresa. La referencia a las dimensiones de solidaridad, autogestión y cooperación, nos permite enmarcarnos en una perspectiva teórica de acercamiento al fenómeno que, sin embargo, no deja de lado la consideración dinámica ni conflictiva de los emprendimientos. Y más aún cuando, como hemos mencionado anteriormente, las trayectorias laborales y grupales de los colectivos impulsores difieren no sólo en su origen y desafíos a enfrentar, sino también en sus experiencias recorridas. Lo que nos proponemos es realizar un aporte a la comprensión de las formas en las cuales los grupos que han optado por la construcción de asociatividad despliegan estrategias colectivas para solucionar sus problemáticas de empleo e ingresos y bajo qué modalidades, más o menos conflictivas, lo llevan a cabo.

Solidaridad recíproca

En el caso de las formas asociativas para el trabajo la referencia a la solidaridad debe hacerse desde una perspectiva particular dado que, en tanto forma organizativa proveniente de la libre voluntad de los sujetos, ésta se enmarca en objetivos propios y colectivos en torno a lógicas irreductibles al interés individual. La solidaridad en tanto lógica de funcionamiento del tipo de asociatividad analizado, responde a una particular creación y recreación de lazos sociales en la cual la consecución de los objetivos propuestos colectivamente requiere de una acción conjunta orientada tanto al beneficio de todos como al beneficio individual. Hacer asociatividad requiere de ser solidario porque requiere de la ayuda mutua, de la fraternidad dada por la identificación común en un colectivo.

En estas organizaciones, la solidaridad se encuentra fundada en lazos de reciprocidad, es decir, en relaciones de intercambio en las cuales los

sujetos dan a la espera de una correspondencia futura, aunque no determinada ni en el objeto de intercambio ni en el tiempo en el cual éste se devolverá. Las expectativas en las acciones de los integrantes de estas modalidades asociativas se encuentran situadas en futuras devoluciones que el resto de los miembros del colectivo realizarán en pos de contribuir, cada uno de ellos, a la sustentabilidad del emprendimiento y por ende tanto al beneficio colectivo como al beneficio individual. En este sentido, el intercambio que se produce en estas organizaciones de base solidaria contribuye a reforzar los lazos sociales a partir del compromiso y la confianza puestos en juego.

La dimensión solidaria de las organizaciones asociativas para el trabajo aparece en los tipos de cooperativas estudiados bajo diversas modalidades. Podemos reconocer al menos tres formas de relaciones solidarias en las cooperativas que responden a lo que Eme y Laville (1996) denominan solidaridad filantrópica, solidaridad entre pares y solidaridad estatal. En el primero de los casos, la solidaridad se encuentra ligada a una relación de caridad basada en un sentido altruista, en la cual un grupo de individuos es asistido por otros individuos o entidades donantes. El segundo caso, se corresponde con relaciones entre iguales basadas en la reciprocidad, la ayuda mutua, la fraternidad y las redes grupales y/o de parentesco (Pastore, 2006). Finalmente, la tercera forma de solidaridad se encuentra situada en la acción del Estado, básicamente en sus funciones de redistribución de bienes y servicios en tanto autoridad legítima centralizada.

En el caso de las CRyCRSU la solidaridad aparece como la base relacional sobre la cual se asienta la organización del trabajo y el desarrollo de la actividad tanto hacia el interior como hacia el exterior de los emprendimientos. En tal sentido, pueden observarse relaciones de solidaridad filantrópica en las donaciones de materiales reciclables que realizan tanto vecinos como distintas empresas e instituciones hacia las cooperativas. Este tipo de relación se corresponde con lo que Razeto (1985) analiza como relaciones de donación constitutivas de las formas de sustento de los emprendimientos solidarios. En segundo lugar, las formas de incorporación de socios, basadas en lazos de parentesco o de amistad así como las acciones desarrolladas por las cooperativas respecto a otras organizaciones en materia de ayuda común, donaciones y apoyo en sus distintas demandas ante los poderes públicos responden al segundo tipo de solidaridad mencionado. Finalmente, la tercera forma de solidaridad, situada en la acción del Estado, se expresa en las políticas públicas que regulan la entrega de materiales reciclables a las cooperativas y brindan espacios, equipos de trabajo, logística y distintos tipos de subsidios para el mejor desarrollo de las organizaciones.

El afianzamiento de estas relaciones reconoce tres orígenes. En primer lugar, los lazos de confianza establecidos entre cartoneros y vecinos

fueron generados a través de la continuidad laboral en un mismo espacio, dado por la permanencia en la realización de la recolección por un mismo recorrido durante períodos prolongados de tiempo. En segundo lugar, las donaciones hacia las cooperativas se han establecido a partir de campañas realizadas por éstas en los barrios en los cuales trabajan, promoviendo la separación en origen y el compromiso de los vecinos con los emprendimientos. Finalmente, la sanción y reglamentación de las leyes que actualmente regulan la actividad fueron producto de la movilización de distintos sectores (cooperativas, medios de comunicación, legisladores, movimientos sociales, asambleas barriales, etc.) que ha tenido logros diferenciales, dependiendo ello de los momentos de coyuntura política y de la cohesión lograda en las organizaciones.

Estas tres formas de relaciones solidarias dadas entre los miembros de las organizaciones así como entre éstas y otros actores públicos y privados constituyen la base de funcionamiento de los emprendimientos. Sin ellas, la posibilidad de “éxito” de los mismos serían menores, en tanto que dependen de las ayudas mutuas y externas establecidas para poder autogestionarse. Ahora bien, los tres tipos de solidaridades mencionados reconocen a su vez instancias conflictivas entre los actores partícipes. En lo que respecta a las organizaciones y sus relaciones con cooperativas del mismo tipo, observamos que las instancias de apoyo común suelen sucederse en momentos de reclamos frente a los poderes públicos a fin de obtener mejoras para el sector. Sin embargo, en la práctica cotidiana son diversas las maneras de encarar la construcción asociativa así como de definir los objetivos a lograr en un continuo que va desde una perspectiva más empresarial a aquella que postula la finalidad social y comunitaria como central. Ello condujo a que, en el día a día, organizaciones que comparten el mismo espacio físico de trabajo, funcionen de manera completamente independiente a la vez que se proclamen ambas como parte del mismo movimiento⁷.

Hacia el interior de las organizaciones, las formas en las cuales se deciden las tareas a realizar y su distribución no siempre responde a mecanismos de consenso dados por la realización de asambleas sino que, por el contrario, las decisiones acerca del funcionamiento organizacional así

⁷ El caso de las cooperativas Reciclando Sueños y Del Oeste resulta significativo en este sentido. Ambas organizaciones comparten el espacio físico ubicado en el Centro Verde de Villa Soldati desde hace 3 años. Sin embargo, a pesar de compartir maquinaria y realizar prácticamente los mismos procesos de trabajo, ambas cooperativas realizan sus tareas de clasificación, enfardado y comercialización de forma completamente independiente.

como las prácticas regulatorias del trabajo suelen ejercerlas los miembros de las comisiones directivas sobre la totalidad del colectivo. Como mencionamos anteriormente, la organización de las CRyCRSU supuso antes que nada la construcción de un colectivo de trabajo a partir de la agrupación de sujetos con trayectorias laborales diferenciadas y generalmente signadas por la informalidad. Ello implicó que dicha formación tuviera que ser realizada a partir de lo que llamamos una “resocialización laboral”, entendiendo por ello a la necesidad de establecer nuevas regulaciones para el ejercicio de una actividad que, en este caso, pasó de la realización autónoma bajo condiciones de informalidad, a la organización asociativa bajo forma cooperativizada. Asimismo el proceso de articulación con los distintos actores ha implicado instancias de conflicto en las cuales las prácticas discriminatorias y el no reconocimiento de la labor de los cartoneros como trabajadores suele ser frecuente y ha sido uno de los principales obstáculos que las organizaciones han tenido en las articulaciones con la comunidad. Para ello, éstas han desplegado distintas estrategias que apuntaban a mejorar la visibilidad del sector a partir de buscar institucionalizar su labor y lograr el reconocimiento a la función económica, social y ambiental que las cooperativas cumplen en la comunidad⁸.

Una situación similar se presenta en las cooperativas CTPPRE, las cuales muestran su carácter solidario tanto en cada grupo como en el contacto y relaciones que establecen entre las diferentes cooperativas del mismo tipo.

En las organizaciones se dan formas de ayuda mutua entre trabajadores que cristalizan en instancias de asistencia económica a compañeros ante problemáticas de salud de ellos o de algún miembro de su núcleo familiar, en préstamos para la solución de alguna necesidad de vivienda o consumo y en la preferencia por la incorporación de trabajadores allegados a los socios (familiares y amigos). Por otro lado se hizo evidente, durante la crisis económica del 2009⁹, la lógica solidaria de sostenimiento del trabajo ya que ninguna de las cooperativas relevadas optó por echar personal ante la baja de la producción y las ventas. A su vez las condiciones de trabajo en cuanto a los horarios y días es establecida de manera fija aunque se contemplan ausencias y llegadas tarde cuando estas son justificadas. En definitiva la

⁸ El diseño de logos de las organizaciones, la utilización de uniformes y credenciales así como las campañas de difusión de las cooperativas en los barrios han sido algunas de las principales estrategias desarrolladas en este sentido.

⁹ Producto de la crisis del sistema financiero estadounidense, nuestro país se vio afectado en los índices de actividad económica, repercutiendo ello en los niveles de empleo.

solidaridad se muestra en un compañerismo que une a los trabajadores y se referencia en gran medida en la historia de la recuperación como hecho fundante del grupo que moldea las relaciones sociales que se establecen en torno al trabajo.

Sin embargo, las relaciones sociales en los colectivos que conforman las CTPPRE no se dan sin conflictos ni contradicciones. En este sentido se presentan situaciones en las que el grupo muestra diferencias, como por ejemplo para el establecimiento de los montos de los retiros o por decisiones de manejo de los fondos de la cooperativa. Estas cuestiones son parte de la propia lógica autogestiva en la cual las decisiones son consensuadas o en última instancia se decide por el voto de la mayoría de los socios. Por otro lado, los colectivos en muchos casos tienden a cerrarse a quienes conformaron el grupo original, diferenciando entre trabajadores socios y no socios, donde los primeros tienen un estatus superior a los segundos (tienen voz y voto y presentan mejores condiciones en lo que respecta a la remuneración, entre otras ventajas), otras cooperativas, aún pudiendo aumentar la cantidad de trabajadores, deciden no tomar más personal convirtiéndose en grupos cerrados.

En cuanto a las relaciones solidarias entre cooperativas, conocemos la dinámica del MNFRT (Angélico y Dzembrowski, 2009) que impulsa espacios de articulación en los que las diferentes experiencias se solidarizan en acciones de reclamo a las autoridades (por leyes o ante situaciones de nuevas recuperaciones) y/o en la asistencia económica a las experiencias que así lo necesitan para comenzar a producir y poder pagar las diferentes obligaciones que inicialmente resultan difícil de sostener (pago de servicios públicos, trámites judiciales, etc.).

La acción del Estado en torno a las CTPPRE se presenta de forma diversa desde la aparición de éstas hasta la actualidad. En un primer momento y ante la novedad del fenómeno, la intervención estatal fue mínima y en algunos casos se centró más en la acción represiva que en la formulación de políticas públicas tendientes a la contención y asistencia de las recuperaciones. Pasada la crisis política y económica de principios de la década, desde distintos organismos del Estado (Ministerio de Desarrollo Social y Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social) se comenzaron a formular programas de asistencia a las CTPPRE. Recientemente, el Poder Ejecutivo Nacional ha presentado un proyecto de ley que reforma la actual Ley de Concursos y Quiebras (Nº24522) y que apunta a favorecer la continuidad de la explotación de las empresas que se encuentran en situaciones de crisis. Dicho proyecto contempla la posibilidad de creación de cooperativas por parte de los trabajadores afectados para permitir la conservación de las fuentes de producción y trabajo.

La autogestión

La asociatividad para el trabajo presenta una particularidad diferencial frente a otros tipos de organizaciones económicas dada por el carácter autogestivo de los emprendimientos, es decir que la forma de organización del trabajo así como la toma de decisiones es realizada de manera autónoma por el colectivo asociado. El concepto de autogestión es central para entender el funcionamiento de la asociatividad en su práctica concreta. La autogestión como dinámica que califica a las relaciones sociales de cooperación, basadas en la participación de sus integrantes, remite a su vez a la democratización de las mismas.

Como modelo organizacional, la autogestión refiere a un proceso que busca generar acciones y resultados en el que estén comprendidos todos sus miembros a través de principios y prácticas en donde la toma de decisiones es el resultado de una construcción colectiva (Albuquerque, 2004b).

De esta manera, la autogestión que se da en las organizaciones asociativas implica la diferenciación de una característica central con respecto a la empresa capitalista moderna clásica. En esta última, la concepción y la ejecución del trabajo se encuentran escindidas y personificadas por diferentes actores. Por el contrario en las formas asociativas las decisiones tanto técnicas como sociales son realizadas por el trabajador. La decisión sobre el puesto de trabajo es llevada a cabo por quien lo ocupa o en última instancia es consensuada por el colectivo de trabajo.

En este sentido una de las cuestiones centrales de las CTPPRE en su nuevo rol de trabajadores cooperativizados refiere a la toma de decisiones para gestionar el emprendimiento. La implementación de espacios de deliberación se realiza por medio de asambleas a través de la participación del colectivo; y la forma de ejecución de las decisiones se estructura siguiendo la autoridad del consejo de administración el cual es elegido por los socios de la cooperativa.

Los temas que se abordan en las asambleas son diversos y se relacionan con las principales problemáticas que deben afrontar las cooperativas para cumplir con objetivos referidos a la realización de la producción y el mantenimiento del trabajo de sus asociados. Entre los principales temas que se tratan en las reuniones y asambleas figuran aquellos referidos a cuestiones de producción, como la cantidad y la calidad de la misma, temas de comercialización, división de las tareas, cuestiones en torno a las necesidades de inversión y financiamiento, remuneraciones de los socios y no socios, la temática de la cooperación y el grupo así como las relaciones interpersonales entre los trabajadores.

Esta nueva forma de gestión de la cooperativa tiende a adoptar un método horizontal de toma de decisiones interpelando al conjunto de

trabajadores sobre la marcha del emprendimiento generando otro tipo de involucramiento y compromiso. Esta igualdad de derecho, propia del movimiento cooperativo, es matizada en la práctica ya que si bien se busca el consenso para definir las cuestiones más importantes de la cooperativa, resulta que las decisiones sobre cuestiones de producción son tomadas generalmente por aquellos trabajadores con mayor conocimiento y experiencia (autoridades, grupo de calificados, grupo de socios originarios o supervisores y encargados).

La toma de decisiones en las CRyCRSU reconoce a su vez diferencias dadas por la incidencia del tamaño de las organizaciones y del tipo de actividades realizadas por cada una de ellas. Si bien los distintos tipos de CRyCRSU mencionados anteriormente se encuentran inscriptos bajo una misma forma jurídica, y por ende poseen las mismas normas estatutarias para su funcionamiento, lo que sucede en la práctica es una adaptación de las capacidades con las que cuentan las organizaciones hacia sus necesidades inmediatas. Lo que se observa en la mayoría de ellas es una tendencia a la consolidación de liderazgos definidos, generalmente situados en la figura de los presidentes o en los miembros del consejo de administración. La realización de asambleas suele ser esporádica, diluyéndose el carácter de formalidad de las mismas recayendo generalmente el rol de organizador en materia decisional sobre los socios más consolidados y con mayor trayectoria en el desarrollo de los emprendimientos. Varias de las organizaciones estudiadas se encuentran en un proceso orientado hacia la generación de un mayor compromiso por parte de la totalidad de los socios cooperativizados. Los grados y formas de involucramiento difieren en los distintos casos, encontrando sujetos que participan de los emprendimientos desde una perspectiva más “instrumental” (accediendo a ellos como una vía para obtener ingresos estables y mejores condiciones laborales) hasta quienes resaltan los beneficios colectivos de la participación asociada, enunciando como positiva la primacía de los valores de la construcción autogestiva como diferencial a la relación capital trabajo. Cabe resaltar asimismo el carácter dinámico de las prácticas y representaciones de los socios que, en el transcurso del desarrollo de las organizaciones, se ven modificadas por el entorno del cual éstos participan. El hecho de incorporarse a estos emprendimientos, implica un aprendizaje de formas organizativas que en el mediano plazo tiende a impactar en las visiones que los socios tienen acerca de sus haceres cotidianos.

La cooperación asociativa

La cooperación en sentido amplio fue definida por Marx como la forma bajo la cual se trabaja de manera conjunta, de acuerdo a un plan, en el

mismo proceso de producción o en procesos de producción diferentes pero conectados. De esta forma la cooperación en el trabajo se manifiesta a lo largo de la historia y en los distintos modos de producción, asumiendo en el capitalismo una particularidad derivada del uso, coordinación, control, dirección y apropiación de la fuerza de trabajo por parte del capitalista (Marx, 1867).

La cooperación que se da en las formas asociativas para el trabajo es cualitativamente diferente. La inexistencia del capitalista en esta forma de cooperación hace que toda la organización dependa de los trabajadores y por tanto, la cohesión que establece el grupo se vuelve central para su funcionamiento y para la continuidad de la organización. En este sentido, se puede decir que la modalidad de cooperación que implementan es resultado de un proceso social más complejo antes que su adaptación a las coacciones económicas y tecnológicas a las que esta condicionado todo proceso de trabajo (Bunel y Angélico, 1989; Vuotto, 1994).

Pero la inexistencia de un capitalista como instancia decisoria superior a los propios trabajadores no implica que éstos no tengan un orden y una forma singular de cooperación para el trabajo. La dinámica de la cooperación está condicionada por la característica asociativa del colectivo a través de la cual surgen diversas cuestiones que ponen en juego la persistencia de la asociatividad con igual o mayor incidencia que las determinaciones económicas que influyen en toda organización productiva.

El tipo de cooperación que se da en el proceso de trabajo implica pensar la diferenciación de funciones dentro del grupo. Nos referimos a la necesidad de abordar la cooperación desde una lógica que interprete las particularidades de las interacciones que los sujetos desarrollan en estas organizaciones.

En el caso de las CTPPRE la organización del trabajo bajo una forma autogestiva es lo que marca el punto inicial de diferenciación respecto a las formas de trabajo anterior de los colectivos laborales dado por la ruptura con la dirección jerárquica establecida por la relación capital-trabajo. Sin embargo, esta ruptura no implica que las cooperativas carezcan de una organización establecida para la realización de su actividad basada en horarios y días estipulados y en puestos y funciones determinadas. Por el contrario, en estos casos, la tendencia se orienta a una organización del trabajo consensuada por el colectivo, que es articulada en función de las necesidades de las cooperativas así como en las capacidades de sus miembros.

Los trabajadores declaran que los principales cambios que introdujeron en la organización del trabajo remiten al reacomodamiento de horarios y días de trabajo, al intercambio de funciones y a la variación de ingresos. Por otra parte uno de los principales desafíos a los que se enfrentaron en

el comienzo remitía a la realización de las funciones administrativas ya que en su mayoría los trabajadores que formaron los grupos originarios de las cooperativas eran de planta¹⁰. En tal sentido, podríamos afirmar que en estas experiencias son múltiples las actividades que deben ser rediseñadas en función de las exigencias y necesidades de las cooperativas y de las nuevas formas de vinculación y relaciones sociales que surgen a partir de la autonomización del trabajo colectivo.

Por un lado, la cantidad de trabajadores que formaron las cooperativas generalmente ha sido mucho menor que la de trabajadores vinculados a la empresa anterior, incluso en relación a la nómina vigente en el momento inmediato anterior al cierre. Esto significó un reacomodamiento de recursos humanos en las diferentes áreas para poder realizar satisfactoriamente el proceso productivo, a la vez que surgía la necesidad de intercambiar tareas entre los trabajadores generando una nueva dinámica de interacción y conocimiento de los compañeros reforzando el carácter solidario de la cooperación autogestiva.

En el caso de las experiencias cooperativas conformadas por sujetos tradicionalmente abocados a la recolección de residuos de manera individual o familiar, el proceso de cooperativización supuso la reorganización de sus saberes prácticos relacionados con la clasificación y comercialización de los materiales. El acceso a clientes de más envergadura requiere una mayor especialización en la clasificación y tratamiento de los RSU. De este modo, para insertarse en estos circuitos comerciales se hizo necesario capacitarse en procesos específicamente requeridos a estos fines. Por otra parte, el funcionamiento autogestivo de los emprendimientos implicó la necesidad de conformación de reglas orientadas a desplegar una actividad laboral colectiva reconfigurando los hábitos laborales previos. Dado que gran parte de los miembros de las organizaciones poseen trayectorias laborales signadas por su inserción en el sector informal y su carácter cuentapropista y precario, el paso a la realización de una actividad colectiva supuso reorganizar sus formas de trabajo así como los mecanismos establecidos para la autorregulación en lo que respecta a premios y sanciones.

La “resocialización laboral” en sectores signados por la marginalidad económica y social se basó principalmente en el establecimiento de nuevas

¹⁰ Las funciones administrativas cobraron mayor importancia cuando las cooperativas empezaron a producir con regularidad. Generalmente estos puestos fueron ocupados bien por trabajadores que ya realizaban dicha función en la empresa fallida que se capacitaron durante el transcurso de la experiencia o bien por trabajadores con conocimientos administrativos, reclutados entre familiares o conocidos de los socios que se incorporaron especialmente para realizar estas tareas.

reglas y hábitos que fueron implementados paulatinamente a partir de diversos acuerdos impulsados generalmente por los miembros fundadores de las organizaciones, quienes tenían o bien alguna trayectoria en trabajos asalariados o bien cierta experiencia en la participación en organizaciones de carácter asociativo de distinto tipo. Estas nuevas pautas comprendían desde el aprendizaje en la administración de los ingresos (que de cobrarse diariamente pasaron a hacerlo de manera semanal, o en ocasiones quincenal) al respeto de días y horarios de trabajo fijos (que de regularse en función de los ingresos diarios obtenidos por los recolectores pasaron a estar prefijados por la organización).

Reflexiones finales

La conformación de organizaciones cooperativas basadas en la asociatividad para el trabajo ha contribuido en los últimos años de forma activa al sostenimiento y generación de empleo, a la superación de políticas sociales asistenciales y a la integración social de sus protagonistas a través de situar al trabajo como eje articulador.

El proceso de construcción asociativa representó un doble desafío tanto para las CTPPRE como para las CRyCRSU: por un lado, las posibilidades de éxito de los emprendimientos dependieron de las capacidades de los socios para encargarse de los distintos aspectos técnicos, referidos tanto a la producción como a la administración. La organización del trabajo bajo forma asociada no implicaba únicamente el llevar a cabo las tareas realizadas previamente (recolectar y clasificar los residuos en un caso, llevar a cabo las tareas prescriptas en el ciclo productivo en otro), sino también ser capaces de organizar y establecer acuerdos de comercialización, difusión de las actividades de la organización, gestiones para la obtención de recursos, administración burocrática, gestión política por el reconocimiento del sector, etc. La posibilidad de construir las bases para el funcionamiento y la sustentabilidad de las organizaciones en el mediano plazo requirió entonces, de la puesta en juego de las capacidades de los miembros impulsores que debieron tanto aprender como así también adaptar sus conocimientos para llevar a cabo tareas anteriormente no realizadas.

La articulación con experiencias similares jugó un rol fundamental en los casos aquí analizados. La conformación de instancias superiores de representaciones tanto formales (como el caso del Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas) como informales (en el caso de la articulación entre distintas organizaciones cooperativas y movimientos cartoneros) permitió desplegar una base de movilización colectiva en las demandas realizadas a los poderes públicos.

El segundo desafío, estrechamente ligado con el primero, supuso la necesidad de construcción de una identidad colectiva basada en valores solidarios, es decir, la construcción de una representación grupal que les permitiera funcionar de manera asociada privilegiando el factor social por sobre el económico. Es por ello que la conformación de organizaciones asociativas para el trabajo bajo la forma jurídica de cooperativas, colocó a los grupos en una situación de tensión permanente dada por el carácter dual de este tipo de emprendimientos.

Esta dualidad es resuelta por ambos tipos asociativos a través del despliegue de formas de organización y regulación del trabajo que reconocen una lógica diferenciada de las empresas capitalistas tradicionales. Respecto a ello, hemos observado cómo sus modalidades de funcionamiento y las estrategias de inserción en el mercado desplegadas son conciliadas con prácticas de base solidaria hacia el interior de los emprendimientos así como en las articulaciones que realizan con otros actores.

Estas experiencias les han brindado a sus miembros un aprendizaje tanto técnico como social que, a partir del despliegue de prácticas asociativas, ha llevado a un proceso de construcción grupal en el cual los miembros generan su organización y al mismo tiempo son transformados por ella.

Bibliografía citada

ALBUQUERQUE, Paulo (2004a), "Asociativismo", en David Catanni (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp. 31-38.

ALBUQUERQUE, Paulo (2004b), "Autogestión" en David Catanni, (org) *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp. 39-46.

ANGÉLICO, Héctor y DZEMBROWSKI, Nicolás (2009), "El comportamiento del empleo y la organización del trabajo en las Cooperativas de trabajo provenientes de fábricas recuperadas en períodos de crisis y crecimiento", *9º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, agosto, Buenos Aires.

ANGÉLICO, Héctor; FORNI, Floreal; GÓMEZ, Viviana; DZEMBROWSKI, Nicolás y BALBACHAN, Flavia (2008a), "Asociatividad y cooperación en situaciones de trabajo. Las cooperativas de trabajo en el Área Metropolitana", *Encuentro PRE – ALAS*, septiembre, Corrientes.

ANGÉLICO, Héctor; GÓMEZ, Viviana y DZEMBROWSKI, Nicolás (2008b), "Experiencias asociativas para la generación de empleo. El caso del Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas", *Vº Encuentro de Investigadores Latinoamericanos de Cooperativismo*, agosto, Riberão Preto, São Paulo.

ANGÉLICO, Héctor y MALDOVAN, Johanna (2008), "El reciclaje de residuos sólidos urbanos: las cooperativas como un actor diferenciado en el circuito productivo", *Revista de la Cooperación Internacional*, Vol. 41, N°2, pp. 79-107.

BAGER, Torben (1992), *Andelsorganisering*, Sydjysk Univeritetsforlag, Esbjerg, Denmark.

BUNEL, Jean y ANGÉLICO, Héctor (1989), "Identidad obrera y relaciones laborales. Estudio de caso" *Serie informes de trabajo N° 7*, CEIL-CONICET, Buenos Aires.

CASTREJE SUÁREZ, Jesús (2006), "La gestión de las entidades cooperativas: un desafío permanente", *CESOT*, Doc. N° 55, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

CHANIAL, Philippe y LAVILLE, Jean-Louis (2002), "L'économie solidaire: une question politique", *Mouvements*, N° 19, enero/febrero, pp. 11-20.

CORAGGIO, José Luis (2004), *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del Trabajo*, Espacio Editorial, Buenos Aires.

CORAGGIO, José Luis (1998), *Economía Popular Urbana: una nueva perspectiva para el desarrollo local*, UNGS, Buenos Aires.

EME Bernard y LAVILLE, Jean-Louis (1996), "Économie plurielle, économie solidaire : précisions et Compléments", *La Revue du MAUSS Nouvelle Pratiques Sociales*, Vol. No 7, pp. 246-268.

FORNI, Floreal (comp.) (2004), *Caminos solidarios de la economía argentina*, Ciccus, Buenos Aires.

GAIGER, Luis Inacio (2004), "A economia solidária no Brasil, e o sentido das novas formas de produção não capitalistas", en *Cayapa*, *Revista Venezolana de Economía Social*, Año 4, N° 8, pp. 9-13.

HAERINGER, Joseph; LAVILLE, Jean-Louis y SAINSAULIEU, Renaud (1997), "Penser l'association, du projet au fonctionnement", en Jean-Louis Laville y Renaud Sainsaulieu, *Sociologie de l'association. Des organisations à l'épreuve du changement social*, Desclée de Brouwer, París, pp. 15-31.

LAVILLE, Jean-Louis y SAINSAULIEU, Renaud (1997), *Sociologie de l'association. Des organisations à l'épreuve du changement social*, Desclée de Brouwer, París.

MALDOVAN, Johanna y DZEMBROWSKI, Nicolás (2009), "Asociatividad para el trabajo: una conceptualización de sus dimensiones", *Margen* N°55, setiembre, <http://www.margen.org/suscri/margen55/maldovan.pdf>.

MARX, Karl ([1867]1994), *El Capital, Crítica de la Economía Política*, FCE, México.

MICHELSSEN, Johannes (1997), "Las lógicas de las organizaciones cooperativas. Algunas sugerencias desde la realidad escandinava". *CESOT*, N° 2, Agosto, Fac. Cs. Económicas, UBA, Buenos Aires.

MINUJIN, Alberto y KESSLER, Gabriel (1995), *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires.

PARTENIO, Florencia; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés y GARCÍA ALLEGRO, Verónica (2005), "Las recuperaciones de fábricas: apuntes para una reflexión a la luz de las experiencias de ocupación en la historia Argentina". *Estudios del trabajo*, Vol 28, pp. 29-55.

PASTORE, Rodolfo (2006), "Diversidad de trayectorias, aproximación conceptual y pluralidad de proyectos de la Economía Social", *CESOT*, N°54, Julio-Septiembre, Fac. Cs. Económicas, UBA, Buenos Aires.

RAZETO, Luis (1987), *Las Empresas Alternativas*, PET, Santiago de Chile.

RAZETO, Luis (1985), *Economía de solidaridad y mercado democrático*, PET, Santiago de Chile.

SCHAMBER, Pablo (2008), *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*, SB, Buenos Aires.

STRYJAN, Yohanan. (1999), "Cooperativas, Emprendimientos Colectivos y Desarrollo Local", *CESOT*, Doc. N° 22, Sep-Oct de 1999, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.

VUOTTO, Mirta (1994), "Paradojas de la organización cooperativa", en Norma Giarraca (comp.), *Acciones colectivas y organización cooperativa. Reflexiones y estudios de caso*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 63-73.

WYCZYKIER, Gabriela (2007), "Las organizaciones de representación de intereses gremiales y los procesos de recuperación de empresas en la Argentina contemporánea". *1er Congreso Internacional de la Carrera de Relaciones del Trabajo*, septiembre, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Sección II

Asociativismo como objeto en disputa

Capítulo 7

La producción social de la espera. La experiencia del empleo-desempleo entre los varones chané de Campo Durán (Departamento Gral. San Martín, provincia de Salta)

Sebastián Carenzo

Introducción

En este artículo presento resultados del trabajo etnográfico iniciado en 2005 para mi investigación de doctorado sobre las transformaciones evidenciadas en las economías domésticas de la gente chané de Campo Durán (Gral. San Martín, Salta), en continuidad con mis investigaciones actuales sobre circuitos económicos vinculados a la llamada “economía solidaria”¹.

La dinámica de cambios en las economías domésticas chané reconoce profundas raíces históricas asociadas a la creciente vinculación con la sociedad “criolla” tanto de Bolivia como Argentina que experimentaron desde fines del siglo XIX los grupos indígenas asentados en los contrafuertes andinos (Belli y Slavutsky, 1999). Uno de los hitos destacados de este proceso estuvo dado por el descubrimiento -por parte de técnicos de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en 1953- de una vasta reserva de petróleo de alta calidad que se extendía por el rico subsuelo de esta región.

¹ En particular, mediante el proyecto PIP CONICET bajo mi dirección que lleva por título “Lidiando con la solidaridad y el mercado. Un estudio etnográfico de emprendimientos y encadenamientos productivos de la ‘economía solidaria’ en Argentina”

El hallazgo motivó la construcción de la mayor refinería de hidrocarburos de la llamada “cuenca norte”, para lo cual la comunidad chané fue relocalizada en la periferia de la planta, ocupando una estrecha lonja limitada por la ruta provincial 53 y el río Itiyuro.

La presencia de YPF en esta área de frontera representó una abrupta transformación económica a escala regional, asumiendo un sentido marcadamente “civilizador” (García, 2005) expresado localmente en la dotación de infraestructura (camino, agua potable, luz eléctrica), así como de servicios sociales como salud y educación (construcción de un puesto sanitario y escuela primaria). Al mismo tiempo, la presencia de la refinería dio lugar al establecimiento de un estrecho vínculo laboral con la gente chané, que se fue transformando a lo largo de los casi cuarenta años durante los cuales la planta fue operada por YPF. En un inicio primaban los trabajos poco calificados, las mujeres se empleaban como lavadoras y/o servicio doméstico, mientras que los varones eran contratados como macheteros para abrir picadas en el monte durante los trabajos de prospección y exploración. Con el correr del tiempo este vínculo laboral se fue especializando en los varones, muchos de los cuales consiguieron profesionalizarse al aprender los oficios de esta industria (encontrador, amolador, soldador, etcétera). Esto no implicó necesariamente que los trabajadores chané ingresaran en la empresa como personal de planta permanente, antes bien primaron los contratos eventuales por períodos acotados, sin embargo en la memoria local este tiempo quedó cristalizado en una imagen de facilidad de empleo y buena paga (Carenzo, 2008).

En contraste, tras la privatización de la empresa estatal de energía en 1992, las posibilidades de conseguir empleo y las condiciones laborales se transformaron significativamente. A partir de entonces la planta pasó a ser operada por la empresa REFINOR S.A. iniciando una nueva modalidad de gestión del trabajo basada en la reducción del personal de planta y la terciarización de actividades (dentro y fuera de la refinería) para lo cual pasó a subcontratar desde pequeñas empresas locales hasta grandes multinacionales especializadas en la rama energética. En este nuevo contexto los períodos de empleo para la gente chané no solo se volvieron más cortos (tres meses en promedio), sino que principalmente se hicieron menos frecuentes. En particular esta situación tuvo su pico durante la recesión pre y post crisis de 2001, momento en el cual algunos varones chané recordaban que llegaron a estar casi dos años consecutivos sin poder conseguir empleo (Carenzo, 2008). Aún en 2004 cuando visité por primera vez Campo Durán, solo unos pocos varones estaban empleados en las “empresas” y su cotidianeidad estaba fuertemente marcada por el denodado esfuerzo puesto en conseguir, mantener y reactualizar la condición de asalariados temporarios.

Las reflexiones que presento en este artículo se derivan de un abordaje etnográfico de la experiencia del empleo-desempleo entre estas personas. En tal sentido reconstruyo un conjunto de prácticas asociadas con la búsqueda de empleo conocidas localmente como *pechar por trabajo*, en referencia a la labor de creación y reproducción de vínculos personalizados con los agentes encargados de contratar operarios para las principales empresas de hidrocarburos y/o para las contratistas que les prestan servicio. Este *trabajo de buscar trabajo* (Fernández Alvarez, 2008) densificaba la tensión entre trabajo asalariado y las denominadas “formas domésticas” de reproducción de la vida (caza y recolección, agricultura, y producción de artesanías) asociadas a las economías indígenas que abordamos en otros trabajos (Carenzo, 2007; Benedetti y Carenzo, 2007a y 2007b).

El análisis se organiza en dos partes, que señalan momentos diferenciados del proceso de investigación, a través de las cuales reconstruyo la experiencia de “pechar” en la figura de Rogelio². Quien años más tarde se convertiría en “cacique” de la comunidad de Campo Durán, y con el cual entablé una estrecha relación desde el inicio del trabajo de campo. En la primera parte recupero la experiencia subjetiva de *salir a pechar* a partir de registros y entrevistas tomados entre 2005 y 2006, que evidencian el carácter cotidiano y rutinario que asumía esta práctica consistente en la sucesión de largas jornadas de espera y abordaje de los posibles empleadores para poner en acto la necesidad de empleo. La segunda parte del análisis, correspondiente al trabajo de campo realizado entre 2008-2009, pone de relieve la resignificación de estas prácticas en paralelo con el inicio de un proceso de transformación en la organización política de la comunidad. El contraste entre ambos momentos me permite señalar cómo la vivencia del empleo-desempleo entre estas personas resulta una experiencia culturalmente moldeada que se expresa en la producción de un particular manejo del tiempo.

De este modo el análisis efectuado pretende hacer un aporte al debate actual sobre la llamada “economía social”, evidenciando el potencial que guardan estas iniciativas para objetivar, reflexionar y eventualmente reconfigurar las condiciones sociales de producción de estas temporalidades, mediante las cuales adquiere densidad la tensión entre el mundo del trabajo doméstico y el mundo del trabajo asalariado.

² Todos los nombres propios empleados son ficticios. En relación al conjunto del material etnográfico sobre la experiencia del empleo-desempleo registrado durante estos años, decidí centrar el argumento de este artículo a partir de la figura de Rogelio en tanto su trayectoria permite conectar ambos momentos.

Trabajos y trabajadores indígenas

La cuestión del trabajo asalariado entre los pueblos originarios en la región del Chaco en Argentina, constituyó por décadas un tema casi inexplorado, principalmente debido a la influencia que los abordajes ahistóricos y esencialistas tuvieron sobre el desarrollo de la disciplina, los cuales caracterizaron la corriente denominada “etnología fenomenológica” desarrollada por Marcelo Bórmida en la década del 70 (Trinchero, 2007). El quiebre de esta tendencia se produjo recién a inicios de los noventa, con los trabajos de un conjunto de antropólogos que aportó una contundente evidencia etnográfica acerca del proceso histórico de incorporación de las poblaciones indígenas chaqueñas como fuerza de trabajo en agroindustrias locales y la importancia creciente del trabajo asalariado en la organización de sus economías domésticas. Partiendo de la discusión sobre las formas indirectas de subsunción del trabajo al capital, estos textos pusieron de relieve la estrecha relación existente entre la dinámica histórica de acumulación capitalista y las transformaciones evidenciadas en las economías domésticas indígenas, basadas en prácticas tales como la agricultura de roza y quema, la caza, pesca y recolección. De este modo no solo demostraron que estas formas domésticas de producción no desaparecían ante el avance de las relaciones capitalistas, sino que –por el contrario– eran recreadas y reconfiguradas por el capital, sea a través de la compra-venta de mercancías, como de la contratación estacional de fuerza de trabajo. En tal sentido los trabajos de Gordillo (1992) y Piccinini y Trinchero (1992) analizaron el proceso de reclutamiento, reasentamiento y control de la fuerza de trabajo indígena impulsado por la instalación de ingenios azucareros en la zona denominada “umbral al Chaco” desde la segunda mitad del siglo XIX. Trabajos posteriores abordaron las transformaciones evidenciadas por estas economías domésticas a partir de la década del 60 cuando comenzó la progresiva mecanización de la zafra azucarera, dejando vacantes grandes contingentes de mano de obra estacional. El mayor empobrecimiento de los grupos que anteriormente eran “enganchados” para la zafra, se manifestó, por una parte, en la intensificación en la presión extractiva de los recursos de la caza-pesca-recolección y en la migración hacia centros urbanos; y por otra, en el desarrollo de nuevas modalidades de explotación del trabajo asalariado estacional en otras fracciones del capital agrario local y regional dedicadas a la producción de algodón, fruti-hortícola o de oleaginosas exportables (Trinchero y Leguizamón, 1994 y Gordillo, 1995).

Los casos analizados en esta literatura se caracterizan por diferenciar claramente un espacio-tiempo dedicado a la producción asalariada y otro dedicado a la producción doméstica. Esto se relaciona con la marcada estacionalidad que presentan los empleos en el sector agrícola y agroindustrial,

en tanto los periodos de alta demanda de fuerza de trabajo se determinan en función del ciclo biológico de los cultivos. Estos análisis abordaban el modo en el cual las actividades productivas “tradicionales” se reconfiguraban en función de su incorporación como mano de obra durante un período fijo de algunos meses de duración que se repite año tras año. En este sentido ninguno de estos textos aborda este proceso en términos de “desocupación” ya que la presencia de las actividades domésticas continúa vigente y cubre en mayor o menor medida las necesidades de reproducción. Esta cuestión comienza a aparecer en trabajos más recientes a partir del análisis de casos centrados en la experiencia de población indígena migrante en centros urbanos (Iñigo Carrera, 2005 y 2007) o bien a través del análisis de las dinámicas de incorporación y exclusión encarnadas en el espacio social y geográfico local (Literas, 2008).

Mis primeras aproximaciones al tema partieron de este enfoque que distingue esferas de acción diferenciadas (doméstico/asalariado), mostrando cómo la creciente importancia de trabajo en las empresas daba lugar a una reconfiguración de las prácticas de producción doméstica, en particular aquellas vinculadas a la labor de producción artesanal y agricultura de subsistencia (Ver Carenzo, 2008; Benedetti y Carenzo, 2007a y 2007b). Posteriormente fui observando un proceso complementario, expresado en la práctica de “pechar por trabajo”, a través de la cual los varones chané sin empleo pasaban largas horas de espera en el estacionamiento de la refinería esperando contactar gerentes, ingenieros o capataces que a quienes evidenciar la necesidad de trabajo. Esta práctica lejos de ser aleatoria y discontinua, reconocía una rutina repetida en varias jornadas de la semana, de entre tres y cinco horas de duración en promedio. Sin embargo su carácter rutinario no lograba exorcizar la profunda incertidumbre que dominaba esta práctica, en tanto era casi imposible anticipar el momento en el cual estos contactos rendirían sus frutos y por ende conseguir empleo. De este modo los varones chané podían pasar “pechando” solo unos pocos días o meses enteros.

En este sentido recupero lo señalado por Gustavo Lins Ribeiro (2006) quien, en su investigación sobre la experiencia de los trabajadores “candangos” que construyeron Brasilia, sostiene la importancia de incorporar al análisis aquellos dispositivos de explotación de la fuerza de trabajo que operan más allá de los límites de la jornada laboral. De este modo muestra que la concentración y aislamiento que supone la organización de la vida en el campamento de la “gran obra” favorece la transformación del tiempo libre de los trabajadores en tiempo de trabajo, aumentando por ende “tanto la explotación del trabajador, como la subordinación de su vida cotidiana a la esfera de la producción” (Lins Ribeiro 2006: 136). Esta clave analítica resultó muy apropiada para pensar el caso de los trabajadores chané y

su empleo en la refinería, puesto que el modo que asumía esta particular práctica de conseguir empleo terminaba moldeando las prácticas de producción doméstica (agricultura y artesanía) desarrollada básicamente por los varones de la comunidad³. A diferencia del empleo como cosecheros en tareas agrícolas, donde la regularidad de los ciclos productivos permite anticipar cuándo y durante que período es posible conseguir trabajo, esta modalidad de acceso al mismo en la refinería inhibía la posibilidad de planificar el período de empleo, afectando por ende la organización económica del grupo doméstico. Mientras los varones del grupo estaban “pechando” era difícil que se dedicaran a la realización del “cerco” (cultivos para autoconsumo) ya que en caso de conseguir empleo no habría quien se encargue de las pesadas tareas agrícolas. Del mismo modo incidía en los arreglos comerciales con los compradores de artesanías, en tanto son los varones quienes se encargan de fabricar las artesanías con mayor salida comercial (máscaras de madera) y su producción demanda un proceso que se extiende por varios meses (corte, moldeado, secado, pintado y nuevamente secado), para lo cual es preciso garantizar la disponibilidad de su trabajo.

Estos datos evidenciaban entonces que la organización doméstica del tiempo durante los períodos en que los varones se encontraban empleados en la refinería (caracterizada por la ausencia de los varones del grupo), se extendía sobre aquellos momentos donde la relación salarial estaba ausente. En ambos casos la ausencia de los varones (porque tenían empleo y debían cumplir la jornada laboral, o bien porque no lo tenían y entonces “pechaban” sistemáticamente) condicionaba su dedicación a las prácticas de producción doméstica.

Rogelio “pecha” por trabajo

El siguiente apartado reconstruye un evento destacado del trabajo de campo realizado en 2006, cuando Rogelio, un varón Chané de 38 años, me permitió acompañarlo en su salida a “pechar”.

³ La actividad artesanal reconoce una acentuada división sexual del trabajo por la cual las mujeres se dedican a la fabricación de cerámicas y los varones a la producción de máscaras talladas en madera blanda (yuchán o samohu). La agricultura se practica en “cercos” de entre media y dos hectáreas en promedio. En este caso, si consideramos la totalidad del ciclo de cultivo es posible señalar que varones y mujeres comparten tareas. Sin embargo debe notarse que la actividad solo es iniciada en caso de contar con la presencia de varones adultos quienes son los encargados de las arduas tareas de desmonte y preparación del terreno.

Salimos desde su casa en bicicleta para recorrer los poco más de dos kilómetros que la separan del primer portón de acceso a la refinería donde está la garita del “guardia”, que en realidad es un *milico* de la policía salteña que contrata la empresa con uniforme de fuerza pública y todo. Durante el trayecto me cuenta que ya se ha acostumbrado al pedaleo, y especifica que hacía este recorrido alrededor de cuatro veces por semana, saliendo temprano por la mañana. “Más me cansa jugar al fútbol” dice sonriendo y luego aclara “antes lo hacía todos los días”. Es que Rogelio hace ya tres meses que está “sin laburo” porque terminó el contrato con la empresa encargada del mantenimiento de válvulas y estaciones de bombeo en los alrededores de la refinería. Poco antes de llegar vuelve a exhibir su amplia y blanca sonrisa señalando “pero mire que casi nunca falté”.

En ese momento creí que la frase Rogelio hacía referencia a su intachable cumplimiento de la asistencia durante su último empleo, y que al destacar la responsabilidad con la que encaraba su trabajo, buscaba dar cuenta de lo injusto que le parecía estar actualmente desempleado. Pero luego comprendí que la frase parodiaba una de las obligaciones intrínsecas a la relación laboral (cumplimiento de la asistencia), para referirse a esta otra práctica en la que me introducía: la búsqueda de empleo, el trabajo de conseguir trabajo, o en términos nativos “pechar por trabajo”. En este sentido cumplir con el mandato de la asistencia mientras tenía empleo, no era menos importante que ahora estando desempleado. Así, en su nueva condición, Rogelio tampoco faltaba a su encuentro casi diario con el portón y el guardia, acto ritualizado que marcaba el inicio de una jornada dedicada principalmente a “pechar”. Tal como me señalaba para “entrar en la planta” no bastaba con “anotarme en listado y esperar que el ingeniero venga a buscar”. Para conseguir un empleo, había que “empujar grande, lo mismo que la vaca cuando pecha el alambrado hasta tumbarlo” y así entrar a comer de los cultivos.

Esta imagen graficaba perfectamente los esfuerzos realizados por los varones chané para transitar el pasaje de la condición de desempleados a empleados, en tanto el acceso al trabajo asalariado temporario no se derivaba de la lógica burocrática e impersonal que teóricamente organizaba el mercado de trabajo. Por el contrario, éste dependía de la mayor o menor distancia existente a nivel de las relaciones interpersonales que los ligaban con sus potenciales empleadores. Así la categoría “pechar” resumía la labor cotidiana desplegada en torno a establecer, mantener y reactualizar sus vínculos con los ingenieros, contratistas y gerentes de personal que luego podían *engancharlos* en alguna cuadrilla. El lugar privilegiado donde se realizaba esta práctica era el estacionamiento de la “refinería”, donde los varones chané aprovechaban las entradas y salidas de estas personas, para presentarse, saludarlos y, por sobre todo, expresarles su necesidad de

trabajo. Este era el modo en el cuál lograban ser “tenidos en cuenta para el laburo” por parte de quienes decidían los “cupos” de trabajadores.

Al llegar al portón de la refinería y luego de saludar al guardia con un ademán, pasamos por ese umbral que nos ubica dentro del estacionamiento de la planta. Es un predio totalmente cercado donde se distinguen dos espacios diferenciados: en dirección al río, una amplia playa descubierta se destina al estacionamiento de camiones, mientras que hacia la refinería se dispone un espacio más pequeño para el estacionamiento de vehículos particulares. Este último está señalizado y medianamente protegido del sol por efecto de la sombra que proyecta una cortina forestal dispuesta en el límite con la refinería. Hacia allí nos dirigimos luego de intercambiar un saludo escueto con dos muchachos chané que esperan sentados sobre los topes de concreto que señalizan las plazas aún vacías dentro del estacionamiento. Había otros, no más de cinco o seis. Rogelio me comenta que hacia fines de 2000 llegó a ver hasta cuarenta personas “pechando” el mismo día.

Hacia el fondo de la línea de árboles, como a unos doscientos metros, se localiza la intendencia de la planta, donde se efectúa un minucioso control de acceso a la refinería. Es una pequeña oficina de amplios ventanales con un estrecho acceso para personas y otro para vehículos. Al costado un cartel pintado informa que llevan “1498 días sin accidentes” y que la empresa certificó normas ISO 9001, ISO 14001 y OHSAS 18001. Los empleados de la intendencia visten el uniforme de la empresa que encarna una característica estética “petrolera”: borceguíes marrones de trabajo, pantalón de jean azul oscuro que contrasta con una camisa clara del mismo material que lleva bordado el logo de la empresa.

La principal ocupación en la intendencia es controlar celosamente el flujo de cosas y personas que entran y salen de la refinería. Los que van a “pechar” saben que no conviene acercarse, los pueden “hacer sacar por andar jodiendo” me advierte Rogelio. La lógica del accionar de la intendencia no tiene grises: solo quienes están empleados o subcontractados pueden ingresar y permanecer dentro de la refinería. El estacionamiento donde permanecíamos era entonces un *espacio liminar* ni totalmente dentro ni totalmente fuera.

Para Rogelio y para muchos otros que como él están ahora “sin laburo”, el acto de espera en el estacionamiento se relacionaba con otra lógica, aquella que se articula en torno al *trabajo de conseguir empleo*. El hecho de *permanecer en el estacionamiento* permite abordar a los personajes claves (contratistas y subcontractistas e incluso el gerente de recursos humanos de Refinor) cuando bajan o suben de sus camionetas para ingresar a la planta o salir de ella. Largas horas de espera rinden unos pocos minutos, más exactamente los que tome la caminata que les permitirá perderse tras el puesto de control de la intendencia. Estos minutos entonces resultan claves para saludar, hacer notoria su urgencia por conseguir trabajo, recordar

los puntos salientes de su trayectoria y experiencia laboral personal, en suma como sintetiza Rogelio “hacerse ver”.

Es así que quienes van a “pechar” desarrollan un pormenorizado conocimiento de los modelos y colores de los vehículos de cada personaje importante vinculado con la actividad de la refinería. Así, quienes “pechan” apuran las horas de espera narrando anécdotas, compartiendo rumores sobre la realización de nuevas obras, la radicación o partida de una empresa o la trayectoria ascendente o descendente de algún “ingeniero” conocido. Es decir, aquellos datos que abren o cierran ansias y perspectivas sobre la posibilidad de volver a conseguir trabajo. Durante las casi cinco horas que estuvimos “pechando” Rogelio encaró a tres personas, entre ellas un “ingeniero” a quien conocía desde la época de YPF y que ahora se desempeñaba en Pluspetrol. Fue el único que le dedicó más de 5 minutos, tiempo suficiente para alcanzar a pasarle su nuevo número de celular y arrancarle la promesa de un llamado ante una hipotética vacante.

Una semana más tarde volví a visitar a Rogelio en su casa para entrevistarlo. Me contó que siguió “pechando” en la refinería un par de días más pero con pobres resultados; por lo cual decidió ir en busca del “ingeniero” que había encarado en el estacionamiento días atrás. Para eso viajó a la ciudad de Tartagal (a unos 50 km de Campo Durán) donde se localiza la oficina de la empresa en la que trabajaba, pero no tuvo suerte ni allí ni en las otras oficinas que recorrió, por lo cual estaba muy preocupado:

[L]a otra vuelta me fui para Tartagal, dejé un montón de currículum pero después... todos dicen ya te vamos a llamar y después nada [Aproveché para preguntarle si era necesario tener un conocido, a lo que respondió] sí, mejor pero tiene que ser compinche... acá como cinco años atrás laburaba empresa Evangelista, nos llevaron para hacer laburo de gas allá por Piquirenda, ahí yo tenía un ingeniero... se nos hicimos compinches, no sé por qué habrá sido, le gustaba como laburaba y siempre me prefería... así que ese tiempo andaba bien yo... después la empresa ya se fue para el sur... Bahía Blanca, esos lados (...) hay un hijo del ingeniero que está trabajando por acá para hacer una ampliación de una planta de gas... es por dos años dice el laburo ese... y yo tengo esperanza... yo le ruego a diosito que venga él que me conoce bien... ya me conocen en Evangelista (...) una vuelta viene el delegado de la planta de Piquirenda y me dice: “Vos sos Rogelio?” Sí, le digo... y entonces me dice: “dice la gente de Buenos Aires que tenés buena referencia acá... el único... de acá... del norte... tenés buena referencia y que te sigas portando bien y seguí trabajando, que donde te vean, donde están ellos... te van a dar trabajo” eso es lo que me dijo (Rogelio, 38 años, Campo Durán, 2006).

El relato pone de relieve la importancia que adquiere el establecimiento de vínculos personales como sostén de la práctica de “pechar”, pero más aún señala que esa relación debe ser alimentada a partir de dar muestra suficiente de las cualidades y disposiciones para el trabajo. Solo así es

posible transformar al “conocido” en “compinche”, tal como el caso del ingeniero que “siempre me prefería”. Como expresa la frase “...él me conoce bien... ya me conocen en Evangelista”, la experiencia del vínculo se transformaba así en un registro vital clave que sin estar escrito en ninguna parte resultaba sin embargo inteligible en el marco de la empresa, contrastando en eficacia con el impersonal CV en formato impreso.

Incluso cabe destacar que el vínculo guardaba además una cierta latencia que permitía su potencial reactualización en caso que la empresa regresara a la zona. En tal sentido el solo rumor de este retorno en boca del “hijo del ingeniero”, provocaba en Rogelio un sensible entusiasmo ante la posibilidad de volver a encontrar trabajo. Incluso cuando hace referencia a la conversación con el “ex delegado” el relato adquiere un tono casi místico, en el sentido que este último resulta casi una revelación que al mismo tiempo que augura un promisorio futuro, “...donde te vean, donde están ellos... te van a dar trabajo”, recuerda los preceptos que orientaban una trayectoria laboral exitosa en estas tierras: buen comportamiento, trabajar bien y no dejar de ser visto.

El “cuidado” del vínculo

Los datos hasta aquí analizados evidencian la centralidad que adquiere la construcción de vínculos interpersonales en el acceso de los trabajadores a un mercado de trabajo que supuestamente se encuentra estructurado a partir de la impersonalidad de los vínculos entre empleadores y personal. Otro aspecto que ilumina esta idea se observa en situaciones donde este vínculo más que consolidarse, se deteriora; tal como sucede en este otro pasaje del relato de Rogelio, donde explica porqué se le hacía tan difícil conseguir trabajo en la refinería:

Están cabreados conmigo... acá el año pasado andaban con obra de gasoducto, y le han hecho pasar por acá... ves la calle ahí donde esta el almacén?. De ahí todo por calle... largo para el río, bueno y vos sabés que han traído gente de Tucumán para hacer el laburo... entonces yo le digo a los muchachos: “Están pasando cañería, hablemos con Hugo G. [gerente de recursos Humanos de Refinor]” y justo había sido que venía el tipo éste para este lado... nos ven que andábamos por acá... y pregunta si conocemos, que andaba necesitando cinco changos para laburar... pero nosotros sabemos que para hacer ese laburo necesitamos como ocho amoladores y diez soldadores... entonces me puse al frente... no veía bien que hagan eso a la gente, y me puse al frente para sacarle más cupo y así como una semana le trancamos la obra ahí... hicimos un corte justo ahí donde esta el negocio... y han dado quince al final, pero ayudante de tucumanos han dado porque oficiales tres solitos nos han dado, tres que son soldadores nomás y después puro ayudante... así que después ellos se han calentado conmigo... me han hecho citar por la policía y todavía tengo que ir al juzgado... así que ahí he quedado marcado para siempre con la refinería,

ahora no me saludan, no me dan trabajo.... así es y después nos decía que por piqueteros y estar jodiendo no íbamos a tener más trabajo... hay como cuatro o cinco que quedamos marcados (Rogelio, 38 años, Campo Durán, 2006).

Este fragmento reafirma lo señalado anteriormente por cuanto, desde la óptica de Rogelio, la consecuencia más grave del desenlace del conflicto no estaba dada por la judicialización de la protesta, sino por el deterioro de la relación con el representante de Refinor y por consiguiente con los contratistas de otras empresas. La frase “he quedado marcado” es taxativa en cuanto lo descalificaba como trabajador ubicándolo en un espacio social desprestigiado y estigmatizado a nivel local como el de los piqueteros, rebeldes, contestatarios. Esto debe ser entendido en el marco de las relaciones interétnicas locales, en tanto desde la óptica de la sociedad “blanca” y “criolla” de Aguaray, ser “indio” y “obrero” era una identidad social que se admite aunque no sin reparos. En cambio, ser “indio” y “piquetero” resultaba una identidad abiertamente cuestionada, tal como se desprende de la amenaza del gerente de recursos humanos de la refinería hacia quienes “andan jodiendo”. En el mismo sentido, la vinculación que establecía entre el “no me saludan” y el “no me dan trabajo”, indicaba un registro emotivo a partir del cual Rogelio se refería al deterioro de su relación con los representantes de la “empresa”, como consecuencia de haber promovido el “corte”.

La enorme relevancia que adquiere esta labor cotidiana de construcción, mantenimiento y reactualización de vínculos con el personal jerárquico de las empresas se comprende mejor si contextualizamos la práctica de “pechar” en el marco de las formas de organización política entre de las comunidades indígenas en Salta en general y entre los chané de esta región en particular⁴. Para ello citamos el siguiente pasaje de la entrevista a Rogelio:

⁴ La organización política tradicional entre los chané en el Chaco argentino reconoce las figuras del cacique, cacique segundo y la asamblea o consejo comunitario, cuya dinámica relacional reconoce una tensión permanente. Si bien el marco normativo provincial (Art. 15 Convención Constituyente de la Provincia de Salta y Ley N° 7121) y nacional (Art. 75 Constitución Nacional 1994 y la ley nacional 23.302 sancionada en 1985 y reglamentada en 1989) declara el respecto a las formas de organización política internas a cada etnia y comunidad, en la práctica el Estado solo reconoce a la asociación civil como figura legal representativa de la organización comunitaria indígena y en tal sentido, solo a través de esta figura les es posible obtener la personería jurídica correspondiente. De este modo cada comunidad debe asimilar su estructura política al organigrama de cargos electivos que rige para una asociación civil (presidente, vocales, tesorero, fiscalizador, etcétera). De este modo, generalmente sucede que el cacique se equipara al cargo de presidente de la asociación, constituyéndose en el único interlocutor legalmente reconocido frente a otros agentes tanto gubernamentales como no gubernamentales

[E]sa vuelta que cortamos acá... el cacique a mi me ha traicionado...el dice no... que él no sabía que nosotros estábamos cortando ahí y reclamando por los puestos de trabajo... y es que había sido que él ahí firmó el permiso de trabajo... para que la empresa pudiera entrar acá en Campo Durán... él no comunicó nada a la gente que iba a firmar el permiso de trabajo! [...] el cacique esta de compinche con la empresa... así es con los cupos, en la familia de él todos tienen trabajo, él que va por ahí y le pregunta... nada le va a decir, no está habiendo nada... (Rogelio, 38 años, Campo Durán, 2006).

Este fragmento permite resituar nuestra comprensión de lo que podría entenderse como un conflicto puntual entre “comunidad”-“empresa” (en tanto objetos homogéneos), en tanto éste se despliega sobre el transfondo de una disputa por la legitimidad de la representación política de la comunidad. Tal como estipula el marco jurídico vigente, la única autoridad reconocida tanto para las empresas como para las autoridades municipales y provinciales está encarnada en la figura del “cacique” quien, como describe el fragmento, puede establecer acuerdos en nombre de la comunidad como un todo. Esto implica que cualquier demanda que no siga el curso estipulado por la vía institucionalizada corre el riesgo de ser impugnada, no reconocida o directamente reprimida por parte de las autoridades de la empresa, aludiendo a su favor que ellos realizaron las gestiones correspondientes ante la autoridad comunitaria. Es por ello que Rogelio se siente “traicionado”, en tanto la decisión de firmar el “permiso de trabajo” fue tomada en forma inconsulta, sin poner en marcha el mecanismo de toma de decisiones que estipula la norma comunitaria. A su vez, en tanto la empresa dispone un permiso firmado cuenta con un sólido argumento en caso que el conflicto llegara a una instancia judicial. Como contraparte a la presión ejercida sobre la autoridad comunal para lograr el permiso, la empresa asigna al cacique unos pocos “cupos” para colocar trabajadores en la obra en cuestión, los cuales según Rogelio, son asignados en forma discrecional entre sus familiares. Más allá de la veracidad o no de estas acusaciones –no es mi interés indagar aquí sobre esta cuestión, lo interesante del testimonio es que permite dar cuenta del carácter marcadamente asimétrico y subordinado que adquiere la relación entre empresa y comunidad. En tanto se asume el riesgo para la vida humana que supone pasar la traza de un gasoducto por las calles de la comunidad, a cambio de la asignación de una decena de contratos temporarios para trabajar en la misma obra que genera el peligro.

En este sentido debo consignar que el “corte” no fracasa totalmente ya que de hecho obtienen varios puestos de trabajo. Sin embargo este resultado se logra a costa de reafirmar la relación hegemónica entre la autoridad comunal del cacique y la empresa. El descabezamiento del “corte”, que implicó incluso el inicio de acciones judiciales contra los “líderes” de la

protesta, adquiere entonces un marcado efecto disciplinador del que da cuenta el testimonio analizado al inicio de este apartado. Como ocurría con Rogelio, para la mayoría de los jóvenes de Campo Durán, la práctica de pechar era la vía “institucionalizada” de acceso al trabajo asalariado. Así, a los ojos de sus empleadores, para acceder al ansiado empleo estos indígenas debían dar cuenta de una moral del esfuerzo que se manifestaba en estas largas jornadas de inútil espera, ocupando una aberrante cantidad de “horas muertas” acumuladas en el estacionamiento. A su vez la escenificación de esta necesidad de empleo debía enmarcarse en los carriles admitidos entre las relaciones entre personal jerárquico y subalterno, patrones y empleados, “blancos” e “indios”; como demuestra el relato de Rogelio. Para evidenciar el “ansia de empleo” se admite el ruego, pero no la protesta.

Reconfiguraciones políticas: el desempleo como cuestión comunitaria

Este apartado presenta y analiza datos correspondientes a dos estadías de campo realizadas en los dos y tres años posteriores al momento en que registré los datos que sirvieron de base al análisis precedente (la primera del 20/2 al 9/3 de 2008 y la segunda durante la primera quincena del 8/2009). Esta nueva etapa del trabajo de campo coincidió con un momento particular en la historia reciente de la comunidad de Campo Durán, el reemplazo de la autoridad cacical y el inicio de un proceso de transformación en su organización política interna.

Como anticipan los testimonios de Rogelio analizados previamente, este proceso se inició un par de años atrás promovido por un grupo de personas, en su mayoría varones adultos cuyas familias estaban ligadas por estrechos lazos de parentesco, que disputaban la autoridad comunal basados en argumentos que pueden ser organizados en dos ejes. El primero concentra aquellos cuestionamientos referidos a los efectos de una determinada práctica del ejercicio de poder. Básicamente, la discrecionalidad con la que asignaba recursos y oportunidades (cupos de trabajo, bolsones de alimento, casillas prefabricadas, etcétera), favoreciendo a parientes y allegados, así como la ausencia de disposiciones e iniciativas para buscar recursos y establecer vínculos con agentes gubernamentales y no gubernamentales. Un segundo eje comprende las críticas –de carácter genérico– sobre el modo en el cual era ejercido ese poder. Específicamente se le cuestionaba el alejamiento de las prácticas político-organizativas de “los antiguos”, es decir la asamblea comunitaria como mecanismo periódico de información, consulta y toma de decisiones. Así durante 2007 y 2008 este

grupo logró organizar una serie de asambleas comunitarias en las cuales se trató el pedido de reemplazo del cacique y la propuesta de Rogelio para el cargo, que luego de varios intentos fallidos terminó efectivizándose a inicios de 2008.

Ahora bien, cabe destacar que este proceso que derivó en la renovación del cacique se produjo en el marco de una reforma general del organismo de representación indígena en la provincia: el Instituto Provincial de Pueblos Indígenas de Salta (IPPIS)⁵. A su vez esta iniciativa formaba parte de un conjunto de medidas implementadas por quien entonces acababa de asumir la gobernación, el ex diputado nacional Juan Manuel Urtubey (Frente para la Victoria, 2007) para diferenciarse de la gestión del ex gobernador Juan Carlos Romero, un conspicuo representante del menemismo y competidor en dichas elecciones, gestión de la que Urtubey había sido parte antes de lanzar su candidatura. En tal sentido la “normalización” del IPPIS llevada a cabo en ese entonces por Fausto Machuca, un funcionario de confianza del gobernador, implicó revisar y actualizar la situación político-jurídica en cada comunidad indígena de la provincia, tarea realizada por los vocales de cada etnia.

En Campo Durán así como en otras comunidades chané de la región esta tarea fue dinamizada por miembros de la Asociación de Comunicadores de la Nación Chané “Ñee Roata” (Comunicándonos) quienes brindaron asesoramiento sobre la irregular situación jurídica de la comunidad en aquel entonces (matrícula de la personería jurídica inhabilitada y por ende no reconocida en el IPPIS ni en el INAI). La difusión de esta información entre la gente de Campo Durán resultó clave para generar el consenso necesario a fin de renovar la autoridad cacical y dar curso al proceso de “normalización” de la estructura de organización política de la comunidad. De este modo, fue aceptada la propuesta de Rogelio como nuevo cacique y se dio curso a una renovación de la personería jurídica de la comunidad, y a una nueva elección de todos los cargos (tesorero, vocales, fiscalizador, etcétera).

⁵ El IPPIS fue creado por medio de la ley 7121/00 en reemplazo del Instituto Provincial del Aborigen (IPA) establecido por ley 6373/86. El nuevo organismo estaría dirigido por un presidente elegido por representantes (llamados vocales) pertenecientes a las ocho etnias que habitan la provincia, a su vez elegidos en aquellas comunidades que cuentan con personería jurídica. Su primer presidente fue Emilio Díaz (Chorote) quien no llegó a su cumplir su mandato puesto que a los nueve meses de asumir el instituto fue intervenido nombrándose a Oscar Valdivieso (Chané) como interventor interino. Este último se mantuvo en forma ininterrumpida durante once años al frente del organismo siendo objeto de numerosas críticas por parte de las organizaciones indígenas de la provincia que señalaban su manifiesta inacción en temas de derechos humanos, ambientales y sociales para los pueblos originarios.

Rogelio vuelve a “pechar”

La siguiente escena corresponde a los registros elaborados en mi viaje de campo de 2009, cuando Rogelio, ya consolidado en su rol de cacique de la comunidad, me invitó a conocer un trabajo que habían comenzado en la Escuela Nro. 4342 “Maestro Julio Ramón Pereyra”, la misma “escuela de frontera” que fundara YPF como parte de las obras complementarias a la construcción de la refinería.

Sobre el parque contiguo a uno de los salones de la escuela, Rogelio posa orgulloso para la foto que voy a tomar. Junto a él una aún reluciente máquina semejante a un generador eléctrico portátil que despide un ruido ensordecedor. De ella salen unos gruesos cables que alimentan la soldadora que manobra con destreza uno de los “oficiales soldadores” residentes en la comunidad. Enfundado en una máscara y ropa de protección se dedica a unir unos sólidos segmentos de fierro que parecen ser las transversales de un enorme tinglado. Cada tanto se detiene para mirar su obra, comentar a los tres muchachos que están asistiéndolo o indicar a quien maneja la enorme amoladora el sitio preciso donde debe rebajar la soldadura. En sentido opuesto otros dos muchachos pintan las transversales ya soldadas con pintura antióxido. Todos sin excepción visten ropa de trabajo y elementos de protección. Aunque los logos bordados en las camisas de tela de jean o de grafa son disímiles, evidenciando el paso de estas personas por distintas empresas del rubro, la visión de conjunto es la de una disciplinada y metódica cuadrilla de trabajo. (Registro de campo, 2009).

Cuando dejamos la escuela rumbo a su casa para compartir unos mates, conversamos sobre la historia que hace de plano de fondo a esta escena. En primer lugar pasa largos minutos detallando las virtudes de la máquina que acabo de ver, evidenciando un manejo de la tecnología del que yo carezco casi completamente. Se trata de una motosoldadora de alta calidad que consiguieron a partir de un “proyecto” presentado a la empresa Tecpetrol hace unos meses atrás. Rogelio me cuenta que desde la empresa se acercaron a la comunidad para ofrecer un curso de “elaboración de proyectos productivos” en el que participaron él y otro compañero. La propuesta elaborada durante el curso y que les permitió acceder a esa costosa máquina (u\$s 15.000) consistió en montar un “taller-escuela de soldadura de obra” en la comunidad de modo de formar a los jóvenes charrino en este oficio que tiene alta demanda en la industria hidrocarburífera. A partir de esa experiencia me cuenta que incluso “la gente de Refinor” le propuso colaboración para la “formación de una cooperativa” que eventualmente sería contratada por ellos para hacer trabajos en la refinería. Incluso llegaron a participar de una reunión con representantes de esta empresa, del IPPIS y del Municipio de Aguaray con este objetivo. Si bien reconoce que esta iniciativa quedó “un poco parada” por estos agentes, señala que gracias a eso lograron que el municipio les encargara ochenta

postes de iluminación destinados a la comunidad wichí de “La Loma”, próxima al pueblo de Aguaray. Rogelio aclara que pudieron acceder a ese trabajo porque disponían de la máquina y que esperan que les hicieran otros encargos similares. Incluso me cuenta entusiasmado que desde el IPPIS les adjudicaron cincuenta viviendas para construir en la comunidad y que ellos quieren tener una cooperativa para negociar su contratación como constructores, evitando que venga una empresa “de afuera” ya que en la comunidad hay personas con amplia experiencia en todos los oficios necesarios.

El relato me conmueve y entusiasma, me siento impresionado por los cambios sucedidos en relativamente poco tiempo, entonces le pregunto si el trabajo que acabamos de visitar en la escuela también corresponde a un encargo de la provincia o el municipio. Sin embargo mi presunción era errónea, la historia es bien distinta y por demás interesante.

Rogelio cuenta que hace unos cuatro meses atrás realizaron otro “corte” sobre la traza de un ducto que avanzaba hacia la refinería. En forma repentina unos treinta varones chané se presentaron frente a una sorprendida cuadrilla de capataces y obreros que estaba tendiendo los caños. Una vez allí les pidieron que abandonen sus tareas porque estaban entrando sin permiso en el “territorio” de la comunidad. Pasaron la noche de “guardia” hasta que al día siguiente se iniciaron las negociaciones con las empresas involucradas, donde intervinieron además distintos funcionarios y representantes políticos del municipio. Durante la jornada vivieron momentos de gran tensión, como cuando supieron que escuadrones de gendarmería se apostaban sobre la ruta a pocos kilómetros del “corte”. Sin embargo, los tranquilizaba el hecho de que el corte se produjera “en el medio del monte”, por lo tanto ningún juez podía librar una orden para reprimir y despejar porque no estaba siendo afectada ninguna vía pública de comunicación y transporte. En concreto pedían que a cambio de la realización del ducto le asignaran una treintena de “cupos” para repartir entre la “gente de la comunidad”. Luego de arduas negociaciones llegaron a un principio de acuerdo a través del cual liberaban la traza a cambio de ocho puestos (tres de oficiales y cinco de ayudantes). Sin embargo, estos cupos no fueron asignados en la obra en cuestión sino en la construcción de un tinglado para cubrir el patio de la Escuela Provincial N° 4342. Estos trabajadores recibirían el mismo salario y las mismas condiciones (provista de materiales, ART, salario familiar) que aquellos empleados en el tendido del ducto. Asimismo, eran contratados por un período máximo de seis meses, plazo en el cual se comprometían a tener finalizado el tinglado.

Un aspecto destacable de esta dinámica de cambios es que todas las decisiones que jalaron el proceso fueron tomadas a través de asambleas comunitarias, tal como señala Rogelio en este relato:

[H]emos hecho todo asamblea... así como era en tiempo de los antiguos, ya no decido yo, la comunidad es la que decide y más conformidad hay...de esa

manera voy a trabajar bien, incluso te doy ejemplo lo que ha pasado a poco de iniciar el corte... me mando a llamar el gerente de (Nombre de la Empresa) y me ha ofrecido plata... así para levantemos corte, dos mil pesos me ha dado... "toma esto es para vos" me ha dicho, y ahí es que yo he entendido muchas de las cosas que pasaban bien antes, ah visto? Entonces que he hecho? He llamado a la asamblea, les he mostrado la plata... así un tanto de efectivo (hace señal del grosor de un dedo)... y les he contado lo que pasó y para qué (Nombre del gerente) me ha hecho llegar esa plata (...) después en la asamblea decidimos que la plata la usaríamos para comprar el pizarrón, mesa y sillas para las asambleas, porque esa plata nosotros la necesitamos y hemos decidido también seguir con el corte nomás... y así hemos aguantado y nos han dado estos cupos (Rogelio, 41 años, Campo Durán, 2009)

El fragmento permite señalar un aspecto clave de las transformaciones organizativas que se sucedieron a partir del cambio de cacicazgo en 2008, verificándose una creciente politización de la organización comunitaria a partir del recurso a la etnicidad como factor de construcción de demandas frente a las "empresas". En este sentido, la preeminencia de la asamblea como dispositivo legítimo para la toma de decisiones, con el que Rogelio busca caracterizar su gestión, presentada discursivamente como continuidad de los saberes y prácticas de los antepasados. La referencia al "tiempo de los antiguos" no solo permite reforzar la referencia a la identidad étnica colectiva, sino que también reafirma el liderazgo de Rogelio (situando lo comunitario como fuente de su poder) e impugna el estilo personalista y clientelar, que caracterizó el vínculo de su predecesor con las empresas y el Estado⁶.

⁶ Quiero señalar la existencia de un debate respecto del lugar de la asamblea en la organización política chané, pese a que no es mi intención desarrollarlo aquí en profundidad. Por una parte los trabajos pioneros de Rocca (1973) y Magrassi (1981) señalan la relevancia de este mecanismo en su caracterización de lo denominan el "complejo chiriguano-chané" en referencia al proceso histórico de conquista y asimilación de los chané por parte de pueblos guaraníes (siglos XV y XVI), que entre otras consecuencias determinó el reemplazo de la lengua nativa chané de raíz arawak por la lengua guaraní. Esta idea es problematizada en el análisis realizado por Combès y Villar (2004) quienes señalan que el supuesto de la existencia de este complejo invisibiliza las particularidades propias de la cultura chané que lejos de ser enajenadas por la conquista se mantuvieron e incluso influenciaron en sentido inverso a los grupos guaraníes. En este sentido señalan que la asamblea es en realidad una característica propia de la organización política guaraní, mientras que en el caso de los chané la pauta tradicional estaba dada por la organización jerárquica y hereditaria de "Casas" que en la práctica funcionan como verdaderos linajes aristocráticos. En tal sentido es posible aventurar como hipótesis de trabajo que la marcada presencia de la asamblea en la gestión iniciada por Rogelio pueda ser entendida como una relectura de la genealogía y caracterización política chané influenciada por la mayor experiencia organizativa de los pueblos guaraníes de la Argentina y Bolivia.

Un ejemplo representativo es el carácter testimonial que adquiere el manejo de Rogelio del fallido intento de soborno para lograr el levantamiento del corte. La puesta en acto del intento de soborno ante la asamblea comunitaria, y la posterior decisión sobre el destino del dinero y la continuidad de la protesta, indican una transformación significativa en el modo de construcción de demandas frente a las empresas y al Estado. Cuando Rogelio señala “ya no soy yo, es la comunidad la que decide” está indicando que en esta etapa la figura del “cacique”, en tanto dirigente, portavoz o negociador, queda subsumida en un segundo plano frente a la emergencia de un actor colectivo (asamblea comunitaria) que reivindica su etnicidad, anclada en un territorio para legitimar sus reclamos y/o acciones de protesta.

Por otra parte la misma frase puede entenderse en un sentido complementario, donde la recuperación del dispositivo asambleario tradicional también reactualiza una serie de obligaciones concernientes a la figura del cacique, ya que es él, como representante de la comunidad, quien debe ocuparse de “pechar” por todos. Tal como indica el relato de Rogelio, la decisión colectiva respecto de continuar con el corte más allá de haber aceptado los dos mil pesos, permitió reunir los seis cupos con los cuales organizaron la cuadrilla que trabajaba en la escuela. Así, la transformación en la organización política de la comunidad incide en el modo en que acceden al empleo asalariado los varones de la comunidad. La práctica de “pechar”, una actividad individual, toma forma colectiva en la figura del cacique como representante legítimo (y no meramente legal) de la comunidad. Del mismo modo también se transforma el mecanismo de asignación de los cupos obtenidos, ya que el reclutamiento deja de depender exclusivamente de los vínculos interpersonales (tanto con los empleadores como con el cacique anterior), para adoptar un sentido más democrático e igualitario dado por la práctica del “sorteo” en asamblea. Para ello es preciso anotarse en un listado a partir del cual se efectuará el sorteo en caso de conseguir cupos. A esto se refiere el testimonio de Martín, un viejo conocido de mis anteriores estancias, quien no tuvo la suerte de salir seleccionado para los cupos con los que se conformó la cuadrilla de la escuela:

[A]hora toca aguantar a nosotros [los que no salieron sorteados] pero no hay problema porque ahora somos parejos para el laburo en empresa... el Rogelio está haciendo bien, le mete a la empresa... él sabe hablar, sale y pecha por todos, anda y anda... uy! por todos lados anda!... a cada ratito está saliendo pa' Tartagal, Pocito, hasta Salta tiene que salir... así andando por la empresa y así somos más contentos (...) [como Martín es un diestro fabricante de máscaras le pregunté sobre esto, a lo que respondió] ...muy mucha lluvia hubo para laburo de máscaritas, tengo ahí unas cuantitas para meterle pintura pero es de balde, es para renegar si le mete ahora... no prende pintura, es para renegar... hay

que esperar más seco... esta vuelta ando con el cerco, uy! demás trabajo para botar todas las plantas y limpiar!... así con el chango mío, el que anda por ahí (señala la otra punta del galpón) le conoce al Carlos usted?... [yo afirmo y continúa] ha visto!, bueno así con él hemos hecho un tantito de maíz, tantito de zapallo... poroto... así nomás unos liños de cada uno (Martín, 54 años, Campo Durán, 2009).

El fragmento del relato de Martín expresa claramente el sentido atribuido a las obligaciones del cacicazgo frente a quienes –como él– están desempleados en la comunidad. Rogelio en tanto “sabe hablar” es quien debe “pechar por todos” y para ello debe “salir” (de la comunidad) y “andar” (por las empresas) llegando incluso a Salta para “meterle a la empresa” (conseguir cupos). De esta forma el “trabajo de buscar trabajo” deja de encarnarse en una experiencia personal atomizada de cada trabajador, para ser transferida en la figura del cacique quien debe gestionar la cuestión del empleo, priorizando el interés comunitario a través del mecanismo de sorteo en asamblea.

Considerando este contexto de cambio es posible advertir, en el relato de Martín, signos evidentes de una transformación en la experiencia del desempleo para los varones de la comunidad. La frase “ahora somos parejos para el laburo en la empresa” expresa un sentido de igualdad respecto de la oportunidad de emplearse que se contrapone al carácter discrecional que asumía esta práctica en el período precedente. Es por eso que el relato de quienes en esta oportunidad deben “aguantar” porque no salieron sorteados, no está dominado por signos de inconformidad, resignación o fatalismo, pues tendrán prioridad en el próximo sorteo.

En este sentido cabe volver a la reflexión inicial en torno a la producción de una temporalidad específica desde donde se vive la experiencia del desempleo. Como muestra el relato de Martín, la *espera* derivada de no haber salido sorteado en la asamblea es cualitativamente diferente de aquella otra *espera* que organizaba su casi diario pechar en el estacionamiento de la refinería. En ambos casos la angustia de no tener empleo es una constante, sin embargo hay una diferencia sustancial dado que el mecanismo de la asamblea implica una organización colectiva de la práctica de la espera. En tal sentido, se incorpora la planificación en el uso del tiempo como uno de sus atributos centrales. En el marco de estas transformaciones es posible reorganizar el vínculo entre trabajo asalariado y doméstico, tal como expresa el relato de Martín quien decide volver a hacer “cerco” con la ayuda de su hijo.

Reflexiones finales

Como he señalado en el artículo, las “empresas” dedicadas a la explotación hidrocarburífera han adquirido una presencia creciente en la vida cotidiana de las personas de Campo Durán, dando lugar a vínculos sociales tan complejos como ambiguos, especialmente en relación a la puesta en acto de su condición étnica.

En este marco, el contraste entre los dos momentos caracterizados en el artículo me ha permitido señalar cómo en modo en que viven el empleo-desempleo estas personas es una experiencia culturalmente moldeada que se expresa en la producción de un particular manejo del tiempo, en este caso de la “espera” para ingresar por primera vez o bien reactualizar un empleo asalariado temporario en las empresas de hidrocarburos que operan en la refinería. Esta experiencia resulta crucial para personas que desarrollan su cotidianeidad en la constante alternancia a las que los somete el empleo asalariado temporario, dado que la tensión entre el mundo del trabajo doméstico y el mundo del trabajo asalariado adquiere densidad en la producción social de estas temporalidades.

Me parece central incorporar esta reflexión en el análisis de las acciones desplegadas -tanto desde agencias gubernamentales como no gubernamentales- en el marco de la llamada “economía social” o “solidaria”, bajo la forma de proyectos de promoción de la artesanía y/o agricultura. La posibilidad de desarrollar prácticas económicas “alternativas” al empleo en la refinería (un objetivo explícita o implícitamente vehiculizado en estos proyectos), tales como la producción artesanal o la agricultura para auto-consumo y comercialización de excedentes, depende en buena medida del modo en que cada unidad doméstica puede organizar la disponibilidad de trabajo para las actividades previstas en los proyectos. Inexplicablemente, esta tensión constitutiva de estas economías ha sido generalmente desestimada en iniciativas, que aunque bien intencionadas, terminaron fracasando y culpabilizando a los propios beneficiarios de no “participar” o “involucrarse” en los proyectos propuestos (Carenzo, 2008).

Pero al mismo tiempo, nuestro análisis permite poner en valor que la incorporación de esta línea de “economía social” en la agenda pública, favorece la conformación de experiencias asociativas que no agotan su razón de ser en lo productivo. En el caso de la comunidad chané de Campo Durán, tanto la reestructuración del IPPIS así como el impulso dado desde el municipio y las empresas de hidrocarburos a la formulación de proyectos productivos y eventualmente a la formación de una cooperativa, generó un entorno propicio para dinamizar la recuperación (siempre recontextualizada) de formas organizativas “tradicionales” desde las cuales los chané reelaboran su etnicidad.

De este modo, si en décadas pasadas para asalariarse temporariamente la mayoría de los varones chané se veían forzados a desdibujar sus referencias étnicas en pos de una asimilación idealizada respecto del conjunto mayoritario de trabajadores “criollos”; en la actualidad esta construcción es tensionada por la emergencia de experiencias de contestación, confrontación y negociación a partir de su condición étnica.

Esto se expresa por ejemplo en el modo en el que pasan a significar la demanda por trabajo. El último “corte” que organizan a la traza del ducto es representativo en este sentido, ya que el reclamo por cupos en la obra se significa como un acto de compensación por ingresar en el “territorio” de la comunidad, pese a que éste estaba alejado del caserío. En este sentido es interesante notar el contraste con el primer “corte” mencionado, donde las acciones se producen cuando la traza del ducto ingresa literalmente en la planta urbana de la comunidad.

En el mismo sentido, el modo de gestionar el desempleo también puede ser entendido en esta clave de fortalecimiento de su etnicidad. La “espera” de quienes no tienen empleo se organiza colectivamente, habilitando la planificación del tiempo requerido para la realización de prácticas económicas domésticas como la producción de artesanías o la agricultura para autoconsumo.

El pasaje del “pechar”, atomizado y solitario, al “pechar” por todos (en tanto rol del cacique), para luego distribuir los cupos por sorteo en una asamblea, implica también la re-creación y refuerzo de la identidad chané en su dimensión colectiva. Con ello la vivencia del empleo/desempleo deja de ser significada en términos estrictamente personales para transformarse en un asunto de la comunidad. De este modo el cambio de escenario donde Rogelio, Martín y tantos otros expresaban sus ansias de empleo -del estacionamiento hipervigilado de la refinería a la asamblea en la comunidad- no solo significaba que estaban recuperando su tiempo, sino principalmente su dignidad.

Bibliografía

BELLI, Elena y SLAVUTSKY, Ricardo (1999), “El tigre sigue aquí”, en Juan Carlos Radovich y Alejandro Balazote (comp.), *Estudios antropológicos sobre la cuestión indígena en Argentina*, J.C. Editorial Minerva, Buenos Aires, pp. 67-80.

BENEDETTI, Cecilia y CARENZO, Sebastián (2007a), “Producción artesanal indígena: Una aproximación a la problemática en la comunidad Chané de Campo Durán”, en *Intersecciones en Antropología*, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA, Olavaria, pp. 315-326.

BENEDETTI, Cecilia y CARENZO, Sebastián (2007b), "La producción y comercialización de artesanías Chané en la globalización", en Mónica Rotman, Alejandro Balazote y Juan Carlos Radovich (eds.) *"La problemática artesanal indígena. Procesos productivos y de comercialización: un análisis de grupos Mapuche, Chané y Wichi"*, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, pp. 193-215.

CARENZO, Sebastián (2007), "Territorio, identidades y consumo: Reflexiones en torno a la construcción de nuevos paradigmas en el desarrollo", en *Cuadernos de Antropología Social*, Nro. 26, pp 125-143.

CARENZO, Sebastián (2008), "Un universo de objetos en circulación: Procesos de valorización y transformación en las economías domésticas Chané de Campo Durán", *Tesis Doctoral*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

COMBÈS Isabelle y VILLAR, Diego (2004), "Aristocracias chané. 'Casas' en el Chaco argentino y boliviano", *Journal de la Société des Américanistes*, Nro. 90, Vol 2, pp. 63-102.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2008), "El trabajo de sostener el trabajo. Reflexiones en torno a la conformación de cooperativas en el área metropolitana de Buenos Aires", *IX Congreso Argentino de Antropología Social*, Posadas.

GARCÍA, Analía (2005), "Análisis de caso: lineamientos de la economía política para el análisis de transformación de un enclave petrolero", 1er. Congreso Latinoamericano de Antropología Rosario.

GORDILLO, Gastón (1992), "Procesos de subsunción del trabajo al capital en el capitalismo periférico", en Hugo Trinchero (comp.) *Antropología Económica II – Conceptos Fundamentales*, CEAL, Buenos Aires, pp 45 – 67.

GORDILLO, Gastón (1995) "Después de los ingenios: la mecanización de la zafra salto jujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco centro-occidental", en *Desarrollo Económico*, Vol. 35, Nro. 137, pp. 105 – 126.

IÑIGO CARRERA, Valeria (2005), "Acumulación de capital y degradación de la subjetividad productiva entre poblaciones toba del este formoseño", *Actas del I Congreso Latinoamericano de Antropología*, Rosario.

IÑIGO CARRERA, Valeria (2007), "Programas sociales entre los tobas del este formoseño: ¿reproducción de una población obrera sobrante?", *Cuadernos de Antropología Social*, Nro. 26, pp. 145-164.

LINS RIBEIRO, Gustavo (2006), *El capital de la esperanza: La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia*, Antropofagia, Buenos Aires.

LITERAS, Luciano (2008), "Dinámicas de incorporación y exclusión social. Guaraníes en las fronteras del capital", en *Revista de Antropología Social*, pp. 411-426.

MAGRASSI, Guillermo (1981), *Chiriguano-Chané*, Colección Artesanía Indígena Argentina, Ediciones Búsqueda y Centro de Artesanía Aborígen Yuchán, Buenos Aires.

PICCININI, Daniel y TRINCHERO, Hugo (1992), "Cuando la propiedad llega al monte. El trayecto social de la tierra y la subsunción del trabajo al capital en el Chaco salteño", en Hugo Trinchero, Daniel Piccinini y Gastón Gordillo (eds.), *Capitalismo y grupos indígenas en el Chaco Centro- Occidental (Salta y Formosa)*, CEAL, Buenos Aires, pp. 194-256.

ROCCA, Manuel (1973), "Los chiriguano chané", en *América Indígena*, Nro. 3, Vol. XXXIII, pp 743-756.

TRINCHERO, Hugo (1992), "Privatización del suelo y reproducción de la vida. Los grupos aborígenes del Chaco Salteño", en Juan Carlos Radovich y Alejandro Balazote (coords.), *La problemática Indígena: Estudios antropológicos sobre pueblos indígenas de la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, pp. 117-142.

TRINCHERO, Hugo (2007a), "Presentación", en Alejandro Balazote, *Antropología Económica y Economía Política*, Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 9-14.

TRINCHERO, Hugo y LEGUIZAMÓN, Juan Martín (1995), "Fronteras de la modernización: reproducción del capital y de la fuerza de trabajo en el umbral al Chaco argentino", en Hugo Trinchero (comp.), *Producción doméstica y capital: estudios desde la antropología económica*, Biblos, Buenos Aires, pp. 15-44.

Capítulo 8

¿Legalizar la precariedad?: La forma cooperativa en la movilización de mano de obra en el agro

Matías Berger
Gabriel Bober
Francisco Fabio
Elena Mingo
Melina Neiman

Introducción

La relación capital / trabajo exhibe en el sector agropecuario algunas características históricas particulares. El trabajo estacional constituye uno de los elementos que estructura esta relación en el marco de diversas formas de contratación transitoria. A lo largo del año, hay tareas de duración variable para cuya realización las empresas requieren de grandes volúmenes de fuerza de trabajo que debe ser movilizadada con rapidez y, en muchas ocasiones, hacia lugares distantes geográficamente. Otro aspecto importante lo constituye la baja proporción de trabajadores registrados y, por último, la falta de reconocimiento de calificaciones.

El objetivo de este artículo es analizar las características y el funcionamiento de las *pseudocooperativas* de trabajo en la producción agraria así como el contexto productivo, normativo y social. Dicho contexto favorece la utilización de esta figura cuyo marco normativo establece objetivos y fines que no contemplan las prácticas de contratación laboral para las que son empleadas en los casos que serán analizados en este artículo. De este modo, analizaremos estas *pseudocooperativas* como una forma particular de tercerización e intermediación laboral en tanto fenómeno configurado por la confluencia de las interpretaciones parciales de las normas jurídicas

que las regulan, las necesidades empresariales de movilización de mano de obra al menor “costo posible”, las urgencias de los trabajadores por conseguir trabajo, la debilidad de las organizaciones de trabajadores y un contexto donde predomina la precarización laboral.

Por esto, la presencia de las que denominamos *pseudocooperativas* de trabajo en el sector agropecuario constituye una de las formas de contratación que permite eludir el establecimiento de una relación salarial, a la vez que permite formalizar parcialmente la contratación y genera el acceso a ciertos beneficios sociales reconocidos a los “asociados a cooperativas”. Por último, estas *pseudocooperativas* posibilitan a las empresas la contratación de grandes contingentes de trabajadores para cubrir necesidades estacionales de fuerza de trabajo en períodos de tiempo breves incluyendo mecanismos de control, selección y movilización de la fuerza de trabajo.

El análisis y la interpretación que presentamos son producto del trabajo de campo realizado por los autores en la región del Valle de Uco, localizada en la provincia de Mendoza, en el marco de los proyectos PICT 14245 “Los trabajadores rurales en los mercados de trabajo: hogares, trayectorias laborales y relaciones de trabajo en la provincia de Mendoza” y PICT 232/07 “El trabajo migrante transitorio en el agro argentino” desarrollados ambos por el conjunto del área de Empleo y Desarrollo Rural del CEIL-PIETTE, CONICET. Durante las instancias de trabajo de campo hemos realizado entrevistas a trabajadores asalariados agrícolas, trabajadores migrantes, productores, empresarios agropecuarios y agroindustriales, intermediarios laborales, encargados de gestión de recursos humanos y del proceso de trabajo e informantes claves. Por último, hemos empleado otros estudios e investigaciones sobre intermediación laboral en el agro y presencia y funcionamiento de *pseudocooperativas* en otras provincias y regiones del país.

1. Particularidades del mercado de trabajo agrícola, de la producción y de la conformación de relaciones sociales en la ruralidad

La conformación de mercados de trabajo en la agricultura ha estado históricamente asociada con rasgos de marcada precariedad. Entre los aspectos que sobresalen se puede mencionar características vinculadas a la especificidad de la actividad, como la estacionalidad productiva y la discontinuidad en los requerimientos laborales, y algunas vinculadas a la regulación social de estos mercados que se expresan en menores niveles de ingresos, sistemas de pago a destajo, mayor informalidad en las contrataciones y condiciones deficitarias de trabajo, transporte y vivienda (Fabio y Neiman, 2010).

Esto se observa en la situación de los trabajadores asalariados signada por la inestabilidad ocupacional y la escasa difusión de relaciones salariales clásicas que impiden la aplicación de regulaciones contractuales y el acceso a las condiciones propias de dichas relaciones como el pago de jubilación, antigüedad, obra social, asignaciones familiares, horas extras, etc. El cambio frecuente de ocupación genera períodos sin remuneración que inciden en los ingresos anuales. A ello se agrega la inseguridad acerca de la posibilidad de obtener un nuevo empleo, lo que deja a los trabajadores en una situación de mayor vulnerabilidad, aumentando su debilidad para discutir salarios y condiciones de trabajo y tornando difusa la posibilidad de construir una "trayectoria" o carrera. (Piñeiro, 2008). Esta situación se acompaña, por lo general, con el "ocultamiento" de los conocimientos y habilidades necesarios para la realización de las tareas al visualizarse como atributos o capacidades intrínsecas de los trabajadores (Mingo y Berger, 2009).

La demanda laboral en la producción agropecuaria tiene que resolver algunas cuestiones particulares que, de diferentes formas, agregan complejidades al reclutamiento y movilización de fuerza de trabajo. El principal aspecto a resolver por las unidades económicas radica en la discontinuidad de las tareas y en los requerimientos irregulares e impostergables de trabajadores que éstas deben afrontar a lo largo del año. En muchos casos, las diferentes tareas tienen que realizarse en momentos precisos del ciclo, como el caso de las tareas de mantenimiento de los cultivos y las cosechas ya que de lo contrario se malogra el rendimiento o las cualidades de lo producido. Por lo general, esta situación se resuelve tercerizando las funciones de reclutamiento, transporte y alojamiento de los trabajadores.

El carácter transitorio de las tareas, la alta rotación por diferentes unidades de producción, la condición migrante de algunos trabajadores, sumadas a las limitaciones de capital social y relacional, configuran serias dificultades para la constitución de organizaciones gremiales y generan condiciones que limitan la participación de los trabajadores en esas instancias de representación. Son también estas características las que atentan contra la capacidad de control y regulación por parte del Estado. A esto debemos agregar que las estructuras de gobierno local están fuertemente entrelazadas con los intereses de los sectores productivos ya sea a través de vínculos personales, familiares, políticos o económicos.

En la conformación de la transitoriedad de este mercado, se combinan otras características que ofrece el aspecto normativo, tanto el que se expresa en el aparato legal formalizado como aquel que interviene a partir de consensos y costumbres generalizadas entre los actores del territorio (Fabio, 2009).

Sobre el aspecto legal formal es posible señalar que el sector agropecuario argentino se caracteriza históricamente por altos niveles de trabajo no

registrado, sobre todo para los trabajadores transitorios, facilitando contratos inestables de trabajo, bajas remuneraciones y condiciones de trabajo y transporte muy precarias. Sumado a lo anterior, la década del '90 configuró un sistema de relaciones laborales marcado por los procesos de flexibilización y precarización. En el caso del sector agropecuario, esta configuración se asentó sobre relaciones laborales en las que nunca llegó a predominar la forma salarial clásica con todas sus dimensiones de previsión, seguridad social y demás regulaciones (Murmis, 1994).

La contratación de los trabajadores no permanentes emplea diferentes modalidades como el contrato de trabajo no permanente contemplado en el Régimen Nacional de Trabajo Agrario y los contratos de trabajo a plazo fijo, de temporada y de trabajo eventual que se hallan incluidos en la Ley General de Contrato de Trabajo (Quaranta y Fabio, 2010). En el primer caso, la figura del "trabajador permanente discontinuo" o "permanente de temporada" permite que año a año se contraten trabajadores en momentos donde aumenta la demanda de fuerza de trabajo y constituye una normativa muy utilizada por los establecimientos agropecuarios y las empresas agroindustriales bajo la cual se ampara y legaliza el "paro" durante la contratación de jornales transitorios (Bocco y Dubini, 2007). Esta figura es utilizada en aquellos sectores que lograron ser excluidos de la norma general agrícola, como por ejemplo la fruticultura y la vitivinicultura. La discontinuidad y transitoriedad productiva no se plasma ni exclusiva ni preferentemente a partir de esa figura legal ya que también es empleada la del trabajador no permanente ya mencionada. Por otro lado, estas formas de contratación en las que se plasman la transitoriedad y la precariedad coexisten con formas de contratación informales donde el "paro" es una figura de hecho.

Tanto los modos de contratación formal, es decir regulados por algún contrato, como los informales, dan lugar a relaciones laborales que se desarrollan en el marco de un consenso fundamentado en las variaciones de los requerimientos de trabajo específicos de cada producción, legitimando no sólo la estacionalidad de la demanda de trabajo o contratación para la temporada sino también la potestad de empresarios y productores de "parar" a sus empleados en determinados momentos o de no pagar los días en que no se trabaja por cuestiones climáticas. Es importante insistir en que este hecho atraviesa no sólo a aquellas relaciones no reguladas contractualmente sino que se halla establecido como una práctica afirmada por el hábito y las costumbres, formando parte de una especie de "sentido común" acerca de las relaciones laborales (Berger, Fabio y Mingo, 2008; Mingo y Berger, 2009).

Por otro lado, las formas de remuneración también favorecen la configuración de situaciones precarias. La remuneración por jornal, una de las

formas de pago habitual en el trabajo agrícola, permite a los empresarios pagar sólo los días de trabajo efectivamente realizado. A esto se suma que en la mayoría de las producciones esta modalidad es acompañada por el pago a destajo. Este sistema, además de pagar sólo el tiempo de trabajo efectivo, fomenta el establecimiento de la competencia y diferenciación entre los trabajadores, situación que eleva la productividad y la plusvalía captada por el empleador y a su vez promueve un impulso a la extensión de las jornadas laborales. Finalmente, la segmentación de los mercados de trabajo -por la cual determinados grupos con escasas o nulas probabilidades de acceder a las empresas que pagan mejores salarios, o a las tareas mejores pagas- permite remunerar el trabajo por la condición social de los trabajadores y no por su productividad o por el valor asignado a la tarea (Piñeiro, 2008).

De este modo, las relaciones sociales de producción se configuran en la interdependencia entre aspectos técnico-productivos, marcos legales y prácticas sociales que constituyen los mercados de trabajo como instituciones. En este sentido, el mercado de trabajo es un campo de disputa en el que se suceden negociaciones y luchas en torno al valor que se le asigna a los sujetos y a los objetos, donde lo que está en juego es la relación de fuerza entre los grupos y sus derechos y posibilidades de acceso a recursos materiales. Ese es el proceso de producción material y moral de la fuerza de trabajo en el cual las constricciones materiales y sociales se producen en forma relacionada e interdependiente. En el transcurso de dicho proceso se generan las disposiciones a la aceptación de puestos de trabajo, de circunstancias en que se accede a dichos puestos de trabajo, de condiciones laborales e incluso de las condiciones de la protesta o movilización sindical (Icart y Morell Blanch, 1998)

Los mercados de trabajo constituyen un campo en el cuál las asimetrías en las relaciones de poder entre patrones y trabajadores facilitan la expansión de prácticas contractuales que favorecen la precarización del trabajo agrícola. En tanto fuerza de trabajo libre, los trabajadores deben trabajar para vivir y por ello están en una situación desigual para negociar el valor y las condiciones de su trabajo. Por ejemplo, no pueden esperar hasta encontrar una mejor oferta y, además, es muy probable que aún esperando no la encuentren. Por otro lado, resulta difícil la constitución de organizaciones teniendo en cuenta el aislamiento, la dispersión y la falta de continuidad en un mismo lugar de trabajo y la fragilidad de la propia imagen de "jornalero" (Piñeiro, 2008).

Por esto, para entender la precariedad laboral en la agricultura, considerando el carácter históricamente difuso que tiene la formalidad en este ámbito, es particularmente importante pensar en las instituciones informales como estructuradoras de las relaciones laborales (Rau, 2006).

2. Las diferentes formas de intermediación laboral y la difusión de las pseudocooperativas

La intermediación laboral ha sido una institución presente y difundida históricamente en los mercados de trabajo agrícolas. En la actualidad, el fenómeno se presenta con una mayor heterogeneidad en cuanto a formas (a los agentes tradicionales se le suman las empresas de servicios eventuales y las *pseudocooperativas*) y a funciones (a las históricas de reclutamiento, movilización y organización del trabajo se le suma la prestación de servicios de “blanqueo”), adecuándose en cada territorio o producción a las necesidades empresarias y a los marcos normativos institucionalizados (Quaranta y Fabio, 2010).

A partir de los 90 se ha constatado una amplia difusión de la tercerización como recurso para la contratación de mano de obra y se ha profundizado la precarización de las relaciones laborales en un sector agrícola ya signado por relaciones laborales precarias (Bendini y Gallegos, 2002; Aparicio, 2005).

En este sentido, las formas de flexibilización externa (referidas al aspecto contractual legal) que han provisto un marco general de flexibilización, ofrecen un escenario propenso a la aparición de formas fraudulentas como las pseudocooperativas de trabajo, desdibujando las relaciones laborales y salariales: “El impacto de la flexibilización externa proveniente de la legislación actual va más allá del fraude laboral y comprende aspectos de los vínculos contractuales referidos a diversas formas de transgresión y/o clandestinización del empleo” (Bendini y Gallegos, 2002: 52).

En el caso de la producción agrícola, las pseudocooperativas de trabajo, así como otras empresas de intermediación o tercerización, brindan servicios que incluyen la movilización de mano de obra, la administración y gestión de esa fuerza de trabajo, la selección y/o el control de esta misma fuerza de trabajo. Como explican Craviotti y Palacios (2007), la tercerización o externalización de actividades, en especial de aquellas que son estacionales, son vistas como nuevas modalidades de empleo vinculadas a un aumento de la flexibilidad externa con el objetivo, por parte de las empresas, de ajustar la cantidad de mano de obra según los requerimientos ocasionales. En esta línea, en la agricultura “...la externalización de las labores manuales podría vincularse tanto a la búsqueda de la disminución de los costos laborales como a la posibilidad de facilitar el reclutamiento y la gestión de grandes contingentes de mano de obra.” (Craviotti y Palacios, 2007: 7).

Estas nuevas formas se combinan y yuxtaponen con formas tradicionales de movilización de fuerza de trabajo en el sector agropecuario. Por ejemplo, es posible observar que los cuadrilleros o enganchadores, en tanto figuras clásicas que participaban del proceso de movilización de fuerza

de trabajo en el sector agrario, habrían ido mutando hasta desempeñarse actualmente como contratistas de mano de obra con características similares a las de las empresas prestadoras de servicios (Aparicio, Berenguer y Rau, 2003).

Pero estas nuevas formas brindan a las empresas la ventaja de combinar subordinación organizativa con independencia contractual en la agricultura (Craviotti y Palacios, 2007) ya que, tal como afirma Palomino (2000), cuando un trabajador es subcontratado se encuentra en una doble situación de subordinación, por parte de la empresa usuaria, que establece las pautas que organizan el proceso de trabajo, y por parte de la empresa que lo contrata directamente.

En términos generales, este fenómeno se adecua de manera flexible a las estrategias empresariales tendientes a contratar mano de obra solo para los momentos de trabajo efectivo y a desdibujar los términos de la relación laboral, incrementando la precariedad del empleo en la agricultura ya que genera condiciones particulares y complejas de asalarización que reducen la capacidad de negociación de los trabajadores y de control por parte de los entes fiscalizadores de la legislación laboral (Alfaro, 1999; Aparicio, Berenguer y Rau, 2004; Berger, Fabio y Mingo, 2008; Mingo y Berger, 2009; Fabio y Neiman, 2010).

Las *pseudocooperativas* sobre las que se enfoca este artículo representan una de las nuevas modalidades de intermediación. Su difusión no es homogénea en todas las producciones y provincias de Argentina y depende de los requerimientos de producción, de la presencia sindical, de la capacidad de movilización política de los trabajadores, de las prácticas empresarias y de la capacidad de regulación, denuncia y aceptación de estas formas por parte de los gobiernos y de los fueros judiciales provinciales.

Bendini y Gallegos (2002) afirman que la modalidad de precarización propia de las pseudocooperativas de trabajo se destaca en los sectores frutícolas, en particular en la zona de San Pedro, en la citricultura tucumana, en Mendoza y en Río Negro. La modalidad se presenta tanto en el sector primario como en la agroindustria, fundamentalmente en el empaque, y agregan que "...una forma habitual de burlar los controles gubernamentales y judiciales, lo constituye su alta tasa de disolución/recreación con nueva denominación" (Bendini y Gallegos, 2002: 57). Contrariamente, para el caso de la producción de limón, Alfaro (2003) afirma que los crecientes requerimientos de calidad han llevado a una mayor formalización de la contratación de mano de obra que, a diferencia de lo sucedido a principios de los '90, desplazó a las cooperativas de trabajo en la cosecha en desmedro de las empresas de servicios agropecuarios y llevó al predominio de la contratación directa en el empaque. También en el nordeste de Entre Ríos, las cooperativas de trabajo cumplieron un rol como agentes de

intermediación pero, actualmente, el mayor control por parte del Estado Nacional estaría generando su reemplazo por empresas de servicios de contratación de mano de obra (Tadeo, Palacios y Torres, 2006). De todos modos, es importante destacar que estas “nuevas” empresas de contratación serían en muchos casos las antiguas cooperativas que han cambiado su razón social para operar en un nuevo “marco legal”.

En el Valle de Uco, Mendoza, las modalidades de intermediación, tanto aquellas con mayor presencia histórica como las más novedosas, coexisten y se superponen. Así, la figura del “cuadrillero” compone, junto con las empresas de servicios eventuales y las pseudocooperativas de trabajo, la trama cuyo objetivo es la movilización de la fuerza de trabajo en determinados momentos del ciclo de producción, tanto de trabajadores que residen en el medio local como de trabajadores migrantes provenientes de otras provincias y de otros países (Fabio y Neiman, 2010). En ocasiones, los “cuadrilleros” se desempeñan en forma independiente y compitiendo por el reclutamiento de la fuerza de trabajo y, en otros casos, se complementan y actúan en forma conjunta con las empresas que “median” la contratación. En todos los casos pueden cumplir una variedad de tareas vinculadas a la movilización de la fuerza de trabajo como ser su reclutamiento, transporte, supervisión y/o parte de la gestión administrativa dependiendo ello del arreglo con la empresa contratante y con la parte que realiza la tarea de intermediación. En algunos casos, las pseudocooperativas de trabajo cumplen exclusivamente la función de formalizar la relación laboral. (Quaranta y Fabio, 2010)

De esta manera, se observa que la intermediación laboral, por su importancia y generalización, ocupa un papel importante en la reproducción de la precariedad ocupacional, ya que facilita la mayor eventualización de las contrataciones y, a su vez, cumple la función de registrar estas ocupaciones, aunque en la mayoría de las ocasiones ello se concreta apelando a modalidades parciales o “sucias” (Fabio y Neiman, 2010; Quaranta y Fabio, 2010).

3. Particularidades de las pseudocooperativas en sus aspectos formales y su funcionamiento concreto

La figura de la cooperativa de trabajo, en su función de intermediaria laboral, coexiste con formas institucionalizadas que permiten contrataciones eventuales. De esta forma, son empleadas para eludir tanto la relación salarial permanente como las obligaciones patronales en el caso de las relaciones transitorias. Lo destacable de este entramado es que esa variedad

hace difusa las diferentes formas de contratación, intermediación y regulación. Efectivamente, en muchas ocasiones es posible observar que los trabajadores desconocen la forma o medio por el cual han sido contratados e inclusive las obligaciones y derechos que cada una de esas formas otorga a la relación.

Las *pseudocooperativas* de trabajo, al actuar como prestadoras de servicios eventuales, incurrir en fraude laboral debido a que, junto con los empleadores, actúan como terceros, contratando a trabajadores. En este marco, esta situación se presenta confusa para los trabajadores, o bien, sabiendo que constituye un fraude, consideran imposible o infructuoso denunciarla. Sobre esto incide también el aislamiento de los trabajadores rurales y su alta rotación que impiden la conformación de una voluntad colectiva. Asimismo, en un contexto de desocupación cíclica, no debe descartarse que los trabajadores resignen la calidad de la relación laboral a cambio de obtener una mayor continuidad en los puestos de trabajo que las pseudocooperativas pueden ofrecer debido a su “cartera de clientes”.

Los trabajadores agrícolas se asocian a estas pseudocooperativas de trabajo con el objetivo fundamental de asegurarse el acceso a un puesto de trabajo por el mayor tiempo posible. Este hecho no es menor en un mercado laboral altamente estacional en el cual existen momentos de alta demanda, en los cuales los trabajadores ven facilitado el acceso al trabajo, y otros de baja demanda, en los cuales el trabajador debe contar con ciertos recursos (de experiencia o relacionales) para asegurarse la mayor continuidad laboral posible. En este sentido, para los trabajadores agrícolas, la relación con las cooperativas adquiere un carácter práctico debido a que éstas, a través del contacto personal con sus empresas clientes, pueden proporcionar mayores posibilidades de acceder a empleos durante el año. En distintas ocasiones, las pseudocooperativas también otorgan determinados beneficios a los trabajadores agrícolas, como la cobertura de algún servicio de salud que, por mínimo que sea, puede ser otro motivo por el cual los trabajadores deciden recurrir a estas empresas cooperativas o aceptan establecer el vínculo laboral a través de las mismas.

En la actualidad, a pesar de la existencia de algunos casos de inhabilitación de cooperativas, es posible encontrar la promoción de los servicios de flexibilización que ofrecen estas empresas. Así, en el portal web de Huentala, cooperativa de trabajo que funciona actualmente en las provincias de Mendoza, San Juan, La Rioja y Tucumán se señala que el servicio que presta permite a los empresarios tercerizar tareas o labores de las empresas con absoluta seguridad, brindando un marco legal comprobado, institucionalizado y aceptado por las reparticiones nacionales y provinciales que fiscalizan las responsabilidades laborales e impositivas vigentes (Fuente: <http://www.coophuentala.com.ar> 15/06/2010).

Es importante señalar que al comparar las condiciones laborales con aquellas en que trabajan muchos de los trabajadores agrícolas no afiliados a pseudocooperativas, particularmente los temporarios, el escenario resulta similar en aspectos relacionados con la estabilidad, los ingresos, las condiciones de trabajo y la seguridad de los trabajadores. En el caso de que los “asociados” eventuales a las cooperativas accedan a aportes jubilatorios y/o cobertura médica, dicha situación se encuentra acotada a períodos limitados y discontinuos en el año.

En el Valle de Uco, observamos la presencia de un proletariado rural que reside en pequeñas localidades rurales y en los márgenes de las localidades más importantes de la zona. La pequeñas localidades y barriadas se encuentran cercanas a las unidades de producción agrícola y a las empresas de empaque agroindustrial. A esos trabajadores locales se suman, en la temporada de cosecha, el momento de mayores requerimientos de fuerza de trabajo, los trabajadores migrantes que provienen de manera predominante de las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy y también de Bolivia.

Al entrevistar a trabajadores residentes en la provincia de Mendoza y a migrantes que recurrentemente trabajan en la zona, se ha podido comprobar la importancia que tienen pseudocooperativas como formas de intermediación para las diferentes producciones desarrolladas en la región. En estos casos se pueden observar tanto confusiones y omisiones como un resignado conocimiento o desconocimiento de la situación fraudulenta en la que se encuentran. No siempre se distingue entre trabajar en forma permanente y tener un trabajo registrado, ni la diferencia entre trabajar contratado por una empresa-finca, trabajar para una empresa de servicios eventuales o “estar por la cooperativa de trabajo”. Esa confusión es influida en gran medida por prácticas e instituciones que tienden a la elusión de las relaciones salariales.

Como se señaló, hay trabajadores que reconocen la diferencia y conocen sus derechos pero ese reconocimiento encuentra como límite una realidad donde la precariedad es norma y por lo tanto se torna muy difícil generar acciones individuales o colectivas para reclamar por la inclusión en relaciones salariales clásicas. Como factor añadido, en el caso de algunos trabajadores migrantes contratados mediante pseudocooperativas, observamos que ellos conocían sus derechos y sabían de la ilegalidad de la forma mediante la cual eran contratados. Sin embargo, la condición dispersa, eventual y deslocalizada de este proletariado resultó hasta el momento en un límite concreto para la organización destinada a la mejora en la calidad del empleo (registro, condiciones de alojamiento y transporte, etc.).

Como vemos, la figura de las cooperativas de trabajo es utilizada con frecuencia como mecanismo de tercerización de la mano de obra, dado que ellas establecen una relación directa con las empresas agrícolas y

agroindustriales a las cuáles proveen de personal para realizar tareas temporarias. Mediante estos mecanismos de contratación, los trabajadores no establecen ninguna relación contractual con las empresas en las que efectivamente realizan sus tareas, por lo que las empresas se desligan de cualquier obligación legal con los trabajadores. Esta es una de las principales objeciones al funcionamiento de estas cooperativas de trabajo en el sector agropecuario puesto que, en la práctica, actúan como empresas que proveen servicios de personal temporario, acto expresamente prohibido en la legislación laboral nacional. En efecto, el artículo 40 de la Ley de Régimen Laboral (25.877) expresa que *“las cooperativas no pueden actuar como empresas de provisión de servicios eventuales, ni de temporada, ni de cualquier otro modo brindar servicios propios de las agencias de colocación”*. Esto evidencia que este tipo de funcionamiento constituye una situación de fraude laboral.

En relación con la legalidad de estos mecanismos, Ferreiros (2000) señala que, dentro de los significados del concepto de “fraude” ante la ley, existe una acepción que contempla aquellos comportamientos que, analizados aisladamente, resultan ser adecuados a la normativa pero que al ser examinados dentro de un ordenamiento jurídico integral no lo son. En este sentido, la autora señala que al utilizar estos mecanismos se oculta una conducta que infringe el ordenamiento establecido, generando una apariencia de cumplimiento de la ley. De modo que es posible que una cooperativa cumpla con los aspectos formales y no sea, en razón de su funcionamiento y organización, una cooperativa de trabajo, en el sentido de conformar una “voluntad social” mediante la participación de sus asociados a través de la cual se establece la gestión y el control. Si bien existe una resolución del INAES (Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social), organismo de gestión y fiscalización de las cooperativas en general, que intentó reforzar el carácter asociativo de las cooperativas de trabajo, el problema es que la norma es ambigua ya que considera a los trabajadores asociados como “autónomos” pero a la vez obliga a las cooperativas a hacerles aportes (Bendini y Gallegos, 2002).

Siguiendo esta línea de interpretación, un fallo de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Mendoza del 15 de mayo de 2007 señala: *“Cuando una cooperativa de trabajo presta servicios en terceras empresas y no en sus propias estructuras, se comporta como una empresa más que brinda trabajadores a terceros integrando el ritmo de producción ajeno. De ahí que, objetivamente se manifiesta una situación de fraude, ocultando la relación laboral a través del disfraz cooperativo.”* Como se observa a partir de las interpretaciones de Ferreiros y la expresada en el fallo de la Corte Suprema de Justicia provincial, el funcionamiento de las cooperativas de trabajo no se ajusta a la normativa legal vigente por cuanto oculta la relación laboral existente entre los trabajadores y las empresas en las que se desempeñan. En este sentido, las cooperativas

de trabajo más bien funcionan como empresas proveedoras de personal temporario evadiendo la responsabilidad de establecer una relación de trabajo según lo que se establece en la Ley de Contrato de Trabajo.

En general, estas cooperativas de trabajo agrícola inscriben a sus “socios” en la AFIP como monotributistas, convirtiéndose formalmente en trabajadores cuentapropistas. El pago de la cuota del monotributo queda bajo responsabilidad de la administración de la cooperativa, que realiza el descuento al salario del trabajador de modo directo. De esta manera, los trabajadores pierden el control sobre la realización de los pagos por parte de la empresa. Esta situación no es menor desde el momento en que existen situaciones en que la empresa cooperativa no realiza esos aportes, a pesar de haber realizado los descuentos al salario, y el trabajador debe hacerse responsable de una deuda personal ante el Estado.

Es frecuente que los trabajadores que sostienen una relación laboral temporal con estas cooperativas de trabajo, como en el caso de los cosecheros, lo hagan bajo la categoría de monotributista social eventual. Esta categoría fue creada contemplando aquellas actividades que se desarrollan irregularmente o con carácter estacional y no necesitan facturar durante todo el año. El monotributista social eventual está exento de abonar el pago del 5% de los ingresos brutos que generen cada una de las operaciones que realicen, tal como se exige a los monotributistas eventuales del régimen general, pero no cuentan con la cobertura de una obra social.

La estrategia de las *pseudocooperativas* es afiliar a los trabajadores a mutuales para que reciban algún grado de cobertura médica aunque la misma tenga un carácter parcial. Por otro lado, no reciben la cobertura de una aseguradora de riesgos de trabajo como debe hacerlo un trabajador registrado sino un seguro por accidentes civiles. De esta manera, las pseudocooperativas de trabajo ocultan al trabajador en relación de dependencia mostrando un trabajador autónomo, que cobra bajos salarios y no tiene estabilidad laboral, aportes, ni beneficios asistenciales. Las pseudocooperativas operan aludiendo preexistencia en instancias judiciales o desempeñándose en forma clandestina estableciendo el domicilio legal fuera de las provincias en las que actúan y cambiando su denominación social (Quaranta y Fabio, 2010).

4. El papel del Estado y los conflictos generados por el funcionamiento de las pseudocooperativas

A pesar de no tratarse de un sector social con fuertes tradiciones organizativas o gremiales, factor que en efecto posibilita la extensión que alcanzó este fraude laboral, los trabajadores del sector agrícola han protagonizado

algunas acciones que comenzaron a poner ciertos límites al funcionamiento de este tipo de cooperativas. Se trata de la aparición de conflictos locales desarrollados en el ámbito jurídico y de reclamos individuales que, en ocasiones, se han desencadenado en acciones colectivas como movilizaciones, cortes de ruta o bloqueo de accesos a las empresas.

En este sentido, más allá del vínculo que se establece entre trabajadores y *pseudocooperativas*, es necesario incorporar al análisis el modo de intervención de las distintas instancias estatales relacionadas -organismos nacionales y provinciales-, para poder comprender las facilidades o restricciones a su funcionamiento.

Tomando el caso de uno de los conflictos más destacados, como fue la inhabilitación de la cooperativa de trabajo “Colonia Barraquero” en Mendoza –relacionada al manejo de diecisiete mil trabajadores–, el Estado intervino a través del Ministerio de Trabajo y del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social, dependiente del Ministerio de Desarrollo y Acción Social. Este último organismo es el que tiene la facultad de regular las matrículas habilitantes a las organizaciones cooperativas en todo el ámbito nacional.

Cuando el Ministerio de Trabajo, a través de su delegación en la provincia de Mendoza, intervino en Colonia Barraquero, especializada en proveer mano de obra a empresarios hortícolas, detectó que los trabajadores de la cooperativa no contaban con obra social, no cobraban asignaciones familiares, no recibían compensación alguna en caso de accidente de trabajo y, muchas veces, eran objeto de deducciones para el pago de jubilación como autónomos. Asimismo, al verificar en el Sistema Integrado de Jubilaciones y Pensiones (SIJP), observó que no se habían realizado los depósitos correspondientes, incluso los de aquellos trabajadores que se habían desempeñado en la misma firma a lo largo de varias temporadas.

En general, según manifiestan funcionarios del INAES, estas situaciones de fraude laboral son conocidas dentro del organismo y la política del instituto es la de intimar y sumariar a las cooperativas en las que cometen estas irregularidades laborales. Sin embargo, sólo en casos de fraudes laborales extendidos y muy visibles socialmente, donde se exteriorizan fuertes conflictos gremiales o judiciales, como los de la pseudocooperativa citada, se decide tomar la medida de inhabilitación. Por anteriores experiencias de intentos de intervención en situaciones de fraude laboral relacionados a cooperativas, los agentes nacionales manifiestan que les resulta dificultoso actuar en ámbitos locales donde existe cierto “consenso” con tales formas de funcionamiento o al menos donde no se registra un conflicto, más allá de que se detecte o no una situación de fraude laboral.

Por otro lado, a pesar de esta tendencia del Estado de intervenir de manera parcial, al desatarse los conflictos -sean de orden jurídico como

gremial-, la estrategia de las empresas es la de presionar políticamente acusando a los organismos estatales encargados de efectuar los controles correspondientes de “persecución”. En segunda instancia, amenazan con abandonar la actividad en la región (lo cual significa la pérdida de miles de puestos de trabajo) y con radicarse en otras provincias donde existan escenarios de “menor rigidez normativa”. Esto último debe leerse como mayor permisividad con respecto al incumplimiento de las normas por parte de los Estados locales, ya que la normatividad es de carácter nacional.

5. Conclusiones

Los mercados de trabajo agrícola tienen ciertas especificidades como la estacionalidad de la producción y su consecuente discontinuidad en los requerimientos laborales. Asimismo, las relaciones laborales en la agricultura están conformadas por características como bajos ingresos, sistemas de pago a destajo, informalidad en las contrataciones y deficitarias condiciones de trabajo. Así, la condición de los trabajadores es atravesada por la inestabilidad y la consecuente rotación ocupacional. A ello se agrega la ausencia de relaciones salariales, hecho que impide el acceso de los trabajadores a los beneficios sociales contenidos en dicha relación. En definitiva, estos mercados de trabajo constituyen un campo donde las asimetrías entre patrones y trabajadores proporcionan un contexto de precariedad.

Como se pudo observar en el artículo, en este tipo de mercado de trabajo, las denominadas pseudocooperativas cumplen un papel fundamental en la movilización de mano de obra como una forma más de intermediación laboral, presentando variaciones respecto de las funciones que este rol implica. En este sentido, se destaca que la demanda de mano de obra en el sector requiere de otros servicios que no se limitan al reclutamiento, movilización y organización del trabajo. Los marcos normativos actuales exigen a las empresas agrícolas el cumplimiento de ciertos requisitos de registro de la mano obra. Las gestiones administrativas destinadas al registro de los trabajadores constituyen una de las nuevas funciones que las empresas agrícolas solicitan a los agentes que conforman la intermediación laboral y ese es uno de los espacios donde las pseudocooperativas se desenvuelven.

Las pseudocooperativas de trabajo, por otro lado, son instituciones que utilizan la figura tradicional de cooperativa de trabajo para llevar a cabo un tipo de actividad muy diferente del objetivo con que esta figura fue diseñada. Mientras que la forma legal “cooperativa de trabajo”, generalmente, busca unir a los trabajadores para desarrollar un proyecto productivo o hacerse cargo de manera conjunta de la gestión de una empresa

abandonada por sus dueños, estas pseudocooperativas operan en el marco de un mercado de trabajo precario, siendo funcionales a una patronal que apunta a eludir las relaciones salariales formales y a consolidar una forma de contratación transitoria, desfavoreciendo la organización colectiva por parte de los trabajadores. Esta situación está regulada por normas que dejan intersticios que favorecen la precarización de las relaciones laborales.

No se trata, por lo tanto, tan sólo de la ilegalidad de la operatoria de estas organizaciones o de ciertos agentes en particular, sino de la institucionalidad que se desarrolla en forma efectiva a partir de los objetivos e intereses particulares de los agentes. Estos objetivos son diferentes en cada caso; se trata de reducir los costos laborales, externalizar en forma total o parcial la movilización de fuerza de trabajo, conseguir trabajo en un mercado signado por requerimientos inestables o de aprovechar la ambigüedad y los intersticios de ciertas formas y normas para asumir roles de intermediación.

En la confluencia activa que genera la búsqueda por alcanzar esos objetivos, los agentes despliegan acciones que tienen incorporadas sus perspectivas, su capital relacional, social, económico y simbólico y su conocimiento particular, interesado y parcial, de lógicas y reglas del campo, así como de los restantes agentes.

Bibliografía citada

ALFARO, María Inés (1999), "Los espacios para la negociación laboral en la citricultura tucumana: actores y estrategias. Disciplinamiento, conflictividad y resistencias", en *Estudios del Trabajo*, No. 18, pp. 39-59.

ALFARO, María Inés (2003), "Estrategias empresarias: exportación, intermediación y precarización en la citricultura tucumana", en VI Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Buenos Aires.

APARICIO, Susana (2005), "Trabajos y trabajadores en el sector agropecuario de la Argentina", en N. Giarracca y M. Teubal (Coordinadores), *El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencias sociales, ecos en la Ciudad*, Alianza Editorial, Buenos Aires.

APARICIO, Susana; BERENGUER, Paula y RAU, Víctor (2004), "Modalidades de intermediación en los mercados de trabajo rurales en Argentina", en *Cuadernos de Desarrollo Rural*, No. 53, pp. 59-79.

BENDINI, Mónica y GALLEGOS, Norma (2002), "Precarización de las relaciones laborales y nuevas formas de intermediación en un mercado tradicional de trabajo agrario", *Políticas Agrícolas*, N°12, p.45-67.

BERGER, Matías; FABIO, Francisco y MINGO, Elena (2008), "Construcción de estrategias y tipos de inserción de trabajadores asalariados en el Valle Uco, provincia de Mendoza, Argentina", ponencia presentada en el *Seminario Internacional: Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI*, organizado por la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, Colombia, del 24 al 28 de marzo de 2008.

BOCCO, Adriana y DUBINI, Daniela (2007), "Regulaciones laborales y calidad del empleo en la trama vitivinícola de Mendoza" en *V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, Montevideo.

BUSCA, Vilma (2003), "Reflexiones sobre las mutaciones del capital globalizado y el proceso de 'vulnerabilidad social': 'la intermediación' en el mundo laboral de empaques de limones tucumanos", en *Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios agrarios y Agroindustriales*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.

CRAVIOTTI, Clara y PALACIOS, Paula (2007), "La trama detrás de la escena: los contratistas de servicios de mano de obra en la producción de frutas frescas de alto valor", *Estudios del Trabajo*, N°33, pp. 3-31.

FABIO, Francisco (2009), Conformación del mercado de trabajo transitorio en la producción vitícola del Valle de Uco, provincia de Mendoza, Tesis de Maestría, Maestría en Estudios Sociales Agrarios, FLACSO, Buenos Aires.

FABIO, Francisco y NEIMAN, Melina (2010), "Precariedad en los mercados de trabajo rurales. Agricultura y familia en el Valle de Uco (Mendoza, Argentina)" en AA.VV. *¿La corrosión del trabajo? Estudio sobre informalidad y precariedad laboral en la Argentina contemporánea*. Editorial Miño y Dávila, Buenos Aires.

FERREIROS, Estela (2000), Las cooperativas y la reforma introducida a su régimen por la ley 25.250 de reforma laboral, *Doctrina Laboral*, 181, pp. 725-732.

HUENTALA (2010) Web: <http://www.coophuental.com.ar>, 15/06/2010.

ICART, Ignasi Brunet y Antonio Morell Blanch (1998), "Mercado de trabajo y estrategias de valorización", en *Revista española de investigaciones sociológicas*, pp.37-71.

MINGO, Elena y BERGER, Matías (2009), "Asalariados rurales en el Valle de Uco (provincia de Mendoza)", en *Mundo Agrario: revista de estudios rurales*, Vol.10, N°19, <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/numeros/no-19-2do-sem-2009/asalariados-rurales-en-el-valle-de-uco-mendoza-argentina>, 06/07/2010.

MURMIS, Miguel (1994), "Algunos temas para la discusión en la sociología rural latinoamericana: reestructuración, desestructuración y problemas de excluidos e incluidos", en *Ruralia*, N°5, pp.43-67.

PALOMINO, Héctor (2000), "Trabajo y teoría Social: conceptos clásicos y tendencias contemporáneas. Del trabajo asalariado a la sujeción indirecta del trabajo al capital. Un ensayo sobre los cambios contemporáneos en las relaciones sociales", en III Congreso latinoamericano de Sociología del Trabajo, Facultad de Ciencias Económicas. Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.

PIÑEIRO, Diego (2008), *El trabajo precario en el campo uruguayo*, Universidad de la República, Montevideo.

QUARANTA, Germán y FABIO, Francisco (2010), "La intermediación laboral y sus efectos sobre los mercados de trabajo agrícolas del Valle de Uco", Mimeo.

RAU, Víctor (2006) "La sociología de los mercados laborales en los estudios sobre el empleo agrícola" en *Gaceta Laboral*, vol.12, no.3, p.357-386.

TADEO, Nidia; PALACIOS, Paula, y TORRES, Fernanda (2006), *Agroindustria y Empleo. Complejo Agroindustrial citrícola del noreste Entrerriano*, Editorial La Colmena, Buenos Aires.

Capítulo 9

Propiedad Comunitaria de la Tierra: problemática y significación a partir de un proceso de desarticulación social y territorial

Raúl Bisio
Lucía Famín
Inés Quilici

“Recorriendo el Chaco el hombre de ciencia no puede presenciar sin emoción el espectáculo de tragedias, unas brutales otras silenciosas, que él descubre a cada paso. Allí ve una raza sana y bella aniquilada por elementos que son la espuma o la escoria de la civilización. La destrucción no se justifica ni siquiera por una franca brutalidad. Ella se realiza bajo una forma grosera y bárbara; la negligencia, la pereza, la malignidad hipócrita, la estupidez, son sus características. Los indígenas son todavía numerosos en el Chaco, sólo en el Chaco argentino se estima que alcanzan a 35.000 y representan, en tanto no hayan sido envenenados por el alcohol y por el contacto con los mestizos, una población vigorosa e inteligente de la cual se habría sacado un excelente partido. Se ha elegido en cambio, la destrucción bestial y perversa; los responsables de esta acción deberán rendir cuentas.” (Metraux).¹

¹ Poco tiempo después que realizara una importante misión científica en el gran Chaco argentino (1932/33,) Metraux prestigioso etnógrafo suizo, formuló las apreciaciones que citamos en el acápite; (Cf.: Monnier, 2003)

Introducción

El objetivo central y eje de estas notas se orienta a identificar, examinar e interpretar los vínculos que se establecen, y que postularemos de mutua interdependencia, entre la evolución histórica del territorio rural y las prácticas y/o formas regulatorias sobre la tenencia de la tierra. En particular nos interesa indagar las tensiones entre los modelos de explotación agrícola orientados a la valorización y las prácticas de tenencia comunitaria de la tierra que impulsan los pueblos originarios, para rescatar el bagaje histórico y cultural de sus comunidades.

Para alcanzar ese propósito, estudiaremos con la lógica de los estudios de caso (Stake, 1994; Yin, 1984, Ragin y Charles, 1992, *et al.*) un área geográfica precisa: el Departamento Bermejo en la Provincia del Chaco. La hemos seleccionado en razón de que en ese ámbito espacial se verificó y se verifica un proceso que juzgamos de interés teórico y práctico muy significativo. En efecto, allí en 1892 se localizó un complejo industrial azucarero pionero en la Argentina: la Compañía Azucarera Las Palmas. La presencia en el territorio de esta economía de enclave, que comprendía en sus inicios una superficie de 20.000 hectáreas tuvo, como no podía ser de otra manera, un impacto socio-económico y aún demográfico y cultural, muy significativo y prolongado. En efecto, las actividades del ingenio se desarrollaron en la región durante 109 años; desde su fundación en 1882, hasta su “muerte organizacional” en 1991. Entonces, en ese año se produce la quiebra de la empresa que desemboca en la expropiación de todos sus bienes por parte del Estado. A partir de este hecho, la desaparición del enclave, se inicia entonces en el área un proceso de desarticulación y desagregación social y territorial y emerge agudamente una fuerte tensión social alrededor del recurso tierra.

Dicha desarticulación y las consecuentes tensiones siguen hoy presentes en la región que ha sido y es teatro de conflictos, por veces intensos, y cuyo eje es la “cuestión de la tierra”. Es evidente que en este “juego social” se involucran contrastantes intereses, identidades y expectativas de la población residente con diferentes perfiles culturales, la pugna por consolidar diferentes lógicas de gestión productiva y las responsabilidades del interés público por preservar la paz social y un desarrollo territorial sustentable (Estado nacional y provincial). La descripción somera de dicho “juego social” identificando las variables que a nuestro juicio resultaron críticas constituye el principal objetivo de estas notas. Y a través de este camino contribuir a la problematización y reformulación de nuevos interrogantes sobre los distintos tipos de propiedad de la tierra que coexisten en la región relacionándolo con la cuestión de la propiedad comunitaria, la composición étnica de la población y las distintas formas de acceso, uso y tenencia jurídica de la tierra.

Finalmente, en cuanto a la población en el área señalemos que la base ancestral predominante es el pueblo originario Qom, denominado usualmente Toba. A ellos se sumaron criollos en sucesivas oleadas migratorias de colonización.

Nuestro análisis del caso se focalizará en el período post-cierre del ingenio y conceptualmente estará centrado en la comprensión de la emergencia de formas diversas y co-existentes (¿y en tensión?) de accesos al recurso tierra y en la identificación de los principales factores sociales que condicionan dichas formas.

Partiremos del postulado que este recurso, la tierra, tiene significados culturales, jurídicos, económicos y funcionales contrastantes según la perspectiva de los diferentes actores sociales: población originaria, productores minifundistas, nuevos agentes económicos y las cambiantes estrategias y perspectivas del interés estatal. En particular, nos interesa incitar a la re-elaboración conceptual de la noción de “propiedad comunitaria”. Efectivamente, la tierra no significa exclusivamente un “bien” productivo (accesibilidad, calidad agronómica, precio, mercado, derecho formal de posesión) sino también “bien social” (hábitat, medio de vida, territorio) que funciona como condición, garantía y factor crítico de reproductibilidad social y sustentabilidad para la población residente en el territorio y, de ese modo, condiciona su destino

Para alcanzar nuestros objetivos en un primer apartado presentaremos una breve caracterización del escenario geográfico y poblacional del área estudiada; en el segundo presentaremos nuestro caso: el complejo Azucarero Las Palmas; y, finalmente en el tercer apartado examinaremos la cuestión de la tenencia y el uso de la tierra y en particular su significación para los pueblos originarios.

1. Escenario ambiental y poblacional

El propósito del presente apartado es presentar, desde una perspectiva histórica, una breve descripción del escenario ambiental y poblacional del área que estudiamos. Intentaremos identificar con respecto al primero de esos escenarios los principales factores que potenciaron su perfil socio-productivo en el marco de un ecosistema frágil y vulnerable por la acción natural y antrópica. En relación al segundo escenario, el poblacional, nos interesa básicamente describir los patrones de asentamiento de la población originaria, Qom y los motivos y focos de tensión que se produce con la llegada de población criolla a través de sucesivas avanzadas de colonización.

1.1 El hábitat

El marco geográfico global de nuestra área es el denominado Gran Chaco de América del Sur, que comprende territorios de la Argentina, Paraguay, Bolivia y Brasil y abarca más de 1 millón de kilómetros cuadrados. Esta inmensa llanura, sembrada de bosques, prados y lagunas, formadas por las lluvias y los derrames de potentes ríos: el Pilcomayo, el Paraná, el Bermejo y el Paraguay está integrada por tres eco-regiones definidas por el régimen de lluvias: el Chaco Húmedo en la región oriental, el Chaco Seco en la occidental y en el sur el Chaco Serrano. En el eje este-oeste, el régimen de lluvias oscila de 1300 milímetros al este a 350 en el oeste.

Nuestra área específica de interés se focalizará en Departamento Bermejo de la Provincia del Chaco situado hacia el extremo este del denominado Chaco Húmedo. Este Departamento tiene 2.562 kilómetros cuadrados de extensión y su ciudad cabecera es La Leonesa. Esta ciudad junto con Las Palmas conforman un aglomerado urbano, conocido como La Leonesa-Las Palmas, que en el Censo Nacional de Población del 2001 contaba con 13.854 habitantes.

En este escenario geográfico, de ambiente favorable a la producción de caña de azúcar, se localizó en 1882 la Compañía Azucarera Las Palmas de la cual nos ocuparemos más adelante. Lo que nos interesa ahora subrayar, es que este hábitat, no obstante su feracidad y su riqueza de biodiversidad, es frágil, y ha sido y es amenazado o agredido por procesos ecológicos muy significativos. Siguiendo a un sólido estudio de la Secretaría de Desarrollo Sustentable², entre dichos procesos los más significativos son: la salinización, el uso del fuego, como asimismo, la gestión técnica de la producción (práctica de manejo) y las inundaciones.

En el mismo estudio se enumeran y resumen las consecuencias de las presiones ambientales:

² En un estudio sobre el área que estudiamos se enumeran: "Presiones ambientales sobre el Chaco Húmedo; avance de la frontera agrícola; avance de la frontera ganadera; criterios selectivos de extracción; la ganadería de monte: ramoneo, descortezamiento, disminución del banco de semillas; diferencias jurisdiccionales; extracción forestal y minera: tanino, madera, leña, carbón; deforestación". Y proponen la siguiente estimación evaluativa del estado actual de los problemas ambientales: falta de valorización de los recursos naturales; desconocimiento de las múltiples funciones del bosque; uso del fuego como práctica de manejo; redes clandestinas de acopio de animales vivos, pieles y cueros; catástrofes naturales". Fuente: Integral de la Región Parque Chaqueño; Secretaría de desarrollo Sustentable y Política Ambiental; Red Agroforestal Chaco Argentino; 1999.

Ritmos de extracción superiores a la capacidad de regeneración del ecosistema; concepto cultural erróneo respecto del bosque; dificultad en los sistemas de control de los recursos forestales y falta de ordenamiento; información deficiente; sobreuso o mal uso de plaguicidas, uso insuficiente de fertilizantes; disminución de la biodiversidad degradación del bosque; degradación de los pastizales en zonas de estero y cañadas; lenta recuperación de ambientes; lento crecimiento de especies; erosión hídrica; magnificación de catástrofes naturales; alteraciones del suelo: salinización, erosión por sobrepastoreo; inundaciones, agotamiento de nutrientes; reemplazo de extensos pastizales aparición de leñosas invasoras. (Fuente: Integral de la Región Parque Chaqueño; Secretaría de desarrollo Sustentable y Política Ambiental; Red Agroforestal Chaco Argentino; 1999)

En síntesis nuestra área de estudio se caracteriza por su rica biodiversidad y sus notables aptitudes agronómicas y sin embargo presenta una enorme sensibilidad y fragilidad a la acción antrópica.

1.2 La dinámica poblacional en el contexto de las políticas de ordenamiento territorial

La dinámica poblacional que se verificó en la Provincia del Chaco estuvo condicionada y fue evolucionando, acompasando estrechamente las políticas voluntarias de ordenamiento territorial animadas por el Estado nacional y provincial. El propósito central de esas políticas, como veremos más adelante, fue el de movilizar y poner en valor productivo espacios territoriales ocupados por pueblos originarios –básicamente pertenecientes a las comunidades Qom, Wichi y Mocoit (Mocoví)–.

Estos pueblos semi-nómades, de cultura recolectora-cazadora, opusieron tempranamente una activa resistencia y una eficaz oposición a la penetración de la población blanca. Subrayaremos que esta tensión étnica fue constante. En los hechos, estas tierras tuvieron que esperar 300 años, desde la llegada de los españoles (hasta 1853), para convertirse en un espacio real y hegemónicamente dominado por la república. Creemos que en los factores señalados es donde deberán buscarse las causas históricamente profundas de la marginación de los pueblos originarios.

En el proceso histórico de poblamiento de territorio pueden distinguirse tres etapas: la primera, de resistencia activa y ocupación perimetral de la población “blanca” en los litorales fluviales. Así, desde fines del siglo XIX se establecieron las primeras colonias agrícolas en una franja periférica en los márgenes de los ríos. La segunda distinguida por el avance de las fronteras productivas hasta el centro del territorio. En ese contexto el Estado impulsó una política voluntaria, sustentada básicamente en la

distribución de tierras fiscales y la expansión de la red ferroviaria. En ese marco, los centros urbanos se consolidaron y desarrollaron. Los latifundios prevalecieron en la actividad forestal, ganadera y azucarera y, en el centro de la provincia, la disponibilidad de tierras movilizó la producción algodonera. Por último, en tercer término, la etapa de radicación activa de población blanca, también decididamente animada y reforzada por políticas voluntarias³. Según Miranda (1981), este proceso histórico que venimos de sintetizar estuvo dinamizado por tres ejes productivos: el de las colonias, el del tanino y el del algodón.

En síntesis, la dinámica poblacional se expresó básicamente en políticas de estado, que resultaron en un ordenamiento territorial voluntario cuyo propósito dominante fue el de movilizar productivamente un espacio ocupado por pueblos originarios.

2. El Complejo azucarero Las Palmas: Emergencia y desarticulación

Nos proponemos presentar y discutir en el presente apartado algunos de los factores históricos críticos de emergencia y caída del complejo azucarero, delineando a grandes rasgos su evolución y argumentando que la cuestión de la tierra y de la disponibilidad de la mano de obra constituyen y aportan una clave interpretativa esencial para comprender las vicisitudes de la región y su destino. En efecto, estas dos variables demandan ser comprendidas en estrecha interacción, en razón que los complejos agroindustriales azucareros son, por escala de tamaño y complejidad funcional, fuertes demandantes de tierra y de mano de obra. La generosa disponibilidad de estos dos recursos constituyó entonces un requisito imprescindible para decidir su instalación y asegurar su viabilidad.

2.1 Política de tierras en los orígenes del enclave azucarero

Un punto de partida significativo para comprender el surgimiento del complejo fue el de concebir el ordenamiento territorial y la política de tierras como una herramienta geopolítica del estado. A nuestro juicio es importante distinguir aquí una significativa diferenciación entre la lógica del Estado Nacional y la del Estado Provincial, ambas asimétricamente activas en cada etapa y no siempre sinérgicas o convergentes.

³ Para ilustrar con un dato: solamente en el lapso que va entre 1923 y 1936 se incorporaron 20.118 europeos a lo que más tarde sería la Provincia del Chaco.

Al finalizar la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) el gobierno nacional decidió llevar a cabo la conquista militar del Chaco. En 1884 se dividió el territorio en dos gobernaciones: al norte Formosa y al sur el Chaco. En el Territorio Nacional del Chaco la colonización incipiente requería una política de tierras que ordenara el proceso. En 1876 se concretó la puesta en marcha de la Ley de colonización, Ley Avellaneda N° 817, logrando canalizar la inmigración europea hacia la tierra pública a través de la formación de colonias agrícolas.

Bajo estas circunstancias, en 1882 los hermanos Carlos y Ricardo Hardy provenientes de Irlanda, instalaron el primer ingenio azucarero en ese territorio. En sus comienzos Ricardo Hardy solicitó la concesión de 20.000 hectáreas durante diez años para llevar a cabo su emprendimiento, y en 1887 se presentó la firma "Ricardo y Carlos Hardy y Cía." solicitando el arrendamiento de 80.000 hectáreas de acuerdo a la modificación de la Ley Avellaneda que autorizaba el incremento de hectáreas hasta 80.000 en reemplazo de las 20.000 hectáreas que se adjudicaban al formularse la ley.

A fines de 1888 ambos hermanos transfirieron la totalidad de hectáreas en su poder a la nueva sociedad llamada "Hardy y Cía." integrando las 100.000 hectáreas en un solo predio. Posteriormente, en 1909 la firma "Hardy y Cía." vendió todo el latifundio con lo plantado y edificado a la sociedad "Las Palmas del Chaco Austral S.A.". Carlos Hardy y su esposa Doña María Bonilla formaban parte de su directorio, siendo Carlos Hardy su presidente.

En sus primeros años de vida, la empresa fue creciendo con el auge del azúcar, incrementando y diversificando su producción. Hacia 1884 se instaló un aserradero a vapor, que suministraba madera para la construcción del ingenio, la destilería de alcohol, papelera, los talleres y las casas para el personal. En 1885 se instaló un generador de luz eléctrica, el primero en el país y ese mismo año se extendió la red ferroviaria del ingenio que alcanzó 250 kilómetros de riel que uniría las chacras con el ingenio y el puerto propio. Para 1890 comenzaron con la actividad ganadera y a partir de 1903 se agregaron una fábrica de tanino, desmontadoras de algodón, una fábrica de aceite y de hielo.

En la primera década del siglo XX un grupo de colonos independientes españoles originarios de la región de León, dieron origen a "La Leonesa", estableciendo los primeros comercios, inicialmente clandestinos con respecto al monopolio de la empresa, y mediante la instalación de la oficina telefónica y posteriormente el establecimiento del Destacamento de Gendarmería se logró la definitiva independencia de la compañía azucarera. Este imperio azucarero constituía un sistema insular, a partir del aislamiento social, económico y político de la empresa, que se manifestó a través de la imposición de la moneda propia hasta 1923. El aislamiento

de este enclave, facilitaba y aseguraba la disponibilidad de la mano de obra, además la empresa alentaba una fuerte estrategia para evitar que se infiltraran potencialidades a través de los conocimientos tecnológicos. Asimismo, reforzaba la posición de las proveedurías como abastecedoras monopólicas de empleados y obreros y desalentaba las relaciones con otros grupos sociales asentándolos en otras áreas de la región.

La obtención de la materia prima para la planta industrial provenía de la siguiente estructura social forjada por la empresa:

...colono o productor radicado de hace mucho tiempo dentro de las cien mil hectáreas que inicialmente poseyó la empresa, y que en general posee título de propiedad de su tierra; (...) el productor rural que adquirió su tierra al ingenio en épocas recientes pero que aún no la tiene escriturada; (...) el productor radicado fuera del límite de las cien mil hectáreas, originalmente poseídas por la empresa y agrupadas en la Cooperativa Agrícola Río de Oro. (Fuente: "Las Palmas del Chaco Austral" Convenio Ministerio de Acción Social de la Nación y la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Nordeste. Aspecto Social.)

Como se observa, se manifestaba una diferenciación de tipos de sociales cuyo clivaje y autonomía estaba estrechamente ligado a la posesión de la tierra.

Respecto del personal de la compañía, estaba constituida por seis categorías: empleado administrativo; obrero industrial permanente; obrero industrial transitorio; obrero rural permanente y obrero rural transitorio. En el ámbito rural, en realidad la empresa tenía tres categorías de asalariados:

[L]os permanentes que tenían estabilidad en el trabajo, que gozaban de todos los beneficios sociales; los transitorios, no tenían trabajo permanente pero tenían prioridad en el empleo a lo largo del año y gozaban de beneficios sociales mientras duraba su empleo y los zafreros que no tenían prioridad alguna de empleo y eran contratados por día en la medida en que la empresa los necesitaba. (Fuente "Las Palmas del Chaco Austral", *Ibidem*)

En 1915 se manifestaron los primeros planteos vinculados a las relaciones laborales, tres años después nació la Federación Obrera de Oficios Varios y en 1920 se declaró la primera huelga exigiendo mejores salarios, jornadas laborales de ocho horas y mejores precios para la producción y abolición de la moneda "Las Palmas". Este conflicto derivó en un gran levantamiento general que requirió la intervención del Estado para su resolución. Los zafreros continuaron exigiendo sus derechos en base

a reclamos históricos: lugar de vivienda, salario familiar y obra social, mientras durara la relación laboral, pago de viáticos para traslado de una chacra a otra, pago del día de trabajo para hacer la vivienda rancho y bombas de agua en todas las chacras.

A partir de este momento comenzó una constante y activa reducción del personal; la empresa devenía deficitaria y la cantidad de obreros permanentes era demasiado alta. Se dio entonces comienzo a las indemnizaciones, y se suprimió el ferrocarril a un total de 45 kilómetros, mermando así la cantidad de obreros vinculados a esta actividad.

2.2 Caída y desguasamiento del ingenio: los albores de un nuevo y conflictivo escenario

En 1969, la Ley N° 18.172 declaró de utilidad pública y sujeta a expropiación la totalidad de acciones emitidas por la sociedad anónima Las Palmas del Chaco Austral y pasó a la órbita del Estado Nacional. Esta legislación fundamentó los motivos concretos que provocaron la expropiación, señalando la imposibilidad de la empresa para hacer frente a las erogaciones necesarias para atender la zafra del año siguiente y los reiterados problemas financieros que venía atravesando.

Considerando la necesidad de mantener la fuente de trabajo a pobladores radicados en un departamento que es área de frontera, se sancionó la Ley N° 19.047 del 27 de mayo de 1971 que declaró de utilidad pública y sujeta a expropiación la totalidad de los bienes que integraban el activo de la sociedad anónima. Se modificó la denominación y la sociedad pasó a llamarse Compañía Azucarera Las Palmas S.A.C.I.A. Esta ley otorgó a la empresa una serie de beneficios asistenciales y preferenciales con el fin de encarar planes de reequipamiento y diversificación de la actividad industrial.

La nueva situación jurídica de la empresa posibilitó a los trabajadores el reconocimiento parcial de los derechos reclamados durante la huelga de 1920. Sin embargo, a pesar de todas estas medidas, la empresa no logró consolidarse sin un sostenimiento financiero basado en aportes no reintegrables para cubrir los gastos de funcionamiento.

En 1973 se sancionó la Ley N° 20.095 por la cual el Estado Nacional transfirió a la Provincia de Chaco 20.000 hectáreas que pertenecían a la compañía azucarera, para su colonización y fomento de una cuenca lechera en especial en el área fronteriza de Bermejo. En 1985 el ingenio no logró la producción mínima para cubrir el cupo, y el Estado Nacional decidió dar comienzo a las gestiones correspondientes para privatizar las instalaciones. En el ingenio mientras tanto, se atrasaron los pagos de los salarios, cesaron los servicios de las obras sociales, comenzaron los cortes de ruta,

y las movilizaciones de obreros. Se organizaron ollas populares y la toma pacífica de las instalaciones del complejo industrial, reclamando el pago de los haberes atrasados y para evitar la privatización o liquidación de la compañía azucarera.

Ante la profundización de esta situación el gobierno nacional resolvió garantizar el funcionamiento del ingenio hasta su privatización firmando un decreto de subsidio a estos fines en noviembre de 1989. De esta manera volvió a vislumbrarse un período ilusorio, de promesas y discursos de grandezas hasta 1991, año en que el cierre del ingenio fue indefectible. El crecimiento que se generó a partir de una economía de enclave en la región, desde la llegada de los Hardy, sólo se mantuvo durante la permanencia del imperio, desarticulándose toda posibilidad de desarrollo a partir del cierre del ingenio y abandono a su suerte a los pobladores que alguna vez fueron parte de esta compañía.

El Decreto N° 1274/92 de 1992 del Estado Nacional, a través de Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos llamó a Licitación Pública Nacional e Internacional con base para la venta total de bienes de la Compañía Azucarera Las Palmas, se incluía la fábrica de azúcar, la de alcohol, la de papel y la enfardadora de bagazo, un sector de almacén, fundición y depósito de azúcar, sector calderas y planta de tratamiento de agua, sector taller mecánico y carpintería, sector usina, sector depósito, todas las oficinas de administración y las viviendas.

Realizada la apertura, el proceso licitatorio fracasó ya que hubo un solo oferente por dos fracciones de campo, cuya propuesta no resultó aceptable. Los bienes muebles fueron subastados⁴.

Inmediatamente después del cierre se realizó la privatización de las tierras del ingenio. En relación con las ventas directas, se discriminaron

⁴ Estas subastas se realizaron entre diciembre 1991 a junio de 1993 en ventas directas. Respecto al tipo de bienes los datos disponibles son: a) campos, por un valor de pesos 3.009.567; b) fábrica de azúcar (sólo se vendieron los bienes muebles), pesos 191.98 y c) casas a empleados; pesos 106.030.

La explicación de las diferencias entre montos licitados y efectivamente realizados obedece al “efecto desguace”, es decir disparidad entre el valor del complejo agro-industrial y el valor de sus componentes escindidos. Además deben contabilizarse los siguientes factores: a) la principal industria ofrecida (la fábrica de azúcar) no estaba en condiciones de competir en el mercado para hacer atractiva la oferta de la licitación, debido a la baja del precio internacional del azúcar, y a la eliminación de los cupos; b) el deficiente estado de los caminos dificultaba el acceso a los sembradíos; c) las maquinarias resultaban netamente obsoletas.

en: 1) una superficie de aproximadamente 35.000 hectáreas fue vendida a ganaderos que arrendaban campos en el ingenio ("pastajeros"), a quienes se les ofreció un plan de financiamiento especial; 2) reserva de campos por 17.800 hectáreas aproximadamente para obreros y empleados de la Compañía, distribuidos en fracciones con una superficie agrícola no mayor de 100 hectáreas y ganadera no mayor de 300 hectáreas; 3) alrededor de 4.100 has. fueron destinadas para la venta directa a aborígenes, además de las 2.300 has. que –por reparación histórica– (Decreto 2074/92) se entregó gratuitamente a los aborígenes tobas; 4) alrededor de 1500 has. de asentamientos rurales, ocupados por aproximadamente 350 familias, la mayoría de ellos con superficies de unas 7 has. (Segatta-Manoiloff, 2006).

Luego del cierre del ingenio se produjo una transformación social basada en la necesidad de generar nuevas formas de subsistencia para aquellos que pudieron quedarse. En este escenario, la fragmentación de los predios provocó cambios que, a largo plazo, favorecieron la emergencia de explotaciones de tipo familiar. Actualmente existen chacras diversificadas en huertas, sementeras bajas, cría de animales de granja, y producción de ganado mayor a muy baja escala, que caracteriza a una gran proporción de pobladores rurales. La agricultura está basada en minifundios, con producción para el autoconsumo para pobladores locales y actividad mixta de ganadería y cultivo de arroz, sorgo, maíz, soja en 10.000 hectáreas.

Hacia el centro-este se conformó un gran número de pequeñas explotaciones de 100 hectáreas aproximadamente, dentro del área de influencia de las localidades de La Leonesa y Las Palmas con poca significación en el total de la tierra agrícola. Hacia el norte las parcelas son de entre 500 y 1.000 hectáreas, en el noroeste, lindante con el departamento 1º de Mayo, los predios no cuentan con más de 500 hectáreas. Hacia el sur, próximo al río Guaycurú, las explotaciones son mucho más extensas, con más de 5.000 hectáreas y el resto tiene entre 1.000 y 5.000 hectáreas.

La ley establecía dos mecanismos de colonización diferentes. Por una parte la colonización directa a cargo del Estado; las tierras asignadas a ese fin deberían ser exploradas y mensuradas por el gobierno, que además tomaba a su cargo el traslado, adjudicación inicial de lotes y apoyo inicial a los colonos. Por otra parte, la ley había previsto el sistema de colonización indirecta, para lo cual se otorgaban concesiones de tierra a particulares o empresas quienes tomaban a su cargo financiar el reclutamiento y ubicación de un cierto número de colonos en el plazo de dos a cuatro años. A tal efecto, los territorios nacionales se dividirán en secciones cuadradas de 40.000 hectáreas, fraccionadas a su vez en chacras de 100 hectáreas asignadas a colonos, dejando siempre un área central para erigir un pueblo.

La destrucción ecológica y la degradación ambiental que caracterizaron esta región durante su colonización, se basaron en políticas extractivas,

desde un Estado Nacional dedicado en forma exclusiva a la ocupación de las tierras, pero indiferente a las desarticulaciones y tensiones emergentes. Luego de décadas de siembra de caña de azúcar como monocultivo, se pasó a una explotación ganadera que afectó en gran medida el paisaje de la región. Como estas tierras no son buenas para la agricultura, se favoreció la explotación ganadera a partir del manejo sobre pastizales naturales y la gran cantidad de lagunas, ríos y espejos de agua que permiten abastecer la producción. En lo referente a la agricultura sólo es relevante el cultivo de arroz, que ocupa unas 7.000 hectáreas también como monocultivo y con complejas y ríspidas discusiones respecto a su sistema de producción y el uso de agroquímicos, de los que algunos pocos productores se destacan, con una importante superficie disponible para la siembra y con ciertos beneficios acordados por el Estado que ha intentado promover esta producción.

El cierre del ingenio no pudo sino derivar en un clima de graves discrepancias y conflictos respecto del valor de las tierras, con la amenaza de la libre disputa con otros oferentes que quisieran llegar a la región, frente a un obrero desprotegido, con promesas de una financiación adecuada. La Cámara de Diputados resolvió aprobar en enero de 1992 la solicitud de suspensión del proceso de privatización por un término de noventa días. El 11 de febrero de 1992 se entregaron boletos de compra venta a ganaderos y agricultores, entre 10.000 a 18.000 hectáreas. En marzo de 1992 se indemnizó a los obreros y empleados del ingenio. Como se puede observar, la gran mayoría de obreros aún no había cobrado su indemnización al momento de los remates de las tierras. En mayo de 1994 se firmaron los boletos de compra venta de 14.500 hectáreas en 65 operaciones y se hizo la entrega según la Ley 24.146 de 1.500 hectáreas a los Municipios de Las Palmas y de La Leonesa con el objetivo de aumentar el ejido urbano. En diciembre de 1995 se realizó el último remate público donde se liquidaron 7360 hectáreas y la fábrica de papel.

El Estado Provincial sancionó la Ley 4243, para la compra de 2951 hectáreas que serían destinadas a los asentamientos localizados en Rincón del Zorro, Lapacho, El Palmar, Cabral Cué y Florodora en cumplimiento con lo solicitado por la Unión de Pequeños Productores Chaqueños. En este contexto, se han establecido las reservas campesinas de la Unión de Pequeños Productores del Chaco (UNPEPROCH), basado en un proceso de recampesinización y recreación del campesinado. "La lucha por la tierra no es solo la defensa de las posesiones preexistentes sino también la ocupación de tierras que pueden ser privadas, fiscales o implicadas en procesos de disputa que derivan de irregularidades en la venta" (GEPCyD, 2010)

En este caso, la falta de titularización de las tierras, la tradición familiar del trabajo asalariado que crea condiciones de pluriactividad adoptada

para la reinserción de pobladores rurales, la diferencia en las raíces históricas entre otras, compone una población que queda al margen de la visibilidad de los organismos e instituciones del Estado pero que además, afecta la identidad de los pobladores.

Un número significativo de los actuales pobladores rurales no encuadran en forma perfecta dentro de las características del campesino, pequeño productor, agricultura familiar, empresario rural, etc. Estas condiciones y formas de uso de la tierra, generan serias dificultades a sus ocupantes, entre otras, la imposibilidad de acceder al crédito o a subsidios y a la utilización de sus campos como garantías hipotecarias.

Cabe destacar que el destino de la totalidad de hectáreas que pertenecieron al ingenio es aún incierto. En su mayoría figuran en el área catastral bajo la denominación Estado Nacional Argentino. La mayoría de los productores y dueños de las tierras no han regularizado su situación. Sólo un 25 % presenta título de propiedad, un 40 % posee boletos de compra-venta y el resto es desconocido.

3. Significado cultural de la tierra desde la perspectiva de los pueblos originarios. Una clave interpretativa para repensar el desarrollo territorial

Constitución Nacional 1994 - Artículo 75 - Corresponde al Congreso; Inciso 17: "Reconocer la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas argentinos. Garantizar el respeto a su identidad y el derecho a una educación bilingüe e intercultural; reconocer la personería jurídica de sus comunidades. Y la posesión y propiedad comunitarias de las tierras que tradicionalmente ocupan; y regular la entrega de otras aptas y suficientes para el desarrollo; ninguna de ellas será enajenable, transmisible ni susceptible de gravámenes o embargos. Asegurar su participación en la gestión referida a sus recursos naturales y a los demás intereses que los afecten. Las provincias pueden ejercer concurrentemente estas atribuciones"

3.1. La tierra: eje de las reivindicaciones de los pueblos indígenas en su lucha por la recuperación de sus derechos.

Como bien plantea Mariátegui (1979) *"la cuestión del indígena...tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra"*. Para el pueblo Qom, como para todos los pueblos indígenas de nuestro país, la tierra constituye el eje central de sus reivindicaciones.

Desde los inicios de la colonización española, los pueblos indígenas nunca dejaron de reivindicar su derecho a la tierra; ciertamente este reclamo

adquiere mayor fuerza cuando el contexto político social es más favorable. Es así, que a partir de 1983, con la recuperación de la democracia, los pueblos indígenas logran reinstalar en la agenda política sus reivindicaciones. En 1985, a nivel nacional se aprueba la ley N° 23.302 *"Política Indígena y apoyo a las Comunidades Aborígenes"*, y en algunas provincias se dictan leyes con el mismo objetivo, entre ellas, la Provincia del Chaco promulga en 1987, la ley N° 3258 del Aborigen Chaqueño.

Ambas leyes reconocen a los pueblos indígenas el derecho de posesión y propiedad de las tierras que tradicionalmente ocupan y se comprometen a regular la entrega de otras, aptas para el desarrollo humano, y dejan abierta la alternativa de "entrega de tierras con título individual o comunitario, según sea el interés de cada grupo".

En 1994 la Constitución, el artículo 75 inciso 17, consagra el derecho a la propiedad comunitaria de los pueblos, lo que viene a modificar en forma definitiva el concepto unívoco de propiedad privada de la tierra, consagrado por el Código Civil Argentino.

Los factores que influyeron para que los constituyentes reconocieran el derecho a la propiedad comunitaria fueron la aprobación del Convenio de la O.I.T. N° 169 "sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes de 1989, por la Ley 24.071 y las dificultades de los pueblos indígenas para resguardar sus tierras en título individual.

Si bien es cierto que la legislación argentina ha avanzado significativamente en el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, el proceso de efectivización de sus derechos, es extremadamente lento y los avances son fruto de permanentes luchas y reclamos.

Un ejemplo de esta situación es la forma en que se asignaron las tierras "vacantes" del Ingenio Azucarero de Las Palmas, siendo que su liquidación se inició en 1992, cuando ya habían transcurrido 5 años de la promulgación de la Ley del Aborigen Chaqueño. El caso de las tierras del ingenio, es quizá un ejemplo paradigmático, en el que se evidencia las dificultades del Estado Argentino, -nacional y provincial- para visualizar a los pueblos indígenas y consecuentemente para instrumentar políticas tendientes a la efectivizar sus derechos.

Para explicar el perfil histórico del proceso de asignación de las tierras del ingenio resulta insuficiente atribuir la responsabilidad exclusivamente a las políticas neoliberales de las décadas de los 80 y 90. A casi 20 años de la liquidación del complejo azucarero, las comunidades Rincón del Zorro y Sol de Mayo siguen reclamando, ante los organismos que tienen la responsabilidad de entregarles a los pueblos indígenas tierras aptas y suficientes, las tierras que ocupaban en aquel momento y que fueron rematadas; a la fecha sus propietarios, que además las tienen arrendadas, no han regularizado su título, en razón de que no han cancelado la deuda.

Lo sucedido con las tierras del ingenio no es un caso aislado, sino que se repite sistemáticamente en todo el país. En el período 2002-2006 se produjeron innumerables desalojos de pequeños productores y comunidades indígenas; ello indujo al Congreso Nacional a promulgar la Ley N° 26.160 de *"Suspensión de los desalojos y Relevamiento de las tierras que ocupan actualmente los pueblos indígenas"*. Esta ley, que se aprobó por unanimidad en el Congreso, ha debido prorrogarse a través de la ley 26.544 por 4 años más, debido a las dificultades que ha tenido el organismo responsable de su ejecución, el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) para implementarla. Esta ley, además de suspender los desalojos, ordena al INAI:

- a) hacer un relevamiento técnico-jurídico-catastral, de las tierras que en forma tradicional, actual y pública ocupan las comunidades indígenas.
- b) asesorar en las labores profesionales en causas judiciales y extrajudiciales.
- c) promover los programas de regularización dominial.

Como era esperable, su implementación, pone en tela de juicio la legitimidad de no pocos títulos de tierras y lo que es más auspicioso aún, es que, el Poder Judicial, que tradicionalmente dictaminó en el marco monojurisdiccional del Código Civil, comienza a contemplar en sus dictámenes la legislación indígena, cuando los pueblos son sujetos de derecho. Aún, cuando el relevamiento avanza con muchas dificultades, debido a la resistencia que oponen los sectores afectados por su implementación, y las presiones que ejercen sobre los gobiernos provinciales, esta ley está modificando significativamente, en algunas provincias, la posibilidad de acceso y regularización de las tierras que ocupan los pueblos originarios.

3.2. La significación cultural y el uso de la tierra para los pueblos originarios

En la actualidad los pueblos indígenas constituyen uno de los grupos sociales que reclaman cada vez con mayor fuerza el derecho a participar en el delineamiento de las políticas ambientales y de desarrollo orientadas a la recuperación y preservación de la diversidad biológica y cultural de nuestro país.

La propuesta del Instituto del Aborigen Chaqueño, IDACH, que dio origen al convenio entre INTA-INAI-IDACH sintetiza con claridad su concepción respecto al uso de la tierra: "el propósito de este convenio será la contención de las familias aborígenes QOM rurales en sus territorios, a través de la promoción y capacitación en las actividades productivas que

tradicionalmente realizan y favoreciendo su diversificación a fin de posibilitar su auto-sustentabilidad, teniendo como eje fundamental la recuperación y armonía del ecosistema en relación a su cosmovisión”

Ciertamente, cuando los pueblos indígenas piensan su propio desarrollo, el mismo está anclado por una parte, en sus modos tradicionales de uso de la tierra y por la otra, está mediatizado por los procesos históricos vividos.

En el caso del Chaco, donde se necesario tener en cuenta algunos factores que han limitado su posibilidad de desarrollo; consideramos más relevantes los siguientes:

Los pueblos originarios que habitan la Provincia del Chaco son cazadores recolectores y tradicionalmente ocuparon un territorio que social y culturalmente carece de límites precisos, diríamos hoy, un hábitat, que en primer lugar, les garantizaba y posibilitaba su reproductibilidad, su seguridad y por extensión su propia identidad. En contraste con esa realidad, cuando se instrumentó la entrega de tierras los títulos de propiedad delimitaron, en el territorio que habitaban, los espacios que les pertenecían a las comunidades y los espacios “ajenos”.

Por otra parte, en el caso de la Provincia Chaco, sin desconocer que es significativa la cantidad de comunidades que no tienen tierras, o las que no tienen regularizados sus títulos, y/o que tienen conflictos con ocupantes de sus tierras, cierto es, también, que se han entregado una cantidad considerable de tierras a los pueblos indígenas y que existen otras en reserva.

Sin embargo la entrega de tierras, no ha estado fundada en la voluntad política de incluir a los pueblos indígenas como ciudadanos de pleno derecho, sino que muy por el contrario, como ha sucedido con las tierra que dejara “vacantes” el Ingenio Azucarero Las Palmas, las mismas fueron entregadas como resultado de largos reclamos por parte de comunidades.

Por otra parte, cabe señalar que la mayor parte de las tierras entregadas a los pueblos indígenas son tierras fiscales, que no cuentan con ningún tipo de infraestructura, (agua, alambrados, servicios básicos). En consecuencia la subsistencia les es sumamente difícil pues el Estado no ha logrado instrumentar políticas sostenidas que posibiliten a los pueblos recuperar su autonomía y fortalecer su identidad cultural, sino que muy por el contrario, es notable su “ausencia” en las zonas donde predomina la población indígena.

Esta política motivó la emigración de estos pueblos acorralados por las necesidades básicas insatisfechas. Asimismo, esas políticas pusieron en manos de los sectores con mayores recursos económicos los recursos naturales de la tierra y/o lo que es más grave, las tierras mismas, ya sea, vendiéndolas y/o arrendándolas por precios viles. A esto se suma, que en el Chaco, los pueblos indígenas, y en particular los Qom constituyeron la “mano de obra barata” de todas las experiencias agro-industriales (taninera, azucarera y algodонера), hoy desaparecidas o en franca crisis, como el algodón.

En ese entorno socio-productivo, la entrega de tierras y las crisis agro-industriales en la provincia, en los hechos, conllevaron a un nuevo despojo, en la medida que ya no fue posible en las tierras entregadas la sobrevivencia y la reproducción a partir la caza y la recolección. Tampoco se crearon, en las regiones donde habitan los indígenas, actividades productivas que los pudiesen incorporar como trabajadores. En otras palabras, es notoria la ausencia de una política de desarrollo que tome en cuenta la diversidad cultural de los pueblos indígenas y mitigue el impacto de las transformaciones en curso.

En síntesis, estas “ausencias” y efectos obligan a repensar el núcleo mismo de la noción de desarrollo, y a descontaminar de normatividad, ideología o ingenuidad nociones como “sustentabilidad”, “desarrollo territorial rural” y “lucha contra la pobreza”.

3.3. La propiedad comunitaria y la diversidad cultural de los pueblos originarios

Si bien la propiedad comunitaria ha sido reconocida constitucionalmente en 1994, es reciente la decisión del Estado Nacional de asignar al INAI la responsabilidad de convocar a una Comisión para que elabore el proyecto de ley de regulación de la propiedad comunitaria. Si bien, este es un hecho altamente auspicioso, consideramos que es de suma complejidad, en tanto supone atender diversas concepciones respecto a la regulación de la misma.

Cuando hablamos de diversidad de concepciones, nos referimos particularmente a las diferentes formas de regulación del uso de la tierra que tienen los distintos pueblos de nuestro país. Un ejemplo contrastante de ello es la concepción que tienen los pueblos andinos, con 3.000 años de práctica de uso comunitario de la tierra, y la que tienen los pueblos cazadores y recolectores del Gran Chaco Argentino, cuya práctica es reciente. De alguna manera esa concepción les fue impuesta a partir de la entrega de tierras, ya que cuando el territorio era su hábitat las formas de regulación de su uso estaban fundadas en el principio de reciprocidad y en las relaciones entre los clanes que lo habitaban.

Volviendo al caso del ingenio. Conviene subrayar que los Qom en su carácter de pueblos cazadores recolectores construyen un significado muy singular y complejo del territorio, no exento de tensiones. Así, para ilustrarlo con un ejemplo: las asociaciones comunitarias Pindó y Yatay lograron que se les entregara algo más de 4.000 hectáreas, a las cuales accedieron a través de un largo proceso de negociación. En ese ámbito surgen tensiones inter-étnicas, en razón de que un grupo de familias que no había recibido tierras ocupa parte de las mismas y conforman una nueva entidad: la Asociación Comunitaria Nuevo Asentamiento.

De esa manera y con el propósito de que la propuesta de ley contemple la diversidad deberían, al mismo tiempo, hacerse visibles los intereses de los miembros de las comunidades y favorecerse una mayor comprensión respecto a los derechos y responsabilidades que implica la propiedad comunitaria.

Por otra parte, generar estas instancias de reflexión, posibilitaría a las comunidades cuyas tierras les fueron entregadas con títulos individuales, conocer y comparar las implicancias de ambos regímenes de tenencia de la tierra. Ciertamente, una consulta de este tipo, supone contemplar recursos y tiempo.

Comentarios y reflexiones finales

En los apartados precedentes hemos recorrido un camino analítico en torno a un estudio de caso, el complejo azucarero Las Palmas, examinando el contexto de emergencia del ingenio y su cierre o caída. Este ejercicio tuvo como eje interpretativo la cuestión de la significación, la problemática y los usos de la tierra.

Durante el largo período de vida del complejo azucarero se verificaron, como hemos señalado, serias tensiones y conflictos de tipo clásico; es decir, entre empresarios y trabajadores. Es a partir de la caída y desarticulación del ingenio que el eje y objeto principal de esas tensiones en la región pivotea alrededor de la cuestión del uso y acceso a la tierra. En relación al uso productivo, las tensiones se producen en torno a la disponibilidad de tierras con mayores aptitudes agronómicas en el marco de un ecosistema fragilizado. En este escenario se contraponen básicamente dos lógicas: la de las explotaciones capitalistas (las arroceras constituyen un ejemplo) y la de los minifundistas (criollos y aborígenes). Con respecto al acceso real a las tierras y específicamente a las tierras puestas en disponibilidad por el cierre del ingenio, se originaron tensiones en la cuestión de las regulaciones jurídicas de propiedad de las mismas. Y aquí constatamos dos lógicas en acción; la primera por la cual el acceso se verifica a través de regulaciones tradicionales (compra o arrendamiento de las explotaciones) y la segunda, habilitada desde 1994 por una norma constitucional, donde el acceso se concreta a través de la propiedad comunitaria; esta última es demandada y promovida por una parte significativa de las comunidades aborígenes.

Las estrategias de ordenamiento territorial, las políticas públicas de desarrollo productivo y dinámica poblacional que históricamente se verificaron fueron contradictorias, inconsistentes y aún erráticas. En este escenario real y sobre todo después del cierre del complejo azucarero, se

exacerbó la fragilidad del ecosistema, y se multiplicaron las tensiones y los conflictos entre los diferentes grupos étnicos.

Entre dichas tensiones quisimos destacar el rol clave que desempeñó la cuestión de la tierra: su significación, la pluralidad de representaciones culturales que se movilizaron y, obviamente, el tema del uso productivo y tenencia de las mismas. Esta cuestión que consideramos básica queda aún acuciosamente pendiente ya que no se ha definido una verdadera política de tierras para la región. Por verdadera queremos significar: que en los hechos sea sistémicamente coherente; es decir, respetuosa de las diversidades bio-culturales y al mismo tiempo de la sustentabilidad y equidad en el desarrollo.

Precisando el comentario precedente queremos finalmente subrayar la importancia jurídica y política del artículo 75 de la Constitución Nacional de 1994 que habilitó a los pueblos originarios como sujetos reales de derechos a formas comunitarias de tenencia y uso de la tierra. Si bien, como hemos constatado en nuestro trabajo, dicha legislación tuvo grados diferenciales de receptividad, vacilaciones y vaivenes en la instrumentación o efectivización, sin embargo en el terreno de los principios nos parece esencial rescatar que abre perspectivas esperanzadoras, en la medida que: 1) la comunidad es el sujeto titular del derecho y no los individuos y, 2) se reconocen fuentes normativas no estatales; por ejemplo en el derecho consuetudinario, es decir que se inscribe necesariamente en pautas culturales propias de los pueblos originarios. Esta pluralidad de significaciones (culturales y normativas,) sobre el uso colectivo y comunitario de la tierra la consideramos una riqueza y una fuente de legitimidad en la tarea de promover un ordenamiento territorial equitativo y pluralista.

Una reflexión final. Para abrir honda, fraternal y duraderamente otro camino de desarrollo encontramos en el texto de Miller (1979) una huella central; y en él nos apoyaremos para sintetizar. Este estudioso lúcida-mente destaca lo que es esencial, desde nuestra mirada; a saber: que en la cosmovisión de este pueblo originario la tierra es inescindible del mundo numinoso de la naturaleza; en sus palabras: *Los valores máximos del mundo Qom eran el mantenimiento de la armonía y el equilibrio entre el hombre y la naturaleza, el Qom se considera parte de la naturaleza.*

Volviendo sobre el texto de Metraux, concebir un desarrollo para todo el hombre y todos los hombres, y que el mismo sea participativo, equitativo y sustentable, tal vez pueda ser sospechado como portador de una ingenua utopía. Nosotros, por el contrario, consideramos que ese desafío define la magnitud y la profundidad de los cambios por hacer y nos compromete y moviliza para procurar que se eludan, esta vez, la “negligencia, la pereza y la estupidez”.

Bibliografía citada

Grupo de Ecología Política, Comunidades y Derechos (GEPCyD) (2010), *Recampesinización y recreación política del campesinado en un escenario de despliegue de los agronegocios*. El caso de las reservas campesinas en el Chaco, mimeo (en prensa), Buenos Aires.

MARIÁTEGUI, José Carlos, (1979), *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana. El problema del indio*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, p. 20.

MILLER, Elmers (1979, *Los tobas argentinos. Armonía y disonancia en una sociedad*, Siglo XXI, México.

MIRANDA, Guido (1981), *La política de tierras y la colonización en la Provincia del Chaco*; citado en: *Provincia del Chaco. Atlas Físico de la República Argentina*; Vol. 1; CEAL, Buenos Aires.

MONNIER, Alain (ed.) (2003), *Nostalgie du neolithique : de Lausanne à Las Lomitas. Documents sur Alfred Métraux, ethnologue*, Labro et Fides/Société d'Etudes d'Alfred Métraux, Ginebra.

RAGIN, Charles y BECKER, Howard (eds.) (1992), *Whats is a Case? Exploring the Foundation of social Inquiry*; Cambridge University Press, Cambridge.

Segatta- Manoilloff (2006), *El destino de las Tierras del Ingenio Azucarero "Las Palmas del Chaco Austral" luego de su cierre en 1991*, Facultad de Humanidades UNNE, Resistencia.

STAKE, Robert (1994), "Case study", en Norman Denzing e Yvonna Lincoln (eds.) *Handbook of Qualitative Research*, Sage Publications, California.

YIN, Robert (1984), *Case Study Research: Design and Methods*, Sage Publications, California.

Sección III

Identidades, categorías sociales y capitales en juego

Capítulo 10

Jóvenes pobres, trayectorias laborales y sentidos del trabajo: los significados de la participación juvenil en emprendimientos sociales productivos del Área Reconquista

Ada Cora Freytes Frey

1. Introducción

El trabajo ha sido considerado uno de los ámbitos más importantes de estructuración y constitución de identidades en la sociedad industrial. En la actualidad, sin embargo, este lugar ha sido puesto en cuestión, a partir de los procesos de diversificación y desestabilización del mundo laboral experimentados en los últimos 35 años, derivados no sólo de importantes cambios tecnológicos y organizacionales, sino también de la erosión de las protecciones sociales ligadas al empleo. Algunos autores afirman que estas tendencias han socavado las solidaridades colectivas ligadas al trabajo, como así también el funcionamiento del espacio laboral como ámbito de construcción de identificaciones fuertes para los individuos (Kessler, 2004).

Esta discusión adquiere aristas particulares al referirnos a los jóvenes. Diversos estudios muestran, por un lado, un alargamiento y una diversificación de los “itinerarios” de inserción laboral (Nicole-Drancourt, 1994; Jacinto, 2000). Por otro lado, se advierte que para un porcentaje considerable de jóvenes, estas “trayectorias inestables” no desembocan en una inserción relativamente estable en el mundo del trabajo, sino en la expulsión permanente del mismo o en la perpetuación de una inserción marginal en empleos precarios, con bajísimos salarios y pésimas condiciones laborales (Pérez Islas, 2001; Jacinto y otras, 2005).

En este marco, surge entonces la pregunta por el sentido subjetivo que adquiere el trabajo para estos/as jóvenes, particularmente para aquellos/as con una inserción precaria. Algunos/as autores/as hablan de una degradación de la experiencia laboral como espacio de construcción de identidad a partir de la inestabilidad de los empleos, la escasa calificación de los mismos y la alta rotación que conspira contra la generación de vínculos significativos (Kessler, 2004). Otros/as, sin negar las aristas negativas de esta realidad de precarización, presentan una imagen más matizada, señalando distintos modos de capitalización de diversos aspectos de las experiencias laborales, que permiten a algunos jóvenes la construcción de nuevos sentidos subjetivos en torno al trabajo (Jacinto y otras, 2005).

Este artículo busca aportar a este debate para el caso de una población juvenil que experimenta especiales problemas de inserción laboral y precarización. Son jóvenes que viven en los asentamientos del Área Reconquista, ubicados en los alrededores del mayor relleno sanitario de la ciudad de Buenos Aires. La mayoría de ellos han comenzado a “trabajar” desde muy pequeños, entendiendo por “trabajo”, a menudo, la recolección ilegal y venta de residuos para su posterior reciclaje. En la actualidad, alternan o complementan esta actividad con las oportunidades laborales informales que les surgen. En el presente trabajo, buscamos analizar los diversos sentidos subjetivos que adquiere el trabajo para estos/as jóvenes, indagando especialmente acerca de las diferencias de género.

Posteriormente, nos focalizaremos en un conjunto de estos jóvenes que, como parte de esta trayectoria inestable, han trabajado en algunas de las “plantas sociales” de selección y clasificación de residuos del Área Reconquista. Dichas plantas han sido desarrolladas como parte de una política tendiente a generar fuentes de trabajo alternativo para los numerosos habitantes de la zona que apelan a la recolección en el relleno sanitario como parte importante de sus estrategias de obtención de ingresos. Las mismas están gestionadas como emprendimientos sociales por diversas organizaciones territoriales de la zona. En este contexto, exploraremos las experiencias subjetivas de los jóvenes, varones y mujeres, a partir de su participación en uno de estos emprendimientos: en qué medida la misma afecta los sentidos construidos en torno al trabajo.

Este trabajo se basa en una investigación cualitativa realizada en el “Área Reconquista” la cual ha apelado, como técnicas de recolección de información, a la observación participante –en reuniones públicas, en el espacio de encuentro de un grupo de jóvenes y en una de las plantas sociales–, a las entrevistas en profundidad a jóvenes (de entre 15 y 25 años) y miembros adultos de sus familias, y a talleres participativos con jóvenes y adultos, en el barrio y en la planta social¹.

2. Trayectorias laborales y sentidos subjetivos del trabajo en los jóvenes del Área Reconquista

En este primer apartado queremos abordar la relación que los/as jóvenes estudiados establecen con el trabajo, a partir de la trayectoria laboral que van construyendo. Al analizar los relatos de los/as jóvenes, surge un primer eje de diferenciación evidente en torno al género.

Del relato de los *varones* se desprende que el “trabajo” es un aspecto presente en la experiencia de vida de la gran mayoría de estos jóvenes. Como hemos adelantado en la introducción, los varones muestran trayectorias laborales en las que se alternan –o superponen– distintos empleos temporarios y precarios con la recolección de residuos en el relleno sanitario del CEAMSE² para su posterior comercialización³. Esta última actividad aparece como una oportunidad de obtención de ingresos relativamente “a la mano”, dada la cercanía del relleno sanitario con el lugar de residencia. A esto se suma la presencia de amigos o familiares que ya tienen experiencia en las tareas de selección y recolección, que sirven como “porteros/as” para introducir a los jóvenes en esta práctica. Por otro lado, la persecución y represión por parte de la seguridad del lugar experimentada a fines de los 90 y principios de la actual década ha dado lugar, debido a la movilización de los vecinos del Área Reconquista, a un arreglo con cierto grado de institucionalización, por el cual los guardias permiten la entrada al relleno durante una hora por día.

Sin embargo, esta caracterización relativamente homogénea, se complejiza cuando empezamos a analizar comparativamente las trayectorias laborales de estos jóvenes.

¹ Esta investigación ha sido financiada por el Swiss National Centre of Competence in Research North-South (NCCR N-S), a través de una beca doctoral y dos proyectos de investigación-acción (PAMS-SAM 06 “Establecimiento de mecanismos de articulación entre emprendimientos productivos de trabajadores desocupados en Argentina” y PAMS-SAM-R 2-04 “Luchando contra la reproducción de la pobreza: explorando estrategias con jóvenes que viven del reciclado de basura”).

² El CEAMSE (Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado) es una sociedad del Estado, en la que participan por partes iguales la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y la provincia de Buenos Aires, que centraliza la administración del tratamiento de los residuos sólidos urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). El Complejo Norte III, en torno al cual se ubican los asentamientos en los que habitan estos jóvenes, recibe los residuos provenientes de la Ciudad de Buenos Aires y de 20 municipios del conurbano bonaerense, para su enterramiento y tratamiento en el relleno sanitario y, en forma incipiente, su recuperación a través de plantas de selección y clasificación, como paso inicial de un proceso de reciclado.

³ Sólo unos pocos de nuestros entrevistados varones no habían realizado nunca tareas de recolección en el CEAMSE. Y sólo uno de ellos –de 15 años– nunca había trabajado fuera de su casa.

Un *primer grupo* de ellos han empezado a participar de actividades que les permiten aportar un ingreso a su hogar desde muy pequeños (10, 11, 12 años). Son jóvenes que viven en hogares muy pobres, generalmente con una estructura matrilineal⁴, en los cuales el aporte de alguno o algunos de los hijos varones complementa el de la madre. En este contexto, la contribución económica al hogar de estos jóvenes resulta central en las estrategias de vida de sus familias. De hecho, ellos mismos se presentan como “proveedores”, inicialmente de su familia de origen, posteriormente de la que van formando.

Pero mi vieja siempre laburó para ayudarnos, todo, y yo... nosotros siempre que pudimos... Yo desde que empecé a trabajar... yo laburaba de chico. Desde los doce laburaba en verdulerías, zapaterías... en todos lados. [...] Una porque... era amigo de los verduleros y... me dio el trabajo ahí. Después me hice amigo de un zapatero y fui a trabajar a una zapatería... Después en una agencia de remis... de recepcionista y así. (Ricardo, 25 años)⁵

Por otra parte, este “trabajo” asumido desde tan temprana edad deriva generalmente en un abandono del sistema educativo sin terminar la escolaridad básica, lo que afecta sus posibilidades de obtención de empleos de mejor calidad a futuro.

Entre los “trabajos” realizados se destaca, por su carácter relativamente accesible⁶, la recolección de residuos en el relleno. Para algunos de estos

⁴ Este concepto ha sido desarrollado a partir del estudio de familias en el Caribe. Se trata de estructuras familiares donde la prioridad está puesta en los lazos consanguíneos: madre e hijos, hermano y hermana. En cambio, los lazos conyugales aparecen más desdibujados y menos intensos afectivamente. Así, las mujeres en tanto madres son el centro de las relaciones familiares y sociales, convirtiéndose además en la base para la continuidad y seguridad de la familia (Fonseca, 1987). En nuestro estudio, hemos encontrado que numerosas familias del Área Reconquista presentan esta estructura. Son familias que muestran una gran inestabilidad del hogar a lo largo del tiempo, con cambios periódicos en el grupo conviviente, por separaciones sucesivas. En tal sentido, la figura materna es la que aparece dando continuidad al núcleo familiar, mientras que el componente masculino de la pareja puede ir cambiando.

⁵ Los nombres consignados son ficticios, a fin de respetar la confidencialidad comprometida con los entrevistados.

⁶ Esta relativa facilidad de acceso expresada en los relatos soslaya los peligros reales de esta actividad: no solamente los riesgos para la salud que comporta esta actividad, sino la amenaza de represión por parte de la seguridad del predio. Los jóvenes más grandes entrevistados (entre 20 y 25 años) nos explicaban que cuando comenzaron a entrar al relleno lo hacían clandestinamente, muchas veces al atardecer o de noche, en ocasiones ocultos en los camiones, para evitar ser expulsados. Como mencionamos, esta situación ha cambiado en la actualidad.

jóvenes, el “cirujeo” adquiere las características de un verdadero “trabajo”, en tanto se desarrolla diariamente, en horarios determinados –en este caso, definidos por el CEAMSE– y da lugar al despliegue de estrategias particulares para mejorar las ganancias obtenidas.

Seis años estuve juntando nylon con mi mamá... hasta que nos cansamos y ahora empezamos a juntar blanco [...] El nylon era lo que valía más... Nada más que un día te cansas... y... no quiero saber más nada. (Ezequiel, 17 años)

Sin embargo, como se advierte en el relato de Ricardo anteriormente citado, en algunos casos estos jóvenes también acceden temporariamente a empleos precarios, altamente informales y de baja remuneración, más aún cuando son menores de 18 años. Estos empleos se alternan o complementan con la recolección de residuos. Entre ellos, predominan las actividades que requieren esfuerzo y fuerza física, a veces con riesgo para la salud de estos jóvenes: tareas de saneamiento en el barrio o en empresas, tareas de carga y descarga en industrias y servicios (mudanzas, Mercado Central), poda y arreglo de plantas, actividades en la construcción. Por otro lado, se trata en general de experiencias de corta duración (meses), tanto por las fluctuaciones en la actividad respectiva, como por las decisiones de los propios jóvenes, que buscan permanentemente oportunidades con mejores remuneraciones y menores riesgos.

Este itinerario laboral va configurando un *habitus* (Bourdieu, 1980) -esquemas de percepción, valoración y acción ligados, en este caso, al trabajo-. Es recurrente la valorización, en el discurso de los jóvenes, del trabajo que requiere fuerza y resistencia física, cualidades ligadas además a valores de virilidad que tienen amplio reconocimiento en la cultura juvenil barrial.

...porque después me empezó a gustar laburo pesado a mí. Yo a veces... también cualquier cosa me vendría bien, pero me gusta el laburo pesado a mí... (Ezequiel, 17 años)

Ahora bien, como señala Mauger (2006) este “capital corporal” fuertemente valorizado tradicionalmente en la cultura obrera y en la definición de la identidad masculina tradicional de las clases populares, se encuentra hoy devaluado en el mercado de trabajo, frente a las transformaciones tecnológicas y las nuevas formas de gestión flexible de las empresas. Por otra parte, la inestabilidad de los empleos y la alta rotación conspiran para desarrollar hábitos de disciplina laboral y ritmos sostenidos de trabajo. De ahí que para estos jóvenes no sólo las condiciones objetivas (pobreza, bajo capital social, abandono temprano del sistema educativo) sino también el “habitus” conformado en el contexto de las mismas constituyen fuertes obstáculos a futuro, contribuyendo a la reproducción de la pobreza.

Un *segundo grupo* de jóvenes presenta edades más tardías –pero aún tempranas– de ingreso a este mercado laboral informal y precario (14, 15, 16 años). Los motivos que los llevan a desarrollar estrategias de obtención de ingresos están ligados, en este caso, a tener un dinero propio que les permita solventar los gastos de las salidas. En esta edad, en efecto, los jóvenes empiezan a frecuentar más asiduamente los bailes, y crece la importancia de tener ingresos para poder costear los consumos asociados a esta vida social. El aporte a la economía familiar aparece en un segundo plano, porque a diferencia de los anteriores, estos jóvenes no tienen un papel importante en las estrategias familiares de vida de sus hogares, sino sólo complementario.

No, la primera vez que trabajé... fue a los catorce años. Yo le había pedido a mi papá que me lleve con él a trabajar de albañil... Como para tener... yo... plata para mí. Y en un tiempo cuando necesitaba un ayudante me llevaba a mí. Y yo trabajaba los fines de semana por la escuela. Y después, bueno, cuando crecí un poco más, me llevaba, yo salía de la escuela y... iba a trabajar con él (Ernesto, 19 años)

Los tipos de empleo al que acceden estos jóvenes no difieren sustancialmente de aquellos a los que acceden los del grupo anterior: actividades ligadas a la construcción (como ayudante de albañil, de pintor, de gasista, de plomero), tareas de carga y descarga, actividades en el comercio minorista local. Asimismo, se trata de empleos temporales, sin beneficios sociales. Sin embargo, en tanto las posibilidades de trabajo aparecen ligadas al capital social de la familia y encontramos aquí familias con mejores inserciones laborales y redes de conocidos, algunos de los jóvenes acceden a trabajos en el sector servicios, dentro o fuera del área local.

[Empecé a trabajar] cuando venía a primero [del Polimodal] acá, ya casi terminando... Un tío me dijo... para trabajar, que tiene un taller, que repara todo, la rectificadora... Trabajé ahí. Después empecé a trabajar ayudando a instalar aires acondicionados, en el verano... También en una tienda de ropa trabajé... Después trabajé en servicio de catering, de mozo... [...] Lo del aire acondicionado, bueno, íbamos... trabajaba con mi tío, que laburaba para Carrier y era todo en zona Sur, íbamos a las casas. Y después lo del servicio de catering... estaba en... ¿cómo se llama...? ¿Costa Salguero es? (...) Ese [lo conseguí] porque la mujer de unos de mis tíos trabaja ahí, no sé bien qué es ahí... (Alejandro, 18 años)

La recolección de residuos en el relleno sanitario como estrategia de obtención de ingresos aparece mucho más desdibujada en estos jóvenes. La mayoría de ellos nunca ha ido a “la quema”; para algunos, en cambio,

el relleno constituye un recurso alternativo ante períodos de desempleo o al que se recurre ocasionalmente, para obtener dinero “extra” para algún consumo particular.

No obstante, las mayores diferencias entre este grupo y el anterior tienen que ver con los significados subjetivos que adquiere el trabajo. En este caso, predomina una vinculación instrumental, a diferencia del grupo anterior donde el trabajo era el fundamento de su identidad como “proveedores”. De tal manera, estos jóvenes viven una suerte de “escisión”, entre el mundo laboral y “su propio mundo” –donde tienen peso generalmente las vinculaciones entre pares, aunque no únicamente-, en el cual se invierten las energías y los sueños, escisión que ya ha sido notada por otros trabajos sobre juventud y trabajo (Nicole-Drancourt, 1994; Svampa, 2000).

Las diferencias entre los jóvenes de este grupo se acentúan a medida que van creciendo: la continuidad o el abandono escolar –que se define entre los 15 y 18 años- constituye una divisoria de aguas. A partir de los relatos se hace evidente que la Escuela Secundaria Superior o Polimodal no sólo constituye una credencial para el acceso a mejores empleos (en términos salariales y de condiciones de trabajo), sino que provee de saberes y contactos que permiten desarrollar estrategias de búsqueda de empleo que van más allá de las oportunidades brindadas por familiares y conocidos: la búsqueda vía agencias intermediarias y el acceso a programas que desarrollan competencias para la “empleabilidad” son ejemplos mencionados por nuestros entrevistados. Por el contrario, aquellos que abandonan la escuela sin haber completado el nivel de Secundaria Básica o el de Secundaria Superior, perciben un estrechamiento de sus posibilidades de empleo a futuro.

Finalmente, un *tercer grupo* de varones presenta no sólo la alternancia entre el “cirujeo” en el relleno sanitario y empleos precarios y temporales que hemos encontrado en los anteriores, sino que a esto se agrega el robo ocasional, como estrategia de obtención de ingresos.

Porque yo andaba bardeando, iba a robar y todo. Dejé de hacer todo. [...] Después de los quince, a los dieciséis... es más, ya tenía diecisiete años... Ya quería plata, quería plata todos los días... quería plata y... Lo hice una vez y... tenía \$3.000 en mi bolsillo. [...] Y después ya era... así como la garraba a la plata, duraba un día... Tanto si agarraba mil, dos mil... era un día. [En ese momento] Laburaba... tres veces por semana nomás, en el Mercado Central. Después ya me endulcé, me endulcé con eso y... era eso nomás. [...] Lo dejé cuando me junté. Ya iba a cumplir los dieciocho y... Después de los dieciocho también lo hice, pero... ahí ya fue porque yo necesitaba plata y no estaba laburando y... No tenía plata, no tenía nada, estaba sin gas, me estaba quedando sin mercadería y ya... a ella se le estaban rompiendo las zapatillas, y a mí también y... (Ariel, 19 años)

Esta sucesión de robo y empleos “legales” ya ha sido señalada por Kessler (2004) en su libro sobre el delito “amateur”. La trayectoria laboral de estos jóvenes presenta similitudes con el primer grupo (temprana iniciación en las tareas de recolección en la “quema”, acceso a sucesivos empleos muy poco calificados y mal pagos). El comienzo de la actividad delictiva aparece favorecida por el estilo de sociabilidad juvenil dominante entre los varones de estos barrios: las “bandas” de adolescentes que se reúnen en las esquinas, a hablar, bromear, tomar y eventualmente consumir marihuana u otras drogas. En este contexto, es habitual pasar de estas actividades al “bardo”, vale decir, al robo ocasional en la calle.

Como lo ilustra el relato de Ariel, en la adolescencia, la necesidad de dinero para solventar los consumos asociados a la diversión es un motivo que alimenta este tipo de conducta. Más adelante, cobran importancia otros intereses, relacionados con la posibilidad de construir proyectos personales y familiares propios. Estos suelen ir acompañados por la intención de “rescatarse”, vale decir, de abandonar el delito.

En tal sentido, el “trabajo” como actividad legal y socialmente reconocida (aún en sus facetas más precarias) constituye una vía necesaria para “rescatarse” y salir de los riesgos y peligros que conlleva la ilegalidad. Sin embargo, como aparece claramente en la cita anterior, las malas condiciones de trabajo, los bajos salarios y los problemas para conseguir empleo son todas circunstancias que conspiran contra esta aspiración, manteniéndose a menudo la alternancia entre empleo precario, recolección en el CEAMSE y robo.

Afirmamos anteriormente que estas distintas situaciones que hemos encontrado entre los varones contrasta en líneas generales con las *experiencias de las mujeres* en torno al trabajo. Un aspecto donde este contraste se hace más evidente es en que, mientras la obtención de ingresos es naturalizada como una responsabilidad “propia de los varones” (aunque esto se logre a través de distintos medios, como hemos discutido anteriormente), no ocurre lo mismo con las mujeres, que presentan experiencias muy variadas con respecto al trabajo extradoméstico. Por el contrario, lo que aparece como “propio de las mujeres” en todas nuestras entrevistadas es el trabajo reproductivo, el cual es asumido como una obligación. Así, invariablemente ellas se refieren a las tareas que realizan dentro del hogar⁷: el cuidado de sus hermanos menores o de sus hijos, la limpieza, el lavado de ropa y, en ocasiones, la preparación de las comidas.

⁷ Los varones, particularmente los del grupo de los hogares más pobres, también suelen colaborar en tareas domésticas, pero éstas son de distinta índole: limpieza y arreglo del patio, mantenimiento y mejoramiento de la vivienda.

En lo que respecta al trabajo extradoméstico, las jóvenes presentan aún más diversidad que los varones. Si bien es evidente que, en general, las adolescentes son más preservadas de la recolección en el relleno sanitario que los varones, un *primer grupo* de ellas participa en este tipo de actividades. Se trata de jóvenes que provienen de hogares muy pobres, generalmente con una estructura matrilineal, como hemos señalado en el caso de los varones. Pero en este caso, no hay hermanos mayores que puedan hacerse cargo de las actividades de “provisión”, en conjunto con la madre. En tal sentido, en ciertos períodos del ciclo familiar, el aporte económico al hogar de estas jóvenes resulta fundamental. Dicho aporte se logra a través del “cirujeo” o bien del servicio doméstico dentro del barrio. En ambos casos se trata de actividades temporales, ligadas estrictamente a la supervivencia familiar. No son asumidas, como en el caso de los varones, como una obligación a largo plazo. Tampoco se evidencia un itinerario laboral sostenido.

No, nosotros íbamos por la comida, nada más... La mercadería y todo eso. (Norma, 16 años)

Este primer grupo contrasta con los demás a partir de la actividad de recolección en el relleno sanitario. En efecto, el resto de las jóvenes mujeres no participan ni han participado nunca de este tipo de tareas⁸. Entre ellas, aparece un nuevo eje de diferenciación: un *segundo grupo* presenta amplias trayectorias laborales, habiendo comenzado a trabajar tempranamente (14, 15 años). En estos itinerarios se suceden distintos empleos temporarios, en el comercio local (con incursiones en venta callejera y en ferias), en el servicio doméstico y en la producción doméstica para distintas actividades industriales. Nuevamente aquí, el capital social de las familias es la puerta de ingreso al empleo, lo que les permite a algunas explorar otras opciones, como son las promociones o las cobranzas.

Hacía pulseras [...] Porque el marido de la chica trabaja en un taller y él trae para que nosotras hagamos. [...] Yo hice un montón de cosas. [...] Yo antes cuando era chica me iba a vender con mi padrastro. [...] Trabajé vendiendo ropa, en una verdulería... [...] También trabajé en otra feria con el patrón de mi mamá, vendiendo zapatillas. [A mí me gusta vender] porque a mí no me

⁸ La única excepción a esto es una de nuestras entrevistadas, Elisa, de 25 años. Con una trayectoria laboral bastante extensa, con empleos en distintos comercios desde los 14 años, Elisa participó temporariamente de la recolección en la quema luego de separarse, mudarse y no conseguir empleo durante un tiempo, debiendo hacerse cargo de una niña pequeña.

gusta estar quieta, entonces, me busco un trabajo donde no tenga que estar quieta, yo tengo que estar en movimiento. Entonces, ahí yo estaba todo el tiempo en movimiento... Únicamente la hora que se paraba era de la una hasta las cuatro... estaba sentada... entonces, me aburría... pero después ya estaba... (Mariela, 18 años)

En todos los casos, estas experiencias se caracterizan por su corta duración, ligada a la precariedad de los propios empleadores, todos pertenecientes al medio local, caracterizado, como hemos visto, por la pobreza y la segregación socio-espacial.

A menudo, estas tempranas experiencias laborales están relacionadas con el abandono escolar. No obstante, algunas retoman posteriormente la escolaridad, advirtiéndose casos donde trabajo y educación se retroalimentan, ya que el primero brinda recursos para sostener la segunda, particularmente los proyectos de estudios terciarios.

En lo que hace a los sentidos que adquiere el trabajo para estas jóvenes, aparece en primer plano cierto carácter instrumental: es un modo de conseguir ingresos para mejorar las condiciones de vida de la familia (propia, o de origen) o para solventar los gastos asociados a las diversiones juveniles. La idea de consumo aparece en primer plano.

Sin embargo, el trabajo también aparece asociado a un significado que tiene resonancias identitarias fuertes: la posibilidad de independencia, de autonomía. Este aspecto resulta importante en un contexto cultural donde las desigualdades de género son notorias y donde perdura una imagen de la mujer asociada a la vida familiar y hogareña. Estas jóvenes rompen con estos estereotipos y en esto presentan contrastes fuertes con los otros dos grupos.

En la misma línea, en sus relatos el trabajo aparece asociado a otro significado: el trabajo resulta una posibilidad de salir del "encierro" en la vida doméstica. En tal sentido, se valora la posibilidad de variación y de construcción de relaciones en el trabajo, aspecto que no es resaltado en el discurso de los varones.

Finalmente, identificamos un *último grupo de jóvenes mujeres* que no han trabajado nunca fuera de su hogar o, en el caso de la más grandes, han comenzado a hacerlo a edades tardías para esta población (18 años). Sus obligaciones, más allá de las ya referidas ligadas al trabajo reproductivo, están volcadas al ámbito educativo. Así, dentro de este grupo encontramos a las jóvenes que presentan las trayectorias educativas más prolongadas (algunas todavía estaban en la Secundaria Superior al momento de entrevistarlas, o bien acababan de terminarla), lo que les permite imaginar un futuro distinto, como veremos en el próximo apartado, asociado a empleos más protegidos, como el trabajo docente o profesional. No obstante, algunas de ellas han abandonado la escuela en los primeros años de la Secundaria

Superior, comenzando entonces la búsqueda de empleo; búsqueda que se presenta como especialmente dificultosa, dada la falta de familiaridad con el mercado laboral y el prolongado “confinamiento” en la esfera doméstica que han vivido estas jóvenes.

Más allá de estas diferencias en las trayectorias laborales de estos jóvenes, encontramos algunas constantes que atraviesan todos los relatos. En primer lugar, se advierte una naturalización extendida de la precariedad, la inestabilidad, el trabajo en negro, la sobre-explotación como aspectos inherentes a las realidades laborales. El horizonte de los derechos laborales aparece totalmente desdibujado entre estos jóvenes, que en su gran mayoría no los experimentaron nunca en su realidad laboral.⁹ Más aún, la mayoría de los padres también tienen empleos precarios, dedicándose principalmente a distintas actividades en el rubro de la construcción, pero sin empleo fijo. Sólo unos pocos son o fueron obreros industriales.

En segundo lugar, de las manifestaciones de los jóvenes se desprende una pérdida del sentido colectivo del trabajo. El mismo aparece como una empresa fundamentalmente individual, orientada a satisfacer necesidades propias o del núcleo familiar más cercano. Este es un aspecto ya señalado por otras investigaciones que se preocupaban por los significados del trabajo en un contexto de flexibilización y precarización laboral (Díaz, Godoy y Stetcher, 2005; Longo, 2006). Las relaciones en el trabajo, si no son conflictivas, no aparecen como una fuente de interpelaciones identitarias relevantes. El trabajo aparece así como un espacio de individualización, donde los individuos deben desplegar sus propias estrategias de sobrevivencia. Sólo en las mujeres con una trayectoria laboral más larga, hay una valoración del aspecto relacional del trabajo, en tanto que apertura del espacio privado del hogar.

3. El trabajo en la “planta social” de selección y clasificación de residuos

Sobre este trasfondo general de los significados subjetivos del trabajo para los jóvenes del Área Reconquista, en la última parte de este artículo queremos focalizar en un conjunto de estos/as jóvenes que, al momento de nuestro trabajo de campo, estaban trabajando en una “planta social” de

⁹ Son muy pocos los/as jóvenes que mencionan haber trabajado alguna vez en un empleo “en blanco”, con cobertura de salud y aportes jubilatorios. Cuando esto ocurre, a menudo se trata de contratos a prueba, por 3 meses, que no suelen ser renovados.

selección y clasificación de residuos del Área Reconquista, a la cual llamaremos “Eco-social”¹⁰. Se trata de un ejemplo de un tipo de emprendimiento social que ha tenido fuerte desarrollo en la zona en los últimos años (a partir del 2004), impulsado por políticas nacionales y provinciales que, desde las áreas de Desarrollo Social y Medio Ambiente, han buscado atacar conjuntamente las aristas sociales y ecológicas del problema de la gestión de residuos sólidos urbanos en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) (Cross y Freytes Frey, 2009). Nuestro objetivo es analizar la experiencia laboral de los/as jóvenes en este emprendimiento, explorando las continuidades y rupturas que presenta con respecto a sus experiencias previas.

3.1. La planta de selección y clasificación de residuos “Eco-social”

El tratamiento de los residuos sólidos urbanos en el AMBA se fue transformado en un problema importante de agenda pública en la última década, a partir de dos procesos convergentes: por un lado, una mayor conciencia ecológica acerca de los riesgos para la salud y el bienestar de la población que conlleva el sistema actual de manejo de la basura, frente a la saturación de los rellenos sanitarios y la persistencia de basurales clandestinos; y, por el otro, la movilización y la organización de las personas que viven de la recuperación de materiales reciclables que obtienen de la basura (Freytes Frey y otros, 2007; Cross y Freytes Frey, 2009). La alta conflictividad social en torno a esta problemática y el número creciente de familias involucradas en la misma –particularmente durante la crisis económica de 2000-2002– llevaron al gobierno de la Provincia de Buenos Aires a buscar articular iniciativas de distintos actores (ONGs ambientalistas, movimientos sociales, organizaciones de “cartoneros”, municipios), planteando lo que llamaron una “gestión social” de los residuos, con la participación de estos distintos actores en la implementación de proyectos locales tendientes a la recuperación y el reciclado. Este tipo de iniciativas también contó con el apoyo técnico y financiero del gobierno nacional.

¹⁰ Tanto el nombre de la planta como el de la organización social que la gestiona son nombres ficticios, para cumplir con la confidencialidad garantizada a nuestros entrevistados. El texto de Cecilia Cross en esta compilación se refiere a esta planta y a la misma organización. Ambas hemos llevado a cabo nuestras investigaciones en esta zona, las cuales se han articulado en diversos puntos como se desprende de la lectura de los textos.

Dentro de esta política, para el Área Reconquista fue de importancia central una línea de acción que impulsaba la instalación de “plantas sociales” para la selección y clasificación de los residuos, financiadas en co-operación con el Ministerio de Desarrollo Social nacional y construidas con el asesoramiento técnico del CEAMSE. El carácter “social” de estas plantas reside en que su gestión está a cargo de organizaciones territoriales de “quemeros”, o bien del municipio local, en contraposición con otras plantas de selección y clasificación, de propiedad de empresas privadas. Asimismo, un objetivo central de esta política es erradicar (o, al menos, disminuir) el ingreso clandestino al relleno sanitario, con todos los riesgos que conlleva para la población local.

La planta en la cual hemos realizado nuestro trabajo es gestionada por una organización social que se conformó durante la toma de tierras y posterior constitución de un asentamiento en terrenos linderos al relleno sanitario, hacia fines de los ‘90. Por ello, la organización toma el nombre del barrio, que llamaremos “21 de septiembre”. A lo largo de su historia, ha desarrollado distintas actividades comunitarias y servicios tendientes a afrontar necesidades básicas de los vecinos: comedor y ropero comunitario; biblioteca; talleres de género; talleres de prevención de la salud; atención primaria de la salud; talleres para jóvenes; apoyo escolar y talleres artísticos para niños; etc.. Por otra parte, dado que muchos de los habitantes del barrio recurren a la recolección en el relleno sanitario como estrategia de obtención de ingresos, desde sus comienzos, la organización “21 de septiembre” ha llevado adelante una lucha constante para protegerlos de los abusos del personal de seguridad. Así, se constituyó en protagonista de los conflictos y negociaciones en pos de encontrar soluciones a las problemáticas ambientales y sociales relativas al tratamiento de los residuos. En este contexto, fue escogida para llevar adelante uno de los proyectos de “planta social” a construirse en el CEAMSE.

La concreción de este proyecto fue larga y costosa. Las primeras negociaciones comenzaron en 2004 y la puesta en marcha se concretó en marzo del 2009. En la actualidad, la planta emplea alrededor de 40 trabajadores, hombres y mujeres, de distintas edades y trayectorias laborales previas. Recibe residuos domiciliarios, los cuales son clasificados y recuperados en una cinta-sinfín elevada, donde se distribuyen los puestos de trabajo de los recuperadores de los distintos productos. También reciben residuos de superior calidad, provenientes de empresas privadas, que son seleccionados y clasificados separadamente. Por último, el material clasificado es compactado y empaquetado para su comercialización a través de dos prensas.

Las tareas de comercialización y administración están a cargo del presidente y otro dirigente de la organización “21 de septiembre”. Además,

otra integrante de dicha organización tiene a su cargo la supervisión y organización del trabajo cotidiano en la planta (“coordinadora”).

Los salarios son variables, porque dependen del material recuperado y comercializado, como así también de los precios de venta. En efecto, una vez descontados los gastos, los ingresos totales de la planta son divididos igualitariamente entre todos los trabajadores, de acuerdo a los días trabajados por cada uno.

Luego de esta presentación general del emprendimiento, en el siguiente apartado nos centraremos en el objeto de nuestra indagación: la experiencia laboral de los/as jóvenes en la planta.

3.2. La experiencia laboral de los/as jóvenes en la “planta social”

Un primer aspecto a considerar es la experiencia laboral previa de estos/as jóvenes. En la planta convergen jóvenes de todos los grupos considerados anteriormente: sólo aquellos que aún continúan su escolaridad secundaria no están representados entre los/as trabajadores de la planta. Más significativa aún es la experiencia inmediatamente anterior: en general, los/as jóvenes vienen de una situación de desempleo más o menos prolongada; de la recolección en la quema (a la que a veces se suma el robo, como hemos visto); de un trabajo previo en otra planta de selección y clasificación, o de una ausencia de experiencia en el trabajo extra-doméstico (en el caso de algunas jóvenes). En tal sentido, el ingreso a la planta es visto como una oportunidad.

Tiré currículum por todos lados... Iba a joder, a cargosear... Pasa que no, nadie te da laburo... sin estudio no hay laburo. Y después me enteré de esto y bueno... me acerqué... Porque si no estaría en la quema todavía... (Fabio, 20 años)

Yo andaba bardeando, andaba robando... Andaba haciendo un montón de cosas. [...] Y acá no me querían tomar porque yo no tenía documento... Pero Laura habló con Fabián y Roberto [dirigentes de la organización “21 de septiembre”] y... le preguntó por qué no lo pueden tomar... Y gracias a Beba... ahora estoy laburando acá... Ahora me estoy poniendo las pilas por mi señora... (Pepe, 20 años)

Éste es el primero [empleo con muchos compañeros]. Siempre trabajé de niñera. (Belén, 18 años)

En este sentido, se observa que el objetivo del proyecto (“sacar a la gente de la quema”) se cumple para muchos de los/as trabajadores. Pero el significado subjetivo del trabajo en la planta para los/as jóvenes entrevistados/as está en línea con las experiencias y los sentidos discutidos

anteriormente. Para algunos jóvenes varones, significa la posibilidad de sostener o aportar a su familia sin tener que ir “a la quema”. Para otros –que por sus antecedentes penales y su dificultad para sostener rutinas y respetar relaciones jerárquicas tienen muchos problemas para conseguir empleo–, está asociado a la posibilidad de “rescatarse” a través de un trabajo legal. Para los menos, la oportunidad de tener dinero para sus propios gastos y consumos juveniles.

El trabajo con los residuos no aparece problemático para ellos, en tanto presenta continuidades con actividades anteriores. Sólo algunas jóvenes (especialmente, aquellas con escasa experiencia en el mundo laboral) expresaron su dificultad inicial para trabajar “con la basura”.

En el caso de estas jóvenes, la planta representa una posibilidad de inserción en el mundo laboral y de salida del “encierro en lo doméstico”. Asimismo, la posibilidad de “tener dinero propio” está asociada con una mayor independencia o, en otros casos, con la concreción de proyectos familiares. Estos dos últimos significados son los que prevalecen también entre las jóvenes con una trayectoria laboral previa más amplia, que además ven en el empleo en la planta un medio para el sostenimiento de sus hijos/as.

Así, vemos que el empleo en la planta adquiere sentidos diversos en el marco de construcciones biográficas más amplias en las cuales, como hemos visto, el trabajo ocupa distintos lugares. Lo que queremos explorar en lo que resta de este apartado es en qué medida el trabajo en un emprendimiento social como es la planta está en continuidad con las experiencias previas, o bien introduce rupturas y nuevos significados.

Un primer aspecto a analizar tiene que ver con las *condiciones de contratación*. Advertimos que este tipo de empleo no sólo no supera sino que presenta una continuidad con la precarización que atraviesa toda la historia laboral de estos/as jóvenes. Los/as trabajadores/as, en efecto, no cuentan con ninguna cobertura social (sólo un seguro contra riesgos de trabajo), ni se hacen aportes jubilatorios. Por otra parte, a partir del sistema de cobro instaurado, las ausencias por enfermedad redundan en una disminución del salario (en tanto no son contabilizadas como días trabajados).

Como mencionamos anteriormente, esto no resulta problemático para la mayoría de los/as jóvenes entrevistados/a¹¹, dado que la precariedad está naturalizada entre ellos. Desde el punto de vista de nuestro análisis, en cambio, el aspecto a destacar es que este tipo de emprendimientos no pone en cuestión esta naturalización, sino que la mantiene.

¹¹ Sólo uno de ellos mencionaba como un aspecto a mejorar la posibilidad de tener cobertura social y aportes jubilatorios.

El trabajo en la planta es esforzado, particularmente en algunos puestos de trabajo que requieren fuerza física (la colocación de las bolsas de residuos desde la tolva que los eleva hacia la cinta sinfín donde se hace la selección; la distribución del descarte en un contenedor, para su posterior deshecho; el traslado de los bolsones o de los carros con los materiales seleccionados; el traslado de los fardos). Este aspecto es valorado por muchos jóvenes varones (pertenecientes al primer y tercer grupo de los analizados anteriormente), en tanto presenta una continuidad con el *habitus* construido a través de sus experiencias laborales previas, *habitus* que valora la fuerza, la resistencia, el movimiento, como aspectos de una corporalidad masculina.

Sí, ahí [en la tolva] estoy... mejor. Porque ya te dije, hago más desgaste físico... Hago más fuerza que es lo que más me gusta hacer a mí... el trabajo pesado. (Ricardo, 25 años)

De esta manera, el trabajo en la planta permite movilizar el “capital corporal” que estos jóvenes valorizan como recurso. En la misma línea, en el contexto de una organización del trabajo poco formalizada y de una escasez de saberes técnicos tanto en jefes como en trabajadores, algunos de ellos pueden desplegar “saberes-hacer” no formalizados, que son motivo de auto-valoración y refuerzan una imagen positiva de sí. Esta última no es, sin embargo, una vivencia generalizada.

No, yo hago de todo, estoy en la tolva... Cuando se rompe la máquina tengo que ver... por lo menos hoy se rompió la cinta que va la basura al roll-off... no tenían cómo arreglarla y fui y le saqué... lo que había que arreglar... Le puse el clavo, lo corté al clavo, lo doblé y con eso... Es temporario, pero pudimos seguir trabajando. Cuando se cortó la cinta, también, que se abrió... la arreglamos yo y otro muchacho que se llama Walter [...] Pudimos seguir trabajando hasta que vengan los de Santa Fe. (Ricardo, 25 años)

En el caso de las mujeres, por el contrario, prefieren los trabajos que requieren menor desgaste físico, sin dejar de señalar el aburrimiento que provoca la monotonía de las tareas. En resumen, el trabajo en la planta no provee muchas posibilidades para el desarrollo de competencias que puedan ser demandadas en otros empleos, permitiendo a posteriori una mejor inserción en el mercado laboral.

Sin embargo, en lo que hace al desarrollo de competencias que mejoren las posibilidades de acceso al empleo, en esta población (socializada como hemos visto en una sucesión de trabajos informales, muchas veces por cuenta propia, matizados por períodos prolongados de desempleo), son de fundamental importancia aspectos que hacen al “saber-ser” en el trabajo: la

posibilidad de cumplir horarios, de mantener una disciplina laboral durante períodos prolongados, de sostener códigos de respeto en las interacciones jerárquicas y entre compañeros de trabajo. ¿Cómo se despliegan estas dimensiones en la planta? Esto nos introduce a dos aspectos centrales de la experiencia laboral de los/as jóvenes en este emprendimiento: las *relaciones jerárquicas* y las *relaciones con otros/as compañeros/as*.

En otro artículo nos hemos referido a las dificultades que conlleva la organización de la toma de decisiones en este tipo de emprendimientos sociales productivos (Freytes Frey, 2008). Las “plantas sociales”, idealmente, se plantearon como cooperativas de trabajo. No obstante, este tipo de gestión fue muy difícil de implementar, debido a la heterogeneidad de los participantes, la alta rotación y al distinto tipo de involucramiento en el proyecto. El proyecto de la planta “Eco-social”, en efecto, fue llevado adelante, a lo largo de los cinco años que demoró su concreción, por un grupo de dirigentes de la organización “21 de septiembre”, que participaron en numerosas negociaciones, llegaron a acuerdos con actores gubernamentales y no gubernamentales, contrataron y supervisaron la construcción de las instalaciones, compraron la maquinaria y administraron todo el proceso. Entre los/as trabajadores/as de la planta, hay algunos miembros y allegados a la organización; otras personas que la conocían previamente, por haber participado en alguna actividad o recibido algún beneficio y, finalmente, otros que se acercaron a la planta buscando trabajo.

En este contexto, la organización “21 de septiembre”, como dueña de la planta, designó a algunos de sus dirigentes como “encargados” de la planta y a una de sus integrantes como “coordinadora” de la organización del trabajo cotidiano. Asimismo, a través de encuentros previos a la puesta en marcha del emprendimiento, validó participativamente un reglamento de trabajo. El problema es que, por la rotación, muchos de los trabajadores no intervinieron en este proceso. Aún así, una vez en funcionamiento, se realizaron talleres de discusión¹² tendientes a lograr una dinámica participativa para el mejoramiento de los procesos de trabajo y la construcción de un espacio asambleario, apuntando a incorporar una dinámica más participativa de gestión. Este objetivo aparecía difícil de alcanzar, en tanto para muchos trabajadores esta propuesta era ajena a sus expectativas: ellos

¹² El equipo de investigación del CEIL-PIETTE del que participo colaboró con la organización “21 de septiembre” en el diseño y coordinación de estas instancias participativas, en distintos momentos del proceso de concreción del proyecto. Personalmente, participé activamente en los primeros talleres y, posteriormente, una vez puesta en marcha la planta, acompañé a la Dra. Cecilia Cross, quien llevó adelante estos talleres de discusión. La observación realizada durante los mismos fue un material importante en la realización de este artículo, complementando las entrevistas realizadas.

veían a planta como un empleo más y a sus dirigentes como “patrones”. El carácter “social” de la planta resultaba desdibujado para la mayoría de los trabajadores y, más particularmente, para los/as jóvenes. Por otra parte, en estos talleres se ponían en escena las divergencias dentro del colectivo de trabajo, percibiéndose líneas de diferenciación marcadas por edad y género. En tal sentido, muchos jóvenes (de ambos sexos, como así también mujeres mayores) tenían dificultad para involucrarse y tomar la palabra en las discusiones. Por el contrario, otros asumían el liderazgo y se transformaban en portavoces de su “generación”.

En la experiencia de los/as jóvenes, este esquema de gestión es percibido en forma ambivalente. Por un lado, se valora “el buen trato” que impera en la planta, en comparación con otros empleos previos, incluso en otras plantas sociales. Las jóvenes, sobre todo, valoran los espacios participativos como una posibilidad de conocerse mejor, superar susceptibilidades y llegar a acuerdos.

Ponele... para mí los talleres sirvió... porque es verdad... Ponele que yo, bueno, no tengo trato, no la paso a... Elisa. Pero por ahí, qué sé yo... coincidimos en algunas cosas [...] Por ahí otros también tienen sus diferencias, pero a la hora de taller... saben que opinan igual... o algo así, qué sé yo. (Belén, 18 años).

En cambio, desde un horizonte de sentido (construido en las experiencias laborales y barriales previas) donde el poder se impone a través de la demostración de fuerza, algunos varones reclaman un ejercicio más firme de la autoridad. En particular, se rechaza la arbitrariedad en las decisiones tomadas por los “encargados”, cuando las afinidades personales y la mayor cercanía con la organización de algunos/as trabajadores/as da lugar a un trato preferencial o a mayores contemplaciones a la hora de hacer cumplir los horarios de trabajo, sancionar las inasistencias, respetar los ritmos.

En la otra planta me parece que estaban más organizados. Los encargados tenían más autoridad, le hacían más caso a los encargados... Sabían que lo tenían que hacer porque sino... Allá faltabas dos veces y te suspendían tres días. (Ricardo, 25 años).

Asimismo, aparece otro criterio de cuestionamiento de la autoridad de los encargados: su competencia para organizar eficientemente el trabajo en la planta. Este tipo de crítica surge generalmente de varones, sobre todo de aquellos que han tenido experiencias previas de trabajo en plantas de selección y clasificación y se ubican, por lo tanto, en un lugar de saber y de propuestas alternativas. Las mismas resultan legitimadas por un sistema de cobro basado en la productividad colectiva y por las discusiones en los talleres, que pusieron el eje en la mejora de los procesos.

De esta manera, se advierte que la coexistencia de principios diferentes de gestión (una gestión más vertical, basada en las decisiones de los “encargados”, por un lado, y una gestión más horizontal, que habilita espacios participativos de discusión) genera permanentes tensiones que a menudo dan lugar a conflictos abiertos y a un cuestionamiento de la autoridad.

Un último aspecto, estrechamente ligado al anterior, donde se advierte una mayor ruptura entre las experiencias laborales previas de los jóvenes y el trabajo en la planta, tiene que ver con las *relaciones entre compañeros de trabajo*. Mencionamos anteriormente que una característica extendida entre los/as jóvenes del Área Reconquista es una pérdida del sentido colectivo del trabajo, que tiene que ver con las condiciones en las que se han desarrollado las experiencias previas de trabajo: generalmente los/as jóvenes se han desempeñado en actividades de comercio y servicio locales, o bien en la construcción, siempre en pequeños establecimientos o en emprendimientos informales por cuenta propia. Sólo algunos de ellos –una minoría– han tenido experiencia de empleo en fábricas, pero aún en tales casos el carácter temporario del trabajo (generalmente, unos pocos meses), ha conspirado contra la generación de vinculaciones fuertes en el trabajo y de sentimientos de solidaridad entre compañeros. En tal sentido, la “planta social”, con aproximadamente 40 trabajadores en un mismo turno, constituye para muchos una situación nueva. Más aún al incorporar un espacio de asamblea semanal.

En tal sentido, la planta aparece como un espacio de sociabilidad que es valorado por los jóvenes, particularmente porque la misma se organiza informalmente a partir de líneas generacionales y de género. En efecto, durante el tiempo libre (pausa de la mañana, tiempo del almuerzo), los/as trabajadores se agrupan espontáneamente en grupos para comer (*ranchar*). Y entre estos grupos, el más numeroso está constituido por jóvenes (varones y mujeres), que se juntan entre sí. No obstante, no hay un solo grupo de jóvenes, sino varios –que son dinámicos y variables–, prevaleciendo a veces separaciones de género y otros criterios de afinidad. Así, este tipo de relacionamiento entre compañeros ha dado lugar a solidaridades en el trabajo y a amistades que, en ocasiones, trascienden el ámbito laboral.

Sin embargo, se trata de un aspecto que también presenta sus contradicciones. En efecto, dado que todos los/as trabajadores/as provienen de barrios cercanos, las relaciones entre ellos están atravesadas por los códigos y modalidades de interacción barrial. Dentro de éstos, y muy particularmente entre los jóvenes varones (pero también entre algunas mujeres), sobresale el cuidado del honor o reputación individual, el cual se demuestra a través de la exhibición de la fuerza física y el coraje, en enfrentamientos cara a cara, cuando se percibe que dicho honor ha sido puesto en cuestión por otros. Por otra parte, la reputación y la imagen frente a otros/as

se construye fundamentalmente a través de dichas demostraciones, como han señalado otros estudiosos de las culturas barriales en distintas latitudes (Lepoutre, 1997; Garriga Zucal, 2006), por lo cual las peleas no sólo no son evitadas, sino que más bien son buscadas, a través de una extrema susceptibilidad en las interacciones: cualquier mirada o palabra puede ser interpretada como una afrenta y dar lugar a una pelea.

Por otra parte, los enfrentamientos pueden tener amplias derivaciones a partir de las redes de relaciones de parentesco y amistad que unen a los/as trabajadores/as más allá de la “planta”: en efecto, entre los trabajadores encontramos progenitores e hijos/as, hermanos/as y otros grados de parentesco consanguíneo o por afinidad.

Así, las interacciones en la planta (no sólo entre pares, sino también jerárquicas) están atravesadas por un grado importante de conflictividad, que puede llegar incluso a los enfrentamientos físicos; conflictividad que está alimentada por la sociabilidad extra-laboral. Este es un aspecto que afecta la cotidianeidad del trabajo y la productividad, y que es mencionado recurrentemente por nuestros entrevistados, a menudo como algo negativo.

Hay mucho puterío... cada vez peor es. [...] Por ejemplo me junto con un grupito allá arriba de la cinta y escucho puterío; estoy acá abajo y escucho puterío. (Bruno, 18 años).

El día que me suspendió Nancy [“coordinadora” de la planta], discutí con Nancy y le quise pegar afuera, le dije de todo a ella. (Elisa, 25 años).

En tal sentido, una parte importante de la tarea de los “encargados” y “coordinadores” pasa por gestionar dicha conflictividad. Asimismo, los talleres tuvieron un papel central en la introducción de la expresión y el diálogo como forma de resolución del conflicto. De hecho, jóvenes que han trabajado en distintas plantas reconocen en ésta un menor nivel de enfrentamientos físicos y otras formas de dirimir las discusiones.

Retomando entonces la pregunta por la formación de competencias que hacen al “saber-ser” en el trabajo, encontramos que no hay una respuesta sencilla. Indudablemente, la planta presenta continuidades con los modos de interacción en el barrio que son rechazados en otros espacios laborales, como así también mayores contemplaciones a la hora de considerar las inasistencias e impuntualidades (aún así, ha habido jóvenes despedidos por faltas recurrentes). Sin embargo, se va haciendo un proceso para modificar estos aspectos. En tal sentido, consideramos que la planta puede constituir un lugar de socialización en nuevos hábitos, más adecuados a los requerimientos del mercado laboral. Sin embargo, todo dependerá de qué modos de gestión prevalecen en el futuro y cómo se resuelven las tensiones cotidianas que hemos identificado.

4. Conclusiones

Al comienzo de este trabajo nos planteábamos analizar los diversos sentidos subjetivos que adquiere el trabajo para los y las jóvenes del Área Reconquista, una zona caracterizada por la pobreza y segregación socio-territorial, indagando especialmente acerca de las diferencias de género.

A lo largo del trabajo, hemos examinado una serie de diferencias que muestran, como adelantábamos en la introducción, que no hay una respuesta unívoca a esta pregunta por los significados asociados al espacio laboral. Intentaremos en estas conclusiones sintetizar los principales hallazgos que se desprenden de las divergencias discutidas.

Un primer aspecto que sobresale remite a las diferencias encontradas entre varones y mujeres, que nos hablan de la persistencia de desigualdades de género tradicionales, aunque éstas estén en proceso de transformación. Así, es entre los varones (aunque no en todos) donde el trabajo conserva una fuerte impronta identitaria. En efecto, para algunos de ellos, su presentación como “trabajadores” es la que les permite proyectar una imagen positiva de sí, en un contexto de gran precariedad en sus condiciones de vida. Para otros, el trabajo es el soporte para producir una “ruptura” con el pasado en la decisión de “rescatarse”. En cambio, para muchas mujeres sin experiencia de trabajo extra-doméstico, el trabajo aparece ligado a identidades “virtuales”, vale decir, a proyecciones hacia el futuro, las cuales aparecen como frágiles y permanentemente amenazadas por las frustraciones del presente. Esto contrasta con la experiencia de las jóvenes con una trayectoria laboral más amplia, para las cuales el trabajo aparece asociado, precisamente, a la “salida de lo doméstico” y al logro de una mayor autonomía. A la par de estas resonancias identitarias del trabajo, encontramos que, para otros y otras jóvenes, la vinculación con el espacio laboral adquiere un carácter puramente instrumental.

Sobre este trasfondo general de los significados subjetivos del trabajo para los jóvenes del Área Reconquista, en la última parte de este trabajo nos hemos preguntado en qué medida la participación en un emprendimiento social, destinado a brindar nuevas oportunidades de empleo a una población que a menudo recurre a la recolección de residuos en el relleno sanitario para sobrevivir, introduce variaciones significativas en la experiencia laboral de estos jóvenes.

En tal sentido, hemos visto que el empleo en la planta adquiere para los/as jóvenes sentidos diversos en el marco de las construcciones identitarias más amplias en las cuales, como acabamos de ver, el trabajo ocupa distintos lugares. Sin embargo, en todos los casos, prima la idea de oportunidad, frente a un pasado inmediato signado por el desempleo, la recolección en el relleno sanitario o la inactividad.

Ahora bien, al analizar con mayor profundidad las vivencias de los jóvenes en relación al trabajo cotidiano en la planta, advertimos elementos de marcada continuidad con las experiencias pasadas: fundamentalmente, la precariedad y la ausencia de beneficios sociales que constituyen prácticamente la norma en todos sus empleos. En tal sentido, este tipo de emprendimiento contribuye a mantener la naturalización de la precariedad y el desconocimiento de los derechos laborales que encontramos en los/as jóvenes del Área Reconquista.

Por otra parte, la “planta social” demanda en algunos puestos competencias relacionadas con el esfuerzo y el ejercicio de la fuerza física, aspectos que tienen que ver con el *habitus* desarrollado, particularmente por los varones, en empleos anteriores. Esto es apreciado por los jóvenes, en tanto implica una valorización del “capital corporal” que ellos poseen y valoran. Sin embargo, este tipo de trabajo conlleva, a mediano plazo, un desgaste de ese mismo capital y riesgos para la salud. A su vez, el trabajo en la planta no provee muchas posibilidades para el desarrollo de competencias que puedan ser demandadas en otros empleos, permitiendo a posteriori una mejor inserción en el mercado laboral.

No obstante, a la par de estos elementos de continuidad, encontramos que otras características de este emprendimiento, ligados al número de trabajadores y al carácter “social” de la planta, introducen novedades en la experiencia laboral de los jóvenes. En efecto, al analizar los significados asociados al trabajo en los/as jóvenes de los asentamientos, mencionábamos una pérdida generalizada del sentido colectivo del trabajo, vinculada, entre otras cosas, a una trayectoria jalonada por trabajos inestables y temporarios, por cuenta propia, en el propio hogar o en pequeños establecimientos comerciales. La experiencia de la planta, con 40 trabajadores, constituye algo nuevo.

Tal novedad presenta, sin embargo, ambivalencias. El mismo individualismo hecho *hábitus*, así como la prevalencia en las relaciones jerárquicas y entre compañeros de códigos y modalidades barriales de interacción, generan episodios de gran conflictividad. Sin embargo, la problematización de estos episodios en instancias de discusión colectiva abrió la posibilidad de buscar modos alternativos de expresión y canalización de los enfrentamientos. Esto también permitió tejer nuevas solidaridades entre los/as trabajadores.

Advertimos entonces que la introducción de dinámicas participativas en la gestión del emprendimiento tiene el potencial de cuestionar modos instalados de relacionamiento en el trabajo, que a menudo conspiran contra la continuidad laboral de muchos/as jóvenes. No obstante, este es un proceso complejo y no exento de ambigüedades, ya que hemos visto que en la planta coexisten distintos principios de gestión. Queda abierta pues,

para el futuro, la pregunta sobre el estilo de gestión que prevalecerá y sus consecuencias en la gestación de competencias sociales y de nuevas solidaridades laborales para estos/as jóvenes.

Bibliografía citada

BOURDIEU, Pierre (1980): *Le sens pratique*, Les Éditions de minuit, París.

CROSS, Cecilia y FREYTES FREY, Ada (2009), "The Social and Ecological Dimensions of a Decentralisation Process: Participation by Social Movements in the Sustainable Management of Urban Solid Waste in Buenos Aires" en Urs Geiser y Stephan Rist: *Decentralisation Meets Local Complexity: Local Struggles, State Decentralisation and Access to Natural Resources in South Asia and Latin America*, Geographia Bernesia, Berna, pp. 93-125

FREYTES FREY, Ada; DIANA MENÉNDEZ Nicolás; GARCÍA ALLEGRO-NE, Verónica y CROSS, Cecilia (2007), "Tendiendo Puentes: Reflexiones sobre la colaboración de un equipo universitario en un proyecto de construcción de una planta de selección de residuos" en Manuel Barrientos y Cecilia Huarte (comp.) *Políticas Sociales de desarrollo y ciudadanía: Reflexiones desde el sur latinoamericano*, UNDP, Ministerio de Desarrollo Social, Buenos Aires, pp. 103 -120

DÍAZ, Ximena; GODOY, Lorena, y STECHER, Antonio (2005), *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*, Centro de Estudios de la Mujer, Santiago de Chile.

DUBAR, Claude (1991), *La socialisation, construction des identités sociales et professionnelles*, Armand Colin, París.

FONSECA, Claudia (1987), "Aliados e rivais na familia: o conflito entre consanguíneos e afins em uma villa portoalegrense", *Revista Brasileira de Ciências Sociais* - N° 4, pp. 88-104.

FREYTES FREY, Ada Cora (2008), "Los emprendimientos autogestivos como política frente al desempleo: Experiencias, dificultades y desafíos en los movimientos piqueteros del conurbano bonaerense", en Álvaro Soto (editor), *Flexibilidad laboral y subjetividades. Hacia una comprensión psicosocial del empleo contemporáneo*, LOM Ediciones – Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, pp. 311-335.

GARRIGA ZUCAL, José (2006), "'Soy Macho porque me la aguanto'. Etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino", en Pablo Alabarces (org.), *Hinchadas*, Prometeo Libros, Buenos Aires, pp. 39-58.

JACINTO, Claudia (2000), "Jóvenes vulnerables y políticas públicas de educación y empleo", *Mayo. Revista de estudios de juventud*, N° 1, Noviembre, pp. 103-121.

JACINTO, Claudia; WOLF, Mariela; BESSEGA, Carla y LONGO, María Eugenia, (2005), "Jóvenes, precariedades y sentidos del trabajo", en CD del 7º Congreso de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires. Kessler, Gabriel (2004), *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires.

LEPOUTRE, David (2001), *Coeur de Banlieue. Codes, rites et langages*, Éditions Odile Jacob, París.

LONGO, María Eugenia (2006), "Trayectorias laborales de jóvenes: algunas implicancias de las nuevas modalidades de socialización en el trabajo", en Ximena Díaz, Lorena Godoy, Antonio Stecher y Juan Pablo Toro (coords.), *Trabajo, Identidad y Vínculo Social. Reflexiones y experiencias en el capitalismo flexible*, Centro de Estudios de la Mujer – Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, pp. 147-157.

MAUGER, Gérard (2006), *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Études de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*, Éditions Belin, París.

NICOLE- DRANCOURT, Chantal (1994), "Mesurer l'insertion professionnelle", *Revue française de sociologie*, XXXV, París, pp. 37-68.

PÉREZ ISLAS, José Antonio y URTEAGA, Maritza (2001), "Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo", en Enrique Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, coedición UIA, IMJ, UNICEF, CINTERFOR-OIT, RET y CONALEP, México, pp. 333-354.

SVAMPA, Maristella (2000), "Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal", en Maristella Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento – Editorial Biblos, Buenos Aires, pp. 106-136.

Capítulo 11

Bienestar, dinámica familiar y trabajo en unidades domésticas del Gran Buenos Aires

Nora Goren
Ana L. Suárez

En la Argentina, en las últimas décadas, el notable deterioro en la distribución de los ingresos de los hogares, el pobre desempeño del mercado de trabajo y la ineficacia de las políticas públicas destinadas a contrarrestar los efectos negativos que estos procesos tuvieron sobre ciertos segmentos de la población, redundaron en cambios relevantes en las dinámicas de los hogares. Estos cambios no se han revertido aún hoy, luego del proceso de recuperación económica posterior a 2002. Se trata de dinámicas vertebadas principalmente alrededor del trabajo, cuya ausencia o cambio de estadio hizo que los hogares apelaran a múltiples recursos para seguir subsistiendo, recursos que revelan la emergencia de múltiples capacidades acumuladas.

El objetivo del artículo es describir y analizar algunas características de la dinámica de generación de ingresos en hogares ubicados en el Gran Buenos Aires. Interesa comprender cómo ésta se articula con los diversos recursos disponibles en el hogar y cómo incide en su bienestar.

Nos centramos así en los mecanismos y arreglos orquestados por las unidades domésticas que tienden a la generación y utilización de recursos que permiten, por un lado, su reproducción y, por otro, el mantenimiento o incremento de su bienestar. Partimos de los supuestos teórico-metodológicos que señalan que dichas unidades domésticas tienen la capacidad de

concentrar un *pool* de recursos monetarios y no monetarios¹, que obtienen sus ingresos a partir de la combinación de diferentes modalidades, y que cuando los ingresos monetarios son insuficientes deben adecuarse y/o ser complementados con otras formas de ingreso.

El esquema del trabajo es el siguiente. En el primer apartado, presentamos el abordaje teórico-metodológico. En el segundo, analizamos las dinámicas de hogares signados por quiebres en la trayectoria laboral del PPI que implicaron “descenso”. Un estudio en profundidad de este grupo de hogares permite identificar estrategias de generación de ingresos en momentos de crisis y evaluar su efectividad. A partir de este análisis presentaremos luego nuestras reflexiones finales.

1. Marco conceptual y abordaje metodológico

La idea de que las familias poseen una variedad de *recursos* para orquestar su bienestar ocupa un lugar central en el argumento de las estrategias instrumentadas a nivel doméstico. Como han analizado los clásicos estudios centrados en las estrategias de vida, es la utilización de diversos recursos lo que permite la supervivencia de los sectores más vulnerables. Estos abordajes muestran que las estrategias de supervivencia gira en torno a la multiplicidad de recursos con que cuentan los hogares por medio de los cuales sus miembros desarrollan actividades generadoras de ingresos. Entre dichos recursos sobresalen, de acuerdo con su importancia, el trabajo a cambio de un salario, la producción casera de bienes y servicios para la venta y el consumo familiar, el trabajo doméstico no remunerado, el aprovechamiento de subsidios y prestaciones estatales, y los recursos sociales provenientes del flujo de bienes y servicios dentro de las redes familiares y barriales. En nuestra opinión, el enfoque del que parten estos clásicos estudios de estrategias de supervivencia adolece de diversos problemas y es incapaz de dar cuenta de la complejidad de la situación de precariedad social. Las principales falencias pueden resumirse en tres: 1. Subestimación del conflicto interno del hogar en la orquestación de la movilización de sus recursos; 2. Escasa relación entre los recursos de los hogares y la estructura de oportunidades más amplia dada por la configuración del mercado de trabajo, el Estado y la sociedad;

¹ Los ingresos no monetarios están representados por las transferencias que los hogares reciben desde el Estado, vinculadas al sistema de distribución de bienes y servicios públicos y sociales de transporte, vivienda, salud y educación; y por las políticas sociales y los beneficios sociales que otorga el Estado.

y 3. Problematicación insuficiente de la existencia de una jerarquía entre los recursos. Respecto a éstos, es imprescindible señalar que los que provienen de un trabajo estable no pueden equipararse, por ejemplo, a los que se obtienen por pertenecer a una red social. Suponer que son equivalentes llevó a muchos estudiosos del tema a asumir que los recursos con los que cuentan los hogares son inagotables. Este último aspecto es el que desarrollamos con mayor intensidad en el presente trabajo, para lo cual analizamos evidencia empírica.

El mercado de trabajo moldea las actividades y prácticas que se llevan a cabo al interior de las familias. Al respecto, planteamos que el ingreso que se obtiene a cambio de un trabajo “de calidad” (es decir, no precario ni informal²) no es tan solo uno más de los muchos recursos; ni su ausencia puede ser sustituida en forma equivalente con actividades de autoempleo, auto-aprovisionamiento y “capital social”. El trabajo, de acuerdo con este enfoque, es el recurso más importante de los pobres urbanos (Moser, 1998; González de la Rocha y Grinspun, 2001), y la falta de empleo produce un proceso de erosión en la capacidad de uso de los otros recursos vinculados con el bienestar del hogar. Produce, como señala González de la Rocha en una revisión crítica de sus propios trabajos, un proceso perverso de acumulación de desventajas.

Desde esta perspectiva de análisis, nuestro principal interrogante es cómo afecta la estabilidad del trabajo productivo al bienestar de los hogares. Más específicamente, las preguntas que guían esta presentación son: qué características adquiere el trabajo en tanto recurso del hogar en contextos de inestabilidad y precarización laboral, con qué “otros” recursos cuentan los hogares y cómo los articulan en aras de lograr su bienestar, y cómo se van estructurando las diversas dinámicas familiares en torno a la búsqueda y utilización de los recursos que permiten alcanzar dicho bienestar.

Entendemos por bienestar del hogar al nivel y la calidad de vida familiar que se expresa en la posibilidad de ir sosteniendo y concretando proyectos de la unidad doméstica, en particular los relacionados con la

² La pérdida de centralidad del trabajo como vía de inserción social en las sociedades industriales (Offe, Habermas, 1991), la crisis de la sociedad salarial y la nueva cuestión social (Rosanvallon, 2001) hablan de la indiscutible relevancia del trabajo “estable” frente a otros recursos con los que cuenta el hogar. Conceptos como “fin del salariado” (Castel, 1997) y “desproletarización” (Wacquant, 2001) dan cuenta de la complejidad de la situación actual, y de cómo el cambio operado a raíz de la pérdida de un trabajo “digno” está afectando la estructuración de la biografía personal de amplios sectores de la población.

vivienda, la educación, la salud y la carrera laboral de los miembros. Este punto de vista se ancla en el de Amartya Sen (1997) y su enfoque de las capacidades y realizaciones. El bienestar de un hogar se relaciona con la dotación de recursos y activos que habilitan a cada uno de sus miembros a llevar una vida digna. Se vincula asimismo, en forma directa, con la estructura de oportunidades que cada hogar posee³. En línea con este enfoque, Irma Arriagada identifica seis fuentes de bienestar de las personas y los hogares: a. El ingreso; b. Los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales gratuitos o subsidiados; c. La propiedad o derechos de uso de activos que proporcionan servicio de consumo básico (patrimonio básico acumulado); d. Los niveles educativos, las habilidades y destrezas como expresiones de capacidad de hacer y entender; y e. El tiempo disponible para la educación, el ocio y la recreación, y dimensiones que, en conjunto, apuntan a f. La autonomía de las personas (Arriagada, 2005). Se incluyen en este enfoque dimensiones tanto materiales como no materiales; se enfatiza asimismo en otras, relacionadas con el fortalecimiento del capital social de los hogares por medio de su participación en redes de intercambio. La premisa fundamental de este abordaje es que existe un conjunto de dimensiones que no son fáciles de medir en términos cuantitativos y monetarios, pero que influyen fuertemente en el bienestar de los hogares. Son variables vinculadas a componentes psicosociales y culturales, a dimensiones relacionales, normativas, institucionales y cognitivas. Nuestra perspectiva de análisis adhiere plenamente a la de esta autora. De las seis fuentes del bienestar propuestas por Arriagada, nos focalizaremos en la primera: el ingreso. Creemos sin embargo, que el ingreso en cuanto vehículo del bienestar de un hogar actúa de forma distinta en función de la fuente que lo genera y de su continuidad y estabilidad. Por lo tanto en este trabajo nos centramos en el trabajo (principal fuente de ingresos de los hogares) en cuanto agente generador de ingresos y por ende de bienestar. Sostenemos asimismo, que de las seis fuentes del bienestar propuestas por Arriagada, el ingreso proveniente de un trabajo estable es estructurante de las otras fuentes de bienestar, particularmente en los ciclos de vida tempranos e intermedios de las unidades domésticas. El presente trabajo analiza las dinámicas que adoptan los hogares en torno al recurso trabajo y

³ Las estructuras de oportunidades se definen como “probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades. Estas oportunidades inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque permiten o facilitan a los miembros del hogar el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos” (Kaztman, 1999: 21).

su articulación con los demás recursos existentes en la unidad doméstica que inciden en las diversas dimensiones del bienestar. El trabajo pretende contribuir así a una mejor comprensión de las dinámicas de bienestar de los hogares, mostrando cómo el bienestar de las unidades domésticas está íntimamente vinculado a la estabilidad del trabajo de su principal percceptor de ingresos.

La década de los noventa, período a partir del cual estudiamos las dinámicas de los hogares, se caracteriza desde el punto de vista del mercado de trabajo por la elevación de la inestabilidad ocupacional. Ésta se relaciona directamente con el desempleo abierto, y con alteraciones en la estructura de empleo. La expansión económica iniciada hacia mediados de 2002 redundó en el intenso ritmo de crecimiento que experimentó la ocupación. La importancia de los planes de empleo fue muy significativa al inicio de la expansión económica. Derivada de esa evolución positiva del empleo, se produjo una marcada disminución de la desocupación abierta (Becaria y Groisman, 2009).

1.1 Abordaje metodológico y estrategia de análisis⁴

El análisis que presentamos se basa en entrevistas que se efectuaron en 35 hogares del Gran Buenos Aires (GBA) entre mediados de 2005 y principios de 2006, en el marco de un proyecto financiado por la Agencia Nacional de Investigación Científica y Tecnológica⁵. Para seleccionar los hogares que serían entrevistados se escogieron tres barrios diferentes en cuanto a su composición social. En cada uno de ellos se realizó igual cantidad de entrevistas. Los barrios seleccionados pertenecen a la zona noroeste del GBA. Importaba que uno de ellos presentara una composición social baja (un asentamiento), que la del segundo fuera medio-baja (barrio obrero), y que el tercero diera cuenta de una composición social de clase media.

Cabe destacar que nos interesó seleccionar “barrios”, y en ellos a los hogares, principalmente por dos motivos. En primer término porque si cada barrio correspondía a composiciones sociales diferentes se garantizaba heterogeneidad en la conformación social de “la muestra”; en segundo término, porque de este modo nos aproximábamos a la manera en que opera la estructura de oportunidades de los hogares.

⁴ Para un desarrollo más detallado de la metodología ver Goren y, Suarez (2007).

⁵ Es el Proyecto “Inestabilidad, desempleo y precarización laboral: características y efectos sobre el bienestar de los hogares” (PICT 2002), dirigido por el Dr. Luis Becaria.

Los criterios utilizados para seleccionar los hogares en cada barrio fueron: que no fueran unipersonales; que tuvieran al menos un miembro inserto activamente en el mercado de trabajo. Se privilegiaron asimismo los hogares con núcleos principales en edades intermedias (ni muy jóvenes, ni muy adultos) de manera que, durante los noventa, el núcleo principal del hogar haya tenido miembros insertos en el mercado de trabajo.

El instrumento utilizado para la recolección de datos fue la entrevista, que debía ser respondida por un miembro del hogar (el considerado por los miembros del hogar como jefe o jefa, o su cónyuge) que contestara por sí mismo y por todos los integrantes de la unidad doméstica. La entrevista giró en torno a quince ítems considerados relevantes para operacionalizar aquello que denominamos “trayectorias de bienestar” de los hogares.

Como herramienta de análisis recurrimos a la confección de pequeños resúmenes –memos– de cada una de las entrevistas. Estos permitieron articular, para cada hogar, las dimensiones del bienestar en un eje temporal. El investigador, con esta herramienta, reconstruye la “racionalidad” subyacente en los cursos de acción de las unidades domésticas. El eje principal en la construcción de los memos fue el aspecto laboral, que permitió analizar, para cada unidad doméstica, cómo los diversos aspectos se articulan con las trayectorias laborales de los miembros. El análisis que presentamos a continuación se basa principalmente en estos resúmenes. El enfoque metodológico del trabajo, de índole cualitativo, consistió en la reconstrucción de las lógicas subyacentes a los cursos de acción emprendidos por los hogares en función de sus diferentes estructuras de oportunidades, lo que nos permitió observar regularidades como respuesta a ciertos eventos, y construir tipologías que dan sentido a los cursos de acción emprendidos. La unidad de análisis con la que se trabajó fueron los hogares.

En primer término agrupamos los hogares en función del tipo de trayectoria laboral del principal proveedor económico de cada uno de ellos. Del análisis de las entrevistas realizadas surgió un primer dato sumamente relevante: a lo largo de la trayectoria de cada hogar, fue “el varón”⁶ quien ha generado ingresos de manera “más constante”, y quien se erigió

⁶ El modelo familiar “hombre proveedor de ingresos/mujer ama de casa” ha ido abriendo paso un nuevo modelo en el cual el hombre mantiene su rol casi intacto, pero el lugar de la mujer se va modificando al asumir también ella el lugar de proveedora (principal, compartida o secundaria) de ingresos del hogar. Esto no significa que la mujer abandone sus tareas de cuidadora y gestora del hogar, sino que, de hecho, asume un doble papel, el familiar y el laboral.

Pese a esta tendencia, se constata en nuestro análisis el rol preponderante que siguen teniendo los varones del hogar como principales proveedores de ingreso.

así como el principal perceptor de ingresos del hogar (PPI⁷). En segundo término y en relación directa con lo anterior, se analizó el uso que las unidades domésticas hacen de los activos con los que cuentan en función de garantizar la reproducción biológica y generacional de la familia. Realizamos nuestro abordaje desde un enfoque longitudinal que permitiera la cabal comprensión de los comportamientos económicos y de la dinámica familiar en momentos particulares en el tiempo (Elder, 1985; Giele y Elder, 1998), y tomamos como punto de partida el momento de conformación de la unidad conyugal. El abordaje procesal tuvo como propósito comprender las prácticas laborales de los PPI y sus articulaciones con los otros miembros convivientes en un periodo determinado, lo que permitió articular la biografía personal con elementos derivados del contexto macroeconómico.

Este primer análisis del material recogido permitió la agrupación y clasificación de los hogares de la siguiente manera: un primer grupo está constituido por hogares en los que la trayectoria laboral predominante del PPI fue como asalariado registrado. Se trata de trayectorias "*estables*", en el sentido de que se trata de personas que han tenido principalmente –y a lo largo del tiempo– este tipo de inserción laboral. En el segundo grupo aparecen los hogares en los que la trayectoria laboral del PPI está signada por el cambio: pasan de inserciones como asalariado al cuentapropismo, a efectuar changas o contraprestaciones a cambio de planes de empleo. Se trata de situaciones de "*descenso*", en el sentido en que aparece un cambio hacia inserciones cualitativamente peores en términos de formalidad. En el tercer grupo también se verifica un "cambio" relevante en la inserción ocupacional de uno de los integrantes del núcleo principal, pero hacia trayectorias "*ascendentes*": se trata de cambios del cuentapropismo al trabajo asalariado, o del cuentapropismo sin capital al cuentapropismo con capital. En síntesis los hogares fueron agrupados en tres y la variable clave de la clasificación estuvo dada por el tipo de trayectoria laboral del PPI. Cabe aclarar que si bien la trayectoria laboral de una persona es una variable individual, el hecho que se trate de la trayectoria del principal perceptor de

⁷ Al momento de realizarse las entrevistas, en casi una quinta parte de los hogares la PPI era una mujer. La trayectoria familiar, sin embargo, desde la constitución del vínculo conyugal, había transcurrido con un PPI varón. Esta distribución entre varones y mujeres va en concordancia con lo que señalan la gran mayoría de los trabajos que abordan la trayectoria laboral de las mujeres, señalando que ésta está signada, en unos casos, por la articulación de la actividad productiva y reproductiva, y en otros por el abandono de las actividades productivas en pos de las reproductivas.

Cabe destacar también que en nuestro trabajo no analizamos los factores que obturan que tanto varones como mujeres se erijan como principales perceptores de ingresos monetarios del hogar.

ingresos de un hogar, la posiciona como una variable vinculada directamente al hogar. Solo una de las personas del hogar tiene la cualidad de ser su principal perceptor. Nuestro trabajo vincula este aspecto, que en nuestro análisis devino en un aspecto de particular relevancia en la dinámica del hogar, con el bienestar del conjunto del hogar. La riqueza y el aporte de nuestro trabajo consisten justamente en vincular ambos aspectos, y en mostrar la relevancia de vincularlos. Lo repetimos una vez más: la trayectoria laboral el principal perceptor de ingresos del hogar, que en general es el “jefe varón” guarda estrecha relación con la dinámica de bienestar del hogar. Por lo tanto lo que sucede a lo largo de dicha trayectoria (rupturas, continuidades, etc.) afecta al bienestar del hogar, suscitando la utilización de “otros” recursos, con mayor o menor éxito, en aras de mantener o aumentar el bienestar del hogar.

De estos tres agrupamientos presentamos el análisis efectuado en los hogares con trayectorias descendentes; dejamos de lado las trayectorias estables y ascendentes.⁸ Ponemos particular énfasis en este grupo por la riqueza que aporta la comprensión de las estrategias desplegadas por los hogares en períodos de crisis interna por la pérdida de una fuente vital de ingresos.

Prestamos particular atención a la utilización de “recursos” por parte de la unidad doméstica, entendidos estos –en un sentido amplio– como “las capacidades” presentes en el hogar. De la lectura y el análisis de las entrevistas surge que los principales son: el tipo y la calidad de inserción laboral del PPI y de otros miembros de la unidad, los emprendimientos productivos con base en el hogar –EPBH⁹– los provenientes de programas sociales (en particular, de programas de empleo), los recursos suministrados por las instituciones y la red de relaciones barriales, los que proveen los vínculos y redes sociales familiares del hogar; los relacionados con la capacitación y formación escolar de los miembros del hogar y, finalmente, las migraciones por trabajo luego de conformado el núcleo.

⁸ Para un análisis completo de los grupos ver Goren y Suárez 2007, op cit.

⁹ Este tipo de trabajos se realizan con base en las unidades domésticas. Suelen ubicarse en una zona gris entre el trabajo para el mercado y el trabajo doméstico. Son actividades informales que comprenden la producción y venta de productos, con o sin local, un comercio o taller familiar, actividades a destajo, y una variedad de actividades de rebusque, como el cartoneo y cirujeo. Se trata de estrategias ocupacionales y de obtención de ingresos que tienden a crecer fuertemente en períodos de crisis y receso económico. Suelen ser emprendimientos que involucran en forma dispar e irregular a diversos miembros del hogar (para una caracterización más detallada, ver Suárez, 2006).

Nuestro análisis se centró en comprender cómo las trayectorias laborales de los PPI, al interior del grupo de hogares objeto de estudio, se vinculan e impactan en la generación y utilización de la serie de activos y recursos disponibles en las unidades domésticas, y su implicancia en las dinámicas del hogar. Reconstruimos así las lógicas subyacentes para hogares que han experimentado un descenso en su nivel de bienestar.

2. Respuestas de los hogares a trayectorias laborales del PPI signadas por “quiebres”

Nuestra muestra intencional se distingue porque en los hogares que la integran se produce un quiebre relevante en la trayectoria laboral del PPI del hogar. Estos, luego de constituirse el vínculo conyugal y por períodos de tiempo variables en cada caso, tuvieron trayectorias laborales “estables” enmarcadas dentro de relaciones asalariadas. En todos los casos se produce un “quiebre” en este tipo de trayectoria, que implica un cambio hacia inserciones laborales más precarias e inestables. Esta situación permite analizar cuáles fueron las estrategias y los recursos a los que apelaron ante la crisis laboral, y con qué grado de éxito. Se trata de familias directamente afectadas, sea por los procesos de aumento del desempleo, inestabilidad y precarización laboral de los noventa, como por la crisis de 2001-2002. En todos los hogares del grupo, en alguno de estos períodos, hubo una pérdida de empleo por parte del PPI. Los de este grupo en estudio, en líneas generales, ha experimentado una caída en su bienestar.

Previo al análisis de las dinámicas que se generaron en los hogares ante los quiebres laborales, presentamos los *recursos* disponibles dentro de este grupo de hogares, y sus principales características:

1. *El trabajo* es el recurso más importante del hogar; estructura la dinámica de todas las familias. Pese a que, al momento de las entrevistas, en la mayoría de los hogares había varios miembros activos, el trabajo del PPI constituyó un aspecto crucial para el bienestar familiar. Puede afirmarse que los restantes recursos del hogar se fueron estructurando en torno a las características que dicho trabajo adquirió¹⁰. Por lo tanto, indagar acerca

¹⁰ De los hogares entrevistados, en la actualidad, en solo dos el PPI es la única persona inserta en el mercado de trabajo. De estos, uno es un hogar con jefatura femenina en el que hay niños pequeños. En los nueve hogares con más de un miembro activo, la mujer del núcleo es uno de ellos; en algunos, al trabajo de la cónyuge se suma el de niños o el de otros familiares, miembros de núcleos secundarios.

del *tipo de trayectoria ocupacional del PPI* no es únicamente un eje ordenador para comprender la dinámica de los hogares, sino que parece ser el aspecto más relevante para comprenderla. La diferencia más importante en cuanto al tipo de trayectoria ocupacional está dada por la permanencia en una misma ocupación¹¹. Se dan dos situaciones: por un lado hogares cuyos PPI han tenido una fuerte estabilidad hasta el momento del quiebre laboral, lo que aún en el marco de ocupaciones de bajas calificaciones e ingresos modestos redundó en la posibilidad de ir concretando algunos proyectos familiares. Por otro lado, se da la situación de hogares en los que la trayectoria ocupacional del PPI, si bien se da en el marco de empleos registrados, es más inestable, lo cual implica, en ocasiones, breves períodos de desempleo. La intermitencia ocupacional del PPI en estos hogares tuvo repercusiones tanto en el uso de recursos por parte de otros miembros del hogar como en arreglos al interior de las unidades domésticas. Esta dimensión –vinculada al tipo de trayectoria ocupacional del PPI– será retomada luego, con la presentación de una tipología.

El “quiebre laboral” se produjo en diferentes años. En algunos casos tuvo lugar durante los primeros años de la década del noventa, otros en la segunda mitad de la misma década, y varios se produjeron entre 2000 y 2004. En algunas familias de este último grupo hubo un doble quiebre: uno durante los noventa, del que se recuperaron con una nueva inserción “estable”, y uno posterior, “definitivo”, luego del año 2000. El período transcurrido desde el momento del quiebre hasta la actualidad marca diferencias interesantes y constituye una dimensión en nuestro análisis, debido a que nos permite comparar la manera en que lograron adaptarse algunos hogares, que hace muchos años han debido ‘estabilizarse’ dentro del nuevo escenario que les plantea la inestabilidad laboral, con el modo en que otros hogares están comenzando a transitar dicho camino.

El análisis de la trayectoria de estas familias permite observar que, en ellas, los “trabajadores secundarios” o adicionales han cumplido un relevante papel en función de su bienestar; y que estos “trabajadores secundarios” son, generalmente, las mujeres. De hecho, a lo largo de la trayectoria de estos hogares, el trabajo de las cónyuges adquiere características y connotaciones peculiares. En líneas generales, puede afirmarse que la mayoría de estas mujeres tuvieron trayectorias laborales anteriores a la constitución de sus propios hogares. Esta instancia y, particularmente, la llegada de los hijos, redundaron –al igual que en el grupo analizado en el

¹¹ En cinco de los hogares el PPI se mantuvo al menos diez años en el mismo empleo. En estos casos, se trata de empleados en sectores y/o establecimientos de diversos tamaños: ferrocarriles, gomería, comercio, pequeñas fábricas.

apartado anterior– en salidas del mercado de trabajo, lo que implica que privilegiaran su rol reproductivo sobre el productivo. En varios casos, dichas salidas fueron por períodos largos, dinámica signada por el trabajo “estable” del PPI del hogar¹². Prácticamente en todos los casos de nuestro estudio, los quiebres laborales del PPI se relacionan con la reinserción de la mujer en el mercado de trabajo que se da, en la mayoría de los casos, en forma inestable, precaria e intermitente. Dichas inserciones no se enmarcan en la construcción de una trayectoria laboral, sino que más bien están vinculadas a la necesidad inmediata de generar ingresos. De hecho, algunas de estas mujeres recién se reinsertan laboralmente a través de los planes de empleo.

Es interesante destacar, asimismo, y en contraste con lo que sucede entre los hogares que han tenido PPIs con trayectorias siempre estables (Goren y Suárez 2007), la relevancia que adquiere *el trabajo infantil*. En más de la mitad de los hogares estudiados hay o hubo, desde su conformación, niños insertos en el mercado de trabajo, cuyos ingresos se suman a los de los restantes miembros del hogar. En la mitad de estas unidades familiares, el trabajo infantil se enmarca dentro de EPBH; en los otros se trata de changas informales con cierto grado de estabilidad, que pueden combinarse con inserciones laborales en los EPBH.

Es necesario enfatizar, a su vez, en relación con la “estrategia” de sumar ingresos, la relevancia de los hogares extendidos. La “extensión” de estos hogares tuvo lugar luego de la conformación del núcleo principal, y en la actualidad redundaba en la posibilidad de sumar perceptores de ingresos y recursos para acrecentar su bienestar. Como luego analizaremos, en algunos de estos hogares, la “suma” de miembros adultos se relaciona en forma directa con la caída del bienestar luego del quiebre laboral del PPI, y funcionó, por lo tanto, como una instancia de amortiguación frente a la crisis familiar.

En el marco de generar ingresos adicionales relacionados con inserciones laborales, adquieren particular relevancia los planes de empleo y los emprendimientos productivos con base en el hogar. *Los planes sociales*, y en particular los programas de empleo, contrariamente a lo observado en el grupo anterior, atraviesan la dinámica de casi todos estos hogares. Salvo en unas pocas familias, todas han “amortiguado” los efectos del quiebre laboral del PPI luego de que algún miembro de ellas consiguiera un plan

¹² La cónyuge durante estos periodos tuvo, sin embargo, en varios casos, inserciones laborales informales, en especial en EPBH, que permitieron compatibilizar su rol reproductivo con el productivo. Este tipo de actividades productivas permitieron ingresos adicionales al hogar.

de empleo. Obtener y mantener esta fuente de ingresos pasa entonces a conformar una dimensión distintiva del grupo de hogares que analizamos. Las beneficiarias son principalmente las cónyuges, a veces junto a otro miembro del hogar¹³.

-La *generación de EPBH* aparece en diversos momentos de las trayectorias familiares como un recurso muy utilizado. Esta forma de generar ingresos, como veremos más adelante, involucra a varios miembros de la familia y, en casi todos los casos, el emprendimiento se mantiene en la actualidad.

Otros recursos menos extendidos que hemos observado en este grupo son:

- La *migración* de todo el grupo familiar o de algún miembro. Ésta muchas veces se relaciona directamente con el quiebre laboral del PPI.

- La *capacitación* de alguno de los miembros adultos del hogar en pos de lograr mejores inserciones laborales. La mayoría de las capacitaciones se dan como contraprestación a los planes de empleo, y son realizadas por las cónyuges.

- La recurrencia a personas externas a la unidad doméstica para apoyo económico. En uno de los casos de nuestro estudio, este apoyo es el único sostén del hogar por cierto período de tiempo.

- La contención dada por *redes e instituciones barriales*.

- La generación de bienes y servicios por fuera del circuito productivo, en especial, “el trueque”.

Finalmente interesa destacar que, en algunos de los hogares analizados, el “quiebre laboral” del PPI se vincula directa o indirectamente con rupturas temporarias o definitivas del núcleo conyugal. Esto, en varios casos, afecta a la vez la continuidad en el sistema educativo de los miembros más jóvenes, e implica, muchas veces, su temprana inserción en el mercado de trabajo.

¹³ Diversos estudios sobre el alcance y las características de los planes de empleo, en particular del PJJDH, indican que hay una sobrerrepresentación femenina. Las mujeres superan el 70% de los beneficiarios. En general, antes de la obtención del plan eran inactivas (ver, entre otros, Rodríguez Enríquez y Reyes, 2006).

A continuación analizaremos cómo se interrelacionan los aspectos mencionados. Nos detendremos en la vinculación entre la dinámica del hogar hasta el momento del/de los quiebres laborales, el impacto que produce el quiebre en el hogar, la generación y utilización de recursos posteriormente a dicho momento, y las implicancias en relación con la dinámica y el bienestar de la unidad doméstica.

2.1 Repercusión del quiebre laboral del PPI en la dinámica y el bienestar del hogar

En todos los hogares analizados, la pérdida de empleo registrado del PPI repercutió en la dinámica y en el bienestar de las familias. Sin embargo, podemos distinguir diversas situaciones en función de los “arreglos” orquestados al interior de ellas y de los recursos movilizadas.

Las preguntas que guiaron esta etapa de la investigación fueron: ¿Cómo era la dinámica y el nivel de bienestar del hogar previo al quiebre laboral del PPI? ¿Cómo repercutió dicho quiebre en el bienestar de los hogares? ¿Cómo afectó el quiebre a la dinámica de estos hogares? ¿Con qué recursos contaron y qué tipo de arreglos familiares se instrumentaron en ellos para mantener su bienestar? Prestamos particular atención a los recursos con los que ya contaban estas familias, en el modo en que se utilizaban y en el tipo de arreglos y dinámicas familiares implementadas para mantenerlos.

Los aspectos más relevantes que nos permiten comprender la diversidad de situaciones familiares relacionadas con el quiebre del PPI son dos. El primero es *el tipo de trayectoria ocupacional*, aspecto ya descripto. Por un lado están los hogares en los cuales el PPI tuvo una trayectoria larga –de más de diez años– en una misma ocupación; y aquellos que, aun dentro de empleos registrados, tuvieron sucesivos cambios ocupacionales.

La segunda dimensión se relaciona con la manera en que el quiebre laboral del PPI se hizo sentir en el bienestar del hogar. Analizamos si al producirse dicho quiebre, el bienestar del hogar pudo o no mantenerse recurriendo a “otros recursos” fuera del trabajo del PPI, y si éstos estaban ya consolidados en el hogar antes del quiebre o se pudieron estructurar posteriormente.

Con estas dos dimensiones armamos una tipología que nos permite realizar un doble análisis: por un lado, de los recursos movilizadas por las familias, antes y con posterioridad al momento del quiebre; por otro, del modo y de las causas por las cuales el quiebre laboral del PPI repercutió en el bienestar del hogar.

Bienestar del hogar tras el quiebre laboral			
Estabilidad de la trayectoria ocupacional del PPI previa al quiebre laboral		Significativo descenso	Se mantienen
	Mucha	Grupo 1. Hogares que no consolidan recursos previos al quiebre. Cayeron en la <i>pobreza</i> y en la vulnerabilidad	Grupo 2. Hogares que consolidan multirrecursos <i>previos</i> a la caída
	Poca	Grupo 3. Hogares con variedad de recursos previos al quiebre que <i>no</i> consolidan. Incrementan su vulnerabilidad	Grupo 4. Hogares que consolidan multirrecursos <i>luego</i> de la caída

El grupo 1 está compuesto por aquellos hogares con una larga trayectoria ocupacional estable del PPI paralela a un ascenso en términos de bienestar familiar, en los que el quiebre laboral redundó en inestabilidad y descenso. Son hogares que no lograron consolidar recursos previos a la pérdida del trabajo estable del PPI.

Este grupo representa la situación de aquellos hogares que, aún en el marco de ingresos bajos, la larga estabilidad ocupacional del jefe de hogar permitió ir concretando proyectos familiares: construcción de una casa, equipamiento, educación de los hijos, cuidado de la salud. En general, ese período está acompañado del retiro de la mujer del mercado de trabajo, o con cortas inserciones cuya única finalidad es sumar ingresos adicionales para la concreción de algún proyecto específico de la familia. La obtención de ingresos en torno a un único perceptor con larga estabilidad en un mismo empleo previno al hogar de buscar y consolidar otras fuentes de ingreso.

El quiebre laboral del PPI se produce en ciclos familiares tempranos. Esta situación, unida al largo período de inactividad de la mujer, deja al hogar desprovisto de recursos inmediatos a los que acudir. Van así orquestando arreglos para sumar ingresos, pero desde una situación de inestabilidad que implica pérdida de bienestar.

La trayectoria de la familia Aguilar resume esta situación:

Es un hogar del barrio A, conformado por el jefe (54), su cónyuge (42) y dos hijas, de 19 y 15 años. Ambos miembros del núcleo conyugal provienen de hogares humildes del interior del país. Abandonaron la primaria y se insertaron muy tempranamente al mercado de trabajo. Al conformarse el nuevo hogar, en 1985, José, el jefe, tenía ya un trabajo registrado como empleado en una gomería desde hacía 10 años, que mantuvo

por diez años más. Pese a los bajos ingresos, su estabilidad laboral permitió que Rosa abandonara su empleo en el servicio doméstico para dedicarse a las tareas domésticas y la crianza de las hijas. La pareja, asimismo, pudo invertir algún dinero en mejoras en la vivienda.

Qué pasó luego del quiebre laboral:

A mediados de los noventa José pierde su empleo y nunca vuelve a tener estabilidad laboral. Recaló en la construcción. Como consecuencia del quiebre laboral, Rosa sale nuevamente a trabajar en casas de familia: *"... pero no me fue tan fácil conseguir trabajo... trabajé un poco y me fui quedando yo también sin trabajo, las patronas empezaron a decir, 'mirá, no te voy a poder pagar', y cada vez menos... y bueno, nos llegamos a quedar los dos sin trabajo".* A principios de 2000, ambos están desempleados por varios meses, por lo que su subsistencia proviene principalmente del "club del trueque" (en el que participaron activamente). Al poco tiempo, Rosa obtiene un plan Jefes y Jefas de Hogar, que pasa a representar el ingreso "estable" del hogar, situación que se mantiene hasta el presente. Dada la inestabilidad de los ingresos, las dos hijas adolescentes se insertan tempranamente en el mercado de trabajo para realizar changas; la menor cuida a los hijos de unos vecinos, y con lo que gana puede costearse los gastos vinculados a sus estudios secundarios. La hija mayor comienza en 2003 sus estudios terciarios –tal como lo habían planeado hacía varios años– pero los abandona al poco tiempo *"porque no teníamos para costearle el pasaje... no había cómo..."*. A través de diversas frases, los entrevistados del hogar dejan entrever que añoran la estabilidad laboral y el "bienestar" perdidos. Rosa afirma *"...el sueño de él –su marido– es terminar como empezó: trabajando en la gomería..."*

Se observa en este caso cómo el quiebre laboral del PPI, luego de años de estabilidad, altera la dinámica del hogar. Así, el caso de la familia Aguilar resume la situación de hogares que apelaron como principal recurso para enfrentar la inestabilidad a la inserción de trabajadores "secundarios"; -por ejemplo mediante la reinserción de la cónyuge tras largos períodos de inactividad- y el impulso del ingreso temprano de miembros menores al mercado de trabajo. El plan de empleo aparece como el principal recurso para mantener una cierta estabilidad económica en el hogar y, al mismo tiempo, para amortiguar el descenso.

La inserción laboral de miembros secundarios como respuesta a la pérdida de empleo registrado se concreta, en otros hogares de este grupo, en EPBH. En una de las familias, por ejemplo, el jefe de hogar pierde su empleo luego de la privatización de Ferrocarriles Argentinos. Frente a esta situación, la mujer, con la ayuda de algunos de sus hijos, decide vender pan y rosquitas en el barrio. Esta actividad laboral merma cuando el jefe se emplea nuevamente, pero es retomada cuando éste queda desocupado en otra ocasión.

¿Cómo se observa que hubo un descenso del bienestar de estos hogares? Por un lado, se hace evidente en la inestabilidad y en la merma en los ingresos familiares pese a que, paralelamente, haya multiplicación de entradas de dinero. Por otro lado, algunos de estos hogares se ven afectados por el rendimiento escolar de los niños, lo cual implica repitencias o directamente abandono del sistema educativo. O se ve afectada, como en el caso presentado, la concreción de un proyecto de formación superior de los hijos, largamente anhelado y planificado por la familia. La pérdida de cobertura de salud es otro aspecto, que afecta principalmente cuando el hogar requiere especialmente de ella. Es el caso de una familia con una niña discapacitada que debió continuar el tratamiento en hospitales públicos, lo que le sumó diversos trastornos al hogar.

Un caso extremo en relación con la pérdida del empleo estable del PPI, es cuando se le suma la ruptura del vínculo conyugal. En uno de los hogares de este grupo, el jefe pierde su empleo tras quebrar la fábrica en la que había trabajado muchos años. Ante esta situación, decide emigrar a España, pero rápidamente pierde contacto con su familia. *María*, la nueva jefa de hogar, se hace cargo de sus dos hijas con los magros ingresos que obtiene luego de muchos años de inactividad. La situación afecta seriamente el bienestar de estas personas, hecho que, en parte, es paliado por la red familiar más ampliada. El proceso sufrido por este hogar permite ver, entre otros aspectos, la precaria situación de muchas unidades domésticas que pasan a tener jefaturas femeninas; particularmente si esto ocurre en estadios tempranos del ciclo familiar (es decir, en hogares con hijos pequeños). Dada la endeblesz de las trayectorias laborales femeninas, por el papel de las mujeres como “proveedoras secundarias” en el hogar –tal como ocurre en la mayoría de los casos del presente estudio–, las familias que ellas pasan a encabezar se encuentran en una situación de vulnerabilidad que afecta a todos sus miembros.

El grupo 2 de la tipología está compuesto por hogares con larga trayectoria de estabilidad paralela a un ascenso en términos de bienestar familiar y económico, en los que, pese al quiebre laboral –y contrariamente al primer grupo de la tipología– no hubo un descenso en el bienestar. Estas familias logran consolidar recursos antes que se produzca la pérdida de empleo del PPI. La composición y el ciclo de vida del hogar, con hijos que lograron formarse y capacitarse durante la estabilidad laboral, que éstos, además de la cónyuge –hasta entonces “trabajadores secundarios”–, salgan a trabajar en empleos que aseguran el mantenimiento de los niveles y la estabilidad de los ingresos. En otro de los hogares de este grupo, la presencia de más de un núcleo conyugal con proveedores de ingreso amortigua la caída de los del hasta entonces PPI.

El grupo 3 representa la situación de hogares con trayectorias de bajos ingresos y discontinuidad ocupacional (aun si ésta se da en el marco de empleos registrados), en los que el quiebre laboral incrementa la vulnerabilidad y la exclusión.

Son familias de origen humilde que, luego de su conformación, y pese a orquestar su reproducción en el marco de la pobreza estructural, han ido progresando. Los ingresos principales del hogar provienen de la ocupación del jefe. Sin embargo, y en contraste con los hogares del grupo 1 de nuestra tipología, la discontinuidad laboral del PPI previa al quiebre “definitivo” incentivó la búsqueda de otras fuentes de ingreso y la utilización de “otros” recursos en el hogar. Se evidencian así inserciones intermitentes de la mujer en el mercado de trabajo, que se dan, en su mayoría, en el marco de EPBH. La situación laboral del PPI, combinada con fuentes secundarias de ingresos, permitió, por ejemplo, inversiones en la vivienda o en equipamiento para el hogar.

La imposibilidad de estas unidades domésticas de consolidar recursos los deja en una situación muy desfavorable luego del quiebre laboral definitivo del PPI. Los planes de empleo son de vital importancia, y suelen conseguir más de uno por hogar. Los EPBH constituyen un recurso que estructuran luego de la ruptura y, en ocasiones, logran vigorizarlos¹⁴. Aparece con fuerza, asimismo, el trabajo infantil. Finalmente, se destaca la relevancia del barrio en cuanto ámbito en el que realizan actividades variadas, incluidas las productivas. La trayectoria del siguiente hogar resume la situación de este grupo:

Es un hogar familiar extendido del barrio de composición social más bajo compuesto por once miembros: el núcleo principal (45 y 44 años), seis hijos, entre los 6 y los 19 años, la pareja de la hija mayor y dos nietos. Apenas conformado el hogar, en 1982, la pareja, Miguel y Marta, migran a una provincia del interior; donde Miguel trabaja tres años en una arrocería. Al regresar al GBA, pasa a trabajar en una curtiembre hasta que lo despiden por falta de trabajo, a principios de los noventa. Marta realiza trabajos a destajo desde su hogar, lo que le permite obtener ingresos adicionales sin descuidar a sus hijos y las tareas domésticas. Tras un breve período de desempleo, el PPI se emplea en un peladero de pollos lindante con el barrio; al cerrar éste, en 2001, pierde el empleo y no vuelve a tener empleo registrado.

¹⁴ Los EPBH constituyen una forma relevante de dar participación en el mercado de trabajo a la población femenina. La gran flexibilidad horaria y la fácil articulación que permiten entre las responsabilidades domésticas y productivas explican, en parte, esta situación.

Luego del último quiebre laboral,

*La inestabilidad y la consecuente merma de ingresos son contenidas, en parte, por planes de empleo. En la actualidad, gracias a la incorporación al hogar de la pareja de la hija mayor, suman tres PJJDH. El vínculo conyugal, tras el último quiebre laboral del PPI, quedó muy debilitado; Miguel incrementó su adicción al alcohol, situación que lo margina aún más, y que apenas le permite conseguir algunas changas. Marta comentó al respecto "...él siempre tomó pero nunca dejó de trabajar... siempre fue re-trabajador... lo único que hace como tres años que se volcó directamente a la bebida...". Ella, en cambio, fue encontrando un ámbito de acción en el barrio, en donde realiza, en el marco del PJJDH, diversas actividades de promoción. Además, efectúa diversas changas: "a partir de ahí [de la pérdida de empleo estable del marido] **siempre me las rebusqué; en el invierno tejo, en el verano hago ropa, coso a mano, hago vestidos, todo a mano, no tengo máquina... Pero ahora no puedo porque me enfermé, pero antes se vendía mucho en el barrio y con eso tirábamos...**". Los hijos fueron repitiendo o abandonando la escuela; los mayores realizan changas, como cartonear o ayudar a la madre en las actividades a destajo. En la actualidad, el hijo mayor está preso. Respecto de ellos, Marta comenta "... ahora los chicos están como perdidos (...) y él [por el padre] no se preocupa de los chicos; últimamente los más chicos no quieren ir a la escuela; el nene dejó la escuela este año y él no lo quiere llevar... y al nene, como no le gusta la escuela, vive de escapada; se va a ver los videos y él ni se preocupa... Es como mucho trabajo que recae sobre la nena... porque él ni bolilla les da... Él tiene mucho la culpa de lo que le pasó a mi otro hijo [se refiere al que está preso] que, como no conseguía trabajo, éste me lo echaba todos los días a la calle..."*

Finalmente, **el grupo 4** representa la situación de hogares con trayectorias de bajos ingresos e inestabilidad laboral, en los que el quiebre laboral no incrementó la vulnerabilidad.

Este grupo de hogares es similar al anterior en cuanto a la forma en que obtienen los ingresos previo al quiebre laboral del PPI. Es decir, principalmente, a través de la inserción laboral del jefe, quien tiene sucesivos empleos, en general, registrados y de bajas remuneraciones. Las otras fuentes de ingreso del hogar son muy secundarias. Lo distintivo del grupo es cómo lograron compensar el impacto de la ausencia de ingresos estables luego del quiebre laboral "definitivo" y mantener, gracias a esas respuestas, el nivel de bienestar del hogar.

Además de recalar en planes de empleo y en EPBH –como en el grupo analizado anteriormente– buscan sumar recursos a través de otras fuentes que resultan "exitosas" en términos de mantener el nivel y la estabilidad en los ingresos. Entre ellos, extender el hogar, con lo cual consolidan nuevos núcleos que les permiten sumar ingresos; comenzar un emprendimiento productivo con cierto nivel de capitalización, fruto de indemnizaciones, por ejemplo. Un caso interesante lo constituye un hogar asentado en el barrio carenciado de nuestro estudio. La actividad emprendida luego del quiebre definitivo del PPI fue armar un culto Umbanda en la vivienda.

Este quehacer –que podría concebirse como un tipo especial de EPBH– se legitimó rápidamente en el barrio. El PPI del hogar, además de mantener el nivel de ingresos de la familia, ganó un tipo de “reconocimiento” y prestigio muy distinto al que le brindaban sus antiguas ocupaciones. Se trata, sin lugar a dudas, de un caso peculiar, pero ilustra la situación de hogares que, ante situaciones de quiebre laboral, ensayan respuestas en los márgenes del circuito del mercado de trabajo.

3. Reflexiones finales

El análisis cualitativo efectuado sobre las dinámicas familiares de obtención de ingresos nos permite afirmar que las trayectorias de los hogares en el Gran Buenos Aires articulan una dinámica de generación de ingresos y de “arreglos” familiares en torno a un principal sostén –el varón– quien, con su trabajo, garantiza la estabilidad y la concreción de proyectos familiares. El trabajo de la mujer está muy presente a lo largo del recorrido familiar, pero adquiere características de intermitencia, con largos períodos de abandonos relacionados con el nacimiento y el cuidado de los hijos. Su inserción laboral suele ser informal, y provee ingresos “adicionales”.

Los distintos estadios que atraviesan las unidades domésticas en términos de bienestar –ascenso, meseta y descenso– tienen relación directa con el tipo de trayectoria laboral del principal perceptor de ingresos del hogar. Las diversas maneras en que los “otros” recursos de las unidades domésticas acompañan la trayectoria laboral del PPI y el modo en que éstos se van articulando y consolidando, han ido conformando los diversos perfiles de hogar en términos de bienestar. Han configurado, asimismo, la forma en que los hogares han “respondido” a los desafíos que los procesos del mercado de trabajo de las últimas décadas les plantearon.

Los casos más exitosos en términos de lograr sostenidos “ascensos” en el bienestar de los hogares (que se traducen en inversiones en la vivienda, mejoras en el consumo, concreción de proyectos educativos o de capacitación de los miembros de la unidad doméstica, etc.) se evidencian en las familias que articulan la percepción de dos ingresos relativamente “estables”, en un período dado de tiempo, que casi siempre corresponden al PPI y su cónyuge. En el otro extremo, los mayores “descensos” y la desarticulación en el bienestar del hogar se evidencian cuando hay un quiebre definitivo en la trayectoria laboral estable del PPI, sin que previamente el hogar hubiera podido consolidar “otros recursos”, especialmente si suceden en estadios tempranos del ciclo vital del hogar. Las estrategias llevadas a cabo por las mujeres para reinsertarse rápidamente al mundo del trabajo en casos de pérdida de estabilidad laboral del PPI suelen ser “poco exitosas”, los

microemprendimientos informales y los planes sociales aparecen como las alternativas más viables para ellas. Son situaciones que, generalmente, van acompañadas también de la expulsión de hijos menores a la búsqueda de generar ingresos.

En este trabajo, la única dimensión de análisis preestablecida fue el tipo de trayectoria laboral del PPI. Conformamos los grupos independientemente de la condición actual de carencia del hogar. En el análisis encontramos que, de hecho, aquellas familias en las que los PPI han perdido estabilidad y no se han podido recuperar –ni ellos ni el conjunto del hogar–, provienen en su mayoría de los sectores socioeconómicos más bajos, y son las que se concentran en barrios carenciados. La composición social de los barrios, el tipo de activos del PPI –principalmente en términos de su nivel educativo–, la estabilidad en su trayectoria laboral y el grado de bienestar de los hogares, son factores que parecen estar íntimamente interrelacionados¹⁵. En términos de pérdida de bienestar del hogar, cuanto más carente de activos esté su PPI (en términos de nivel de instrucción y calificación de sus ocupaciones), más desprovistos de recursos se encuentran los hogares para mantenerlo ante sus quiebres y descensos laborales. Si bien tienen acceso a una multiplicidad de recursos (planes sociales, EPBH, redes barriales, etc.), los mismos compensan escasamente lo que pierden. En estos contextos se evidencian situaciones de fuerte incremento de la vulnerabilidad, lindantes con la exclusión. Sólo logran mantenerse los pocos hogares que pudieron consolidar recursos antes del quiebre laboral; es decir aquellos que, por ejemplo, extendieron la unidad doméstica con la presencia de más de un núcleo.

Nuestro análisis coincide en términos generales con la literatura que afirma que la multiplicidad de recursos es el factor que permite la supervivencia de los más vulnerables y, al mismo tiempo, la amortiguación de las caídas del bienestar en contextos de crisis hemos constatado que efectivamente existe un *pool* de recursos que las familias movilizan en función de arreglos internos. Sin embargo, es necesario afirmar que existe una fuerte

¹⁵ La interrelación de estos aspectos está en línea con los resultados de un reciente trabajo realizado por Beccaria y Groisman (2005). Con datos de la EPH constatan que, entre 1991 y 1998, el deterioro en el bienestar persistente se localizó especialmente entre aquellos hogares con acceso a menos activos, y cuyos miembros vieron disminuir progresivamente su capacidad de inserción laboral y la calidad de los puestos de trabajo a los que se incorporaron. Las desventajas se concentran en familias con la presencia de niños y cuyos jefes tienen bajos niveles de instrucción. Afirman, asimismo, que las pérdidas en los niveles de ingreso y empleo y en la calidad de las ocupaciones se concentraron especialmente en las familias de estrato con menores recursos (Beccaria y Groisman, 2005).

jerarquía entre los recursos: la presencia de, al menos, un miembro con trabajo estable de calidad, es no solo el más relevante, sino el que proporciona una estructura a los restantes. Las redes sociales familiares y barriales, los planes sociales, los microemprendimientos organizados por los hogares son “recursos” que sirven para paliar y/o prevenir la exclusión, pero no tienen la capacidad de devolver o garantizar el bienestar al hogar. La posibilidad de garantizar niveles de bienestar, que se plasma en la concreción de proyectos familiares y de sus miembros, se relaciona directamente con la estabilidad laboral.

Bibliografía citada

ANDRENACCI, Luciano; IKEI, Lidia; MECLE, Elina y CORVALÁN, Alejandro (2005), “La Argentina de pie y en paz: acerca del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados y del modelo de política social de la Argentina Contemporánea”, en Luciano Andrenacci (comp.) *Problemas de política social en la Argentina Contemporánea*. UNGS - Prometeo, Buenos Aires, pp. 181-212.

ARRIAGADA, Irma (2005), “Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género”, *X Congreso de CLAD sobre Reforma del Estado y la Administración Pública*, Santiago de Chile.

BECCARIA, Luis y GROISMAN, Fernando (2005), “Las familias ante los cambios en el mercado de trabajo” en Luis Beccaria y Roxana Maurizio (eds.) *Mercado de trabajo y equidad en Argentina*. Prometeo, Buenos Aires, pp. 121-170.

CASTEL, Robert (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-Madrid.

CHIARA, Magdalena y DI VIRGILIO, María Mercedes (2005), “La política social en la crisis de la convertibilidad (1997-2001): mirando la gestión desde las coordinadas municipales en el Gran Buenos Aires”, en Luciano Andrenacci (comp.) *Problemas de política social en la Argentina Contemporánea*. UNGS - Prometeo, Buenos Aires, pp. 125-156.

ELDER, Glen (1985), *Life Course Dynamics*, Cornell University Press, Ithaca.

GIELE, Janet y ELDER, Glen (1998), *Methods of Life Course Research: Qualitative and Quantitative Approaches*, Sage, Thousand Oaks.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes, y GRINSPUN, Alejandro (2001), “Private Adjustment: Households, Crisis and Work”, en Alejandro Grinspun, (ed.) *Choices for the Poor. Lesson from Nacional Poverty*. Strategies, United Nations Development Programme, Nueva York, pp. 55-87.

GOREN, Nora y SUÁREZ, Ana L. (2007), "Bienestar, dinámica familiar y trabajo en unidades domésticas del Gran Buenos Aires" Sextas Jornadas de Mercado de Trabajo y Equidad en la Argentina, UNGS, Buenos Aires.

GROISMAN, Fernando (2008), "Efectos distributivos durante la fase expansiva de Argentina (2002-2007)", *Revista de la CEPAL*, N° 96, pp. 201-220. <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/2/34912/RVE96Groisman.pdf>, 06/07/2010

KAZTMAN, Rubén (1999), "Marginalidad e integración social en Uruguay", en Jorge Carpio e Irene Novacovsky (comp.) *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Siempro/FLACSO, Buenos Aires, pp. 102-140.

KAZTMAN, Rubén y WORMALD, Guillermo (coords.) (2002), *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*. Cebra, Comunicación Visual, Montevideo.

MOSER, Carolina (1998), "The asset vulnerability framework: reassessing urban poverty reduction strategies", en *World Development*, Vol. 26, N° 1, pp. 1-19.

RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina y REYES, María Fernanda (2006), "La política social en la Argentina post-convertibilidad: las políticas asistenciales como respuesta a los problemas de empleo", CIEPP, Documento N° 55, <http://www.ciepp.org.ar/trabajo.htm>, 06/07/2007.

ROSANVALLON, Pierre (2001), *La Nueva cuestión social*, Manatíal, Buenos Aires.

SEN, Amartya (1997), *On Economic Inequality*. Expanded edition with a substantial annexe by James E. Foster and Amartya Sen, Clarendon Press, Oxford.

SUÁREZ, Ana Lourdes (2006), "Inserción laboral de residentes en asentamientos precarios del Gran Buenos Aires. Orquestar la supervivencia atrapados en los barrios", *Estudios del Trabajo*, N° 30, pp.67-94.

WACQUANT, Loïc (2001), *Parias urbanos*. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio, Manatíal, Buenos Aires.

Capítulo 12

Educación, trabajo y economía social.

El caso de la Cooperativa de Producción y Aprendizaje (CooPA)

Cristian Rubén Busto

Introducción

La aplicación de políticas económicas neoliberales en nuestro país dio lugar a un escenario de desempleo estructural y a un vertiginoso proceso de fragmentación social que afectó a vastos sectores de la población. En ese contexto, el impulso de estrategias orientadas al denominado desarrollo local y las políticas sociales focalizadas jugaron un importante papel, al menos desde el discurso, como conjunto de herramientas dispuestas y pensadas para “subsanan” las disfuncionalidades generadas por el modelo económico.

Sin embargo, esta concepción, contemporánea al auge de la teoría del derrame y en sintonía con las políticas de descentralización dirigidas hacia múltiples campos de la vida social, contribuiría también a la profundización de circuitos de diferenciación y desigualdad entre los territorios. Asimismo, el impacto que tales acciones tendrían sobre las condiciones de vida de los sectores sociales más desfavorecidos no resultaría significativo en relación a la magnitud de las nuevas situaciones de marginación y exclusión social que se generaban.

De este modo, fundamentalmente durante la década de los noventa y principios del dos mil, los sectores populares sufrieron profundas transformaciones no solo en sus condiciones materiales de existencia sino también en sus imaginarios, memorias y representaciones simbólicas (Mallimaci, 2005). La estructura social se tornó más segmentada y polarizada,

y la pobreza tendió a presentar situaciones cada vez más heterogéneas y complejas, el conflicto social dejó de estar hegemonizado por la “cuestión obrera”, y una matriz histórica de protesta y reivindicaciones en torno al salario y los derechos sociales se resignificó y abrió paso a una nueva forma de politicidad que, relacionada cada vez más a la demanda de condiciones mínimas para la existencia, encontró en la inscripción territorial un ámbito o soporte significativo para la creación y re-creación de la acción colectiva (Merklen, 2005).

En suma, acompañando estos procesos, la emergencia masiva de experiencias alternativas o de autogestión económica se fue constituyendo en uno de los rasgos sobresalientes del escenario de crisis y pos crisis de la Argentina reciente. Clubes de trueque, ferias vecinales, empresas recuperadas y gestionadas por los propios trabajadores, microemprendimientos productivos generados por movimientos u organizaciones comunitarias o de desocupados, y distintas formas de asociativismo y cuentapropismo dieron lugar a un nuevo escenario social y expresan algunas de las estrategias llevadas adelante por aquellos que quedaban al margen del mercado de trabajo.

Frente a esta realidad, y especialmente luego de la eclosión disruptiva que significó el 2001, un renovado debate sobre las políticas sociales y de empleo comenzó a interpelar a la economía social¹ como un campo preferencial de dispositivos para la intervención. Esto ha sucedido no solo como un interés emergente desde los propios actores encargados de gestionar las políticas públicas; sino también, y antecediendo a los mismos, desde las propias organizaciones de la sociedad civil.

De este modo, y en términos generales, la economía social fue siendo vista de forma creciente como una posibilidad de generar ingresos y puestos de trabajo, o bien de satisfacer ciertas necesidades básicas favoreciendo la inclusión social y la construcción de actores colectivos y redes socio-económicas capaces de generar instancias de desarrollo local (Busto, 2007). Este interés se sitúa además en un momento de fuerte crítica y crisis de las políticas asistenciales bajo una premisa que plantea como necesario

¹ Como señala Defourny (2003a) se está lejos de haber alcanzado un concepto de economía social unívoco, pero en un sentido general se puede decir que el mismo busca dar cuenta de un sector económico específico que escapa a las lógicas “normales” de la economía de mercado y que guarda una ética apoyada en las capacidades “solidarias” de los agentes. La economía social expresaría así, la supremacía del trabajo sobre el capital, del servicio frente al lucro capitalista, y favorecería la generación de instancias de autonomía respecto al Estado como el desarrollo de procesos de gestión democrática (Defourny, 2003b)

romper las lógicas de dependencia asistencial y facilitar o promover el empoderamiento de los sujetos.

Ahora bien, uno de los interrogantes que genera este tipo de posicionamientos es, ¿hasta qué punto las prácticas económicas, sociales y políticas que suscitan estas nuevas formas de organización y producción expresan una alternativa al asistencialismo y se pueden desarrollar como un modo de inclusión social por medio del trabajo?

Desde sectores como el Banco Mundial se señala que la economía social, por las propias capacidades de empoderamiento que impulsa y el capital social que moviliza, beneficia y mejora las condiciones de desarrollo humano de las poblaciones. Otros intelectuales, bajo perspectivas bien diferentes, señalan que estas acciones, entendidas como prácticas que forman parte de una economía popular, tienen la potencialidad de generar una economía de la solidaridad (Razeto, 2004) o una economía del trabajo (Coraggio, 2004) como alternativa de desarrollo para algunos sectores y bajo una lógica diferenciada a la economía de mercado y estatal dominante, centradas en la acumulación de capital.

Estas cuestiones e interrogantes nos guiarán en la descripción y el análisis de una experiencia singular que, dando cuenta de la heterogeneidad caleidoscópica de experiencias sociales que presenta el campo de la economía social, trata de una organización social que se constituye como tal siendo desde sus inicios un programa estatal dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA).

El caso que analizaremos será la Cooperativa de Producción y Aprendizaje (CooPA) que se define como una organización social que desarrolla acciones de trabajo comunitario y formación en oficios para jóvenes en situación de riesgo social en la zona del Bajo Flores. Tal accionar lo desarrolla bajo una perspectiva que busca articular la Educación Popular y la Economía Social y Solidaria.

Por tanto, nuestro artículo tendrá como finalidad describir y analizar la naturaleza de las actividades que genera esta organización, el tipo de prácticas que produce y favorece, y la relación que establece con el Estado.

La información utilizada para la elaboración de este artículo deviene de diferentes instancias de entrevistas en profundidad a docentes, integrantes y participantes de CooPA, como de material y documentos de trabajo elaborados por la propia organización.

De la asistencia social al trabajo territorial. Nacimiento y consolidación de la Cooperativa de Producción y Aprendizaje (CooPA)

La experiencia de CooPA se desarrolla en el Bajo Flores², más precisamente en el Barrio Rivadavia I, y trata de una organización social que lleva adelante proyectos de educación no formal en distintos oficios: mecánica automotriz, herrería, construcción, electricidad y serigrafía; y de formación en prácticas cooperativas y orientación productiva. También desarrolla diferentes talleres de lecto-escritura, informática e intercambio comunitario. Parte de sus propósitos es trabajar conjuntamente la capacitación en oficios y en conocimientos cooperativos con el fin de brindar a los jóvenes herramientas de inserción laboral, facilitarles el acceso al mundo del trabajo, y estimularlos a organizarse para crear emprendimientos productivos en forma cooperativa o bien sumarse a alguna de las experiencias ya existentes y conformadas en el marco de las actividades y acciones que desarrolla CooPA.

Institucionalmente la coordinación colectiva de esta organización se plantea como objetivos:

- a) Vincular educación con trabajo y ambos con la producción.
- b) Generar un espacio donde el trabajo sea una necesidad y no una obligación.
- c) Lograr que el trabajo se torne una herramienta para recuperar la autoestima y transformar la propia realidad y la de la comunidad.
- d) Promover el aprendizaje de un oficio como disparador de otros saberes.
- e) Motivar la organización laboral a través de cooperativas, en tanto proyecto económico solidario, participativo y democrático.
- f) Promover ser sujetos de derecho.

² Específicamente, CooPA se ubica a dos cuadras del cruce entre las calles Cobo y Cupraligüie en el Barrio Rivadavia I del Bajo Flores. Esta zona se corresponde a la parte sur del barrio de Flores, delimitada por las avenidas Perito Moreno, Balbastro, Varela y Castaños. Si bien es una zona que de hecho es considerada como un barrio de la Ciudad de Buenos Aires (el Bajo Flores), su situación no está actualmente oficializada como ocurre con otros barrios de la ciudad. Centrándonos en el Barrio Rivadavia I, se debe destacar que se trata de un conjunto habitacional que fue destinado a vivienda social con el propósito de erradicar una villa de emergencia que se encontraba en los terrenos donde el barrio fue construido. Este complejo fue uno de los primeros emprendimientos desarrollados por el Plan Nacional de Vivienda entre 1984 y 1989. El Rivadavia I fue pensado así, como un plan de urbanización de la villa existente, demoliendo todas las viviendas que se consideraban inadecuadas o con peligro de derrumbe (la mitad de las que existían en la zona), abriendo calles y pasajes que permitieran el tránsito vehicular, y creando y construyendo espacios urbanos como plazoletas, estacionamientos, un centro comunitario y de recreación, la Escuela Municipal nº 12 “José Enrique Rodó” y el Jardín de Infantes Integral nº 1 “Manuel Belgrano”.

Como experiencia colectiva data desde fines de los años '80, y su historia expresa dos etapas o momentos que contrastan sensiblemente en cuanto a los propósitos que se perseguían y persiguen actualmente. Co-PA traduce, en realidad, la refundación de un proyecto desarrollado en el marco del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y que originalmente fuera denominado "Cuidemos a nuestros niños"; que también, vale decir, daría origen a lo que posteriormente se constituyó como "La Casa del Niño y Adolescente"³. Este proyecto funcionó en el predio de lo que hoy se conoce como Puerto Pibes⁴ en la zona norte de la ciudad.

El proyecto "Cuidemos a nuestros niños", iniciado en el año 1987, desarrollaba una labor con jóvenes en situación de alto riesgo social, excluidos tanto del sistema educativo como del mercado de trabajo.

Trabajo, educación, revinculación familiar se entrecruzaban como objetivos. Recuperar la autoestima, ser sujeto de cambio, transformación de la realidad que oprime. (Relato de Antonio. Docente y uno de los fundadores de Co-PA)⁵

Un propósito de reinserción social era lo que fundamentalmente movilizaba al proyecto; los talleres orientados a la enseñanza de un oficio, y sustentados en la idea de "aprender haciendo" para la reinserción escolar y laboral, eran el eje y la planificación central de la propuesta.

Sin embargo, esta experiencia se interrumpiría en el corto plazo. El retiro del apoyo económico por parte del Estado, a mediados del año 1989, significaría discontinuar la experiencia por no poder contar con los medios materiales necesarios para su desarrollo⁶. Luego, con el cambio de

³ Las Casas de los Niños y de los Adolescentes son espacios para niñas, niños y adolescentes localizados en distintos barrios de la ciudad que tienen como objetivo general fortalecer el ejercicio y la promoción de sus derechos y brindar diferentes modalidades de talleres y proyectos participativos para esta población en contra turno escolar.

⁴ Puerto Pibes es un Complejo Integral emplazado en las instalaciones de Parque Norte y dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires destinado a la organización y realización de actividades recreativas, culturales y turísticas para niñas, niños y adolescentes.

⁵ Algunas referencias de las citas utilizadas figuran anteceditas de la palabra relato y dan cuenta del nombre de la persona que la dijo. Tales citas corresponden a extractos de fuentes secundarias y en su gran mayoría figuran en "CooPA. 20 años". Por el contrario, aquellas que solo señalan la función del enunciador de la cita se corresponden a extractos de fuentes primarias donde los nombres no son explicitados por no contar con el expreso permiso de los entrevistados.

⁶ En el proyecto original la Secretaría de Promoción Social del Gobierno de la Ciudad aportaba tanto el sueldo de los docentes como el desayuno y el almuerzo para los jóvenes que concurrían a los talleres entre las 8 hs y las 15 hs. Aproximadamente asistían a los talleres 20 jóvenes de entre 14 y 22 años.

gobierno, el grupo fundador solicitaría nuevamente apoyo económico a la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y, con la aprobación de dicho organismo, la experiencia se reiniciaría a finales de ese año. CoOPA, se constituyó entonces como un programa (Cooperativa de Producción y Aprendizaje) dependiente de la Dirección General de Niñez y Adolescencia (DGNyA) del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En este marco, el reinicio de la experiencia significaría una verdadera transformación y reorientación del proyecto “Cuidemos a nuestros niños”. Dicho cambio se expresaba fundamentalmente en la búsqueda de una vinculación más estrecha entre las demandas que surgían en la zona de residencia de los jóvenes que asistían generalmente a los talleres y sus experiencias cotidianas, y entre las instancias de formación generadas y las posibilidades de trabajo e inserción laboral existentes. En tal sentido, la apuesta principal seguía girando en torno a los talleres de capacitación en oficios que representaban el núcleo del proyecto original, pero la estrategia se veía reorientada a poder transformar esos talleres en dispositivos que facilitarían la formación de cooperativas y el trabajo solidario. Para ello era necesario lograr una mayor relación de proximidad con el medio de residencia de los jóvenes que participaban de los talleres.

Armamos un proyecto de trasladar los talleres a los barrios e insertarlos donde estaba la necesidad y no que los chicos tengan que ir a otro lugar. Parque Norte era un lugar que no tenía ninguna comunidad de referencia y no tenía, ni había posibilidades de hacer un trabajo con la comunidad. (Docente de CoOPA)

De esta manera, en 1990 el Centro de Acción Familiar N° 3 (C.A.F.) les cedió un lugar en el Bajo Flores donde se abrirían los tres primeros talleres (electricidad, mecánica y carpintería) y se emplazaría definitivamente CoOPA. La idea inicial de todo este proceso sufría así un importante desplazamiento, y la finalidad del proyecto se veía ampliada y redefinida como experiencia comunitaria y territorial, apuntando a generar junto con los jóvenes un proceso de apropiación y revalorización del espacio de pertenencia.

Los vecinos de Retiro y Lugano habían aceptado la propuesta, el desacuerdo entre funcionarios nos impidió iniciar el proyecto. Desembarcamos en el Bajo Flores, el Centro de Acción Familiar nos cede un lugar, se abren los tres primeros talleres: electricidad, mecánica, carpintería. No tenemos agua ni baños, salimos con Miguel a buscar alumnos: tenemos treinta en los talleres (...) Tenemos escasos recursos, solo las herramientas que nos quedaron del programa Cuidemos a nuestros niños (Relato de Antonio. Docente y uno de los fundadores de CoOPA)

La contingencia de los recursos disponibles y las escasas posibilidades, en términos materiales, con las que contaban, característica no poco común en emprendimientos de este tipo, fueron suficientes para iniciar una experiencia con fuerte anclaje en la unidad territorial. A partir de esta, se buscaba que los talleres se tornasen en espacios de formación-trabajo que posibiliten la generación de experiencias cooperativas, permitiendo a su vez que se potenciaran instancias de trabajo desde las cuales los jóvenes puedan proyectarse hacia su comunidad.

Trabajamos silenciosamente tratando de no generar en el barrio, más expectativas de las que podíamos cumplir. Sin embargo, se empieza a mostrar que treinta pibes asisten voluntariamente cuatro horas todos los días (...) Se arman los primeros grupos productivos en mecánica y herrería. Se hacen trabajos para los vecinos y fuera del barrio. De los trabajos de herrería surgirán los cursos que hoy se dictan en CooPA y en el Centro de formación Profesional N° 24, también el primer alumno que se convierte en docente. (Relato de Antonio. Docente y uno de los fundadores de CooPA)

Por primera vez, la experiencia comienza a poner en el foco de la cuestión al espacio socio-cultural y económico de los jóvenes destinatarios del programa, buscando conformar nuevos colectivos sociales sobre la base del sentido cooperativo sustentado en la perspectiva de la economía social y la revaloración de las propias comunidades. Se busca además, *poder laburar la memoria del barrio, la cultura, recuperarla.*

Yo acá aprendí a valorarme a mí mismo, a valorar las cosas que hago y a valorar a mis compañeros y nada... Es el lugar que me gusta venir a veces para reflexionar". (Ex estudiante de los talleres de CooPA)

La valorización de la propia historia y cotidianeidad de los jóvenes busca tornarse en un elemento de formación, en una experiencia cultural que cobre nuevas significaciones y favorezca la organización y búsqueda de sentidos cooperativos. En las propias palabras de la organización, estos sentidos o el cooperativismo es pensado como *una forma de organización económica para posibilitar un proyecto de vida solidario.*

A diferencia del proyecto "Cuidemos a nuestros niños", CooPA resignifica el propósito original de la reinserción social en una experiencia de organización comunitaria, cultural y productiva. Busca así, que los jóvenes asuman un rol protagónico como sujetos sociales y políticos, recuperando en el propio proceso de formación la experiencia biográfica.

No queremos que los pibes sean meros espectadores del proceso social, menos que sean víctimas (...) El objetivo de CooPA es que los jóvenes sean protagonistas, que tengan una opción de vida y que salgan de ese no me importa

nada (...) La idea es que ellos se reinseren primero en la escuela y segundo en el mercado laboral, bajo las formas de cooperativa y microemprendimientos (Docente de CooPA)

Asimismo, el trabajo cooperativo no sólo es pensado como un medio a partir del cual generar estrategias de supervivencia en un contexto socio económico de desempleo y marginalidad, sino también, como una herramienta que permita resolver las necesidades básicas de manera colectiva generando actitudes y valores solidarios.

El trabajo cooperativo asociado a la experiencia formativa que propone CooPA tiene entonces la intención de recomponer los lazos sociales y culturales comunitarios, y propiciar otro tipo de relaciones sociales y humanas que le otorguen un nuevo sentido al trabajo y a la vida en sociedad.

De la educación popular a la economía social. Una experiencia de formación alternativa

En términos generales y restringidos, CooPA es una escuela de educación no formal donde se brindan talleres de formación profesional en distintos oficios. Internamente, se estructura en diferentes áreas que a su vez están formadas por equipos de trabajo que organizan y desarrollan las temáticas específicas. Estas áreas son: los talleres de oficio, Lectoescritura, Orientación Productiva, Socio-recreativa, Técnica, Administración y economato. A su vez, los diferentes integrantes conforman una coordinación colectiva donde se piensan, se planifican y se toman las decisiones para el trabajo y funcionamiento de CooPA⁷.

Como organización social, se apoya en una asociación civil: Asociación Civil del Bajo Flores, y desde sus inicios es formalmente un programa (Cooperativa de Producción y Aprendizaje) que depende de la Dirección General de Niñez y Adolescencia (DGNyA) del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires⁸.

⁷ Cabe señalar que en total CooPA esta conformada por un grupo de 20 personas que están a cargo de los diferentes talleres y áreas de trabajo, como de los espacios de aprendizaje y organización técnica y administrativa. Entre los mismos se encuentran licenciados en sociología, en relaciones del trabajo, educación, psicología, y diferentes técnicos especialistas en las temáticas de los talleres. Asimismo, existe una cantidad importante de miembros colaboradores (alrededor de otras 20 personas) que participan y ayudan en las diferentes actividades que realiza CooPA. Inicialmente fueron cinco personas las que fundaron la experiencia de CooPA: Antonio Kriado, Miguel Ramondetti, Gregorio Levenson, Oscar Galante y Manuel Malvicino.

⁸ Esta cuestión que refiere a la relación que mantiene CooPA con el Estado se tratará en un apartado posterior.

Como señalan en un proyecto de escuela secundaria que presentaron recientemente al Gobierno de la Ciudad, a partir de su acción de formación proponen:

Aportar a la edificación de un país solidario, igualitario, participativo y soberano donde la construcción se dé a través del hacer y crear cotidiano de las mayorías populares. Un país con una producción al servicio de las necesidades sociales, y un modelo productivo integrado, equitativo y distributivo para lo cual la economía social es un elemento estratégico de desarrollo económico social alternativo⁹.

Tal propósito general se apoya en un diagnóstico de la realidad en el que plantean “la imposibilidad de volver, dada la dinámica del capitalismo actual, a un esquema histórico de pleno empleo como el vivido en otros tiempos; y la necesidad, por otra parte, de crear nuevas formas de desarrollo socioeconómico”. En esta sintonía, y bajo esta fundamentación, la propuesta de CooPA dimensiona en su práctica la naturaleza política de la educación mediante una perspectiva que articula enfoques de la Educación Popular y la Economía Social.

Bajo dicha perspectiva, se busca que el trabajo y la producción se tornen parte de la formación para un oficio, y que la formación en cooperativismo y la orientación productiva sean visualizadas como cuestiones claves para posibilitar la generación de experiencias productivas autosostenibles y que promuevan una resignificación del trabajo en torno a valores solidarios.

De este modo, los *talleres de oficio* desarrollados se orientan a la enseñanza de una especialidad técnica o conocimientos técnicos en mecánica, herrería, serigrafía, construcción o electricidad. El proceso pedagógico que se plantea en estos, con distintos matices, es básicamente el mismo, y trata no sólo de facilitar una transmisión de saberes del educador al educando sino de promover una lógica de producción conjunta que articule constantemente la teoría y la práctica mediante la resolución de problemas o situaciones concretas. Se busca desplegar así, una metodología de trabajo que incorpore la práctica activa de los jóvenes promoviendo su participación, y estimulando y potenciando el desarrollo de las capacidades individuales y colectivas. La transmisión de conocimientos no se basa por tanto en la exposición teórica sino en el apuntalamiento del conocimiento teórico en materiales y situaciones concretas sobre los que se pueda ejercitar. Para ello, cotidianamente realizan diferentes prácticas concretas en los

⁹ Extracto de la propuesta de escuela secundaria presentada al GCBA para su aprobación en 2008. Tomado de Guelman, 2009: 69.

talleres u organizan pasantías en diferentes organizaciones, programas o instituciones sociales¹⁰.

Paralelamente, el espacio o *área de orientación laboral y productiva* busca complementar la formación técnica del oficio con el desarrollo de saberes que permitan a los participantes desenvolverse en el mundo del trabajo. Con cada uno de los grupos que se van formando en los diferentes talleres por oficio, y con el objeto de *relacionar a los jóvenes con el mundo y la cultura del trabajo*, se promueve desde este espacio la elaboración de proyectos vinculados a la inserción laboral y a la organización de cooperativas y de iniciativas de autogestión¹¹.

Los objetivos del taller son los de todo CooPA, se trata de que todos los talleristas tengan un mismo objetivo: despertar, más que nada, el interés del chico a través del oficio. El interés, tanto en la parte laboral, como en el estudio de las materias. La idea es que los chicos vean a la matemática, a la física como herramientas de uso cotidiano. No es algo que esta apartado de su vida, es algo que utilizan cotidianamente. (Relato de Carlos. Docente del Taller de Electricidad)

Asimismo, en los últimos años, se fueron implementando espacios o talleres de intercambio acerca de problemáticas, temas y cuestiones que se vinculan con otros aspectos comunitarios como la salud, la identidad, la ciudadanía y la inserción en el territorio. Y a las actividades de educación para un oficio desarrolladas tanto en los turnos mañana y tarde se fueron sumando una serie de talleres culturales y recreativos como periodismo, fotografía, percusión, guitarra, murga, teatro y artesanía¹².

En tal sentido, la formación “para un oficio” que promueve CooPA contempla tanto contenidos técnicos específicos como contenidos de autogestión y cooperativismo, y apunta fundamentalmente al desarrollo de una

¹⁰ Se debe aclarar que las actividades de CooPA se enmarcan en el Sistema de Educación No Formal sostenido y reglamentado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En este marco, los contenidos de los programas son determinados por los docentes, luego evaluados por la coordinación colectiva de CooPA y de común acuerdo enviados para que sean aprobados por la Secretaría de Educación. Los requerimientos programáticos tienen que adoptar en tal sentido la forma de la educación tradicional. Sin embargo, como se señala, “la planificación hace agua si no logra motivar a los pibes”, situación que los lleva a generar nuevas estrategias de hecho que no se expresan en las currículas formales.

¹¹ Otro taller que también se realiza en complemento a los talleres de oficio y con la misma metodología de trabajo transversal es el taller de lecto-escritura.

¹² Estos talleres, en gran parte, son realizados en el marco del Proyecto Adolescentes del Bajo Flores del cual CooPA forma parte en articulación con organizaciones sociales e instituciones del barrio, entre los que se encuentran la escuela EMEN N° 3, el comedor Angelelli, el comedor Niños Felices, y la radio FM Bajo Flores.

formación para el trabajo que articule como elementos centrales aspectos culturales, políticos y recreativos. Aprender un oficio se torna en una excusa para desarrollar otras capacidades.

Creemos que sin formación no hay microemprendimiento, ni política de trabajo que sea sostenible; sobre todo cuando vos buscas que las personas se hagan cargo de esa situación, de su realidad para poder transformarla. Si no hay una educación, si no hay una formación, no hay algo apuntando a cambiar la cabeza es muy difícil. Porque les pueden bajar los recursos, pueden tener más autoempleo, y el tema que al implementarse eso de mala manera después se reproducen un montón de cosas que evidentemente anestesia a los pibes; los hace quedarse en vez de ponerlos en actividad, de hacerlos desafiarse a construir una fuente de laburo; a anesthesiarse la voluntad, la conciencia... a quedarse. (Docente de CoOPA)

Este proceso formativo es acompañado además de una reflexión permanente en torno a las significancias del trabajo, a sus modos posibles de realización en el contexto actual, y a las posibilidades de acceso al mismo desde la propia experiencia y realidad de los participantes.

Parten así, de un concepto ampliado de trabajo no asimilable solamente a una idea restringida de empleo o trabajo asalariado, en base a la cual la “ética del trabajo” o “la cultura del trabajo” supone ciertas premisas y presunciones tácitas que desde esta organización social se buscan desnaturalizar. Según tales premisas para conseguir lo necesario para vivir (y ser feliz) hay que producir algo que sea considerado valioso –desde el punto de vista mercantil- y no hay que conformarse con lo conseguido sino perseverar en la búsqueda de tener “siempre” más. Desde este enfoque se considera que los individuos deben vender su fuerza de trabajo para conseguir a cambio los medios con los que ganarse la vida (Bauman, 2003).

Contrariamente, en CoOPA se hace énfasis en las características sociales y colectivas del trabajo, y se promueve el ideario cooperativista como una opción de desarrollo económico que estimula actitudes, valores y formas de vida solidarias. En este marco, la formación para el trabajo es entendida no solo como un espacio de apropiación de saberes de carácter instrumental y técnico, sino también, como un espacio de restitución y valoración colectiva donde la educación, en articulación con el trabajo, se torna un instrumento potente de transformación e inclusión social. Como los mismos integrantes de CoOPA señalan, se busca desarrollar *una propuesta integrada en el sentido en que Paulo Freire entiende al sujeto de la educación*, concibiéndolo como alguien necesariamente integrado con el mundo y con la comunidad en la que vive (Freire, 1990). A su vez, se trata de generar una *lógica alternativa* en cuanto se busca desarrollar aptitudes que no solo posibiliten un mayor acercamiento al empleo formal sino la capacidad de generar formas cooperativas y autogestionadas de trabajo.

Los Jóvenes de CooPA. Etiquetas, rótulos y valorización social

CooPA es una referencia organizacional en la zona del Bajo Flores, por ello la mayoría de los jóvenes se acercan a los talleres por las noticias que circulan “de boca en boca” o por la difusión que esta organización logra trabajando y desarrollando actividades cotidianamente en el territorio. Asimismo, participan jóvenes de otras zonas o barrios de Capital Federal o el Gran Buenos Aires, que generalmente se acercan a partir del trabajo articulado que desarrolla CooPA con otras organizaciones sociales o en los espacios comunitarios en los que actúa¹³.

En general, la población destinataria trata de jóvenes con trayectorias educativas que no superan en la mayoría de los casos el nivel primario de educación formal, y que no tienen experiencia laboral previa o que presentan trayectorias laborales signadas por trabajos informales e intermitentes¹⁴.

Los chicos que llegan principalmente a CooPA, llegan porque largaron la secundaria, dejan sus estudios formales y se insertan en CooPA como para estudiar un oficio. De paso les sirve para laburar”. (Docente de CooPA.)

En términos generales, se trata de un grupo poblacional en condiciones de riesgo social, que expresa en muchos casos situaciones de “fracaso escolar” y exclusión del mercado de trabajo. Tales cuestiones, a su vez, se

¹³ CooPA mantiene una vinculación sumamente activa en la zona con diferentes organizaciones territoriales y con dependencias o proyectos y programas estatales. En este sentido, algunas de las organizaciones con las que mantiene una relación bastante estrecha son: La Chispa, el Comedor Niños Felices, la asociación civil Proyecto Bajo Flores, y el Club Social y Deportivo Bajo Flores, entre otras. Por otro lado, integra la Red de Instituciones del Bajo Flores, mantiene vínculos de trabajo conjunto con el Programa de Alfabetización, Educación Básica y Trabajo (PAEBYT, que son centros destinados a personas mayores de 14 años que quieren aprender a leer y escribir, y obtener el certificado de estudios primarios), y realiza actividades conjuntas bajo el Proyecto Adolescentes del Bajo Flores y con La Otra Base del Encuentro que es un centro para el tratamiento y la rehabilitación de adicciones. Asimismo mantiene un vínculo muy estrecho con la escuela EMEN N° 3, el comedor Angelelli, el comedor Niños Felices, y la radio FM Bajo Flores.

¹⁴ La población del Bajo Flores es fundamentalmente migrante y proviene en gran medida de países limítrofes y de Perú (60 %), y en menor medida del interior del país. Hoy se estima que viven alrededor de 50.000 personas concentradas fundamentalmente en la Villa 1-11-14. El 50 % de la población se encuentra por debajo de la línea de pobreza y aproximadamente el 30 % de la población joven (hasta los 25 años) no asiste a ningún establecimiento educativo. Esta zona expresa en tal sentido, uno de los sectores más desfavorecidos, en múltiples aspectos, de la Ciudad de Buenos Aires.

ven reforzadas por trayectorias signadas por estereotipos y etiquetas que coadyuvan a cristalizar las situaciones de marginación. Así lo expresan y lo dan a entender diferentes estudiantes de CooPA.

Cuando vamos a buscar laburo y decimos vivimos en el Bajo Flores, y por más que mintamos la dirección y no digamos la Villa, manzana nueve, casa 75, y digamos Riestra y camino Latorre... no te dan laburo.

Aparte con el bajo nivel de estudio y... era muy difícil conseguir laburo.

La gente tiene la idea, y ahora más, que si vivís en la villa sos ladrón, falopero y vas a robar. Nada más.

Es feo, te sentís discriminado (Jóvenes Coopa).

Esta situación es parte del diagnóstico que tienen muy presente los docentes integrantes de la experiencia, y parte nodal de la propuesta formativa que recupera CooPA. De este modo, la necesidad de desnaturalizar estas representaciones que tienen los jóvenes sobre sí mismos y que reproducen imaginarios donde la situación de fracaso se expresa como una cuestión de responsabilidad individual, es uno de los objetivos principales que tienen los docentes de CooPA.

Están volviendo a estudiar, que tiene que ver con devolver la confianza en sí mismo, que muchas veces los pibes no es que no les da la cabeza, sino que a veces te tratan de convencer que sos tontito para que le sea un poquito más fácil cagarte a palos. (Ex estudiante de los talleres de CooPA)

Al respecto, el taller de lecto-escritura cumple una importante función. En este espacio, que comenzó inicialmente como un *momento* en el cual los adolescentes que iban a la escuela realizaban sus tareas escolares, se busca realizar un diagnóstico de los niveles de escolarización alcanzados por los adolescentes que participan de la experiencia, se trabaja en el desarrollo de la motricidad y la expresión oral y escrita.

Trabajamos desde la convicción de que se puede promover la práctica del lenguaje como intercambio y transformación social, incentivando la expresión oral y escrita, fomentando la expresión de inquietudes, curiosidades, fantasías, para expresarse de distintas formas en debates, discusiones, encuentros, asambleas y por escrito ante distintos requerimientos. Trabajamos la función social de la escritura y la lectura, para informar, comunicar, saber, memorizar, expresar afectos, reclamos, para escribir cartas, noticias, textos, relatos, poesías, cuentos populares y creencias, y para interpretar y analizar distintos tipos de producción de mensajes. (Relato de María y Karina. Docentes del Área de lecto-escritura de CooPA)

CooPA propone trabajar con los estereotipos, los rótulos y etiquetas para desnaturalizarlos, y sobre todo generar espacios de debate con el fin

de reflexionar sobre los sustentos materiales y simbólicos que definen las situaciones de marginalidad y exclusión en las que se encuentran los jóvenes. Asimismo, recupera la importancia de la inserción de los jóvenes en la escolaridad obligatoria.

Entonces, CooPA tiene matemática, lecto-escritura, cooperativismo que son materias complementarias que nada tienen que ver con el oficio. Además de todo, entonces no es fácil.... y lo que hace CooPA con los chicos que abandonaron la secundaria y no tuvieron escolaridad... y trata de que con el tiempo y con un trabajo de volverlos a insertar en la secundaria.

En este sentido, como paso preliminar para conformar grupos cooperativos o de trabajo comunitario, y frente a las necesidades generales que presentan los jóvenes, CooPA no solo identifica la necesidad de trabajar respecto a las condiciones objetivas de posibilidad que tienen los mismos – mediante la enseñanza de un oficio, brindando herramientas de trabajo, etc.- sino también respecto a las cuestiones subjetivas -problematizando las representaciones que se tienen sobre la educación y el trabajo, y buscando desnaturalizar rótulos, etiquetas y estigmas- que se expresan en significados sociales naturalizados que ayudan a reforzar y reproducir las condiciones sociales y económicas de existencia que sobrellevan.

CooPA y el desarrollo de proyectos colectivos y productivos. El caso de la Cooperativa de trabajo Almafuerte

El desarrollo de proyectos productivos cooperativos por parte de CooPA se fundamenta en el proceso mismo de formación movilizado en los talleres. Asimismo, cumple un papel fundamental como espacio desde el cual los jóvenes tienen la posibilidad de proyectarse hacia la comunidad y generarse una fuente de ingresos. Aquí concurre el trabajo llevado a cabo en los diversos talleres, recuperando el accionar colectivo cooperativo como motor de los proyectos.

Específicamente, el área de orientación laboral y productiva tiene por objetivo complementar la capacitación técnica propia del oficio con conocimientos y herramientas que permitan el desarrollo de los jóvenes en el mundo del trabajo. Desde este espacio y, a partir de una perspectiva cooperativista, *se busca desarrollar destrezas y actitudes que permitan a los jóvenes ser protagonistas de distintas formas de organización laboral*. Así, muchos de los jóvenes que pasaron por CooPA han podido desenvolverse con autonomía en el mercado de trabajo. Dicha organización hizo su aporte a la formación

de distintas experiencias entre las que se puede señalar la Cooperativa Almafuerde, Cooperativa Tinta Roja, un club del Trueque, Ferias Barriales, y la red de emprendimientos, entre otras.

Ya desde los primeros talleres surgieron “grupos productivos” que, a través de prácticas rentadas, buscaban articular educación y trabajo. Estos grupos funcionaron como pre cooperativas por el modo en que se organizaba el trabajo y por la distribución de los ingresos. Sin embargo, hasta que no se organizó el espacio o taller de cooperativismo, a fines de la década de los 90, no se logró dar un salto cualitativo en la práctica y la organización de este tipo de experiencias.

En tal sentido, la Cooperativa de Trabajo Almafuerde, conformada legalmente a mediados del año 2000¹⁵, fue la primera experiencia cooperativa formalizada e integrada por alumnos graduados de CooPA. Esta experiencia logró sintetizar uno de los principales objetivos de la organización como expresión de la articulación entre los talleres de formación profesional y el taller de orientación productiva y cooperativismo.

Almafuerde se dedica específicamente a realizar trabajos de herrería artística y presta servicios de mantenimiento integral y refacciones de inmuebles para particulares e instituciones. Antes de su formalización, el grupo que le dio origen se encontraba trabajando en forma cooperativa de hecho, sin estatuto, desde mediados de 1998. Desde entonces hasta la actualidad, se logró sostener y consolidar como fuente de trabajo autogestiva, transcurriendo por diferentes etapas que dan cuenta de los cambios ocurridos, de diferentes coyunturas, de debilidades y obstáculos encontrados, y de objetivos alcanzados.

Una primera etapa trató de la materialización de la experiencia colectiva que diera continuidad al trabajo realizado en CooPA por un grupo de compañeros de escuela y de los talleres de la organización. A partir de un proyecto de cooperativa escolar de 4 adolescentes cobra forma el grupo inicial que comienza a trabajar cooperativamente de modo informal hacia fines del año 1998 y, que con la incorporación de algunos compañeros más, llegará a la formalización del proyecto con el fin de consolidar la experiencia y materializar la relación con potenciales clientes institucionales para los que necesitaban facturar. En estos momentos el desafío principal giraba en torno a la consolidación del grupo y a la construcción de una rutina sistemática de trabajo que implicaba no solo el establecimiento de

¹⁵ La Cooperativa tiene como fecha de formalización el 01/07/2000, fecha en que realiza su inscripción en el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES) y formaliza su situación obteniendo la matrícula N° 22.128.

procedimientos que afectaban a la organización productiva, sino también la conformación de un área administrativa que se encargara de la gestión impositiva y contable.

Muchos proyectos se caen porque la gente es muy chica y exigen un nivel de compromiso que no se le termina de transmitir y no lo terminan de entender. Y esto se ve en nosotros. Por eso lo que tiene que ver con tener un responsable técnico que te acompaña en el proceso formativo y de crecimiento del grupo tanto humano como en lo laboral es muy importante. (Integrante del emprendimiento)

En la cooperativa son más compañeros, no tenés jefe, pero sí responsabilidades, como conseguir trabajos o controlar que todo esté bien (Integrante del emprendimiento)

En este proceso de conformación, el compromiso y la responsabilidad son reconocidos por los diferentes integrantes de la cooperativa como valores necesarios para poder comenzar y dar sustentabilidad a un proyecto autogestivo. En este sentido, el proceso de formación realizado en CooPA les brindó herramientas que ellos mismos consideran como “*valiosísimas*” y sin las cuales no imaginan poder haber realizado la experiencia.

Yo no sabía lo que era una cooperativa y me gustó la idea. Nunca la había escuchado, me la explicó mi hermano que estaba viniendo hacía rato a CooPA”. (Integrante del emprendimiento)

Por otra parte, el acompañamiento que la organización realizó para ayudar en *la puesta a punto del proyecto* fue nodal tanto para la consolidación del grupo, como en la búsqueda de apoyo profesional y de recursos necesarios para sostener la experiencia¹⁶:

Al principio Antonio nos conseguía trabajos. (Integrante del emprendimiento)

¹⁶ Desde los inicios del proyecto CooPA les brindó el espacio físico donde desarrollar sus primeros trabajos. Por otra parte, las herramientas y el dinero necesario para la compra de insumos y materiales fue puesto por los propios emprendedores. Una vez consolidado el proyecto, muchos de los recursos con los que contaron fueron obtenidos a través de diferentes planes sociales entre los que se puede señalar, de nivel local, el Plan de Emergencia Laboral (PEL) y el Plan de Aumento de Empleo del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; y, a nivel nacional, el Plan Manos a la Obra. Cabe destacar que CooPA cumplió una función técnica sumamente importante y necesaria para articular la presentación de la cooperativa a estos programas sociales.

En este sentido, la experiencia deja traslucir la acción de CoOPA, que sitúa la conformación y cohesión de los grupos “en formación” y “de trabajo” como núcleo central del proceso formativo, “indispensable para la viabilidad de los emprendimientos”, junto con la necesaria formación en capacidades complementarias ineludibles para el desarrollo de este tipo de experiencias.

Luego de este proceso inicial, hacia mediados de 2002, Almafuerte alcanzó su mayor número de asociados con la incorporación de dos compañeras que se encargarían específicamente de la administración, sumando un total de 12 integrantes. Sin embargo, esta composición sería fugaz y rápidamente se redefiniría el grupo dado que por distintos motivos personales, dos integrantes dejarían la cooperativa. En 2003 se alejaría otro integrante, pero en este caso sería por la posibilidad de acceder a un puesto de trabajo en una fábrica, en momentos en que estaba por ser padre, una regularidad y mayores ingresos. El caso es interesante ya que la formación en herrería recibida en CoOPA, profundizada mediante el trabajo en la cooperativa, le abrió a este joven la posibilidad de ingresar a una metalúrgica como soldador.

Durante esta etapa el desafío se centró en hacer cada vez más rentable el proyecto para sostener la fuente autogestiva de trabajo y mejorar los ingresos de los asociados, cuestión que paulatinamente fueron alcanzando. Por otra parte, el grupo atravesaría sucesivas mudanzas buscando un espacio físico propio en el que montar definitivamente el taller productivo y una oficina administrativa. Asimismo, comenzó a participar en diferentes espacios de organización y articulación de emprendimientos productivos con el fin de promover la difusión y la comercialización de productos de herrería y de sumarse a diversas experiencias de articulación con organizaciones sociales¹⁷. A fines de 2003, lograron materializar el anhelo del espacio propio: una casa a reciclar en el barrio de Mataderos.

Sin embargo, sucesivas dificultades grupales, laborales, y de gestión de los recursos impidieron la concreción del proyecto de reciclado del espacio propio. Los problemas grupales y personales entre los integrantes derivaron en el alejamiento temporal de dos asociados, y posteriormente, en la renuncia de otros dos. De este modo, hacia 2005 la cooperativa atravesó una fuerte crisis grupal que puso en discusión su continuidad. Más allá de esto, lograron sostener el colectivo de trabajo; y sus ingresos como

¹⁷ Entre otras redes con las que también supieron articular sus actividades formaron parte de la FEES (Federación de Emprendimientos de Economía social), que funcionó durante algunos años (aproximadamente hasta el 2006) como un intento de generar un organización político gremial que nucleara y representara a esta clase de emprendimientos productivos y autogestivos.

cooperativa aumentaron. Así, de mutuo acuerdo se plantearon la importancia y la necesidad de articular nuevamente sus actividades con los talleres de CooPA, comenzando una participación cotidiana en el taller de orientación productiva. Esto no significa que, previamente, la cooperativa hubiera perdido toda relación con CooPA; sino que había desplegado una autonomía total que, según nos comentan, hacía que algunas veces el grupo no pudiera solucionar o regular los conflictos que surgían.

A partir de aquí, y hasta la actualidad, se abrió una nueva etapa en el emprendimiento en la que además se materializó uno de los objetivos iniciales del proyecto: promover la multiplicación de la experiencia en consonancia con los principios cooperativos entre jóvenes con similares condiciones económicas, sociales y culturales. Esto se llevó a cabo sobre la base de la interacción con los adolescentes y a través el trabajo sistemático que permite el taller de orientación productiva, partiendo de la experiencia de trabajo de la cooperativa como referencia concreta. Asimismo, se ha logrado una considerable estabilidad como emprendimiento cooperativo, que permite a sus integrantes alcanzar un ingreso y sostener una fuente de trabajo autogestionada.

Ojalá nos podamos capacitar más, que cambie el país, para que a medida que nos vaya bien puedan entrar otros pibes que vayan egresando. Además hay otras cooperativas, una gráfica y una panadería que se formaron basándose en lo que nosotros hicimos” (Integrante del emprendimiento)

A estos emprendimientos mencionados por uno de los jóvenes integrantes de la Cooperativa Almafuerte habría que sumarle otros más que también se fueron desarrollando, como el Comedor 1º de Mayo que se inició en 2000 como emprendimiento cooperativo para luego continuar sus actividades bajo contrato del G.C.B.A. (dado que la legislación no contemplaba la contratación a cooperativas), o como la Biblioteca popular que cuenta con algo más de 1200 unidades entre libros, enciclopedias y revistas, y la experiencia de la revista “Mundo Aparte” que desde 1998 logró tornarse en *un espacio de encuentro, una experiencia de vida, un ejercicio de aprendizaje, y un canal de comunicación con los pibes del barrio y los vecinos*¹⁸ (La Nación: 2004).

De este modo, a partir de la multiplicidad de este tipo de acciones la experiencia de CooPA se torna un proyecto asociativo de alcance comunitario. En la proyección de estos emprendimientos sobre el territorio donde

¹⁸ Extraído de: “Poesía de la pobreza”, por Jorge Palomar, Miércoles 28 de enero de 2004, La Nación.

descansa la posibilidad de fortalecer el accionar colectivo y la capacidad de articular grupos que expresen búsquedas similares desde condiciones similares, lo barrial es una variable central tanto en el sostenimiento y desarrollo de las experiencias como en la recomposición de diferentes tramas sociales e historias individuales.

CooPA y la relación con el Estado

¿Organización social o programa estatal?

En sus inicios, CooPA nace como un proyecto de un grupo de compañeros que busca desarrollar una experiencia de formación para jóvenes en contextos de riesgo social.:

Un conjunto de compañeros que habían estado exiliados vuelven, arman un proyecto para trabajar con los pibes de la calle, lo llevan a Promoción Social y lo llevan al Bajo Flores (...) Nosotros cuando proponemos el proyecto no teníamos ninguna dependencia". (Docente de CooPA)

Desde el propio grupo que lleva adelante la experiencia no hay discusión respecto a la autonomía, propiedad y origen del proyecto, ya que, como señalaba una docente de CooPA: "Excepto los salarios del Gobierno de la Ciudad, pagaban los sueldos, casi todos los recursos eran autogestionados

Esta representación no es exclusiva de quienes están directamente implicados en la experiencia sino que es compartida por los diferentes actores sociales que se relacionan con la misma, y todo aquel que conoce o se acerca a la organización. Por otro lado, como se señaló previamente, esta experiencia en un sentido formal es un programa social que depende del GCBA, más específicamente de la DGNyA, que funciona en un espacio que le fuera cedido por un Centro de Acción Familiar (CAF N°3)¹⁹, y que articula sus acciones con diferentes programas sociales de nivel nacional como local.

CooPA da cuenta así, de la dificultad de definir una organización social dedicada a la formación en oficios que, con carácter autónomo, logra conseguir financiamiento por parte del Estado (Guelman, 2009). Dificultad que de diferente modo y contemplando distintos aspectos se expresa en

¹⁹ Son espacios institucionales dependientes del GCBA que se orientan a la promoción del desarrollo pleno e integral de niñas, niños y adolescentes teniendo como eje a la familia, en los barrios más pobres de la ciudad de Buenos Aires. Actualmente existen en la ciudad siete centros de este tipo.

los intentos de definir muchas experiencias comunitarias (similares o no), y que en este caso en particular se expresa en la dificultad de ubicarla sea del lado de las organizaciones sociales autónomas como del lado de los programas sociales.

Una parte del relato hecho por Antonio, uno de los docentes y fundadores de la experiencia con motivo de los veinte años de CooPA, nos facilita la comprensión de cómo es concebida esta cuestión por la propia organización, y del modo en que históricamente ha buscado relacionarse con el Estado.

Veinte años donde ganamos un lugar dentro del Estado en la ciudad, democratizando la participación de cada uno de nosotros en la elaboración de propuestas y toma de decisiones, teniendo en claro que pertenecer al estado, no es pertenecer al gobierno de turno. Hace veinte años empezamos a generar políticas públicas con los vecinos y vecinas, con los chicos y chicas como protagonistas y no como meros destinatarios. Pese a los continuos cambios habidos en la Dirección de Niñez pudimos darle continuidad y coherencia a esas políticas, articulando con distintas áreas del gobierno de la ciudad y la nación en territorio, lejos de los despachos, superando la mezquindad, la miopía o el desinterés de los funcionarios. (Relato de Antonio. Docente y uno de los fundadores de CooPA)

De esta manera, CooPA expresa según sus protagonistas el intento de generar políticas públicas impulsadas desde la misma sociedad, bajo una perspectiva donde lo estatal es pensado como público, y lo público como algo que necesariamente se debe vincular con lo comunitario y debe ser apropiado por los sujetos para mejorar sus condiciones de vida.

Asimismo, mantiene una doble interpelación al Estado. Por un lado, sostiene una mirada crítica y autónoma²⁰ respecto de la realidad y el papel que este cumple en materia de políticas públicas para los sectores más

²⁰ Dicha mirada, puede observarse en el siguiente fragmento de un documento firmado por diferentes organizaciones sociales con motivo de protestar frente a la gestión actual del GCBA: Mauricio Macri tomó la ciudad con el terreno allanado. Gracias al empleo en negro que generaron gobiernos como el de Aníbal Ibarra y Jorge Telerman, Macri pudo decir que “no renovaba el contrato” de los trabajadores del Gobierno de la Ciudad. El trabajo es sólo una muestra de la herencia de lo que ese pseudo-progresismo le dejó a Macri: “la mesa servida”. Si se dijera que son socios, nadie se asombraría. La medida de “no innovar” impuesta por la Justicia lo hizo retroceder. Pero fue por más. Por ejemplo, reprimiendo a los cartoneros que él mismo trató de delincuentes. Sí. El Macri de hoy es el Macri de ayer.

Fuente: http://www.fmbajoflores.org.ar/documentos/documento_final.doc

postergados; y por otro, desarrolla un accionar que básicamente es posible de sostener por los recursos que le proporciona ese mismo Estado, al que crítica y considera, de modo nada paradójico, un actor insoslayable para mejorar las condiciones de existencia de los sectores populares.

La crítica dirigida al Estado se basa principalmente en el reclamo de una mayor presencia y de una transformación que se oriente al desarrollo de políticas sociales integrales que disminuyan la distancia que existe entre aquello que se *otorga* y *aquello que se necesita en estos sectores*.

La desconexión que existe muchas veces entre los organismos y la heterogeneidad de políticas sociales existentes, muchas veces llevan al fracaso a experiencias embrionarias o que necesitan un mayor apoyo para consolidarse, y se quedan ahí... (Docente de CooPA)

Las dificultades que encontramos hoy son las que pone el Estado cuando no nos manda los materiales en tiempo y cantidad suficiente. Esas dificultades hacen que se busquen otras soluciones, por ejemplo haciendo que los chicos traigan electrodomésticos de la casa para reparar. Buscamos la manera de obtener los materiales para poder aprender (Relato de Carlos. Docente del Taller de Electricidad)

De este modo, la desarticulación entre los distintos organismos estatales, la heterogeneidad de las políticas sociales y la discontinuidad o intermitencia en la disponibilidad de recursos necesarios son las cuestiones comunes referenciadas como obstáculos que generalmente debieron enfrentar en el trabajo cotidiano. Más allá de esto, la organización se autorreferencia como un tándem que suple los grises, vacíos o intersticios que deja abiertos la política pública.

Seguimos con ese mismo compromiso que asumimos de trabajar con los recursos del Estado y no paralizarnos ante la ausencia de los mismos por acción u omisión de quienes los administran. (Relato de Daniel. Docente del Taller de Construcciones)

Y no se debe confundir la solidaridad y calidez de las organizaciones comunitarias, con la conquista de la justicia. (Ex director de la EMEM N° 3)

Más que un tándem que suple disfuncionalidades, CooPA describe la historia de un lugar de encuentro comunitario cuya relación con el Estado expresa un modo de resistencia al devenir y propone una construcción social alternativa que se orienta a la búsqueda de soluciones colectivas; en relación a las cuáles, se le reclama al estado una mayor presencia, un modo de intervención diferente y un mayor apoyo financiero.

Recapitulando. Integración social, solidaridad y economía social

Cuando alguno que no conoce me pregunta por Bajo Flores, le menciono: la Parroquia Madre del Pueblo, los comedores (Angelelli, Niños Felices, La Chispa, Mate Cosido), La FM Bajo Flores, el Centro de Salud, las escuelas... y CooPA.

Entonces, vuelve a preguntar: ¿Y qué es CooPA?

Respiro hondo y me concentro para explicar, porque más o menos cualquiera entiende que es una radio FM, una parroquia, un comedor o un centro de salud, pero explicar que es CooPA de manera que un extraño lo entienda, se complica:

-¿Qué es, un lugar de copa de leche?

-No, no, ahí se dan talleres.

-Ah, ¿un CFP? (Centro de Formación Profesional)

-Más o menos. Quiere decir "Cooperativa de Producción y Aprendizaje".

-Ah, bueno, una cooperativa.

-Bueno, no son una cooperativa, pero tienen un par de cooperativas.

-¿Cómo una ONG, o algo onda salesianos?

-No, nada que ver.

-¿Es del Estado?

-Tampoco, pero tienen talleres y docentes que paga el Estado.

(Extracto del prólogo realizado por Eugenio Perrone en COOPA. 20 años.)

CooPA es una de esas tantas experiencias que nacieron frente a la crisis del empleo y de la emergencia de sectores cada vez más sometidos a las necesidades del capital, y constreñidos a las necesidades básicas de existencia. Expresaría un caso singular en el universo de lo posible que conforman las diversas actividades, iniciativas y experiencias que los sectores populares y marginados han desplegado en pos de asegurar su subsistencia. Tales experiencias, siguiendo la tipología clásica de Razeto (1988), pueden describir estrategias que corresponden a distintos niveles: *estrategias de sobrevivencia* (que refieren a aquellas actividades que permiten apenas la satisfacción de necesidades básicas en situaciones de emergencia), *estrategias de subsistencia* (que son las orientadas a una satisfacción de las necesidades con mayor estabilidad y duración en el tiempo pero sin una opción por la permanencia en dicha situación) y *estrategias de vida* (donde las personas valoran positivamente ciertos aspectos esenciales de la actividad que realizan y buscan ir más allá de la mera subsistencia). La experiencia que analizamos aquí estaría más próxima a esta última categoría ideal dado que describe un alto nivel de institucionalidad y se propone acercar *un proyecto de vida* a los jóvenes mediante un proceso formativo en oficios y la generación de proyectos y emprendimientos solidarios y cooperativos.

Igualmente, como experiencia social, CooPA excedería los contornos de dicha tipología dadas sus peculiares características como programa social

desarrollado en el ámbito del Estado. En este sentido, el tipo de acción y los objetivos que persigue, descritos en los apartados anteriores, se enmarcarían en lo que Coraggio (2004) señala como un esfuerzo necesario para *cambiar las estructuras del sistema actual a favor de las mayorías*. CoOPA, en sintonía con esta idea, no se presenta como un mero efector estatal sino como una organización social que se vale de los recursos estatales para generar políticas sociales que escapen a una lógica asistencial y que potencien las capacidades comunitarias y sociales.

De esta manera, creemos que el seguimiento de este caso permite objetivar la importancia de propiciar proyectos innovadores con participación de la sociedad que, mediante una perspectiva solidaria y cooperativa, tiendan a desarrollar modelos alternativos de reproducción social apoyándose en una ética diferente a la del mero lucro o acumulación de capital.

Frente a cualquier optimismo ingenuo es preciso tener presente también, que la emergencia de este tipo de experiencias se relaciona directamente con un fuerte proceso regresivo en los mecanismos de reproducción social. Proceso que expresa la transformación de un formato societal y el delineamiento de una nueva matriz socioeconómica y política cuya definición, al menos en lo que respecta a las condiciones de existencia de sectores sociales como en el que nos hemos centrado aquí, aún es poco clara.

Bibliografía citada

BAUMAN, Zigmunt (2003), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, España.

BUSTO, Cristian (2007), "Pobreza y organización social. Algunas reflexiones sobre el estado del arte y los enfoques teóricos para su análisis", en *Actas del Primer Congreso Internacional de Relaciones del Trabajo*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires.

CORAGGIO, José Luis (2004), "Economía del Trabajo", en Antonio Cattani. (comp.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp 151-163.

DEFOURNY, Jacques (2003a), "Orígenes, contextos y funciones de un tercer gran sector", en Mirta Vuotto (comp.), *Economía social: precisiones conceptuales y algunas experiencias históricas*, Altamira, Buenos Aires, pp 79-104.

DEFOURNY, Jacques (2003b), "La larga marcha del concepto de economía social", en Mirta Vuotto (comp.), *Economía social: precisiones conceptuales y algunas experiencias históricas*, Altamira, Buenos Aires, pp 143-155.

FREIRE, Paulo (1990), *La naturaleza política de la Educación*, Paidós, España.

GUELMAN, Anahí (2009), "Formación en oficios para los adolescentes del Bajo Flores ¿Formación Política?", en CoOPA. *20 Años. Una historia hecha a mano y sin permiso*, CoOPA, Buenos Aires, pp 69-73.

MALLIMACI, Fortunato (2005), "Nuevos y viejos rostros de la marginalidad en el Gran Buenos Aires", en Fortunato Mallimaci y Agustín Salvia (comps.) *Los nuevos rostros de la marginalidad: la supervivencia de los desplazados*, Editorial Biblos, Buenos Aires, pp 15-27.

MERKLEN, Denis (2005), *Pobres ciudadanos*, Editorial Gorla, Buenos Aires.

RAZETO, Luis (1988), Economía de solidaridad y organización popular, en <http://www.economiasolidaria.net/textos/articulos/LaFuerzadelArcoIris.php>. 02-03-2010

RAZETO, Luis (2004), "¿Qué es la economía de solidaridad?", en Floreal Forni (comp), *Caminos Solidarios de la economía argentina. Redes innovadoras para la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, pp. 59-66.

Capítulo 13

Percepciones, expectativas y el uso de categorías teóricas en la investigación social*

Erwin Luchtenberg

Introducción

Las reflexiones que presentaré a continuación surgen de los desafíos presentados durante mi práctica de investigación cuyo trabajo de campo se desarrolló en el barrio bonaerense de Villa Jardín, Lanús Oeste, desde julio de 2008 hasta marzo de 2010. El mismo se propone indagar acerca de las expectativas y decisiones tomadas por un grupo de jóvenes que viven en este barrio y que se encuentran finalizando sus estudios en la escuela media.

El objetivo particular de este artículo es explicitar los modos en que las mutuas percepciones construidas acerca del otro, por parte del sujeto que investiga y del investigado, se hacen presentes e influyen en el proceso cognitivo.

El investigador, en tanto que sujeto social, se encuentra atravesado por representaciones construidas acerca de los sujetos y los fenómenos que estudia. No se acerca a ellos completamente desprovisto de preconcepciones sino que lleva con él (o con ella) todo un acervo de experiencias

* Agradezco al Dr. Raúl Bisio la lectura atenta y los comentarios realizados a la versión preliminar de este trabajo. Asimismo, quiero agradecer a la Dra. Irene Vasilachis de Gialdino y al Dr. Juan Eduardo Bonnin por los valiosos aportes realizados a la primera versión de este artículo.

previas, saberes, y motivaciones, además de un conjunto de teorías que ha incorporado a lo largo de su formación, que impulsan sus acciones y les dan sentido.

De este modo, todo análisis realizado en el marco de una investigación social implica la conceptualización de aquello que se estudia. La traducción de fenómenos sociales complejos en categorías conceptuales y teóricas puede resultar muy útil. Sin embargo, la necesidad de comprender dichos fenómenos a través de teorías –que suelen estar legitimadas dentro del campo de las ciencias sociales– puede redundar en una verificación de las mismas más que en una efectiva comprensión de lo estudiado; ocultando, más que mostrando, las lógicas que subyacen a los fenómenos analizados.

Por otra parte, la necesidad de comprender estos procesos y fenómenos sociales trasciende el ámbito estrictamente académico, abarcando también al político cada vez que se trata de implementar determinadas políticas sociales. En este caso, los sujetos y las poblaciones pueden ser definidos, por ejemplo, como “vulnerables” o como “pobres”, con el fin de ser calificados como potenciales beneficiarios.

Por todo esto considero fundamental reflexionar acerca de la relación que se establece entre el sujeto que investiga y el investigado, teniendo especialmente en cuenta de qué manera las concepciones que cada uno tiene del otro –y que ambos poseen acerca de los tópicos de la investigación– inciden en la recolección e interpretación de los datos. El vínculo establecido entre estos sujetos no se produce ni se reproduce por fuera de las concepciones que cada uno tiene del otro. Éstas pueden ser cambiantes pero siempre median entre las personas que se ven involucradas en una investigación y no se limitan a existir cuando éstos están juntos físicamente. Estas percepciones trascienden el encuentro cara a cara entre ellos y, en el caso del investigador, siguen presentes en el momento de analizar los datos recogidos.

De esta relación fundamental entre ambos sujetos, derivan luego todos nuestros datos; aquel material con el que haremos nuestro trabajo de análisis y con el que definiremos a nuestros sujetos de estudio.

Dado que es complejo analizar el vínculo entre el sujeto que investiga y el investigado, y sus implicancias en el proceso de investigación y de interpretación de los datos, he decidido focalizar mi atención en una interacción específica y mucho más acotada: una entrevista realizada en el marco de la investigación mencionada al inicio. Dicha entrevista podría considerarse una fotografía instantánea que captura un momento fijo del flujo, más amplio y dinámico, que representa la relación establecida entre el sujeto investigador y el investigado.

El modo en que este juego de percepciones mutuas influye sobre el proceso cognitivo en general, y sobre la recolección e interpretación de los

datos en particular, es clave cuando trabajamos con personas que (como sucede en esta ocasión) se encuentran en situación de pobreza. Así, nuestros discursos contribuyen a situarlas en un determinado lugar, que, de acuerdo con nuestras concepciones, pueden colaborar en una comprensión crítica de las condiciones que las subordinan o, por el contrario, favorecer su reproducción.

La entrevista que presentaré se constituye entonces en un soporte empírico de mis reflexiones más amplias sobre el modo en que los presupuestos mantenidos por los sujetos de la investigación ejercen su influencia sobre el desarrollo de la misma, la producción y la interpretación de los datos obtenidos. Por lo tanto, sería inapropiado extender mis argumentos a las entrevistas realizadas en el contexto de otras investigaciones sin tener en cuenta las particularidades de cada una.

Más bien, este trabajo quiere ser un aporte a los que, como es mi caso, nos encontramos emprendiendo una investigación que involucra la interacción con otras personas como parte constitutiva de su trabajo de campo.

La negociación de significados

Comprendida de este modo, la entrevista no consiste meramente en una técnica de recolección de datos. Es ante todo un encuentro con otra persona, un intercambio de palabras, de ideas. Es en primer lugar una interacción social. Además, cabe destacar, es una de las técnicas más utilizadas, a lo largo de las últimas décadas, en el marco de investigaciones sociales cualitativas (Holstein y Gubrium, 1995).

Si la entrevista, en su naturaleza interactiva, busca indagar sobre el modo en que el sujeto que investigamos construye su realidad, y le da sentido, no podemos entonces pasar por alto la manera en que uno mismo como investigador ha construido previamente a dicho sujeto y a la realidad en la que vive.

Esta precaución se sustenta en la diferencia de carácter ontológico existente entre el objeto de estudio de las ciencias naturales y el sujeto de estudio de las ciencias sociales,¹ lo cual tiene sus consecuencias epistemológicas (cómo conocemos) y por lo tanto también metodológicas (mediante qué conocemos: las estrategias y técnicas que ponemos en práctica para

¹ Hacemos referencia al trabajo de construcción de sentido que realizan los sujetos acerca de sus acciones y de su realidad previo al análisis interpretativo producido por el científico social y que da lugar a la noción de “doble hermenéutica” (Giddens, 1987).

conocer) (Vasilachis de Gialdino, 1992a y 2006). El uso de la entrevista implica entonces el ejercicio de una reflexividad, por parte de quien la utiliza, acorde con su naturaleza eminentemente social e interactiva.

Según Holstein y Gubrium (1995), la persona entrevistada es reconocida, no sólo como un sujeto capaz de producir significados y construir sentido a partir de la realidad en la que vive, sino que además puede dar cuenta de ellos. Se trata entonces de un sujeto activo.

Esta condición de sujeto activo tiene consecuencias directas en el trabajo de campo y en la interpretación de los datos. Tal como afirma Rapley, “cualquiera sea la postura analítica adoptada [por el investigador], no se puede escapar a la naturaleza interactiva de la entrevista y del hecho de que el dato sea producido en colaboración con el otro” (2001: 318, la traducción es propia).

De este modo, la co-construcción del dato a la que aludimos no es siempre deliberada; tampoco se desprende de un simple acto de voluntad por parte del investigador. Por el contrario, ésta es completamente independiente de su postura analítica y obedece más bien a la naturaleza propia de la entrevista. La diferencia primordial no reside en la voluntad del investigador para que esta co-construcción exista, sino en su *predisposición* para admitirla y para incorporarla en el análisis transformándose así en un dato. La entrevista, entendida de esta manera, puede ser pensada como una instancia de negociación de los significados que ponen activamente en juego los interlocutores durante el intercambio. Mi propósito es mostrar cómo se produce esta negociación de percepciones y significados que además exceden a la entrevista como tal.

Presentación del caso

A continuación presentaré en unas pocas líneas el perfil de Mariela, mi entrevistada, y las circunstancias en que se produjo la entrevista a fin de que los lectores conozcan el contexto en el que ésta se llevó a cabo.

Cuando Mariela fue entrevistada por primera vez, en octubre de 2008, tenía 20 años. Su familia es de origen paraguayo, mientras que ella nació y se crió en la provincia de Buenos Aires. Primero vivió en el partido de Quilmes y luego, donde reside actualmente, en el barrio de Villa Jardín (partido bonaerense de Lanús), más precisamente en la avenida que marca el límite entre dicho barrio y el de Villa Diamante, en el que se encuentra su escuela.

El padre de Mariela no terminó la escuela secundaria. Actualmente trabaja en su casa armando calzados deportivos que imitan los modelos de las marcas más caras del mercado a partir de los materiales que le provee su empleador. Su madre no terminó los estudios primarios y es empleada doméstica en tres casas de la Capital Federal junto a su hermana.

A fines de 2008 (meses después de realizada la entrevista que presento), Mariela terminó sus estudios secundarios en la escuela del barrio y desde principios de 2009 cursa la carrera de Derecho en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

La entrevista que citaré a lo largo de este trabajo tuvo lugar en la escuela a la que ella asistía durante el último trimestre de su cursada. Las autoridades de la escuela me facilitaron un aula vacía en la que podíamos conversar con mayor tranquilidad. Dos semanas antes, me había presentado a los alumnos informándoles que soy sociólogo y que estoy investigando acerca de “qué cosas tienen ganas de hacer después de terminar la escuela”.

Mi elección por entrevistar a Mariela y conocerla más, obedece a los criterios en los que baso mi muestreo intencional, el cual responde al objetivo general de mi investigación que consiste en conocer cómo se articulan las representaciones que los jóvenes en situación de pobreza tienen acerca de sí mismos, sus expectativas y posibilidades, con los itinerarios de inserción social recorridos una vez terminada la escuela media.

Mariela es una persona joven, que está terminando la escuela secundaria en un barrio humilde y con pretensiones de seguir un estudio superior. Además, a diferencia de varios de sus compañeros y compañeras, que también manifestaban intenciones de seguir estudiando en la universidad, Mariela presentaba sus proyectos personales con más seguridad, lo que me permitió inducir que tendría más claras sus argumentaciones. Mi curiosidad principal se dirigía a conocer cuáles eran las expectativas, deseos y proyectos que tendría una joven que, viviendo en un contexto social “desfavorable”, se decide por ingresar en la universidad. Desde los presupuestos que enmarcan los propósitos de mi investigación, el caso de Mariela se mostraba teóricamente relevante. Por su parte, Mariela accedió gustosamente a ser entrevistada. Los temas de la entrevista giraron en torno a sus expectativas sobre el próximo año, sus proyectos de estudio, trabajo, familia, etc. Cabe destacar que el *rapport* establecido entre ambos fue muy bueno desde un comienzo.

Cito a continuación las secuencias más significativas de la entrevista a los fines de mi análisis. Luego de presentarle a Mariela los propósitos generales de mi investigación y los temas sobre los que versaría nuestra conversación, la entrevista comienza:

Entrevistador: Veo que has laburado **un montón** [mirando la encuesta que hicieron anteriormente].

Mariela: Sí, sí. Estuve trabajando **de lunes a sábado**. De lunes a viernes era **de ocho a seis** de la tarde. Y los sábados era de ocho a una del mediodía.

E: ¿Y en dónde?

M: En... en una fábrica de envases. “Mega-envases” se llama.

E: Media...

M: "Mega envases"

E: Mega...

M: Sí, en Pompeya queda.

E: No era un local que vendía. Era nada más que la fábrica...

M: Era un local y atrás, en la parte de atrás... era toda una manzana, era la fábrica. No fabrican los envases ahí ellos. Los compran y a mí me tocaban limpiarlos. Limpiar el local o a veces limpiar los vidrios, los envases que me tocaban, cosas así.

E: ¿Y cuántos envases limpiabas por día? **Porque es una cantidad...**

M: Más de mil.

E: **¿Más de mil?**

M: Sí, **pero** era un trabajo por día. **Te pagaban por día. Cinco pesos la hora.**

Con Mariela nos habíamos conocido apenas dos semanas antes de esta entrevista lo cual se hace evidente en la formalidad del registro empleado por ambos. Como podemos observar, la entrevistada no se involucra subjetivamente sino que se limita a responder a las preguntas de una manera cordial pero con datos objetivos, mencionando nombres, números y horarios.

De igual manera, el entrevistador comienza por hacer preguntas que no involucran subjetivamente a la entrevistada, con la finalidad de no intimidarla desde un primer momento.

Sin embargo, resulta particularmente notorio el intercambio de ideas que tiene lugar desde un primer momento acerca del trabajo de Mariela, el cual se expresa en las emisiones de los hablantes. El entrevistador comienza la conversación expresando un juicio sobre el trabajo de la entrevistada: "Veo que has laburado **un montón**". A este juicio, la entrevistada responde con datos objetivos mencionando los horarios de su trabajo. Varios turnos después, el entrevistador vuelve sobre la idea de la cantidad. Así, vemos que las palabras con que el entrevistador refiere al trabajo de la entrevistada connotan un esfuerzo: "¿Y cuántos envases limpiabas por día? **Porque es una cantidad...**"

La entrevistada no continúa en la línea de este juicio haciendo una valoración personal (mucho, poco, etc.) sino que nuevamente responde con un dato objetivo: "Más de mil". A continuación, el entrevistador repite en forma de pregunta retórica "¿Más de mil?" indicando con esto sorpresa frente a lo que parece un esfuerzo considerable. La respuesta que da Mariela se encuentra en el mismo orden de la anterior: "Sí, **pero** era un trabajo por día. **Te pagaban por día. Cinco pesos la hora**".

Vemos que a la connotación de trabajo esforzado sugerida en la pregunta retórica del entrevistador, la entrevistada responde utilizando el adversativo "pero" con la finalidad de no perder la cordialidad con su interlocutor aunque dejando más clara su posición. En este sentido, los datos

aportados “es un trabajo por día” y “Cinco pesos la hora” no responden a la pregunta hecha por el entrevistador, sino que, por el contrario, cumplen la función de correr al hablante del lugar del **sacrificio** en el que es puesto por su interlocutor.

No podemos suponer qué pensaba la entrevistada durante esta conversación. Sólo podemos inducir algunas ideas desde las palabras utilizadas. Lo que efectivamente se va haciendo más evidente con el transcurrir de la conversación es el proceso de negociación que tiene lugar acerca del significado del trabajo realizado por ella. Además, no estamos hablando del trabajo como un tópico abstracto, sino de **su** trabajo. Por lo tanto, no es la mera definición de una actividad la que se pone en juego, sino también, y lo que es más importante, la identidad de la persona que la realiza.

Observemos cómo sigue la secuencia:

E: Ajá, y vos **laburabas de ocho a seis...**

M: Tenía una hora de **descanso**.

E: **Claro, nueve horas laburabas.**

M: Claro, nueve horas. **Y me daban 50 pesos más la hora de descanso.**

Tal como se observa en este extracto, los intercambios expresados manifiestan una tensión que sigue en juego. Esta vez, el entrevistador indica un horario de trabajo confirmando así la información obtenida previamente. La entrevistada le aclara que de la cantidad de horas declaradas, una de ellas estaba destinada al descanso. La idea del sacrificio vuelve a ponerse en evidencia en la boca del entrevistador cuando éste habla, ya no del horario cumplido, sino de las horas efectivamente trabajadas: “**Claro**, nueve horas **laburabas**”. La palabra “Claro” al inicio de esta emisión no busca reafirmar la dimensión del descanso introducida por la entrevistada en el turno anterior –el cual fue completamente soslayado por el entrevistador– sino la del trabajo (“laburabas”). A continuación, la entrevistada concede la primera parte de su turno a su interlocutor repitiendo lo último dicho por él –“Claro, nueve horas”–, pero agrega después **la información que ella desea dar**, aportando la cantidad que cobraba a diario y aclarando que además el descanso también se le pagaba –“Y me daban 50 pesos más la hora de descanso”.

La siguiente secuencia tiene que ver con el destino del dinero ganado:

E: Claro, y entonces ahí me ponías [en la encuesta] que aportabas parte de la guita para tu casa, digamos, ¿no?

M: **¿Parte? No. Todo mejor dicho.** Capaz que me quedaba con veinte pesos para solventar los gastos de la semana. Pasajes, esas cosas.

E: Claro, pero hacía falta en tu casa poner guita y, bueno, tuviste que salir a laburar...

M: No, pero aparte porque **yo quería trabajar**, quería **ocupar mis ratos de ocio**, quería ocuparlos en algo y... **no tenía nada para estudiar**, me puse a trabajar. El trabajo lo conseguí porque mi mamá trabaja en la casa de este señor que es el dueño de la empresa, y dijo que necesitaba una persona, y bueno... me recomendó a mí, y yo fui.

Cuando el entrevistador pregunta a Mariela acerca del destino de su dinero ella cuenta que prácticamente la totalidad era entregado a su familia. Sin embargo, cuando el entrevistador hace hincapié en esta idea ("...pero hacía falta en tu casa poner guita y, bueno, tuviste que salir a laburar..."), la entrevistada niega que esa sea la única razón. Ella cuenta que también buscó trabajo "para ocupar [sus] ratos de ocio"; "no tenía nada para estudiar y [se puso] a trabajar". La alternativa que deja planteada Mariela consta de dos opciones: estudiar o trabajar. Su opción por el trabajo no se fundamenta en una necesidad material sino en el tiempo libre disponible por no tener nada que estudiar.

La entrevista continúa centrada en los proyectos de estudio de Mariela para el siguiente año, a lo cual responde que su deseo es cursar la carrera de Derecho. La primera vez que Mariela es interrogada acerca de sus motivos cuenta lo siguiente:

M: Porque me gusta, sí, me gusta, **me gusta interactuar entre personas, me gusta estar entre personas** y... por eso yo elegí esta materia, esa carrera.

La primera razón expresada es el gusto por "interactuar entre personas". Esta respuesta no me resultó satisfactoria por lo que mi intención fue que Mariela pudiera pensar acerca de otras razones más específicas vinculadas con el ejercicio del Derecho. Desde mi imaginario, las posibles respuestas que esperaba de Mariela rondaban entre ayudar a otras personas, la búsqueda de la justicia, o simplemente progresar económicamente con una actividad que le gusta. Aquí vemos mi insistencia como entrevistador y su respuesta:

E: (...) ¿por qué Derecho? ¿Qué le ves? Porque digo, además de que...

M: Derecho porque yo... yo veo a los abogados, y **me encanta** cómo se visten, cómo hablan, **me encanta** la forma de expresarse que tienen, se expresan tan correctamente que **quiero** llegar a ser así como ellos, a parte **yo quiero** ser jueza, quiero llegar a ser jueza, y para eso, bueno, voy a tener que sentarme un poquito a estudiar.

La respuesta de Mariela hace alusión a los elementos simbólicos vinculados a la actividad de los abogados, presentes en su imaginario (vestirse bien y hablar "correctamente"). Según sus palabras, ella "[quiere] llegar a ser así como ellos". La palabra "ellos" engloba en este caso a un conjunto

de personas –los abogados– que según sus palabras se presenta como homogéneo y con características que ella expresa como lejanas (“quiero llegar a ser así...”). Puede observarse también que el registro empleado por Mariela durante esta parte de la entrevista, y las anteriormente citadas, se corresponde con esta pretensión. Mariela habla de “**solventar** sus gastos”, “ocupar sus ratos de **ocio**”, e “**interactuar** con otras personas”. Su forma de hablar se destaca en el aspecto lexical y gramatical frente a la de sus compañeros y compañeras entrevistados. No estamos afirmando que Mariela utilice este vocabulario en todas sus interacciones cotidianas (de hecho, observaciones realizadas durante los recreos en la escuela confirman que no es así). Su empleo se encuentra vinculado con el contexto en el que se desarrolla esta interacción específica: el marco dado por la entrevista, en un aula de la escuela, con un grabador mediante, y mi presencia². En las siguientes entrevistas mantenidas con Mariela el registro empleado por ambos fue cambiando hacia otro más coloquial.

El tiempo transcurrido en esta entrevista se tradujo en una mayor confianza por parte de ambos, lo que devino en expresar a la par gustos y sentimientos tanto de uno como del otro. Así, el entrevistador no cumple solo con el rol de interrogar. También habla de sus gustos, de su propia situación. De esta manera, “recurriendo mutuamente a eventos familiares, experiencias, y puntos de vista, no solo se asegura el *rapport*, sino que también fija la conversación en horizontes particulares de significado o de conexiones narrativas, alentando al entrevistado a elaborar los propios” (Holstein y Gubrium, 1995: 77. La traducción es propia).

Sin seguir pautas secuenciales prefijadas, la conversación transcurre y la entrevistada cuenta que le gusta mucho leer. De mi parte, comparto con ella mi poca afición por la literatura:

E: ¿Y te gusta la lectura?

M: Me gusta, sí. Me gusta bastante.

E: **A mí**, sabés que yo con la literatura, **me gusta**, pero **me cuesta** más engancharme...

M: Claro, como que **te perdés** en algo... Capaz pasó un pajarito y **te lo quedás mirando...**

² Respecto a mi presencia, podría ser evidente que no es lo mismo si habla conmigo o si lo hace con su madre o una amiga. Sin duda, los efectos sobre su discurso en cada caso serían diferentes, pero no estamos en condiciones de afirmar específicamente qué características existenciales de mi identidad como sujeto (varón, universitario, sociólogo, y la lista sería interminable) son significativamente relevantes para ella. En ningún momento de la entrevista ni en conversaciones posteriores Mariela refiere a esto por lo que sería un error atribuirle una forma de identificarme que sea relevante para ella (Pomerantz & Fehr, 2000: 109).

E: Sí, sí, como que pensás más...

M: **Te cuesta concentrarte.**

E: Sí, leo cosas, pero más de la cuestión de mi trabajo, sociología... pero literatura, agarrar una novela es raro, ¿viste? **Hay gente que lee mucha literatura.**

M: **Hay gente que le gusta. Por ejemplo, a mí me gusta bastante leer.**

Este es un momento de inflexión en la entrevista. Mariela se muestra más cómoda e interviene en la conversación a la par del entrevistador. Ya no se limita a responder a sus preguntas. También agrega comentarios involucrándolo a éste en su discurso: "Claro, como que **te perdés** en algo... Capaz que pasó un pajarito y **te lo quedás** mirando", "**Te cuesta** concentrarte". Es la primera vez en la entrevista que se refiere a su interlocutor en su discurso. Con sus nuevas emisiones favorece las del entrevistador, pero ya no en el papel del que sólo pregunta sino aportando información personal, rompiendo de este modo con la rigidez de los roles mantenidos hasta el momento.

Al mismo tiempo, la entrevistada se va involucrando subjetivamente en sus palabras cada vez más. Obsérvense las últimas emisiones de esta secuencia. Yo, como entrevistador, concluyo afirmando que, a diferencia de mi caso, "**[h]ay gente** que lee mucha literatura". Mariela comienza su turno con mis últimas palabras: "**Hay gente** que le gusta", pero después se incluye a ella en su discurso: "Por ejemplo, **a mí me gusta** bastante leer".

A partir de allí, la entrevista toma otro tono, mucho más ameno y fluido. Antes de concluir, la conversación gira en torno al trabajo de su padre y su madre y finaliza acordando mutuamente un próximo encuentro.

Aproximándonos a la entrevista como interacción social

Abordar la entrevista realizada, no simplemente como una instancia en que se obtienen datos, sino como una interacción social particular, nos permite también reflexionar sobre el fenómeno más amplio del vínculo social establecido en el que aquella tiene lugar y que se mantiene durante toda la investigación.

Esta aproximación a la entrevista como interacción comunicativa nos exige recurrir a herramientas de análisis propias de otras disciplinas diferentes a la sociología, tales como la lingüística, el análisis del discurso y, de manera particular, *el análisis de la conversación*. Un análisis de esta naturaleza puede significar una gran contribución para la interpretación de material cualitativo (Vasilachis de Gialdino, 1992b). Cabe aclarar que el propósito de este trabajo no es hacer un análisis exhaustivo de la conversación, sino que, a partir del uso de algunas herramientas, deseo dar cuenta del proceso de construcción en colaboración que acontece en el caso analizado.

La tensión entre las preguntas y respuestas observada en la primera parte del apartado anterior expresa la puesta en práctica de una negociación de significados. Sin embargo, en el momento en que la entrevista es llevada a cabo, esta tensión no emerge con claridad. El uso de las modalizaciones, de las concesiones acompañadas de adversativos (“Sí, pero...”, y en otros casos el reemplazo de “pero” por el vocablo “también”, etc.) contribuyen a la reducción de esta tensión (Tusón Valls y Calsamiglia Blancafort, 2001), cumpliendo así con el *principio de cooperación conversacional* que suele regir todo intercambio comunicativo.

Dicho principio se da en el marco de un contrato basado en el acuerdo entre los participantes de un acto comunicativo “en el que se integran los rasgos psicosociales y los rasgos lingüísticos, y, a partir del cual, se toman posiciones y se asignan a cada participante unos papeles específicos para su actuación lingüístico discursiva” (Charaudeau, 1995).

De aquí lo complejo del problema que estamos analizando. El proceso de negociación de significados al que nos venimos refiriendo es conflictivo aunque no siempre consciente y controlable. Durante la interacción comunicativa, ambos sujetos se ven envueltos en una situación que deja poco lugar para una reflexión en frío acerca de la postura a tomar. Es la “urgencia de la situación de entrevista” a la que refiere Bourdieu (1999). A diferencia de la escritura, que permite tomar distancia, reflexionar y corregir lo escrito, la entrevista, como conversación, se sustenta en el habla, lo cual implica la improvisación, acompañada de errores, repeticiones, superposiciones, etcétera (van Dijk, 2000).

El posterior análisis de la interacción se hace imprescindible pero, esta vez, ya no en el rol del entrevistador que vuelve a leer lo manifestado por el entrevistado, sino en el rol del analista de un proceso de intercambio de significados por parte de dos sujetos sociales que han interactuado (Rapley, 2001: 308 y ss; Holstein y Gubrium, 1995: 78).

De acuerdo con Seale (1998; citado por Rapley, 2001), existen dos grandes tradiciones en la interpretación de los datos surgidos de entrevistas dentro del campo de las ciencias sociales.

La primera de ellas toma a los datos de la entrevista como “fuente” (*interview-data-as-resource*) considerando a esta técnica como una ventana abierta al mundo de las representaciones construidas por los sujetos. Más allá de los recaudos tomados por parte del entrevistador, quienes se ubican dentro de esta perspectiva conciben el discurso del entrevistado como transparente, emergiendo con él un conjunto de significados que el entrevistado atribuye a su contexto y a sus acciones. Esta perspectiva se encontraría entonces más cerca de la noción de *descubrimiento*, ya que supone que los datos pre-existen pero se encuentran ocultos y solo debemos ir por ellos interrogando a un sujeto.

La segunda tradición interpretativa identificada por Seale, concibe a la entrevista como un “objeto” de estudio (*interview-data-as-topic*). Esta corriente parte de concebir a la entrevista como una práctica social situada, en la cual dos sujetos se encuentran y ponen en juego sus respectivos significados acerca de los tópicos abordados a lo largo de un proceso de negociación. En este caso, nos distanciaríamos de la idea de *descubrimiento* para acercarnos a la de *construcción*. Los datos a los que tenemos acceso no existen con anterioridad a nuestro encuentro con el otro sino que son contruidos en el mismo proceso de interacción.

Mientras que la primera corriente se caracteriza por un análisis descontextualizado de los datos de la entrevista en relación a sus condiciones sociales de producción, la segunda toma especialmente en cuenta el contexto de la entrevista.

La concepción de la entrevista como un proceso de negociación de significados conlleva varias consecuencias. La primera implica reconocer el significado específico que el entrevistado quiso instalar a través de sus palabras, teniendo en cuenta la interacción particular que ha tenido lugar. Probablemente el sujeto no exprese lo mismo en el marco de una charla cotidiana entre amigos o conversando con su jefe durante una reunión de trabajo. Lejos de quitarle valor a las palabras del entrevistado en el contexto particular de una entrevista, su discurso se torna rico en aquello que el sujeto entrevistado quiso mostrar a su entrevistador respecto de sí mismo. Este es el aspecto más estudiado dentro de esta corriente de interpretación y ha sido conceptualmente vinculado con lo que Goffman llama “adecuación moral” del sujeto (Rapley, 2001), el cual se esfuerza frente a su interlocutor por asemejarse lo más posible a los valores socialmente legitimados.

La otra gran consecuencia que se desprende de esta línea de interpretación que considera a la entrevista como “objeto” de estudio implica poner atención sobre el rol del entrevistador. Según Rapley (2001) esto ocurre con menos frecuencia; mientras la mayoría de las miradas se dirigen al entrevistado y a su continuo esfuerzo por sostener su imagen, son muy pocos los estudios que tienen en cuenta el rol del entrevistador como corresponsable en la producción de sentido que tiene lugar en una entrevista. Él también se preocupa por sostener una imagen.

Quizás dicha indiferencia encuentre alguna de sus causas en las formas dominantes de la producción del conocimiento científico que concibe al rol del investigador como neutral en términos valorativos. Lo cierto es que la interacción comunicativa que tiene lugar en la entrevista, así como también la comunicación y el lenguaje, nunca se han constituido en objetos de estudio frecuentes para la sociología (Wooffitt, 2005: 22).

Expectativas, negociación y decisiones metodológicas

Cuando las dos personas involucradas, el sujeto que investiga y el investigado, se encuentran cara a cara, las mutuas percepciones acerca del otro se transforman en *expectativas*, ya que cada uno espera que el otro se ajuste a la forma en que fue previamente concebido. Estas expectativas se materializan muchas veces en el discurso de cada sujeto de manera conflictiva, expresando discrepancias que el principio de cooperación conversacional contribuye en disipar y ocultar. Además, estas expectativas no se reducen a la interacción comunicativa de la entrevista; más bien, la trascienden, estando presentes en todo momento entre los sujetos implicados en la investigación.

En lo que respecta a la identidad de Mariela, encontramos implícitas dos concepciones diferentes de su situación: la que trae el investigador desde sus intereses y concepciones previas, y la que manifiesta la entrevistada. La primera, que abarca las razones que me motivaron a acercarme a ella desde mis criterios de muestreo intencional, es la de una persona que frente a las adversidades que vive cotidianamente, no se queda paralizada sino que las enfrenta, apostando a la búsqueda de un progreso basado en la realización de un estudio de nivel superior. Según mis concepciones previas, esto la situaba a Mariela en un lugar diferente al de sus pares, constituyéndola en un sujeto *excepcional*. Esta concepción de Mariela como sujeto excepcional es compatible con las ideas de sacrificio y esfuerzo que hemos encontrado detrás de las preguntas y los comentarios míos en el rol de entrevistador.

Por su parte, Mariela toma distancia de esta concepción una y otra vez, con cada una de sus respuestas. Ella no se identifica en su discurso con el lugar de este "sujeto excepcional", en el cual era continuamente puesta por su interlocutor. Por el contrario, Mariela busca situarse en el lugar de la "normalidad".

Esta "normalidad" es instalada discursivamente a lo largo de toda la entrevista (que por razones de espacio no puedo incluir en forma completa) a través de ideas y frases tales como: trabajo pero no mucho, no solo por lo económico, también para "ocupar mis ratos de ocio" (45)³. Además, Mariela es "bastante responsable" (52) y su jefe quedó "bastante contento" con ella (50), con su hermana se lleva "bastante bien" (161), le gusta "bastante leer" (206), y su padre trabaja con "zapatillas comunes y silvestres" (295). Mariela se presenta frente a su entrevistador como una persona con una vida normal.

³ Indico entre paréntesis el número de línea en el que se encuentra cada emisión en el texto original.

La aceptación de Mariela de ser considerada una “persona excepcional”, hubiera implicado para ella admitirse como un sujeto que, “a pesar de su pobreza”, busca progresar y salir de tal situación (algo semejante a las concepciones que me llevaron a entrevistarla). En este sentido, sus intentos constantes a lo largo de la entrevista por situarse en el lugar de la “normalidad” –dentro del contexto particular de esta interacción–, reviste un significado fundamental: no ser considerada “pobre”.

Podemos constatar entonces que las concepciones y los intereses que me han llevado hasta Mariela operan durante la entrevista en la forma de atribución de propiedades a su identidad. Mis enunciados como entrevistador no son explícitos al respecto pero hemos visto que connotan las ideas de “carencia” y “sacrificio”; atribuciones que no son aceptadas por la entrevistada. En términos de Vasilachis de Gialdino (2003: 95), tendría lugar aquí una oposición entre los *procesos “des”* (de desafiliación, desocialización, desestructuración, etc.) más propios de las teorías sociales sobre la pobreza vigentes en la actualidad, y los *procesos “re”* (de resistencia, reivindicación, redefinición de la propia identidad), que en nuestro caso se evidencian en la resistencia por parte de Mariela a ser incluida en una definición predeterminada de sujeto que, en tanto que “pobre”, la *desautoriza* como tal. Esta desautorización como sujeto se traduce en una invalidación de su palabra que tiene consecuencias directas en la interpretación de los datos.

Volver sobre la entrevista desgrabada ya no en el rol del entrevistador que indaga en un “recipiente de datos” (*vessel of data*) sino en el de “algo así como un etnógrafo de la entrevista” (Holstein y Gubrium, 1995: 78) –que observa a dos sujetos que interactúan con sus propias perspectivas–, modificó por completo mi percepción de lo que había sucedido en ese encuentro y me hizo pensar sobre las diferentes conclusiones a las que podría haber arribado en cada caso.

Una de ellas es la de servirme de la entrevista a los fines de justificar *empíricamente* mis concepciones previas acerca de la entrevistada. Dado que, por lo general, en el contexto de una tesis o de un artículo científico, no citamos la entrevista completa sino que nos limitamos a seleccionar las partes más significativas de acuerdo con nuestra argumentación, corremos el riesgo de realizar una selección sesgada que justifique nuestras ideas previas. De esta manera, uno operaría sobre el texto separando los enunciados de su contexto lingüístico original y sustrayendo lo expresado del proceso de negociación y co-construcción en el que tuvo su origen y sentido primigenio. Esta operación no es necesariamente deliberada.

Pero, si me posiciono en el rol del analista de esta interacción, pondría de manifiesto el carácter activo que conlleva tanto el rol del entrevistador como el del entrevistado. Acordamos al respecto con Holstein y Gubrium

cuando afirman que dicha condición de “activo” no tiene que ver solo con las competencias que se les atribuyen a los interlocutores en tanto que “interrogador” y “contador de historias”, sino fundamentalmente como co-productores y organizadores del sentido que emerge de la interacción (Holstein y Gubrium, 1995: 19). El primero no realiza preguntas y comentarios neutrales, mientras que el segundo no se limita a responder preguntas de manera mecánica sino que con sus respuestas introduce su propia visión de la situación. Desde esta perspectiva, que busca tomar en cuenta lo más fielmente posible la voz del otro, Mariela no cumpliría estrictamente con los requisitos teóricos que me movieron a entrevistarla, ya que con sus palabras ella no se reconoce en las mías.

Esta inadecuación se produce cuando nos acercamos a otro sujeto para entrevistarla desde las características existenciales de su identidad que son relevantes desde nuestras teorías (*nuestro sentido común sociológico*), pero que no son aquéllas con las que el sujeto conocido se identifica.

Frente a esta inadecuación se me presentan dos opciones en mi trabajo de investigación. O bien descarto el caso de Mariela y busco otro que sí cumpla con mis requisitos, o considero que es necesario sumar lo aportado por Mariela al proceso cognitivo. Esta última opción implica el reconocimiento de Mariela como sujeto. Un sujeto que, con diferencias en el modo de conocer, posee la misma capacidad que yo para hacerlo, ya que, presentando múltiples diferencias existenciales respecto de mí, somos esencialmente iguales (Vasilachis de Gialdino, 2003).

La diferencia entre la dimensión esencial y existencial presentes en la identidad de toda persona que propone Vasilachis de Gialdino me sirve en este caso por dos razones:

a) Para valorar las características existenciales de la identidad de Mariela a partir de la importancia que ella les adjudique desde su discurso (teniendo siempre en cuenta que dicho discurso se produjo conmigo como interlocutor).

b) Para no derivar acciones y conductas de Mariela a partir de ciertas características existenciales de su identidad a tal punto de *esencializarlas*, lo cual constituiría un acto de discriminación y de privación de su identidad (Vasilachis de Gialdino, 2003: 44).

Esto nos conduce a poner especial atención al tratamiento que hacemos de la información de la cual disponemos cuando la misma se origina en un intercambio comunicativo como la entrevista. Dado que los datos se originan en una interacción social particular -que tiene un inicio, un desarrollo y un final- éstos no pueden extraerse sin tener en cuenta el sentido que han tomado dentro de la totalidad de dicha interacción. Si acepto esta premisa, debería concebir a la entrevista como una unidad de sentido irreductible lo cual significa que ninguno de sus fragmentos es significativo si no atendiendo a la totalidad de la que es parte (Vasilachis de Gialdino, 2009).

La sustracción de los enunciados que hace caso omiso de su contexto lingüístico original mutila la voz del entrevistado y conlleva la ilusión de que éste aportó información de manera autónoma, aislado de toda interacción social. Al mismo tiempo, lo confirma al entrevistado como un “*vessel of data*” (Seale, 1998) pasivo y no como co-constructor activo de sentido (Holstein y Gubrium, 1995) junto al entrevistador (Rapley, 2001).

Respecto del rol del entrevistador, aquello que desde una visión tradicional (y más de tipo positivista) podría considerarse una “contaminación” sobre lo que el entrevistado quiere expresar, en este caso puede pensarse como una consecuencia natural de la condición de activos de ambos interlocutores. Por lo tanto, de lo que se trataría, es de “sacar provecho de esta interacción dinámica entre ambos participantes para poner a la luz tanto el fundamento como el proceso de elaboración de los significados en relación con los objetivos de la investigación” (Holstein y Gubrium, 1995: 76).

Si partimos de una definición relacional de la pobreza (Vasilachis de Gialdino, 2003: 91) y entendemos a las personas pobres como “aquéllas que se ven sometidas a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos, espirituales y trascendentales, imprescindibles para el desarrollo autónomo de su identidad esencial y existencia”, entonces admitimos la existencia de un sujeto en el otro polo de la relación que favorece esta privación. En el caso particular de esta investigación, podemos constatar que una de las posibles interpretaciones de los datos hubiera estado situada en este lugar. Es efectivamente desde este lugar que me acerqué a Mariela la primera vez, concibiéndola como una “persona excepcional”. Pero el problema mayor hubiera sido trasladar esta misma percepción a la interpretación de los datos impidiendo entonces que el sujeto que queremos realmente conocer se manifieste en su integridad (Vasilachis de Gialdino, 2006).

Conclusiones

Si llevamos estas reflexiones al ámbito de otras investigaciones que involucren la interacción con diferentes personas, algo parecido ocurre cuando los sujetos que queremos conocer son trabajadores que participan de un sindicato, organización, movimiento social, (o a alguna iglesia, partido político, grupo étnico, etc.). Ciertas categorías teóricas tales como “trabajador informal”, “precarizado”, “trabajo cooperativo”, propias de las temáticas de estudio que se reúnen en esta obra, pueden resultar particularmente significativas para nuestros objetivos de investigación pero pueden no serlo en la misma medida y forma para los sujetos en cuestión. Es posible que efectivamente lo sean pero no lo podemos asegurar hasta conocer a estas

personas y estar abiertos a la posibilidad de que las cosas ocurran de un modo diferente.

Como investigadores sociales tenemos la necesidad de transformar en conceptos y categorías los fenómenos que estudiamos con el fin de hacerlos asibles, comprensibles, de acuerdo con nuestras categorías previas. El principal desafío surge cuando se trata de conceptualizar -lo que implica en cierta manera objetivar- a los sujetos que estudiamos.

En el caso particular de mi entrevistada, el acto de resistencia manifestado a lo largo de nuestro intercambio es evidencia de esta oposición existente entre mi necesidad de objetivar su realidad -con el fin de que ésta cumpla con los requisitos teóricos de mi investigación- y su voluntad como sujeto de definir su situación en sus propios términos.

Las implicancias que tiene ser conscientes de este intercambio de significados -muchas veces conflictivo-, no son menores. Desde nuestro rol de investigadores sociales, debemos considerar el poder que conllevan los discursos producidos desde el campo científico. Las características propias del discurso científico lo dotan a éste de un carácter de autoevidencia y, por lo tanto, de "verdad" que es capaz de producir y reproducir realidades sociales. Tal como afirma Foucault (1980 [1992]), es a través de la circulación, acumulación y funcionamiento de estos discursos de verdad, el modo en que las relaciones de poder constituyen el cuerpo social.

En el caso de la investigación cualitativa en particular, este efecto de "verdad" se refuerza retóricamente al recurrir a los *testimonios* de los sujetos entrevistados, transcribiendo sus palabras con la ilusión de que éstas portan el sentido que aquéllos le quisieron otorgar (y sin considerar la intervención por parte del investigador).

En este sentido, es preciso entender el vínculo establecido con el sujeto estudiado -dentro del cual la entrevista es sólo una circunstancia entre tantas- como una instancia en la que tiene lugar una relación de poder. Esta relación de poder no existe sólo durante el encuentro cara a cara sino que se prolonga luego en el manejo que se hacen de los datos, en la manera en que se los interpreta, y, lo que es central, en el modo en que son nombrados y definidos los sujetos que estudiamos a través de las categorías teóricas utilizadas en los propios discursos.

Visto de este modo, nuestros discursos ya no son solamente una interpretación de lo observado, sino también una acción social en sí misma, en tanto que a través de ellos se movilizan sentidos, se construyen y transmiten modos de significar a los sujetos investigados y al mundo social del que forman parte.

Ser conscientes del carácter intrínsecamente colaborativo y negociado de los datos que obtenemos durante nuestra investigación, toda vez que nos vinculamos con los sujetos de estudio, constituye una forma válida

y necesaria para evitar la objetivación de la identidad del otro dentro de categorías científicas que, socialmente legitimadas dentro del campo científico, pueden ocultar la complejidad propia de los fenómenos sociales.

Bibliografía citada

BOURDIEU, Pierre (1999), *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

CHARAUDEAU, Patrick (1995), "Le dialogue dans un modèle de discours", *Cahiers de Linguistique Française*, Hachette, París, pp. 141-178.

FOUCAULT, Michel ([1980], 1992), *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.

GIDDENS, Anthony (1987), *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Amorrortu, Buenos Aires.

HOLSTEIN, James y Jaber Gubrium (1995), *The active interview*, Sage, Thousand Oaks, California.

POMERANTZ, Anita y FEHR, Bernard (2000), "Análisis de la conversación: enfoque del estudio de la acción social como prácticas de producción de sentido", en Teun van Dijk (ed.) *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, Gedisa, Barcelona, pp. 101-139.

RAPLEY, Tim (2001), "The art (fulness) of open-ended interviewing: some considerations on analysing interviews", *Qualitative Research*, Vol1, Nº3, pp. 303-323.

SEALE, Clive (1998), "Qualitative interviewing", en Clive Seale (ed.) *Researching society and culture*, Sage, London. (Citado por Rapley, 2001)

TUSÓN VALLS, Amparo y CALSAMIGLIA BLANCAFORT, Helena (2001), *Las cosas del decir*, Ariel, Barcelona.

VAN DIJK, Teun. (2000), "El discurso como interacción en la sociedad", en Teun van Dijk (ed.) *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, Gedisa, Barcelona, pp. 19-66.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (1992a), *Métodos cualitativos. Los problemas teórico-epistemológicos*, CEAL, Buenos Aires.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (1992b) "El análisis lingüístico en la recolección e interpretación de materiales cualitativos," en Floreal Forni,

María Antonia Gallart e Irene Vasilachis de Gialdino Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación, CEAL, Buenos Aires. <http://www.ceil-piette.gov.ar/areasinv/metcuali/metcuali.html>, 19/05/2010.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2003), Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales, Gedisa, Barcelona.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2006), "La investigación cualitativa". En Irene V. de Gialdino (ed.) Estrategias de investigación cualitativa. Gedisa, Barcelona, pp. 23-64.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2009), "Itinéraires 'dans' et 'depuis' les situations de pauvreté: une proposition d'analyse sociologique - linguistique de la narration", Recherches Qualitatives, Vol. 28, N° 2. pp. 8-36, [http://www.recherche-qualitative.qc.ca/numero28\(1\)/gialdino\(28\)1.pdf](http://www.recherche-qualitative.qc.ca/numero28(1)/gialdino(28)1.pdf), 11/03/2010.

WOOFFITT, Robin (2005), Conversation Analysis and Discourse Analysis. A comparative and critical introduction, Sage, London.

Capítulo 14

Circulaciones monetarias y capital moral: una exploración desde la participación en redes religiosas de las clases populares¹

Ariel Wilkis

Introducción

La prolífica literatura local sobre la vida colectiva en los barrios populares los destaca como lugares de acción colectiva (Svampa y Pereyra, 2003), de sociabilidad política (Merklen, 2005; Grimson et. al., 2009), de solidaridad local (Forni, 2002), de identidad social (Guber, 1984), pero rara vez se mencionan o analizan las prácticas monetarias².

¿Están los barrios desmercantilizados? ¿Están los *pobres* desmonetizados? ¿Por qué se produce esta *representación* que une barrios desmercantilizados y *pobres* desmonetizados?

Quisiera plantear la siguiente interpretación para responder estas preguntas: la producción sobre el conurbano tuvo una *afinidad electiva* con la representación de la división tripartida de Polanyi (2001 [1944]) entre *reciprocidad*, *redistribución* e *intercambio* retomada por Larissa Lomnitz (1975)³. Esta división se proyectó en las investigaciones sobre el conurbano sin alterarse dicha partición. La literatura mantiene la interpretación de la desconexión entre los sistemas de intercambio (mercado, relaciones mercantiles) y los sistemas de reciprocidad. El dinero y el mercado parecieran

¹ Indico entre paréntesis el número de línea en el que se encuentra cada emisión en el texto original.

² Si bien no es parte central de su argumento Kessler (2004) analiza los usos del dinero en jóvenes que realizan actos delictivos.

³ Probablemente, la prolongación de las tesis de Polanyi a través de Lomnitz obedezca a los resortes críticos que su obra tiene con respecto al capitalismo como disolvente de los vínculos sociales. Sobre este aspecto ver Steiner, 2007.

estar fuera de los territorios en que los pobres inscriben su sociabilidad. La *nueva matriz popular* (Svampa, 2004) o la *inscripción territorial de los pobres* (Merklen, 2005), para nombrar las dos formulaciones más logradas sobre la configuración del mundo popular luego de casi 35 años de transformaciones, nada dicen del dinero o las relaciones mercantiles. Tampoco incorporan un horizonte reflexivo sobre los hechos monetarios aquellos enfoques que intentan restituir una sociología de la pobreza que vaya más allá de la grilla de la escasez (Gutiérrez, 2004). Explícita o implícitamente, el énfasis en los factores de reciprocidad desplaza un abordaje agudo acerca de las relaciones mercantiles o las prácticas monetarias.

Incluso la literatura sociológica o antropológica, que está más próxima por temas y conceptos a indagar las prácticas monetarias, no las ha construido como un objeto específico. La literatura sobre *estrategias de sobrevivencia o reproducción social* (Torrado, 1981; Bartolomé, 1985; Forni et al., 1991, Aguirre, 2006 y Gutiérrez, 2006) no elaboró un análisis específico sobre la cualidad social del dinero para comprender y explicar dichas prácticas sociales. La línea de investigación centrada en el estudio de los presupuestos de los hogares pobres (Floreal Forni et al., 1991 y 1998) tampoco incorporó, pese a la alta proximidad temática, una objetivación de los usos sociales del dinero en la gestión de los ingresos familiares.

En términos generales, la literatura quedó demasiado encerrada en perspectivas que desequilibraron las interpretaciones sobre las condiciones de vida de las clases populares a favor de las *redes política*, el *capital social* o la *acción colectiva* o la ausencia de todas ellas. Entre la sobre-socialización y la exclusión se jugó la representación de las clases populares.

En este punto, los sociólogos críticos coinciden con los economistas. Sean ortodoxos o heterodoxos ellos igualmente representan a los pobres como desmonetizados. Roig (2009) constata cómo los profesionales de la economía representan a los pobres sin vínculos con el dinero.

La ausencia de una problematización de la oposición *reciprocidad-mercado* permitió que la *inscripción territorial de los pobres* esté marcada por la hipótesis de la centralidad de la reciprocidad en oposición al mercado (y junto con ella al uso del dinero)⁴. Estas tendencias se inscriben en una perspectiva de *mundos hostiles* (Zelizer, 2009 [2005]).

⁴ La excesiva atención a la hipótesis de la *reciprocidad* tiene una historia intelectual específica. Álvarez Leguizamón (2002) analiza esta historia en las ciencias sociales latinoamericanas constituida por el pasaje de la noción de *reciprocidad* a la de *capital social* como recursos preciados de los *más pobres* o *nuevos pobres*. En esta agenda conceptual confluyen tanto orientaciones intelectualmente críticas como las impulsadas por los organismos multilaterales de crédito.

La ausencia de una reflexión sociológica sobre las prácticas monetarias contrasta con la atención prestada al reordenamiento de las políticas sociales que, paradójicamente, ha significado una importante transferencia de dinero hacia las clases populares. El Plan Jefes y Jefas de Hogar que otorgaba una suma fija de dinero (150 pesos) a casi dos millones de desempleados en su momento de mayor amplitud alcanzó a transferir 2.310 millones de pesos en 2002 y 3.052 millones de pesos en 2003. Si bien la cantidad de beneficiarios de este plan fue disminuyendo, en parte por las mejoras del mercado de trabajo y el crecimiento económico, la implementación de nuevos programas sociales (Plan Familias, Mano a la obra, Seguro de capacitación, entre otros) implicó la continuidad de transferencias monetarias directas de dinero en calidad de programas asistenciales. Entre el 2% y el 6% del presupuesto nacional se ha utilizado para estos fines durante 2002-2009 (Cogliandro, 2010).

La perspectiva de mi investigación sostiene que es ineludible analizar cómo se forma una unidad de observación y análisis entre los vínculos sociales y las circulaciones monetarias. En este artículo llevo esta perspectiva al terreno de una red religiosa en un barrio popular de La Matanza. Me interesa mostrar cómo ella configura las posiciones de sus miembros en vinculación a la circulación monetaria y cómo está también afecta la distinción entre actores colectivos. Mostraré el efecto jerarquizador que el dinero tiene para mantener estos vínculos.

La red del padre Suárez en el barrio Villa Olimpia⁵

El cartel que agradece al padre Suárez sus 12 años de actividad en el barrio de Villa Olimpia se lo observa apenas uno atraviesa las puertas del tinglado donde funciona el comedor de la parroquia. El crecimiento de la “obra” no deja dudas: durante el período de mi trabajo de campo se inauguraron

⁵ El trabajo de campo se desarrolló durante el año 2008 en un barrio del partido de La Matanza en la localidad de San Justo: Villa Olimpia. Originada a mediados de la década del 50' fruto de los procesos migratorios del interior del país hacia la Capital Federal y de las posteriores olas migratorias de los países limítrofes -en especial del Paraguay-, Villa Olimpia fue asumiendo los rasgos de las configuraciones urbanas asociadas a las *villas miserias* (Cravino, 2007). Desde hace cinco años en el barrio se lleva adelante un proceso de “urbanización” financiado por diferentes instancias gubernamentales y organismos de crédito multilateral. El objetivo del “proyecto” es modificar las propiedades urbanas típicas de estos espacios de relegación: “abriendo” calles que reemplacen los “pasillos”, construyendo nuevas viviendas y dotándolo de infraestructura urbana (luz, agua, centros comunitarios con atención médica).

la “casa de los oficios”, el “hogar” –ambos destinados a jóvenes “adictos a las drogas”– y se estaba construyendo la nueva capilla. En estos meses, casi ninguna voz recogí que se eleve en contra de la “obra” del padre. Su figura parece intocable, sus colaboradores más cercanos no escatiman elogios sobre su persona. Un abrazo con fuerza y un saludo afectuoso (“Qué haces hermanito”!) al poco tiempo de visitar el barrio me indicaban de la calidez del trato del padre con sus allegados y con quienes, como yo, apenas lo conocen.

Quienes están próximos a la red religiosa, la historia del barrio puede narrarse a partir de los sucesivos párrocos que ejercieron su sacerdocio en Villa Olimpia. Una especie de micro-historia que tiene sus nudos y desenlaces en los recambios de los religiosos que se encuentran a la cabeza de la capilla devenida en parroquia más tarde. El padre Suárez ingresa en esta historia desde una posición singular. Hijo de inmigrantes paraguayos y “villero”, como consecuencia de la política de “erradicación” de la dictadura militar a fines de los 70⁶ su familia fue expulsada de la “villa del bajo Belgrano” y obligada a trasladarse a Villa Olimpia⁶.

Luego de ordenarse como sacerdote y de transitar por diferentes parroquias del país, Suárez fue designado párroco de Villa Olimpia en 1996. Este nombramiento fue vivido con entusiasmo: un sacerdote que había crecido en el barrio y que sus habitantes lo conocían desde pequeño ocupaba un lugar crucial en la vida colectiva de la “villa”. A diferencia de los religiosos que venían de “afuera”, Suárez era parte de la sociabilidad local sin necesidad de tener que realizar un esfuerzo para adaptarse a sus reglas. Sonia me comentaba una anécdota de un cura que había estado antes de Suárez. Pese a su origen de clase media⁷, durante el tiempo que transcurría en la “villa” se vestía “desprolijo”. Medio en broma y medio en serio Sonia le dijo: “padre, somos villeros no sucios, no hace falta que ande así!”. El padre Suárez, en cambio, no requeriría este aprendizaje dado que era uno de quienes habían alcanzado una posición prestigiosa en el barrio.

El grado de familiaridad con el barrio tiene un indicador clave: al lado de la casa que habitó de pequeño y reside actualmente, se está levantando la nueva capilla, ésta queda enfrente de la “casa de los oficios” y el “hogar”, y a metros del galpón. La distribución espacial de su “obra” se concentra alrededor de su hogar paterno como si se afirmara una conexión entre su

⁶ La política de erradicación de la última dictadura consistió en expulsar a los habitantes de las “villas” del ámbito de la ciudad de Buenos Aires. Bellardi y de Paula (1986) relatan este proceso.

⁷ “Viene de Capital” o “es de Capital como ustedes” le gusta decir a Sonia, reafirmando, así, la interconexión entre las distribuciones espaciales y sociales.

crecimiento y la pertenencia al barrio, propiedad que define su sacerdocio para quienes lo rodean ("A Suárez lo conocemos de siempre", "El padre participaba en los bailes del barrio").

Si el comedor comienza a funcionar en 1992 para 50 niños irá creciendo hasta llegar a alimentar a casi 500 personas entre niños, ancianos, mujeres y algunos hombres adultos. Pero también se irá diversificando en diferentes actividades: una modesta organización de Cáritas que brinda la "copa de leche" o la distribución de alimentos recibidos de Acción Social de la provincia, la distribución de medicamentos Cáritas San Justo, las "ferias" de ropa, los festejos del día del niño y la entrega de juguetes, los velorios organizados en el galpón, las "salidas" a las piletas durante el verano, el campamento en una laguna de la provincia de Buenos Aires, las actividades en el "hogar" para los jóvenes adictos al "paco", los talleres de la "casa de oficio" y una multiplicidad de intervenciones puntuales realizadas directamente por el padre Suárez o los miembros más cercanos de la red religiosa. Además, las actividades litúrgicas: misas, bautismos, catequesis, grupos de jóvenes, las peregrinaciones a Luján.

Circulaciones económicas diferenciadas, jerarquías y capital moral al interior de la red religiosa

Yo soy la responsable del comedor donde come gente de lunes a viernes. En ese comedor comen 550 chicos, abuelos, familias, todo el que necesite va a comer a nuestro comedor. (Villa Olimpia) Es un barrio muy grande y de gente muy humilde. ¿Quieren preguntar algo?-Insiste Rosa a los alumnos- El otro día los más chiquitos preguntaban un montón. Yo soy la organizadora, coordino el trabajo para que la gente vaya preparando la comida. La gente que viene está muy contenta porque sino no come. El lunes próximo es feriado entonces nosotros le damos la comida para que se cocinen en su casa. Es muy difícil pedirle a la gente que venga (por quienes trabajan en el comedor) ellos son... nosotros somos voluntarios. Nosotros, todos ponemos nuestro tiempo libre para ayudar. La gente que trabaja es también gente humilde que necesita llevar su comida. Todos los meses le damos mercadería como pago por su trabajo, digamos. Esta gente recibe un plan trabajar, un plan familia. Hay muchos que los reciben y no hacen nada pero ellos tienen la voluntad de venir al comedor. Ellos van, lo cobran trabajen o no trabajen. La comida nos la da Acción Social, el pan también, la empresa Gas natural nos dona las garrafas, Wal-Mart nos da 1.200 pesos después una fundación nos avala para presentar proyectos al gobierno o al PNUD, viene un asistente social a ver lo que hacemos. El Padre Suárez es muy comprometido con su barrio y ayuda en todo, busca todo lo que puede. ¿Quieren preguntar algo más?-insiste Rosa para cerrar la charla- El consejo que les doy es: siempre que tengan algo que le sobra denlo a quien lo necesite porque Dios los está viendo. (Nota de campo, 'charla' de Rosa "coordinadora" del comedor de la parroquia de Villa Olimpia en el Colegio San Antonio del barrio de Morales, agosto de 2008).

Esta *exposición* de la “obra del padre” realizada por Rosa frente a alumnos de un Colegio del barrio Morales sintetiza las circulaciones diferenciadas de bienes asociadas a la red religiosa. Comprender cómo ellas se organizan al mismo tiempo que se jerarquizan las personas (el padre, las “coordinadoras”, las “colaboradoras”, quienes retiran mercadería o almuerzan en el comedor) y sus vínculos será el objetivo de este artículo. A medida que avanzamos en su desarrollo encontraremos que el dinero ocupa un lugar relegado. Al identificar qué *virtudes* son propiedades valorizadas como *capital moral* en este microcosmos social, iremos comprendiendo que ellas tienen una relación problemática con el dinero. Este argumento tratará de mostrar que la relación desigual entre redes política y religiosa con respecto al dinero, no implica clasificarlas en términos de vínculos instrumentales a la primera y vínculos morales a la segunda. Por el contrario, la noción de *capital moral* permite tratarlas bajo el mismo instrumento de análisis y descubrir la diferencia entre las virtudes reconocidas en cada red y el impacto sobre la legitimidad de los usos del dinero (en cada uno de ellos).

Sobre el capital moral

La noción de *capital moral* remite a los esquemas de percepción y apreciación que reconocen propiedades pertinentes como *virtudes* en el marco de relaciones específicas. Estas propiedades, precisamente, funcionan como *capital* porque son sacadas de la insignificancia y la ineficiencia en las que se encontrarían en otro espacio social⁸. Los usos sociales de los juicios y evaluaciones morales sacan de la indiferencia moral a las personas y sus actos para ponderarlos y valorizarlos. A través de esta perspectiva, esta noción se convierte en un *medio conceptual* (Pharo, 2004: 360) de identificación del carácter moral, inmoral o indiferente de un hecho, persona o acto social.

La valorización a través de las obligaciones y el estatus (Weber, 1992[1920]) de las personas dentro de un orden social son elementos que la noción de *capital moral* intenta vincular. Los juicios y evaluaciones morales funcionan asociando y disociando, es decir, funcionan distinguiendo, en este caso actos y personas morales. Como todo esquema simbólico proveen los instrumentos clasificatorios sobre el lugar de los agentes en el orden social.

⁸ Sigo el argumento de Bourdieu (1989) sobre la noción de capital y su carácter socialmente contextualizado.

En este sentido, existe una íntima conexión entre el *capital moral* y la legitimidad de las jerarquías sociales (Dumont, 2001 [1966]). La noción de *capital moral* vincula la diferenciación social con las justificaciones de ocupar una posición dentro de una jerarquía social.

Las personas son *medidas* -jeararquizadas- en función del cumplimiento de obligaciones. Acumular *capital moral* es acumular legitimidad en una posición dentro de la jerarquía social. Interrogarse sobre las obligaciones que vinculan a las personas es interrogarse sobre las creencias profundas que ellas tienen sobre las posiciones de los agentes en la jerarquía social. Las obligaciones son vectores *estratégicos* de legitimación de status sociales. Yo creo que, además, esto implica observar al universo moral no como un terreno neutro sino agonístico y diferenciador. En este sentido, retomo la idea de Mauss en la versión agonística del *don*: las personas se disputan las jerarquías sociales y luchan por eclipsar moralmente a los otros, esta dinámica esta comprendida en la noción de *capital moral*.

El principio de “carisma”

Rosa y Sonia, dos mujeres de unos 60 años, son las “coordinadoras” del comedor de la obra del Padre Suárez. Sonia nació en Paraguay, Rosa en la provincia de Entre Ríos. La primera llegó al barrio en 1972, donde conoció y se casó con quien sería el padre de sus dos únicos hijos varones, un hombre de nacionalidad paraguaya que trabaja en el sector de la construcción. Rosa llegó de pequeña a Villa Olimpia junto a sus padres y 10 hermanos, siendo una de las primeras familias que poblaron el barrio. Desde los trece años trabajó en “casa de familia” como empleada doméstica, hasta que hace unos pocos años pudo retirarse. Su marido tiene una pequeña empresa de reparaciones en el barrio de Once. El esposo de Sonia ahora es el presidente de una de las cooperativas de construcción a cargo de la urbanización de Villa Olimpia. Las dos agradecen el tener una buena posición económica.

Rosa, cuando dejó de trabajar como empleada doméstica, se “acercó” al comedor. Sonia, en cambio, tiene una larga trayectoria asociada a las “actividades sociales” de la Iglesia tanto afuera como dentro del barrio (ver cuadro *Todo gracias a...*).

“Rosa y Sonia tienen que ser mi espejo” me les inculca el padre Suárez a las dos “coordinadoras” del comedor, según cuenta Rosa. ¿Qué implica este imperativo? Además de tener la responsabilidad de mostrar la “obra”,

como hizo Rosa en el colegio de Morales (ver cuadro *Las visitas a...*), este imperativo conecta con ciertos principios que regulan la participación en la red vinculada al Padre Suárez. Me gustaría dar cuenta de la creencia de Rosa y Sonia sobre la noción de “carisma” ya que ella organiza el punto de vista legítimo sobre la distribución de *determinados* bienes en la red religiosa. Podemos pensar en esta categoría como soporte de la ideología oficial de la red cuyo principal promotor es el Padre Suárez. Para comprender el rol de la categoría de “carisma” la confrontaré con los registros de la etnografía que realicé en el grupo de Cáritas de Morales⁹. Daré cuenta del equivalente funcional que en ambas distribuciones cumplen las categorías de “carisma” y de “sacrificio” para explicitar dos códigos de *capital moral* diferentes.

Cuando en el año 1996 Suárez fue nombrado párroco del barrio, Sonia no se incorporó inmediatamente al comedor. Las razones que esgrime son similares a las que la llevaron a alejarse años atrás de la participación activa en la parroquia. El retorno fue lento porque quienes estaban a cargo del comedor “tenían un manejo” que no le gustaba. Este punto de vista está sustentado por la noción de “carisma”. Como veremos más adelante, esta misma noción será utilizada por Rosa para distinguir modos legítimos e ilegítimos de distribución de *ayuda*. Los relatos estarán mediados por la participación del Padre como árbitro en el reconocimiento de esta propiedad, excluyendo a quienes no la poseen y afianzando las posiciones en la red tanto de Sonia como de Rosa. La ausencia de “carisma” corresponde a una falta de consideración de la necesidad del otro.

⁹ Morales es una localidad del Partido de La Matanza, ubicada al Oeste de la Ciudad de Buenos Aires. Desde las primeras décadas del siglo XX, inmigrantes y obreros abandonaban la ciudad y encontraban en los suburbios, como es el caso de Morales, la posibilidad de construirse una vivienda propia. La llegada del ferrocarril fue decisiva para el impulso de su fundación en 1911 en una zona rural. Al igual que en otras localidades, los servicios públicos y la infraestructura urbana del barrio fueron fruto de la intervención del Estado a raíz de las demandas desarrolladas por las sociedades de fomento. El proceso de industrialización de La Matanza fue decisivo para el crecimiento del barrio en las décadas de mitad de siglo XX. La composición social actual del barrio de Morales -14. 000 habitantes- hereda las consecuencias de la movilidad social ascendente: hijos de inmigrantes y obreros son profesionales liberales o comerciantes prósperos, se observan casas convertidas en chalets con cierto lujo- pero también los signos de la “nueva pobreza”. En Morales, el deterioro físico de las viviendas, el trabajo precario o el desempleo y la recepción de algún plan de asistencia gubernamental marcan una división social en el barrio. Sobre los márgenes del barrio se encuentra un pequeño asentamiento ilegal (llamado la “villita”) donde habitan alrededor de 100 personas. En el otro margen, se encuentra un barrio de viviendas cooperativas creado a partir de la erradicación de una villa.

El relato de Sonia afianza el principio del “carisma” en dos momentos. 1) al impugnar a un sacerdote que le negó la comunión a una mujer situación que la llevó a estar alejada de la parroquia; 2) para destacar su lenta incorporación al comedor ya cuando Suárez era párroco dado que los criterios de distribución chocaban con este principio. “¿Podés creer que le hayan negado un plato de comida a una mujer diciendo que había cupos?” Suárez me dijo indignado, “después esa gente se fue y yo tomé su lugar.” Este desplazamiento correspondía al reconocimiento de Sonia como poseedora del carisma. En referencia a una de sus compañeras, Sonia señalaba:

Claudia no tiene carisma. Mirá, el otro día estábamos y le dije Claudia tenemos que ir a visitar a esta familia que necesita un montón de cosas y no viene al comedor. Nosotros tenemos que ir a ver qué les pasa, pero quedó ahí y nunca dijo vamos. Yo cuando digo una cosa voy, yo voy directamente. Por ejemplo, ayer un hombre necesitaba azúcar, yo se que necesita. ¿Cómo le vas a dejar sin azúcar a un hombre? Claudia no le dio nada. Ella elige a la gente. Yo no quiero ser demostrativa de lo que doy o hago, no me gusta. (Nota de campo, conversación con Sonia, Villa Olimpia, junio de 2008)

El punto de vista de Rosa afirma que el “carisma” es lo que el padre espera de ellas cuando les inculca que sean “su espejo”. Esta expectativa además se refuerza cuando él toma partido por ella frente a otros miembros de la red, al igual que en el caso de Sonia.

‘Yo tuve problemas como un muchacho de acá. Le hablaba mal a la gente. Yo le dije al padre: ‘Yo no puedo coordinar (el comedor) si alguien dice que falta una lata de tomate y (en realidad) hay’. Además, yo no puedo estar a los encontronazos con una persona que quiero, porque era mi ahijado. No podíamos trabajar juntos, cuando mezquinan las cosas yo doy, mañana la providencia decidirá. Así como sé decir que no para la gente que pide por gusto. Ves semejante barrio pero yo se quien tiene. ‘Vos mañanas volves al comedor’, me dijo el padre. ‘Vos tenés razón, yo pienso que todos son sinvergüenzas, que van a comer ahí porque son sinvergüenzas, van porque son caraduras.’ Me terminó reconociendo mi ahijado. Sin embargo, le dije: ‘No, no vos sabes, lo que es ir a comer a un comedor, la humillación que sienten, no tener comida en su casa, nosotros tenemos que saber darles amor, cariño, tal vez yo estoy equivocada, pero no sirve lo que vos hacés. ¿Te acordás cuando no teníamos? Vos dejaste cosas a desperdiciar, y yo delante de Dios jamás, porque yo fui muy pobre, pero mi mamá nos daba comida, yo sé, yo empecé laburar de muy chica, la providencia se termina cuando hay alimentos que se pudren. Vos por (ser) egoísta dejaste que se pudrieran. No tenía carisma, el padre decía que no tenía carisma. (Nota de campo, conversación con Rosa, Villa Olimpia, julio de 2008)

En estos relatos se perfila el “carisma” como un valor que sirve de esquema de percepción y evaluación de los actos de quienes integran la

red religiosa por parte de quienes están próximos al padre. La convicción arraigada en personas como Sonia y Rosa acerca de que su posición al interior de la red obedece al reconocimiento del “carisma”, da cuenta de una lógica específica de acumulación de *capital moral* que en este caso implica la incorporación de este valor. Quienes han sido descalificados por el padre son quienes se han mostrado incapaces de ajustarse a las obligaciones que impone el valor-carisma. Este cumple dos funciones simultáneamente: por un lado, opera como criterio de distribución de los bienes que circulan en la parroquia; por otro lado, como pauta para la selección y permanencia de quienes integran el círculo íntimo del padre y, por lo tanto, como criterio de competencia entre sus miembros.

Así como Sonia utiliza el “carisma” como instrumento de clasificación de su compañera, respecto a quien dice que “no le gusta como trabaja” porque “elige a la gente”, los registros vinculados a las salidas de la red señalan que muchos de los conflictos se desencadenaron a partir de algún uso ilegítimo de recursos, es decir, contrarios al principio del “carisma”.

Quisiera detenerme a confrontar esta categoría con la que encontré durante las entrevistas y observaciones con las “voluntarias” de Cáritas de Morales. Mis entrevistadas del grupo de Cáritas se refirieron a la “vocación” por *ayudar* como una disposición inmemorial, siempre presente en sus vidas. Cuando reconstruyen sus biografías señalan la presencia continua de un *ethos* de la *ayuda*, donde la idea de “sacrificio” aparece en alguna de ellas:

Yo empecé a venir cuando estaba la feria para darles una mano, yo las conocía por el colegio de mis chicos. Después empecé a venir todas las veces que se hizo necesario, me hice cargo, digamos. Hoy en día siento el compromiso que tengo que venir dejando las cosas del hogar del lado. Lo hablamos hoy a la mañana preparando la mercadería que es un trabajo agotador, una de las chicas decía ‘tengo que preparar la comida, viene mi marido, otra decía dejé los platos sucios, vienen los chicos del colegio’. Es un sacrificio el que hacemos. Sabemos lo que hacemos y tenemos que renunciar a ciertas cosas, la renuncia de algo como verdadero sacrificio y te llevás una satisfacción. Sabés que le hacés bien a otro, que sos útil. (Entrevista a Mabel, local de Cáritas de Morales, septiembre de 2006)

Si las “voluntarias” de Cáritas movilizan el valor del “sacrificio” para evaluar sus obligaciones y también las de las beneficiarias, en Villa Olimpia el “carisma” implica principalmente una regulación moral al interior del grupo religioso, en especial a quienes ocupan posiciones próximas al padre.

Las primeras tienen una preocupación constante porque las beneficiarias no van a misa, les mienten o ven que son competitivas entre ellas. La

inversión de tiempo, económica y afectiva que organiza la “vocación” de las voluntarias no tiene equivalentes con los “sacrificios” que se espera de las beneficiarias.

Otros no valoran tanto, lo toman como un supermercado. Hay que concientizarlos que no todo viene de arriba. Ellos ven el paquete con el moñito. Hay que concientizar que detrás de ese paquetito hay generosidad de la gente, esfuerzo, colaboración, tiempo de la gente que está acá. Ellos no se dan cuenta que hay chicas que ponen el auto, la nafta para ir a comprar mercadería, que son voluntarios. (Entrevista a Mabel, local de Cáritas de Morales, agosto de 2006).

Estos registros permiten confrontar dos categorías equivalentes, considerando que ambas funcionan como criterio para jerarquizar las prácticas en cada grupo que, sin embargo, involucran diferentes significados. Las mujeres de Cáritas de Morales apelan al “sacrificio” como un valor ligado a una renuncia de privilegios sociales. Las mujeres de Villa Olimpia apelan al “carisma” como un don contrario a hacer uso de los privilegios implicados en participar en la red y el manejo de recursos. En un caso, los bienes que se *sacrifican* comunican¹⁰ la renuncia personal; en el otro, el “carisma” implica una identificación con el origen social de quienes lo poseen.

Las conversaciones con Sonia o Rosa pocas veces tuvieron este registro próximo a la desconfianza o la decepción. Esta ausencia puede ser explicada a partir de que ellas interpretan su vínculo con la ayuda no desde la categoría de “sacrificio”, sino de “carisma”. El imperativo es identificarse con la situación de la persona que solicita la ayuda. Por este motivo, el “carisma” es tanto un principio de acción como de evaluación entre los miembros de la red. Rosa impugnaba a un ex-compañero porque consideraba que los que iban al comedor eran todos “sinvergüenzas”. Este juicio se basa en el hecho de no comprender la humillación de almorzar en el comedor en vez de hacerlo en la propia casa.

Las “colaboradoras” del comedor

Si el principio de “carisma” da cuenta de una estructuración del *capital moral* de quienes ocupan una posición jerárquica en la red religiosa, otra circulación de bienes se desarrolla cuando tomamos en cuenta a quienes integran la red pero desde posiciones dominadas. Este es el caso de los “colaboradores” de la cocina.

¹⁰ “El sacrificio es un medio para que el profano pueda comunicarse con lo sagrado a través de una víctima” (Hubert y Mauss, 1970 [1906] :70)

El comienzo del trabajo de campo diario en Villa Olimpia se iniciaba generalmente temprano a la mañana visitando la cocina del comedor de la parroquia. Cuando arribaba, ya se encontraban algunas de las “colaboradoras” preparando la comida que empieza a ser distribuida alrededor de las 12:00 de la mañana. El comienzo del día en la cocina depende del grado de elaboración de las comidas. Marcia estaba acompañada casi siempre de su pequeño hijo. Ella es “madre soltera” y vivía con sus padres cuando éstos la echaron de la casa. Por intermedio del padre Suárez consiguió un lugar para dormir. Diana es la cuñada de Beto Ramírez; a través suyo consiguió un plan jefes y jefas de hogar. Liliana recibió el plan de parte de Sonia. Carlitos es el cocinero, también recibe un plan.

Mientras conversaba con Sonia, la colaboradora nueva acomoda tres sillas al costado de la pared de la sala de reuniones, dos enfrentadas y una de ellas a un costado. Luego se dirigió hacia la cocina y regresó con una torta en sus manos que comenzó a cortar en infinidad de pedazos. Durante todo ese tiempo, Sonia iba y venía, mientras conversaba conmigo, saludaba a la gente del comedor y retaba a unos chicos por los gritos y las corridas. Otra colaboradora ocupaba una de las sillas, situada junto a la que está frente a la torta. En ese preciso momento, Sonia, quien parecía distraída y ajena a los movimientos de esta última, también se sentó y con el cuchillo en la mano comenzó a repartir porciones de torta. El orden de la secuencia me sorprendió: Sonia tomaba una porción con el cuchillo, la ‘colaboradora’ la tomaba con una servilleta y la disponía para que Sonia - luego de soltar el cuchillo- concretase la entrega. Esta situación se repetía con cada uno de los niños y niñas que solicitaban una porción. Cuando se habían terminado de repartir todas las porciones, me ubiqué en el lugar abandonado por la ‘colaboradora’ para conversar con Sonia. (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia, junio de 2008).

La división del trabajo en la cocina y el comedor se altera cuando el alimento que se distribuye es extra-ordinario. La distribución de tortas amerita que Rosa y Sonia se encarguen personalmente de entregarlas. Habitualmente se encuentran dentro de la cocina o en la puerta del comedor. Pero estas *ceremonias* no representan más que el continuum de las jerarquías que ellas mantienen con las “colaboradoras”. El paso atrás que dan para dejarles el espacio a las “coordinadoras” lleva hacia fuera de la cocina el orden que existe adentro. Esta inversión espacial confirma a los ojos de todos lo que todos saben: quienes dirigen el comedor son Rosa y Sonia. Durante otra entrega de tortas registré:

Es el único momento que veo a Sonia y Rosa en las mesas donde se distribuye la comida. Hay bastante solemnidad en la entrega de las porciones de torta. Ellas están ahí para servirlos como resaltando su excepcionalidad, el resto de los días no suelen estar donde se distribuye la comida. Se quedan en la cocina

o en la puerta del tinglado donde aprovechan para saludar y conversar con quienes transitan a esa hora por la calle principal. (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia, agosto de 2008).

La primera nota seguía de esta manera:

Nuestra conversación se interrumpe con la llegada de Rosa que le entrega unos papeles a Sonia señalando: 'eso es lo que tenés que ir a buscar el jueves (a la Secretaría de) Acción Social'. Las 'colaboradoras escuchan las palabras de Rosa y rápidamente se ofrecen para quedarse trabajando en el comedor. Mientras almorzamos conversamos de temas relacionados al comedor y la parroquia. Terminamos de comer y hacemos una pequeña sobremesa. Al rato comienzan a levantar la mesa, todos menos Sonia, Rosa y Carlitos. A Carlitos se le encomienda revisar los alimentos para el día siguiente, tarea que realiza con ayuda de Rosa, ya que ella se dirige hacia el depósito situado en la parte de arriba de la cocina y selecciona los alimentos. Por su parte, Sonia apunta algunas cuestiones de limpieza y organización del día siguiente, a su vez distribuye en distintos envases los restos de comida. Mientras realiza esta entrega me comenta '(la comida que sobra) se la llevan los colaboradores' (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia).

Como hizo Rosa en su exposición en el colegio de Morales, ella representa la composición del grupo de la cocina diferenciando entre las "voluntarias" y quienes "se les paga con comida". La primera categoría las incluía a ella y a Sonia y la segunda a las "colaboradoras". "Son gente que viene a comer y en determinados momentos nos preguntan '¿Puedo ayudar acá afuera (sirviendo o levantando los platos, limpiando el piso), puedo ayudar a lavar los platos?', quieren venir adentro a pelar verduras y quedarse. Todas cobran un plan"

Esta representación de la división social del grupo del comedor permite comprender las jerarquías en, por lo menos, dos niveles. Además de la división entre "voluntarias" y "colaboradoras", está la división entre quienes están adentro del comedor y quienes están afuera. En este último caso el *pasaje* hacia adentro (en calidad de "colaboradora") implica considerar la manera en el cual se constituye la *oferta* de trabajo en la red parroquial para quienes ocupan sus puestos subordinados y, por otro lado, los intercambios ligados a estas posiciones.

En primer lugar, para poner en perspectiva esta *oferta* habría que tener en cuenta que los "planes" a los que hace mención Rosa indican la inscripción de sus receptoras en diferentes redes sociales. En su mayoría no los consiguieron a través de la parroquia sino por su proximidad con respecto a otras redes políticas. Este es el caso de Diana, una de las mujeres que hace más tiempo trabaja en la cocina. Ella es pariente de Beto Ramírez: "comencé con un grupo de Beto, cobrábamos el plan pero las otras chicas

dejaron de venir, eran muy jóvenes y no sabían trabajar. Habría que decirle a Beto que traiga más gente.” Objetivamente, la recepción del plan está disociado del trabajo en la parroquia, ha sido “gracias” a su cuñado que le han dado el plan a Diana. Este plan se inscribe en el flujo de otros bienes ligados al grupo de Ramírez: mercadería, trabajo para sus hijos, etc. Cuando hablamos sobre el tema Diana me dice “Ellas (por Rosa y Sonia) saben que nosotras cobramos un plan.”

En segundo lugar, el *pasaje* hacia adentro está implicado en una suerte de *carrera* entre organizaciones donde se acumula un saber hacer específico. A Pato la había conocido en el comedor sirviendo la comida. Llegaba a la hora de distribuir los platos, no trabajaba en la cocina. Tengo memoria de ella porque llevaba puesta la remera azul del “asentamiento”, la misma que usaba Patricia el día de una “movilización”. Cuando conversé por primera vez con ella fue precisamente en un ómnibus que nos llevaba a la Plaza de los Dos Congresos, una de las tantas “movilizaciones” de esa época. Cansada había dormido todo el viaje. Después me relató su día y comprendí su cansancio. Se había levantado de madrugada para hacer un trámite en la Secretaría de Acción Social, tenía que retirar la tarjeta de débito del Plan Vida. Hace 8 años que está “de voluntaria sin cobrar” en la parroquia. Durante un tiempo dejó de ir a la parroquia porque estuvo a cargo en el comedor del “asentamiento” pero este se cerró por un incendio. Hace menos de un año se separó de su pareja, los dos hijos más grandes viven con él y los cuatro pequeños con ella. “Un día la vi a Sonia y en broma le pregunté si necesitaba gente, me respondió ‘acá siempre necesitamos gente’, y bueno volví a servir, así me puedo llevar la comida para mis hijos”.

A diferencia de lo que ocurrió con Diana, a Liliana le “dieron el plan en la parroquia”. No recuerda si fue el padre Suárez o Sonia. Mientras iba a retirar comida “daba una manito”, después le ofrecieron entrar a la cocina “como a otras de las chicas: todas las que estamos adentro estuvimos afuera.” Al igual que en el caso de Pato, su saber hacer aprendido en la cocina le sirvió para integrarse a una organización de desocupados del barrio. “Me llevó Soldi -un muchacho que también colabora en el comedor-, entre los dos organizábamos la copa de leche...Fue hace unos años, no tenía plan, no tenía nada. Tenía que ir a todas las marchas, yo iba con mi hija que tenía tres años. Dejé de ir cuando tuve un problema con la señora de ahí. A los dos meses me dieron de baja el plan.” Tiempo después en la parroquia le ofrecieron un nuevo “plan”.

Esta serie de observaciones ayudan a descentrar una representación que ponga el acento en la espontaneidad de las mujeres que se acercan a “colaborar” al comedor: “son mujeres que vienen acá y empieza dando una mano”, suelen decir en la parroquia pasando por alto las condiciones

que hacen posible el *pasaje* hacia el comedor, los vínculos que sostienen la posibilidad de “colaborar”. Estas observaciones dan cuenta que la oferta de puestos en esta red tiene una afinidad objetiva con ciertas condiciones como la vinculación a otras redes o la incorporación de un saber específico que permite darle continuidad a una *carrera* asociada al trabajo en comedores (en diferentes organizaciones).

Esta realidad objetiva se complementa con una realidad subjetiva. No es sólo que los “planes” están descentrados de las obligaciones entre “coordinadoras” y “colaboradoras”, como en el caso de Diana, sino que estas relaciones están moldeadas, subjetivamente, por una legitimidad desvinculada de cualquier contrapartida monetaria.

Este punto de vista sobre los intercambios tiene dos funciones. Hacia el exterior de la red, especialmente para quienes usan el comedor, permite delimitar las demandas dirigidas a las “colaboradoras”; hacia el interior del grupo implica inculcar un sentido a las prácticas de estas últimas, más próximas a la idea “compromiso”. El siguiente registro muestra qué se comunica al disociar el pago monetario de la actividad de las “colaboradoras”:

Un hombre de alrededor de 40 años espera parado en la puerta de la cocina, cuando se acerca a una de las colaboradoras y comienza a gritarle: ‘porque no sirven, ¿qué pasa que no trabajan? Si están cobrando un plan, tienen que trabajar.’ Sonia escucha los gritos y sale de la cocina y le dice en un tono elevado: ‘¿Sabes qué? Ellas trabajan por un plato de comida y vos no te quejés, que te va bien en tu negocio (es un ‘transa’¹¹ del barrio). Sonia sale de la parroquia para comentarle la situación al padre. (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia, mayo de 2008).

Este punto de vista es el que las coordinadoras inculcan a las “colaboradoras”. Sonia menciona “nosotros hablamos con ellos (por las “colaboradoras”), siempre les decimos que esto no es un trabajo. Nosotros estamos para servir a la gente, lo nuestro no es un trabajo.” Este parece ser el punto de vista asumido por las “colaboradoras” cuando inscriben sus propias prácticas bajo la categoría de “voluntarias” y aclarar, como hace Pato, “sin cobrar un peso”. En el mismo sentido que Liliana me hablaba que a la parroquia va por “voluntad”, no por el plan.

De esta manera, el estatus de “colaboración” le da su pauta organizativa al grupo de “colaboradoras”. La lógica de distinción y unidad al interior del grupo está dada por este esquema de percepción compartido sobre el

¹¹ Vendedor de drogas prohibidas.

“compromiso”, y por lo tanto, fuente del *capital moral* que las distingue con respecto a los usuarios del comedor y entre ellas mismas.

Sonia y Rosa, al mismo tiempo que les recuerdan que no es un trabajo, les piden que se “comprometan un poco más”. “Al regresar al comedor, nos ubicamos Sonia, Rosa y yo en la mesa que ocupa un lugar central en el salón comedor. Ambas parecen un tanto disgustadas, y es Sonia quien inicia la conversación. ‘Empezamos a cocinar tarde porque me confundí de llave, pero no puede ser que las colaboradoras no se comprometan más’. Al escuchar sus palabras, indago acerca de la existencia de algún problema. Es Rosa quien no tarda en responder: ‘Yo sé que acá somos todos colaboradores, que ninguno de nosotros tiene un sueldo. Pero siempre tenemos que estar repitiendo las mismas cosas. Hoy empezaron a cocinar sin lavar las ollas, nosotros cocinamos para personas, no para perros.’ Ambas se encuentran bastante consternadas por la situación, incluso parecen desganadas porque es parte de su ‘trabajo’ acompañar a los ‘colaboradores’. ‘Puede ser que estén cansados’, afirma Rosa, ‘porque la gente que viene al comedor no es muy agradecida del trabajo que ellos hacen. Vienen, comen y se van. A veces les tiran el plato y no es fácil tratar con ellos’. (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia, mayo de 2008)

El “compromiso” que se exige está desigualmente cumplido por parte de los “colaboradores”:

“Nosotros hacemos reuniones para que se comprometan (con el trabajo en el comedor). Hay gente que entiende, como Diana. Está ahí firme. A las 8 estoy abriendo las puertas del comedor y ella está. En cambio, de Pato esperamos un poquito más porque tiene 5 hijos, tiene mucha necesidad. ¿Sabes por qué esperamos más? Porque nosotros los viernes damos aceite, leche, fideos. Marito viene a las 8, Marcia viene a las 8, Liliana viene a las 8, y vos le das la misma cantidad a quienes vienen más tarde y se enojan con ella y tienen razón.”

Esta posición subordinada en la red, sostenida por un *capital moral* asociado al valor “compromiso”, implica movilizar hacia su favor las obligaciones de quienes ocupan posiciones jerárquicas, ya sea el padre Suárez o las “coordinadoras” (Rosa e Sonia). El descentramiento de los “planes” u otros bienes materiales implica dar lugar en estos intercambios a la función de protección que estos últimos realizan por los primeros.

Marcia tiene dos hijos. Mientras todos cocinan, al menor se lo pasan de mano en mano para permitir que Marcia pueda desarrollar su tarea y también entretener al bebé. El mayor va al jardín. Ninguno de los dos tiene un padre que los reconozca. Hasta que la echaron, Marcia habitaba la casa de sus padres. A raíz de este episodio, Rosa llamó a Salcedo para pedirle para ella una vivienda. Le conté la situación de Marcia y él me respondió que había mucha gente como ella. Finalmente le consiguieron una vivienda en el asentamiento.

Los sueldos políticos y las circulaciones monetarias en redes religiosas

A esta altura del artículo una pregunta asoma con toda validez para ser formulada: ¿Y el dinero? Su escasa referencia obedece menos a un descuido en el trabajo de campo que a un verdadero indicador sociológico. Así como Bourdieu (1979) convertía los no sabe/no contesta de una encuesta en datos positivos que brindan información sobre el acceso (desigual) a la cultura legítima, las respuestas no sabe/no contesta de esta parte de la etnografía son las escasas referencias al dinero de mis informantes. En las ocasiones que fue mencionado estuvo asociado a un uso negativo. Por ejemplo, la categoría de “colaboradora” se apoya en la negación de que existiese una remuneración monetaria; también encontramos que las “voluntarias” de Cáritas se apoyan en el dinero para comunicar el “sacrificio” que supone la participación en este grupo.

Si tratamos de interpretar comparativamente la relación al dinero que tienen los miembros de la red política y de la religiosa, sería una falsa apreciación tratar a la primera como más instrumental y a la segunda más desinteresada, dada la desigual circulación monetaria que se da en ambas¹². El punto de divergencia se ubica, entonces, en otro lado.

La generalización de los sueldos políticos

Analía llegó desde el Paraguay a los 18 años en el año 1972. Trabajó varios años como empleada doméstica en una casa de familia, luego ingresó a una fábrica textil. A través de unos compañeros de trabajo tuvo conocimiento de la posibilidad de acceder en Villa Olimpia a un lote y construir su propia casa. Junto a su hermana, Analía fue la “fundadora” del “primer grupo de Cáritas” en la parroquia. La intensa actividad como “colaboradora” del padre Suárez se interrumpió al sentirse “desplazada” por otras mujeres. Cuando se desarrolló la “toma” del año 1999 participó acampando y ocupando un terreno. Luego se integró al “grupo de Salcedo” en los primeros tiempos de la “cooperativa”. Sin embargo, Analía se iba a “alejarse”, a “retirarse” de la cooperativa tiempo después de mudarse a la nueva casa. La situación que desencadenó su alejamiento fue la siguiente: Analía

¹² El argumento de esta tesis evita dar por supuesto el significado del dinero por fuera de los vínculos y usos sociales. Por este motivo queda excluida la asimilación entre dinero e instrumentalidad cara a la representación moderna del mismo (cfr: Habermas, 1999[1981]).

había pasado a cobrar la “cuota social” de una de las cooperativas, la que preside el “Colorado”. El dinero anteriormente lo recibía este último pero a partir del crecimiento de las cooperativas esta función la realizaba una “secretaria”, una mujer que habitaba en el barrio, contratada para asumir este rol.¹³

Yo le llevé el dinero y cuando se lo dejé ella ni siquiera lo miró: con el sacrificio que la gente hizo para juntar esa plata!” Fumando, cruzada de piernas no hizo nada con esa plata. ¿Cómo la plata que la gente puede utilizar para darle de comer a sus hijos se la dan a alguien que no valora? Yo le dije a Salcedo que pasaron cosas que no me gustaron por eso me retiro. Ella (por la secretaria) lo tomó como si fuera un sueldo. (Nota de campo, conversación Analía, Villa Olimpia, 21 septiembre 2008)

La “secretaria” que produjo el altercado era una mujer que había entrado a trabajar después que Analía en la “cooperativa”. La consolidación de la red política a nivel local, y la consiguiente circulación de recursos ligados a ella, implicaron una relegación relativa de la posición de Analía. Se encontraba en una posición desfasada con respecto a los criterios de evaluación que se generalizaron en la red a partir de la extensión de los “sueldos”.

La ausencia de un “sueldito” la alejaba del círculo de Salcedo y, por este motivo, optaba por “retirarse”. “Lo que a mí me duele, ¿sabés qué es? En la hora de la verdad, cuando ellos (los miembros de la cooperativa) iban a tener un sueldo no me convocaron a mí. No entiendo por qué no me llamaron”. Este punto de vista era el compartido por una de las hijas de Analía, “estaba (todo el tiempo) metida en la cooperativa, se la pasaba cocinando para ellos los domingos cuando se juntaban. Nosotros le decíamos que afloje porque otros sacan provecho.”

La “retirada” no puede ser representada en términos absolutos sino como un tiempo de espera¹⁴. Su sociabilidad cotidiana está impregnada de los contactos con Salcedo, su familia o red. En estos contactos aparece la oportunidad para matizar el “alejamiento” y recordarle a Salcedo que “cuando haya algo que me pueda beneficiar avisame, estoy para lo que necesiten”.

¹³ El proceso de diferenciación social que supuso la “urbanización” implicó cambios morfológicos relevantes. Este mismo proceso se objetiva en el traslado de las “oficinas” de la cooperativa desde la “villa” hacia la nueva parte del barrio, independizándose de los hogares donde anteriormente se encontraban y creando puestos laborales como el de “secretaria de cooperativa”. Como una manera de reflejar las tensiones que supone este proceso una de mis informantes me decía: “aca en Villa Olimpia debajo de cada piedra te encontras con una secretaria!”.

¹⁴ En el mismo sentido que esperaba Patricia.

Salcedo se acordó lo que le dije. Siempre me tiene en cuenta. Me dijo que le gustaría que yo integrara la comisión del SUM¹⁵. Yo a ese pedido lo tomé con mucha alegría. Yo veía gente que por ahí iba por si había algo que sacar del SUM, un sueldo. Yo para que la gente no mal interprete le pregunté. Nosotros cuando estábamos en la cooperativa nunca tuvimos un sueldo, yo estuve durante dos años y no tuve sueldo. A mí me surgió la idea de preguntarle porque en la cooperativa todos tienen su sueldito, están muy bien acomodados. Todo el mundo sabe que todos tienen sueldos. Cuando ya estaba formada la comisión yo le dije a Salcedo 'Antes que nada yo quiero preguntar. Esta comisión ¿cómo vamos a trabajar? A mí me quisieron de presidenta y no acepté, a mí me gusta que los jóvenes tomen la responsabilidad. Este trabajo acá en el SUM ¿Tendrá su precio? La gente que está en la comisión va a tener un sueldo. Me miró y me dijo: 'No, Analía, no va a haber sueldo. Esto es un comienzo para todos, todos tenemos que trabajar. Yo les voy a dar una idea: asocien a la gente y quien sabe si el día de mañana no van a tener un sueldo. Pero para eso tenemos que trabajar, yo los respaldo a uds. (Entrevista con Analía, Villa Olimpia, 4 de septiembre 2008)

Mientras conversábamos sobre el día de la reunión que se nombró a la comisión del SUM en la mesa se encontraba un cuaderno abierto donde estaba anotada una lista con nombres y apellidos. Analía había estado inscribiendo a niños para organizar un equipo de fútbol infantil del SUM. De este "proyecto" quería hablar con Salcedo. En él se plasmaba el "trabajo" que había solicitado Salcedo. La secuencia que sigue es interesante porque la conversación con este último es precedida por una exposición pública ante otros miembros del "grupo político" y el propio Salcedo donde Analía hace una confesión sobre sus errores que la llevaron a "alejarse" y su voluntad de querer volver a la red.

A Salcedo le pedí, antes de comenzar la reunión con las (personas de) otras villas, que conversemos. 'Cuando terminemos' me respondió. Justo en la reunión se tocó el tema. En el grupo que se había formado, éramos ocho personas, conté cual era mi propósito de compartir con ellos esa reunión. Me presenté. Les conté que yo había estado antes en la cooperativa pero como el tren viejo me descarrilé, me salí de la vía, me salí del camino. Pero hoy estoy de nuevo con otro propósito. Mi deseo es trabajar con los niños, porque yo pienso que en todos los barrios que se están haciendo se encuentra el futuro del país, que son los niños. Cuando terminó la reunión le dije a Salcedo que mi idea era formar dos equipos de fútbol y que necesitaba que me ayude por lo menos con

¹⁵ SUM: "Salón de Usos Múltiples". Esta es una edificación en la zona de las "casitas" donde se organizan actividades recreativas (una pequeña cancha de fútbol se encuentra al lado del salón).

las camisetas. Yo mientras trabajaré con las mamás para comprar otras cosas. Después de esa charla viene el mangazo para mí. ‘Vos sabes que estoy sin trabajo. Yo siempre me acuerdo que vos me decís que me tenés en cuenta acá en el SUM, hay mucho para hacer. Yo necesito tener un sueldito para mantener el SUM. (Entrevista con Analía, Villa Olimpia, 4 de septiembre 2008)

Como hemos observado, la relegación de Analía al interior de la red política tiene un indicador clave: la recepción de un “sueldo”. A través de la generalización de esta forma de pago puede evaluar su posición en relación a Salcedo y a los otros integrantes de la red. Es un marco comparativo nuevo. La circulación del dinero no sucede de manera indiferenciada sino que está *marcada*. La secuencia del encuentro en el SUM indica cómo este dinero circula en el marco del *régimen de valoración* del “trabajo político”. La situación que había desencadenado su salida de la red se desarrolló descalificando a la secretaria porque cobraba un sueldo. La *confesión* que realiza Analía sobre su “descarrilamiento” se puede interpretar como una muestra de haber incorporado los principios de percepción y evaluación del régimen del “trabajo político”. Éste implica otra percepción sobre el dinero que circula en la red. Analía se arrepiente de haber dejado de trabajar por Salcedo, que es el modo de *mostrar* su confianza en él. La salida de la red funcionó socializando a Analía en las nuevas reglas de circulación monetaria. Desde afuera de la red aprendió cómo los “sueldos” políticos se entrelazan con *virtudes* reconocidas a través del “trabajo político”. La *confesión* que realiza Analía señala la incorporación de los principios de percepción, evaluación y acción que hacen al dinero político una *moneda especial*.

Consideraciones sociológicas sobre un uso negativo del dinero

Para resaltar el carácter personalizado de los bienes que circulan en la red política que analiza en su estudio etnográfico, Auyero (2001) la compara con un grupo de la iglesia católica: “El contraste entre la ‘sinonimidad con las cosas’ de las referentes (peronistas) y la manera en que la Iglesia Católica local distribuye comida es notable. En el caso de la Iglesia, hay una *disociación explícita* entre los bienes distribuidos y la persona a cargo de la distribución. La encargada de Cáritas explica que ‘a las personas que colaboran les tenemos que hacer entender que lo que repartimos no nos pertenece (...) estamos acá para colaborar.’ Lejos de querer idealizar la caridad eclesial, aquí solamente quiero hacer notar la diferencia entre ésta y la mediación política.” (Auyero, 2001:161).

Esta comparación es comentada críticamente por Zapata (2005), quien argumenta que en ella falta explicar por qué se produce esta disociación. La autora se explayará en su trabajo sobre la propia categoría de bienes *gratuitos* y el concepto de *caridad* que inhibe el provecho y que anima una crítica a los políticos que buscan su propio beneficio. Pese a la crítica, y a la profundidad con la que trata el *ethos caritativo*, el trabajo de Zapata y el de Auyero tienen un punto en común: ninguno de los dos puede abandonar su grupo de análisis de referencia (red política, grupo religioso) y analizarlos a partir de la competencia y complementariedad que existe entre ellos. Es acertado ver a la luz de las redes *clientelares* la disociación en la entrega de bienes de parte del grupo religioso y también, es acertado ver a la luz de la categoría nativa de caridad el egoísmo de los políticos. Las preguntas que sugiero formular son las siguientes: ¿Se puede llegar a comprender desde estos enfoques lo que tienen en común estos universos sociales opuestos? Y, fundamentalmente, ¿pueden llegar a comprender que lo que los diferencia depende, en parte, de la relación que hay entre ellos?

La respuesta a la primera pregunta, vuelvo a insistir sobre este punto, se encuentra en la noción de *capital moral*. La respuesta a la segunda es más complicada y ahí re-ingresa el tema del dinero y su ausencia en la red religiosa.

Ambas redes pueden ser consideradas como productoras de diferenciaciones sociales. Sin embargo, lo realizan a través de diferentes fuentes: el poder espiritual y el poder temporal¹⁶. La identidad, el atractivo y las aspiraciones asociadas a una red dependen de cómo ella se organiza en relación a su fuente de poder para diferenciarse de la otra red. Vuelvo a insistir: cuando estos universos sociales son tratados aisladamente se corre el riesgo de interpretarlos de manera esencialista. No se puede obviar que, por más que hablemos de poder temporal o poder espiritual, estamos hablando siempre de algún tipo de poder; ni que la identidad de un tipo de poder se adquiere por diferencia respecto al otro.

La representación propia y ajena de la red política está vinculada al acceso de bienes materiales. “El proyecto que cambió al barrio” es una frase que sintetiza la narrativa pública del grupo del político local. Esta

¹⁶ Esta interpretación se inspira en los trabajos de Bourdieu sobre el campo del poder (en especial Bourdieu, 1979, 1984 y 1989) y la estructura que asume oponiendo poderes temporales y poderes espirituales. Los primeros asociados a los instrumentos de reproducción institucional o material, los segundos, asociados al reconocimiento de una trascendencia con respecto a los intereses temporales. La constante estructural que enfrenta estos dos poderes es lo suficientemente convincente (en los análisis de Bourdieu) para no aprovechar esta interpretación como una herramienta que ayude a descubrir asociaciones ocultas.

narrativa implica la redefinición de una *comunidad de referencia* (Frederic, 2004) que es acompañada con la circulación constante de recursos. Pareciera difícil que se produzca la redefinición de *villa a barrio* sin que haya agentes especializados en conseguir y administrar los bienes necesarios para sostener esta (nueva) identidad comunitaria. El proceso de “urbanización” supuso la disposición de bienes de origen estatal y la especialización de la red política en distribuirlos. Para nadie en el barrio era una sorpresa que la red política de Salcedo tenía esta relación fluida con estos bienes, imposible ocultarlo, e incluso era a partir de ella que adquiriría relevancia política. Esta configuración de la red política favorecía la circulación de dinero aunque bajo la forma de “pago político”.

Si la red política quedaba asociada al poder temporal, la red religiosa, en cambio, es un polo de atracción y diferenciación social centrado en un poder espiritual. Voy a remitirme a un registro para apoyar esta interpretación, para después avanzar sobre cómo esta configuración de especies de poder, y la competencia entre ellas, implica una relación al dinero diferente. Veamos el registro:

(Estamos en la cocina de la parroquia) Las personas llegan con sus “tapers” en la mano y los van dejando en la mesa de adentro de la cocina. Hay menos gente que otras veces, tal vez sea que hace mucho frío o que ayer se distribuyó la mercadería de (la Secretaría de) Acción Social. Cuando llega una nena a dejar su “taper”, Sonia me comenta que esta nena está yendo a catequesis ahora. ‘Estamos tratando que dos de esas nenas (que van al comedor) se integren ahí. La gente que va al comedor no va a la parroquia. Somos como el Opus Dei, no?’ (Nota de campo, comedor parroquia, Villa Olimpia, julio de 2008)

¿Cómo interpretar esta identificación con uno grupo ultraconservador y elitista de la iglesia por parte de una mujer que cuenta, entre sus anécdotas más preciadas, haber conocido al sacerdote tercermundista Carlos Mújica¹⁷ y que se identifica con una opción de catolicismo comprometida con los pobres?

No se trata, claro está, de incoherencias ideológicas, sino que la identificación con el *Opus Dei* refiere a la *distinción* que le provee la participación en las actividades litúrgicas de la parroquia. En su identificación se juega menos una referencia ideológica y más una clave para rastrear cómo se

¹⁷ Sacerdote perteneciente al movimiento de los sacerdotes del tercer mundo asesinado en la década del 70’ por el grupo parapolicial de extrema derecha A.A.A. Sonia se entretenía contando como lo conoció al Padre Mújica y también la relación que tenía con la hermana de este último.

produce una diferenciación social basada en el acceso (desigual) a bienes espirituales. A los ojos de Sonia la división espacial comedor-parroquia representa una división social. Quienes acceden a la segunda se invisten del poder simbólico que brinda desmarcase de un espacio estigmatizado como el comedor. La oferta de bienes espirituales y su uso por parte de la red del padre Suárez, producen este efecto de delimitación social que de manera extremadamente gráfica Sonia lo expresa al asociarse con el elitista grupo *Opus Dei*.

¿La vinculación negativa con el dinero no es una *necesidad hecha virtud* de un universo social como el religioso que encuentra sus fuentes de distinción (y poder) en el uso de bienes espirituales? ¿No es este uso que permite autorepresentarse siguiendo un límite de jerarquización social?

Si consideramos las *virtudes* que delimitan el pasaje y la permanencia en la red (el principio de “colaboración”), así como las que establecen su jerarquía (el principio de “carisma”), no pareciera haber mucho espacio de tolerancia para un uso público del dinero. No ocurre lo mismo con respecto a la red política. Las *virtudes* valoradas en ésta última no entran en tensión con la circulación monetaria.

La construcción de la noción de “pago político” produce la legitimidad de esta circulación. Su ausencia en la red religiosa genera tensiones específicas. Luciana recibía un sueldo por parte de la municipalidad para trabajar en Cáritas. Este dinero era fuente de recriminaciones: “¿Por qué Luciana recibe un sueldo?” Les pregunté a Rosa y a Sonia. Rosa me contestó: “Cuando a mí el Padre Suárez me ofreció le dije que no quería. Le dije que no porque yo siempre estuve bien, mi marido tiene un buen trabajo y si vengo acá (a la parroquia) es para ayudar. Luciana lo hizo (pedir el sueldo) y (sin embargo) su marido tiene un trabajo.”

En otra ocasión, una informante me comentaba que circulaba el rumor de que tanto Sonia como Rosa cobraban un sueldo por organizar el comedor. Su posición era de darle veracidad a este rumor ya que no se entendía como alguien dejaba de trabajar (refiriéndose a Rosa que abandonó su trabajo como empleada doméstica) si no es a cambio de cobrar un sueldo. Desde su punto de vista, era intolerable que sucedan estos pagos en el marco de actividades de la parroquia.

Indudablemente, este uso negativo del dinero implica marcarlo como una *moneda especial* ya que a través suyo se proyecta una trascendencia “en relación a los intereses estrictamente temporales.”¹⁸

¹⁸ Pero que “surge de la inmanencia de las luchas interesadas.” (Bourdieu, 1979: 364).

Palabras finales. La intensidad social del dinero

X, está cobrando un sueldo, ¿Cómo puede ser que no trabaje más? No es mucho, pero tendría que esforzarse.

¿Sabes que [a Z] le pagan fijo por lo que hace?

A mí me llama la atención que la señora [T] haya dejado un trabajo, seguro que ella y [W] tienen su sueldito en la parroquia.

Nosotros no cobramos nada acá -en la parroquia- pero a mí me ofreció Salcedo un subsidio, pero no lo cobré a través de él sino de un conocido mío que está en otra línea política. Espero que él no se entere

(De diferentes notas de campo a largo de la investigación)

Sería imprudente considerar desde un punto absoluto la relación entre dinero y moral como en ocasiones lo hacen los informantes. En muchas oportunidades me enfrenté a tener que analizar las apreciaciones donde las acusaciones giraban en torno a la recepción de dinero. El punto de vista que me interesa es el siguiente: la intensidad social del dinero permite comprender cómo a través suyo los agentes evalúan sus obligaciones mutuas. Si para los agentes el uso dinero puede ser una fuente de defectos es precisamente por la virtud que tiene como institución social: ser *escala* de obligaciones morales.

Nunca es tan necesario un lenguaje sociológico de relaciones cuando enfrentamos a las evaluaciones morales. Tomados aisladamente los puntos de vista de mis informantes, ellos asumen una posición absoluta. Los rumores sobre quien cobra un “sueldo”, las acusaciones directas o las impugnaciones por no ponerse a la altura del dinero recibido han sido puntos de vista recurrentes durante mi trabajo de campo.

Si las experiencias de los agentes llevan a considerar que estas apreciaciones y evaluaciones se desarrollan como posiciones absolutas, en realidad ellas son *momentos* de un desequilibrio de las obligaciones entre las personas que el dinero permite representar de manera intensa, es decir, darle existencia. En este sentido, si cada punto de vista es aislado de los otros puntos de vista y, por este motivo, se pierde de vista el efecto de conjunto que producen, no podemos dar cuenta la unidad de apreciaciones que se forma. Quienes las llevan adelante, entonces, expresan variaciones improvisadas de esta unidad (con sus *tonos* particulares de enojos, temores, broncas). Se trata, en definitiva, de sustituir la experiencia de ruptura que los agentes tienen con respecto a los otros a través de sus impugnaciones por un análisis de continuidad. El concepto de *capital moral* pretende aprehender esta unidad de apreciaciones y evaluaciones sobre las circulaciones monetarias.

Bibliografía

AGUIRRE, Patricia (2006), Estrategias de consumo: que comen los argentinos que comen. Ciepp-Mino y Davila, Buenos Aires.

ÁLVAREZ LEGUIZAMÓN, Sonia (2002), "La transformación de las instituciones de reciprocidad y de control, del don al capital social y de la 'biopolítica' a la 'focopolítica'", Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Vol. 8 , Nº 1, pp. 57-89.

AUYERO, Javier (2001), La política de los pobres. Manantial, Buenos Aires.

BARTOLOMÉ, Leopoldo (1985), "Estrategias adaptativas de los pobres urbanos: el efecto 'entropico' de la relocalización compulsiva.", en Leopoldo Bartolomé (comp.) Relocalizados: Antropología social de las poblaciones desplazadas, . Ediciones IDES, Buenos Aires. pp. 67-115.

BELLARDI, Marta y de PAULA, Aldo (1986), Villas miseria: origen, erradicación y respuestas populares, , CEAL, Buenos Aires:.

BOURDIEU, Pierre (1979), La distinction. Critique sociale du jugement. Les editions Minuit, Paris.

BOURDIEU, Pierre (1984), Homo academicus. Editions de Minuit, Paris.

BOURDIEU, Pierre (1989), . La noblesse d'état. Grandes écoles et esprit de corps. Editions de Minuit, París..

COGLIANDRO, Giselle(2010), "El programa Asignación Universal por Hijo para Protección Social y los cambios en los Programas de Transferencias Condicionadas", Documento de trabajo de Fundación Siena, Nº 12, pp. 1-8.

CRAVINO, María (2007), Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana, UNGS, Buenos Aires.

DUMONT, Louis ([1966] 2002), Homo hierarchicus. Le système des castes et ses implications, Gallimard, París.

FORNI, Floreal (comp.) (2002), De la exclusión a la organización. Hacia la integración de los pobres en los nuevos barrios del conurbano bonaerense. Ciccus, Buenos Aires

FORNI, Floreal; BENENCIA, Roberto y NEIMAN, Guillermo (1991), Empleo, estrategias de vida y reproducción. Hogares rurales en Santiago del Estero. CEIL - Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

FORNI, Floreal y ANGÉLICO, Héctor (1998). "La pobreza desde la perspectiva de los hogares: un estudio de casos en el segundo cinturón del conurbano bonaerense." Revista de Ciencias Sociales, Nº 9, pp. 159-174.

FREDERIC, Sabina (2004), *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Prometeo, Buenos Aires

GRIMSON, Alejandro; FERRAUDI CURTO, María y SEGURA, Ramiro (comp.) (2009), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*-Prometeo, Buenos Aires.

GUBER, Rosana (1984), "Identidad social villera. Resignificación de un estigma". *Runa*, N° 32. pp. 81-99.

GUTIÉRREZ, Alicia (2004), *Pobre', como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza. Un estudio de caso*, Ferreyra editores, Córdoba.

HABERMAS, Jurgen ([1981] 1999), *La teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid.

HUBERT, Henri y MAUS, Marcel ([1906] 1970), "Introducción al análisis de algunos fenómenos religiosos", en Marcel Mauss *Obras Completas I*, Barral Editores, Barcelona, pp. 57-91.

KESSLER, Gabriel (2004), *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires.

LOMNITZ, Larissa (1975), *Como sobreviven los marginados*, Siglo XXI editores, México.

MERKLEN, Denis (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*, Gorla, Buenos Aires.

PHARO, Patrick (2004), *Sociologie et Morale*, Gallimard, París.

POLANYI, Karl ([1944] 2001), *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, FCE, México

ROIG, Alexandre (2009), "Separar de sí, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos." XXVIII International Congress of the Latina American Studies Association LASA, del 11 al 14 de junio de 2009, Río de Janeiro.

STEINER, Philippe (2007), "Karl Polany, Viviana Zelizer la relation marchés-société." *Revue Mauss*, N° 29, pp. 257-280.

SVAMPA, Maristella (2004), "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular" *Laboratorio on line*, año IV, núm. 15, [<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.html>, 23/05/2010].

SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio*, Biblos, Buenos Aires.

TORRADO, Susana (1981), "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'procesos de reproducción de la fuerza de trabajo': notas teóricas-metodológicas." *Demografía y Economía*, Vol 15, Nº2, pp. 204-233..

WEBER, Max ([1920] 1992). *Economía y Sociedad*, FCE,. México.

ZAPATA, Laura (2005), *La mano que acaricia la pobreza. Etnografía del voluntariado católico*, Antropofagia, Buenos Aires.

ZELIZER, Viviana ([2005] 2009), *La negociación de la intimidad*, FCE, Buenos Aires.

Sección IV

Paradigmas, alternativas y dilemas políticos

Capítulo 15

La economía social en Europa y en América Latina

Floreal Forni
Nicolás Dzembrowski

Introducción

A partir de los años 80, en un contexto de desestructuración de la sociedad salarial, el desempleo y la precarización laboral fueron pensados como la nueva cuestión social (Rosanvallón, 1995) dado el rol del trabajo como ámbito de producción de lazos sociales. Sin embargo, desde otros enfoques, se advirtió acerca del peligro de confundir trabajo con empleo y de sustraer la relación salarial de su carácter histórico y, en este sentido, contingente (Gorz, 1998). En efecto, la nostalgia por la restauración de la sociedad salarial puede llevarnos a sostener hipótesis que resultan paradójicas, a menos que desconozcamos que la explotación y la alienación son intrínsecas a la condición salarial.

Desde otras perspectivas, en cambio, esta crisis fue interpretada como una oportunidad para recuperar tradiciones asociativas, constitutivas de la clase obrera como tal, como espacio de recreación del trabajo como sustrato de producción de bienes, pero también de sociabilidades construidas desde valores alternativos al mero lucro capitalista. Tal es el caso de la prolífica vertiente de reflexiones en torno a la economía social o solidaria que se ha desarrollado desde finales del siglo XX tanto en Europa como en América Latina. Estos textos, que recuperan las perspectivas de los pensadores pioneros en esta materia, se destacan por plantear las condiciones de posibilidad de nuevas relaciones entre estado, sociedad civil y mercado como alternativa en o frente al capitalismo.

En un contexto marcado por la conflictividad social y el aumento de la desigualdad, recuperar los aportes de estos pensadores constituye un imperativo. No obstante, una adecuada recuperación de estas conceptualizaciones requiere ponerlas en perspectiva histórica -recuperando los antecedentes fundacionales de la economía social- y también geográfica y política, para evitar transposiciones acríticas entre contextos que se caracterizan por su diversidad.

Este texto pretende constituir un aporte en este sentido, en pos de contribuir a formular ejes conceptuales desde los cuales interrogar las numerosas experiencias solidarias que renuevan el debate acerca de la cooperación entre personas como una forma de desarrollo sustentable que se imponga a los intereses de acumulación del capital.

A este fin, comenzamos por situar históricamente las primeras vertientes teóricas de la economía social o solidaria, para luego efectuar un repaso de los enfoques contemporáneos más sugerentes en Europa y en América Latina. En el final presentamos ciertos ejes de debate en torno a la economía social posible.

Revolución Industrial, desarrollo capitalista y economía clásica

La revolución industrial surgida en Gran Bretaña tuvo fuertes consecuencias sociales al desintegrar las antiguas formas de producción e intercambio (muchas veces en el seno de la familia y la comunidad haciendo que muchas personas perdieran su lugar en la estructura social y pasaran a ser desvalidos). Es a partir del siglo XIX que se plantean las primeras ideas, conceptualizaciones y acciones de una economía que priorizó la reproducción de las condiciones de vida de personas que se encontraban en situaciones desfavorables como producto de las profundas transformaciones económicas y sociales de la época.

El mundo se transformó a partir de la ampliación del comercio internacional, la revolución industrial y el surgimiento del capitalismo en su faceta racional moderna. Entre otras disciplinas científicas, la economía política surgió como respuesta a los problemas originados por la desintegración del mundo feudal y el surgimiento de nuevos actores sociales: la burguesía, luego la clase obrera y, por último, las transformaciones de los sujetos que conformaban el mundo rural. En este contexto, podemos situar -a partir de textos como los de Adam Smith quien plantea, entre otras ideas, las ventajas de la división del trabajo- las primeras formulaciones de la economía clásica. Otro de los fundadores de esta disciplina fue David Ricardo

quien formuló la teoría de la renta y planteó las ventajas comparativas de la división internacional del trabajo que fueron el fundamento del intercambio y del comercio. Desde estas perspectivas se trasluce una impronta fuertemente individualista donde el egoísmo y el afán de lucro serían los motores del sistema.

Una innovación dentro del pensamiento y la práctica económico-social de la primera mitad del siglo XIX fue la aparición de diferentes modelos de cooperativas dentro de lo que se empezó a denominar economía social. En primer lugar aparecieron las cooperativas de consumo propuestas por Owen en Gran Bretaña y Fourier en Francia (y sus propuestas de falansterio). Los antecedentes del movimiento cooperativo aparecen en Inglaterra, en 1827, con la fundación de la primera cooperativa de consumo impulsada por William King y en Francia con la primera cooperativa de producción (*L'Association Chrétienne des Bijouteries Doré*) constituida en 1832 bajo la influencia de Buchez. Por su parte las cooperativas de consumo fueron muy exitosas en Bélgica donde llegaron a ser una fuerza importante en el Partido Socialista.

En el campo de la reforma social y del análisis económico se desarrolló una corriente de pensamiento alternativo a la concepción clásica, creando una nueva economía política sustentada en finalidades sociales y regulaciones institucionales y valorativas. Estas reformulaciones teóricas operaron en un contexto en que el desarrollo de las luchas sociales y del socialismo imprimió un fuerte carácter político al panorama de las ideas y de la praxis, especialmente en el debate de las formas alternativas al capitalismo.

Las utilidades de la cooperación entre trabajadores-productores se revalorizan bajo la forma asociativa orientada a satisfacer necesidades básicas de consumo y constituyeron las expresiones sociales originarias de la economía social. Esta perspectiva fue concebida desde sus inicios como alternativa al sistema económico predominante, con eje en la clase obrera y en la política y pensada como rectora de un proceso de superación del capitalismo para una nueva sociedad.

Frederic Le Play (1806-1882) fue uno de los primeros pensadores que abordó la temática de la economía social desde una perspectiva ligada al cristianismo social. Este autor de origen francés creó la Sociedad de Economía Social (1856) e impulsó la presencia de la economía social en las Exposiciones Universales de los años 1867, 1878 y 1889. Para Le Play las cooperativas debían de tener un objetivo reformista aunque sin pretender una transformación radical de la sociedad.

Por último, y sin tener la pretensión de ser exhaustivos, cabe mencionar la importancia del pensamiento de Charles Guide (1847-1932) (Floreal Forni y Laura Roldán, 2004) quien sienta las bases de la concepción

científica de la economía social en Francia basada en el cooperativismo como alternativa superadora del capitalismo (parasitismo). Propugnó el ideal de una “Republica Cooperativa” en 1889 y fundó la Escuela de Nîmes, base del conocimiento en un crecimiento progresivo de las cooperativas de consumo. En su estatuto ideológico, funda el sentido de la economía social en un solidarismo cooperativista identificado con la clase y para las mejoras de las condiciones de vida.

Desarrollos conceptuales de la economía social en Europa (Defourny y Laville).

El reverdecer de la asociatividad. Crisis del empleo y del Estado Benefactor

Diversos autores coinciden en señalar el fin de la década del 70 y, más aún, de la década del 80 como el momento en el que la economía social adquirió una especie de reverdecimiento en Europa producto del contexto de crisis del empleo y de los primeros cimbronazos del mentado Estado de Bienestar de los principales países del continente. Principalmente en Francia, pero también en países como Bélgica y España, la economía social comenzó a tomar mayor protagonismo como realidad que nuclea a una diversidad de asociaciones que se agrupan para la realización de múltiples actividades de carácter económico, con fuerte contenido social. Entre ellas encontramos asociaciones referidas a la educación, la salud, a servicios sociales (servicios de proximidad), deportivas, culturales, de ayuda a los desempleados y sin techo, entre otras. A la par de este crecimiento cuantitativo de la presencia de la economía social y de las asociaciones que la conforman surgió una preocupación, dentro del ámbito académico, por lograr conceptualizar la emergencia de dicha realidad y, desde los poderes públicos, por contener y acompañar este reverdecer.

Jaques Defourny (2003 a, 2003 b) señala el sector de economía social como aquel que reúne actividades económicas de organizaciones cooperativas, mutualistas y asociativas, diferenciándolo de la llamada economía “no oficial” compuesta por actividades informales propias de la ilegalidad como el trabajo en negro y el comercio no declarado. En tal sentido la modernidad de la economía social se inscribe, para este autor en un ámbito de actividades económicas autónomas basadas en los valores de la solidaridad y la democracia. Para comenzar a desarrollar el análisis de este sector económico Defourny; por un lado señala el interrogante sobre las razones del resurgimiento de la economía social y, por el otro, la necesidad de definir qué se entiende en la actualidad por este concepto.

Para la primera cuestión el autor ensaya una respuesta que introduce varias aristas: en primer lugar señala la necesidad de unión de una diversidad de realidades, experiencias y actividades con objetivos comunes referidos a la financiación y capacidad de representación ante el Estado; en segundo lugar Defourny ve una continuidad con el pasado asociativo del siglo XIX generando un dinamismo de esas asociaciones en el presente que implica su consolidación y crecimiento a la vez que, ante el surgimiento de nuevas problemáticas, se multiplican las experiencias; por último, advierte que se deben tener en cuenta las consecuencias de la crisis del Estado de bienestar que deja ciertos sectores, otrora sujetos a la intervención de los poderes públicos, en manos de los propios protagonistas de las experiencias propiciando un espacio de intervención donde la economía social contribuye a su desarrollo.

En cuanto a la definición que da sobre economía social Defourny se basa en la formulación adoptada por el Consejo Valón de economía social (Bélgica), creado en 1989, que ha sido aceptada en Europa por las autoridades francesas y españolas, entre otras, basada en una definición más bien normativa: "La economía social está compuesta por actividades económicas ejercidas por sociedades, principalmente cooperativas, mutualidades y asociaciones cuya ética traduce los siguientes principios: finalidad de servicio a los miembros o a la colectividad más que de beneficios, autonomía de gestión, procesos de decisión democrática y primacía de las personas y del trabajo sobre el capital en el reparto de beneficios" (Jaques Defourny, 2003a: 90).

Finalmente Defourny señala una característica que es fundamental para continuar con el análisis del sector de la economía social referido a la combinación y articulación de prácticas de las empresas y organizaciones que la componen con los otros sectores económicos representados por el mercado y el Estado. En este sentido el autor afirma que debe evitarse la intención de querer delimitar fronteras estancas para la economía social: "Las fronteras de la economía social están "habitadas" por partenariados que impiden todo análisis puramente dicotómico" (Jaques Defourny, 2003b).

El siguiente cuadro tomado del autor grafica los diferentes actores del sector de la economía social y sus contactos con los otros sectores de la economía.

Jean-Louis Laville es uno de los principales referentes teóricos franceses de la economía social y la asociatividad, junto con autores y especialis-

Cuadro 1. *Tercer sector de la economía social*



Cuadro tomado de Defourny (2003)

tas como Alain Caillé, Philippe Chanial y Renaud Sainsaulieu entre otros. Laville aborda la cuestión de la economía social a partir de un análisis profundo de los tipos organizativos que considera como los principales protagonistas de dicho campo; en este sentido se centra en las asociaciones y en su funcionamiento como unidades de análisis para la comprensión de la economía social. Su interés, al igual que el de varios autores europeos, parte de la evidencia empírica sobre el aumento y la importancia que adquiere la actividad asociativa en Francia luego del período denominado como los “treinta años gloriosos”. Esta realidad puede ser brevemente ilustrada a través de las cifras que la economía social representa en la región en términos de empleo, sectores de actividad en los que interviene y recursos que moviliza: “según estudios desarrollados sobre siete países (Alemania, Estados Unidos, Francia, Hungría, Italia, Japón y el Reino Unido), el sector sin fines de lucro representaba, en promedio, el 3,4% del empleo total en esos países y el 3,5% del PBI para el año 1990” (Jean-Louis Laville, 1997: 35)¹. A su vez en Francia el aumento del sector se evidencia en la creación de 70.000 asociaciones por año para 1992 (en 1960 eran 12.000) y la existencia de alrededor de 700.000 asociaciones en actividad. Estos da-

¹ Traducción libre de los autores.

tos muestran el peso del sector de la economía social en parte de la región europea.

Para Laville resulta central comprender a la economía social como el ámbito en el que se desarrolla una multiplicidad de actividades económicas y sociales a través de distintos tipos asociativos (cooperativas, mutuales, asociaciones deportivas, culturales, profesionales, educativas, de defensa del medio ambiente, por los derechos de la minorías, etc.) en los que el sentimiento subjetivo de pertenencia de sus miembros es indisociable de la adopción de normas comunes de acción (Jean-Louis Laville, 1997). En este sentido para el autor la asociatividad es una fuente de producción del lazo social en las sociedades contemporáneas, "...la asociación no puede contentarse con una legitimación basada sobre la producción de bienes y servicios. La asociación es indisociable de una producción del lazo social que supone la elaboración de reglas que rigen las relaciones entre los miembros" (Jean-Louis Laville 1997: 70)²; es por esto que la asociatividad no puede ser entendida sin la referencia al bien común que la motiva.

Con respecto a la articulación de las asociaciones representantes del sector de la economía social con el resto de las actividades económicas, Laville (1997, 2001) distingue tres polos económicos: la economía de mercado, en la que la distribución de bienes y servicios es confiada al mercado mismo; la economía de no-mercado, correspondiente al sector económico donde los bienes y servicios se rigen por el principio de la redistribución organizada bajo la tutela del Estado (Estado de providencia); y la economía no-monetaria, en la que la distribución de bienes y servicios se da a través de la reciprocidad y la administración doméstica.³ Es en este último polo económico donde se desarrollan las experiencias que componen el mundo de la economía social y solidaria, las que se multiplicaron y desarrollaron de manera que superan la lógica no-monetaria incorporando formas que contemplan la complejidad del uso de herramientas monetarias y financieras propias del mercado, aunque mantienen el principio de valorar a las personas y al trabajo por sobre la rentabilidad del capital invertido.

En este sentido Laville propone superar la visión centrada en la esfera de la reciprocidad como motor y fundamento único de las experiencias de la economía social introduciendo la importancia de una imbricación entre el polo del mercado y el de la redistribución (Estado), para reforzar la multi-dimensionalidad de la economía social y las potencialidades del sector económico social y solidario como actor activo de desarrollo social

² Traducción libre de los autores.

³ Para profundizar en los fundamentos de esta caracterización ver Polanyi, Karl (1989), *La Gran Transformación*, ediciones La Piqueta, Madrid.

(Jean-Louis Laville, 2001). Laville define este sector de la siguiente forma:

“la economía solidaria puede ser definida como el conjunto de actividades que contribuyen a la democratización de la economía a partir de compromisos ciudadanos. Contrariamente a lo que pudiese hacer creer el acaparamiento de la palabra solidaridad por los promotores de ciertas acciones caritativas, la economía solidaria no es un síntoma de la desregulación que requería reemplazar la acción pública por la caridad, llevándonos más de un siglo para atrás. Ella emana de acciones colectivas que apuntan a instaurar las regulaciones internacionales y locales, complementando las regulaciones nacionales o supliendo sus faltas. No se trata de sustituir a la solidaridad redistributiva por una solidaridad más recíproca, sino de definir las modalidades de acoplamiento para completar la solidaridad redistributiva con una solidaridad recíproca que puede ser un factor de producción y entonces participar de la creación de riquezas” (Laville, 2001: 113)⁴.

Hasta aquí hemos expuesto, aunque de manera muy sintética, las posturas de quienes a nuestro entender representan las ideas y las posiciones teóricas sobre la economía social en Europa. A continuación observaremos el desarrollo del término en América Latina.

La economía social en América Latina

Representación de nuevos sujetos sociales ante las transformaciones económicas, políticas y sociales de la región

En esta sección presentaremos brevemente los principales desarrollos conceptuales en el campo de la economía social, en nuestra región, para finalizar exponiendo el pensamiento del filósofo chileno Luis Razeto Migliaro, un autor que creemos representa una originalidad destacable por su contribución a la reflexión acerca de las potencialidades de una economía y un pensamiento económico distintos a la visión única regida por la teoría neoliberal.

El desarrollo en América Latina de un *corpus* conceptual sobre economía social toma gran visibilidad en el campo académico durante la década del 90; como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales por las que atravesó la región. En este contexto numerosos autores de países latinoamericanos, principalmente argenti-

⁴ Traducción libre de los autores.

nos, brasileiros y chilenos, se ocuparon, en los últimos años, por desarrollar investigaciones en torno al sector de actividad económico-social generalmente denominado como economía social.

En el actual escenario de ruptura se ubican las nuevas visiones que reflexionan sobre la problemática urbana de la desintegración-reconstrucción que han proyectado las teorizaciones mas recientes de pensamiento latinoamericano.

Frente al cambio de contexto por crisis de empleo y emergencias en sectores excluidos surge la economía solidaria que redefine la economía social clásica y la desafía en sus posibilidades de constituirse en una representación de nuevos sujetos para una alternativa de inclusión cimentada en un nuevo estilo de desarrollo.

Resultado de esta diversidad de voces que trabajan la temática, este campo de investigación teórica presenta algunas diferencias conceptuales que caracterizan el pensamiento de cada uno de sus referentes. A continuación presentamos, en el siguiente cuadro, las diferentes visiones sobre el sector de la economía social a partir de los nombres desde los cuales ésta es abordada (Antonio Cattani, 2004).

Como se ve en el cuadro precedente los distintos desarrollos sobre economía social en América Latina presentan puntos de contacto entre sí. Si

Cuadro 2. *Los abordajes conceptuales de la Economía Social en América Latina*

Economía social	Concepto	Objetivos	Sujetos	Relación con el Estado
Economía Solidaria/ Socioeconomía Solidaria (Singer, Gai-ger, Arruda, Razeto)	Superación de la separación <i>Economía/ Sociedad</i> propia del paradigma neoclásico (no es anti-capitalista pero si No-capitalista) Desarrollo de una Socioeconomía que recupera la importancia del sujeto. Antecedentes históricos: Owenismo, Comunas agrícolas, La Rochdale,	Espacio de acción para satisfacer las necesidades de las personas, familias y comunidades bajo fines no lucrativos de redistribución igualitaria. Fuerte idea de: autogestión, cooperación, igualitarismo, preservación medioambiental, igualdad de género	Todos los ciudadanos. (Propiciar lazos sociales vinculados a la satisfacción de una amplia gama de necesidades). Prioriza a los sectores vulnerables	No tiene una lógica anti Estado (formas participativas en el nivel local) Necesitan del apoyo de la sociedad civil y del Estado

Economía social	Concepto	Objetivos	Sujetos	Relación con el Estado
Economía de la Dádiva (Lechat, Schiochet)	Reciprocidad como acto asociativo. Toda acción o prestación sin espera, garantía o certeza de retribución. Obligaciones: dar, recibir, retribuir	Creación, mantenimiento o regeneración del vínculo social. No es instrumental, no sigue el esquema medios/ fines. Privilegia la horizontalidad	Espíritu asociativo como expresión moderna de la dádiva: Movimientos Sociales, organizaciones de desarrollo social	Instancia complementaria de la redistribución del Estado. Dinámica del Don-Contra-don
Economía Moral (Lechat)	Recupera una visión consistente en normas y valores que deberían ser respetados por la actividad económica.	Parte de la economía solidaria: justicia social, solidaridad, socialización de la riqueza, privilegia el valor de uso y las necesidades sociales por sobre el valor de cambio. Respeto por el medio ambiente. Idea de bienestar común	Recuperación del sentido doméstico de la economía, Oikonomía. Origen en concepciones campesinas de justicia social. (Medio Rural S. XVIII). Forma de resistencia de los pobres	Proceso histórico de separación entre la economía y la moral
Economía del Trabajo (Coraggio)	Fuerte relación con la economía popular. Visión desde la lógica del trabajo y la primacía de los intereses de los trabajadores. Recuperar la idea primitiva del concepto de economía-oikos (Organización doméstica)	Reproducción ampliada de los miembros de las Unidades Domesticas (Contrarias a las empresas capitalistas) Asociativismo desde una doble perspectiva: a) como valor, solidaridad, reciprocidad, b) pragmatismo/necesidad de cooperación e intercambio para sobrevivir	Trabajadores, Unidades Domesticas (Núcleo funcional) Las relaciones de producción están co-determinadas por relaciones de parentesco o afinidad. Pueden generar extensiones desde su lógica: asociaciones, redes, comunidades	Confrontación en el ámbito público entre las lógicas del trabajo y del capital
Economía Popular (Razeto, Coraggio, Lisboa)	Conjunto de actividades económicas desarrolladas por los sectores populares. Supera la clasificación	- Garantizar la reproducción ampliada de las Unidades Domésticas (material y culturalmente)	Excluidos del mundo del trabajo (Estrategias individuales)	- Visión complementaria al capitalismo como opción social y

Economía social	Concepto	Objetivos	Sujetos	Relación con el Estado
Economía Popular (Razeto, Coraggio, Lisboa)	Formal / Informal (resignifica las prácticas de los trabajadores en tanto resistencia a la exclusión)	- El trabajo es el principal factor de producción, en Latinoamérica adopta 5 tipos de actividades: Soluciones asistenciales, Actividades ilegales (delitos menores), Iniciativas individuales, Microemprendimientos y Organizaciones Económicas Populares - Actividades no lucrativas realizadas en el ámbito doméstico (Melo Lisboa)	y colectivas) Remite a la oikonomía (Unidad doméstica.) Les permite vinculación con agentes y organizaciones.	económica (RAZETO) - Visión alternativa de superación (Coraggio, Lisboa, Mançe, Nuñez)

Cuadro elaborado a partir del libro de Antonio Cattani (2004)

bien las denominaciones con las que se hace referencia al concepto son diversas, todas apuntan a un posicionamiento de la economía social que, de alguna manera, supere la antinomia entre el capital y el trabajo y entre economía y sociedad como ámbitos separados. Por otra parte, en cuanto a los objetivos a los que apunta este sector económico, se destacan el mantenimiento y generación de vínculos y relaciones sociales, la satisfacción de necesidades materiales y simbólicas de los trabajadores y sus familias y la presencia de la solidaridad, la reciprocidad, la equidad, la cooperación, la asociatividad y la autogestión como valores.

La economía de la solidaridad y el factor C⁵

Razeto (1981) organiza su pensamiento a partir de la definición de las distintas instancias que componen la economía entendida como una organización consciente y racional orientada a la satisfacción de necesidades individuales, grupales y colectivas. En su perspectiva, la economía es una actividad que se extiende sobre toda la realidad humana; si bien no todas

⁵ Este apartado fue realizado sobre la base del trabajo de Johanna Maldovan (2009) Aportes del pensamiento de Luis Razeto a la economía social, Mimeo, CEIL-PIETTE, Buenos Aires.

las actividades son propiamente económicas, todas poseen una dimensión referida a la economía. Ahora bien, la forma de organización para la distribución de los recursos no es unívoca. Toda organización implica también dimensiones éticas, de valor.

Las formas que adquieran estas relaciones dependerán de tres instancias: las formas de organización, la racionalidad específica que adquieran y la lógica de operación. Cada una de estas instancias estará, para Razeto, relacionada con el sector económico de pertenencia de la actividad económica: el mercado (intercambios), el Estado (regulado) y la sociedad civil (solidario).

A su vez éste realiza una distinción entre recursos económicos y factores económicos que no es tenida en cuenta o que es simplificada por el pensamiento económico clásico.

Razeto parte de un supuesto clave en el análisis de los recursos: los mismos no son necesariamente escasos. El concepto de recursos se refiere a todos aquellos elementos y fuerzas que pueden ser potencialmente utilizados dentro de las actividades económicas. Se basan en la combinación de energía e información. Los mismos pueden provenir de la naturaleza, del hombre o de la sociedad. Los recursos no son necesariamente escasos dado que, en última instancia, su carácter es subjetivo; el potencial uso de los mismos vendrá dado a partir del otorgamiento de sentido a los mismos y de su inserción en un proyecto articulador. El potenciar y utilizar los recursos dependerá del desarrollo del conocimiento acerca de ellos, por lo que el desarrollo y el grado de constitución del sujeto serán los determinantes en su aprovechamiento y circulación. Dado que del desarrollo del sujeto depende la utilización de los recursos, en el pensamiento de Razeto la capacidad humana se convierte en el recurso principal.

Cuando los recursos son movilizados, relacionados, valorizados, productivos, se convierten en factores. La combinación racional de los mismos en pos de la producción o participación en la distribución de bienes es lo que marca su constitución como factores. Razeto distingue 6 tipos de factores: 1) factor trabajo: se refiere a las capacidades físicas e intelectuales, 2) factor tecnológico: se refiere a los conocimientos e informaciones objetivadas en sistemas técnicos de producción, 3) medios materiales: se refiere a los elementos físicos, insumos, materiales, equipos, materias primas, 4) factor financiero: se refiere a la cantidad de dinero o a la capacidad de crédito, 5) factor administrativo o gerencial: referido al sistema de coordinación o dirección y, por último, 6) el factor C: referido a la comunidad, la cooperación, la colectividad, la coordinación, la colaboración, etcétera.

Cada tipo de relación económica se corresponde con un sector y una determinada forma de propiedad que prima en él. Razeto distingue va-

rios tipos de relaciones económicas principales. En cada tipo, el flujo y la circulación de bienes serán diferentes. En este sentido existen a) relaciones de intercambio, b) relaciones de donación, c) relaciones de reciprocidad o compensación, d) relaciones de comensalidad, e) relaciones de cooperación, f) relaciones de tributación y asignación jerárquica, g) relaciones de incidencia redistributiva.

Con respecto a los lazos existentes entre las relaciones económicas, los sectores, las categorías organizadoras y las formas de propiedad, Razeto presenta el siguiente esquema:

Estos tres sectores que componen la economía presentan una relación compuesta por nexos, flujos y acuerdos que constituyen una dinámica de

Figura 1. Relaciones entre los sectores, las categorías organizadoras y las formas de propiedad



interacción y que según el autor debe ser tomada en cuenta para fomentar y comprender su desarrollo tal como se muestra en la siguiente figura.

Figura 2. *Dinámica entre los tres sectores de la economía*

En este punto nos parece relevante exponer brevemente la referencia que hace Razeto al factor C como un componente sobresaliente del res-

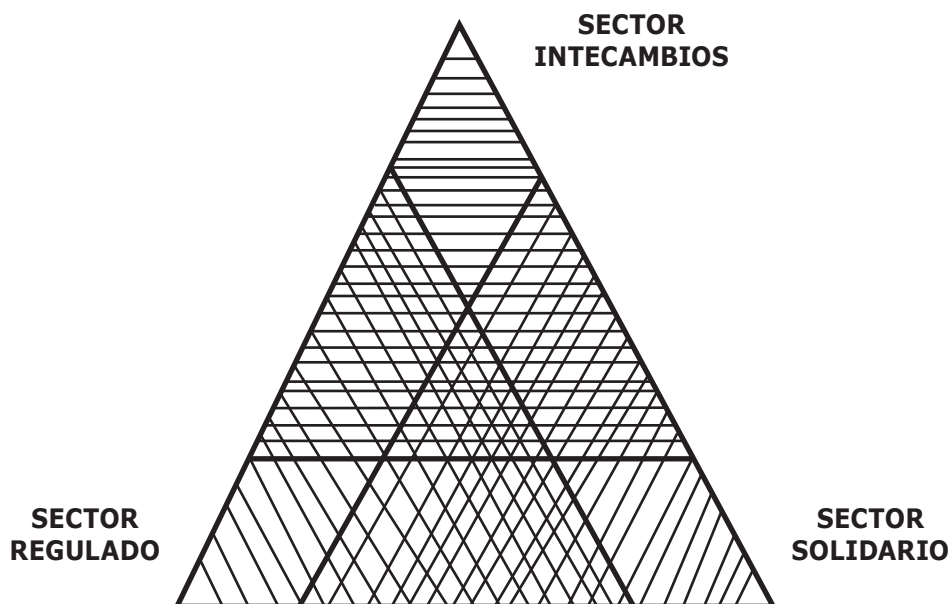


Figura tomada de Luis Razeto (1981); Economía de Solidaridad y Mercado Democrático, PET, Santiago de Chile.

to de los factores económicos en el desarrollo de las experiencias de la economía solidaria. El mismo se refiere a las capacidades que los sujetos ponen en juego, en sus interacciones sociales, para la realización de los objetivos propuestos por el grupo. Su contenido se evidencia, entre otros, en la cooperación en el trabajo, el uso compartido de conocimientos e informaciones, la adopción colectiva de decisiones, incentivos psicológicos que derivan de rituales propios del trabajo en equipo; en definitiva, en la importancia del componente comunitario. Para que este factor se torne presente en los grupos, el autor considera la necesidad de ciertas condiciones que lo estimulan y jerarquizan como la existencia de una necesidad económica imperiosa de subsistencia de los sectores empobrecidos, la previa presencia de organización social con objetivos extra económicos (culturales, políticos, religiosos), las motivaciones ideológicas que llevan

a las personas a buscar modos de vida alternativos y la intervención de un estímulo externo orientado a promover la organización (donación, asesoramiento, asistencia técnica, financiación, etcétera.)

Razeto considera que la situación de pobreza y marginalidad de amplios sectores de la población en el contexto latinoamericano, producto de las políticas neoliberales adoptadas en las últimas décadas, permanece activa en sus capacidades económicas y que ante la imposibilidad tanto de trabajar como de consumir en la economía formal, el mundo de los pobres se ha activado económicamente, dando lugar a diferentes actividades y organizaciones que configuran la economía popular (Floreal Forni, Héctor Angélico, Laura Roldán, 2003).

Conclusiones

La economía social presenta características diferenciales en Europa y América Latina. Si bien hemos visto que los antecedentes de un pensamiento económico alternativo a la visión de la economía clásica se originan en la primera mitad del siglo XIX de la mano de teóricos europeos, los desarrollos latinoamericanos presentan singularidades en sus formulaciones contemporáneas, sobre todo por las diferentes realidades sociales, económicas, políticas y culturales que recorren ambas regiones.

La actual perspectiva europea retoma la larga tradición de desarrollos conceptuales y experiencias asociativas, cooperativas y mutualistas concretas, prestando atención al reverdecer de la economía social bajo viejas y nuevas tradiciones, especialmente en un contexto de agotamiento del paradigma del Estado Benefactor. En tal sentido los teóricos plantean el surgimiento de una “nueva economía social”, que en este contexto identifica nuevas necesidades sociales que se engloban bajo esta denominación. Nos referimos al surgimiento de asociaciones que se originan en la defensa de derechos y reivindicaciones de determinados grupos (ambientalistas, feministas, antiglobalización, etc.) que se suman al conjunto de instituciones asociativas de más larga data. Por otra parte se desarrollan diversas experiencias concretas que remiten a la problemática del trabajo y el empleo, como es el caso de las empresas de inserción social (Giuseppina Sara Da Ros, 2007).

Este panorama caracteriza los desarrollos europeos y se diferencia, como ha quedado expuesto a lo largo del capítulo, de la perspectiva latinoamericana.

En América Latina la economía social adopta características centradas en la resolución de problemáticas urgentes, en términos de satisfacción de la reproducción de necesidades de vida de amplios sectores de la población, que ante la crisis estructural del mercado de trabajo en la región

recurren a la modalidad asociativa. Las diferentes conceptualizaciones que hemos desarrollado remiten principalmente al componente de solidaridad y reciprocidad de los sujetos que protagonizan las experiencias, como forma de sostenimiento de esta alternativa económica a la rigidez de los condicionamientos del mercado.

Por otro lado, es en América Latina donde se desarrollan interesantes cuestionamientos al mandato del pensamiento único en materia de desarrollo económico, cimentando una perspectiva alternativa y superadora, aunque en muchos casos pueda ser criticada por su filantropismo.

Creemos que el rol de los Estados, en Europa pero fundamentalmente en América Latina, será de vital importancia para que el desarrollo de la economía social y solidaria consolide un sector de actividad que pueda superar la inmediatez del voluntarismo de sus protagonistas y, de esta manera, amplíe sus perspectivas de crecimiento. En definitiva creemos que el futuro de la economía social y solidaria se encuentra fuertemente signado por la capacidad que los diferentes actores económico-sociales (estado-mercado-sociedad civil) de la región tengan para generar un dinamismo que permita la creación de espacios de interacción entre los sectores, sin dejar de tener en cuenta el papel de la economía social como generadora de vínculos sociales.

Bibliografía

ARRUDA, Marcos (2004), "Socioeconomía solidaria", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

CATTANI, David (org.) (2004), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

CORAGGIO, José Luis (2004), "Economía del trabajo", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

DA ROS, Giuseppina Sara (2007), "Economía solidaria: aspectos teóricos y experiencias", en *Revista Unircoop*, Volumen 5, Número 1, ISSN 1705-2165, Junio 2007, Québec.

DEFOURNY, Jaques (2003a), "Orígenes, contextos y funciones de un tercer gran sector", en Mirta Vuotto (comp.), *Economía Social. Precisiones conceptuales y algunas experiencias históricas*, Altamira, Buenos Aires.

DEFOURNY, Jaques (2003b), "La larga marcha del concepto de economía social", en Mirta Vuotto (comp.), *Economía Social. Precisiones conceptuales y algunas experiencias históricas*, Altamira, Buenos Aires.

FORNI, Floreal y ROLDAN, Laura (2004), "Continuidades y rupturas en la economía social", en Floreal Forni (comp.), *Caminos Solidario de la*

Economía Argentina, CICCUS, Buenos Aires.

FORNI, Floreal; ANGÉLICO, Héctor; ROLDAN, Laura (2003), "La economía social y Solidaria. Continuidades y rupturas desde una interpretación de la literatura.", en 6º Congreso nacional de estudios del trabajo, Buenos Aires.

GAIGER, Luiz Inácio (2004) "Emprendimientos económicos solidarios", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

GORZ, André (1998), *Misericordias del presente, riquezas de lo posible*, Paidós Ibérica, Buenos Aires.

LECHAT, Noëlle M. P (2004), "Economía moral", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

LECHAT, Noëlle M. P. y SCHIOCHET, Valmor (2004), "Economía de la dádiva", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

LAVILLE, Jean-Louis (2001), "Les raisons d'être des associations", en Jean-Louis Laville, Alain Caillé, Philippe Chanial, et al., *Association. Démocratie et société civile*, La Découverte, Paris.

LAVILLE, Jean-Louis (1997), "L'association: une liberté propre à la démocratie", en Jean-Louis Laville y Renaud Sainsaulieu, *Sociologie de l'association. Des organisations à l'épreuve du changement social*, Desclée de Brouwer, París.

MALDOVAN, Johanna (2009), "Aportes del pensamiento de Luis Razeto a la economía social", Mimeo, CEIL-PIETTE, Buenos Aires.

MELO LISBOA DE, Armando (2004) "Tercer sector", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

POLANYI, Karl (1989), *La Gran Transformación*, ediciones La Piqueta, Madrid.

RAZETO, Luis (1981), *Economía de Solidaridad y Mercado Democrático*, PET, Santiago de Chile.

ROSANVALLON, Pierre (1995), *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Manantial, Buenos Aires.

SINGER, Paul (2004), "Economía solidaria", en David Cattani (org.), *La otra economía*, Altamira, Buenos Aires.

Capítulo 16

De la utopía medieval a la economía social: grupos católicos y trabajo asociativo

Luis Miguel Donatello¹

Introducción

Muchas veces las investigaciones desarrolladas en torno al mapa semántico demarcado por los términos *trabajo asociativo*, *economía social* o *economía solidaria* conduce a un problema metodológico: adoptar acríticamente los enunciados de los actores y dar cuenta de sus experiencias en términos de elección voluntaria y creación individual.

Adoptando una posición crítica frente a este tipo de concepción, este trabajo apunta a dar cuenta de las raíces sociales e históricas de dichas experiencias, enfatizando un aspecto que por momentos aparece soslayado: el rol de las sociabilidades religiosas en tales construcciones.

Nos acercamos así a un conjunto de experiencias de trabajo asociativo y economía solidaria desarrolladas por grupos católicos, partiendo de dos preguntas: ¿Qué vínculos guardan estas experiencias con fenómenos análogos en el largo plazo? ¿Qué concepciones, argumentos e imágenes se encuentran ocultas detrás de ellas?

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue publicada bajo el título “Catolicismo y racionalidad económica. “Trabajo, Ascetismo y comunitarismo” en *Caminhos*, Programa de Pós-Graduação Stricto Sensu em Ciências da Religião, Universidad Católica de Goiania, Volumen 5, n° 2, pp. 347-359. Vale la pena aclarar que el foco del problema en dicho artículo era la temática de la racionalidad económica. Por el contrario, en el texto que aquí se presenta, con sensibles modificaciones, se enfatiza otro ángulo: el de las concepciones y prácticas del trabajo asociativo.

Frente a estas preguntas planteamos como hipótesis que a partir del trabajo etnográfico sobre algunos rasgos de la conjunción entre catolicismo y trabajo asociativo, podremos conocer ciertas propiedades más generales de aquello que se denomina *economía social*.

La investigación sobre la que se sustenta este artículo fue realizada entre los años 2005 y 2006 con el apoyo financiero de CONICET y de CLACSO a través del programa “Transformaciones en el mundo del trabajo: efectos socio-económicos y culturales en América Latina y el Caribe”.

Una historia de larga data

En la historia del pensamiento y de los modos de construcción política de la cultura socialista, podemos encontrar una fuerte tensión entre las tendencias que proponían, antes que todo, el control del poder del Estado como condición de posibilidad del cambio social, y aquellas que, por el contrario, proponían un camino inverso que suponiendo que mediante la creación de formas comunitarias *originales* podía dar lugar a nuevas prácticas sociales (Cole, 1959). Partiendo del legado de Marx en sus polémicas con Proudhon y Bakunin, hasta los debates entre la socialdemocracia y el socialismo industrial, durante buena parte del siglo XX hemos asistido al enfrentamiento entre defensores de estas posiciones antagónicas.

Así, las utopías libertarias del anarquismo, entraban en colisión con los partidos socialdemócratas primero, y comunistas después. Luego asistimos a las distintas confrontaciones en el seno del movimiento obrero con respecto a seguir o no el parlamentarismo, para llegar a lo largo del siglo XX a distintos modelos de cambio social revolucionario.

En ese sentido, tanto la experiencia bolchevique en Rusia, como el maoísmo chino, la Cuba de Fidel Castro o los inicios de las experiencias socialdemócratas europeas de los 80; –constituyeron referencias insoslayables para quienes veían al Estado como una *vía al socialismo*.

Por el contrario, desde la crítica trotskista –aunque no necesariamente del propio Trotsky pueda incluirse en esta clasificación– hasta las experiencias balcánicas; desde las formas *antiburocráticas* de acción colectiva que surgen en Europa en los años 60, hasta las contemporáneas corrientes que proponen la democracia sindical; podrían ligarse al segundo polo.

Ahora bien, estas discusiones –sobre todo ideológicas– estaban fundamentadas y, del mismo modo que poseían su correlato, en una serie de experiencias específicas. Es decir, a las discusiones sobre cómo construir distintas vías “utópicas” –condición que se atribuían las distintas vertientes para denostarse entre sí–, hay que agregar en el plano histórico concreto, las distintas fuerzas políticas que se reivindicaban socialistas y/o

contestatarias, como también las configuraciones que fue asumiendo el movimiento obrero. Todas ellas suponían maneras de afrontar el *día a día*, ni más ni menos que mediante la búsqueda de herramientas de construcción de un poder social contra-hegemónico. En este proceso se perfilaron en América Latina, al igual que en el resto del mundo, modos de gestión de las necesidades, por medio de los partidos anarquistas, socialistas o comunistas (Rama, 1977) o, por el contrario, a partir de espacios que pugnaban por la representación de los sectores subalternos –y en ello la experiencia argentina del peronismo es un ejemplo clásico–, en función del objetivo o del cambio o de la integración social.

Más allá del mote de *utópicas*, estos debates operaron durante la modernidad en el campo de las subalternidades poniendo en discusión las estrategias para enfrentar el problema cotidiano de la calidad de vida de los trabajadores. Muchas veces esto tuvo la cara de la política social, es decir, de concesiones realizadas por el Estado *burgués* para evitar un incremento de la conflictividad. En otras, hasta los mecanismos empleados fueron el fruto de la lucha de clases.

Pero, independientemente de la posición del Estado, en nuestro continente y, específicamente, en la Argentina, se desarrollaron modos creados a partir del mundo del trabajo: desde las cajas de pensiones obreras a fines del siglo XIX, hasta cooperativas de consumo a través de entidades de crédito o a partir de programas de construcción de viviendas, entre otras ricas experiencias. Y de manera muchas veces independiente de la iniciativa de los partidos políticos que pugnaban por la representación del *proletariado*, surgieron ensayos autónomos con respecto al Estado a los efectos de afrontar el *día a día*.

En ese sentido, el catolicismo vernáculo, en su pugna con el liberalismo y con el socialismo y con el objeto fundacional de morigerar el conflicto social, tempranamente compitió en estas arenas.

Siguiendo el modelo propuesto desde Roma, en 1919 se intentará centralizar las diversas corrientes del movimiento católico dentro de la Unión Popular Católica Argentina. Ello suponía borrar los intentos de autonomía del movimiento católico, buscando disolver no sólo sus expresiones políticas, sino también a otras organizaciones que estaban surgiendo, como la Liga Social Argentina (fundada en 1909) o los centros católicos de estudiantes (creados hacia 1910). Tales medidas implicaban el disciplinamiento y la organización de las distintas líneas de acción en torno a tres asociaciones: la Liga de Damas Católicas, la Liga de Juventud Católica y la Liga Económico - Social. El máximo encargado de ello será el mentado Monseñor De Andrea, representante de la modernización del clero. Su éxito más palpable se concretará ese mismo año con el lanzamiento de la Gran Colecta Nacional. En virtud del incremento de la conflictividad

social producida por las huelgas se coordinarán esfuerzos en torno una serie de obras sociales con el objeto de morigerar aquellas tensiones. Los resultados serán expuestos en forma deliberada por Monseñor De Andrea: combatir al socialismo en su “medio natural”. De ahí que la colecta tuviera como objeto generar un vasto y ambicioso plan destinado a las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores que incluía viviendas - donde los éxitos fueron más palpables - universidades, institutos femeninos, sindicatos y cajas rurales, entre los aspectos más destacados (Di Stefano y Zanatta, 2000 y Mallimaci, 1992).

Esta referencia histórica nos permite ver entonces, cómo el modo de afrontar el problema de la calidad de vida del mundo del trabajo, se constituirá en el objetivo privilegiado del movimiento católico, en pugna tanto con socialistas y anarquistas, como con liberales.

Mundo católico y organizaciones sociales en el ámbito de la economía solidaria

Un indicador sumamente importante del carácter de una forma de organización, es su capacidad para satisfacer demandas de bienes y servicios de aquellos ámbitos sociales constituidos en “focos” para determinados grupos católicos que desarrollan experiencias de trabajo asociativo.

Daremos cuenta aquí de un conjunto de un conjunto de ejercicios etnográficos desarrollados entre Marzo y Agosto de 2006. A partir de entrevistas previas realizadas a dirigentes de ONGs ligadas de diversas maneras a la Iglesia Católica se llevó a cabo, la selección de cinco escenarios: la Parroquia de Santiago Apóstol, ubicada en Polvorines, y la Fundación Madre Tierra, en Morón, ambas en la provincia de Buenos Aires; el Centro Comunitario San Cayetano de Cáritas y la Fundación Soldati, situadas en Villa Lugano, Ciudad de Buenos Aires y, finalmente, en la red monacal franciscana, situada en diferentes puntos de la misma ciudad. Salvo el último caso, que funcionó como un extremo comparativo, los otros se sitúan en áreas periféricas y vulnerables de la Capital y su conurbano.

El trabajo sobre el terreno implicó dos tipos de tareas. En los casos donde se ofrecen productos para el consumo directo, se procedió primero a la compra de alguno de ellos acompañada de conversaciones con los vendedores. Una vez establecida la confianza, a partir de haber visitado los locales en dos o tres oportunidades con motivo de efectuar algunas compras, sostuvimos conversaciones con los *animadores* de los emprendimientos. Allí se fue aclarando la situación –sobre la investigación que estábamos llevando a cabo– pero evitando el uso de grabador, para que las personas pudieran relatar con mayor libertad sus experiencias.

En los casos en que el producto era un bien de producción, concretamente viviendas, se procedió a dialogar directamente con los responsables de las ONGs, para luego visitar junto con ellos los barrios donde se desarrollaban las actividades de construcción. En todos los casos, la socialización educativa de los participantes colegios secundarios religiosos católicos funcionó como contraseña para evitar suspicacias respecto a la experiencia de campo.

El desafío de reconstruir algunas de estas experiencias mediante diferentes ejercicios etnográficos permitió discriminar dos grandes tipos de circuito:

- Ámbitos de *economía solidaria*: es decir, circuitos de producción y circulación alternativos al mercado
- Formas de producción *autogestionada* ligadas a la circulación mercantil.

Economía Solidaria	Autogestión
- Plan Techos: proyectos de autoconstrucción de viviendas, a cargo de la parroquia "San Pablo Apóstol", "Los Polvorines", Provincia de Buenos Aires - Fundación "Madre Tierra". Financiamiento para microemprendimientos de construcción de viviendas.	- Centro Comunitario San Cayetano, dependiente de Cáritas. Microemprendimientos: cocina artesanal, diseño gráfico, cartucho solidario, reparación de PC, Mapuart, fiestas infantiles. Capacitación: cursos de computación, reparación de PC, pintura sobre tela, costura y moldería industrial, tejido, adultos 2000 (secundario de adultos), inglés, decoración de tortas, dibujo y pintura, capacitación para empleo joven (con certificados oficiales). - Circuito económico de productos de la orden franciscana. Red Monacal. - Fundación Soldati. Microemprendimiento: "Pañalera Soldati".

En base a esta distinción, describimos el resultado de nuestra indagación, realizada utilizando los parámetros del trabajo etnográfico, y sintetizamos en clave comparativa, las características relevantes de los tipos estudiados.

Un primer tipo de experiencias está ligado a generar recursos de manera paralela, o alternativa del mercado. ¿Qué significa esto concretamente?; formas de gestión de la producción donde una fundación facilita el acceso a los medios de producción y los beneficiarios aportan su fuerza de trabajo.

Los dos casos estudiados se encuentran vinculados a la construcción de viviendas: el Plan “Techos”, gestionado por militantes de la Parroquia “Santiago Apóstol”, situada en “Los Polvorines”, Provincia de Buenos Aires y los proyectos de la Fundación “Madre Tierra”, desprendimiento de Cáritas de Morón y que opera en toda la zona oeste del primer cordón del Gran Buenos Aires.

Ambos son ámbitos geográficos densamente poblados y se encuentran en una situación de transición. Mientras que durante gran parte del siglo XX la mayoría de sus habitantes estuvieron ligados laboralmente a actividades industriales y fabriles, en los últimos treinta años se han volcado hacia el sector de servicios.

Asimismo, dada la cercanía con la Ciudad de Buenos Aires, dichos medios geográficos adolecen de serios problemas de vivienda. Si bien son regiones donde el valor de la propiedad inmueble es mucho más bajo que en la vecina metrópolis, al haberse constituido en lugares subsidiarios (fundamentalmente de mano de obra que trabaja en la capital), el acceso a la vivienda es sumamente dificultoso.

Ahora bien, las experiencias mencionadas son, en primer lugar, desprendimientos de la estructura eclesial. Es decir, militantes que se fueron autonomizando en función de los límites que el control y las estrategias de la Iglesia ponían a la magnitud de su acción.

Los *beneficiarios*, en el caso del “Plan Techos”, han sido alrededor de treinta familias; se proyecta trabajar con cinco familias más en el año siguiente. Por su parte, en el caso de Madre Tierra, la magnitud es marcadamente superior: han resuelto los problemas de vivienda de tres mil familias, y estiman abarcar a dos mil quinientas más.

En relación con los *objetivos*, ambas organizaciones se proponen brindar los medios a trabajadores desocupados o con imposibilidad de trabajar, para que se construyan su propia vivienda y, al mismo tiempo, regeneren comunitariamente sus lazos sociales. Sus dirigentes se manifiestan, por tanto, abiertamente contra el asistencialismo, implementando prácticas que suponen que los propios beneficiarios se responsabilicen de los resultados.

En el caso del “Plan Techos”, los militantes buscan formar grupos de cinco familias, donde, al menos cuatro de ellas tengan algún integrante que pueda aportar su trabajo. Luego viene una fase de concientización, para pasar finalmente a las tareas de producción de materiales, primero, y de autoconstrucción de la vivienda, después. De este modo, se van decantando aquellas personas no dispuestas al trabajo comunitario.

Madre Tierra, por su parte, no va a buscar a los beneficiarios, sino que espera que ellos se acerquen, dando preferencias a grupos de vecinos. Luego, escuchan propuestas y, por medio de su personal técnico, elabora una contrapropuesta. Una vez que se llega a un acuerdo, ayuda a los vecinos a obtener el financiamiento, y finalizan su intervención cuando el emprendimiento se encuentra en marcha.

Con respecto al *financiamiento*, el "Plan Techos", depende exclusivamente de fuentes privadas. Recibe donaciones en material de empresas constructoras, aportes de socios, vende materiales fabricados por los beneficiarios y busca aportes de importantes firmas. "Madre Tierra", en cambio, recibe aportes de una ONG católica alemana y una vez que define un proyecto, busca apoyo en el municipio o en el gobierno de la provincia.

Como puede verse, ambas experiencias intentan reducir al mínimo los nexos con el Estado, al cual perciben muchas veces como negativo, a partir de lo que sus dirigentes califican como "prácticas clientelares".

Podemos obtener una interesante línea de análisis de este tipo de experiencias. En primer lugar, ambos grupos apuntan a que se recree el lazo comunitario mediante la construcción de viviendas. Es decir, más allá de constituir una solución transitoria a los problemas de calidad de vida de los trabajadores más vulnerables, su acción es también, en sí misma, una apuesta con proyección hacia el futuro, "utópica".

Ahora bien ¿qué sucede con las experiencias que suponen algún tipo de ligazón con el espacio de la circulación capitalista?

En este caso, las organizaciones brindan medios de producción y algunas instancias de circulación, mientras que los beneficiarios aportan su fuerza de trabajo y reciben un porcentaje de las ganancias.

Las organizaciones relevadas en este espectro poseen un grado de vinculación institucional mayor con la institución eclesial que los casos mencionados anteriormente. El "Centro Comunitario San Cayetano" depende directamente de Cáritas, mientras que la "Pañalera Soldati" lo hace financieramente de las colectas anuales. Por su parte, en el caso de la red de productos de la Orden Franciscana, su relación es de por sí evidente.

En los dos primeros casos, los *beneficiarios* son habitantes de villas de emergencia de la ciudad de Buenos Aires, mientras que en el tercero, son trabajadores desempleados que se relacionan con la Orden Franciscana solamente en lo atinente a la distribución de los productos.

En los dos primeros casos, los *objetivos* son análogos a aquellos que poseen las organizaciones del ámbito de la economía solidaria. Brindar a trabajadores desempleados los medios de vida necesarios para que puedan subsistir: desde asistencia legal y psicológica, hasta herramientas de trabajo, recursos financieros y ámbitos de circulación. En el tercer caso, solamente se entregan los productos, siendo los propios agentes quienes

organizan la distribución y una cartera de clientes propia. Para ello, se sirven de cierta ventaja comparativa de los productos elaborados en los conventos, relacionada con su calidad artesanal.

En este punto, las tres experiencias poseen precisamente este aspecto en común: la ventaja comparativa que supone en el mercado a través del carácter artesanal de sus productos –lo cual es válido inclusive para el caso de la pañalera, cuya intención original era expandirse hacia otras ramas a partir de establecer un marco de trabajo comunitario–. Así, estos proyectos buscan también que, el ejercicio del aprendizaje de un “oficio”, geste lazos comunitarios.

Finalmente, con relación al *financiamiento* de estas experiencias, los caminos son similares. Por un lado, se generan recursos a través de colectas y donaciones y, por otro, se busca auto-sustentar el desarrollo de las actividades por medio de las ventas. En este sentido, los límites han sido más bien estrechos. La “Pañalera Soldati” quebró por la incapacidad de afrontar los costos impositivos que implicaba salir a competir en el mercado en igualdad de condiciones con una empresa. En cambio, el “Centro Comunitario San Cayetano” ha podido auto-financiarse, pero manteniéndose dentro de un ámbito “protegido” a partir de su relación preferencial con la Iglesia. Finalmente, la red de productos de la Orden Franciscana, ha alcanzado cierto éxito en cuanto a su permanencia en el mercado –pudimos comprobar mediante observaciones en los barrios de Belgrano, lugar de alto poder adquisitivo de la ciudad de Buenos Aires; y Olivos, uno de las regiones más ricas del primer cordón del Gran Buenos Aires, que sus productos se encuentran en venta en la mayoría de las casas especializadas en la venta de productos “naturales”. No obstante, enfrenta serios problemas en la oferta, dado que su stock está determinado por estándares de producción ligados a las necesidades de la orden.

Ahora bien, estas experiencias, al igual que las anteriores, poseen un objetivo que va más allá de la satisfacción de las necesidades inmediatas de sus beneficiarios; existe un horizonte común, marcado por la necesidad de regenerar el lazo social a través del trabajo.

Evaluada en conjunto, pueden realizarse varias lecturas: una, está ligada a las condiciones de posibilidad de estas experiencias y a su viabilidad económica en el largo y mediano plazo.

En ese sentido, si bien el rol del Estado es mínimo, por no decir limitado a las obligaciones impositivas heredado de los años 90, cuando este tipo de institución económica fue puesta en plano de igualdad con las distintas formas de economía capitalista y por ende, conducido en muchos casos a una quiebra en masa–, tampoco estas organizaciones son plenamente autónomas. La ayuda externa, sea de la Iglesia o por redes internacionales, es fundamental para su financiamiento. Sin ella, la sustentabilidad de los proyectos queda restringida al corto plazo.

Es decir, si estos intentos de generar alternativas a la economía capitalista –en lo atinente a la producción y distribución de bienes y servicios, o a mejorar los estándares básicos de la calidad de vida de los trabajadores– carecen de la protección del Estado o bien, de condiciones de crédito externo, se encuentran sumamente limitados en su potencial de crecimiento.

Conclusiones: de la satisfacción de necesidades a la utopía comunitaria

La lectura anterior, tal vez pueda ser un poco superficial. Y ello se debe a que los objetivos de los emprendimientos señalados, no limitan su acción a la esfera estrictamente económica. Del mismo modo que no son pensados como una solución definitiva a los problemas que buscan enfrentar. Por el contrario, existe también una lectura sociológica –tanto desde el análisis externo como desde la propia auto-interpretación de los actores– que supone que algo más profundo en sus metas. Y esto es la reconstrucción del lazo social mediante el trabajo. ¿Esto implica una mirada nostálgica de la sociedad salarial y de sus marcos de sociabilidad? (Rosanvallon, 1995)

Podría ser en parte, pero, de todos modos, tampoco es la relación salarial la que ata a los beneficiarios de los proyectos observados, del mismo modo que los emprendimientos evitan –tanto por razones legales e impositivas, como también por concepciones filosóficas– la reducción de la actividad laboral a una relación contractual. Por el contrario, esta concepción busca recrear las relaciones sociales a partir del trabajo comunitario y, desde ahí, que las mismas comunidades generen sus propios marcos de sociabilidad. Es decir, su principal batalla no está en la dimensión económica, sino en la lucha contra la atomización social.

Y no casualmente, su hincapié en el trabajo y en la autoconstrucción como medios de afianzamiento del lazo social, nos remonta a una dimensión de “memoria” muy presente en el catolicismo vernáculo desde la década de 1920 –al igual que en otras partes de Occidente–. Como crítica al trabajo asalariado, condición del capitalismo, se opone una forma y un método de trabajo comunitario que se piensa de manera análoga a la vida monacal de la *Edad Media*.

No es el disfrute del ocio –una de las formas en que al menos buena parte del materialismo histórico pensó la salida del estado de necesidad y la conquista del *reino de la libertad* en sus proyecciones utópicas– el objetivo de estos planes. Sino que el trabajo forme y conforme nuevos sujetos solidarios. Para ello, los métodos elegidos se fundan en un auto-disciplinamiento, en mecanismos de selección internos y en sanciones comunitarias que recuerdan y reflejan bastante bien una serie de representaciones sobre las prácticas ascéticas monacales. Como muy bien expresara Max

Weber (1920.), el origen del capitalismo reposó en una modalidad de trabajo que suponía sacar la disciplina racional monástica fuera del convento para llevarla al mundo y, a partir de allí que se hiciera carne en los propios cuerpos. En cambio, aquí, se da un fenómeno inverso. Una vuelta a las fuentes que apunto como horizonte último de sentido a una actitud de enfrentamiento con la modernidad capitalista y con la subjetividad liberal entendida como autonomía del sujeto (Cfr. Forni y Dzembrowski, en este volumen).

De acuerdo con este argumento, estas formas económicas nos muestran algo curioso: prácticas e ideas que por su carácter anti-moderno, podrían considerarse *a priori reaccionarias*, en una coyuntura de precarización social como la que caracteriza a la Argentina en los umbrales del siglo XXI, son vividas por los propios sujetos como caminos *emancipatorios*. Con lo cual, el eje conflicto/integración, asume una nueva complejidad.

A partir de los casos tratados, obtenemos una nueva conclusión: *En la presente coyuntura histórica, la búsqueda de integración social no se opone “necesariamente” a tendencias que persiguen el cambio social y, por ende, no se enfrenta a la conflictividad; la oposición debe buscarse en otro lado, en la atomización social, fruto de una construcción donde los individuos se encuentran desamparados frente a la lógica del mercado.*

Sin embargo, se podrían objetar al menos dos cuestiones- (1) es que la construcción del lazo social en los sectores subalternos es una forma de generar poder. Asimismo, dicho poder (2) puede orientarse en función de una serie de parámetros que no se traducen automáticamente en proyectos con horizonte de cambio social. Otra, es que, si hay algo que caracterizó una gran parte –claro está que no a todas– de las tendencias dentro del catolicismo durante el siglo XX, fue la búsqueda de la conciliación y la paz social (Mallimaci, 1996).

Sin embargo, estas experiencias se encuentran atravesadas por otra concepción: aquella que hace de *la comunidad* el lugar de construcción de la vida social. Perspectiva comunitarista no sólo en boga en el mundo católico (Giménez Beliveau, 2005), sino también dentro de una amplia gama de espacios contestatarios en buena parte del mundo (Arato y Cohen, 1992: 53-112).

Ello nos permite postular que estas formas de *trabajo asociativo y economía social* se encuentran estrechamente ligadas con este término que, en los representa un desafío analítico para las ciencias sociales de nuestro tiempo. Así el nexo entre fragmentación social y comunitarismo parece por momentos evidente, vale la pena enfatizar que es necesario adoptar una actitud cauta con respecto a la posibilidad de enunciarlo causalmente. La naturaleza de estos procesos todavía guarda una opacidad que nos impulsa a proseguir nuestras indagaciones sobre ella.

Sin embargo, vale la pena ver cómo, aquellos términos planteados desde la filosofía política y social - y desde la propia contienda práctica, a comienzos del siglo XX -, siguen latentes hoy en día. Jugando con las transposiciones, la tensión entre el falansterio y la dictadura del proletariado, entre el socialismo de las comunidades utópicas y aquel que por el contrario proponía al desarrollo capitalista como condición previa y de allí a la toma del Estado, dio en el siglo XX sus frutos. De esta tensión surgió buena parte de la *regulación* de las relaciones industriales durante el siglo XX y las distintas experiencias prácticas que abrevaron en el *Estado de bienestar*. La retirada de dicho constructo, hoy nos deja un escenario donde las utopías de las relaciones *personalizadas* devienen en un fenómeno que posiblemente sea inocuo desde el punto de vista económico, pero potente en términos políticos. Sin embargo, aquí es donde se instala también un escenario donde la ciudadanía, tal cual la concebimos, empieza a diluirse: de la pugna entre la supuesta razón universal encarnada por el estado, y las instancias asociativas y corporativas surgieron en buena parte de los márgenes de libertad y acción del sujeto a lo largo del siglo XX.

En ese sentido, el poder reconstitutivo del lazo social que presentan hoy las pequeñas comunidades, sin un contrapeso estatal acorde, no invalida la posibilidad de un escenario plagado de microdespotismos.

Bibliografía citada

ARATO, Andrew y COHEN, Jean (1992), "El resurgimiento contemporáneo de la sociedad civil" en *Teoría política y sociedad civil*, FCE, Buenos Aires.

COLE, George (1959), *Historia del pensamiento socialista*. VII Volúmenes, FCE, México

DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris (2000) *Historia de la Iglesia Argentina*, Mondadori, Buenos Aires

GIMÉNEZ BELIVEAU, Verónica (2005), "Sociabilidades de los laicos en el catolicismo en la Argentina. Un recorrido socio-histórico" en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 5, Vol.9 pp.217 - 227.

MALLIMACI, Fortunato (1996), "Catolicismo y militarismo en Argentina (1930- 1983). De la Argentina liberal a la Argentina católica", en *Revista de Ciencias Sociales* N° 4, agosto, pp. 181- 218.

MALLIMACI, Fortunato (1992) "El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar" en *500 años de catolicismo en la Argentina*, CEHILA, Buenos Aires.

RAMA, Carlos (1977) *Utopismo socialista (1830-1893)*, Biblioteca de Ayacucho, Caracas

ROSANVALLON, Pierre (1995), *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Manantial, Buenos Aires

WEBER, Max ([1920], 2000), "La ética protestante y el espíritu del capitalismo" en *Ensayos de sociología de la religión*, Taurus, Buenos Aires

Capítulo 17

Asistencias y reivindicaciones.

Repertorios de solidaridad en el mundo del trabajo tucumano durante los años 30

María Ullivarri

Introducción

Durante las primeras décadas del siglo XX el vertiginoso proceso de asociacionismo fue la pauta de una sociedad en formación (Romero, 2002). Esa trama de vínculos sociales en constante movimiento estableció un tejido de luchas, solidaridades, socorro y fomento que modificó el hábitat, el espacio de trabajo y la cotidianeidad. En el caso particular de los trabajadores, esa voluntad asociativa no era novedosa ya que fue siempre uno de los elementos característicos de su historia.

En este trabajo nos interesa analizar cómo se conformaron los repertorios de solidaridad obrera en una provincia argentina –Tucumán– en un marco temporal donde la crisis económica y sus consecuencias, un sistema político cuestionado y un aparato represor atento a la disidencia, modificaron el escenario general del país y signaron los cursos de acción para las prácticas de unidad de los trabajadores. Para ello elegimos partir de dos ejes de análisis que marcaron parte de las discusiones de la época. En primer lugar las formas de articulación/tensión entre la asistencia y la reivindicación de clase y, como segunda vertiente de exploración, las dificultades para construir y sostener las sociedades y organizaciones.

Sindicalismo y mutualidad

Entre 1930 y 1943 se vivieron en el país las consecuencias de una crisis económica sin precedentes, el derrocamiento de un gobierno democrático y el desprestigio de las instituciones liberales y de toda la ingeniería institucional articulada en torno a la ley Sáenz Peña. Estas situaciones franquearon las vidas de todos los hombres y mujeres trabajadores/as que debieron adaptarse a los vaivenes de un régimen que, apoyado en la ex-

clusión, recortó los márgenes de la ciudadanía y potenció las sensaciones de explotación, de desarraigo político y de injusticia social. Esta particular situación que afectó profundamente el mundo del trabajo y los hogares obreros introdujo en la dinámica del cotidiano la necesidad de construir nuevas estrategias para lidiar con la incertidumbre de la supervivencia (Savage, 2004). Entre ellas se encontraban las diversas formas de asociacionismo tendientes a garantizar la solución de variadas aristas de la vida.

En tal sentido, tanto para institucionalizar formas de sociabilidad, como para atender necesidades vitales, laborales y barriales los trabajadores se unieron en sociedades que les permitieron identificarse con sus pares y mejorar su calidad de vida. De este modo, en un contexto de exclusión social, económica y política como los años treinta, las organizaciones ofrecían un lugar de pertenencia al mismo tiempo que los trabajadores podían satisfacer necesidades, construir lazos, defender intereses sectoriales, tener espacios de sociabilidad y recreación y actuar colectivamente en el espacio público para demandar sus derechos (Di Stéfano, *et al.*, 2002, Romero y Gutiérrez, 1995).

El mutualismo era una de las formas más destacadas de asociación,¹ sin embargo, a diferencia del entresiglo, durante el período estudiado una

¹ En la Argentina, la época de auge de estas instituciones puede situarse en el entresiglo especialmente tras la consolidación del mercado de trabajo urbano (Romero y Sábato, 1992). En esos inicios predominaron aquellas instituciones de base étnica que crecían al ritmo de la inmigración (Devoto y Fernández, 1990) aunque también existían muchas arraigadas en el oficio (Falcón, 1984). A todas ellas pertenecía un significativo número de trabajadores. Poco más de medio millón de personas en 1914 estaban afiliadas a alguna de las 1.202 sociedades de ayuda que existían en el país. (*III Censo Nacional*, 1914, Buenos Aires, Talleres Gráficos L. J. Rosso 1916), pero aquellas organizaciones de base étnica fueron perdiendo empuje a raíz de la disminución de la inmigración (Di Stéfano, Sábato, *et al.*, 2002). Para los años 30 en Tucumán se lograron identificar 28 organizaciones. Estas instituciones, situadas generalmente en barrios o zonas obreras, ayudaban a conseguir un trabajo, brindaban asistencia en caso de muerte o enfermedad o proveían de mercaderías a más bajo precio. Varias tenían vínculos estrechos con la Iglesia y con políticos quienes contribuían a su sostenimiento a cambio de la adhesión de sus socios a su carrera política o a su fe religiosa. Muchas de estas sociedades recibían ayuda estatal directa, mientras que otras tantas demandaban con frecuencia subsidios. Otras organizaciones, sin embargo, eran autónomas y preferían “no adherirse a ningún caudillo político”, para evitar la injerencia de estos en sus actividades. (*La Gaceta*, 20/11/1932, *El Orden*, 25/04/1932)

estructura sindical en consolidación y con una renovada y profunda ambición de inserción institucional también pujaba por convertirse en un escenario de refugio para los trabajadores.

Sindicatos y mutuales representaban dos modelos de asociacionismo que, en sus comienzos, especialmente con el predominio de las sociedades de resistencia en el terreno gremial, veían dificultados sus puntos de encuentro. Y aunque existían asociaciones de trabajadores con un fin mixto, el escenario reivindicativo estaba dominado por el anarquismo cuya posición contraria al mutualismo era clara y rotunda. A principios de siglo esta tensión se había plasmado en el Congreso Constitutivo de la Federación Obrera Argentina (FOA) donde los sectores más conciliadores plantearon la posibilidad de otorgar autonomía a las sociedades que quisieran brindar beneficios mutuales. De este modo y tras un largo debate se llegó a una posición intermedia para conciliar con los socialistas y otros grupos independientes en pos de lograr conformar la central obrera. Se dejó por ello a voluntad de las asociaciones la decisión de actuar como corporaciones de ayuda, pero se recomendó la exclusión de este tipo de prácticas de las sociedades de resistencia. (Abad de Santillán, 1933) Sin embargo, un tiempo después los anarquistas decidieron dejar sentada su abierta oposición. (*La Organización Obrera*, Órgano de la FOA, 08/1901 y Falcón, 1984)

En este escenario particular y sobre una coyuntura que veía acrecentar el número de sociedades de resistencia, la tensión entre la asistencia y la reivindicación apareció como una nota destacada en la dinámica del asociacionismo obrero y en las discusiones respecto a los repertorios de unidad sindical. Por ello, y signadas por una mirada teleológica del desenvolvimiento de la clase obrera, para algunas posiciones historiográficas, muchas veces también influenciadas por la misma retórica de los actores, “la asistencia” no fue más que una etapa previa al sindicalismo en el desarrollo de la conciencia (Godio, 1985). Para otros autores, en cambio, hubo una continuidad atravesada por un mismo “hilo conductor”. (Falcón, 1984) Otras perspectivas centradas en grupos particulares –como los comunistas– (Camarero, 2007), sin embargo, insisten en destacar que el desarrollo de la conciencia –o la construcción de ella– no se agotó en la lucha reivindicativa sino que se compuso de un conglomerado de prácticas socioculturales que reafirmaron una personalidad de clase entre los trabajadores. Prácticas que, en última instancia apuntaban a crear conciencia a partir de la instrucción y la confraternidad con “elementos de clase” más pensados como una “cultura alternativa” (Lobato y Suriano, 2003) que como un espacio al que recurrir en caso de necesidad.

Esa cultura tuvo en común un fuerte componente impugnador donde la conciencia se desarrolló a partir de una inconformidad “primaria” (Novelo *et al.*, 1986) que, sin embargo, nunca dejó de adaptarse a los contextos

históricos. Y fue en los últimos años 20 y, principalmente, los años 30 cuando la modificación de las pautas de autoreconocimiento a partir de nuevos vínculos sociales y políticos les permitieron a los gremios abandonar su tradición de prescindencia política, el rechazo del Estado y su rol de “sociedades de resistencia” centradas en la lucha. Estas fueron dando paso a entidades que aspiraban a tener un papel destacado en la puja distributiva, en la garantía de derechos y en protección general a sus afiliados. Factores como la crisis del anarquismo, la orientación de la lucha obrera en función de la legislación laboral y social y la intensificación de la competencia con varias alternativas a las demandas de cuidado los trabajadores –como la católica– fueron fundamentales en este proceso (Fortes, 1999).

En ese sentido, Halperin Donghi (2000) señala que a partir de los nuevos vínculos entre sociedad y política edificados luego de la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña, la trama de intereses se complejizó y sólo aquellos capaces de adquirir un perfil nítido como actores lograban sacar rédito de la disputa por los beneficios. Esto quería decir que únicamente aquellos munidos de organización corporativa podrían instalar con perspectivas de éxito su demanda en la arena pública. Por ello, este reacomodamiento social impuso cambios en el terreno sindical que no fueron súbitos pero que, de alguna manera, transformaron las prácticas de lucha, de organización y de negociación. Un nuevo contexto exigió, entonces, una nueva estrategia de acción y agregación.

Alexandre Fortes (1999) insiste en que el sindicato solía ser para los trabajadores ya organizados un espacio autónomo, sostenido en la identidad de clase y de naturaleza distinta a otras formas de atención de sus necesidades. Mientras que para los otros trabajadores, los “organizables”, era una alternativa dentro de otras posibles que tenía más riesgos frente a la represión y más dificultades prácticas por la falta de apoyo de otras instituciones más poderosas. Sobre esta dialéctica entre esperanza en la asistencia y reivindicaciones de clase se discernió la relación entre los organizados y los “organizables”.

Los primeros años 30. El espíritu de sacrificio

En la provincia de Tucumán, hacia los primeros años de la década del 30, la estructura sindical era bastante acotada. Y aunque no hay datos certeros sobre la cantidad de organizaciones, sí podemos afirmar que la mayoría de los gremios se concentraban en el radio urbano a pesar de que

el núcleo más numeroso de trabajadores lo centralizaba el campo y las faenas agroindustriales de la industria azucarera.²

Fundar organizaciones, armar una estructura, conseguir afiliados, plantear demandas, acciones y soluciones no fue en esos años una tarea sencilla. En tal sentido, pensar y entablar luchas obreras implicó también conformar un público a quien apelar en una heterogeneidad primordial compuesta por trabajadores “conscientes” o “dignos y responsables” –como los llamó un dirigente de ATE–; pero también, por aquellos desinteresados u otros no agremiados o por lo menos no comprometidos. Para ambos casos los valores puestos en disputa eran los mismos, obligaciones recíprocas y responsabilidades colectivas. Éstas eran, asimismo, parte estructurante de la distinción entre un obrero con “consciencia” de aquel que no identificaba a la solidaridad de clase como la manera de obtener mejoras.

La conciencia era, en definitiva, la expresión cultural de la experiencia manifestada a través de sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Y, como señala Thompson (1989), si bien “la experiencia aparece como determinada, la conciencia de clase no”. En efecto, la vinculación entre una identidad de clase y su institucionalización en una organización no fue un proceso mecánico, sino objeto de constante elaboración y redefinición. Las dificultades y el esfuerzo fueron grandes porque los grupos sociales no están hechos ni dados sino que son producto de una construcción histórica donde las relaciones personales están siempre atravesadas por tensiones y las dinámicas sociales se erigen a partir de una multiplicidad de individualidades e intereses. Por ello todo gremio, como decían los obreros gráficos, era el resultado del conjunto que lo componía, “la sociedad es la personalidad colectiva.” (*El Orden*, (EO en adelante), 12/05/1931).

Asimismo, fortalecerse y construir un lugar de representación implicó no sólo seducir, interpelar y convencer, sino también marcar una línea divisoria frente a las pretensiones “cristianizantes” de la Iglesia,³ frente los

² La Guía Comercial de Tucumán o los censos del Departamento Nacional de Trabajo reconocen a muy pocas organizaciones. Las memorias del Departamento Provincial de Trabajo (1930-1942) sólo mencionan aquellas en cuyos conflictos intervino. En consecuencia, la gran mayoría de las organizaciones quedó al margen de las estadísticas oficiales. Pero, a través de la prensa encontramos las prácticas, las notas, los manifiestos y los discursos de un conjunto vasto de organizaciones sindicales sin registro oficial que tenían una existencia de hecho.

³ A partir de la fundación de la Acción Católica Argentina en 1931 comenzaron a tomar nuevo empuje las organizaciones obreras de base católica destinadas a “promover y defender el bienestar material y espiritual de la clase obrera” y contrarrestar “la funesta propaganda del socialismo y de la impiedad” (Martin, 1997: 59)

conflictos personales, frente a la “desidia de los compañeros de trabajo”, frente a aquellas acciones empresarias de fomento de la “desindicalización” o aquellas otras que, como los ingenios azucareros influenciados por modelos de relaciones laborales paternalistas adoptaban programas de beneficios sociales. Por otro lado, en el marco de un Estado que construía una incipiente “política social” (Suriano y Lvovich, 2005), tampoco debían quedarse a la zaga frente a las arraigadas esperanzas en la ayuda estatal que muchas veces fomentaba la desidia y la apatía respecto a la propia agencia y dificultaban los procesos de organización.⁴ Pero, sobre todo, fortalecerse involucró todo un conjunto de estrategias para sumar voluntades y sostenerlas en el tiempo. Tanto los discursos como las actas de asambleas que la prensa publicaba, dejan entrever que la necesidad de sumar allegados era un tema impostergable.

Los sindicatos estaban compuestos por un conjunto de trabajadores que destinaban parte de su tiempo libre –ya que la mayoría de las reuniones sindicales se realizaba después de las nueve de la noche o los días domingo– a construir espacios de resistencia y, en la medida en que sostener un gremio implicaba un sacrificio personal y económico muy grande, eran mayormente trabajadores con altos niveles de consciencia los que participaban y dirigían las organizaciones. Esto fue especialmente visible luego del golpe del 6 de septiembre de 1930 cuando la embestida patronal sobre los derechos obreros y el aumento de la represión generaron un retroceso en el número de allegados a los gremios.

En ese sentido, para la FORA (Federación Obrera Regional Argentina de tendencia anarquista) existía una relación directa entre los problemas para sostener la organización, el “espíritu de sacrificio” y un sentido casi profético de evolución hacia una sociedad mejor. Los dirigentes más combativos apelaban a valores de justicia y libertad que intentaban desdibujar “el miedo al sacrificio individual”. En ese sentido, una editorial obrera anarquista afirmaba que “si anhelamos una sociedad más justa y equitativa, no debemos amilanarnos ni ante la persecución ni ante los

⁴ Además de los proyectos de leyes de protección al trabajo, durante la década del treinta hubo varios intentos y campañas para gestionar leyes de jubilaciones para algunos gremios. Al mismo tiempo, también existieron proyectos –de diversos sectores– para crear seguros vinculados al empleo que cubrieran enfermedad, maternidad, invalidez, muerte, accidentes o despido. Asimismo, en conjunto con una iniciativa de la Acción Católica Argentina, también comenzó a plantearse un subsidio familiar, mientras que se trabajó en la idea de crear un seguro universal desligado de la cuestión laboral. (Suriano y Lvovich, 2005) Muchos de esos proyectos ni siquiera llegaron a tratarse pero generaron un estado de movilización que aceleró la identificación de los trabajadores con la lucha por sus derechos y movilizó sus propios proyectos de seguro social (Boletín CGT, 25/06/1932).

contratiempos que suframos [...] la lucha hay que aceptarla con todas sus consecuencias y responsabilidades porque de lo contrario más de una vez tendríamos que renunciar a nuestras aspiraciones de libertad y justicia y jamás tendríamos un movimiento propio ni tampoco el derecho a ese sabroso pan que representa una conquista." (*Tierra Libre*, Órgano oficial de la F.O. Local Tucumana y oficioso de las organizaciones del norte, adheridas a la FORA, 01/1935 (TL en adelante))

Para este sector del movimiento obrero la lucha no era sólo material, sino que organizarse era fundamental. Existía una fe en la acción redentora de las organizaciones obreras quizás, porque como dice Eric Hobsbawm (2000), el principal atractivo del anarquismo era emotivo y no intelectual y en él convivían idealismo, "esfuerzo heroico", espíritu de sacrificio, brutalidad y santidad. Por ello los albañiles de FORA expresaban que "aque-llos compañeros cuya moral y espíritu de combatividad no ha decaído y que con pujanza tenaz sostienen inquebrantables la organización" hacen "malabarismos con la situación económica con fines de levantar en alto el valor de la organización que defienden, dando con esto una demostración que sólo los valores positivos y los hombres que adquieren una convicción clara de la necesidad de lucha, no sólo para conseguir mejoras materiales, sino para evolucionar y perfeccionarse para una sociedad futura." (TL, 01/1935)

No obstante el tono mesiánico, las declaraciones anarquistas no ocultaban la tensión entre los que sostenían los gremios y los que obtenían sus beneficios. En ese mismo sentido, cuando los trabajadores azucareros, mayormente socialistas, repartieron un periódico señalaron a sus destinatarios que tenían en la mano "el producto de un esfuerzo muy grande y de muchos sacrificios, si [...] te parece mal hecha, ten en cuenta que te estamos aguardando para hacerla mejor, más adelantan los hombres ayudando al que emprende una obra buena que censurándosela; [...] piensa en que el que pone a tono su palabra con su obra, está más en lo que firma que el que mucho grita y no hace más que eso." (*El Surco*, Órgano de la Unión General De Trabajadores de la Industria Azucarera, Tucumán, Año 1 N° 1, 10/ 1936 (ES en adelante))

Los dirigentes gremiales buscaban provocar "circunstancias que rompan con la indiferencia de los que no piensan o no quieren comprometerse" y delegan en otros sus reivindicaciones. (TL, 01/1935) Pero esas "circunstancias" sin embargo, resultaban difíciles de forjar en un ambiente que política, económica y socialmente estaba caracterizado por obstáculos para generar acciones en conjunto que lograran "romper la indiferencia." En ese sentido, uno de los principales obstáculos eran los recursos económicos. Primordialmente abundaban las dificultades para sostener un lugar propio y un punto de reunión. La mayoría de las organizaciones

compartía un local con otras, algunas funcionaban en la sede de la Federación Socialista y varias realizaban asambleas en casas prestadas. Asimismo, como señalaban los trabajadores de Luz y Fuerza, a veces “cada quien debía llevarse su silla.” Por otro lado, en numerosas actas de asambleas se registraba la situación de los morosos y en algunos casos se llegó a proponer la expulsión. Agustín Ávila, un dirigente cervecero comentaba que las dificultades para cobrar la cuota social eran enormes. “Yo tenía una libretita, cobrábamos una cuota de un peso y era duro poner un peso, un pesito era un pesito en esa época. Che, qué vas a pagar, y decía –no, no me alcanza, entonces se debía para el mes que viene y si seguía así, era un trabajo ir y cobrarle.”⁵

A estas dificultades y a aquellas surgidas de la desidia y la apatía también se agregaban las ligadas con la inseguridad del empleo que muchas veces obstaculizaba el sostenimiento de vínculos y afiliados. En épocas de crisis las trayectorias de algunos dirigentes reflejan la inestabilidad laboral, así como también un mercado laboral con importante presencia de actividades sin alto nivel de calificación que permitía la movilidad laboral horizontal. Las fuentes dan cuenta de cruces y desplazamientos de dirigentes, especialmente en los rubros vinculados a la construcción. En la mayoría de los casos estos trabajadores pueden relacionarse con partidos políticos y por ello su trayectoria está registrada. Pero es probable que estos desplazamientos sean el emergente de la situación de muchos otros trabajadores cuyos itinerarios son más difíciles de rastrear.⁶

⁵ Entrevista a Agustín Ávila, dirigente cervecero, realizada por Josefina Centurión en septiembre de 2002.

⁶ Como ejemplo podemos mencionar la historia de vida de Julio Díaz, “alma y nervio” de la FORA y que llegó incluso a representarla en congresos internacionales. En la provincia dirigió las sociedades de albañiles y de ladrilleros, para volver a representar al Sindicato de Pintores, su organización de origen. Por otro lado, Manuel Rojas, trabajador vinculado al Partido Comunista, fue dirigente del Sindicato de Albañiles y a fines de los años 30 dirigió el Sindicato de la Madera. Este obrero terminó preso luego del golpe de 1943 junto con Manuel Espinosa, dirigente de los alfareros que fue Secretario General de los albañiles y estuvo involucrado en la organización y adhesión local a la Federación Obrera Nacional de la Construcción. Asimismo, con otro color político, Bernardo Berenguer, fue concejal por la UCR, activo militante Pro Frente Popular y presidente de la Sociedad de Empleados de Comercio a partir de 1937, acompañado por Doroteo Lescano, dirigente de SEOC y del Partido Socialista. Finalmente, un emblema en el mundo sindical tucumano de la época fue Emilio López quien empezó a militar gremialmente entre los ferroviarios en 1907 para demandar la jornada de ocho horas. En 1912 se incorporó al socialismo que acababa de reconstruir un centro en la provincia y se asoció a una organización de telegrafistas. En 1917 se afilió a la Federación Ferroviaria sección Tucumán Central Argentino de la que fue Secretario General. Fundó asociaciones mutuales, representó a los ferroviarios tucumanos en casi todos los congresos nacionales, creó y dirigió periódicos sindicales y llegó a participar en congresos internacionales de la Federación Internacional del Transporte y de los ferroviarios.

Esta situación, asimismo, desnudaba la realidad de un puñado de hombres que ponían un nombre propio a las dinámicas gremiales de la provincia. Por las dificultades para sostener organizaciones, el rol de aquellos “obreros conscientes” era invalorable más allá de la ocupación que desarrollaran o tuvieran. Por ende, en esta etapa de reconfiguración, el movimiento sindical se nutrió principalmente del prestigio individual de ciertos líderes que se instituyeron como baluartes del mundo gremial tucumano.

El sabroso pan de la conquista. Construir organizaciones

La urgencia presentada por la necesidad de fortalecerse trasladó el eje de las prácticas –y de los discursos– hacia la búsqueda de estrategias para asegurarse una determinada cantidad de afiliados. Allí donde no existía un sindicato la Federación Obrera Local Tucumana planteaba la posibilidad de asociarse al Sindicato de Oficios Varios “para aquellos que siendo directamente explotados no tengan en su oficio organización gremial y quieran irse asociando hasta que haya un grupo capaz de dar pie a un sindicato de oficio.” (TL, 07/1936) En trabajos dispersos y más difíciles de sindicalizar, como los mozos, la idea era lograr que los trabajadores se acercaran a la organización, para lo cual era también esencial disipar el temor hacia las represalias patronales. Sobre el miedo hablaba también la FORA, señalando como infantil creencia el “vulgar estribillo de muchos explotados cuando se les invita a formar parte de un sindicato: que ellos están bien, que ganan, sino de más, lo necesario y que no vale la pena exponerse a las represalias.” (TL, 02/1929)

Otro de los sindicatos que a principios de la década buscó remozarse fue el de *chauffeurs*, quienes pretendían volver a “la entidad fuerte de otra hora [...] hoy que nuevamente el espíritu de asociación se despierta en los camaradas” (La Gaceta, (LG en adelante) 07/06/1930) a partir de “convertir la indiferencia en preocupación, la inercia en actividad, la desunión en armonía y así el sindicato podrá ser la fortaleza combatiente que todos deseamos” (LG, 30/05/1930).

Esta diversidad de experiencias también se vio inspirada por las movilizaciones y campañas de otros sindicatos más consolidados que servían de ejemplo. En el espejo de otras organizaciones abrevaba una idea de posibilidad que resultó central en el llamado a agremiarse y en la idea de que existían medios factibles de conseguir mejoras. Sindicatos como la Sociedad de Empleados y Obreros de Comercio (SEOC) o los albañiles eran los principales modelos a seguir. Éstos realizaban movilizaciones callejeras o actos en los barrios cuyo fin era consolidar la organización y “evangelizar”

a los trabajadores en los beneficios de la agremiación llevando el discurso hasta sus propios lugares de residencia.

Existían, no obstante, otras formas de interpelar o entrar en contacto con los posibles afiliados. En algunas oportunidades, y especialmente desde los espacios de visibilidad otorgados por los conflictos, los gremios hicieron uso del recurso de “los beneficios a obtener.” Pero, asimismo, explotaron discursos y medidas coercitivas para forzar la afiliación o la participación en el conflicto. De esta forma, durante las huelgas algunos sindicatos lanzaban comunicados vociferando a los trabajadores que si no se acercaban o no acataban las medidas existía el “peligro de ser considerados enemigos de sus compañeros de trabajo” (LG, 24/07/1930). Así también lo dijeron los mozos quienes demandaban coraje a sus afiliados “Ten el valor de repetir ante el inspector del DPT las horas que el patrón te obliga a trabajar, con tu valor de obrero consciente. No te admires si por tu cobardía, la de haber callado por temor, no es castigado y multado el patrón. No olvides que tu cobardía te hará avergonzarte ante tus compañeros como traidor.” (LG, 15/05/1930)

Otros optaron por solicitar represalias contra los trabajadores que no se plegaban a los conflictos o contra los “rompehuelgas”. Éstas llegaron incluso manifestarse por escrito en los pliegos presentados por gremios como la Unión *Chauffeurs*, que pidió la “eliminación de personal que traicionó al movimiento” (LG, 12/04/1932) y, posteriormente, en otro conflicto “negáronse a reanudar el trabajo en los ómnibus si no se dejaba cesantes a los que habían tratado de romper el movimiento.” (LG, 27/07/1935) Por otro lado, además, cuando la rama lo permitía se demandaba la no contratación de personal sin carnet sindical o la agremiación obligatoria de los trabajadores de algunas empresas. Tal fue el caso de los *chauffeurs*, los albañiles, las costureras y los sastres.

En ese sentido, estas posibilidades a las que accedían algunas organizaciones marcaban las debilidades de algunas otras, más pequeñas en recursos coercitivos sobre la distribución del trabajo o con afiliados menos optimistas. Esta última situación, la de la desesperanza, era descripta por varios dirigentes. Al respecto, los gráficos advirtieron que para organizarse “es necesario ante todo despojarse del pesimismo que desgraciadamente abate nuestro espíritu y pensar que la obra es realizable casi solamente con un poco de buena voluntad y la unión del gremio. Toda conquista es obtenida a base de trabajo o sacrificio” (LG, 18/05/1931). Mientras que los azucareros, demandando bienestar para todos los hombres, explicaban que quizás “resulten inocentes y apocadas estas pretenciones (sic)” pero “tengan en cuenta los que tal crean, que preferimos tal creencia a quedar sin aliento en el camino por emprender carrera superior a nuestras fuerzas” (ES, 10/1936).

Sin embargo, más allá de los discursos optimistas, las perspectivas de algunas organizaciones para insertarse entre los trabajadores, ya sea mediante los beneficios a obtener o con porcentajes acordados con las empresas respecto a la elección de los aspirantes eran sólo eficientes en el corto plazo. En numerosas oportunidades y como los acuerdos no tenían sustento normativo, las empresas no los solían respetar y los trabajadores terminaban abandonando el gremio. En ese sentido, la alta rotación era una práctica frecuente y daba cuenta de cierto uso instrumental que los trabajadores hacían de las organizaciones sindicales. Al respecto los ladri-lleros exclamaban que:

“El mal tiempo” parece amenazante. Ese mal tiempo es nuestra discrepancia y desunión porque tenemos la costumbre de organizarnos sólo por un par de meses para reclamar un pedazo más de pan [...] y cuando ya pasan esos meses empezamos a desertar del sindicato porque creemos que éste ya no nos hace falta. Si queréis que vuestros hijos no sean pasto del hambre y la miseria, camaradas, no debéis mirar el tiempo, porque en todas las épocas necesitan comer. (TL, 01/1935)

En efecto, podemos estimar a partir de los discursos y las demandas de acercamiento –además de los números fragmentarios de afiliación encontrados–, que el mundo sindical de la provincia no llegaba al total de trabajadores. Para muchos constituía un espacio ajeno a sus rutinas y sus prácticas cotidianas. La apatía por participar y el escaso compromiso con la militancia sindical pueden tener múltiples causas, la rotación laboral y el desempleo, las dificultades de comunicación, la represión, los miedos, las presiones patronales y la falta de interés. Pero sobre este asunto es interesante destacar las explicaciones de los propios sindicatos. La CGT vociferaba que era “debido a la indiferencia o a la incomprensión de muchos hombres laboriosos, y a veces, de los mismos compañeros agremiados, en cuyas inteligencias, ingenuas y sencillas, la clase dominante por medio de los poderosos medios de difusión de que dispone, siembra diariamente la confusión, suscitando el apasionamiento por las cuestiones pequeñas o por las diversiones vulgares” (CGT, 03/01/1936). Asimismo, en algunos manifiestos locales se hablaba de “pasados resquemores, pequeñas diferencias y ligeros rozamientos que mantienen actualmente alejados de la organización a muchos buenos elementos.” (LG, 30/05/1930) Otros destacaban “la dispersión, el abandono y la semi indiferencia.” (LG, 07/06/1930) Sin embargo, uno de los mayores obstáculos, según lo definían ciertos mensajes de la dirigencia sindical, era una suerte de resignación que acompañaba una esperanza en la acción y ayuda externa –caritativa, religiosa, pero fundamentalmente estatal– que alejaba a los trabajadores de las prácticas autónomas vinculadas a sus organizaciones de clase. Esta

“esperanza” aparecía en los discursos sindicales disfrazada burlonamente o con cierta impotencia. Al respecto los ladrilleros se preguntaban “¿Por qué aguantar tan dócilmente tanto abuso? ¿O es que dejamos nuestros intereses para que los arregle algún poder divino o algún partido político? Esperar estos milagros es hacerse la ilusión del zorro que seguía detrás del toro esperando que se le cayeran las campanas. Nuestro mejoramiento económico y moral está en nosotros mismos.” (TL, 01/1935) Asimismo, los azucareros proclamaban que “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, nosotros mismos, los trabajadores de todo el Norte hemos despertado en esta hora, a salir cuanto antes de nuestra triste condición” (ES, 10/1936).

Pero la fe en la agencia de la clase no parecía reflejar el pensamiento de la mayoría de los trabajadores. Las conclusiones de una investigación del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad señalaban que “la conciencia gremial es un elemento esencial para dar al obrero el sentido de su propia dignidad [...] serviría para quitar a la asistencia social esa deprimente dependencia patronal que vuelve más agobiadora la sensación de dependencia en que vive el obrero.” (Figueroa Román, 1943:156) En consecuencia – señalaba el informe– esta situación había disminuido el sentido de responsabilidad en los obreros lo que provoca que las necesidades familiares sean cada vez más confiadas a la atención del patrón, el Estado o la colectividad.

Esta tensión entre la autonomía –expresada en los discursos sindicales– y la esperanza en la acción externa, atravesó todo el período de fortalecimiento y rearme de las organizaciones sindicales. En ese sentido, el informe de la Encuesta Social de la Familia Trabajadora,⁷ realizada por el Secretariado Económico Social de Acción Católica, llamó la atención sobre los bajos porcentajes que tenían en las respuestas la constitución de “organizaciones profesionales” y “sindicatos” como “remedios para los males económicos que afligían a los trabajadores.”

Parte de este guante fue recogido por los dirigentes y en la prensa de los azucareros se señaló que “nuestra obra está en nuestros hogares, al lado de nuestra compañera y de nuestros hijos, en el trabajo junto con nuestros camaradas, en todo el pueblo muy cerca de todos los vecinos, para la obra de la liberación de todos, con todos se ha de trabajar en todas partes y en todos los momentos” (ES, 10/1936). El sindicato azucarero explicaba que “El mayor de nuestros males es la ignorancia, el que viene después casi

⁷ Informe de la Encuesta Social sobre la familia trabajadora (obrero y campesina), del Secretariado Central Económico Social de la Acción Católica Argentina, realizada en 1936, Texto mimeografiado, Buenos Aires, 1937

tan grande como éste, nuestro abandono. Poco a poco vamos saliendo del primero, el hombre de trabajo de la campaña argentina va enterándose de sus males, pero tiene un fatal encogimiento de hombros ante ellos, vamos sabiendo algo de nuestro derecho, pero perplejos ante él, es igual que ni lo ignoráramos" (ES, 10/1936).

En efecto, la interpelación de la dirigencia sindical y los informes de otros organismos permiten entrever que ciertos valores culturales vinculados con la aceptación "mansa" del lugar subalterno del trabajador en la sociedad o "pasividad suicida", como la llamaba la FORA, eran un obstáculo serio para sindicalizarse. En este sentido, los anarquistas tenían una postura mucho más radical. Juan Suriano (2001) ha señalado que para este grupo una de las cuestiones más repudiables de la política era la delegación mediante la cual los individuos encomendaban a otros sus necesidades y reivindicaciones porque mandato y obediencia eran signos de desigualdad social. Desde las páginas de *Tierra Libre*, su órgano de prensa, esta organización llamaba a sus afiliados y a sí misma a "forzar el indiferentismo que nos rodea provocando circunstancias nuevas que obliguen al pueblo a pensar y tomar parte activa en la lucha por su liberación". (TL, 01/1935) Y reforzaba el discurso señalando que:

Los salarios son cada vez más exigüos y las condiciones de trabajo pésimas. Por todas partes desocupación y miseria ¿Qué más esperan los trabajadores para romper con esta situación vergonzosa que los coloca en un nivel muy inferior al concepto revolucionario? Motivos sobran para que el trabajador se preocupe por su organización para que se decida a la lucha por una serie de cuestiones que le afectan profundamente, pero hay taras morales del ambiente que ejercen poderosas influencias en el espíritu de las multitudes y son esas influencias las que hoy hacen que el proletariado –no obstante comprender su situación– espere la llegada del Cristo que multiplique los panes y los peces. (TL, 01/1935)

Para este grupo "quebrar la indiferencia" implicaba desnaturalizar las relaciones sociales y las prácticas en el mundo del trabajo mediatizadas por la subordinación. Pero, concentrados en la lucha, desdibujaban otros repertorios de solidaridad circulantes. En ese sentido, y a pesar de las relaciones de autoridad vigentes e internalizadas sobre las que la FORA protestaba, no existieron en el mundo de los trabajadores patrones culturales de dominación sin fisuras, ni tampoco la resignación lisa y llana. Los trabajadores tenían otras estrategias de supervivencia que le permitían sobrellevar el día a día de su vida. Durante los primeros años '30, el malestar general sazonado con represión apareció como un elemento central de la experiencia de los trabajadores y abarcó a los sindicalizados tanto como a los no agremiados porque las privaciones extendieron la problemática

obrero hacia lo cotidiano, el barrio y el hogar. En ese escenario, la solidaridad se estructuró como lugar de refugio. El sindicato era una forma de unión, pero existían muchas otras que servían para defenderse “evitando represalias”,⁸ como las asociaciones de ayuda mutua, los círculos obreros, las redes de vecinos y las sociedades de trabajadores.

En este clima de época aquellos espacios más cercanos a las vivencias cotidianas eran más permeables que los escenarios donde primaban las posturas exclusivamente reivindicativas o los discursos anticapitalistas. Allí los sindicatos tenían que competir férreamente porque las disertaciones vertidas en estos lugares reflejaban una situación de desamparo y destacaban, al igual que las alocuciones sindicales, que la unión era un recurso fundamental. Así, un manifiesto de una sociedad obrera expresaba que “nos toca a los trabajadores unirnos y organizarnos. Ahora más que nunca es fácil nuestra unión porque nada acerca y vincula más a los seres humanos que la común desgracia y el dolor común. Hay que tratar de poner fin a esta zozobra, a esta inquietud y angustia en que nos debatimos.” (LG, 20/11/1932) Este mismo escrito exponía a sus interlocutores una promesa, ya que mediante la asociación, decían, “llegaremos un día a tener medios y medicamentos en los hogares de todos los obreros en caso de necesidad y no estaremos desamparados.” Otro discurso, por su parte, destacaba que la razón “de una protección a sí mismo, la imperiosa necesidad de la ayuda mutua [surgió porque] la presión del ambiente así lo exigía [...] porque era necesario estar a cubierto de cualquier contingencia para el futuro.” (LG, 11/09/1932)

Angustia, inquietud, desamparo y necesidad eran palabras que revelaban la experiencia colectiva. Pero, asimismo, explicaban por qué los mecanismos de agregación que mejor funcionaban en estos primeros años no estaban vinculados a la problemática laboral sino, en su mayoría, al derrotero cotidiano de hombres y mujeres trabajadores/as. En ese sentido, y a juzgar por los resultados, los llamados a agremiarse a través de la lucha contra el capitalismo o “por la libertad”, que habían sido moneda corriente en las alocuciones sindicales, no habían tenido demasiado eco, como tampoco las acciones punitivas. Desde la tribuna, el periódico, el afiche y el panfleto se había mayormente interpelado a un “obrero consciente” que poco tenía que ver con las rutinas diarias de los trabajadores de la provincia. Por esa razón, en el discurso y en las prácticas de esos espacios de refugio y en el de sus pares que tenían algo para decir, debieron entonces reparar los dirigentes con más atención. Por eso mismo, las posibilidades

⁸ Emilio López, “Cómo me hice socialista”, La Gaceta, 27/02/1934

de representación y la convocatoria hacia las organizaciones comenzaron a arraigar en las condiciones de subalternidad y en la miseria que, en sí misma, era un motor de lucha. Frente a la vulnerabilidad de la subsistencia, hombres y mujeres suelen enfocar sus energías en garantizarse la supervivencia, de modo que darle organicidad a ese proceso fue la meta de gran parte de la dirigencia obrera tucumana durante los primeros años de la década.

Estrategias de lucha y lugares de refugio

Cuando en enero de 1935 Miguel Campero, de la Unión Cívica Radical, asumió la gobernación de la provincia, el escenario en el que se desarrollaban las relaciones entre trabajadores y Estado se modificó. A tono con las nuevas administraciones mucho más receptivas a la regulación de las relaciones entre capital y trabajo, el énfasis general de la lucha obrera se fue desplazando desde los sentidos comunes asociados a la miseria y la desocupación, hacia el respeto de pliegos y normas y la ampliación de los derechos proletarios consagrados por ley. En parte porque el Estado comenzaba a intentar arbitrar en el mundo obrero, pero también porque en este punto, para la dirigencia sindical la consecución del respeto de las leyes vigentes pondría fin a esta suerte de fe en la asistencia externa que minaba el camino hacia la construcción de solidaridades de clase. Esta nueva dinámica permitió a los sindicatos repensar la disputa por la afiliación constituyéndose en un espacio de resguardo y protección que, además, acompañaba la demanda y defensa de los derechos.

Varios fueron los factores que contribuyeron a este cambio. Por un lado un Estado receptivo, pero por otro, la mejora de los indicadores económicos “alivió” ligeramente las economías domésticas y disminuyó el desempleo. Esta situación propició la aceleración del crecimiento sindical al compás del aumento del número de trabajadores empleados y de la actividad económica en general.

La dinámica del conflicto sindical comenzó entonces a dar forma a nuevas prácticas donde la negociación adquirió un papel predominante. Acciones violentas o “disolventes” retrotraían los logros conseguidos y posicionaban al sindicato lejos de las posibilidades que un nuevo tipo de relación con los trabajadores “organizables” y con el Estado. Estas se perfilaban como un tablero donde las acciones de fuerza y las negociaciones posicionaban a algunos sectores frente a otros. En este sentido, este “campo de fuerza” alimentó una coreografía de posibilidades e interacciones donde aquellos sindicatos que lograban equilibrar las aristas en tensión comenzaron a ocupar lugares de privilegio en el movimiento sindical de

la provincia, siendo los albañiles –con influencia comunista– y los ferroviarios y mercantiles –con influencia socialista– los mejor ubicados en este sentido.

En ese contexto, se fueron marcando las diferencias entre pautas tradicionales de acción sindical, mayormente concentradas en los sindicatos por oficio agrupados en la FORA, aferradas al modelo de “minorías militantes” y nuevas modalidades que entendían la acción sindical como un conglomerado de servicios sociales y laborales, que cada vez se afianzaban más. Como representante del primer grupo la FORA consideraba a “la asistencia” –que un sentido más amplio que abarcaba también el diálogo con el gobierno– y una claudicación a la lucha porque los renovados vínculos con el Estado y las nuevas formas de acción “defraudan el concepto de la revolución con uno u otro tinte” (TL, 01/1935). Los anarquistas, en ese sentido, resistían toda forma de “domesticación” de los sindicatos y la cooptación de los trabajadores con promesas de conquistas sociales y bienestar cotidiano. Para los comunistas, sindicalistas y socialistas era, por el contrario, la mejor manera de acercarse a los trabajadores en un paisaje propicio para el diálogo. Al respecto, el dirigente comunista de la construcción Rubens Íscar afirmaba que “Cuando logremos inculcar a las masas que los sindicatos son verdaderos hogares de todas las familias de los trabajadores, porque ellos satisfacen las múltiples necesidades sociales; por la organización de mutuales, campos recreativos, enseñanza técnica y cultural, entonces veremos que los sindicatos de la construcción se transforman en verdaderas potencias sindicales.”⁹

En efecto, para un numeroso sector de dirigentes sindicales, el escenario estaba pensado a través de una armonía entre las relaciones con el Estado, los vínculos entre pares y, asimismo, con su base de afiliados. Las dificultades radicaban, entonces, en encontrar un equilibrio entre la ideología, el discurso de clase, el interés sectorial y las personas con sus trayectorias de vida y su cotidiano. Es decir, debían garantizar la socialización de las voluntades individuales en un conjunto más amplio de intereses colectivos, ya que como señala Herzog (2000) es a través de un beneficio mutuo que hombres y mujeres toman sus decisiones y forjan sus lugares dentro de las estructuras sociales.

Observando con detalle el rumbo de la iniciativa colectiva, las lecciones aprendidas permitieron a la dirigencia sindical reformular la estrategia al compás de los cambios de coyuntura para apuntalarse en ese lugar intermedio entre la demanda externa y la acción autónoma a través de la consolidación de un espacio de diálogo que permitiera gestionar frente al

⁹ Íscar, Rubens, (1936) “Orientación que debe trazarse la FONC”, en Hoy, Año I, N°4.

Estado las necesidades básicas, los derechos adquiridos y plantear, asimismo, las propias reivindicaciones. Y aunque algunos sindicatos ya habían venido intentando conciliar las propuestas reivindicatorias con las acciones mutualistas que se plasmaban en la constitución de cajas de ayuda –que funcionaban a veces paralelamente a la organización sindical– como las del Sindicato Unión *Chauffeurs* o la de SEOC –que era parte nodal del gremio–, lo que les proporcionó un lugar más cercano a la vida de los trabajadores, a partir del marcado crecimiento que acompañó la recuperación económica, esta tendencia se hizo más amplia. Al respecto los *chauffeurs* habían declarado a principios de la década –aunque fue concretada tiempo después– su aspiración señalando que “Con el esfuerzo colectivo, nuestra solidaridad puede y debe tener resultados prácticos, inmediatos, que sirvan para educarnos en la práctica del apoyo mutuo. Tal puede ser, por ejemplo, la iniciativa de crear en el seno del sindicato una mutualidad para la ayuda solidaria de los *chauffeurs*, accidentados o heridos y a sus familias en caso de muerte” (LG, 30/05/1930). Por otro lado, un dirigente del Sindicato Unión de Mozos comentaba que la creación de la Sección Socorro Social había sido “un paso destacado para remediar los trastornos e incertidumbres que producen en el hogar obrero la enfermedad o la desaparición del jefe de la familia” (LG, 22/06/1938).

Pensado como una práctica y un aprendizaje quedaba claro que dentro del posible abanico de opciones, abrirse hacia cuestiones prácticas y hacia las áreas de interés de los trabajadores como medio para captar su atención y acercarlos a los sindicatos, era el recurso que mejores resultados otorgaba. En ese sentido, Agustín Ávila, un dirigente de los cerveceros, da cuenta de esto en su testimonio:

Y había otra razón no tenía(mos) obra social, no había nada, y entonces puse un pizarrón grande que teníamos para demostrarles cómo, si cada uno poníamos un pesito en tal cosa, va a llegar un momento... Entonces la mitad lo entendió y la otra mitad no lo entendió. Pero ocurrió un hecho: murió uno que era no asociado y cuando todos iban solidariamente a verlo, vivía en un ranchito lleno de agua y lo tenían en un catre porque no lo podían enterrar, porque era muy caro un cajón. Y la Municipalidad no daba abasto, entonces los carpinteros venían y le hacían un cajoncito ahí. Pero, después de esa desgracia se accidenta un empleado y muere. Ese era socio y cuando fuimos a verlo ahí en el acto le entregamos 7.000 pesos de la época por deceso. Con eso tenía para pagar. En la otra forma teníamos que hacer –che, cuanto vas a poner vos, y hacer una colecta, pero no le podíamos pagar al otro si no era socio. Al otro día hacían cola para hacerse socio, claro, era demasiado evidente la diferencia.¹⁰

¹⁰ Entrevista a Agustín Ávila, dirigente cervecero, realizada por Josefina Centurión en septiembre de 2002.

La solución de los problemas prácticos marcaba una diferencia y, al mismo tiempo, también motorizaba la actividad social de las organizaciones que necesitaban dinero para sostener sus beneficios. En este sentido, los gremios organizaban bailes, picnics, campeonatos deportivos y actividades sociales con el fin de recaudar fondos para mantener la ayuda brindada. En ese tránsito creaban espacios de sociabilidad donde la familia entera podía participar y esos lazos también generaban la identificación del trabajador con el sindicato. Muchas sociedades tenían, además, la aspiración de conformar cooperativas de consumo, ampliar su cobertura u otorgar pensiones por invalidez o vejez que suponían una erogación importante.

Organizaciones, como la de los mercantiles, aceitaban sus mecanismos mutuales asegurando a sus afiliados un subsidio especial en caso de enfermedad o imposibilidad de trabajar, solventaban los problemas del fallecimiento y brindaban asesoría legal gratuita. Asimismo, a través de convenios con médicos, farmacias, consultorios odontológicos y clínicas de la ciudad ofrecían a los miembros un servicio que, por su elevadísimo costo, no todas las organizaciones podían afrontar.

Por otro lado, varias organizaciones también fomentaban la educación de sus miembros y sus familias mediante conferencias, bibliotecas y escuelas nocturnas. En este sentido, éste era un espacio destacado en cuanto sostenía dos ejes nucleares de la discusión aquí presentada. Por un lado, apuntaba a la creación del “obrero consciente” que era entendido de diferente forma según la pertenencia ideológica del grupo que lo caracterizara. Los socialistas concebían la conciencia en términos iluministas y apuntaban a la formación de una cultura política democrática a través de la educación. Los sindicatos autónomos ideaban un obrero que a través de la solidaridad pueda “elevarse moral y materialmente”. Por su parte, los comunistas subordinaban el conocimiento y la educación a la lucha de clases creadoras de una conciencia proletaria revolucionaria. (Camarero, 2007) Estas posiciones que predisponían la manera de interpelar a los trabajadores fueron variando, especialmente en el último caso de acuerdo a los vaivenes del Comintern, pero en todos los sectores respondió a la misma necesidad de fomentar un cambio cultural que permitiera sostener un ámbito de sociabilidad proletaria tendiente a consolidar estrategias de agregación y fomentar espacios de política, ya sea cívica, electoral o revolucionaria.

Asociarse les brindaba una identidad de clase y también protección y cultura. Al respecto son elocuentes las palabras de un obrero de los mataderos que comentaba que a raíz de estar agrupados “Se han conseguido mejores jornales por el trabajo. Se ha logrado que se establezca una escuela a donde concurren los obreros, habiendo aprendido a leer y escribir la mayoría. Se han realizado importantes fiestas de cultura, estre-

chando vínculos entre las familias de los asociados.” (LG, 26/02/1931) Muchos también, mediante actividades culturales lograban en sus afiliados “un grado considerable de elevación espiritual y una mejora material muy apreciable.” (LG, 26/02/1931) Y tan importantes resultaban estas prácticas que cuando se dejó cesante a un maestro de la escuela nocturna donde asistían varios trabajadores, la organización gremial de obreros de los Mataderos Municipales solicitó al presidente del Consejo de Educación su inmediata reposición (LG, 27/02/1931).

De esta manera, las sociedades obreras se fueron preocupando por ocupar un lugar central en la vida de los trabajadores, proporcionándoles espacios de ocio, medios de subsistencia, protección laboral y cultura. En ese proceso comenzaron a notarse algunas fisuras entre las dirigencias sindicales y los comportamientos tolerados hacia algunas bases militantes. Estos desencuentros desnudaron parte de los nuevos rumbos de las entidades gremiales en tanto aquellos obreros partidarios de la acción directa comenzaron a no ser bien vistos en sindicatos donde comenzaba a prevalecer la negociación como estrategia. El caso más notable ocurrió en el Sindicato de Mozos, cuya dirigencia condenó públicamente el atentado con explosivos que algunos de sus integrantes había cometido durante un conflicto (EO, 14/08/1934). El sindicato expulsó de su seno a los acusados y en su defensa señaló su férrea voluntad de “depurar sus filas y eliminar a cuantos elementos conceptuaban de perniciosos para el buen nombre de un gremio que trata por todos los medios de lograr la consideración y el reconocimiento de sus similares y consolidar su prestigio” (EO, 13/08/1934). Ya que ellos “Podrían ser acusados de fomentar la discordia y quebrantar la armonía social, pero quien conoce la verdadera batalla que estamos librando quien haya podido apreciar de cerca nuestros esfuerzos por extirpar a aquellos que constituyen una amenaza permanente dentro de las filas obreras por sus ideas disolventes, no podrá negar que somos los primeros en protestar contra el atentado de ayer” (EO, 13/08/1934).

En definitiva, durante los años treinta las organizaciones gremiales comenzaron a florecer buscando estrategias de afiliación y se constituyeron en espacios de resguardo y de visibilización de la problemática de los trabajadores. ¿En qué forma este tipo de actividades se contradecía con las acciones reivindicativas? O ¿cuál era la medida justa entre las acciones asistenciales y las tendientes a lograr mejoras en las condiciones de trabajo? Los sindicatos más exitosos respondían a una mixtura equilibrada entre lo mutual y lo reivindicativo. De esta forma, podían conjugar prácticas de asistencia a través de la atención de ciertas demandas con un discurso legítimo de clase en pos de la reivindicación de sus derechos y la instrumentalización de medios para lograrlo, ya sea a través de alianzas, negociaciones y concesiones, como también a través de la lucha. Ambas

esferas, dice Alexandre Fortes (1999), no necesitan ser pensadas como excluyentes ya que son dos vertientes de un proceso de formación de clase, articuladas en estrategias particulares de acuerdo con las necesidades, posibilidades y opciones presentes en distintos contextos.

Conclusiones

La propuesta era analizar la dinámica asociativa de los trabajadores tucumanos en la particular y crítica coyuntura de los años '30 donde una intensa crisis afectó económica y políticamente al país. En efecto, esa conjunción de factores dio lugar a un escenario complejo y conflictivo cuyo impacto social y emocional repercutió en los espacios de sociabilidad obrera forzando a los trabajadores a reacomodar sus estrategias de supervivencia y de lucha. En tal sentido, esa década constituyó un punto de inflexión en la vinculación entre asistencia y reivindicación porque en la medida en que los riesgos de la existencia se potenciaron por la crisis, las organizaciones destinadas a resolver las problemáticas cotidianas de los trabajadores se volvieron imprescindibles. Pero los sindicatos competían con otras agencias, por ello los dirigentes de estas organizaciones, debilitados por la represión y la crisis, debieron repensar sus discursos y rearmar un escenario de representación a partir de un paisaje donde el desempleo, el miedo y la desesperanza se habían arraigado con fuerza. Estos trabajadores dieron rienda suelta a un conjunto de sentidos comunes que expresaron un punto de partida recogiendo las sensibilidades colectivas y, al mismo tiempo, articularon una esperanza factible y un medio para lograrla a través de la vinculación con organizaciones obreras de clase. A partir de allí, varios dirigentes obreros de la provincia erigieron a sus gremios como escenarios de refugio, abandonando las viejas diatribas contra el asistencialismo. A lo largo de la década, entonces, la trama del conflicto de clase se abrió hacia un repertorio más amplio de intereses donde lo cotidiano, lo recreativo y lo cultural se articularon con lo reivindicativo.

En definitiva, las asociaciones obreras –en toda su diversidad– se abocaron a buscar colectivamente recursos para solucionar los urgentes problemas. En ese mismo proceso y en un escenario políticamente excluyente, construyeron a partir de la asistencia –que redimensionó los espacios sociales en su beneficio– y la reivindicación –como ámbito de la lucha–, una “cultura de derechos” (Fortes, 2001) que reforzó el sentido de inclusión y la demanda de reconocimiento frente a la explotación y el desamparo que los marginaba. Los cambios políticos no fueron ajenos a ese proceso ya que una mayor apertura estatal luego de un período de intensa represión habilitó y legitimó prácticas sindicales que potenciaron las posibilidades de afiliación, de construcción sindical y de cobertura de necesidades.

Bibliografía citada

ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1933), La FORA, Nervio, Buenos Aires.

CAMARERO, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera*, Siglo XXI, Buenos Aires.

DEVOTO, Fernando y FERNÁNDEZ, Alejandro (1990), "Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo" en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 131-152.

DI STÉFANO, Roberto; SÁBATO, Hilda; ROMERO, Luis A. y MORENO, José Luis (2002), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina. 1776-1990*, Edlab, Buenos Aires.

FALCÓN, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, CEAL, Buenos Aires.

FIGUEROA ROMÁN, Miguel (1943), "Problemas sociales de Tucumán", *Sustancia*, N°13, enero-febrero, pp. 154-159.

FORTES, Alexandre (1999). "Da solidariedade à assistência: estratégias organizativas e mutualidade no movimento operário de porto alegre na primeira metade do século XX", *Cadernos AEL*, Vol 6,(10-11), pp. 173-219.

FORTES, Alexandre (2001), "Nós do Quarto Distrito. A classe trabalhadora porto-alegrense e a Era Vargas", *Tesis de Doctorado*, Universidade Estadual de Campinas, Campinas.

GODIO, Julio (1985): *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Vol. 1, Nueva Sociedad, San José.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (2000), *Vida y muerte de la república verdadera. 1910-1930*, Ariel, Buenos Aires.

HERZOG, Tamar (2000): "La vecindad: entre condición formal y negociación continua. Reflexiones en torno de las categorías sociales y las redes personales", *Anuario IEHS*, N° 15, pp. 123-131.

HOBSBAWN, Eric (2000), *Revolucionarios*, Crítica, Barcelona.

LOBATO, Mirta y SURIANO, Juan (2003): *La protesta social en la Argentina*, FCE, Buenos Aires.

MARTIN, María Pía, (1997), "Católicos, control ideológico y cuestión obrera. El periódico La Verdad de Rosario (1930-1946), *Estudios Sociales*, N° 12, pp. 59-81.

NOVELO, Victoria; GÓMEZ, Miguel Ángel; ACEVES, Jorge; CASTRO, Ana Hortensia y GARCÍA, Ariel (1986): "Propuestas para el estudio de la cultura obrera", en *Revista Nueva Antropología*, No. 29, Vol. VII, pp. 65-83.

ROMERO, Luis Alberto y GUTIÉRREZ, Leandro, (1995), *Sectores Populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires.

SÁBATO, Hilda y ROMERO, Luis Alberto (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires: la experiencia del mercado, 1850-1880*, Sudamericana, Buenos Aires.

SAVAGE, Mike (2004), "Classe e História do Trabalho", en Claudio Batalha, Fernando Teixeira Da Silva y Alexandre Fortes (Eds.), *Culturas de classe*, Editora Unicamp, Campinas, pp 25-48.

SURIANO, Juan y LVOVICH, Daniel (2005), *Las políticas sociales en perspectiva histórica, 1870-1952*, UNGS-Prometeo, Buenos Aires.

SURIANO, Juan, (2001) *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires.

THOMPSON, Edward Palmer (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona.

Sobre los autores

Matías Berger (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Magister en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Doctor de la UBA con mención en Antropología (FFYL). Investigador Asistente CONICET. Profesor Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Raúl Horacio Bisio (CEIL-PIETTE). Sociólogo (USAL). Doctor de Tercer Ciclo Especialidad Urbanismo y Planeamiento (Universidad Toulouse-le-Mirail). Docente de posgrado en la Universidad de Buenos Aires, FLACSO y Universidad Nacional de San Luis.

Cristian Rubén Busto (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Profesor Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Gabriel Bober (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Maestrando en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO). Doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Becario de Posgrado (CONICET). Profesor Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Sebastián Carenzo (SEANSO -FFYL- UBA). Antropólogo (UBA). Doctor de la UBA con mención en Antropología (FFYL). Investigador Asistente CONICET. Profesor en la Maestría de Antropología Social (FFYL - UBA).

Cecilia Cross (CEIL-PIETTE). Politóloga (UBA). Magister de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Sociales del Trabajo (UBA). Doctora de la UBA en Ciencias Sociales. Investigadora Asistente (CONICET). Jefa de Trabajos Prácticos en la Facultad de Ingeniería (UNLZ).

Nicolás Diana Menéndez (CEIL-PIETTE). Politólogo (UBA). Magister de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Sociales del Trabajo (UBA). Doctor de la UBA en Ciencias Sociales. Investigador Asistente (CONICET).

Luis Donatello (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Magister en Investigación en Ciencias Sociales (UBA). Doctor en Ciencias Sociales (UBA/EHESS). Investigador Adjunto CONICET. Profesor de grado en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (UNL) y Posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA)

Nicolás Dzembrowski (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Becario Doctoral (CONICET). Profesor Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Francisco Fabio (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Magister en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO). Doctorando de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Profesor Ayudante en la Facultad de Agronomía (UNLZ) y Profesor Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Lucía Famín (INTA). Médica Veterinaria. Maestranda en Estudios Sociales Agrarias (FLACSO). Técnica del Convenio INTA-INAI-IDACH (Instituto del Aborigen Chaqueño). Técnica en los Programas Sociales Ganaderos del Ministerio de Agricultura de la Provincia de Santa Fe. Agencias de Extensión de La Leonesa-Las Palmas y General Libertador san Martín; Provincia del Chaco (INTA).

María Inés Fernández Álvarez (SEANSO –FFYL- UBA). Antropóloga (UBA). Máster en Estudios del Desarrollo (IUED). Doctora en Antropología (UBA/EHESS). Investigadora Asistente (CONICET). Jefa de Trabajos Prácticos en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Floreal Forni (CEIL-PIETTE). Abogado (UBA). PhD in Sociology (University of Chicago). Profesor Emérito USAL, Profesor Consulto UBA, Doctor Honoris Causa UNSE (Santiago del Estero).

Ada Cora Freyes Frey (CEIL-PIETTE). Socióloga (USAL). Doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Becaria Doctoral del Swiss National Centre of Competence in Research North-South (NCCR N-S). Profesora asociada de la Carrera de Sociología (USAL).

Nora Goren (UNSAM). Socióloga (UBA). Magister en Ciencias Sociales del Trabajo (UBA). Doctora de la UBA en Sociología (FFYL). Profesora de la Maestría y Especialización en Políticas Sociales y Derechos Humanos del Centro de Democratización y Derechos Humanos (UNSAM)

Johanna Maldovan Bonelli (CEIL-PIETTE). Socióloga (UBA). Maestranda en Ciencias Sociales del Trabajo (UBA). Becaria Doctoral (CONICET). Profesora Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Erwin Luchtenberg. Sociólogo (UBA). Becario de Posgrado (CONICET). Maestrando en Metodología de la Investigación Social (UNTREF). Jefe de Trabajos Prácticos en la Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires (UPP).

Elena Mingo (CEIL-PIETTE). Socióloga (UBA). Magister en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO). Doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Profesora Ayudante en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Guillermo Neiman (CEIL-PIETTE). Sociólogo (UBA). Director del CEIL-PIETTE. Investigador Independiente CONICET. Coordinador Académico de la Maestría en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO). Profesor Adjunto de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Melina Neiman (CEIL-PIETTE). Socióloga (UBA). Magister en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO). Doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Florencia Partenio (CEIL-PIETTE). Socióloga (UBA). Doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Profesora Ayudante del Ciclo Básico Común (UBA).

Inés Quilici (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas). Licenciada en Sociología; Universidad del Salvador. Coordinadora del Programa Salud con los Pueblos Indígenas. Ministerio de Salud. Coordinadora de Desarrollo de Comunidades Indígenas Región Noreste Argentino. Docente de Historia Antigua, Americana y Colonial; Dirección de Educación de Jóvenes y Adultos; Ministerio de Educación; Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ana Lourdes Suárez (CEIL-PIETTE). Socióloga (USAL). Master of Arts in Sociology, Universidad de California San Diego (California, USA). Doctora de la Universidad de Buenos Aires con mención en Antropología (FFYL). PhD en Sociología. Universidad de California San Diego (California, USA). Investigadora Adjunta CONICET. Profesora de Posgrado en la Facultad de Psicología (UBA) y en la Maestría en Sociología (UCA).

María Ullivarri (ISES-CONICET/UNT). Licenciada en Historia (UNT). Becaria Posdoctoral (CONICET). Doctoranda de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Ariel Wilkis (IDAES/UNSAM). Sociólogo (UBA). Magister en Investigación en Ciencias Sociales (UBA). Doctor en Ciencias Sociales (UBA/EHESS). Investigador Asistente CONICET. Director de la Carrera de Sociología (UNSAM). Profesor de grado UNL y de Grado y Posgrado en UNSAM y UBA.

Índice

Sección I La producción de vínculos en la gestión cotidiana de la asociatividad

Capítulo 1. La productividad en cuestión. La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires

María Inés Fernández Álvarez 17

Capítulo 2. Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista

Cecilia Cross 39

Capítulo 3. Políticas de asociación: perspectivas y tensiones en instancias de articulación social de pequeños productores agropecuarios

Matías Berger y Guillermo Neiman 61

Capítulo 4. Las manos, los saberes, las máquinas. Un análisis sobre la organización del trabajo en los elencos productivos de fábricas recuperadas

Florencia Partenio 83

Capítulo 5. Entre la participación y la delegación: la construcción de horizontalidad en un colectivo de recolectores y recicladores de residuos sólidos urbanos

Nicolás Diana Menéndez 105

Capítulo 6. La asociatividad para el trabajo como productora de lazos sociales: un análisis de sus dimensiones a partir de dos tipos asociativos en la Argentina actual

Nicolás Dzembrowski y Johanna Maldovan Bonelli 129

Sección II

Asociativismo como objeto en disputa

Capítulo 7. La producción social de la espera. La experiencia del empleo-desempleo entre los varones chané de Campo Durán (Departamento Gral. San Martín, Provincia de Salta)	
<i>Sebastián Carenzo</i>	153

Capítulo 8. ¿Legalizar la precariedad?: La forma cooperativa en la movilización de mano de obra en el agro	
<i>Matías Berger, Gabriel Bober, Francisco Fabio, Elena Mingo y Melina Neiman</i>	177

Capítulo 9. Propiedad Comunitaria de la Tierra: problemática y significación a partir de un proceso de desarticulación social y territorial	
<i>Raúl Bisio, Lucía Famín e Inés Quilici</i>	195

Sección III

Identidades, categorías sociales y capitales en juego

Capítulo 10. Jóvenes pobres, trayectorias laborales y sentidos del trabajo: los significados de la participación juvenil en emprendimientos sociales productivos del Área Reconquista	
<i>Ada Cora Freytes Frey</i>	217

Capítulo 11. Bienestar, dinámica familiar y trabajo en unidades domésticas del Gran Buenos Aires	
<i>Nora Goren y Ana Lourdes Suárez</i>	241

Capítulo 12. Educación, trabajo y economía social. El caso de la Cooperativa de Producción y Aprendizaje (CooPA)	
<i>Cristian Rubén Busto</i>	263

Capítulo 13. Percepciones, expectativas y el uso de categorías teóricas en la investigación social	
<i>Erwin Luchtenberg</i>	287

Capítulo 14. Circulaciones monetarias y capital moral: una exploración desde la participación en redes religiosas de las clases populares	
<i>Ariel Wilkis</i>	307

Sección IV
Paradigmas, alternativas y dilemas políticos

Capítulo 15. La economía social en Europa y en América Latina <i>Floreal Forni y Nicolás Dzembrowski</i>	337
Capítulo 16. De la utopía medieval a la economía social: grupos católicos y trabajo asociativo <i>Luis Donatello</i>	355
Capítulo 17. Asistencias y reivindicaciones. Repertorios de solidaridad en el mundo del trabajo tucumano durante los años 30 <i>María Ullivarri</i>	367
Sobre los autores	389

